This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

TAYLOR
INSTITUTION
LIBRARY

ST. GILES · OXFORD

Vet. Span. III B. 451

MARIA

LA HIJA DE UN JORNALERO.

MARIA

LA HIJA DE UN JORNALERO

SU AUTOR

D. WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

EDICION
DE
GRAN LUJO.

MIGUEL GUIJARRO, EDITOR.

MARIA

LA HIJA DE UN JORNALERO

SU AUTOR

D. WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

NOVENA EDICION

con mas de 200 grabados intercalados en el texto, varias láminas aparte, y un magnífico y muy parecido retrato del autor, dibujado en España, y grabado en acero por uno de los principales artistas de París.

TOMO I.

MADRID
IMPRENTA Y LIBRERIA DE MIGUEL GUIJARRO
CALLE DE PRECIADOS, NUMERO 5
1868.

Esta obra es propiedad de Miguel Guijarro, y nadie, sin su consentimiento, podrá reimprimirla ni traducirla.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
12 JAN 1988
OF OXFORD
LIBRARY

INTRODUCCION.

C'est pour nous un plaisir et un sérieux devoir d'attirer autant qu'il nous sera possible l'attention des gens de goût et de cœur sur le beau libre de *Monsieur Wenceslas Ayguals de Izco*.

Marie l'Espagnole, ou *la Victime d'un Moine* [1], est non seulement une œuvre d'art des plus remarquables, c'est encore une noble, une courageuse action.

Les circonstances actuelles donnent un nouvel intérêt d'à propos à la partie politique de ce livre, grave comme l'histoire, passionné comme le drame, attachant comme le roman, vrai comme la statistique, consolant comme la saine philosophie.

Le but de M. Ayguals de Izco est de peindre un épisode de la vie sociale et politique de l'Espagne, de 1834 à 1838. Aussi le lecteur voit-il avec une curiosité croissante passer sous ses yeux presque tous les types qui ont figuré dans cette époque historique si féconde en grandes émotions populaires, depuis le moine ténébreux jusqu'à la reine, depuis le nègre stigmatisé par l'es-

Es para nosotros un placer y una formal obligacion el atraer tanto como nos sea posible la atencion de las gentes de gusto y de corazon sobre el bello libro de don Wenceslao Ayguals de Izco.

María la española, ó la víctima de un fraile [1], no solamente es una obra de arte de las mas notables, es tambien una accion de nobleza y ardimiento.

Las circunstancias actuales dan un nuevo interés de oportunidad á la parte política de este libro, grave como la historia, apasionado como el drama, seductor como la novela, veraz como la estadística, consolador como la sana filosofía.

El objeto del señor Ayguals de Izco es pintar un episodio de la vida social y política de la España, desde 1834 á 1838. Así es que el lector ve con creciente curiosidad pasar ante sus ojos casi todos los tipos que han figurado en esta época histórica, tan fecunda en grandes emociones populares, desde el tenebroso fraile hasta la reina, desde el negro estigmatizado por la esclavitud

[1] Este es el título de la edicion de Paris, escrita en francés por su mismo autor.

clavage jusqu'au général en chef des armées d'Espagne. Tous ces personnages vivent, parlent, agissent dans leur milieu avec une réalité saisissante; c'es l'admirable procédé de Walter-Scott appliqué à des figures contemporaines.

A ces grands intérêts d'État et de dynastie se mêle étroitement une fable simple, touchante, remplie de charme, de chasteté, de fraîcheur et de mélancolie: *l'amour de Marie l'Espagnole;* puis, comme contraste puissant et terrible, ce sont les mystérieuses machinations d'un moine infâme, la personnification à la fois la plus vraie, et par cela même la plus effrayante, de ce que l'esprit monacal a de plus intolérant, de plus astucieux, de plus dépravé, de plus implacable.

Et ce n'est pas tout: à ces mobiles d'intérêts si puissants, l'écrivain espagnol a su joindre l'attrait de la plus vive curiosité en initiant le lecteur à la vie sociale des habitants de Madrid, dans toutes les conditions, depuis la mansarde du pauvre artisan jusqu'ou palais du grand seigneur, depuis la taverne jusqu'au couvent; et, chose á la fois instructive et singulièrement attachante, les évolutions de la fable, ménagée avec un art infini, car elle résout admirablement ce problème si souvent insoluble: «*la variété dans l'unité*,» les évolutions de la fable vous conduisent parmi les plus remarquables monuments de Madrid et au milieu des splendeurs des palais royaux.

Dans ces excursions, M. Ayguals de Izco se montre historien érudit, savant antiquaire, critique et appréciateur éloquent des chefs d'œuvre de peinture et de sculpture, de même qu'il s'est

hasta el general en jefe de los ejércitos de España. Todos estos personajes viven, hablan, obran en su centro con una realidad asombrosa: es el admirable proceder de Walter-Scott aplicado á figuras contemporáneas.

A estos grandes intereses de Estado y dinastía se mezcla estrechamente una fábula sencilla, tierna, llena de encantos, de castidad, de frescura y de melancolía: *el amor de María la española;* y además, como poderoso y terrible contraste, hay las misteriosas maquinaciones de un infame fraile, personificacion la mas verdadera á la vez, y por esto mismo la mas espantosa, de lo que el espíritu monacal tiene de mas intolerante, de mas astuto, de mas depravado, de mas implacable.

No es esto todo: á estos resortes de tan poderosos intereses, el escritor español ha sabido juntar el atractivo de la mas viva curiosidad, iniciando al lector en la vida social de los habitantes de Madrid, en todas las condiciones, desde la humilde morada del pobre artesano hasta el palacio del gran señor, desde la taberna hasta el convento; y, cosa á la vez instructiva y singularmente interesante, las evoluciones de la fábula, manejada con un arte infinito, puesto que resuelve admirablemente este problema tantas veces insoluble: «*la variedad en la unidad*,» las evoluciones de la fábula os conducen entre los mas notables monumentos de Madrid, y en medio del fausto de los palacios reales.

En estas escursiones, el señor Ayguals de Izco se ostenta erudito historiador, sabio anticuario, crítico y apreciador elocuente de las obras maestras de pintura y escultura, lo mismo que

montré jusqu'alors écrivain chaleureux, conteur entraînant, publiciste impartial et convaincu.

En résumé, ce qui distingue éminemment l'auteur de *Marie l'Espagnole*, c'est un patriotisme ardent et éclairé, un profond sentiment du droit, de la justice et du devoir, un généreux et saint amour de l'humanité, une foi sincère dans l'avenement du progrés social et politique dans son pays, une haine vivace, implacable contre l'exploitation de l'homme par l'homme, sous quelque forme qu'elle se présante, et au nom de quelque despotisme de race, de caste ou de privilége qu'elle veuille s'imposer. Somme toute, M. Ayguals de Izco, *libre penseur* avant tout, nous semble l'un des plus généreux précurseurs du mouvement intellectuel qui s'accomplit en Espagne, mouvement irrésistible qui chaque jour, malgré d'indignes entraves, tend à élever à sa véritable place cette fiere et vaillante nation.

Aux Bordes 6 novembre 1846.

EUGÉNE SUE.

se ha mostrado antes escritor fogoso, narrador sorprendente, publicista imparcial y convencido.

En resúmen, lo que distingue eminentemente al autor de *María la española*, es un patriotismo ardiente é ilustrado, un profundo sentimiento del derecho, de la justicia y del deber, un generoso y santo amor á la humanidad, una fé sincera en el advenimiento del progreso social y político en su país, un odio vivo, implacable contra la esplotacion del hombre por el hombre, bajo cualquiera forma que se presente y en nombre de cualquier despotismo de raza, de casta ó de privilegio que quiera imponerse. Dedúcese de todo, que el señor Ayguals de Izco, *pensador libre* ante todo, nos parece uno de los mas generosos precursores del movimiento intelectual que se lleva á cima en España, movimiento irresistible, que cada dia, á pesar de indignas trabas, tiende á elevar á su verdadera altura á esa altiva y valiente nacion.

Bordes 6 noviembre 1846.

EUGENIO SUE.

CONGRATULACION

Á Mr. Eugenio Sue.

Monsieur:

Vous avez répondu au vœu de mon cœur: j'ai placé ma pauvre *Marie* sous votre patronat, et vous l'avez accueillie avec bienveillance. Merci, mon digne et savant ami, merci! Ce que vous avez la bonté de dire dans l'introduction de mon livre, suffit á la récompense du courage et du travail qu'il a exigés de moi, car le suffrage des hommes de votre trempe et de votre portée vaut tout un jugement public. J'accepte l'augure que vous portez sur l'influence que mes travaux litteraires doivent exercer dans le perfectionnement de ma patrie adorée, et soyez sur qu'enhardi par un si précieux oracle je consacrerai ma vie à une si belle tâche.

Merci donc encore une fois, mon noble ami; d'orénavant, tels que nous nons connaissons, et puisque nous plaidons la même cause, nos succés réciproques exciteront en nous une joie commune. Oui, croyez le bien, chacune des nouvelles couronnes qui pleuvent sur vous avec tant d'abondance, fait naître un élans de bonheur dans le cœur du plus dévoué et du plus sincêre de vos amis.

Madrid le 7 decembre 1846.

Wenceslas Ayguals de Izco.

Señor:

Habeis respondido al deseo de mi corazon: he colocado mi pobre *María* bajo vuestro amparo, y la habeis acogido con benevolencia. Gracias, mi digno y sabio amigo, gracias! Lo que teneis la bondad de decir en la introduccion de mi libro, es sobrado galardon para la osadía y laboriosidad que ha exigido de mí; pues el sufragio de los hombres de vuestro temple y de vuestra categoría vale tanto á buen seguro como el juicio de todo un público. Acepto el presagio que haceis de la influencia que mis tareas literarias deben ejercer en el perfeccionamiento de mi adorada patria, y estimulado por un oráculo tan precioso, consagraré mi vida entera al desempeño de tan hermosa mision.

Gracias pues, repito, mi noble amigo. Desde este instante, tales como nos conocemos, y toda vez que defendemos la misma causa, el éxito recíproco de nuestras obras escitará en nosotros comun satisfaccion. No lo dudeis, cada una de las nuevas coronas que llueven sobre vos con tanta abundancia, hace latir de felicidad el corazon del mas apasionado y sincero de vuestros amigos.

Madrid 7 de diciembre 1846.

Wenceslao Ayguals de Izco

Á Mr. Eugenio Sue.

Ahí teneis mi María, *la obra cuya dedicatoria tuvisteis la bondad de admitir.*

No faltará acaso quien califique de audacia el dedicar tan humilde produccion á un literato cuya merecida celebridad es universal; pero esto es precisamente lo que me alienta, porque los genios privilegiados, que conocen la dificultad del acierto en el cultivo de la bella literatura, son tan pródigos de indulgencia, como de intolerancia los pedantes, los que sin saber nada lo censuran todo.

Bien conozco que lo único que da importancia á mi pobre María *es el llevar á su frente vuestro nombre; voy sin embargo á manifestaros en dos palabras el objeto de mi composicion:*

ABOGAR, CUAL VOS, POR LAS CLASES MENESTEROSAS, REALZAR SUS VIRTUDES, PRESENTAR EL VICIO EN TODA SU DEFORMIDAD, ORA SE OCULTE HARAPOSO EN HEDIONDAS CAVERNAS, ORA OSTENTE BORDADOS Y CONDECORACIONES EN LOS SALONES DEL GRAN MUNDO, ORA VISTA SACRÍLEGAMENTE LA MODESTA TÚNICA DEL SALVADOR.

Discúlpese pues mi osadía en gracia de la buena intencion. A este objeto primordial del argumento he tratado de enlazar otras miras secundarias, si bien de importancia no menor para mi país.

Deseo elevarle al rango que merece en la civilizacion europea, vengándole de las calumnias que escritores ignorantes ó de mala fé han querido prodigarle, suponiéndole dominado por rancias y fanáticas preocupaciones.

Al presentar la historia de recientes acontecimientos políticos de Madrid, enlazada con incidentes dramáticos de pura invencion, trato tambien de describir las costumbres de todas las clases del pueblo; costumbres españolas que os son enteramente desconocidas á vosotros los estranjeros, si hemos de juzgar por vuestros escritos.

Os hablo con la franqueza de la amistad, mi respetable amigo; y si os comprendo en el número de los que habeis penetrado mal el carácter é índole de los españoles, á pesar de haber bebido las aguas del Guadalquivir, es porque así lo patentizais al describir nuestras costumbres andaluzas en vuestras novelas marítimas.

Figúranse además muchos estranjeros (estoy muy lejos de incluiros en este número) que en España no hay mas que manolos y manolas; que desde la pobre verdulera hasta la marquesa mas encopetada llevan todas las mujeres en la liga su navaja de Albacete; que tanto en las tabernas de Lavapiés como en los salones de la aristocracia no se baila mas que el bolero, la cachucha y el fandango; que las señoras fuman su cigarrito de papel, y que los hombres somos todos toreros y matachines de capa parda y sombrero calañés. Hé aquí por qué al dar una idea de nuestras costumbres, me propongo ser tan exacto como imparcial.

Vuestros MISTERIOS DE PARÍS *y vuestro* JUDIO ERRANTE *han elevado la novela á una altura que hace inmensa su utilidad; creo sin embargo que puede darse tambien otro paso de no menor importancia:* ENSEÑAR LA HISTORIA, ATAVIÁNDOLA CON LAS POÉTICAS GALAS DE LA FÁBULA.

Propóngome en mi novela desarrollar la historia de Madrid durante la época mas fecunda en lances estraordinarios, esto es, desde que empezó á regir el Estatuto real *hasta los ruidosos sucesos de la Granja, procurando amenizarla con el enlace de escenas sociales que inspiren interés y cautiven la curiosidad del lector sin desvirtuar los acontecimientos históricos.*

El éxito estará seguramente muy lejos de coronar mis esperanzas; pero creo á lo menos que habré ensayado un nuevo género que puede abrir senda á genios mas felices y dotados de superior talento en la importante cuestion de arrebatar á la historia su molesta aridez, llevándola á un terreno sembrado de flores, y rodeándola de la interesante coquetería que hace seductores los atavíos de la novela.

Se me argüirá que ya otros han escrito novelas históricas, *dando á sus obras este título por haber figurado en ellas personajes que han exístido, ó por haber basado su argumento en algun suceso aislado tomado de las crónicas.*

Ya se asemeja esto á mi pensamiento, pero no le completa.

Yo creo que pudieran muy bien escribirse verdaderas y acabadas historias *que detallasen por do quiera todo el interés, toda la paesia, toda lo amenidad, todos los alicientes de la novela, con solo eslabonar hábilmente la fábula con la realidad, siempre instructiva y respetable, de manera que la parte de invencion no perjudicase á la veracidad de los sucesos. Buscando solaz á sus fatigas domésticas, hallaria el lector en el delicioso recreo de semejante lectura un manantial de sólida instruccion, que solo se adquiere ahora á fuerza de un estudio asíduo y penoso que abruma y desalienta.*

En fin, tal como sea, espero que recibireis, mi respetable amigo, esta modesta produccion, si no como obra maestra digna del varon ilustre á quien tengo la honra de dedicarla, á lo menos como sincero testimonio de acendrada amistad y justo tributo de admiracion á vuestra adorable filantropia y distinguidos talentos.

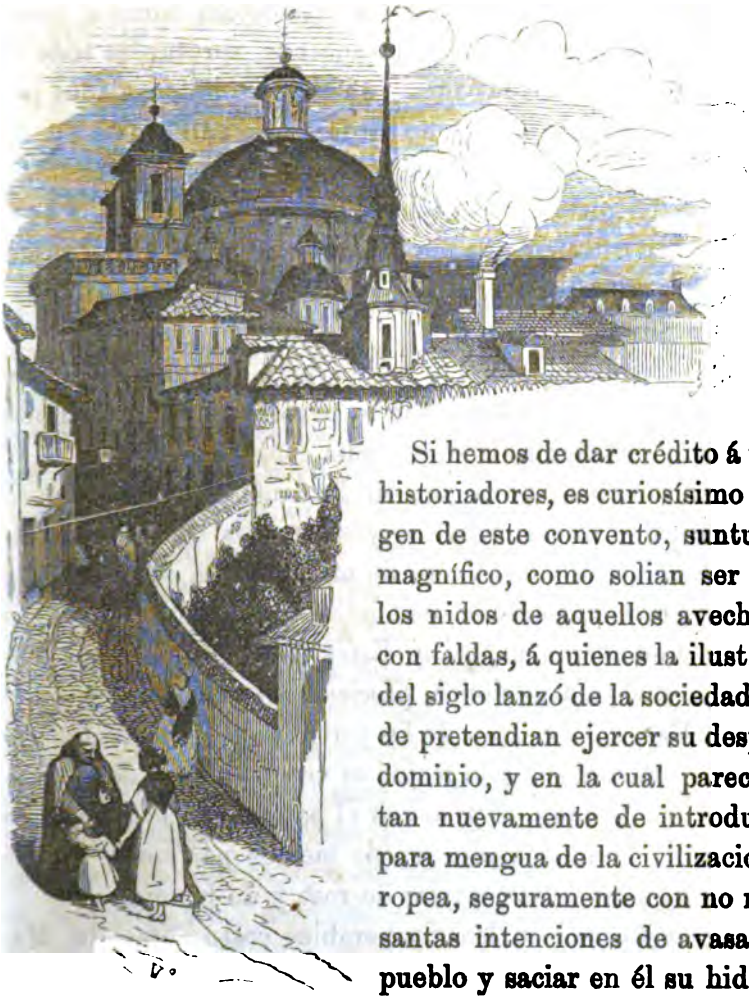
WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

Madrid 1.º de noviembre de 1845.

PRÓLOGO.

I

El convento de San Francisco el Grande.



Si hemos de dar crédito á varios historiadores, es curiosísimo el orígen de este convento, suntuoso y magnífico, como solian ser todos los nidos de aquellos avechuchos con faldas, á quienes la ilustracion del siglo lanzó de la sociedad, donde pretendian ejercer su despótico dominio, y en la cual parece tratan nuevamente de introducirse, para mengua de la civilizacion europea, seguramente con no menos santas intenciones de avasallar al pueblo y saciar en él su hidrópica sed de riquezas, de placeres y de venganzas.

Cuéntase, y no es chanza, que en 1217 vino por la gracia de Dios á la villa de Madrid el mismísimo santo patriarca en persona..... no hay que reirse. Ofreciéronle los madrileños una choza..... que despues fué la huerta del convento. No tardó la humilde choza en trasformarse en ermita, y de tal modo fué estendiéndose, que á la vuelta de pocos años habíase ya convertido en espacioso templo.

Fué demolido en 1760; y como las gentes *in illo tempore* no tenian aún noticia de la hipocresía de los frailes, y miraban con veneracion á esta langosta destructora como si fuese en efecto un coro de ángeles y querubines, apresuróse todo el mundo á prodigar crecidas sumas en clase de limosna á los pobrecitos siervos de Dios, que no tardaron en edificar de nuevo el convento con asombrosa magnificencia, quedando concluido en 1784. El plan fué concebido por fray Francisco Cabezas; y no es de estrañar que tan atinado anduviese aquel santo varon, á quien no le faltaria cabeza por cierto, cuando las ostentaba en plural.

Los arquitectos fueron Pló y Sabatini..... ignoramos si este último seria pariente del aromático personaje que mas trenes arrastra en la capital de la monarquía española.

Hay en efecto un personaje en Madrid, llamado Sabatini (y perdónesenos la digresion), cuyos agentes échanse á volar por esos mundos de Dios á cosa de media noche como las brujas, y recogiendo el imán de sus afanes, lo conducen en sendas *carretelas* á su *comun* depósito. Estos *tilburíes* odoríficos crúzanse en distintas direcciones, precisamente cuando los habitantes de Madrid se retiran de las tertulias y espectáculos públicos; por manera que á lo mejor se ven bandadas de elegantes de á pié acelerando el paso con el pañuelo en la boca y las narices para evitar la aspiracion de ciertos perfumes, que se parecen muy poco á las esencias de rosa y de jazmin.

Siendo esta una de las vituperables costumbres de Madrid, costumbre que pudiera muy bien mejorarse siquiera retardando la hora de hacer los acopios, no podemos prescindir

de hablar de ella, si bien con la rapidez y discrecion que por su naturaleza merece, y con el solo deseo de que la autoridad competente ponga el remedio que imperiosamente exige la vindicta pública, tan alevosamente embalsamada.

Volvamos al convento.

El templo de San Francisco el Grande forma una rotonda de 116 piés de diámetro y 153 de elevacion.

Hay en él siete capillas.

El altar mayor presenta un sencillo tabernáculo, enfrente del cual hay un grandioso cuadro de Ballen. Los de las capillas son de Velazquez, Ferro, Maella, Goya, Calleja y Castillo.

Para que el curioso lector pueda formarse una idea exacta de la capacidad del convento, bastará decir que tiene doscientas celdas, noviciado, enfermería, varias oficinas, diez patios y espaciosa huerta.

Habia pinturas de gran mérito en los claustros..... En una palabra, el lujo, la magnificencia, la ostentacion, la plata, el oro, cuanto hay de mas rico y pomposo en los alcázares régios, veíase con profusion derramado en aquel templo, albergue de esos hombres embusteros, que decian se retiraban del mundo para dedicarse á la santa oracion y pasar su vida en medio de las privaciones y de la pobreza.

Lo que ellos querian era fascinar á los pueblos con su infernal gazmoñería, como iban alcanzándolo ya, para afianzar el trono del despotismo teocrático..... despotismo espantoso, basado en las torturas de la humanidad..... despotismo horrible, ejercido por religiosos verdugos, por frailes asesinos, que se reunian en una caverna, jamás suficientemente execrada, para condenar al inocente, al sabio, al filósofo, á morir en la hoguera ó en el cadalso, víctima de tremebundos martirios..... despotismo degradante, que calificaba esta homicida institucion de *Santo Oficio*..... despotismo brutal, únicamente comparable con la tiranía militar, que no reconoce mas leyes que el capricho de un general, ni acata mas soberanía que el sable de un dictador.

Reservándonos para mas adelante el desenvolver en el curso de nuestra historia todos los horrores, no solo de la opresion teocrática, sino del dominio estúpido de las bayonetas, de esas bayonetas que paga el pueblo para que le sirvan, no para que le esclavicen, haremos ver á su tiempo el incuestionable y santo derecho que tienen los pueblos..... no diremos de rebelarse contra sus opresores, porque cuando las naciones se alzan en masa para castigar á insolentes déspotas, ejercen un acto de su justicia soberana.

Bendigan los pueblos y acaten á los buenos gobernantes; pero á los tiranos se les debe hundir en el abismo.

Tambien tendremos ocasion de levantar con energía nuestra voz independiente contra todo linaje de abusos, en particular contra los vicios de que adolecen esos onerosos sistemas tributarios, que gravitan y han gravitado sobre las masas trabajadoras para enriquecer á holgazanes de alto copete.

—¿Y las atenciones del Estado? ¿Y el ejército?—se dirá.

No nos oponemos á que se paguen contribuciones equitativas para las precisas urgencias del gobierno; pero ¿á qué mantener un escesivo y brillante ejército tan costoso á la nacion? Muy bien pudiera reducirse en gran parte, si no se hubiera desarmado y abolido la benemérita Milicia nacional, cuyas glorias vindicaremos oportunamente en esta concienzuda produccion, confundiendo con la verídica esposicion de sus actos heróicos á los infames detractores que la calumnian; pero en el ínterin, anudemos el hilo de nuestro relato.

El convento de San Francisco el Grande hállase situado en uno de los sitios mas estraviados, mas allá de Puerta de Moros, muy cerca de la calle del Rosario; calle angosta y miserable, ocupada generalmente por la gente mas pobre del pueblo.

Fray Patricio era uno de los frailes de mas nombradía de aquel convento entre la gente devota.

Siempre que predicaba este buen padre, llenábase la iglesia de gente, porque efectivamente era seductora su elocuencia, en particular cuando trataba, y esto era muy á menudo,

de la sensualidad de las mujeres y de la torpe lujuria de los hombres.

Pero es el caso que fray Patricio, como los mas de los frailes, seguia la cómoda máxima de *haz lo que digo y no lo que hago*, porque tenia acreditado que no le eran indiferentes los encantos de las hijas de Eva; esta es la única razon por qué predicaba siempre en términos que parecian tener por objeto disminuir sus competidores entre los hijos de Adan.

Fray Patricio..... ¡miren qué lerdo!..... era mas aficionado á las avecillas tiernas que al jamon rancio. Aborrecia mortalmente á las beatas vejanconas y nausebundas que sin dientes y llenas de histérico iban á relatar mil chismes y majaderías á su confesonario; así es que las encajaba á las infelices penitencias tan atroces, que la que una vez se le acercaba quedaba escarmentada para siempre, porque á las mogigatas les gusta mucho confesarse á menudo para ensartar en cada confesion una andanada de chismes contra el prójimo, y ejercer de este modo su maledicencia, que es el elemento de vida de la mayor parte de las viejas; pero buscan confesores de manga ancha, como suele decirse.

Casi estoy por asegurar que tenia razon cierto filósofo muy célebre, y á quien no se me antoja nombrar, cuando decia que "á las mujeres se les debia toda suerte de caricias hasta los veinte años, de atenciones hasta los treinta y nueve, y á los cuarenta..... fusilarlas."

Parece que fray Patricio era tambien de esta opinion conciliadora, si á lo que llevamos dicho de su odio á las sexagenarias ninfas, añadimos su aficion á las bellezas que, como dicen en Andalucía, apenas empiezan á piñonear.

Su pasion á estas aves del paraíso, flor y nata del bello sexo, rayaba en frenesí; por manera que su mas grata ocupacion era la hora que tenia destinada para enseñar el Catecismo del padre Ripalda á unos cuantos niños de ambos sexos, seguramente porque habia entre ellos una encantadora muchacha que apenas frisaria en sus doce navidades.

La niña era espigadita y hechiceramente formada, en términos que aparentaba rayar ya en los diez y seis abriles; pero era sumamente candorosa para penetrar los torpes deseos del santo siervo de Dios.

Esta niña, agraciada, morenilla, de hermosísimas facciones, ojos grandes, negros y centellantes, cejas pobladísimas, negras tambien, lo mismo que su hermosa y larga cabellera, llamábase María.

Iba modestamente vestida, como hija de un honrado jornalero, pero en estremo aseada, merced á los oficiosos afanes de una madre cariñosa.

María era siempre citada por fray Patricio ante los demás muchachos como modelo de aplicacion.

Aun cuando no acertase á responder, ni supiese una palabra del Catecismo, jamás era reprendida, siempre merecia el galardon destinado al mérito y á la virtud; galardon que consistia en algunos dulces, rosquillas, bizcochos, pasas, bollos ó alguna otra de esas golosinas que nunca faltan en la celda de los pobres penitentes.

Con este motivo era conducida á la de fray Patricio por este buen religioso la encantadora María, y allí, en premio de su aplicacion, recibia las ardientes caricias del celoso sacerdote, que como buen padre prodigaba sus paternales besos á la niña aplicada, porque no hay cosa mas justa ni mas santa que recompensar dignamente á los que en la doctrina cristiana hacen los progresos que, segun fray Patricio, hacia sin cesar la inocente María.

El celo del seráfico preceptor era tan ardiente en favor de su alumna, que hubo de conocer la pobre criatura, á pesar de su escesiva candidez, que habia algo de estraordinario en las caricias del fraile; y lejos de recibirlas como dulce recompensa, eran para ella un atroz martirio.

La descripcion de la facha de fray Patricio será bastante para que conciba el letor cuán repugnantes debian ser sus halagos á la pobre muchacha.

Fray Patricio rayaba en la edad de los treinta años. Era bajo de estatura y estúpidamente gordo. El pelo que formaba su cerquillo era rojo. Los ojos, sumamente pequeños, estaban acentuados por sendas cejas que parecian de cáñamo, y la pupila era de un verde tan claro que hacia su mirada traidora como la de los gatos. El conjunto de su rostro era grande, redondo y estremadamente encarnado, particularmente la punta de la nariz, que parecia un pequeño tomate maduro. En una palabra, aunque su facha era la mas estrambótica del convento, era el santo varon lujurioso como un mico, osado si los hay, presumido, hipócrita como los mas de los frailes; y seguramente á fuerza de penitencias, ayunos, disciplinas y cilicios, manteníase frescote y rollizo como otros muchos siervos del Señor.

Es inútil decir que fray Patricio sorbia tabaco amarillo incesantemente, porque siendo esto un vicio, no podia haber ninguno que no lo tuviese un fraile.

Tanto repugnaban á María las caricias del fraile, que apestaba con cien leguas á tabaco, que resolvió no ir mas á la doctrina, pues habia ensayado antes responder mal á todas las preguntas, y sin embargo era siempre premiada por su aplicacion en los términos que sabe el lector curioso.

II

Los dos rivales.

Tres años se pasaron sin que María entrase para nada en el convento de *San Francisco el Grande* ni en ningun otro de Madrid, tal aversion habia cogido á los frailes, desde que, hallándose ya en la edad de los galanteos, conoció perfectamente las cínicas y depravadas intenciones de fray Patricio, y el peligro que habia corrido su honor, sin ella sospecharlo.

Durante estos tres años acabó de formarse María, que era sin disputa la mas bella jóven de la calle del Rosario.

No podia salir de casa sin llamar la atencion de todos los jóvenes, y no por el lujo de su traje, ni por sus atrevidas miradas, ni por su despejo en el andar.

María era tan hermosa como honrada; todos sus ademanes respiraban candor y honestidad.

Amaba la virtud sin ser mogigata, no habia coquetería en su modo de vestir, ni podia haberla porque era muy pobre; pero habia esa gracia natural que una virtuosa niña destella á los quince años. Esta deliciosa edad es la edad de las ilusiones, y María las tenia tambien.

Su hermosura le daba la dulce esperanza de hallar un hombre que la hiciera feliz. No ansiaba riquezas para serlo. De-

seaba un compañero que la amase como su padre amaba á su madre. Con este motivo procuraba engalanar su hermosura del mejor modo que su pobreza le permitia.

Oia con agrado los requiebros de los jóvenes cuando en sus espresiones no se propasaban; pero ni con sus miradas, ni con sus palabras ó acciones, daba jamás lugar á sospechas que pudiesen amancillar su honrada reputacion.

A pesar de esto, un dia en el mes de julio de 1833 se le aproximó un jóven de poco mas de veintitres años de edad, buen mozo, rubio, ojos azules, color sano, rostro afable, vestido con estremada elegancia, el sombrero ladeado sobre sus ensortijadas melenas, y un puro en la boca.

—Reina mia,—le dijo con la mayor dulzura y cierto aire picaresco que no dejaba de sentarle bien:—si le falta á usted un amigo, aquí está quien se ofrece, no solo á serlo toda su vida, sino á servirla como esclavo, siempre que usted se sujete á ser su amable compañera.

—Usted se ha equivocado, caballero,—respondió María al agraciado jóven de los ojos azules.

Y llena de rubor, bajó la vista y apresuró su paso.

El jóven aceleró tambien el suyo, y con seductora sonrisa añadió:

—¡Hermosa! un *sí* de esos lindísimos labios puede colmar mi felicidad y acaso la de usted..... ¡Picarilla! no dude usted que la amo de veras; y si se digna escuchar mis ofrecimientos, si se digna aceptar mi corazon, tengo, á Dios gracias, medios suficientes para proporcionar á usted toda suerte de comodidades. Vivo en la Fontana de Oro, Carrera de San Gerónimo. Mi habitacion se convertiria en paraíso para mí, si usted, ángel hermoso, viniese á ocuparla en compañía de un amante que la adora. ¿Dónde vive usted? ¿Cuál es su nombre de usted?

—Vivo en casa de mis honrados padres,—dijo la tímida jóven con voz temblorosa.—Para nada puede interesar á usted saber mi nombre.

—¿Que no puede interesarme su nombre de usted? ¿el nombre de la morena mas salada que he visto en mi vida?.....

—Soy una pobre; pero creo que mi pobreza no le da á usted derecho para burlarse de ese modo.....

—¡Yo burlarme! ¡Pues qué! ¿hay en Madrid ojos mas re-

trecheros, ni cuerpecillo mejor contorneado que el de usted? Dígame usted su nombre, hermosa; dígame en dónde vive. Pero mejor será acompañar á usted..... si es que no he de hacer mal tercio á otro amanto.....acaso mas feliz que yo.

—Repito, caballero, que se ha ha equivocado usted,—dijo María tartamudeando.

Y apresuró su paso en términos que el jóven tuvo por conveniente no insistir mas.

Este gallardo mozo era don Luis de Mendoza, hijo de una de las mas nobles y ricas familias de Aragon.

Don Luis, como jóven despejado, de grandes conocimientos, que habia recibido una esmerada educacion, era demócrata en sus ideas, como todos los jóvenes que no adolecen de rancias preocupaciones.

Don Luis era un verdadero aragonés. Su carácter franco, noble, bueno, generoso, cautivaba las simpatías de cuantos entablaban relaciones con el; pero desgraciadamente era tronera en demasía en tratándose de galanteos. Todas las mujeres le gustaban, y á todas dirigia piropos parecidos á los que acababa de prodigar á la pobre María. Es preciso confesar sin embargo, que los encantos de esta graciosa morena cautivaron la atencion de don Luis, en términos que ninguna belleza habíale conmovido tan de veras. Con todo, este jóven atolondrado no se acordaba ya de las gracias de María.

La infeliz criatura, que habia sabido rechazar con indignacion hasta entonces los requiebros que se le prodigaban con intencion siniestra, si bien es verdad que contestó en los términos que debia á las atrevidas palabras del rubio desconocido, y que ni remotamente podia nunca pensar en mancillar su honor, buscaba disculpa á la osadía del gallardo jóven. Su elegancia, su finura, y hasta aquel atolondramiento con que pronunció sus frases, dulces y halagüeñas por un lado, pero que por otro favorecian poco á la persona á quien se dirigian, tenian para la incauta jóven un no sé qué de adorable que habia perturbado su razon. Era la primera herida del amor la que acababa de recibir, y la infeliz no podia imaginarse que el jóven que con tanta dulzura le habia hablado de su pasion la engañase, y mucho menos que pudiese holgarse en su deshonra.

Embebida la candorosa niña en estos pensamientos, pasó maquinalmente por delante del convento de San Francisco el Grande.

Un hombre se aproximó á ella, la entregó un billete, y se volvió precipitadamente al convento.

La jóven, distraida, tomó el billete, y cuando alzó la vista para ver quién se lo entregaba, conoció á fray Patricio, que entraba ya en el pórtico de la iglesia.

Abrió María la carta que le acababa de entregar el fraile, y leyó lo siguiente:

"María: Desde la infancia te he querido siempre, y aunque "ingrata á mi pasion, hace tiempo que huiste de mí; yo me de- "leito en verte muy á menudo sin que lo sepas, porque te ado- "ro. Sé que estás muy pobre..... esto me aflige mucho..... Cor- "responde á mi amor, y cuenta..... con veinte reales diarios."

—¡Qué horror!—esclamó la virtuosa jóven.

É indignada, no quiso leer mas y rompió la carta, que iba sin firma y sin cosa alguna que pudiese comprometer á fray Patricio.

La jóven, distraida, tomó el billete, y cuando alzó la vista para ver quién se lo entregaba, conoció á fray Patricio.....

Sin embargo, esta carta fatal la sacó de su letargo y borró las dulces ilusiones que las palabras del jóven de los cabellos de oro le habian hecho concebir.

—¡No cabe duda!—decia la desventurada.—¡Ambos me han creido capaz de vender mi honor!.... La carta de este fraile maldito es una esplicacion de las intenciones del osado jóven..... ¡Ambos me han dirigido proposiciones que solo se dirigen á mujeres deshonradas!.... ¡Dios mio!.... ¡Dios mio!....

Entre estas y otras reflexiones semejantes llegó María á su casa, metióse en su reducida habitacion, cayó medio desmayada en una silla, y recostada en su pobre lecho, vertió abundantes lágrimas que desahogaron su corazon enamorado.

PARTE PRIMERA.

INDIGENCIA Y HONOR.

CAPITULO PRIMERO.

El jornalero y su familia.

A espaldas del convento de San Francisco el Grande está la calle del Rosario, que como todas las de los barrios estraviados, presenta un contraste singular con el bullicioso movimiento y animacion que reinan siempre en los parajes céntricos de Madrid.

La calle del Rosario no es sin embargo de las mas solitarias y silenciosas, particularmente desde que se ha convertido en cuartel el convento de San Francisco.

Hay inmediato á una fuentecilla en un rincon de esta calle, un casucho muy antiguo, de bas-

tante capacidad, que generalmente ha sido habitado por esas infelices á quienes el hambre obliga á prostituirse, porque no todas las mujeres están dotadas del suficiente heroismo para resignarse á sufrir una existencia fatigosa, llena de privaciones y penalidades.

. . . . . .

Las tres mil infelices operarias que en la fábrica de tabacos de Madrid elaboran cigarros y rapé, son una prueba ostensible de la inclinacion que hay en las hijas del pueblo al trabajo y á la virtud, pues á pesar del mezquino salario con que se recompensa una labor tan productiva para el Estado como penosa para las operarias, á quienes tiene en incesante sujecion, prefieren ganar un jornal incapaz de saciar el hambre, á entregarse á una desmoralizacion torpemente vergonzosa.

Esto prueba que si el gobierno fomentase esta clase de establecimientos, mejorando los jornales de los trabajadores, cualquiera que sea el sexo á que pertenezcan, disminuirian en gran manera los vicios y crímenes á que conducen la miseria y la vagancia.

Y esta indiferencia de parte del gobierno hácia las clases pobres, á las cuales con insultante orgullo llaman *plebe* los verdaderos criminales, los que se entregan á todo linaje de vicios en medio de la abundancia y los tesoros, es tanto mas punible cuanto que, empleando brazos útiles, al paso que proporcionaria pan á las masas populares, aumentaria la riqueza del país.

Basta decir en corroboracion de este aserto, que la fábrica de tabacos, segun el *Manual de Madrid* del señor Mesonero Romanos, solo en el año de 1843 produjo 14.925 libras de tabaco habano, 123.552 de misto, 652.707 de comun, y 29.809 de picado.

¡Y mientras esta riqueza, unida á esos exorbitantes impuestos, á esas contribuciones desproporcionadas que gravitan sobre el honrado pueblo, á esas descabelladas tarifas ó aranceles que arruinan á las empresas, sirve acaso para tras-

formar los palacios de corrompidos ambiciosos en orgías, las clases trabajadoras gimen en la mas espantosa indigencia!

¡Lejos de culpar á los grandes criminales que ostentan asiático lujo en sus festines y saraos, se les acata y respeta como á la virtud misma, y al pueblo se le llama *plebe* y se le desprecia y escupe!!!

Hay en la alta sociedad señoras de ejemplar virtud: las mas son dignas de respeto, tanto por la finura y elegancia de sus modales, como por su esquisita instruccion, su amabilidad y otras prendas merecedoras de elogio; pero ¿dejará de haber algunas que olviden sus deberes, tal vez por solo hacer alarde de su hermosura, ó por el orgullo de ostentar con criminal coquetería la turba de adoradores que las rodea? ¡Y esto se califica de mérito, de gracia, de atractivo encantador! ¡Y si una hija del pueblo olvida un momento sus obligaciones para cumplir acaso otra mas sagrada, cual es el dar alimento á sus hambrientos hijos, se la encierra en la Casa Galera! No abogamos por la prostitucion..... de ningun modo; pero haya á lo menos igualdad en la justicia.

La duquesa tal, la marquesita cual..... son muy coquetas..... tienen vuelto el juicio á todos los elegantes de Madrid. ¡Oh! ¡Son beldades de mérito! ¿Quién resiste á sus gracias?

Esa otra mujer jóven y hermosa, en medio de todos los horrores del hambre y de las mas penosas privaciones, ha sucumbido á la seduccion; pero esta jóven es una pobre cigarrera, luego es una mujer de mala vida, es una mujer criminal que debe encerrarse en el Saladero. [1]

¡Cuántas concubinas de ministros y generales se habrán visto acaso en Madrid ofender con sus escandalosos alardes de

[1] Habiéndose reconocido el inconveniente de hallarse establecida la cárcel de Villa en las mismas casas consistoriales, fué trasladada en 1831 á la casa titulada el Saladero, contígua al portillo de Santa Bárbara. Mientras las mujeres de mal vivir dan escándalos por todas partes si tienen buenas relaciones, las desvalidas son conducidas al Saladero, acaso por meras sospechas ó por el enorme delito de ser pobres.

insultante opulencia la moral pública en los teatros y paseos mas concurridos! Y mientras esto se mira con indiferencia ó con aplauso tal vez, ¿qué suerte le aguarda á la infeliz víctima del amor ó de la seduccion de un pobre soldado? La contestacion está en un párrafo que leimos con horror en el número 2816 de *El Castellano*. Dice así:

"Escriben de Cuenca á un diario progresista, que dos pobres mujeres perdidas que habian seguido á la tropa y andaban merodeando entre las filas de la brigada, han sido cogidas, peladas, paseadas en burros y espulsadas de la ciudad á tambor batiente, sin que se sepa que la autoridad civil hubiese tomado parte. Nos parece que en la policía militar caben otros medios menos repugnantes para desterrar la inmoralidad de las filas del ejército, y no estos castigos, impropios de la cultura de un pueblo que se precie de liberal y civilizado."

¿Quién ha autorizado á los mandarines militares á cometer semejantes tropelías? ¿Se alcanza con ellas contener la inmoralidad del soldado? No, porque no es él quien recibe el castigo. ¿Se alcanza corregir á las infortunadas mujeres? Tampoco, porque lejos de eso, se imprime en ellas para siempre el sello de la infamia, se las pone en el caso de no poder alternar con las mujeres honradas, y no se les dejan ya mas que dos arbitrios en este mundo: EL SUICIDIO Ú LA PROSTITUCION. Y por lo mismo que con tan repugnantes castigos la prostitucion se fomenta, conviene emplear medios decorosos para estinguir esas podredumbrosas huroneras de mujeres perdidas que infestan la sociedad.

Dése socorro á los pobres, déseles trabajo, y los vicios que no desaparezcan al desaparecer el hambre, serán hijos de la maldad, y podrán castigarse severamente, pero de un modo digno de toda nacion culta, no con espectáculos horribles que nos confundan con hordas de salvajes.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

La calle del Rosario tiene fama de albergar muchas de esas mujeres que no han tenido bastante heroismo para preferir una sujecion laboriosa; llena de hambre y privaciones, á una vida holgazana y alegre.

Vénse en consecuencia manolas de rompe y rasga, de las que suelen encajar una desvergüenza al lucero del alba con la misma facilidad que si se soplaran un sorbete.

Cruzan tambien por la misma calle hombres de capa parda, gran patilla y sombrero calañés, y bastantes viejas de esas que cubren sus pingajos con un grande y sucio manton de estambre á cuadros verdes y encarnados.

En la primavera particularmente no deja de ser bulliciosa la calle del Rosario. Las vecinas salen á tomar el sol en medio

de ella, y se peinan unas á otras, mientras las viejas se entretienen en murmurar del prójimo.

Multitud de chiquillos, porque parece que los pobres son mas fecundos, jugando en camiseta los que no andan en cueros, entre las gallinas de la tabernera, interrumpen el paso de los transeuntes.

En esta calle vivia Anselmo *el Arrojado* con su numerosa familia.

La pared que termina el convento de San Francisco el Grande, coge toda una acera de la calle del Rosario: á la otra acera hay una hilera de miserables casas, por cuyas puertas principales apenas puede pasar un hombre sin bajar la cabeza.

Muchas de las celdas del convento tienen su ventanilla que da á la calle del Rosario.

La casa marcada con el número 3 tiene una puertecilla como las demás; á la izquierda de la puerta hay una reja con vidriera interior que tiene tres ó cuatro vidrios rotos y un pedazo de papel y otro de hule que reemplazan los huecos de otros vidrios. Entre la reja y el portal, sobre la ennegrecida pared, campea una cruz amarilla. Despues de un angosto y profundo pasillo, seis gradas conducen á un pequeño patio. Hay en él varias puertas. La primera de la derecha es la humilde habitacion de la familia de Anselmo *el Arrojado*, compuesta de marido, mujer y siete hijos. Aunque todo respiraba pobreza en aquella habitacion, notábase no obstante el mayor aseo, tanto en los pocos y ordinarios muebles que habia en ella, como en los remendados vestidos de los individuos que la ocupaban.

En un cuartucho mal enladrillado habia dos anchos jergones en el suelo, separados por un viejo cofre que contenia la ropa de toda la familia. Cubríales un cortinaje de indiana oscura, que desprendiéndose del techo por medio de anillos sujetos á una varilla, faltábales cosa de medio palmo para llegar al suelo. Esta cortina dividia el cuarto en dos mitades, sirviendo una de ellas de alcoba y la otra de sala, donde habia cuatro sillas y una mesa de pino.

Un jarrito colocado encima de la mesa con algunas flores, dos pajaritos de yeso pintado puestos lateral y simétricamente, seis estampas ó retratos, á saber: el de Riego, el de Mina, el de Lacy, el del Empecinado, el de Torrijos y el de Manzanares, con un espejo que tenia la luna rota, un crucifijo y una vírgen, eran los adornos de la estancia del jornalero.

En uno de los jergones que hemos mencionado anteriormente, dormian los dos esposos con dos niñas: el otro jergon era para cuatro niños, y María tenia su cuartito separado.

El cuarto de María era sumamente reducido: solo cabia en él una pequeña cama, una silla y una mesita con su modesto y pobre tocador.

Frente al cuarto de María estaba la cocina, cuyo aseo contrastaba con la pobreza de su ajuar.

Lo mas precioso que habia en la casa del jornalero era una elegante jaulita con su lindísimo canario, que hacia ya bastante tiempo habia regalado aquel á su hija María en celebridad de su santo.

Anselmo *el Arrojado* tendria unos cuarenta y cinco años de edad. Bella figura..... cara verdaderamente española, color moreno, ojos y cabellos negros, mirada espresiva y genio jovial.

Habia servido en el ejército liberal bajo las órdenes de un coronel, á quien en una accion salvó la vida. Su jefe quiso recompensar los servicios de su libertador, y le proporcionó el retiro, que Anselmo deseaba desde que se habia enamorado de la mujer con quien casó despues.

El bizarro coronel hacia poco que lloraba la pérdida de su adorada esposa, y no parecia sino que buscase el peligro para librarse de un pesar desgarrador; pero reflexionando que debia vivir y cuidar del fruto de amor que le habia dejado su esposa, todo le parecia poco para mostrar su gratitud al valiente jóven que le habia salvado. Ofrecióle oro en abundancia; pero esta oferta ruborizó al pundonoroso militar, que solo admitió en recompensa la amistad de su jefe. «Pues bien,—dijo el co-

ronel abrazando á su salvador;—DESDE HOY, BIZARRO JÓVEN, DESEO SER TU HERMANO... CÁSATE Y SÉ MAS FELIZ QUE YO... PERO SI TIENES UNA HIJA, QUIERO SER SU PADRINO, ¿LO OYES? QUIERO QUE SE LLAME MARÍA, PORQUE ES EL DULCE NOMBRE DE LA ESPOSA Á QUIEN YO ADORABA TANTO; Y UNA VEZ QUE NO QUIERES MAS RECOMPENSA QUE MI AFECTO, JURO POR LA MEMORIA DEL ÁNGEL QUE DIOS ME ARREBATÓ, NO SER JAMÁS INGRATO AL BENEFICIO QUE TE DEBO.»

Tanto por el denuedo con que supo libertar á su coronel de un peligro inminente, como por otras mil hazañas con que se grangeó Anselmo el aprecio y admiracion de sus jefes y camaradas, se le conocia en el ejército por el glorioso sobrenombre de *el Arrojado*.

Con todo, sus proezas, tan admiradas y ensalzadas por cuantos eran testigos de ellas, jamás obtuvieron el galardon debido, porque rara vez se premia en España al valiente soldado. ¡Mientras este vierte su sangre arrostrando mil peligros con bizarría, olvídanse sus glorias, sus privaciones, su constancia, su denuedo, su heroismo..... se le condena tal vez al hambre..... á la desnudez!!!.... [1] ¡Y á un general que acaso

[1] Nos complace ver en la actualidad la inusitada brillantez del ejército. Solo sentimos que no se llenen las demás atenciones con igual exactitud. ¿Será que trate el gobierno de tener contenta á la fuerza armada para sostenerse con su apoyo? Los gobiernos justos se sostienen por el amor de los pueblos. Solo los déspotas se apoyan en la fuerza material. De todos modos, deseamos que el ejército esté siempre atendido como por sus virtudes merece.

Los príncipes franceses que en setiembre de 1845 acaban de ver en Pamplona nuestras tropas, hánse quedado atónitos de su brillante estado. Hé aquí lo que ha dicho sobre ello el *Boletin del Ejército*:

«Para pintar fielmente la impresion que sobre los príncipes y los oficiales de su comitiva ha producido el aspecto de nuestras tropas, basta decir que con una especie de recelosa duda, preguntan estos últimos si se hallan efectivamente en igual estado los demás cuerpos del ejército; figurándose de que una eleccion preparatoria haya precedido á la reunion y arreglo de las que tienen á la vista.»

«Gracias á los diparates que sobre este país propalan los folletinistas en comision, que á manera de corredores de comercio nos esportan los grandes diarios de París, y que escribiendo sobre España ocho dias despues de desembar-

no tiene mas méritos que el torpe ejercicio de la adulacion ó de la intriga, se le colma de honores y de riqueza!!!.... .

Anselmo no ambicionaba ascensos..... batíase por su amor á la libertad y en defensa de la libertad y de la independencia de su patria..... no podia menos de ser un héroe, y á los héroes les basta su conciencia.

Retiróse del servicio á los veintiocho años de su edad, porque solo con esta condicion queria la belleza á quien adoraba darle la mano de esposa.

Esta mujer era Luisa, jóven hermosa, rubia como el oro, hija de padres pobres y honrados.

Anselmo era robusto..... Dedicóse al trabajo, y pronto fué de los mejores albañiles de Madrid. Rara vez le faltaba jornal, y como este era de catorce reales, con cinco que ganaba Luisa, que era de las mas hábiles costureras de su tiempo, juntaban un sueldo suficiente para pasarlo con las mayores comodidades.

Nació María á los diez meses de este enlace venturoso; nació lindísima, y aunque morena como Anselmo, adquirió todas las gracias y virtudes de su madre.

car en una fonda, nos hacen el servicio de embrollar completamente las ideas de los estranjeros con respecto á nuestras cosas: figurábanse quizás los franceses encontrar aquí bandas desorganizadas y de desgarrados, y se han quedado estupefactos al ver unas tropas que por su brillantez, su lujo, su soltura y su disciplina, pueden rivalizar con las suyas; con la particularidad de que nuestra infantería es bajo todos conceptos superior á la suya en elegancia, en calidad. La infantería francesa tiene muy buenos cuadros y una instruccion acabada; pero el traje es de mal gusto, y su personal es pobre y raquítico, porque la mucha subdivision de la propiedad y el desarrollo del bienestar han aumentado desproporcionadamente el número de sustitutos, y debilitado la robustez, el aguante y el sufrimiento del soldado.»

«La infantería española, además de ser uniformada con elegancia, tiene la no disputada ventaja de ser la mejor andadora; calidad no despreciable en una época en que el secreto de la guerra está en las piernas; posee además, por su sobriedad, el privilegio de vivir en donde cualquier tropa se vea disuelta por el hambre; el soldado sabe sufrir las privaciones en medio de chistes y rasgos de buen humor, es naturalmente callado y disciplinado, y en cuanto á la inteligencia en el combate, los franceses mismos no podrán negarla á los españoles.»

El coronel de quien hemos hablado anteriormente no pudo ser su padrino, porque los periódicos habian anunciado la muerte de este bizarro militar; pero en obsequio á su memoria, puso Anselmo á su hija el nombre de María.

El nacimiento de María completó la felicidad de los dos esposos; pero desgraciadamente no fué esta felicidad duradera.

Luisa y Anselmo tuvieron seis hijos mas despues de María; y á la par que sus necesidades aumentaban, empeorábanse los tiempos. El trabajo escaseaba, particularmente en invierno, pues con motivo de ser iguales los jornales que se pagan en esta época á los del verano, los dueños de los solares no construyen edificio alguno hasta que llegan los mas largos dias. Por esta razon pasaba el pobre Anselmo meses enteros sin trabajo, y como jamás viene una desgracia sola, aumentó sus apuros una terrible enfermedad de su esposa.

La buena Luisa, la virtuosa y digna madre de María, viendo la desesperacion de Anselmo, porque á pesar de sus activas gestiones no tenia un trabajo continuo que le proporcionase las comodidades que deseaba á su familia, trabajaba dia y noche sin cesar, no obstante las reconvenciones de su marido, que no queria consentir se fatigase de aquel modo.

Luisa aparentaba que aquellas labores no la molestaban ni perjudicaban su salud en lo mas mínimo; pero á los pocos meses de tan asíduas tareas, una horrible inflamacion en la vista la postró en el lecho del dolor.

¡Entonces fué preciso vender cuanto habia en la casa para atender á los gastos de la cruel dolencia, que acabó desgraciadamente por privar á la tierna madre y fiel esposa del mas precioso don que Dios concede á los mortales!....

La desventurada Luisa quedó ciega.

Ya no habia para esta honrada familia mas recurso que la mendicidad; y este medio, harto vergonzoso para personas de honor no avezadas á la degradante humillacion de tener que pedir un pedazo de pan á la caridad ajena, repugnaba al hombre cuyas hazañas en las honrosas filas del ejército habian

despertado en su corazon cierto noble orgullo que le hacia preferir la muerte, á tener que mendigar el socorro de puerta en puerta.

Las frecuentes y sucesivas desgracias de los suyos laceraban el corazon de María, particularmente el lamentable estado de su madre infeliz, á quien adoraba.

María era el consuelo de toda su familia: sus afanes y desvelos hacian soportar á sus padres con resignacion las acerbas privaciones y horribles desgracias de que eran víctimas.

Habíase deslizado un año desde el encuentro de María con el jóven atolondrado y elegante de las doradas melenas, y desde la declaracion que le hizo por escrito el crapuloso fraile de San Francisco.

Los trastornos y sinsabores que durante este año habian atormentado el corazon de María, habian hecho olvidar ya casi enteramente aquellos dos acontecimientos.

Era ya tan apurada la situacion de la familia del jornalero, que la pobre María no sabia qué hacerse para saciar el hambre de sus seis hermanitos, que rodeaban á su madre á todas horas pidiendo pan. Eran dos niñas de seis y siete años, y los demás niños varones de tres, cinco, nueve y diez años.

. . . . . .

¡Hambre!.... Este era el resultado que una familia honrada obtenia en premio de sus virtudes. ¡Hambre!.... Hé aquí el galardon de un laborioso artesano. ¡Hambre!.... Esta es la recompensa que sigue á los valientes al hogar doméstico cuando se retiran á reposar de los heróicos servicios prestados á su patria.

¡Oh! Esto es espantoso, y esto no sucediera si el gobierno fomentase y protegiese el espíritu de asociacion y moralidad que no deja de germinar en corazones filantrópicos.

¿Por qué no se han de crear en Madrid y en todos los puntos populosos sociedades benéficas en favor de los beneméritos jornaleros, parecidas á la que con el título de *Caja de socorros agrícolas de la provincia de Castilla la Vieja*, se ha

establecido en la ciudad de Valladolid? El pensamiento de facilitar á los pobres socorro en sus apuros, enfermedades y y escaseces, no puede ser mas hermoso y humanitario.

La empresa de Valladolid lo realiza con justicia, con sabiduría y equidad. No podemos menos de consignar en esta historia el distinguido servicio que su fundador el señor Garci-Aguirre ha hecho á su país, é invitamos á los capitalistas es-

pañoles á que concilien sus beneficios con los que el pueblo reportaria de la propagacion de tan provechosas instituciones. Dediquen siquiera á tan filantrópico objeto una pequeña parte de esos millones que consumen los cantores y bailarines estranjeros (mientras los cómicos españoles perecen de miseria), y su patria les bendecirá.

Tambien seria muy útil á las clases menesterosas alguna

asociacion con el caritativo objeto de proporcionar dote á las pobres que contraigan matrimonio. Hablaremos mas detenidamente, durante el curso de nuestra historia, de este y otros pensamientos que estirparian la pobreza y los crímenes que aborta la necesidad.

. . . . . .

Anselmo y la pobre ciega, casi siempre asidos de las manos, parecian aguardar con resignacion el momento de sucumbir á los estragos del hambre.

Un solo medio quedábale á María para aliviar algunos dias el hambre de sus hermanitos y de sus padres, que escuálidos ya y cadavéricos, con los ojos desencajados, deseaban que la muerte diese fin á tantos tormentos.

Este medio, que repugnaba al tierno y sensible corazon de la hija del jornalero, era para ella un sacrificio enorme que se veia obligada á rendir en las aras del amor filial. Verificóle no obstante con valor, en los términos que se espresará en el capítulo siguiente, perdiendo para siempre una joya inapreciable, único consuelo de su alma candorosa.

CAPITULO II.

El canario.

La inocente y candorosa María, enteramente ocupada en los quehaceres domésticos, jamás salia de casa, pues mientras habia habido en ella algun dinero con que atender á las mas precisas urgencias, su hermanito mayor, que como hemos dicho, rayaba ya en los diez años de su edad, era el comprador de los artículos, que si no abastecian la pobre mesa del jornalero, mitigaban á lo menos los rigores del hambre, que empezaban ya á dejarse sentir en aquella familia sin ventura.

María, en consecuencia, carecia de todo roce con la sociedad; ni una sola amiga tenia á quien hacer depositaria de las secretas confianzas de

su corazon. Así es que, en medio de sus incesantes desvelos para atender en lo posible al cuidado de sus padres y hermanitos, consolaban su amargura las caricias de su lindísimo canario.

Fácil es concebir el afecto que profesaba María á esta avecilla inocente, sabiendo que la sensibilidad era el mas bello ornato del hermoso corazon de aquella interesante jóven.

El canario era la joya mas preciosa que poseia, no solo por ser regalo de su tierno padre, en quien idolatraba, sino por las singulares gracias de aquel lindo pajarillo, dotado de tal inteligencia que parecia comprender las caricias de la graciosa morena que le cuidaba. Hacíalo María con un afecto verdaderamente maternal. Todos los dias limpiaba perfectamente la jaula, mudaba el agua del bebedero, y entrelazaba en los alambres algunas de las hojas mas tiernas de escarola, que el canario picoteaba, aleteando de júbilo.

Contemplábale María embelesada, deleitándose en oir los primorosos trinos y gorgeos con que parecia agradecer sus bondades, en verle saltar de cañita en cañita, siempre alegre y bullicioso, zambullirse repetidas veces en el agua, y despues de desconcertar con el piquito de marfil la verdosa pluma de sus alas, como para introducir en ellas el agradable frescor que le recreaba, daba graciosas sacudidas que ponian nuevamente en órden su lustroso plumaje.

De vez en cuando aproximaba María sus purpurinos y virginales labios á la jaula con un piñoncito en ellos, y entonces era cuando el gozo del pajarillo rayaba en frenesí. Un temblor convulsivo agitaba sus alitas, y piando de contento, acercábase á tomar aquel don cariñoso que el amor de una vírgen pura le ofrecia. Deteníase á corta distancia de los hermosos labios, y volviendo la donosa cabecilla de un lado á otro antes de picar en el piñon, como receloso de herir el carmin de aquella agraciada boca, apoderábase luego de la presa, y la saboreaba triunfante en medio de sonoras modulaciones que lanzaba al aire su delicadísima garganta, con la misma limpieza y maes-

tría con que el bardo ruiseñor saludaba desde el frondoso bosque los benéficos resplandores del sol naciente.

¡Cosa estraña! La inteligencia, ó el instinto si se quiere, del canario de María llegaba al estremo de penetrar en lo más recóndito de su generoso corazon.

Cuando en mejores dias no habia aún sentido la pobre jóven los repetidos sinsabores que laceraron despues su pecho, rebosando de aquella alegría pura que destella siempre un alma candorosa que no ha sido víctima aún de los rigores de la adversidad, abandonábase de continuo á la jovialidad propia de la inocencia.

Entonces era cuando su tierna avecilla se deshacia en alegres gorgoritos, con los cuales saludaba siempre la entrada de María en su cuarto, y quedaba muda y silenciosa por largo rato cuando se ausentaba de él.

Pero desde que una fatal aglomeracion de infortunios vinieron en poco tiempo á perturbar la dicha de una familia, digna por sus virtudes de mejor suerte..... desde que la carencia de trabajo habia postrado en dolorosa inaccion á un honrado jornalero, á un esposo fiel, á un padre cariñoso..... desde que una horrible enfermedad habia privado de la vista á la mejor de las madres, cuyos tiernos hijos lloraban incesantemente de hambre..... era imposible de todo punto que la infeliz María respirase un momento de placer.

La virtuosa niña fingia serenidad, resignacion, y aun jovialidad en ciertos casos, para reanimar á sus padres y hermanos, halagándoles con esperanzas ilusorias para hacerles soportar con valor el peso de sus desgracias; pero al verse sola en su reducida estancia, era precisamente cuando se abandonaba al dolor, cuando vertia copioso y amargo llanto.

No parecia sino que este espectáculo desgarrador afectaba al pobre canario. Ensayábase, sin embargo, en algunos de sus gorgeos así que veia á María, como queriendo distraerla de sus pesares; pero viéndola abismada en espantosa melancolía, enmudecia tambien el canario, y encogiéndose y esponjando

su pluma, permanecia silencioso y triste, la vista siempre fija en la desgraciada jóven.

Solo un recurso le quedaba á María para aliviar por de pronto los males de su casa; pero ya lo hemos dicho á la conclusion del capítulo anterior: este recurso era un sacrificio inmenso, era hacer en su pecho una herida profunda, sacrificar una de las prendas mas queridas de su corazon..... en una palabra, María, para apagar el hambre de sus hermanitos, para salvar acaso la vida de sus padres, no tenia ya otro recurso que..... vender el canario!

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Era el 16 de julio de 1834, dia de la Vírgen del Cármen.

—Ningun dia mas á propósito para verificar una pronta y favorable venta de mi canario,—dijo para sí María.—Muchas lágrimas me costará este sacrificio; pero la idea de que con él doy treguas á tantos males, me servira de consuelo. Acuérdome que mi buen padre me dijo que le habia comprado por cuatro duros en una feria..... hoy empiezan las ferias de la calle del Cármen: estuve el año pasado en ellas con mi madre, y sorprendióme por cierto la numerosa y lucida concurrencia que allí habia. Y entre tanta gente, ¿no habrá quien me dé á lo menos la misma cantidad que le costó á mi padre el canario con su jaula?

Al decir esto, deslizóse por su mejilla una lágrima, arrancada sin duda por el dolor que le causaba tan penoso sacrificio.

En efecto, el 16 de julio, dia de la Vírgen del Cármen, la calle que lleva este nombre, una de las mas céntricas y principales de Madrid, pues desemboca á la misma Puerta del Sol, vése adornada por dos hileras de mesas llenas de juguetes de plomo y otras chucherías propias para los niños, como muñecos, perritos, caballos de carton, guitarritas, violines, atabales, pitos, angelitos de yeso y santos de barro.

Una circunstancia particular caracteriza esta feria, y hace

mas apacible el concurrir á ella, porque se aspira un ambiente deliciosísimo.

Inmenso número de macetas de albahaca que se llevan allí para vender, embalsaman el aire, y este aroma, unido al bullicio y alegría de las gentes, á las buenas vistas que ofrecen las beldades de Madrid, á la elegancia de sus lujosos trajes y otros atractivos, forman el imán irresistible de esa juventud atolondrada que sabe fascinar á las buenas mamás en beneficio y consuelo de sus hijas, y cae siempre como fatal meteoro sobre la cabeza de algunos pobres maridos.

Firmemente convencida María del acierto de su resolucion, hizo el último esfuerzo, cogió la jaula, y se dirigió á la calle del Cármen.

Llegó á ella, y la alegría y movimiento de aquel sitio formaban singular contraste con la amargura que devoraba á la hija del jornalero.

Como un solo pensamiento ocupaba la mente de esta virtuosa jóven: SALVAR Á SU FAMILIA, no se habia acordado siquiera en ataviar su hermosura, que la palidez nacida de los pesares y del hambre, las ojeras producidas por las continuas vigilias, y la espresion de tristeza que sus descarnadas facciones destellaban, habian desmejorado notablemente. Esto hacia que María no llamase ya la atencion de los jóvenes, como la habia llamado hasta entonces; pero la infeliz muchacha, abismada en sus reflexiones, no habia hecho esta observacion, que acaso hubiera acrecentado su amargura.

Sentóse en una de las gradas de la misma iglesia del Cármen, con la jaula de su precioso canario enfrente. En esta posicion acabó de apurar hasta las heces la copa del dolor. No parecia sino que el infeliz pajarillo conociese su situacion. A pesar del hermosísimo sol que hacia, que es lo que suele alegrar mas á los canarios, el de María permanecia mudo, acurrucado, con la pluma erizada y sumergido en la misma tristeza que su jóven compañera, á quien parecia suplicar que no le vendiese ni le separase de ella si queria salvar su vida.

Esto mismo llegó á imaginarse María en sus melancólicas reflexiones, y casi iba á arrepentirse de la resolucion que habia tomado, cuando en medio de su incertidumbre acercósele un hombre y le dijo:

—¿Vendes ese canario?

—Sí señor,—contestó tristemente María, despues de haber vacilado algunos instantes.

—¿Cuánto pides por él..... con la jaula por supuesto?

—Mire usted, señor, si no fuese por necesidad no le daria á ningun precio; pero ahora, si quiere usted darme lo que costó.....

—¿Y cuánto es eso?

—Cuatro duros.

—¡Cuatro duros!.... ¿Estás en tu juicio, muchacha? La jaula no vale dos..... ¡y digo!..... ¡el canario está en buen estado! yo creo que no llegaria vivo á casa.....

A estas palabras, dos gruesas lágrimas saltaron de los ojos de María.

El comprador continuó:

—Mira, dos duros es lo que te doy por todo: la jaula es lo que me gusta, porque lo que es el canario, probablemente al llegar á casa se lo zampará el gato.

María no pudo contestar..... El dolor habia formado un nudo en su garganta que ahogaba su voz.

—Dos duros..... ¿me lo llevo?.....—repitió el desconocido.

—Queda mio el canario.....—dijo con resolucion una voz sonora y agradable.

Al sonar esta dulce voz, una onza de oro cayó en el delantal de María..... levantó esta los ojos..... ¿Cuál seria su sorpresa al ver que se apoderaba de su canario aquel jóven rubio á quien sus pesares habian hecho ya casi olvidar?

—¡Cielos!—esclamó.—¿Usted aquí?

—Sí, ingrata, yo soy..... Ya que no quieres corresponder al amor que te profeso, tendré á lo menos una prenda tuya, que mitigará mis tormentos.

Dijo esto y desapareció.

Quedóse María como petrificada, y parecióle que no sentia tanto la pérdida de su canario, viendo que iba á parar en manos del jóven de los cabellos de oro.

Sobre todo, tenia una onza en su mano, y aunque nunca su alma pura y candorosa podia afectarse por el vil interés, la idea de que con aquella suma iba á remediar para mucho tiempo los males de su familia, y convertir en gozo y alegría el llanto y la desesperacion de sus padres y de sus hermanos, colmaba todos sus deseos.

El jóven de los dorados cabellos volvió otra vez á hacerse dueño de su corazon; pues no parecia sino que era su ángel

custodio, á quien Dios habia enviado para remediar todas sus desgracias.

Fuése corriendo á su casa, y ya desde la escalera empezó á gritar:

—¡Padre!.... ¡madre!.... ya se acabaron nuestros apuros.

Llegó María al cuarto donde estaban los infelices esposos asidos de las manos..... les abrazó .... les llenó de besos, y continuó diciendo:

—¡Padre!.... ¡madre!.... traigo á ustedes diez y seis duros.....

—¡Diez y seis duros!—dijo Anselmo lleno de asombro.

—Sí, padre..... y espero que me perdonará usted el haber me desprendido de un regalo que usted me hizo..... No habia otro medio para salir de la indigencia que nos consumia..... He vendido el canario en diez y seis duros.

—¡El canario! ¡Cuánto siento, hija mia, que te hayas privado de él!.... ¡Le querias tanto!.... Mucho sacrificio es ese.

—El sacrificio es grande; pero sé que está en buenas manos, y esto me consuela. Además, ¿debia yo anteponer mi canario, por mucho que le quisiese, á la salvacion de toda mi familia?

—¿Dónde estás, María?....—dijo la cieguecita temblando de júbilo.—Ven, hija mia, ven, dame un abrazo. ¡Cuánto siento en este instante no poderos ver! Hijos mios,—añadió la pobre ciega dirigiéndose á los demás hijos,—abrazad á vuestra hermanita..... ya no tendreis hambre. María os dará hoy de comer.

Es preciso renunciar á describir la alegría de aquellas infelices criaturas. Todos rodeaban á María, todos la besaban, la abrazaban, la bendecian, todos lloraban de placer.

Este entusiasmo de alegría no podia ser mas natural. María era en aquel momento el ángel de salvacion de todos aquellos infortunados, próximos á perecer entre los crueles tormentos del hambre y de la desesperacion!.... Tormentos que hacia mas dolorosos el entrañable afecto que las infelices víctimas se profesaban.

Dejamos á la penetracion de un padre cariñoso, de una

madre sensible, lo desgarrador de tan espantoso cuadro. Ver á sus tiernos hijos ya sin mas aliento que para repetir con voz apagada y lastimera una sola frase: ¡tengo hambre!.... frase desconsoladora, terrible, homicida, cuando ni aun lágrimas habia en aquella pobre morada, porque hasta el lloro habíase agotado á fuerza de llorar..... porque la debilidad y el dolor habian secado los ojos..... ¡Horrible aglomeracion de padecimientos! Sufrir los estragos del hambre y oir los tristes lamentos de sus hijos, sin poder socorrerlos, es un tormento feroz para el cual no hay resistencia en el corazon paterno.

Aquellos desventurados iban á sucumbir sin remedio, cuando oyeron los gritos de salvacion de María. El gozo de aquella honrada familia solo puede compararse con el que sienten los que en las gradas del suplicio reciben la noticia de un generoso perdon.

Diez y seis duros eran un tesoro para quienes estaban acostumbrados á la mas completa escasez. Eran una riqueza que aseguraba por mucho tiempo la tranquilidad de toda la familia, y durante este tiempo era de esperar que las circunstancias variasen, porque no siempre habia de estar Anselmo sin trabajo. En una palabra, el socorro de María debia haber labrado la dicha de todos, si una fatalidad inconcebible no emponzoñase incesantemente las mas lisonjeras y fundadas esperanzas de los que nacen para el infortunio.

—María,—dijo Anselmo,—dices que el canario está en buenas manos y esto me induce á creer que conoces á nuestro bienhechor. ¿Su nombre?....

El pálido rostro de María, encendióse de repente, hasta el estremo de ponerse como el coral.

—Señor..... le ignoro.....—respondió tartamudeando.

—¿Cómo sabes, pues, que el canario está en buenas manos?

—Porque..... está en poder de un jóven generoso.....

—¡De un jóven!.... ¡Dios mio! Y ese jóven, ¿te ha hablado alguna vez de amores?

—No le he visto mas que dos veces.

—Pero ¿te ha hablado de amores?—repitió con impaciencia Anselmo.

—Me ha dicho..... que me ama.

—¡Maldicion!—esclamó Anselmo dando una patada en el suelo.—¡Que te ama!.. un jóven que así derrama el oro..... ¡que te ama!.... ¡á tí, pobre y desgraciada!.... María, ¿sabes dónde vive ese jóven?

—Me lo dijo, pero jamás me he acercado á su casa.

—Eso no lo dudo, hija mia; pero mañana mismo, ya que es ahora muy tarde, es preciso que vayas á ella y le devuelvas esa onza de oro. Hija mia, muramos todos de hambre primero que comprar nuestra salvacion con la deshonra.

Un silencio espantoso sucedió al júbilo que poco antes reinaba en la casa del jornalero.

Aquella noche fué mas terrible aún que las anteriores para aquellos desgraciados, porque ya no habia esperanza alguna..... era preciso sucumbir á la muerte.

—¡Sucumbir á la muerte!—decia Anselmo en sus tristes reflexiones.—¡No! ¡no!.... Si fuese yo solo la víctima..... ¡oh! en este caso, seria mi tumba un lecho de flores; pero mi esposa..... mis tiernos hijos..... ¿por qué han de morir?.... ¿por qué he de sacrificarles á mi orgullo?.... A mi orgullo..... sí..... á mi orgullo..... ¿No hay otros mas infelices que yo?.... ¿no hay otros que mendigan su subsistencia?.... ¡Qué vileza! ¿Vileza?.... ¡Yo estoy loco!.... ¿Vileza mendigar el sustento de mis hijos?.... No por cierto. Con todo..... mendigar hallándome sano y en la edad mas robusta y á propósito para soportar las fatigas de un trabajo cualquiera!.... ¡Se me confundirá con los vagos!.... ¡Oh situacion terrible y afrentosa!.... Pero es preciso arrostrarla con valor..... es preciso hacerse superior á todo cuando se trata de la salvacion de mis hijos..... Es preciso ser padre para concebir todo el poder del amor paternal. ¡Ay! Si mi coronel..... si mi bienhechor viviera..... no me veria en tan horrible situacion. ¡Era tan bueno!.... ¡tan generoso!.... pero ya no existe! ¡Murió peleando por la libertad de su patria!.... Yo tambien

he peleado por ella, he vertido mi sangre..... ¡y esta patria desagradecida me abandona!.... ¡Oh! ¡no!.... La patria jamás abandona á sus denodados defensores..... Cuando malos gobernantes la esclavizan..... cuando solo piensan en enriquecerse ellos, aunque perezcan en la indigencia las clases trabajadoras, no por eso debo yo culpar á mi patria, víctima, como yo, de inmorales ambiciosos. El triunfo de la justicia llegará, porque los españoles ya todos conocemos nuestros derechos. El mas infeliz de los jornaleros es tan ciudadano como el mas escopetado personaje. ... todos somos hijos de esta misma patria, y todos debemos aspirar á que nuestra madre nos trate con igual amor..... Pero entre tanto..... ¡me veo obligado á mendigar la caridad ajena!.... ¡Oh! ¡Cuántas veces merece la calificacion de heroismo lo que á los ojos del mundo es degradante humillacion!.... He arrostrado peligros inminentes en los combates con frente serena y corazon tranquilo..... y al prepararme á implorar el socorro que se da á los pordioseros, me ruborizo y tiemblo cobardemente!....

Un acento casi imperceptible, parecido al último suspiro del moribundo, interrumpió las reflexiones de Anselmo. Era la voz de uno de sus hijos, que pedia pan.

—¡Quiero pan!.... ¡tengo hambre!—repitieron todos los demás al oir el primer lamento.

Pero estas tristes voces sonaban tan desfallecidas, que hacian temer una próxima muerte.

—Mañana os daré pan, hijos mios,—esclamó Anselmo.

Y aquel hombre pundonoroso resolvió salir al dia siguiente á implorar de puerta en puerta una limosna para socorrer á su familia.

Al amanecer llamó Anselmo á su hija y le renovó el mandato de devolver la onza de oro al imprudente jóven á quien María amaba ya con frenesí, y parecíale en consecuencia imposible que fuese capaz de una mala accion..... Sin embargo, al oir la órden terminante de su padre, bajó María la cabeza, y se disponia á obedecer, cuando el estrépito de repetidos ti-

ros que sonaban á corta distancia, acompañados de feroces alaridos de multitud de gentes, llamaron la atencion de todos.

Anselmo era miliciano urbano desde la creacion de esta fuerza ciudadana.

Al oir los tiros, dijo á María:

—No salgas ya de casa. Cuida de tu madre y de tus hermanos.

Tomó el jornalero su levita de uniforme, su gorra de cuartel, su cartuchera y su fusil, y despues de abrazar á su esposa y á sus hijos, desapareció precipitadamente.

La ciega y sus hijos arrodilláronse delante de una imágen, llenos de espanto y de terror.

CAPITULO III.

El cólera.

Mientras la virtuosa familia del jornalero, postrada ante una imágen oraba con fervor para que no desamparase la Divina Providencia al pundonoroso Anselmo, preparábanse en Madrid inauditas escenas de sangre, desolacion y muerte.

De cuantos males han afligido á la humana naturaleza, ninguno se ha conocido hasta el dia mas horrible y aterrador, ni que mas estragos haya causado en todas partes, que el conocido con el nombre de *cólera-morbo asiático*.

Este devastador azote, cuya intensidad puede asegurarse ha sido igual en los ardientes climas del Asia y en los glaciales del Norte, ha acometido con la misma fuerza en todas las estaciones, sin perdonar clases, condiciones, sexos ni edades, burlando al activo celo de los mas hábiles profesores de medicina.

Hacia dias que en Madrid habian ocurrido algunos casos leves de esta cruel enfermedad, pero tan pocos, que no habia aún cundido la alarma por las masas del pueblo.

Además, como en semejantes circunstancias es prudente de parte de las autoridades la circunspeccion, y como la multitud suele atribuir á otras causas aquellos accidentes, no parecia sino que para halagar sus deseos se hiciesen ilusiones hasta las personas mas ilustradas, esforzándose en no dar crédito á la existencia de la funesta calamidad.

El mismo dia de la Vírgen del Cármen, hemos dicho ya que la calle que lleva este nombre, cuando María fué á vender su canario, bullia de una multitud de gentes alegres que dilataron su diversion hasta la media noche.

¡Horrible contraste!.... ¡Dos horas despues, aquel centro de júbilo, de animacion, de vida, de amores..... habíase convertido en lúgubre cementerio!....

Apenas habia casa donde no se llorase alguna muerte.....

El llanto se mezclaba con los ayes de los moribundos: el alarido de la desesperacion, de la orfandad, de la viudez, con el fervoroso clamoreo de los sacerdotes y con el sonido aterrador del martillo que improvisaba fúnebres ataudes.

Este espectáculo espantoso ocurrió á la misma hora en todas las mas principales calles de Madrid; por manera que el terror cundió por todas partes, aumentando el número de víctimas de un modo desolador é inaudito.

Las gentes transitaban, manifestando en las alteradas facciones de sus rostros cadavéricos el espanto de que se hallaba poseido su corazon.

Cruzábanse aceleradamente multitud de sacerdotes con el

Viático, y aunque sin duda por alguna sábia providencia de la autoridad no se doblaba á muerto, ni la fúnebre campanilla acompañaba á Dios por las calles, abundaban por desgracia en ellas otros espectáculos lúgubres que hacian estremecer.

Veíase pasar incesantemente en todas direcciones, no ya las camillas ó parihuelas con dos ó tres cadáveres en cada una, sino carros atestados de víctimas, que se dejaban hacinadas á centenares en las parroquias.

Este iracundo desarrollo de la enfermedad homicida llenó todos los espíritus de estupor, y ofreció á la gente soez y desmoralizada, á los malvados que suelen albergarse en las grandes capitales, y particularmente en Madrid, donde un representante de la nacion, secretario del jefe político, ha declarado en pleno parlamento que existen en la actualidad mas de cien casas relacionadas con los ladrones; ofreció repetimos, una ocasion favorable para ejercer su profesion..... el robo y el asesinato [1].

[1] En la sesion del 4 de marzo de 1845, dijo, entre otras cosas, el señor Estéban Collantes:

«Decia, señores, que no podia dar detalles sobre el número de vagos que hay en Madrid, pero sí los daré respecto de sus clases, y el Congreso conocerá que no están todos comprendidos en la denominacion de vagos. Sabido es que en Madrid muchos se procuran su subsistencia con el robo y la estafa, y así tienen distintas denominaciones. Hay ladrones del trun, espadistas, santeros, estampistas; ladronas, ladronas viandantas, peristas, ladrones del atraco, ladrones de la sociedad secreta, ladrones del dos, barateros, pasteleros, petardistas, monederos falsos, falsificadores y espendedores de documentos del Estado.

Estas son las clases en que están divididos los malhechores en Madrid; segun los instrumentos de que se valen ó los medios que emplean, así toman las distintas denominaciones. Hay mas de cien casas que se conocen con el nombre de *peristas;* en estas se compra á los ladrones lo que roban, y como compran por dos ó tres lo que vale veinte, dicen que encuentran en ello una *ganga* ó una *pera*. El mayor número de malhechores es el de *el dos*, y se les da este nombre por la sutileza con que hacen los robos, pues meten los dos dedos nada mas para sacar de los bolsillos los relojes, el dinero ó alhajas. A los individuos que pertenecen á esta seccion se los llama de la *sociedad del dos*. Por estos pequeños apuntes que he leido al Congreso y otros muchos que tengo en la secretaría, podrán conocer los señores diputados que de algo sirve la policía en Madrid, y de algo sirven tambien los agentes de proteccion y seguridad pública.

Pero es preciso que los que califican de inmunda *plebe* á las honradas masas del trabajo y de la virtud, que forman el verdadero pueblo español, no confundan á este pueblo heróico con una turba soez de asesinos.

El hombre que consagra su juventud, sus brios, su vida entera á un trabajo penoso que apenas le produce para sustentar una existencia fatigada, cuando hay tantos medios de degradacion, ó infamia para enriquecerse en medio de la holganza y de los placeres, da una prueba incontestable de que la virtud ha echado hondas raíces en su pecho, de un modo que ya no es posible se separe jamás de la senda del honor.

El pueblo pobre, pero honrado; el pueblo pobre, pero industrioso; el pueblo pobre que con sus afanes y sudores, con su talento, con su aplicacion y su incesante fatiga crea las riquezas, sin que recoja de ellas mas que una mezquina parte, que no sufraga para las mas sagradas atenciones..... este pueblo heróico contempla con paciencia á los magnates que le insultan, que le roban, y en escandalosas orgías, en festines báquicos, en opíparos banquetes, en magníficas carrozas tiradas por lujosos alazanes enjaezados de oro y ornados de riquísimos penachos, despilfarran el fruto del sudor del artesano infeliz!....

Pero todo tiene sus límites, y acaso no está lejos el dia de la expiacion.

En contraste con las altas virtudes del pueblo trabajador, ha habido siempre en España los abusos aristocráticos, la hipocresía apostólica y la depravacion de los enemigos del trabajo.

Hé aquí las primordiales fuentes de todos los males, de todos los vicios, de todos los crímenes que turban el sosiego de la sociedad.

Limitándonos ahora á las consecuencias de la vagancia, lamentable es por cierto que en el seno de las Córtes españolas se haya dicho por el mismo secretario de la autoridad encarga-

da de la seguridad pública, que en Madrid hay mas de cien casas relacionadas con ladrones organizados. [1]

¿Qué hace la policía?... ¿Para qué sirven entonces esos ponderados agentes de seguridad y proteccion pública? ¿Para atormentar á los vecinos honrados que obedecen fielmente los bandos de la autoridad?

A los hombres de bien, á los ciudadanos pacíficos se les vigila, se les veja, se les oprime por todos conceptos, ¡y se dice luego de muy buena fé que en Madrid hay mas de cien casas relacionadas con los ladrones!!!.... ¿Y á estos se les dejará en paz? No es de esperar de la autoridad competente, ni del celoso diputado que tan escelentes datos ha sabido reunir en la secretaría que dirige; no es de esperar, no, de la autoridad cuya rectitud y firmeza de carácter en hacer respetar cierta justa providencia á los que por su elevada posicion en la sociedad se juzgan dispensados de acatar las leyes, merece honorífica

[1] Tambien en Barcelona hay sociedad de ladrones. A últimos de setiembre de 1845 hemos leido en los periódicos de la córte:

«SOCIEDAD DE LADRONES.—Se ha descubierto en Barcelona una sociedad de malhechores, bien organizada para su objeto, y con estensas y combinadas ramificaciones en todo el antiguo principado de Cataluña. Así parece que lo ha revelado uno de los salteadores, condenado poco hace al último suplicio, é indultado de la pena capital, merced á esta revelacion.

»En virtud de sus declaraciones se ha procedido á ciertos registros, y á ser ciertos los grandes hallazgos que se refieren, las joyas y presas recogidas valen algunos miles de duros. *El Fomento* dice haber oido hablar á persona que puede estar bien informada, de un riquísimo puño de espada antiquísimo que tiene muchos y granados diamantes engastados en oro, de magníficos y antiguos adornos de brillantes, y de un nuevo escondite descubierto en que se espera hallar nuevas preciosidades.»

Dicho periódico hace en un artículo oportunas reflexiones sobre esta organizacion de los criminales y este género de asociaciones para el mal.

«Los adelantos del siglo, dice, han refinado la maldad; á la osadía violenta ha sucedido la astucia solapada; el aislamiento ha sido reemplazado por concertadas combinaciones, y los peligros de robo, que antes amenazaban solo á los viajeros y casas apartadas de poblado, se hacen temer ahora en el centro de las grandes ciudades y en el seno de las familias mas bien resguardadas.

»No diremos nosotros si son peores los antiguos foragidos que los de nuevo cuño; la existencia de unos y otros prueba algun defecto capital en la sociedad

mencion. El señor jefe político se ha propuesto estirpar el mas torpe y degradante vicio, el semillero de toda raza de criminales..... el gérmen de todos los atentados..... el juego, en una palabra..... esa desenfrenada pasion que domina al hombre, que le despoja de los bellos modales que la mas esmerada educacion haya podido proporcionarle, y le convierte en ilota, le asocia á despreciables tahures, le desmoraliza y degrada cuando no le conduce al suicidio y tal vez al cadalso..... ¡El juego!..... Pasion horrible, repetimos, que ha causado lágrimas acerbas á innumerables familias..... que arrebata en un momento inmensas riquezas, ganadas á veces á fuerza de estudio, de trabajo y de virtudes heredadas de generacion en generacion..... que arruina las mas colosales fortunas, bien merece la atencion de una autoridad celosa; y así como el actual jefe político de Madrid desarrolla toda su energía para hacer desaparecer de la sociedad madrileña esta plaga destructora, sin que le arredren las alharacas de la aristocracia resentida, de esperar es que toda suerte de malhechores que perturbar pueden el reposo de

que sufre esas plagas terribles, y que es preciso no levantar mano hasta estinguirlas.

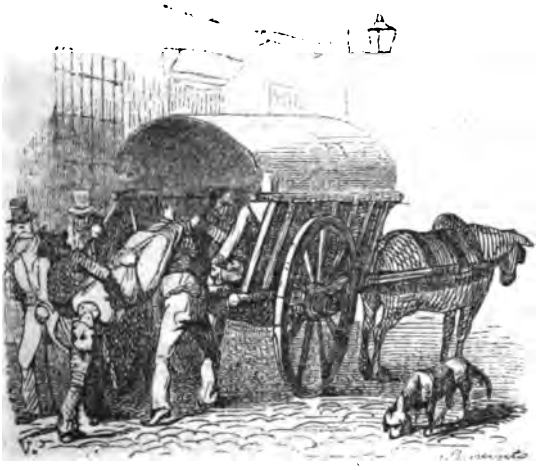
»De todos modos, la asociacion de ladrones que se supone planteada en esta capital, convence que la desmoralizacion ha llegado al último grado, que hay en el fondo de la sociedad muchos elementos de destruccion que pueden acarrear terribles desgracias si no se conjura el mal con tiempo.

»No basta, empero, acometer y destruir los efectos visibles de ese mal; es preciso atacarle y destruirle en su orígen. Como medios eficaces, aunque obren con lentitud é imperceptiblemente, señalaremos la instruccion moral y religiosa de las masas: que la ilustracion sólida y bien entendida se difunda cuanto sea posible, y con la ignorancia se verá desaparecer la perversidad y la corrupcion. Conviene además una administracion protectora que fomente la industria, la agricultura, todas las artes y oficios, y proporcione trabajo y adecuado bienestar á todas las clases; entonces la vagancia será un verdadero delito y podrá ser castigada con toda severidad y sin contemplacion. La estirpacion de la mendicidad fuera tambien otro medio eficaz para combatir el mal de que nos quejamos, puesto que esas gentes vagabundas que bajo el salvoconducto de sus andrajos recorren incesantemente el país y penetran en las casas espiando impunemente sus secretos, son siempre los mejores agentes y auxiliares de los ladrones.»

los pacíficos habitantes de Madrid, sufran incesante persecucion hasta ver estirpadas esas gavillas de malvados relacionados con mas de cien casas de la capital de España.

Este pues y no otro es el foco de cuantos atentados se han cometido en Madrid en todas épocas; este y no otro es el gérmen de los asesinatos cometidos el 17 de julio de 1834, de los cuales vamos á ensayar una rápida descripcion en el siguiente capítulo [1], por el enlace que tuvieron aquellas sangrientas escenas con la historia de *la hija del jornalero*, y la parte que tomó en tan desastrosos acontecimientos Anselmo *el Arrojado*, digno padre de María.

[1] Muchos meses antes de que Mr. Eugenio Süe publicase la descripcion del CÓLERA en el JUDÍO ERRANTE, estaban escritos este capítulo y el siguiente. La identidad del asunto hizo tan semejantes algunas de las escenas que describe aquel ilustrado escritor con las que teníamos trazadas, que hemos hecho el sacrificio de omitirlas, á pesar de haberlas escrito nosotros antes y leídolas algunos de nuestros amigos, para que la maledicencia no nos acuse de plagiarios. Nos hemos limitado, pues, á referir los hechos mas notables.



CAPITULO IV.

Profanacion y matanza.

El espantoso desarrollo del cólera-morbo asiático sumergió todos los ánimos en un *malestar* que es imposible describir.

Esta era otra de las circunstancias infernales de aquella plaga asoladora.

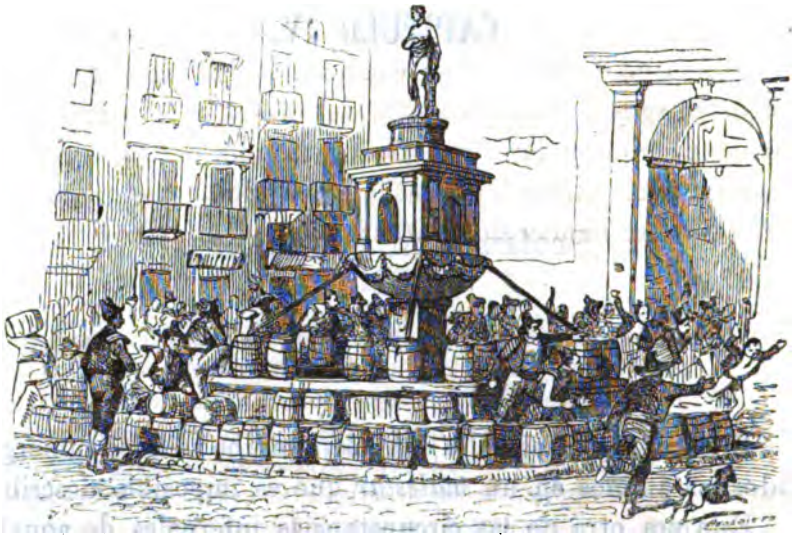
Insaciable en su feroz voracidad, no se contentaba con el escesivo número de sus víctimas, sino que parecia derramar el gérmen de la desesperacion y de la rabia hasta en el seno de los que habian tenido la fortuna de no sucumbir al filo de su hoz homicida.

En todos los países donde este formidable enemigo de la raza humana habia desatado sus implacables furias, iba la muerte acompañada de inauditos desórdenes, de escesos lamentables, de asesinatos horribles.

Los enemigos del órden público, los que solo medran en asquerosos motines, supieron aprovecharse hábilmente de las angustias del pueblo de Madrid, y hasta de la predisposicion y sed de venganza que se notaba en todos, como si los estra-

gos que les abrumaban tuviesen otro orígen que el de la Providencia.

Entonces fué cuando los malvados empezaron á esparcir voces absurdas, sin respeto á la humanidad doliente. Entonces lograron estraviar los ánimos de la multitud; pero no se la culpe, no, de haber dado momentáneamente crédito á las mas



Fuente de la Puerta del Sol. [1]

abominables imposturas, porque el infeliz que sufre, el padre que ve morir á su hijo, el esposo que recibe el último adios de su esposa, el hermano que estrecha contra su pecho al hermano agonizante, el hijo que pierde en sus mismos brazos al autor de su existencia, préstanse fácilmente á creer en las palabras de los que se ostentan como descubridores del orígen de sus males. Cúlpese la criminal indiferencia del gobierno de entonces, su imprevision é ineptitud.

[1] En esta fuente fué asesinado por la turba un infeliz aguador, que supusieron envenenaba las aguas de órden de los frailes. Posteriormente ha sido demolida y reconstruida en la plazuela de las Descalzas.

¡Imposible parece! ¡Autoridades que, como ellas mismas aseguraron en los papeles oficiales, CONTABAN CON LOS DEBERES É INTERESES COMUNES QUE LIGAN Á TODOS LOS LEALES AMANTES DE LA PATRIA, CON LA MILICIA URBANA, QUE NO TUVO PARTE EN LOS INFAMES, COBARDES Y TORPES HECHOS DE UNOS POCOS INDIGNOS ESPAÑOLES, CON EL HONOR MILITAR, ESCELENTE ESPÍRITU Y DISCIPLINA DE LOS CUERPOS DE LA GUARNICION, CON TODOS LOS VECINOS EN FIN, NO MENOS INTERESADOS EN LA CONSERVACION DEL ÓRDEN QUE EN EL BUEN NOMBRE DEL SUELO QUE LES DIÓ EL SÉR, FECUNDO EN HOMBRES VALIENTES, NO EN ASESINOS; autoridades que, como todos, habian visto los primeros amagos de las catástrofes que despues se perpetraron, permanecieron mudas é inactivas!.... ¡Habló por fin el gobierno, pero habló tarde!.... Dió señales de vida, cuando ya multitud de frailes habian sido bárbaramente degollados! [1] La san-

[1] En las *Gacetas* del 19 y 20 de julio se publicaron los siguientes decretos:

«S. M. la Reina Gobernadora, y en su Real nombre el Consejo de Gobierno y el de Ministros en todo conformes, profundamente afligidos de los desórdenes é inauditos atentados cometidos en la noche de ayer, se dirigen con confianza á todos los vecinos honrados de la capital, á todos los españoles que en ella habitan, para poner término breve, obrando de acuerdo, á tamaños horrores, confundir la malevolencia y perversidad de unos pocos, y desengañar á la muchedumbre, cuya opinion haya podido ser estraviada con falsos rumores. Las enfermedades que padece esta heróica villa, aumentadas estos dias, han sido el pretesto de tales escesos; y los enemigos del Trono de Isabel II, de su augusto Madre y de la justa libertad, la verdadera causa. Voces absurdas, esparcidas al intento y cuidadosamente, sin respeto á la humanidad doliente, y valiéndose hasta del mismo estado de abatimiento de unos y de exaltacion de otros, son las armas vedadas de que han hecho uso. ¡Y en qué tiempo! En el mismo en que abrumado el vecindario bajo el peso de una terrible plaga, deberian acallarse las rivalidades y pasiones, aun desaparecer estas, y ayudarse todos prodigándose mútuamente socorros y consuelos. La autoridad suprema espera que tales escenas no volverán á repetirse: ha tomado ya las medidas para evitarlas, y contando con los deberes é intereses comunes que ligan á todos los leales amantes de la patria, con la mayoría de la Milicia Urbana, que no ha tenido parte en los infames, cobardes y torpes hechos de unos pocos indignos españoles, con el honor militar, escelente espíritu y disciplina de los cuerpos de la guarnicion, con todos los vecinos en fin, no menos interesados en la conservacion del órden que en el buen nombre del suelo que les dió el sér, fecundo en hombres valientes, no en asesinos, pondrá fin á las desgracias y crímenes que despedazan el corazon de los buenos.

gre de estos infelices caerá gota á gota sobre la cabeza del hombre funesto que presidia el fatal gabinete en aquellos aciagos dias.

Otra razon poderosísima hizo que á pesar de que todas las personas honradas de Madrid desaprobaban altamente los ase-

Firme en su marcha la autoridad suprema, contendrá á todos los partidos en los límites del órden y de la bien entendida libertad, castigará con mano fuerte los escesos cometidos ayer por personas que no le son desconocidas, protegerá, como es su obligacion y conforme á las leyes, las propiedades y personas de todos los españoles indistintamente, y velará sin cesar para que tengan cumplido efecto las miras conciliadoras y benéficas de S. M., procurando mas y mas asentar sobre la base sólida del Estatuto Real el Trono de Isabel II, las libertades públicas, y la quietud y prosperidad de todos los hijos de esta patria comun, azotada tanto tiempo hace de desdichas y tormentas. De Real órden lo comunico á vuecencia para su inmediata publicacion en los parajes acostumbrados. Madrid 18 de Julio de 1834.—Moscoso.—Señor gobernador civil de esta provincia.»

[1] «Los enemigos del órden público y de las sabias instituciones acordadas por S. M. la Reina Gobernadora, celosos del entusiasmo con que estas fueron recibidas, determinaron aprovecharse de la afliccion en que las enfermedades epidémicas que reinan hace dias constituyen á una gran parte de los habitantes de esta capital, proponiéndose en sus detestables planes crear obstáculos al Gobierno de S. M. que lo embaracen en la marcha firme é imparcial que se ha propuesto seguir. Fieles á los principios maquiavélicos que forman el sistema de todos los partidos, y calculando sobre la docilidad con que el infeliz que sufre se presta á creer al que se pretende descubridor del orígen de sus males, inventaron que el de dichas enfermedades era el envenenamiento de las aguas y otras sustancias alimenticias, atribuyéndolo á los individuos de algunas comunidades religiosas de esta córte, varios de los cuales fueron víctimas de tan atroz impostura. Los autores de esta lograron estraviar los ánimos de la multitud, persuadiéndola de la existencia de un crímen inventado como pretesto para perpetrar horrendos asesinatos y para ofrecer á los enemigos de nuestra augusta Soberana, de los cuales son verdaderos auxiliares, motivos de satisfaccion y de contento. La alteracion momentánea producida en la tranquilidad pública por tan desagradables ocurrencias en la tarde y noche de ayer, cesó enteramente, y el sosiego del todo restablecido, habiéndose arrestado algunos individuos, á los cuales y á sus cómplices ha resuelto S. M. la Reina Gobernadora se les aplique todo el rigor de las leyes.

De Real órden lo comunico á V. S. para precaver cualquiera mal resultado que noticias fraguadas por la intriga ó la impostura pudiesen producir en la provincia de su mando. Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 18 de Julio de 1834.—Moscoso.—Señor gobernador civil de la provincia de...»

sinatos del 17 de julio de 1834, nadie saliese en defensa de los frailes.

Esta razon era la ninguna simpatía que estos siervos de Dios tenian en el pueblo. ¿Por qué? Porque ellos eran los mas encarnizados enemigos de su libertad, de su soberanía.

Avezados á dominarle en tiempos del fanatismo y de la inquisicion, á poseer inmensos tesoros so capa de pobreza y humildad, á engañar con refinada hipocresía á los incautos, han aspirado siempre, como la antigua *Compañía de Jesus*, á hacerse los señores de la tierra; y todo sistema liberal, todo sistema de progreso en la civilizacion, de luces y de publicidad, era contrario á sus proyectos egoistas, basados en la preocupacion de las masas populares; proyectos inícuos, que solo podian verse realizados á merced de la tenebrosa ignorancia.

Hé aquí por qué su principal ahinco era cerrar las verdaderas fuentes del saber, procurando apoderarse ellos de la enseñanza de la juventud para hacerla estúpida y fanática.

Hé aquí por qué, profanando la cátedra del Espíritu Santo, convertíanla en instrumento de sus pasiones para lanzar anatemas contra la mas sublime y bienhechora institucion de los países ilustrados, LA LIBERTAD DE IMPRENTA.

Hé aquí por qué unos hombres cuyo santo ministerio les imponia el deber de inculcar ideas de paz y fraternidad, predicaban guerra y esterminio.

Ellos conocian que solo un rey absoluto, con los horrores de la horca, con las hogueras de la inquisicion y todos los martirios que inventó el averno, podia entronizar el fanatismo sobre la tumba de la libertad. Por primera vez resonó el fatídico nombre de *Cárlos V* en un convento de Bilbao, y todos los demás conventos se convirtieron en clubs de frenéticos conspiradores.

Los frailes, esos hombres que se apellidaban religiosos, cuyas acciones y palabras no debian respirar mas que evangélica mansedumbre, no se contentaban solo con fomentar la guerra con sus inmensas riquezas..... los que no tenian valor

para vibrar el puñal homicida con la torpe mano que acababa de ondular el sacro incensario, convertian el púlpito y el confesonario en armas vedadas que, como las de los asesinos, herian á traicion.

Otros volaron al campo de la lucha, con el crucifijo en la mano, para alentar el encono de españoles contra españoles, holgándose en ver correr á torrentes la sangre de sus compatricios.

¡Y qué mas!.... Si algunos actos espantosos se cometieron en la lucha de los siete años, si hubo inauditas atrocidades que hacen estremecer á la humanidad entera, si no contentos los vencedores con fusilar á los vencidos, les mutilaban antes, les arrancaban los ojos y la lengua..... si se violaba á las mujeres y se les cortaba inhumanamente los pechos..... si se degollaba á sus hijos en su regazo..... si se talaban campos y se incendiaban poblaciones enteras..... rara vez dejaba de presidir un maldito fraile estos crímenes horrendos.

¡Cuántas veces veíanse salpicadas de sangre inocente las mismas manos que acababan de consagrar la hostia en los altares del Salvador!

LOS FRAILES NO SON, PUES, COMPATIBLES CON LA CIVILIZACION Y LIBERTAD DE LOS PUEBLOS.

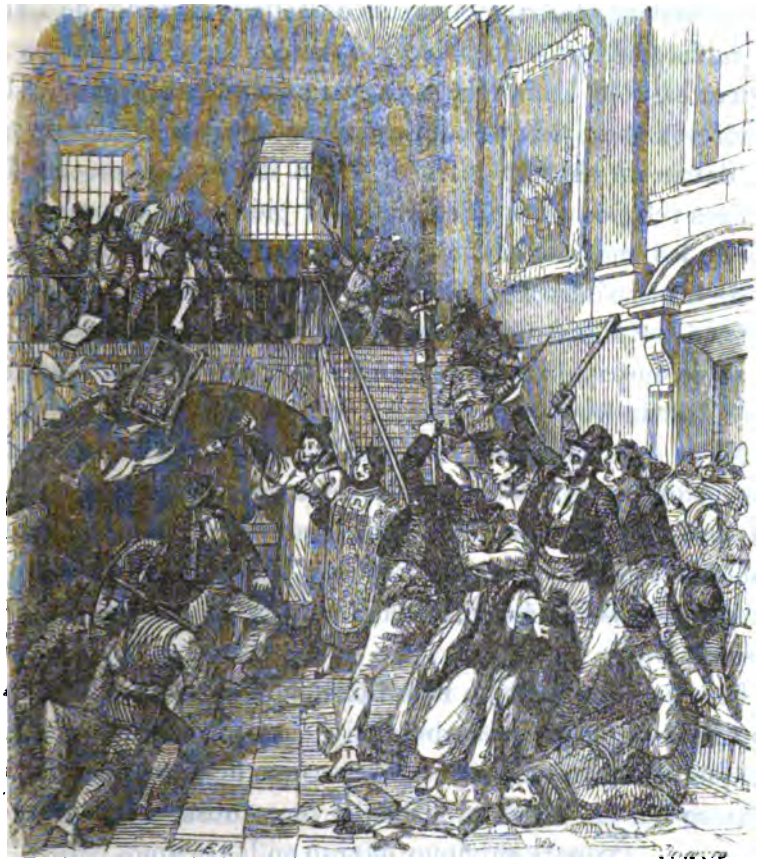
Esto, que todo el mundo conoce, debia haberlo conocido tambien el gobierno.

Un real decreto prudente, arreglado á las exigencias del siglo, hubiera evitado anticipadamente el horroroso fin que tuvieron en España las comunidades religiosas.

Pero limitándonos á los acontecimientos de Madrid, alentados los asesinos por la impunidad, aprovecharon la funesta predisposicion de una multitud indignada, ó inventando que el orígen de sus males habia sido el envenenamiento de las aguas y otras sustancias alimenticias, atribuyeron este supuesto cuanto espantoso crímen á las comunidades religiosas.

Para comprobar tan atroz impostura, asesinaron despiadadamente en varias de las fuentes principales de Madrid á

algunos de los pobres aguadores que suele haber á todas horas aguardando su turno para llenar la cuba de agua, suponiendo á estos infelices, instrumentos de los frailes y ejecutores de la negra maquinacion que se les atribuia.



Un grito atronador de ¡MUERAN LOS FRAILES! fué repetido por la multitud desenfrenada, que se alentaba cada vez mas á la vista de los carros atestados de cadáveres que cruzaban las calles de Madrid.

Dividiéronse en turbas los amotinados, y á un mismo tiempo fueron allanados el Colegio Imperial y los conventos de

Santo Tomás, la Merced y San Francisco el Grande, é inhumanamente asesinados los religiosos que en ellos habia, sin que los que tan sanguinariamente profanaban aquellos santos lugares encontrasen la menor oposicion.

No habia entre aquella turba de entes desalmados uno solo cuyo semblante feroz no arrojase destellos iracundos de frenética rabia. Cubiertos de polvo y de sudor aquellos rostros repugnantes, solo abrian la boca para vomitar blasfemias. Los asquerosos andrajos que cubrian sus cuerpos salpicados de sangre, daban un aspecto infernal á tan desastrosa escena. Los infelices religiosos eran degollados al pié de los altares, y los ayes de las moribundas víctimas se confundian con los aullidos de los asesinos. Diabólica sonrisa daba una espresion siniestra á los mónstruos, en el momento en que sus sacrílegas manos se empapaban en la sangre que con horrible satisfaccion miraban humear.

No se diga, no, que eran hijos de Madrid tan bárbaros asesinos. Aquellos cafres eran furias del averno, escoria de la maldad, que no pertenece á sociedad alguna, y menos al virtuoso pueblo de Madrid, siempre heróico y valiente..... y un pueblo valiente no asesina á hombres indefensos, ni profana los alcázares de Dios.

Pero esta profanacion inaudita llegó al estremo de ser solemnizada con asquerosas bacanales por mujercillas indecentes, que con las casullas puestas, sacadas de los conventos, paseábanse por las calles profiriendo voces obscenas, parándose en las tabernas para saborear el vino en los mismos cálices!!!... Corramos un velo sobre escenas tan repugnantes, que solo ocurrieron, volvemos á repetir, porque en España el gobierno rara vez gobierna..... En España se aspira con frecuencia á la silla ministerial para tiranizar á la nacion, para venderla al estranjero, para enriquecerse á todo trance, y achacar luego los crímenes de los magnates al heróico pueblo, que como dijo un célebre orador en las Córtes, es siempre el que SUFRE Y PAGA.

Huyamos, pues, de las escenas degradantes promovidas por

asesinos, ayudadas por la mas cruel de las calamidades y toleradas por un gobierno imbécil y culpable, y pasemos á describir otros rasgos de heróica virtud, que hacen ver la diferencia que va de la turba de holgazanes que se dedica al pillaje y al homicidio, á esas masas del verdadero pueblo, siempre honradas, siempre virtuosas, siempre liberales, siempre amigas del trabajo, y..... siempre pobres y tiranizadas.

Lejos de tomar parte en tan horribles atentados la pundonorosa Milicia Urbana de Madrid, en oficio dirigido al corregidor con fecha del 19 acompañó una reverente esposicion á S. M. manifestando el horror que escitaron en los pechos de todos sus individuos los atroces crímenes del infausto dia 17, y la necesidad de un breve y ejemplar castigo, en desagravio de las leyes, ultrajadas y desconocidas por una horda de viles asesinos.

El honroso contraste que presenta la conducta observada en aquel dia por la Milicia Urbana en general con la de los amotinados, es el mejor elogio que puede hacerse de tan benemérita fuerza ciudadana; pero si digno es de veneracion y alabanza al comportamiento de toda la Milicia, un sinfin de actos aislados de milicianos á quienes la casualidad envolvió entre las turbas, prueban su amor al órden, su odio á todo linaje de escesos, su incuestionable utilidad en todo país no avasallado por el degradante imperio del sable.

Multitud de hechos heróicos podríamos referir en obsequio de los milicianos urbanos; y para que sirva de muestra, nos limitaremos á la descripcion de uno de los mas notables.

Despues de algunos tiros contra las paredes de San Francisco el Grande, entraron de tropel los amotinados, y asesinaban sin piedad á los frailes que encontraban, cuando de repente se presenta de uniforme un bravo granadero de la fuerza urbana.

—¡Teneos, ciudadanos!—gritó con voz de trueno que dominó los aullidos de la multitud.—No mancilleis el honor de un pueblo libre con la muerte de hombres indefensos.

—¡Ellos han envenenado á todo Madrid!—dijo una voz iracunda.

—¡Mueran!—esclamó la multitud.—¡Mueran!

—¡No queremos hombres con faldas!—gritó una mujercilla, conocida por *la Esgalichaa*, ostentando en su diestra una navaja enorme.

—Mueran los papa-hostias!—añadió una asquerosa vieja.

—¡Mueran los holgazanes de cerquillo!—gritó con voz tonante el *tio Capagallos*.

—¡Mueran!—repitió la desenfrenada multitud.

Al decir esto, se abalanzaron varios asesinos contra la puerta de una de las celdas que iban recorriendo.

La puerta cedió, y vióse dentro de la celda á un padre, arrodillado, pálido y trémulo, ante un crucifijo.

Los aullidos de la turba crecieron entonces de todo punto.

El bizarro granadero habíase colocado en el dintel de la puertecilla de la celda, con la bayoneta calada.

Este ademan hostil no intimidó por de pronto á los asesinos.

Aumentáronse los alaridos de la multitud, y entonces el mas osado de los amotinados disparó una pistola á quemaropa contra el bravo granadero.

Afortunadamente no salió el tiro, y el miliciano dió un bayonetazo tan certero en el corazon del agresor, que cayó redondo á sus piés.

Esto bastó para que toda aquella turba, tan valiente contra gente desarmada, huyese despavorida.

Entonces esclamó el miliciano:

—¡Ea! buen padre, recoja usted si algo tiene de valor en su celda, y sígame.

—Tómelo todo,—respondió el fraile temblando;—pero, por Dios, no me mate.

Y sacando un taleguito de un armario, añadió:

—Tome todas mis riquezas; pero no me mate. Se lo ruego por lo que mas ame en el mundo.

El fraile, arrodillado á los piés del valiente granadero, temblaba convulsivamente, vertiendo copiosas lágrimas de espanto y de dolor.

—Levántese usted, buen padre, y nada tema de mí. ¡Ojalá pueda libertar á usted del furor de la multitud desenfrenada! Recoja usted lo que le interese, y sígame,—repitió el granadero.

El fraile hizo un pequeño lío de su mejor ropa, metió en el lío el taleguillo, que estaba lleno de monedas de oro, sustituyó á los hábitos un traje negro de levita y sombrero redondo, y agarrado del miliciano, dirigiéronse ambos á la puerta de la calle.

Al llegar á ella fué reconocido el fraile, á pesar de su nuevo traje negro, y se repitieron los gritos y amenazas de los amotinados.

—Matad á esa corredera que trata de escabullirse,—esclamó el primero que le vió.

—¡No es mala corredera!—añadió el *tio Capagallos*.—¡Si parece un marrano su reverencia! ¿A que no veis ningun soldado tan gordo?

—Es un botijo con levita y cerquillo,—gritó otro.

—No es sino una tinaja de sacristía,—repuso *Capagallos*.

—Pues rompámosla á garrotazos,—añadió un tercero.

Abalanzóse la turba contra el fugitivo; pero como el granadero preparó su fusil, aquella cobarde multitud hizo plaza, contentándose con disparar grandes piedras y algunos tiros, uno de los cuales hirió el brazo derecho del bizarro miliciano.

Esto y las pedradas que ambos recibieron, no impidió que el miliciano urbano y el hijo de San Francisco llegasen á la inmediata calle del Rosario. Al llegar al número 3 abrióse la puerta, y la interesante María se arrojó al cuello del granadero..... ¡Era su padre!.... ¡Era Anselmo *el Arrojado!*.... Pero ¡cuál fué la sorpresa de aquella virtuosa jóven, al ver que el fraile que con él acababa de entrar en su propia habitacion era fray Patricio, el indigno sacerdote que quiso comprar con el dinero un amor que la virtuosa niña no podia sentir por aquel hombre repugnante!

CAPITULO V.

La herida.

Apenas entró Anselmo en su humilde habitacion, rendido y sin aliento, dejóse caer en uno de los colchones que habia en su alcoba, donde, como sabe ya el lector, dormian él y su esposa, y en otro á corta distancia sus hijos, menos María, que tenia su cuartito separado.

El hambre que hacia dias acosaba á toda aquella desventurada familia, habia puesto en un estado de estrema debilidad al denodado Anselmo.

No es estraño, pues, que, añadiendo á ella el cansancio, las afecciones de espíritu, las contusiones recibidas, y sobre todo la herida grave y peligrosa de su brazo derecho, que manaba copiosa sangre, cayese en un profundo letargo, del cual despertaba á menudo á impulsos de nerviosas convulsiones, que

solian terminar en espantoso delirio. En este horrible estado de enajenacion mental, los nombres de Luisa y de María eran repetidos por el desgraciado Anselmo con inefable cariño.

Luisa la ciega, su esposa, arrodillada á su derecha, le abrazaba cariñosamente, derramando abundantes lágrimas de amargura, y dirigiéndole en vano voces consoladoras, que Anselmo no entendia; porque habia perdido enteramente el conocimiento.

En sus arrebatos nerviosos daba el forzudo Anselmo espantosos golpes á la pobre ciega, que los sufria con resignacion y aun con amor, hasta que entre fray Patricio y María lograron apartarla de allí, dejándola postrada ante el crucifijo en fervorosa oracion.

Los demás hijos, agrupados junto á su madre, temblaban de espanto.

De vez en cuando Anselmo, con los ojos desencajados, miraba en derredor de sí y esclamaba:

—Teneis hambre, hijos mios, teneis hambre porque en España se abandona la virtud. Los que como vuestro padre infeliz cumplen con las leyes del honor, sirven á su patria con lealtad, y son siempre honrados, acaban..... como nosotros..... hijos mios..... muriéndose de hambre. ¡Oh!.... ¡Si estuviera aquí mi coronel!.... ¡si mi coronel viviera!.... porque.... ha muerto..... no hay duda..... ¡Era tan valiente!.... Siempre era el suyo el primer sablazo..... siempre en los sitios mas peligrosos..... ¡Ha muerto!.... sí..... ¡ha muerto!.... ¡Qué bizarro en las batallas!.... Siempre delante..... siempre dando el ejemplo á sus camaradas..... Pero..... ¡Dios mio!.... ¿vos aquí?.... ¡María! ¡Luisa!.... ¡una silla!.... Acabáronse ya nuestras desgracias. ¡María! abraza al que debia ser tu padrino..... ¡Ahora yo!.... ¡Un abrazo, mi coronel..... un abrazo!....

Aquí soltó Anselmo una prolongada carcajada, que terminó en horrible convulsion.

Desde la llegada de Anselmo y fray Patricio, María habia mandado á su hermanito mayor en busca del cirujano que mas

inmediato viviese. Precisamente llegó este con un practicante en los mas terribles momentos de la convulsion de Anselmo.

Sujetáronle como pudieron entre todos, y despues de fuertes estremecimientos, quedó el pobre jornalero sumido en un parasismo mortal.

En este pacífico intervalo reconoció el cirujano detenidamente la herida de Anselmo.

El infeliz tenia al parecer un hueso roto y la bala dentro del brazo.

Despues de haber examinado el facultativo con celosa inteligencia y particular esmero el estado de la herida, esclamó:

—¡Pronto! ¡vendajes!.... Hay que hacer una grave operacion..... por ahora hay que estraerle la bala, y probablemente mañana habrá que hacerle la amputacion.

Figúrese el lector cuál seria la amargura de la ciega Luisa y de la pobre María al oir estas palabras desgarradoras. Aun cuando Anselmo no pereciese de aquella grave herida, perderia sin duda el brazo derecho..... el brazo derecho, que es el único elemento de vida del trabajador.

No parecia sino que la Providencia queria probar hasta dónde alcanzaba el sufrimiento de aquellos desventurados séres haciéndoles apurar hasta las heces la copa del dolor.

No bastaba que la esposa infeliz hubiese quedado ciega á la flor de su edad; era preciso que un hombre forzudo y laborioso quedase inútil tambien para el trabajo, á fin de que ellos y sus inocentes y tiernos hijos bajasen al sepulcro, despues de haber probado todos los horrores de la indigencia y la desesperacion.

Este cuadro funesto tenia sin embargo algo de halagüeño para el desalmado fraile, que despues de haber sido la causa de la espantosa situacion en que se hallaba el honrado jornalero..... despues de deberle la salvacion de su vida y de su riqueza, lejos de olvidar los impúdicos deseos de su brutal ape-

tito, fundaba su esperanza en aquellos tristes acontecimientos, que hubieran hecho estremecer á cualquiera que no tuviese corazon de fraile.

—Señor facultativo,—dijo al cirujano despues que María le hubo entregado una de las dos únicas camisas que tenia para los vendajes que se necesitaban,—yo, como usted ve, soy un pobre religioso que debo la vida á este desventurado. Por mí ha recibido esa herida fatal. ¡Bien sabe Dios cuánto lo siento! Él con la vida me ha salvado tambien algunos ahorros..... procure, pues, curarle del mejor modo posible. Si necesita consultar á otros profesores.....si hay que hacer gastos, por crecidos que sean..... yo lo pago todo..... Pongamos nosotros todos los medios posibles para salvar á este honrado artesano, á quien quiero como padre.....

Al decir esto, lanzó el indigno sacerdote una mirada misteriosa á María.

—Y tú, jóven digna de mejor suerte, toma estas monedas; no son mias, tu padre las ha salvado, y es justo que remedies con ellas los males de una familia á la cual me ligan para siempre los mas estrechos vínculos de amor y gratitud. No llores, María..... Procura dar ejemplo de resignacion á tu desventurada madre. ¡La pobre ciega se deshace en llanto!.... ¡Por Dios, hijas mias!.... ¡No hay que abandonarse de ese modo al dolor!.... ¡Dios es justo y misericordioso!.... y así como su divina justicia ha burlado la ferocidad de mis asesinos, creedme, hijas mias, él velará por todos nosotros.

Y luego, volviéndose hácia el cirujano, añadió:

—¿No es verdad, señor facultativo, que no es peligrosa la herida? ¡Oh! Yo estoy, seguro hijas mias,—continuó dirigiéndose á Luisa y á María,—yo estoy seguro que Dios atenderá á mis santas oraciones. Vuestro esposo..... vuestro padre..... curará en breve, porque, gracias á Dios, estoy yo aquí para que nada le falte. Con las medicinas que ordenen los facultativos, con sus celosos cuidados, con el esmero de todos nosotros, buenos caldos, buenos alimentos..... sí, Dios nos ayudará, y no

dudeis que le salvaremos..... ¡Ea pues! enjugad vuestras lágrimas, hijas mias, y tened confianza en Dios.

Estas palabras, pronunciadas en el tono de humildad y de dulzura propio de la astuta hipocresía, vertieron un bálsamo consolador en el desgarrado corazon de la pobre ciega.

La voz de fray Patricio era, como sabe el lector, elocuente, sonora y agradable.

Sabia modularla con tierna espresion, y esto daba mayor realce á su consoladora elocuencia; por manera que la ciegue-cita, que oia un acento angelical y no veia la repugnante fealdad del fraile, llegó á imaginarse que efectivamente era fray Patricio algun ángel de salvacion que Dios les enviaba para poner término á tantos sinsabores.

—¡Oh! Cualquiera que usted sea, señor..... yo le bendigo. ¡María!.... ¡María!.... ven, ayúdame..... llévame á besar la mano de nuestro bienhechor.

—No se moleste, señora; tranquilícese..... Su esposo me ha salvado la vida..... Si con la misericordia de Dios salvo yo la suya, no hago mas que cumplir con mi deber..... Toma pues, María, estas monedas; comed todos buenos alimentos, y procura que nada falte á tu padre.

María, ruborizada, admitió algunas monedas de oro que le dió el fraile, y llegó á persuadirse que la situacion de su padre, y el gran beneficio que acababa de prestar al religioso, habian hecho que, movido este por sentimientos de gratitud, olvidase las ridículas y criminales intenciones que le habia manifestado en la abominable carta que le entregó el mismo dia que le declaró sus amores el jóven de los cabellos de oro.

Bajo este concepto dispuso María la compra de cuanto faltaba en la casa, y su diligente hermanito ejecutó sus instrucciones con inteligencia y prontitud.

Todas las urgencias fueron, pues, socorridas.

Hízose la operacion en el brazo de Anselmo que el estado de su herida reclamaba, y como tanto para mitigar el dolor como para contener la repeticion de nuevas convulsiones se le

habia suministrado un narcótico, quedó el paciente profundamente dormido.

Eran las once de la noche.

Mientras arrodillados fray Patricio, la ciega y sus hijos, rezaban el rosario y varias oraciones para que Dios salvase al enfermo, el cirujano y su practicante jugaban al tute en el

cuarto de María que se les habia destinado, y esta hacia la cena para todos.

Antes de media noche cenaron todos perfectamente, porque la tranquilidad del herido daba buenas esperanzas. Fray Patricio dirigió otra vez el rezo, dando gracias al Señor despues de los postres. La ciega y los niños se acostaron en la cama inmediata, ó por mejor decir, en el otro colchon de la alcoba; el cirujano y su practicante se arreglaron en el cuartito de María, y esta y fray Patricio quedaron en vela para cuidar del enfermo, aunque el fraile se quedó muy pronto dormido en la mesa en que habian cenado.

Cuando todo anunciaba un porvenir mas halagüeño; cuando todas las necesidades quedaban socorridas; cuando los horrores del hambre habian desaparecido, y el dulce sueño del enfermo habia desvanecido espantosos recelos para dar cabida

á la consoladora esperanza; cuando María acababa de convencerse, por el santo lenguaje del religioso, por sus oraciones, y sobre todo por sus caritativas bondades, que la generosidad y la gratitud habian apagado en su corazon una llama impura para dar lugar á los deberes que la santa religion impone á todo buen sacerdote; cuando María, en fin, habia olvidado los deseos de un fraile impúdico, y no contemplaba en fray Patricio mas que un santo y benéfico ministro del altar que se complacia en remediar las desgracias del prójimo, un desengaño terrible hizo conocer á la inocente jóven que fray Patricio era una furia que habia vomitado el infierno para acibarar las amarguras de aquella familia desgraciada. La infeliz niña quedó petrificada al conocer que jamás habia sido tan horrorosa su situacion y la de su familia como en aquellos instantes en que un fraile asqueroso prometia socorrerles á un precio infame.

El siguiente capítulo dará una idea del modo con que agradecian los frailes un beneficio.

CAPITULO VI.

Gratitud frailuna.

A pesar del reciente susto, del allanamiento de su convento y muerte de sus hermanos, á pesar del triste cuadro que ofrecia la desventurada familia del jornalero, y de la grave herida que éste habia recibido por salvarle, fray Patricio habia cenado perfectísimamente. Esta impasibilidad de ánimo, muy difícil si no imposible en las personas que puedan hallarse en semejante posicion á la de nuestro buen franciscano, era muy natural en un fraile, porque los frailes jamás dejaban de comer y de dormir, por gra-

ves que fuesen sus padecimientos. Además, fray Patricio habia salvado su vida y su dinero. Solo habia perdido su convento, y para su carácter libertino tal vez era este un motivo de satisfaccion.

Hacia un calor escesivo.

Al sentarse á la mesa fray Patricio, habíase aligerado de ropa en términos que habia quedado en mangas de camisa, y aun llevaba desatacados algunos botones de sus calzones de cúbica negra para que su formidable abdómen recibiese mas holgadamente el alimento.

Cuando cada mochuelo se fué á su olivo, como suele decirse, fray Patricio, sin separarse de la mesa de la cocina, donde habian todos cenado, puso en ella los brazos, apoyó la frente en ellos, y pocos segundos despues, el silencio universal que reinaba era solo interrumpido por la voz del sereno, que anunciaba de vez en cuando la hora, y por los ronquidos del seráfico varon, que hacian retemblar el pavimento.

Solo María, sentada en una silla inmediata á las cortinas que ocultaban los dos colchones, en uno de los cuales dormia el herido y en otro los niños y la ciega, estaba sin poder pegar los ojos, á pesar de su cansancio. Su imaginacion vagaba de unas en otras ideas..... ora melancólicas y desesperadas, ora halagüeñas y precursoras de un dichoso porvenir.

El pacífico sueño del enfermo, su natural y tranquila respiracion, y el haber mudado enteramente de parecer el facultativo acerca de la gravedad de la herida, suponiendo al retirarse que todos los síntomas alarmantes habian desaparecido desde la estraccion de la bala, que el hueso no estaba roto como creyó al principio, y que las convulsiones y delirio habian sido mas bien efecto de la debilidad que otra cosa, circunstancias eran todas estas para hacer concebir lisonjeras esperanzas.

En medio de estos graves pensamientos, campeaba otro que la pobre niña no podia separar de su memoria.

—¡Tan amable!.... tan bello..... el jóven de los ojos azules

y del cabello dorado,—decia para sí la enamorada María,—¿habia de ser un malvado?.... ¡Oh, no!.... ¡no es posible!.... Mi padre se equivoca en la opinion que de él ha formado..... Sin embargo..... me mandó que le devolviese su onza de oro..... desaprobó sus caricias..... Pues bien, padre mio, procuraré ahogar este amor que siento abrasar mi pecho..... ¡Esta misma mañana quedarán obedecidos tus mandatos!

Una especie de aullido prolongado interrumpió las reflexiones de María; volvió azorada la cabeza, y vió á fray Patricio en forma de X dando un bostezo descomunal.

—¡Cómo! María.....—dijo el fraile aproximando una silla á la de la jóven y sentándose en ella.—¡Sin dormir un momento! ¡Pobre niña!.... ¿Y el enfermo?

—Ha dormido toda la noche perfectamente,—respondió María con satisfaccion.

—¿Pues qué hora es?—dijo el fraile tomando un polvo.

—No tardará en amanecer. Las tres han dado ya hace rato.

—¿Conque tambien he dormido yo tres horas como un príncipe? ¡Todo sea por amor de Dios!

Y tomó otro polvo como para desterrar enteramente el sueño.

La pálida luz de un candil colgado en el vasar de la cocina alumbraba escasamente aquella habitacion, y daba realce á la interesante figura de María.

Sentada sin estudio ni coquetería, habia pasado el brazo izquierdo por el respaldo de la silla. Tenia las manos cruzadas, el cuerpo graciosamente ladeado, y la rodilla derecha encima de la otra, que acortando el vestido, dejaba ver no solo su lindo pié, sino la estrecha garganta y parte de su bien torneada pierna, pues los estragos del hambre no habian podido alterar las bellas formas de María, limitándose á poner ojeroso y pálido su rostro; circunstancias que si habian atenuado considerablemente su hermosura, la habian hecho acaso mas interesante.

Lo cierto es que fray Patricio, despues de haber saciado soberanamente su sueño y avivado la imaginacion con su par de polvos, contemplaba frenético aquella beldad hechicera, que acaso otras noches á la misma hora solia ver en sus lúbricos ensueños. ¡El santo baron sudaba cada gota tan gorda!.... Su rostro amoratado..... su nariz á guisa de remolacha, daban indicios del estado de calenturienta agitacion en que se hallaba su reverenda humanidad.

—María,—dijo por fin á media voz,—ya ves como la Providencia nos traza la feliz senda que debemos seguir en adelante.

—Sí, padre mio,—respondió candorosamente María, que daba otro sentido á las espresiones del fraile.—¡Oh! ¡Si supiera usted cuánta es mi felicidad al ver su generoso comportamiento!....

—Yo no hago nada, hija mia..... Dios lo hace todo. Dios

me ha salvado de las garras de mis asesinos, Dios me ha destinado esta casa, haciendo que tu mismo padre me conduzca á ella..... tu mismo padre, María..... ¿lo entiendes? ¿Comprendes bien la voluntad de Dios?

—¿La voluntad de Dios?....

—Sí, hija mia..... la voluntad de Dios es que amemos al prójimo como á nosotros mismos. Tu inocencia, hija mia, no alcanza á penetrar en sus divinos arcanos. ¿Crees, María, que los ministros del altar no son hombres como los demás? Sí, hija mia, lo son, y serian unos mónstruos si desobedeciesen á los impulsos de aquellas pasiones nobles, magnánimas, que inspira la misma Divinidad. Entre estas pasiones sublimes, ¿cuál es la mas digna de los corazones virtuosos? El amor, María, el amor.

—¡Señor! no entiendo á usted,—esclamó María como ruborizada de lo que creia comprender.

—¿No te bastan, cruel, las aglomeradas pruebas de la proteccion que dispensa la Divina Providencia al amor que te profeso? Créelo, hija mia, Dios me ha conducido aquí para que sea vuestro paño de lágrimas. Para eso ha salvado mi vida y mi riqueza, y la ha salvado por medio de tu padre, como si dijese: «Salva á tu hijo, llévatelo á tu casa, y habrán cesado para siempre todos tus infortunios.» Porque, ya lo ves, hermosa María, yo poseo lo suficiente para socorrer todas vuestras necesidades..... y las socorreré..... las socorreré, hija mia, y la felicidad renacerá en esta casa..... Tu padre, bien asistido, quedará enteramente curado dentro de breves dias..... la ciega y tus hermanitos recobrarán la lozanía de la juventud y de la niñez, merced á los buenos alimentos. En una palabra, la paz y la alegría renacerán en esta casa, y á tí, hermosa mia, se deberá tamaña felicidad..... porque..... sábelo de una vez, María, yo..... te adoro.

—Calle usted, calle usted, señor,—dijo María llena de asombro y de indignacion.—Creia yo al admirar su generosa conducta, que obedecia usted á los impulsos de la gratitud;

pero veo con horror todo lo contrario. Al hombre que usted ha postrado en el lecho del dolor, al hombre á quien debe usted la vida, quiere usted cubrir de infamia, ofendiendo á ese mismo Dios de bondad á quien sacrílegamente hace usted cómplice de sus maldades! Calle usted..... calle usted, repito. No abuse usted de la dolorosa situacion en que nos hallamos.

—¡Qué niña eres, María! ¿Conque el cuadro halagüeño que he presentado ante tus ojos es cubrir á tu padre de infamia?

—Lo seria, sí señor, porque se deberia á un amor criminal.

—¡Criminal!.... ¡Válgame Dios!.... Razonemos con calma, hija mia. Si tú correspondieses á mi amor, si nadie mas que tú y yo tuviese noticia de esta amorosa correspondencia..... ¿dónde está la deshonra? ¿dónde está el crímen? Cuando no hay escándalos no puede haber delito, mucho menos en una pasion tierna, sincera, llena de deleites que no hacen daño á tercero, y que por el contrario, labrarian para siempre la felicidad de una numerosa familia.

—Perdóneme usted, señor, no puedo escuchar mas ese estraño lenguaje de inmoralidad y depravacion, y le suplico que no se atreva nunca á hablarme de ese modo. Nuestra pobreza no le autoriza á usted para insultarnos, señor; y sepa por último, que en la casa de este miserable jornalero se prefieren todas las calamidades..... el hambre..... la misma muerte..... á la deshonra.

María pronunció estas palabras con dignidad y resolucion, y fuése á llamar á la puerta del cuarto donde dormian el cirujano y su practicante.

Fray Patricio tomó un polvo con su acostumbrada imperturbabilidad, mientras María se ocupaba en añadir aceite en el candil y arreglar la mecha, como queriendo pasar tiempo ínterin salia el cirujano.

Presentóse éste desperezándose, y alumbrándole María, se aproximaron al herido, que seguia durmiendo sosegadamente.

Pulsóle el cirujano y quedó sumamente complacido del estado en que se hallaba el pulso del enfermo.

—Vamos, niña,—dijo á María con satisfaccion,—esto va bien..... Cuando su padre de usted despierte, probablemente estará en su sano juicio. Conque..... me permitirá usted descansar todavía un poco, y á la salida del sol veremos cómo está la herida, le pondremos nuevos vendajes, y probablemente tendré que repetir pocas visitas.

El cirujano se encerró de nuevo en el cuartito, y no tardaron en oirse sus ronquidos.

Fray Patricio estaba cada vez mas frenético.

La enérgica resistencia de la interesante María, en vez de hacerle desistir de su criminal empeño, habia acrecentado la voracidad de su brutal apetito. Levantóse repentinamente de su asiento, y arrojándose como fuera de sí á los piés de María, asióla fuertemente de la mano, y mientras ella pugnaba por desasirse del atrevido fraile, este esclamó:

—¡María!.... por la última vez, encantadora María, te suplico que me oigas un momento. Yo no puedo vivir sin tu amor. Reflexiónalo bien..... Si correspondes á esta llama que me devora..... á esta pasion que Dios protege, será tu existencia una fuente perenne de delicias y de felicidades..... Seré tu esclavo..... Todo el oro que poseo se empleará en el bienestar de toda tu familia, y nadie descubrirá nuestro amor, porque ambos seremos prudentes..... porque los beneficios que derramaré yo sobre vosotros parecerán naturales á tu padre, despues de haber salvado mi vida. Compara, ingrata, compara este cúmulo de goces y de placeres con la indigencia que os aguarda si te muestras insensible á mis afanes.

—Repito á usted, señor,—dijo María forcejeando siempre por desasirse del fraile, que la tenia aún estrechamente agarrada,—repito á usted que en esta casa se prefiere el hambre á la deshonra, y si no suelta usted mi mano..... grito sin consideracion al estado de mi padre, que es lo que ha podido contener hasta ahora los efectos de mi cólera..... porque ha de saber usted que le detesto con toda la iracundia que puede inspirar un mónstruo salido del infierno.

—¡Piedad, hermosa María!—esclamó el fraile con ademanes de loco.

Y llevó su audacia hasta el punto de imprimir con sus asquerosos labios un ardiente beso en la virginal mano de María.

Una llamarada de rubor é indignacion inflamó repentinamente las pálidas mejillas de la hija de Anselmo.

Esta jóven, de avanzada estatura como su padre, de fuerzas colosales, y de una virtud y arrojo que no desmentian la sangre que por sus venas circulaba, estremecióse á la inícua

accion con que acababa el fraile de coronar su avilantez, y levantando su diestra, descargó tan solemne bofetada en el rollizo rostro de su reverencia, que el indigno franciscano rodó por el suelo.

En esto viéronse dos manos descarnadas que separaban las cortinas, y apareció entre ellas sobre un cuerpo ensangrentado un rostro pálido y cadavérico.

María se arrojó á los piés de aquel espectro espantoso.

Era su padre.

—¡Bien, hija mia!.... ¡bien!....—murmuró éste con voz solemne.

Y en su escuálido rostro..... cierta sonrisa indefinible destellaba alternativamente complacencia, indignacion, asombro y amargura.

Fray Patricio quedó aterrado á la vista de Anselmo, que habia oido su última declaracion. El virtuoso padre, el ofendido jornalero, se contentó con dirigir á su verdugo estas terribles palabras:

—¡Huye, sacerdote sacrílego! No infestes con la ponzoña de tu criminal aliento este recinto de pobreza y de honor. La virtud ultrajada acaba de imprimir en tu rostro el sello de la infamacion. Huye, infeliz, y no olvides las palabras de una inocente niña: "EN LA HUMILDE MORADA DE ESTE POBRE JORNALERO SE PREFIERE EL HAMBRE Á LA DESHONRA."

Fray Patricio cogió el lío de su ropa y huyó despavorido.

CAPITULO VII.

La Fontana de Oro.

El 18 de julio de 1834, cuatro jóvenes que vivian en la Fontana de Oro, una de las fondas mas acreditadas de Madrid, situada en la Carrera de San Gerónimo, comian en mesa redonda.

Dos de ellos eran franceses: rayaban en la edad de los veinte á veinticinco años; el uno hablaba perfectamente el español. Este vestia con sencillez y elegancia. Su rostro, sin ser afeminado, tenia gracia y espresion. Dejábase crecer toda la barba, lustrosa y negra. Su nariz aguileña, sus ojos negros y pene-

trantes, y cierta sonrisa sarcástica que acompañaba siempre su fácil pero burlona conversacion, daban jovialidad á su fisonomía, que contrastaba con la tristeza de los demás concurrentes.

El otro jóven francés no hablaba ni entendia una sola palabra en español.

De los otros dos, que eran españoles, el de mayor edad tendria unos treinta años, y sin embargo llevaba peluca rubia. Era de baja estatura, gordo y estremadamente feo. Aunque parecia estar poseido de la melancolía que agobiaba en aquellos aciagos dias á todos los habitantes de Madrid, con rarísimas escepciones, no por eso dejaba de atracarse en términos que no dejó de llamar la atencion de sus compañeros.

—Amigo mio,—le dijo el francés de las barbas,—parece que las penas hacen poca mella en esa anchurosa humanidad. Cuando todos los médicos encargan la sobriedad como el mejor preservativo del cólera, usted engulle que es una bendicion de Dios. Afortunadamente estamos desganados los demás; que si no, iba usted á quedarse con apetito.

—Pues mire usted,—respondió el hombrecillo gordo,—tengo el corazon oprimido.

—Lo que es el corazon..... no lo sé,—replicó el estranjero maliciosamente,—pero la barriga..... oprimida estará probablemente, á no ser que haya tenido usted la precaucion de desatacar algunos botoncillos del pantalon.

—Eso por supuesto,—contestó el hombre gordo:—es operacion que hago siempre al sentarme á la mesa; pero crea usted que hoy ando muy parco en la comida..... porque..... ya se ve, cuando falta la tranquilidad de espíritu.....

Y al decir esto, bebióse el buen hombre medio vaso de Valdepeñas.

—¡Cáspita!—esclamó el francés.—Entonces no sé yo si estamos aquí seguros. Es usted peor que una pantera de Java; y si ahora que está usted apesadumbrado engulle de ese modo, el dia en que esté de buen talante se nos traga usted á todos

como si fuésemos espárragos. Estas cosas no se ven mas que en España..... Como que desde niños se acostumbran ustedes á la matanza..... Es inútil preguntar á usted si es aficionado á los toros.

—Lo que es á los toros..... poca cosa; pero me gusta mucho la carne de vaca.....

Y tomó una gran tajada de vaca estofada, que devoró en breves instantes.

—Mal español, amigo, mal español,—replicó el estranjero en tono satírico.—La tauromaquia, querido mio, la tauromaquia es la base de la civilizacion española.

El cuarto personaje, que habia permanecido hasta entonces abismado en sus pensamientos, comprendió la ironía del francés, y no pudo menos de levantar con orgullo la cabeza y clavar los ojos en él.

Este gallardo jóven español, de veinticuatro años de edad, rubio como el oro, era don Luis de Mendoza, que desde la última vez que habia visto á María en la calle del Cármen habia perdido su habitual jovialidad.

¡Cosa estraña! Un jóven atolondrado, dotado de inmensos atractivos, introducido en las mas brillantes sociedades de Madrid, avezado á burlarse de las bellezas que con la mayor facilidad conquistaba, sentíase dominado por una pasion violenta, y el objeto de esta pasion era una niña pobre, cubierta de malos vestidos, á quien por capricho habia dirigido sus requiebros la primera vez que por casualidad la vió en la calle.

Las candorosas respuestas con que aquella niña habia acogido la audaz declaracion del jóven rubio, la resistencia que opuso siempre á los deseos del imprudente amante, la tenacidad de ocultarle su casa y su nombre, habian introducido en el corazon de don Luis una chispa de amor, que la privacion y la virtud iban convirtiendo en incendio voraz.

En estas reflexiones hallábase sumergido el jóven Mendoza, cuando el francés empezó sus ironías contra la civilizacion de España. Don Luis, jóven de fibra republicana, no po-

dia dejar desapercibidas las epigramáticas palabras del estranjero.

—Caballero,—le dijo despues de haberle estado contemplando con altanería,—sepa usted que está usted en España.

—Demasiado se conoce, amigo mio,—dijo el francés soltando una estrepitosa carcajada.—Las atrocidades de ayer..... los asesinatos cometidos en personas indefensas..... la sangre de infelices religiosos brutalmente derramada, está diciendo que en este país se aprende á ser héroes en la plaza de toros.

—Y dígame usted, caballero,—dijo don Luis con forzada sonrisa, espresion de la ira que los insultos del estranjero iban despertando en su pecho,—dígame usted: ¿en qué escuela aprendieron á ser héroes los que inundaron la Francia de sangre en su revolucion?

—¡Oh!.... ¡bah!.... ¿Querrá usted confundir las turbas desenfrenadas con la parte sensata de la nacion francesa?

—Yo no; pero usted es precisamente el que trata de confundir esas turbas con el pueblo español..... esas turbas, en las que suelen figurar siempre en primera línea hombres criminales, vagos llenos de vicios y crapulosos estranjeros.

—Parece que se altera usted demasiado, amable jóven,—dijo sonriéndose el francés.—Pero ya que tan prendado está usted de su digna patria, quisiera que discutiésemos con calma sobre este particular. ¿No me haria usted el favor de decirme, amable jóven, qué es lo que debe la Europa á la ilustracion de España?

—La Europa debe mas á España que á esas naciones que la culumnian torpemente,—esclamó con calor don Luis,—suponiendo que la patria del anciano Séneca y del jóven Lucano es una mansion de irracionales envilecidos. Afortunadamente, señor mio, no todos los estranjeros son injustos como usted. Si algunos se huelgan en nuestro descrédito, los hay sabios y justos, los hay imparciales y de buena fé, que reconocen el mérito de esta nacion magnánima.

—Ciertamente, amable jóven,—dijo el francés, siempre con

burlona sonrisa en los labios.—Siento no conocer á esos sabios que han elogiado á la patria de Séneca, como dice usted, mi buen amigo. ¡La patria de Séneca!.... ¡Oh! Esto solo es un gran mérito.¦

—No me sorprende, caballero, que no tenga usted noticia de los apologistas de España, porque los que menos saben suelen ser con frecuencia los que mas critican; y para que mis citas no le sean á usted sospechosas, empezaré por la del sabio *Denina*, que en 1786 probó en la academia de ciencias de Berlin que la España ha marchado siempre en la línea mas avanzada de la civilizacion europea; pero como se halla en posicion de ser la nacion mas rica y floreciente por los preciosos tributos que la naturaleza le prodiga, ha sido siempre envidiada de las demás naciones. Pero esta España tan combatida, en medio de una continuacion de sucesiones violentas, en medio de una sujecion sucesiva y no interrumpida jamás á fenicios, cartagineses, romanos, septentrionales, sarracenos..... en medio de sangrientas luchas civiles, intestinas, de sucesion, de principios..... frecuentes levantamientos de estados, usurpaciones de provincias por la envidia política, dominaciones tiránicas, influencias opresoras, anatemas del Vaticano, no solo se presenta altiva, sino que se encamina á dar UN GRITO DE SALVACION que la colocará un dia á vanguardia de la ilustracion universal.

—Casi me voy convenciendo de eso,—repuso en tono sardónico el francés,—porque..... ya se ve..... ¡ha habido en España tantos sabios!..... ¡han descollado tan esclarecidos varones en todas ciencias y artes!.... Pero me parece que tendremos que contentarnos con Lucano y con Séneca.....

Al oir esto, que dijo el francés recalcando los nombres de Lucano y Séneca con insolente escarnio, el hombrecillo gordo soltó grandes carcajadas. Entonces se enfureció don Luis, y rompiendo un plato en la cabeza de aquel inverosímil adefesio, que merced á la peluca rubia no recibió lesion ninguna, esclamó con voz de trueno:

—Que nos calumnien los estranjeros..... pase en gracia de la envidia que nos tienen; pero yo no sufro que un español se burle de su patria..... No debe, no, ningun español reirse cuando se trata de pintar andrajosa, bárbara y estúpida á su nacion, porque, como dice nuestro erudito Forner, si este retrato fuese verdadero, al tiempo de hacerle debiera irse regando con lágrimas de sangre. Cuando ardia Roma, solo Neron tañia la cítara.

Un silencio sepulcral siguió á las palabras de don Luis, que despues de algunos momentos continuó:

—Larga tarea seria nombrar ahora cuantos varones han descollado en España; pero quisiera que usted, caballero, no se limitase á contestarme con una sonrisa necia que nada significa..... quisiera que me citase un canonista que esceda á nuestro don Antonio Agustin, un maestro de elocuencia como Quintiliano, un historiador mas imparcial y sabio que Mariana. De los críticos de autores antiguos, uno que esceda en tino, juicio y moderacion á Nuñez Pinciano; de los médicos, uno mas metódico que Vallés, ó que haya entendido é imitado mejor á Hipócrates; de los gramáticos, uno que sobrepuje al Brocense..... de los poetas latinos, uno que oscurezca la elegancia y solidez de Montano ó que iguale á la nunca vista fecundidad de Mariner; de los filósofos, uno de mayor juicio y sagacidad que Vives; de los teólogos, un Cano; de los filólogos, un Salas..... Pero sería nunca acabar si habia de recorrer todos los ramos de la humana inteligencia, aunque de cada ciencia y arte solo nombrase uno de los muchísimos sabios antiguos y modernos que honran á la España y la colocan en eminente predicamento.

—¡Oh pardiez! Toda esa retahila de botarates—dijo en ademan de desprecio el francés—no vale un bledo en comparacion del peor de nuestros clásicos poetas dramáticos. El mundo entero debe postrarse y besar el polvo ante los esclarecidos nombres de un Corneille, de un Racine, de un Voltaire!....

—En España somos mas justos que los estranjeros,—res-

pendió don Luis,—porque no envidiamos las glorias de ninguna nacion. En España, al paso que no sufrimos insultos de nadie, reconocemos el mérito y le acatamos, donde quiera que se ostente. Grande fué Voltaire, sublime fué Racine, arrebatador era Corneille; pero la Francia, ese país en el cual reconozco ilustracion y progreso, en vez de negar á mi patria el mérito de que justamente blasona, confesar debe [1] que ha enriquecido su repertorio dramático con obras cuyo fondo ha tomado de la literatura española. Cuantos tienen una idea de las producciones de Moliere y de Corneille, saben lo mucho que han aprovechado estos autores de las invenciones de Lope de Vega y de Calderon de la Barca, y ni usted ni nadie podrá negarme que la época luminosa de la tragedia francesa señalóse por la imitacion de un drama español de Guillen de Castro, *El Cid.*

—Ese es demasiado orgullo, caballerito,—esclamó el francés.

Este estranjero era uno de los tantos que nos calumnian sin tener el menor conocimiento de lo que es España, ni la mas leve idea de los varones doctos que en todas épocas la han ilustrado, tanto en la carrera de las armas como en la de las letras. Viéndose, pues, vencido por la erudicion del jóven español, apeló al sarcasmo, que es el arma que oponen los ne-

[1] Je ne finirais pas si je voulais parcourir les ouvrages d'agrément et de gout dont les espagnols ont fourni le modèle ou l'idée aux francais. Lorsque la France avait déja eu ses Pascal, et ses Fénélon, et qu'elle avait ses Fontenelle, les personnes les mieux policées et les mieux instruites n'avaient point de meilleurs livres à proposer à des princesses, que les romans de Cervantes. Il n' y à pas jusqu'au *Diable boiteux* de Le-Sage dont le fond ne soit tiré d'un ouvrage espagnol de Louis Velez de Guevara.

Mais c'est sur tout dans la pöesie dramatique que la France c'est enrichie des fonds de l'Espagne. L'auteur du nouveau dictionnaire historique dit en parlant de Scarron, que la mode de son temps était de piller les espagnols. Si les espagnols avec leur imagination feconde, n'eussent fourni des sujets, des plans aux pöetes des autres nations, la France serait resté plus long-tems à des sujets rebattus.

DENINA.

cios ó pedantes á los argumentos de la sana lógica, y en tono de mofa añadió:

—¡Cáspita! ¿Conque segun eso, todo se lo debe la Francia á la dichosa patria de Séneca? ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

El francés soltó una risotada insolente y dijo:

—¡En mi vida he oido una sarta de desatinos tan garrafales! Lo cierto es, á pesar de todo cuanto usted acaba de decir, que este es un país miserable, desmoralizado..... un país de cafres.....

—Miente usted como un villano,—esclamó colérico don Luis, dando un puñetazo en la mesa y poniéndose en pié.

Los otros tres jóvenes levantáronse tambien, y sucedió á este estrepitos o movimiento un silencio general.

Los dos contrincantes se cruzaron una mirada altanera; aproximóse el francés al español, tendióle la mano, y aparentando serenidad, le dijo:

—Señorito, evitemos escándalos; esta cuestion no debe tratarse á gritos..... Acaba usted de propasarse, y es preciso que me dé usted una satisfaccion.

—Soy español; esto es decir que soy caballero,—respondió con dignidad don Luis apretando la mano del francés,—y jamás me retracto de lo que digo.

—Está bien..... Si es usted caballero, es preciso que ahora mismo me lo pruebe usted.....

—Donde usted guste.

—Los señores tendrán la bondad de acompañarnos en este instante por la puerta de Atocha á las tapias del Retiro. Elija usted armas.

—La pistola.

—Cabalmente tengo un par de las que nunca faltan; voy por ellas..... las examinará usted..... y si son de su agrado, manos á la obra y negocio concluido.

El francés salió precipitadamente del comedor.

En este mismo instante apareció un mozo de la fonda, y acercándose á don Luis le dijo en voz baja:

—Hay en la escalera una persona que desea hablar con usted á solas de un asunto de la mayor importancia. Dice que será cosa breve..... dos palabras no mas.....

Dirigióse don Luis á la escalera.

La persona que le estaba aguardando era María!!!

CAPITULO VIII.

El desafío.

A la presencia de María, olvidó el jóven don Luis de Mendoza todos sus pesares. Disipóse la cólera que las provocaciones del francés habian encendido en su corazon, que á la vista del objeto á quien adoraba, latia con mas vehemencia que nunca; pero no latia ya de tristeza ó de indignacion, sino de amor y de alegría.

Don Luis condujo á María á su pequeño aposento.

Era un cuarto desaliñado, como suelen estarlo en las fon-

das las habitaciones de los jóvenes solteros. Un par de cómodas lateralmente colocadas, una mesita con tocador, escribanía, papeles y libros en desórden y varias sillas de nogal formaban todo su ajuar.

En una de las puertas del balcon que daba á la Carrera de San Gerónimo pendia de una punta de París (porque hasta las tachuelas han de ser de París para ser buenas) un pequeño espejo.

En el rincon de la derecha estaba la jofaina sostenida por un aguamanil pintado de verde, y en el de la izquierda un cuelgacapas con una levita.

Anejo á este cuarto habia una alcoba, cuya cortina de muselina bordada, replegada sobre un clavo dorado, dejaba ver la cama. Los colchones y las almohadas se ocultaban debajo de una cobertura de indiana de un color oscuro.

Al pié de la cama veíanse arrimados á la pared varios pares de botas y zapatos. Algunas prendas de ropa de uso ocupaban una silla.

Las paredes eran blancas, sin mas adorno que viejos cuadros colgados con simetría [1]. Solo por encima del tocador veíase, pendiente de una tachuela, un medallon de oro.

El suelo estaba limpio, si esceptuamos algunas puntas de cigarros puros.

Un alambre colocado en el techo sostenia una jaula con un canario.

[1] Grandes mejoras ha hecho el señor Monier, actual dueño de la *Fontana de Oro*. Este establecimiento es uno de los principales de Madrid. Se admiten en él huéspedes, á quienes se sirve con el mayor esmero. Tiene salon de lectura provisto de las mejores obras de todos los países, y escelentes baños públicos. Por esta razon, y la de estar en uno de los puntos mas lucidos y céntricos de Madrid, la concurrencia es siempre numerosa, particularmente de estranjeros, que encuentran en esta casa toda suerte de comodidades. Relacionado con los primeros establecimientos tipográficos de París, el señor Monier admite comisiones de libros y facilita por este medio á las empresas literarias cuantas obras puedan apetecerse de las que en Francia se publican, de las cuales tiene siempre un rico depósito.

Esta linda avecilla era la que pocos dias antes habia llevado María á la feria de la calle del Cármen.

Apenas se presentó María en aquella estancia, el inocente pajarillo dió muestras de conocerla, aleteando de regocijo..... saltando de una parte á otra como si buscase una salida para volar á recibir las acostumbradas caricias de la tierna jóven. Estos estremos de gozo no turbaban sin embargo la melodía de sus incesantes gorjeos. Con ellos saludaba á María como saludan á la aurora las avecillas del frondoso bosque.

María no pudo dejar de hacer un movimiento de placer al contemplar á su canario, y una lágrima brillante deslizóse por su rostro encantador, despues de haber estado un segundo pendiente como perla de su larga pestaña.

—Hermosa morenilla,—esclamó don Luis mas enamorado que nunca,—esta inesperada visita colma toda mi felicidad..... toda mi ambicion..... porque veo que usted me ama..... que corresponde usted al entrañable amor que yo le profeso..... ¡Dios mio!.... ¡Dios mio!.... Estoy loco de placer. ¡Si supiera usted cuánto he padecido desde la última vez que la ví!.... Fuí un insensato, ya que jamás me ha querido usted dar las señas de su casa, en no aguardarme y seguirla..... porque yo no puedo vivir sin verla á usted todos los dias. ¡Oh! Ahora que usted me ama, idolatrada mia, ahora ya soy feliz..... usted me dirá su nombre..... me dirá usted su casa.....

—Caballero.....—respondió María sumamente afectada,—soy una pobre..... hija de un infeliz jornalero..... no puedo dar oidos á las palabras con que se digna usted favorecerme, sin faltar á la ley del honor, único tesoro que poseo. Espero, señor, que me permita usted esplicar el objeto de esta visita, pues veo desgraciadamente la equivocacion en que le han hecho incurrir á usted las apariencias.

—Usted me sorprende, hermosa niña, con sus severas espresiones. ¡Dice usted que no puede oir mis palabras sin faltar á las leyes del honor! ¿Luego no me ama usted?

—Bien quisiera no ofender la delicadeza de usted; pero

debo decir la verdad: se ha equivocado usted, caballero, acerca del objeto de mi visita. Vengo á devolverle á usted una moneda que de ningun modo puedo aceptar.

—¿Qué me dice usted?

—El deseo de aliviar la miseria..... el hambre de mis padres y de mis hermanos me alucinó.....

—¡Cómo! ¿Tan deplorable es la suerte de usted? ¿A tal estremo llegá la desgracia de su familia, que el hambre..... ¡Oh! ¡Esto es cruel! Yo no debo consentirlo, no. A mí me sobran riquezas..... ¿con quién puedo compartirlas de mejor voluntad que con el digno objeto de mi amor?

—Perdóneme usted, señorito; pero yo no puedo admitir de usted beneficio alguno..... al contrario, vengo, como he dicho antes, á devolver á usted esta moneda.

Al decir esto, matizó el rubor las mejillas de María de un ligero carmin que daba mayor realce á su hermosura.

La pobre jóven alargó la mano, teniendo la onza de oro entre el dedo pulgar y el índice.

—Ese es un desaire, ingrata jóven, que mi pasion no merece. Para decirme que no me ama usted.....—esclamó en tono grave don Luis,—que me aborrece..... no es menester que se prive de lo que es suyo..... Esa moneda no la recibió usted como premio de alguna accion deshonrosa, ni como una limosna degradante. Fué el precio, y á la verdad escaso, de una prenda inestimable que yo no cederia á nadie por los tesoros del mundo.

Y al decir esto, miró don Luis con ternura la jaula del canario.

—Pero sin embargo,—continuó,—si usted, arrepentida de haberse desprendido de este hermoso pajarillo, gusta poseerlo otra vez, solo á usted podria yo confiarlo; pero bajo una condicion indispensable. La onza que trata usted de devolverme fué honrada y legalmente adquirida, y debe usted guardarla, y aun tiene usted obligacion de ello, para aliviar los males de su familia; y el canario, único consuelo que mitiga mi acerba

melancolía, se lo cedo á usted como una prenda de mi amor. Guarde usted..... guarde usted, pues, esa moneda tan legítimamente ganada.

—Es imposible,—dijo María muy afectada,—es imposible.

—¿Cómo así? ¿Es tanto el odio que usted me profesa, que rechaza usted de mí lo que hubiera admitido de otro cualquiera? Vuelva usted tranquila á socorrer las necesidades de su casa..... que ya que usted no me ama..... tal vez porque tiene su corazon otro dueño..... ó por otros motivos que no conozco..... prometo respetarlos..... Sea usted feliz, toda vez que no puede serlo el que mas la adora en este mundo, y no insista usted, por Dios, en hacerme tomar una cosa que..... ya no es mia.

En las tiernas palabras del enamorado jóven, en el calor con que las pronunciaba, en las lágrimas que arrasaban sus espresivos ojos, y en la ternura de todos sus ademanes, resplandecia la sinceridad del corazon.

María, profundamente conmovida, no hallaba espresiones para contestarle. La pobre muchacha tenia la mas completa conviccion de que el jóven de los cabellos de oro decia la verdad. Juzgaba por el suyo el corazon de su amante, y al oir que éste creia que no le amaba..... que le aborrecia..... se le desgarraba el alma, y hubiera deseado hacer alarde del amor que le profesaba; pero tenia presentes las severas reflexiones de su padre, la promesa que le habia hecho de rechazar los halagos de aquel jóven, y esto producia en su interior una lucha desgarradora. Alguna que otra vez quiso interrumpir á su amante cuando repetia que no le amaba; pero el respeto filial y la amargura ahogaban su voz. Haciendo un esfuerzo, pudo por fin, aunque con acento balbuciente, esclamar:

—Yo..... señorito..... no le aborrezco á usted..... estoy muy agradecida á sus bondades; pero..... pero mi padre..... me ha mandado devolver á usted este dinero..... y evitar sus galanteos.

—Lo comprendo todo.....—esclamó don Luis con alegría;—

y ahora mas que nunca insisto, hermosa niña, en que me diga usted su nombre..... en que me dé usted las señas de su casa..... ¡Oh! Quiero hacerme digno de usted..... quiero hacer la felicidad de toda su familia. Su padre de usted habrá creido que solo trato de seducir á usted con intenciones criminales..... quiero, pues, probarle que se equivoca,—añadió don Luis con creciente entusiasmo,—se equivoca, sí, porque yo no puedo vivir sin ser amado de usted..... sin ser su esposo..... cuando su mismo padre de usted me considere digno de este título.

—Sin duda ha olvidado usted que somos unos pobres jornaleros.....—dijo María,—honrados, es verdad, pero tan pobres!.....

—Virtud y honradez es lo que yo busco,—respondió don Luis con encantadora amabilidad,—esa adorable virtud tan difícil de encontrar en el gran mundo, donde solo medra la intriga, la hipocresía, la adulacion, la perversidad..... busco honradez y no riquezas..... que riquezas me sobran: busco nobleza de sentimientos, y no esa nobleza ridícula que prodigan los imbéciles reyes á sus viles cortesanos. Afortunadamente piensa mi padre lo mismo que yo en este punto, y puedo contar con su consentimiento, porque me ama sinceramente y me ha dicho mil veces que me case con quien quiera, mientras elija una mujer honrada. Ya lo ve usted, hermosa mia, solo espero que usted me diga si puedo lisonjearme de ser amado para escribir á mi padre.....

Figúrese el lector cuál sería la sensacion de aquella enamorada niña al oir el apasionado cuanto virtuoso lenguaje del jóven á quien amaba con frenesí aun antes de conocer sus bellos sentimientos. Cuando don Luis de Mendoza vió por primera vez á María, hízola una proposicion vergonzosa; proposicion que debia haber escandalizado á la virtuosa jóven y hacer que concibiese una idea poco favorable de su moralidad. Pero ya desde aquel momento se introdujo en su corazon un amor inestinguible que habia de llevar hasta el sepulcro, despues de apurar las heces de la amargura. Y si ciega y loca por

el hombre que insultaba su virtud cuando la propuso *vivir en su compañía,* no vió el veneno de estas criminales palabras, ¡cuán profunda no seria la nueva herida que hacian en su corazon sensible las frases de ahora, llenas de fuego y de virtud, pronunciadas con entusiasmo por un jóven honrado que respetaba los derechos del padre y amaba á la hija PARA HACERLA SU ESPOSA?

María iba á contestar; pero en este momento presentóse en el cuarto donde esta escena ocurria el francés de lasbarbas con dos pistolas en la mano, é hizo un signo á don Luis para que saliese, esclamando:

—Las tapias del Retiro nos aguardan.

—¡Dios mio! ¿Qué es eso?.... ¡Dios mio!....—gritó María, asustada al ver el aspecto hostil de aquel hombre armado.

Don Luis, embelesado con los hechizos de su adorada y las lisonjeras esperanzas que acababa de concebir en aquel instante, no solo habia olvidado completamente la escena del desafío, sino que la repentina aparicion del francés en el momento tal vez mas crítico de su vida, pues aguardaba una contestacion de María que debia decidir de su porvenir, le era molesta de todo punto. Así fué que, al ver á su contrario, esclamó con desprecio:

—¡Eh! Vaya usted con Dios, y déjeme en paz.

—¡Bravo!—replicó el francés soltando una carcajada burlona segun costumbre.—¡Bravísimo!.... No esperaba menos del valor de un español.

—Déjeme usted en paz, repito, y no apure usted mi paciencia.

—¿Conque se retracta usted?

—Yo no me retracto. Otro dia..... mañana..... estaré á las órdenes de usted..... Ahora suplico á usted que me deje en paz.

—¡Bah! Disculpas que ya sé yo lo que significan,—dijo el francés con insultante ironía.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que es usted un cobarde,—esclamó con altanería el francés.

Don Luis hizo un movimiento convulsivo de furor..... clavó su vista en el rostro de su contrario, temblando de cólera, sin poder articular una palabra. Despues de unos instantes de

silencio, quitóse la bata y se puso el frac, se acercó á la mesa, descolgó el medallon de que hemos hablado al principio de este capítulo, y entregándolo á María, le dijo:

—Por si quedo en el campo, guarde usted esta joya en memoria del hombre que mas la ama á usted en este mundo.

—¡Ah! ¡no, no, por Dios!—dijo María arrojándose á los

piés de don Luis y asiéndole de una de las rodillas.—Si es verdad que me ama usted, no salga usted de este sitio.

—¡Al campo!—gritó el francés con exaltacion.

—¡Al campo!—respondió el jóven español, deseoso de vengar el nuevo agravio del estranjero que habia tenido la osadía de llamarle cobarde.

—¡Piedad!—esclamaba María llorando amargamente.—¡Piedad!.... ¡Ay!.... No me abandone usted.....—añadió como fuera de sí.—Yo le amo á usted..... le adoro.....

Estas espresiones, que hubieran colmado en cualquier otra ocasion la felicidad de don Luis, solo le arrancaron una mirada de ternura, porque conociendo el pundonoroso jóven que su energía peligraba, desprendióse de los esfuerzos de María y se lanzó fuera del cuarto.

Pocos segundos despues entraron en un coche los cuatro jóvenes que habian comido juntos, y se dirigieron á todo escape á las tapias del Retiro.

Hay entre las puertas de Atocha y de Alcalá, á espaldas del Retiro, un sitio sumamente solitario donde suelen celebrarse generalmente los desafíos; y si por esta circunstancia era ya célebre entre los espadachines de Madrid, le ha dado mayor nombradía el haber llegado hasta él las tropas carlistas en setiembre de 1837, cuando el Pretendiente intentaba apoderarse de la capital de la monarquía.

María, que habia oido nombrar el sitio del duelo, salió del cuarto azorada, alarmó á las gentes que encontró al paso gritando: "¡Que se matan! ¡que se matan!" y como una loca se dirigió al sitio del combate.

Poco antes de llegar, el estampido de un pistoletazo heló toda su sangre..... Su amante habia disparado contra el francés sin acertarle. Reanimóse María como pudo, y vió por fin á unos cien pasos que el francés apuntaba á don Luis; salió el tiro..... ¡Ay!.... El infeliz jóven de los cabellos de oro cayó sin sentidos!

Llegó María como una furia, lanzóse sobre el grupo que

cubria al vencido, y oyó una voz aterradora que pronunciaba estas terribles palabras: "¡HA MUERTO!"

María lanzó un grito de horror y retrocedió despavorida.

En esto se le aproximó un hombrecillo gordo, y asiéndola del brazo, le dijo con sarcástica sonrisa:

—Virtuosa niña, la que prefiere el hambre á la deshonra yendo á las fondas tras los jóvenes, Dios me ha vengado.

María alzó la vista, y vió con horror que el que la hablaba era fray Patricio.

Volvióse á casa desconsolada, y encontró á dos hermanitos suyos muertos del cólera, á los demás bastante enfermos, y á la pobre ciega su madre casi agonizando de aquella devastadora enfermedad!!!

CAPITULO IX.

Las máscaras.

No es nuestro ánimo abogar por esa igualdad absoluta, por esa nivelacion de fortunas con que algunos frenéticos han querido halagar á las masas populares. Lo que nosotros deseamos en favor del pueblo es: *igualdad ante la ley; castigo contra el delincuente, no contra el pobre; justicia en pro de la inocencia, y no consideraciones al rico; derechos sociales en todos los españoles; voto en todas las cuestiones para los hombres honrados.*

Nadie con mas conviccion que nosotros califica de absurdo crasísimo, de ridículo imposible, la idea de querer nivelar las fortunas de todos los ciudadanos. Aun cuando un poder sobrenatural lograse llevar á cabo tan arbitraria nivelacion, breves dias serian suficientes para volver á la inevitable desigualdad que ha existido siempre entre las clases é individuos de toda sociedad.

Pocas luces se necesitan para alcanzar á conocer que la aplicacion y el talento enriquecerse debieran con mas facilidad que la holganza y la estupidez. Que el mérito logre su debido galardon, nada mas justo, nada mas puesto en el órden.

Que el embrutecimiento de sentidos y la criminal vagancia sufran las tristes consecuencias de su inutilidad, es un castigo justísimo, moralizador; pero queremos que estos castigos y estos premios con que la misma Providencia parece trata de civilizar al hombre, no sean neutralizados por el capricho, por la arbitrariedad, por la perversa inclinacion de los poderosos.

Prémiese el mérito y la virtud, castíguense el crímen y la vagancia donde quiera que aparezcan; pero no veamos, no, con tanta frecuencia reproducidos ciertos escándalos, hijos de la injusticia y de la maldad.

Lloran mil artesanos laboriosos en la indigencia, porque un gobierno estúpido les arranca el fruto de sus afanes. Esas exacciones arbitrarias, esos impuestos descabellados, esos desatinados aranceles y tarifas, esas contribuciones onerosas que consumen tantos millones, pudieran modificarse hasta el punto de hacerse llevaderos, si hubiese una milicia bien organizada que sustituyese al ejército, si se redujesen los empleados al número preciso, si se aboliesen los sueldos de esa plaga asoladora de ex-ministros y se minorasen los de los generales, intendentes y otros altos *funcionarios*, cuyas *funciones* se reducen á chupar cual sanguijuelas el jugo de la nacion.

Los presupuestos actuales importan la exorbitante suma de mil ciento ochenta y cuatro millones trescientos setenta y siete mil ciento setenta y tres reales. Y si este espantoso gravámen parece imposible que pueda soportarle una nacion por tantos estilos esquilmada, ¿no crece el escándalo de todo punto al considerar que se hacen pagar al pueblo seiscientos millones mas sobre aquella cantidad espantosa?

Fácil nos seria probar minuciosamente, en virtud de los documentos que tenemos á la vista, el monstruoso escedente que al pueblo se le arranca para hundirle en la pobreza y enriquezer á los magnates; pero no consideramos de este lugar un trabajo que seria demasiado estenso, y cuyos detalles juzgamos inútiles cuando está patente la veracidad del resultado.

¿Y en qué se invierten tantos millones? Vamos á decirlo

sin que nada nos arredre, porque hemos prometido revelar al pueblo el orígen de todos sus males.

No solo les quita á las masas industriosas el fruto de sus afanes y sudores para invertir en las atenciones del real palacio treinta y tres millones quinientos mil reales; novecientos diez y seis mil quinientos ochenta en la de los Cuerpos Colegisladores; nueve millones novecientos sesenta y tres mil doscientos veinte en la del ministerio de Estado; diez y siete millones novecientos un mil novecientos treinta y seis en las de Gracia y Justicia; cincuenta y un millones cincuenta y seis mil ciento ochenta y uno en las de Marina; ciento diez y nueve millones quinientos veintiun mil ochocientos sesenta y ocho en las de Gobernacion; trescientos veinticinco millones ciento cincuenta y seis mil ochocientos ochenta y cinco en las de Hacienda; noventa y tres millones seiscientos ochenta y un mil novecientos veinticinco en las del clero, y otras cantidades que se fijan como razonables y justas, así como los trescientos ochenta millones novecientos un mil cincuenta, destinados al ministerio de la Guerra para tener contenta á la fuerza armada, en cuyo apoyo cuentan los gobiernos que carecen de aura y amor popular; no solo hay que llenar estas atenciones, sino que es preciso además usar de prodigalidad en favor de las personas adictas. El infame lisonjero..... el holgazan hipócrita..... que cual asqueroso reptil se arrastra por los palacios lamiendo el pié del poderoso, ese es quien medra y mas riquezas alcanza, que despilfarra en banquetes y saraos, mientras infinidad de artesanos honrados y laboriosos, como el padre de María, abandonados del gobierno, gimen en la miseria sin que nadie se conduela de sus desgracias.

. . . . . .

Don Hermógenes Cresta, marqués novato, pavoneábase embriagado de placer y satisfaccion en medio de lo mas lucido de la madrileña aristocracia.

Don Hermógenes habia sido un ente singular, que con su fraquecillo raido y mugriento, su pantalon de verano en in-

vierno, alto y viejo corbatin de terciopelo rojizo, y sombrero deteriorado lleno de polvo y sin cinta, empezó su carrera perorando en el café de la Fontana, y luego me le tienen ustedes hecho un pimpollo..... un elegante de los mas entonados de la córte. Camaleon político, cambiaba de color segun á sus intereses convenia. Reíase todo el mundo de sus estravagancias y barbaridades mientras era pobre; pero es el caso que á fuerza de escándalos hízose célebre, y aun temible; luego se trazó

una senda de bajezas, y por ello llegó á la adquisicion de inmensos tesoros.

Contratista acaudalado, ocupó ya una posicion respetable en la sociedad. Era lo mas presumido, fátuo y empalagoso que podia haber, y para figurar dignamente entre la elevada aristocracia solicitó un marquesado. Alcanzó el título de marqués de Casa Cresta á principios de enero de 1835, y en celebridad de tan fausto acontecimiento, en la noche del 17 al 18 estaba

dando uno de esos suntuosísimos bailes que celebran los magnates en Madrid mientras el pueblo sufre.

En un salon espacioso, magníficamente adornado de elegantes colgaduras damasquinas color de rosa, con profusion de bordados de plata, que brillaba al resplandor de millares de luces simétricamente colocadas en arañas y globos de cristal, veíanse aglomeradas todas las notabilidades de la córte. Riquísimos uniformes galoneados de oro, grandes cruces, bandas, placas y toda suerte de condecoraciones las mas distinguidas, engalanaban algunos pechos, seguramente menos generosos que el del mísero y atezado labrador que cultiva la tierra encorvado bajo los abrasadores rayos del sol, y la riega con el sudor de su frente para que produzca esos frutos opimos que saborea el poderoso en medio de la holganza y de los deleites.

El lustroso y blanquecino raso, las sedas de los mas delicados matices, las trasparentes gasas y ricas blondas de los elegantes trajes mujeriles entornados de bellísimas flores artificiales, armonizábanse con el fondo azul celeste de las alfombras que entapizaban el pavimento.

El perfume que exhalaban mil esencias embalsamaba aquella mansion de alegría, donde las hermosas de la aristocracia madrileña ostentaban la encantadora coquetería de sus gracias.

¡Cosa singular! Los trajes mas costosos, los mas ricos aderezos, las joyas mas preciosas, los topacios y corales, adornaban por lo comun á esas buenas señoras para quienes nunca raya la aurora del desengaño, y con mas años de los que permite la decencia, truecan sus canas por los castaños rizos artificiales que entre flores, perlas y diamantes, ondean junto á las escabrosas mejillas, á merced del colorete sonrosadas. Estas deidades histórico-reumáticas, tan costosas á sus pobres maridos, padecen y sudan en el rigor del invierno, y se aguantan toda una santa noche en prensa sin poder resollar, por haber querido adelgazar un par de dedos su inconmensurable cintura; pero logran solo que su ridícula vanidad contraste

con la natural hermosura de esas jóvenes madrileñas, ligeras como sílfides, encantadoras por sus propias gracias, en quienes una sola flor puesta con coquetería en su lustroso cabello, una mirada hechicera, un ademan al parecer insignificante, conquista mas voluntades que todos los riquísimos aderezos de las que pretenden cubrir con ellos su impertinente fé de bautismo.

La mayor parte de las máscaras masculinas iban de dominó negro; pero sin embargo, no dejaba de haber algunos fátuos de los que presumen de buenos mozos, embutidos en heróicos trajes de griegos y romanos. Los mas de estos eran mentecatos maridos, que llenos de presuncion por su bella figura, se quitaban en breve la careta para que supiese todo el mundo quién era el BUEN MOZO del dorado casco y la coraza argentina. Y mientras se solazaba bajo el peso de su formidable armadura, ó agobiado de fatiga dormia en un rincon, su esposa casquivana, vestida de Adalgisa, se las componia muy alegremente con su travieso *Pollione*. Tampoco dejaba de notarse uno que otro morito, porque entre los aristócratas no deja de haber hombres de gusto para hacer el oso en la sociedad.

En dos laterales galerías, sendas músicas de hábiles profesores ejecutaban alternativamente con notable maestría graciosos walses, rigodones, mazurcas y galops, compuestas de lindos trozos de las óperas de Rossini, Bellini y Donizetti, los tres mas populares compositores de la filarmónica Italia.

Varios arcos que se apoyaban en columnas de mármol daban salida á otros salones, meramente de descanso unos, destinados otros á las mesas de juego, y otros al ambigú, que era abundante de toda suerte de manjares y bebidas, y servido por multitud de criados con lujosas libreas.

En uno de estos salones, tres personajes misteriosos, tres máscaras de dominó que tomaban su respectiva racion en la mesa mas separada del general bullicio, sin quitarse la careta á pesar de la molestia que debia causarles para comer, des-

pues de mil precauciones y de haber mandado al criado que se retirase, tenian en voz baja la siguiente conversacion:

—¿Y Llauder?—preguntó el mas gordo de los enmascarados.

Era fray Patricio.

—Llauder duerme,—respondió otro de los tres personajes misteriosos.

—¿Estais cierto?—dijo el tercero.

—Vengo de su casa.

—¿Y los otros ministros?—preguntó fray Patricio.

—Bailan.

—Verdad es..... he visto á uno de ellos dándose tono en un rigodon, y á otro haciéndose el cadete en la galop.

—El uno duerme y los demás bailan!.... Con hombres así, se hace lo que se quiere.....

—Es verdad.

—¿Quién se ha puesto por fin al frente de los sublevados?

—Don Cayetano Cardero..... un jóven subalterno de buena fibra.

—¿Cómo se ha conseguido comprometerle?

—A fuerza de grandes promesas.

—¿Cuenta con mucha gente?

—Sí; pero está equivocado. Se le ha hecho entender que toda la milicia y parte de la guarnicion secundará el movimiento.

—¿Dónde se dará el grito?

—Donde vos mandásteis, en la Puerta del Sol; pero se ensayará antes sorprender la guardia del Principal.

—¿Se han tomado bien todas las disposiciones para que esta tentativa aborte?

—Abortará sin remedio. No tiene objeto para los liberales. No servirá mas que para hacer odioso su mando, para enconar los partidos en que van dividiéndose, introducir la anarquía y hacer que la nacion desee el absolutismo. Pero ya son las tres de la madrugada. Nuestros imbéciles instrumentos no tardarán en obrar..... Nosotros debemos evitar el peligro..... y conservar la vida para trabajar en favor de nuestra santa religion.

—Decís bien..... cada uno á su casa, y..... arda Troya.

—Yo sin embargo—esclamó fray Patricio—iré á su tiempo á despertar á Llauder.

Los tres personajes misteriosos desaparecieron.

Por el curso de esta historia sabrá el lector el nuevo poder de fray Patricio y los inagotables medios de que este fe-

roz amante de María podia disponer para satisfacer sus pasiones y fomentar la desunion de los liberales, conspirando siempre en favor del absolutismo.

Continuó el baile hasta las siete de la mañana, y la *Greca* que se estaba bailando anunciaba su conclusion, cuando el estampido de una descarga vino á alarmar á todos los concurrentes.

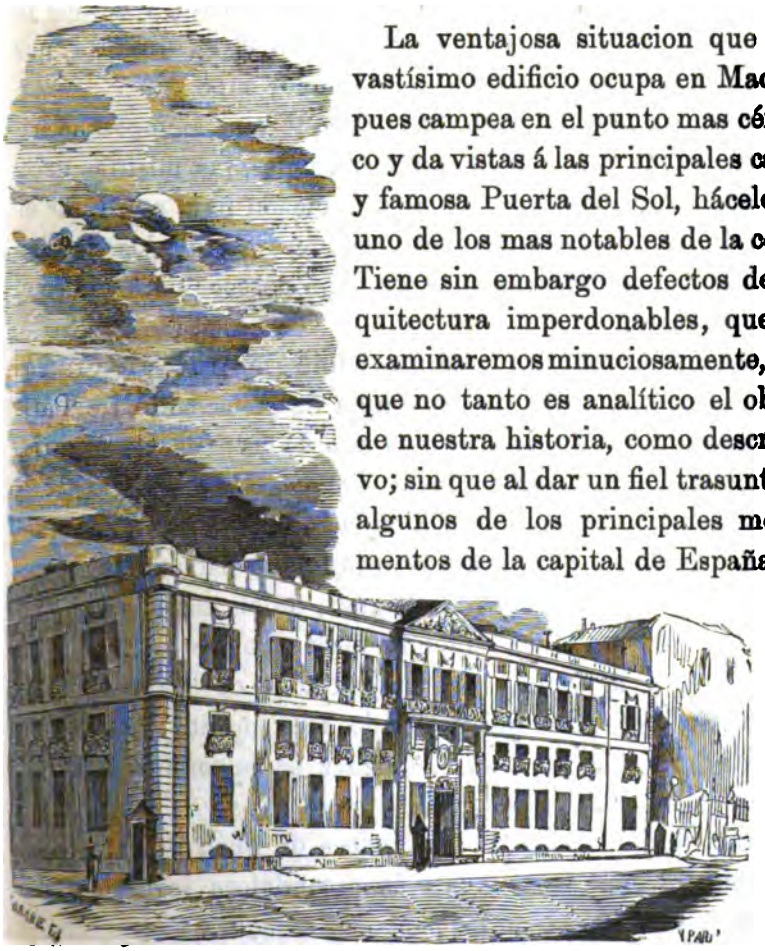
Pronto resonaron por el salon las voces de ¡revolucion! ¡motin! y en menos de cinco minutos quedó vacía la casa del señor marqués de Casa Cresta.

Cualquiera se figurará que los señores ministros correrian al punto del peligro. Sus escelencias estaban cansados de bailar la mazurca, y tenian necesidad de reposo.

El teniente general don José Canterac, que el dia anterior habia sido promovido á capitan general de Castilla la Nueva, voló adonde su obligacion le llamaba; pero en vez de apaciguar á los rebeldes, recibió de ellos una muerte desastrosa, cuyo relato, entre el de otras interesantes escenas, será objeto del siguiente capítulo.

CAPITULO X.

La Casa de Correos.



La ventajosa situacion que este vastísimo edificio ocupa en Madrid, pues campea en el punto mas céntrico y da vistas á las principales calles y famosa Puerta del Sol, hácele ser uno de los mas notables de la córte. Tiene sin embargo defectos de arquitectura imperdonables, que no examinaremos minuciosamente, porque no tanto es analítico el objeto de nuestra historia, como descriptivo; sin que al dar un fiel trasunto de algunos de los principales monumentos de la capital de España, re-

husemos el derecho de hacer sobre ellos alguna que otra observacion que nos parezca oportuna.

La Casa de Correos fué desde su construccion severa y justamente censurada por los inteligentes, fundándose muy en particular en el poco gusto que en las galerías se nota, en la inmensa elevacion de las paredes que circuyen el patio, en la ninguna elegancia de los arcos, y sobre todo en la ridícula situacion de la escalera principal, que segun los críticos de entonces, habia olvidado el arquitecto. Acaso creeria este varon ilustre que se destinaba aquel edificio para nido de golondrinas.

Gran polvareda levantó este garrafal olvido, y estaba ya tan adelantada la obra cuando reparó en él su director, que hubo que añadirle la escalera donde mejor cupo.

¿Y por qué sucedió todo esto? Porque casi siempre ha habido en España las mismas preocupaciones, las mismas necedades en ciertas gentes, la misma prevencion para ponderar el mérito de los artistas estranjeros, en desdoro de los que hacen honor á esta patria ingrata que dejó perecer de hambre al gran Cervantes.

Habiendo en España hombres hábiles en todos los ramos de la humana inteligencia, el duque de Alba trajo de París una persona para dirigir el empedrado de las calles de Madrid. Llamábase el empedrador francés *Jacques Marquet.*

En aquellos tiempos florecia en la capital de la monarquía española, entre los mas célebres arquitectos nacionales, el entendido don Buenaventura Rodriguez, quien entre otros muchos planos de magníficos monumentos habia presentado con anticipacion á la venida del empedrador de París el de la Casa de Correos; pero fué preferido bien pronto el de *monsieur Marquet*, y al español Rodriguez se le confirió la direccion del empedrado. *Al arquitecto las piedras y la casa al empedrador*, decian entonces los críticos de buen talante; pero otros censuraron amargamente la escandalosa injusticia del gobierno y la incapacidad de *monsieur Jacques.*

Muy bien pudieran aplicarse á la Casa de Correos de Madrid los siguientes versos:

> Absorto ante un fronstispicio
> contémplando su elegancia,
> preguntó un tal don Mauricio:
> ¿han hecho aquí ese edificio,
> ó le han traido de Francia?

Pero dejémosle cómo está, y vamos á referir lo que pasó en él el 18 de enero de 1835.

El reloj del Buen Suceso acababa de dar las cinco de la mañana.

Una fuerza de unos veinte soldados presentóse á manera de una patrulla frente á la Casa de Correos, donde tiene la guarnicion de Madrid su Principal, y como dió perfectamente el santo y seña, no inspiró el menor recelo.

Pocos momentos despues sorprendieron á las centinelas, apoderáronse de las armas de la guardia, reforzáronse con quinientos cincuenta hombres del regimiento de Aragon, 2.° ligero, iniciados en la conspiracion, y á los cuarenta cazadores de la guardia real provincial, que habian sido sorprendidos y se negaron á tomar parte en la sublevacion, se les encerró en clase de prisioneros.

Don Cayetano Cardero, víctima de la hipocresía con que supieron fascinarle los emisarios del *Angel esterminador*, que se fingian ardientes patriotas, dirigia el movimiento con inteligencia y arrojo, creyendo sin duda prestar un buen servicio á la libertad de su patria.

Prometimos hacer revelaciones de alta importancia, y contamos en este número la de la existencia de esa homicida sociedad *apostólica*, que no tardaremos en describir mas por estenso, dando á luz sus máximas destructoras y patentizando sus íntimas relaciones con toda clase de gentes de mal vivir. Esta secreta inquisicon que para divinizar en España el despotismo teocrático daba á sus indivíduos el título de defen-

sores del altar y el trono, atropellaba por todos los obstáculos para alcanzar sus fines. Hasta el asesinato era considerado y premiado como una accion meritoria, si ofrecia consecuencias favorables al tenebroso club. Uno de sus medios de *esterminio*, y acaso el mas eficaz, era fomentar la desunion de los liberales, crear partidos y enconar sus pasiones, como probaremos mas adelante. Pero si alguno cree que nuestra revelacion es una ficcion meramente fabulosa para dar interés á nuestra novela, dígasenos qué objeto tenia la insurreccion de la Casa de Correos y otras que no han producido mas que víctimas. El *Angel esterminador* ha existido y existe acaso mas envalentonado que nunca. La prensa apostólica está patentizando su audacia.

El infortunado general Canterac, sin mas acompañamiento que su valor y un ayudante de campo del mismo regimiento de Aragon, presentóse á caballo ante los sublevados, llamó al oficial Cardero, y á las primeras reconvenciones que le dirigió contestaron los rebeldes victoreando á Isabel II y al Estatuto Real, como para manifestar que solo estaban descontentos del ministerio.

Indignado el general, habló militarmente, recordó con energía á los amotinados los deberes que impone la ordenanza al soldado pundonoroso; pero su voz fué ahogada por la mortífera detonacion de una descarga que le derribó al suelo ya cadáver, bañado en su propia sangre.

Pero esta sangre preciosa no fué la única derramada en aquel dia fatídico, que empezó por el asesinato de una de las primeras autoridades de Madrid.

Púsose en movimiento toda la tropa y milicia urbana bajo las órdenes del general Bellido.

A las nueve de la mañana despertaron al señor ministro de la Guerra; supo lo que ocurria, montó á caballo, y mientras las tropas leales y milicia urbana divididas en cuatro columnas avanzaban hácia Correos por la calle de Alcalá, Carrera de San Gerónimo y calles de la Montera y Carretas, apareció por

la calle Mayor á la cabeza de la guardia saliente de Palacio y algunas piezas de artillería que se colocaron enfrente de la casa del conde de Oñate.

En esta casa entró el ministro de la Guerra y su comitiva, entre cuyos individuos notábase un paisano medio embozado

en su capa, que asomándose de vez en cuando á uno de los balcones, dejaba ver en su diabólica sonrisa que aquel espectáculo de muerte y estragos no le era repugnante.

Este personaje siniestro..... era fray Patricio.

Acercóse por último al ministro de la Guerra y le habló con ademanes de un hombre frenético. Debió sin duda con

vencerle con su feroz elocuencia, pues bajando el ministro á la calle, mandó él mismo á la artillería romper el fuego.

Silbaba la metralla homicida; el mortífero plomo cruzóse en todas direcciones.

Los cristales de las lujosas tiendas y de los balcones inmediatos crujian y saltaban rotos al estampido del cañon; y este bélico estruendo se confundia con los ayes de las víctimas..... Aún deplora la patria entre ellas al brigadier don Felipe Zamora!.... Allí perdió su brazo derecho el bizarro capitan don Luis Palafox!.... Y el HOMBRE FUNESTO que no supo contener los asesinatos del 17 de julio de 1834, seguia á la cabeza del gobierno.

Contemplaba fray Patricio estos desastres, y en su rostro de demonio veíase esculpido el infernal placer que hacia latir su corazon de tigre.

No parecia sino que se tratase de reducir á escombros la capital de la monarquía, cuando hubiera podido vencerse á los sublevados con solo tenerles acorralados en la Casa de Correos, en donde debian carecer en breve de todo linaje de recursos.

Aquellas autoridades que tanta energía ostentaban desplegar ¡qué vergüenza! ¡qué baldon! despues de haber puesto en la mayor alarma y conflicto á todo el vecindario, suspendieron de repente sus hostiles arranques, y haciéndoles desconfiar del éxito las pocas simpatías que habian sabido grangearse en el país, imploraron cobardemente á S. M. la reina gobernadora el perdon ámplio, completo, general, de los amotinados. Otorgóle en efecto la reina madre, y don Cayetano Cardero ¡cosa inaudita! con sus quinientos setenta hombres salió de la Casa de Correos, y con el general Solá á la cabeza desfilaron por las calles de la Montera y Fuencarral á tambor batiente y bandera desplegada recibiendo los honores de la tropa y milicia que permanecian formadas en los mismos puntos.

Cayó Llauder; pero el HOMBRE FUNESTO continuó á la cabeza del gabinete, autorizando mil absurdos, entre los cuales

descolló el famoso tratado de Elliot, que con visos de humanitario y benéfico tan vilmente mancillaba el decoro nacional. El escaso talento del autor del Estatuto acrecentó los males de la patria, en términos que el ejército carlista adquirió preponderancia sobre las tropas liberales. El HOMBRE FUNESTO hubo de comprender por fin su ineptitud para el gobierno, y depuso la cartera; pero para mayor desgracia fué á parar el 13 de junio en manos del célebre Toreno.

CAPITULO XI.

¡Abajo el ministerio!

Durante los siete años de lucha fratricida entre liberales y carlistas, jamás la causa de la civilizacion habíase visto en el inminente peligro á que los malos gobernantes la habian conducido, como en el mes de agosto de 1835.

Mientras las provincias se insurreccionaban todas contra el despótico, orgulloso ó inepto ministerio que presidia Toreno; mientras la nacion se alzaba contra el Estatuto Real; mientras la justa indignacion de los pueblos y la terquedad del poder daban cima á escándalos inauditos; en una palabra, mientras la espantosa anarquía reinaba entre los liberales, los carlistas, hábilmente auxiliados por la poderosa sociedad del *Angel esterminador* envalentonábanse con sus triunfos. Las

facciones del Principado, las de Aragon y Valencia, particularmente las de los cabecillas Carnicer, Quilez, el Serrador, y sobre todo la del feroz Cabrera, invadian á su placer montes, valles y poblaciones, sin ver nunca los ejércitos de Isabel II.

Y no se crea que la faccion se redujese como en un principio á hordas de salvajes, no. Eran tropas aguerridas, uniformadas, llenas de entusiasmo, constantes, valientes y sufridas, porque el sufrimiento, el valor y la constancia jamás abandonan al soldado español, cualquiera que sea la causa que defienda.

Estas tropas tenian poderosos auxiliares en todas partes, desde el villorrio mas infeliz hasta la capital de la monarquía. En Madrid estaba el foco de todas las maquinaciones carlistas; en las Córtes, en las dependencias del gobierno, en las oficinas de las autoridades, en el ministerio, y hasta en Palacio mismo tenia agentes activos y vigilantes la sociedad del *Angel esterminador*.

Esta sociedad, que representaba al partido absolutista y clerical de toda Europa, recibia inmensos recursos de todas partes, é instrucciones directas de Roma. El esterminio de los que no pensasen como ella era el emblema de sus indivíduos, y los mas de ellos, sin embargo, honrábanse con el título de ministros del Salvador, como si el Divino Salvador, todo bondad y mansedumbre, ordenase la desolacion y la matanza.

Esta sociedad era dirigida por un jefe de travesura, audacia y talento. Este jefe era fray Patricio, cuya posicion en Madrid habia variado por los medios que se esplicarán mas adelante.

Jesuíticamente montada esta asociacion de hombres ambiciosos y sagaces, tenia grandes ramificaciones, como hemos insinuado ya, y la mayor parte de los indivíduos habian aprendido en los conventos á ser embusteros, hipócritas y egoistas, y á saber amoldarse á toda clase de condiciones.

Los que por su desgracia hayan tenido que tratar con frailes, saben muy bien hasta qué punto llega la habilidad de

ciertos hombres para embaucar á los demás con sus modestos ademanes, con su melífluo acento, humildad fascinadora y fingida práctica de todo linaje de virtudes.

La sociedad del *Angel esterminador* no admitia como socios mas que á entes hábiles en esta escuela; pero recibia como auxiliares, ó por mejor decir, instrumentos de sus disposiciones, á toda clase de personas por criminales que fuesen.

El *Angel esterminador* ejercia en consecuencia, aunque ocultamente, poderoso dominio sobre el partido liberal. Agitaba las pasiones, encendia odios, fomentaba desórdenes, y en las mismas juntas de los verdaderos patriotas resonaba siempre alguna voz díscola que proponia medidas de perdicion. Esta voz era el eco del *Angel esterminador.*

Era el 15 de agosto, dia de la Asuncion de Nuestra Señora.

Aquella tarde debia haber estallado una conspiracion contra el ministerio Toreno, que aunque aparecia en sentido liberal, habia sido fraguada en el club de los esterminadores. Figuraban en ella patriotas esclarecidos, llevados de buena fé por su amor á la libertad del pueblo.

El objeto de la tenebrosa reunion de sacerdotes verdugos era que los liberales empezaran á degollarse entre ellos, y cuando la sangre corriera por las calles de Madrid, completar la obra, es decir, el esterminio de cuantos no fueran sus afiliados, lanzando á la lucha sus feroces auxiliares.

Los milicianos urbanos que estuvieron de piquete en la plaza de los Toros debieron de haber dado el grito de *¡abajo el ministerio!* y aunque allí no se atrevieron, retirárense concluida la funcion á su cuartel, victoreando la Constitucion del año 12.

Inmenso gentío seguíales entusiasmado.

Era el anochecer.

El cuartel de los urbanos estaba en la plaza Mayor. Las dos compañías permanecieron formadas, alegando que no romperian filas ínterin no fuese depuesto el ministerio y satisfecho el general clamor de la nacion.

Aquí creció el entusiasmo de todo punto. Disparáronse varios tiros al aire, y el vecindario entero de Madrid se conmovió. Los tambores de la milicia urbana recorrieron las calles, aumentando la alarma con el toque de generala. En breve se vió la plaza Mayor, no solo llena de milicianos, sino de toda

clase de gente armada. Cinco batallones de milicianos llegaron á formarse.

Construyéronse barricadas en las bocacalles de la plaza Mayor, que estaba iluminada, pusiéronse avanzadas centinelas, y se borró la inscripcion de *Plaza real.*

Agolpóse el pueblo madrileño á las inmediaciones de la plaza; pero los mismos pronunciados destacaron patrullas para mantener el órden y alejar á las masas que se mostraban inte-

resadas en el triunfo de los insurrectos, que se entregaron aquella noche al mas ardiente entusiasmo, lisonjeándose de que el éxito coronaria sus esperanzas.

Amaneció el 16, y apareció en la *Gaceta* una alocucion de la milicia urbana al pueblo y guarnicion de Madrid, manifestándole que su levantamiento era el eco glorioso de la nacion entera; que no se trataba mas que de derribar un ministerio criminal que conducia el trono á un precipicio; un ministerio que alentaba á los enemigos de la libertad, y con su orgullo, sus actos arbitrarios y desacertadas disposiciones, sumergia á la patria en el caos de la anarquía. Protestaba sobre todo su amor al órden y su respeto á Isabel II.

La guarnicion de Madrid, que habia permanecido formada en el Prado en fuerzas imponentes con el general Quesada á su cabeza, hizo movimiento en la tarde del 16, y fué aproximándose á la plaza Mayor la infantería y artillería. Colocáronse varias piezas en disposicion hostil, y á media noche empezaron los milicianos urbanos á retirarse á sus casas, despues de varias intimaciones del general Quesada en que se daba á entender que el voto de la nacion no seria despreciado.

Al amanecer del 17, la plaza Mayor fué pacíficamente ocupada por la tropa de la guarnicion.

No era este el resultado que esperaban los *esterminadores.*

Mientras en la plaza Mayor se victoreaba á la libertad y á la union de sus defensores, una turba de sacerdotes homicidas fraguaba en las tinieblas planes de sangre y desolacion.

En la calle del Divino Pastor, la sociedad del *Angel esterminador* hallábase reunida. Conduciremos á ella á nuestros lectores, para que se convenzan del espíritu de asesinato que dominaba á los defensores de *Cárlos V*, particularmente á ciertos religiosos sacrílegos, que en vez de predicar la paz, la reconciliacion, la mansedumbre que recomienda el Evangelio, holgábanse en agitar la tea de la discordia y aguzar impíos el fratricida puñal.

CAPITULO XII.

Los esterminadores.

Un salon largo y angosto, de bastante capacidad, estaba rodeado de hombres enmascarados, vestidos de negro á la manera de los nazarenos que van en las procesiones de Semana Santa. Sentados en un prolongado banco, permanecian silenciosos, con las manos cruzadas y la vista fija en el suelo. Llevaban todos ellos una medalla de plata cincelada, en la que se veia un ángel con una espada en la mano, el pié sobre un dragon, y una inscripcion en latin que decia: *¡Omnes qui sicut nos non cogant, exterminentur!* ¡ESTERMINEMOS Á LOS QUE NO PIENSAN COMO NOSOTROS! Esta medalla colgába-

les del cuello por medio de una cinta verde. En un cinturon del mismo color veíase cruzar un rosario y un puñal.

Veíase en el fondo del salon una mesa entapizada de negro, en la cual habia un crucifijo de plata, el libro de los Santos Evangelios, tintero, varios papeles, y dos candeleros con velas verdes, que iluminaban opacamente aquel siniestro recinto. Detrás de la mesa, y de frente á los concurrentes, una figura obesa, repantigada en enorme sillon forrado de badana verde, ocupaba la presidencia. Otras dos ejercian las incumbencias de secretarios. Uno de estos indivíduos escribia aceleradamente, sin distraerse jamás. El otro, puesto en pié, leia con voz bronca, melancólica y pausada, lo siguiente:

«*Defendamos el absolutismo de los reyes, porque dirigiendo nosotros sus conciencias, aparentando que propendemos únicamente á la mayor gloria de Dios, nosotros seremos los señores de la tierra.*»

«*Halaguemos los vicios y pasiones de los príncipes, disimulemos sus crímenes; ellos buscarán nuestros consejos. Será conducente advertirles que siendo el repartimiento de honores y dignidades en la república un acto de justicia, ofende en gran manera á Dios el príncipe que no consulta á su director espiritual, porque es fácil que se deje llevar de ruines pasiones.*»

«*Todo hermano de esta sociedad protestará con severidad y frecuencia no querer mezclarse en la administracion del Estado; pero que por llenar la mision de benéfico consejero, se ve á pesar suyo en el caso de espresar lo que siente en beneficio de la humanidad.*»

«*Entonces dará una idea de las virtudes de que deben hallarse adornados los escogidos para las dignidades y principales cargos públicos, procurando recomendar á los amigos de la sociedad ó á las personas dominadas por ella.*»

«*Los confesores y predicadores afiliados en esta sociedad se enterarán minuciosamente de las personas hábiles para el desempeño de cualquier cargo.*»

«*Debe aparentarse amor á todo el mundo, sin escluir á los enemigos de la sociedad; pero con maña y prudencia se escitarán continuamente las masas al esterminio de cuantos no piensen como nosotros.*»

«*Es lícito á los individuos de la sociedad mezclarse en cualquiera lucha personal contra nuestros contrarios; pero en este caso, si el hermano es religioso, deberá disfrazarse en términos que no comprometa las máximas de mansedumbre que el pueblo debe creer en todo sacerdote.*»

«*El hermano que por su propia mano clave el puñal en el corazon de uno de nuestros enemigos sin comprometer nuestra causa, merecerá bien del ANGEL ESTERMINADOR, porque destruir á los malvados es un mérito para con Dios.*»

«*Los confesores tendrán siempre presente que se deben comportar amable y cariñosamente con los penitentes, imbuyéndoles máximas saludables en oposicion de la moderna filosofía.*»

«*Procurarán enterarse, por medio de la confesion de los débiles de espíritu, de todo cuanto pasa en lo interior de las familias, poniendo mucho cuidado en no dirigir ciertas preguntas sino á los ánimos apocados, á los niños inespertos, ó á las amilanadas viejas.*»

«*El pálpito y el confesonario son las armas más poderosas para combatir los principios liberales.*»

«*Es preciso combatirles con vigor si se quiere salvar la Iglesia.*»

«*Es mas fácil dominar á los reyes que á los pueblos.*»

«*Procuremos, pues, que los reyes triunfen, y seremos los soberanos del orbe, porque los pueblos serán esclavos de los reyes y los reyes esclavos nuestros.*»

«*Aparentemos pobreza y amontonemos tesoros, porque las riquezas en nuestras manos realzan la religion, y en las de nuestros contrarios fomentan los vicios.*»

«*Finjamos humildad para humillar al universo.*»

Aquí llegaba la lectura de las máximas de aquella reunion de asesinos, cuya inmensa mayoría componíase de *ministros del altar*, cuando el sordo sonido de una hosca campana anunció la llegada de un emisario.

Abrióse una puertecilla frontera á la presidencia, y se presentó un nuevo personaje negro, sin más diferencia de los que estaban presentes que el llevar en su diestra un puñal desenvainado y un papel en la izquierda, que despues de hacer una profunda reverencia, dejó encima de la mesa, y se fué pausadamente por la misma puerta.

—Hermanos,—dijo el que estaba en medio del triunvirato que presidia aquella infernal reunion,—suspéndese la lectura de nuestras instrucciones para daros cuenta del parte de nuestro emisario.

Sentóse el que habia leido las instrucciones de la sociedad, y levantándose el otro secretario, leyó el parte en cuestion, concebido en estos términos:

«¡Viva la religion! ¡viva Cárlos V! Son las dos de la madrugada.»

«Los sucesos de la plaza Mayor han terminado por desgracia demasiado pacíficamente. Las tropas se disponen á entrar en ella sin oposicion, porque se ha retirado ya la milicia urbana. Es lástima que no se haya empezado el combate, por-

que nuestros auxiliares están muy valientes, merced al vino y aguardiente que están bebiendo á pote en la taberna del *tio Gazpacho*. Están aguardando órdenes, deseando lanzarse al degüello de los herejes, y proclamar la religion y á Cárlos V, su adorado soberano. El Angel esterminador nos ilumine.»

Prolongado murmullo en diversos sentidos acogió la lectura de este documento, hasta que poniéndose uno de los concurrentes en pié, hizo una respetuosa reverencia.

Este era el signo de pedir la palabra.

El del medio del triunvirato dirigió una pausada cruz con la mano derecha, á guisa de bendicion, al hermano que permanecia aún profundamente inclinado.

Era el permiso para que hablase, en cuya consecuencia el esterminador que se habia levantado esclamó:

—Yo creo, hermanos mios, que debe aprovecharse el entusiasmo de nuestros auxiliares; pues aunque ya el éxito no es tan seguro como si se hubiese empeñado una lucha sangrienta entre los liberales, nada arriesgamos nosotros.

Un rumor de general aprobacion dispensó al orador de apoyar con razones su dictámen. Solo añadió:

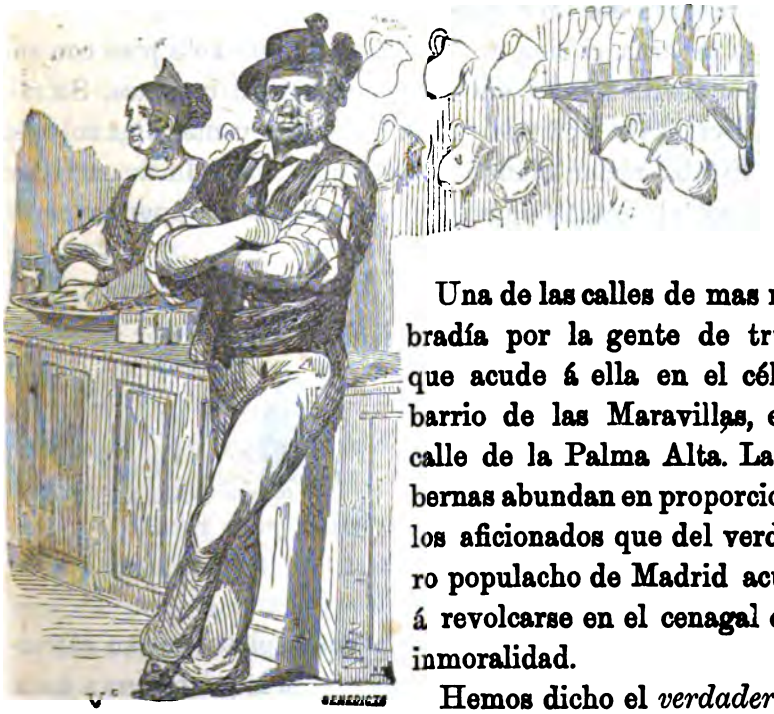
—Noto con placer, hermanos mios, que no tengo necesidad de pronunciar un largo discurso, porque á todos os veo sedientos de la sangre de nuestros enemigos.

—¡Sí! ¡sí!—esclamaron todos los religiosos esterminadores, agitándose en movimientos convulsivos que destellaban el encono de su corazon de tigre.

Diéronse en consecuencia órdenes atroces de incendio, robo, violacion y matanza, que fueron trasmitidas á una taberna de la calle de la Palma Alta, y disolvióse el sanguinario club del *Angel esterminador*, yéndose cada uno de sus individuos á ocultar su cobardía en su casa, esperando poder salir en breve de ella para saborearse sin peligro en el triunfo de los asesinos.

CAPITULO XIII.

Los defensores de la religion.



Una de las calles de mas nombradía por la gente de trueno que acude á ella en el célebre barrio de las Maravillas, es la calle de la Palma Alta. Las tabernas abundan en proporcion de los aficionados que del verdadero populacho de Madrid acuden á revolcarse en el cenagal de la inmoralidad.

Hemos dicho el *verdadero populacho*, porque nosotros no confundiremos nunca á las clases pobres del pueblo, á las masas laboriosas, á los jornaleros honrados, á los artesanos virtuosos, con la hez de esas turbas soe-

ces y repuguantes, hijas de la holganza, de la prostitucion y del crímen.

Abundan por desgracia en Madrid, como en todas las capitales populosas de los países mas civilizados, entes salvajes, cuyas bárbaras y depravadas costumbres horrorizan. Esta asquerosa sociedad suele componerse de mozalvetes rateros, mozuelas pervertidas, barateros, viejas inmorales, tahures, mujeres adúlteras, rufianes, presidiarios, desertores, ladrones, asesinos y malhechores, que no debieran existir donde tanto oro cuesta la policía civil.

Entre los desiguales casuchos de la calle de la Palma Alta, cuyas ennegrecidas paredes vénse agujereadas por balconcillos rotos y ventanas informes, en cuyas carcomidas vidrieras por milagro se nota un vidrio entero, descollaba por su aparente aseo la taberna del *tio Gazpacho.*

Esta taberna, si bien no tenia mas que un solo piso con su correspondiente sótano, era de una capacidad inmensa. Su fachada presentaba una puerta cuadrada con ventanillas colaterales. Estaba recien blanqueada, y como dos palmos en rededor del portal pintada de amarillo. Encima de la puerta veíanse las inscripciones siguientes: [1]

Distinguíase desde la calle la primera pieza con su correspondiente aparador á la derecha, y á la izquierda una mesa

[1] Estas inscripciones desatinadas abundan en Madrid por indolencia de la autoridad; pues nada más fácil que nombrar una comision para corregir semejantes barbaridades, que hacen concebir una pobre idea de nuestra civilizacion.

de pino, encima de la cual campeaban varios platos simétricamente colocados con algunos comestibles, como bacalao frito, huevos duros, buñuelos, chuletas asadas y chorizos, intercalados con pimientos, cebollas, pepinos y tomates, descollando entre estos imánes del Valdepeñas algunas sardinas que por lo requemadas de la sal parecian doradas á fuego.

En el espacio que mediaba entre la mesa y el aparador habia una puertecilla adornada con un pabellon de percal limpio y blanco como la nieve, sujetó á tres clavos romanos. Esta puerta conducia á un salon de bastante capacidad, en el que habia seis mesas simétricamente colocadas con bancos alrededor.

Otra puertecilla en el fondo daba á un pasillo que tenia á derecha é izquierda varios dormitorios, y remataba en unos escalones que conducian á un vastísimo sótano, donde el *tio Gazpacho* tenia escelentes vinos.

El *tio Gazpacho* era un hombre atroz, de unos cincuenta años, muy amigo de frailes y curas, y habia sido sargento de realistas en los tiempos de Calomarde. Era hombre corpulento, estremadamente moreno, ojos espresivos, pelo canoso, mucha patilla y aire y acento andaluz que habia adquirido en Sevilla, donde se enriqueció en su juventud ejerciendo la profesion de baratero. Llevaba su sombrero calañés, pantalon blanco, camisa de color á cuadros, faja encarnada y chaqueta sobre el hombro. Era sin embargo hijo de Madrid, y hacia veinte años que estaba casado con la señora Damiana, mujer de unos cuarenta años, bien parecida aún, y se conocia que habria sido una rozagante moza. Todavía presumia con su zagalejo corto, mantilla de ancha tira de terciopelo echada á la espalda, peineta terciada y cesto de trenzas.

Este digno matrimonio no habia tenido sucesion.

La mujer servia á los parroquianos de arriba, y el marido se entendia con los del sótano; porque es preciso ya decir que esta era una madriguera de carlistas auxiliares del *Angel esterminador*.

El *tio Gazpacho* habia recibido órdenes superiores para reunir un buen número de sus dignos parroquianos y prodigar el vino y aguardiente entre la asquerosa turba de que hemos hablado al principio de este capítulo, hasta encender en ella un santo y fervoroso entusiasmo en pró de la religion y de Cárlos V.

Este objeto iba lográndose maravillosamente.

Figúrese el lector en aquel inmenso, lóbrego y abovedado subterráneo, una multitud de indómitos salvajes avezados á todo linaje de escesos, entregarse sin freno á la embriaguez.

Lo mas repugnante era ver entre aquellos bárbaros á infinitas manolas, con su cigarro en la boca y el vaso en la mano, animar aquella escena de corrupcion.

Cuatro candiles colgados de sus correspondientes clavos en las paredes, iluminaban las distintas mesas en que se hallaban los convidados repartidos.

—Hoy me he de bebel la sangre de los negros,—decia *Juana la Esgalichaa* poniendo en jarro el brazo izquierdo y alzando la mano derecha con un vaso de vino,—lo mesmito que cuela por mi gaznate este jarabe de Valdepeñas.

—Pus yo, Juanilla,—esclamó la Bernarda,—no me he de quedar en zaga, porque tengo mucho rincol á esos malditos hereges, y quisiera verlos á toos asaos como esta chuleta que me engullo.

—No hay cudiao,—añadió la *tia Espinilla*, vieja tan contrahecha como descocada y feroz;—dende que esos flamasones degollaron á los pobres frailes como si fueran marranos, les tengo unas ganas que me parece voy á hacer hoy morcillas con sus mondongos.

La *tia Espinilla* fingia olvidar que tambien ella y sus amigos figuraron en los asesinatos y profanacion de los templos.

La aparicion de un nuevo personaje llamó en este momento la atencion de los concurrentes.

Era un personaje siniestro, de una facha repugnante.

Llevaba en la cabeza un viejo sombrero redondo, puesto

encima de un pañuelo de color, anudado por detrás, dejando caer dos largas puntas sobre la espalda. El ceño de este hombre era horrible. Un cigarro de papel estremadamente abultado que pendia de su boca, arrojaba una nube de humo que velaba ligeramente su encarnado rostro aterrador. El blanco de sus grandes ojos contrastaba con sus negras pupilas y pobladas cejas, que casi se juntaban. La patilla se redondeaba en cada estremo de la boca. Una sonrisa infernal dejaba ver sus dientes ennegrecidos por el humo del tabaco.

Presentóse embozado en una capa parda. Desembozóse de repente, y tirando á un rincon la capa, su desaliño interior ofrecia un aspecto aún mas espantoso.

Quedóse en mangas de camisa; pero esta camisa estaba sucia, asquerosa, llena de manchas de sangre..... lo mismo que el pantalon, sujeto al hombro por un solo tirante, si puede darse este nombre á un pedazo de orillo de paño. Este hombre siniestro llevaba en la mano una tremenda cuchilla, que tiró encima de la capa. Al desembozarse, reconocieron todos en él á *Curro el Desalmao*, célebre carnicero, el mas temible entre los matones de Lavapiés, y le saludaron con espantosa gritería de cordial afecto.

—¡Aguardiente al *tio Curro!*....—gritó la Bernarda.

—¡Que beba y que cante!—añadió la *tia Espinilla.*

—¡Sí! ¡sí! ¡que cante!—gritaron todos.

—Primero venga esta limonaa,—dijo *Curro el Desalmao* tomando un buen vaso de aguardiente,—que hace un calor sorbitante, y necesita el estógamo un refrigelio.

Apuró de una sola vez el vaso, sin hacer el menor gesto de repugnancia, sentóse en uno de los bancos, y le rodearon los demás concurrentes.

—¡Ahora, la quita-pesares!—esclamó.

—Aquí está esta, templaa por estas manos pecaoras,—dijo la Bernarda poniendo una guitarra en las del *tio Curro.*

—Templaa te quiero yo á tí, niña de mis ojos,—contestó con truhanería el *tio Curro.*

TAYLOR INST. OXFORD

Y despues de algunos preludios, quitó el fuego del cigarro, colocóse este detrás de la oreja, y haciendo mil visajes y picarescos movimientos, entonó con voz bronca y acatarrada la siguiente copla, verdaderamente de taberna:

Tengo una jembra..... ¡jinojo!
¡uy!.... qué jembra..... ¡cachirulo!
que cuando menea el ojo
yo no cé lo que me da.
¡Zanahoria!
¡ay!.... cuando me llama *nene*.....
entonse ci que me viene
zu grasejo á la memoria,
y me llego á encandilá.
¡Puñalá!
olá, olé,
olé, olá.....
¡Ay!.... yo no cé, yo no cé
lo que me da.

Una salva de palmadas, gritos y garrotazos en las mesas fueron la justa ovacion que aquella animada sociedad rindió al mérito del trovador.

—Ahora que nos cuente su historia,—dijo una voz de tiple.

—¡Que la cuente!—repitieron todos.

Y despues de cogerse con el índice y el pulgar de la mano derecha el labio inferior, en ademan de reunir datos en su memoria, esclamó el *tio Curro*:

—Pues señor, habeis de saber que yo he sido siempre muy travieso. A los seis años empecé á fumar, y á los once habia probado aquello tan dulce.....

Las risotadas de la multitud dieron á conocer que la *modesta* reticencia del carnicero habia sido entendida.

—Caséme á los diez y seis—continuó el *tio Curro*—con la muchacha mas linda del barrio. ¡Qué chica tan divertida y tan guapa! No habia en Madrid quien bailase el fandango como ella, ni quien repicase con tanta sandunga las castañuelas. Pero..... ¡lo que son las cosas!.... Cuando está de Dios que uno

ha de hacer fortuna..... Pues señor, es el caso que habiéndome yo hecho monaguillo porque no sabia oficio ninguno, llenóse luego mi casa de entes de sotana.

—¡Probecillos!— esclamó la *tia Espinilla.*

Y el *tio Curro* continuó:

—Uno habia entre estos siervos de Dios muy listo. ¿Querreis creer que le atrapé un dia *freganti* con mi mujer?

—¡Probecillo!—repitió la *tia Espinilla,* mientras los demás celebraban este paso de la historia del carnicero con solemnes risotadas.

—Yo, ¡ya se ve! como todos aquellos buenos religiosos que rondaban á mi mujer me traian rico chocolate y otros regalejos, decia para mi sayo: los verdaderos zanguangos son ellos, que no yo, que triunfo sin necesidad de trabajar. Porque habeis de saber que á los pocos dias, en lugar de ir á encender cirios y ayudar misas, me venia á gastarme en la taberna los buenos pesos que ganaba mi amada esposa. Tuvimos por fin *entre todos* una hija, que fué haciéndose tan buena moza como su madre, y esta hija es la que ha completado mi fortuna.

—¿Cómo así?—preguntó uno de los concurrentes.

—La vendí hace pocos años por un talego á otro colaborador matrimoniál.....—prosiguió el *tio Curro;*—á un jóven franciscano que camelaba tambien á mi mujer, y fué causa de que *Capagallos,* movido de celos, la metiera una mojaa que la mandó á la eternidad *peronia in séculis.* Yo quedé viudo y rico, me metí á carnicero, y me va tan grandemente como veis. Conque ¡ea!—añadió levantándose,—si hay aquí alguna real moza que quiera un buen marido, que levante el dedo.

—¡Yo! ¡yo! ¡yo!—gritaron todas las mujeres.

Volvió á reinar la mas estrepitosa confusion.

—No puedo casarme con todas á la vez, hijas de mi vida,—gritó el *tio Curro;*—pero si quereis seguir un turno riguroso, aquí está todo un hombre de potencia.

—¡A la salud de la potencia del *tio Curro!*—gritó *Juana la Esgalichaa.*

Y tocando con su vaso otro que tenia en la mano el carnicero, apuró un trago de vino.

—¡Este cirio no arde!—esclamó *Mendrugo* enseñando una botella vacía.—*Tio Gazpacho*,—añadió con voz chillona,—*tio Gaz..... paaa..... cho.. ..* miste que por acá no pasa un alma vi..... vivi..... eeente, y el hijo e mi madre se está muriendo de sed.

—¡Dad agua á ese bárbaro!— gritó una voz burlona.—¡Que venga un aguaor!

—¿Quién ha icho esa blisfemia?—respondió *Mendrugo*.—¿Soy yo acaso rana? ¡Mueran los aguaores!

—¡Mueran!—repitieron entusiasmados todos los concurrentes.

—¡Vivan las tabernas, y las taberneras, y los taberneros, y los ta..... ta..... bernáa..... aculos!

—¡Vivan!

—¡Bien! ¡bien!—prorumpió toda la sociedad.

Y mientras permanecian abrazados los dos personajes de ambos sexos, otra prolongada esplosion de palmadas, gritos y golpes descompasados era una muestra inequívoca de general aprobacion en aquella asamblea de defensores del altar y el trono.

—¡Muera la libertad!—gritó uno, oportunamente á buen seguro en semejante pocilga de embriaguez, de escándalo y de licencia.

—¡Muera!—respondieron los demás.

—¡Mueran los patriotas!

—¡Muera la independencia nacional!

—¡Muera la patria!

—¡Viva el aguardiente!

—¡Vivan los frailes!

—¡Viva la religion!

—¡Viva!

Eran las tres de la madrugada del 17 de agosto de 1835. El *tio Gazpacho* habia ya recibido las convenientes instrucciones del *Angel esterminador*, y notando que estaba en sazon el entusiasmo de su gente, ostentando una botella en cada mano, esclamó:

—¡Ea! ¡camaraas! ¡zonzoniche! menoz palique y maz meneo. Vamoz á limpiá er gaznate pa echá er último blindiz.

Esto diciendo, llenó de aguardiente cuantos vasos se le presentaron, y despues de una breve pausa añadió:

—¿Eztaiz ya en dizpocision de no ejar títere con cabesa?

—¡Sí!—gritaron todos como energúmenos.

—¡Mu bien! ¡Ea, puez ahora un blindiz á Cárloz V, otro á la religion..... y al avío! En un zantiamen ce degüella á toiticoz loz liberalez, y aquí paz y dempuez gloria.

Y dando desaforados alaridos, salieron de la taberna aque-

llos cafres desalmados, y se lanzaron iracundos á la calle, abriendo sus descomunales navajas y haciendo ostentacion de sus garrotes.

No bien llegaron á la esquina de la del Dos de Mayo y San Vicente Alta, presentóseles ocasion de hacer una de sus insignes proezas.

Un pobre tambor de la milicia urbana, un inocente niño de muy corta edad, que se aproximó á la turba movido de su curiosidad, fué acometido por aquellos asesinos, y las mujeres, madres algunas de ellas, fueron las que mas se encarnizaron en la candorosa víctima, pues no contentas con verle cadáver, holgábanse en descargar enormes piedras sobre el cráneo del infeliz.

La *tia Espinilla* llevó su frenesí hasta el estremo de lavarse las manos con aquella sangre inocente. [1]

Al grito de *¡viva la religion!* dirigíanse los amotinados á las casas de los milicianos urbanos para saciar su apetito de sangre y de venganza, lanzando horrible gritería, cuando se arrojaron sobre ellos el teniente coronel mayor del segundo regimiento de la guardia, el capitan don Fermin Aguado, un ayudante, un comisario y algunas fuerzas de urbanos y salvaguardias.

Aquella turba de furiosos asesinos fué completamente dispersada.

Aproximáronse los urbanos á recoger el cadáver del pobre tambor.

[1] Este hecho histórico, este asesinato horrible, del cual hacian alarde sus abominables autores, se cometió, como queda espresado, el 17 de agosto de 1835, y no se castigó hasta el año 1838. De esta morosidad en el ejercicio de la justicia hemos visto adolecer generalmente á los tribunales de España. No abogamos nosotros por la utilidad de la pena capital, que en nuestra opinion debiera abolirse, y á su tiempo y sazon nos esplicaremos sobre el particular; pero es incontestable que cuando no se aplica oportunamente el castigo al delincuente, no produce el saludable efecto que se desea. Reproduciremos mas estensamente esta idea en el curso de nuestra historia, porque la falta de justicia á tiempo merece toda la severidad de la censura.

De repente oyóse un grito penetrante. Un granadero lanzó su fusil, y se precipitó desesperado sobre el cadáver, inundándole de lágrimas y de besos. Este granadero era Anselmo *el Arrojado!*.... El infeliz tambor..... era su hijo!!!

A las diez de la mañana estaba ya restablecido el órden en Madrid.

. . . . . .

El 14 de setiembre de 1835 cayó el ministerio Toreno y le reemplazó el de Mendizabal, cuyo programa fué acogido por la nacion con ardiente entusiasmo.

La nacion no queria el Estatuto Real, torpe y servil incienso tributado al trono en mengua de la soberanía popular; y convencido el gobierno de la insuficiencia de aquel código mezquino, convocó los estamentos de próceres y procuradores del reino para el próximo 16 de noviembre, á fin de que establecieran el sistema electoral para reunir inmediatamente Córtes constituyentes que consignasen en leyes sábias y por medio de reformas en armonía con las exigencias del pueblo, sus derechos, su soberanía, su independencia y libertad.

CAPITULO XIV.

Ilusiones, oropeles, nada.

A mediados de noviembre de 1835, la situacion política de España presentábase lisonjera y consoladora. Los ejércitos de Isabel II habian obtenido grandes triunfos en los campos del honor, que reanimaron el bélico entusiasmo entre sus filas é hicieron renacer la confianza del pueblo liberal. Protegióse momentáneamente la sábia institucion de la milicia ciudadana bajo el título de *Guardia nacional.* Diéronse mayores ensanches á la libertad de imprenta, y aunque habia vuelto á reconcentrarse todo en los estrechos límites del Estatuto Real, la creencia de que las próximas Córtes iban á consolidar la libertad española sobre leyes arregladas á las exigencias del siglo, acalló el grito unánime que contra aquel insuficiente sistema de gobierno habia resonado por todos los ángulos de la monarquía.

Frisaba en tan elevada altura la confianza que inspiraba el nuevo gobierno, que todo el mundo, desde la reina Gobernadora hasta el mas infeliz empleado, desde el acaudalado capitalista hasta el menesteroso jornalero, apresuróse á contribuir con generosos y espontáneos donativos al sosten de tan hala-

güeña situacion, porque jamás el pueblo habia sido fascinado por tan lisonjeras esperanzas.

Llegó el dia 16 bajo estos venturosos auspicios, y abriéronse con pomposa é imponente solemnidad las Córtes generales del reino.

El salon del palacio de los representantes del pueblo estaba magnífico. Las varias filas de bancos cubiertos de terciopelo carmesí colocados en forma circular, veíanse ocupadas por los señores próceres y procuradores del reino, en cuyos trajes brillaba deslumbradora diversidad de uniformes cubiertos de bordados de oro, bandas, placas y cruces, que alternaban con el vestido negro de los paisanos y hasta con el modesto uniforme de soldado de la guardia nacional, pues habiendo hecho alarde algun señor diputado de honrar con él tan solemne ceremonia, sus charreteras de estambre descollaban en términos que parecian eclipsar el brillo de todos aquellos oropeles, hijos de palaciega vanidad. Vistosísimas colgaduras de preciosas sedas azul celeste y damascos carmesíes, riquísimas alfombras que cubrian el marmóreo pavimento, y profusion de adornos que embellecian las doradas paredes y robustas columnas del suntuoso edificio, completaban la lujosa magnificencia del salon.

Este edificio, derribado posteriormente, porque amenazaba ruina, habíase erigido junto al solar en que estuvo el convento de Santa Catalina, que daba nombre á la plazuela que lleva hoy el de Cervantes por la soberbia estátua que se ostenta en su centro, de cuyo notable monumento daremos una sucinta relacion á nuestros lectores.

Sobre un elevado pedestal dirigido por Velazquez, cuyos relieves son obra del acreditado escultor don José Piquer, que representan á la diosa de la Locura guiando á don Quijote y su escudero, y la aventura de los leones, campea la imágen del justamente famoso escritor español. Esta obra maestra, cuyo modelo verificó en Roma el aventajado escultor catalan don Antonio Solá, fué fundida en bronce por los célebres artistas prusianos Hopsgarten y Jollage.

Grandes elogios prodigaron en Roma al artista español, y para gloria de nuestra patria declaró Betti, secretario perpétuo de la insigne y pontifical academia romana de San Lucas, *que esta estátua es una de las mejores que se han hecho en este siglo.* Examinando minuciosamente todas sus perfecciones, merecieron particular encomio la actitud de mudar el paso con cierto aire marcial que recuerda las maneras españolas del siglo XI, y la feliz idea de cubrir la mano izquierda por un pliegue del ropaje para ocultar su imperfeccion á causa de una herida que recibió Cervantes en la batalla de Lepanto. Este monumento es uno de los pocos buenos recuerdos que nos dejó Fernando VII poco antes de morir, entre los infinitos males que su despótico reinado causó á la España.

. . . . . .

Era la una de la tarde. El estampido del cañon confundíase con el lejano clamoreo de las masas del pueblo que victoreaban á la reina madre doña María Cristina.

No tardó en presentarse en el palacio de los representantes del país.

Cristina estaba entonces en la flor de su juventud. Apareciése hermosa y radiante, rodeada de prestigio y majestad, acompañada del lucido séquito real, del cual formaban parte el infante don Francisco y su esposa doña Luisa Carlota.

Prolongado y general clamor de *¡Viva Cristina!* resonó por todos los ángulos del anchuroso edificio.

Este entusiasmo era sincero, nacia del corazon, era hijo de la dulce esperanza que alimentaba el pueblo de ver en breve el término de todos sus males. Comtemplaba en aquella solemnidad el venturoso anuncio de un porvenir risueño. Embriagábase de ilusiones tan dulces como falaces, y sentia anticipadamente la felicidad que esperaba de los nuevos gobernantes. Cuando el entusiasmo popular rinde al poder ovaciones de amor, los gobernantes no tienen mas que realizar las esperanzas del pueblo para cumplir esos deberes que parecen de inmensa latitud; pero ¡ay del gobierno que no sabe entu-

hay enfrente de ella otra estátua tambien marmórea de Cárlos III, y dos leones en el tramo en que se divide la escalera en dos paralelas que conducen al salon de guardias.

Mas de treinta espaciosos salones, además de la magnífica capilla y riquísima biblioteca, vastos aposentos, no solo para todas las personas de la real familia y sus servidores, secretarías y familias de todos los empleados de la casa real, sino tambien para todo linaje de oficios, constituyen el interior de este vastísimo alcázar. Renunciamos, pues, á la minuciosa descripcion de tan suntuoso edificio, en cuyo recinto se encierran cuantos caprichos puede inventar la adulacion para halagar el orgullo de los reyes. Obras maestras de los pintores mas famosos desde la mas remota antigüedad hasta nuestros tiempos, primorosos relojes, espejos de asombrosa estension, profusion de cristalinas arañas, muebles costosos, riquísimas colgaduras y otros elegantes adornos, donde, entre el mármol, el estuco y porcelana, brillan la plata, el oro y primorosas joyas sembradas de corales, rubíes, zafiros, esmeraldas, topacios y diamantes que constituyen una riqueza inmensa.

A este recinto, que el servil orgullo de los magnates ha tratado de divinizar, se arrastran como asquerosos reptiles los despreciables ESCLAVOS que se llaman SEÑORES, y cometen todo linaje de bajezas y de crímenes para obtener una leve sonrisa de su soberano! Allí los títulos..... los grandes de España..... los que se llaman *escelencias*..... pasan horas enteras de planton en las antesalas, recibiendo recados cual miserables porteros, y ejerciendo los degradantes oficios de un vil lacayo. ¡Grandes de España! Un pundonoroso artesano es mas GRANDE que vosotros. ¡Cuánta miseria en medio de la ostentacion! Huyamos, pues, de esta atmósfera pestilente de lujo, abundancia y vanidad, de tiranía y corrupcion, para visitar la pobre morada del jornalero Anselmo, donde reinan la indigencia, el hambre y la virtud.

CAPITULO XV.

La despedida.

Un año y ocho meses habíanse deslizado desde el fatal momento en que la virtuosa cuanto infortunada María, lacerado el corazon con la vista de su amante ensangrentado, retrocedió estremecida al hogar paterno, y hallóle invadido por el *cólera-morbo*, muertos dos de sus hermanos y casi agonizando la ciega Luisa, su buena madre.

Afortunadamente, en medio de tantas desgracias, salvóse esta buena mujer, ya ciega é inútil como su digno esposo, cuya herida habíase enteramente cicatrizado, aunque dejándole el brazo derecho resentido de agudo dolor siempre que amagaba la atmósfera con algun temporal.

La familia de Anselmo *el Arrojado* hallábase reducida á los dos fieles esposos, la interesante María y tres hermanitos. Los otros habian muerto del cólera, menos el segundo, que fué asesinado por los carlistas el 17 de agosto de 1835. El mayor de estos se llamaba Manuel; rayaba ya en la edad de doce años. Era bueno como sus padres, despejado y travieso; y sin apoyo ni recomendacion de nadie, habíase proporcionado colocacion en una imprenta, donde ejercia el oficio de cajista, que le proporcionaba cuatro reales diarios, y los llevaba á su casa, orgulloso ya de ser el consuelo de sus padres y hermanos. Aquellos cuatro reales sufragaban para todos los gastos de la casa.

Al contemplar Anselmo la bella presencia de María y sus encantadoras gracias juveniles, no podia contener una lágrima de desconsuelo, reflexionando que aquella hermosa niña, en la

flor de su edad y con tantos hechizos, malograba su juventud encerrada en aquel pobre recinto.

María no habia podido olvidar la memoria del jóven rubio. Besaba continuamente el medallon que contenia su retrato, única prenda que mitigaba su vehemente padecer.

Mil veces la desconsolada vírgen habia concebido la idea de presentarse en la Fontana de Oro y reclamar su canario..... aquella candorosa avecilla que habia sido en otro tiempo su fiel compañera..... aquel tierno pajarillo cuya asombrosa inteligencia mitigaba los sinsabores que ocasionaban á María sus desgracias. Esta jóven hubiera tenido una dulce distraccion en medio de sus padecimientos; pero ¿cómo probar que el canario era suyo? ¿Hubiéranla creido solo por su dicho, tratándose de una avecilla de tanto mérito? María vacilaba entre la desconfianza y el ardiente deseo de volver á poseer aquella prenda que tenia, además de los atractivos ya espresados, el bello aliciente de haber sido regalo de su querido padre. En pos de mil acerbas luchas habíase decidido á reclamar su canario al dueño de la Fontana de Oro; pero ¿con qué derecho podia la infeliz efectuarlo? Además, una idea aterradora la contuvo cuando en un momento de exaltacion dirigia ya sus pasos á la morada de su malogrado amante. Allí debia vivir, en su concepto, el execrable fray Patricio, puesto que habia sido uno de los testigos de aquel funesto lance; y María huia de este hombre, cual huye la inocente oveja del lobo devorador. Abandonó, pues, enteramente semejante idea, y lloraba la pérdida de su canario como la muerte de don Luis de Mendoza, de cuyo acontecimiento nada habia osado decir á sus padres.

Creyendo Anselmo que la acerba melancolía de María provenia de la falta de sociedad, que suele ser el mas bello elemento de vida de una linda jóven, le dirigió la palabra cariñosamente en estos términos:

—Hija mia: bien sabes tú cuál seria mi felicidad si lograse verte en un estado cómodo, aunque humilde, que te proporcionase á lo menos, ya que no esos adornos de lujo que una

jóven hermosa como tú no necesita, algun traje modesto mas digno de tus gracias que esos pobres vestidos que te cubren. Tampoco ignoras que tanto tu madre como yo sentimos el mas dulce placer en tenerte á nuestro lado; pero tu tristeza aumenta nuestros sinsabores, y es imposible, hija mia, que jamás puedas estar alegre presenciando este espantoso cuadro de la indigencia. Tal vez, María, te seria fácil encontrar una casa donde colocarte en clase de doncella..... Mucho repugna á mis

sentimientos el ver á mis hijos en el servil oficio de sirvientes; pero, hija mia, yo fio mucho en tus virtudes y me lisonjeo que en cualquiera casa donde lograses entrar, te amarian luego como yo te amo..... Como yo te amo, no..... he dicho un disparate..... porque yo te amo con frenesí, hija mia; pero te amarian mucho, y lejos de tratarte como á una sirvienta, te mirarian en breve seguramente como hija. Nosotros tenemos lo suficiente para no morirnos de hambre con lo que gana tu

hermanito, porque ya ves, nuestro tiempo ha pasado ya..... estos guiñapos que nos cubren nos acompañarán al sepulcro, sin que turbe nuestro sosiego el deseo de vestir lujosamente. Teniendo un colchon donde tendernos, una manta con que abrigarnos y algunas legumbres para saciar el hambre, estamos contentos. Créeme, hija mia, para colmar nuestra ambicion solo falta que seas tú feliz.

—¿Y quién le ha dicho á usted, padre mio, que no lo soy?

—Tu tristeza, María; y esa tristeza es muy natural.

—La idea sola de separarme de ustedes..... de abandonarles en tan deplorable situacion, me horroriza.

—Eso no es abandonarnos, María, ni es nuestra situacion tan deplorable como todo eso. Además, tú, á nuestro lado, ¿puedes aliviar nuestras urgencias?

—Puedo cuidar á ustedes en sus enfermedades.

—Y dime: si, como es muy fácil, encontraras una buena casa y te diesen un salario regular, yo creo que no dejarias de socorrernos con alguna parte de él..... ¿no es verdad, María?

—¡Oh! ¡sí, sí, padre mio! Todo seria para ustedes.

Al decir esto, los rasgados y negros ojos de la graciosa morena arrojaron destellos de halagüeña esperanza, y como si la asaltara repentinamente alguna idea de ventura, sonrióse por primera vez despues de largo tiempo de profunda tristeza.

—Sí, padre mio, tiene usted razon,—esclamó con ademan resuelto.—¡Yo estaba loca!..... Aquí de nada sirvo..... Sumida en una melancolía espantosa que debe ser un acerbo martirio para cuantos me rodean, soy un mueble inútil, una carga pesada para ustedes. Mi hermanito Manuel, tierno niño aún, me está señalando con su ejemplo mi deber. En medio de las privaciones que nos rodean, él se contempla feliz! El inocente niño ha sabido proporcionarse una colocacion decente. Empezó por ganar un real diario; bien pronto fueron dos, y últimamente se le ha aumentado el jornal á cuatro reales, con esperanzas de ver en breve doblada esta cantidad. El otro dia no pude menos de darle un estrecho abrazo cuando le oí hablar

de su aplicacion y de sus deseos. ¿Se acuerda usted, padre mio? Con qué orgullo, con que entusiasmo dijo: "Padres, hermana, ya gano cuatro reales diarios; el señor regente de la imprenta está muy contento de mí, me quiere mucho, y me ha manifestado que en breve se me aumentaria aún mas el jornal. Tengo unos deseos de aprender mucho y de ganar mucho, porque, la verdad, no hay placer comparable al de proporcionar el bienestar de nuestros padres."

—Es verdad, María, es verdad,—esclamó Anselmo enternecido.—¡Oh! Manuel, mi querido Manuel, va á ser en breve todo un hombre de provecho.

—Pues bien, padre, él me ha trazado la senda que debo seguir. Usted tiene razon..... iré de puerta en puerta..... pondréme á servir en la primera casa donde se me admita, y Dios hará lo demás. Si no vuelvo antes de anochecer, será prueba de que tengo colocacion.

Poseida María del ardiente entusiasmo que habia encendido en ella el amor filial, besó cariñosamente la mano de su padre y se dirigió á su cuarto. Encerróse en él, no ya para verter copioso llanto ante la adorada imágen del jóven rubio, sino para hacer sus preparativos de marcha.

Todo el equipaje de María reducíase á dos camisas bastante viejas, dos pares de medias de algodon llenas de zurcidos, dos pañuelitos, uno de seda de la India con fondo encarnado y flores amarillas, y otro de una tela ordinaria á cuadros que se ponia en el cuello. Tenia además otros dos pañuelos de color para la mano. No tenia más que un par de zapatos, y en bastante mal estado. Dos vestidos de percal, uno muy oscuro y otro de color de mahon con listas moradas, y una mantilla bastante deteriorada, completaban las galas de aquella virtuosa criatura, que á pesar de la escasez de su ropa presentábase siempre bien compuesta y limpia.

Embebida en la idea de que iba á mejorar con el fruto de su trabajo la suerte de su familia, recobraron sus facciones cierta animacion singular. Su corazon habia dado treguas al do-

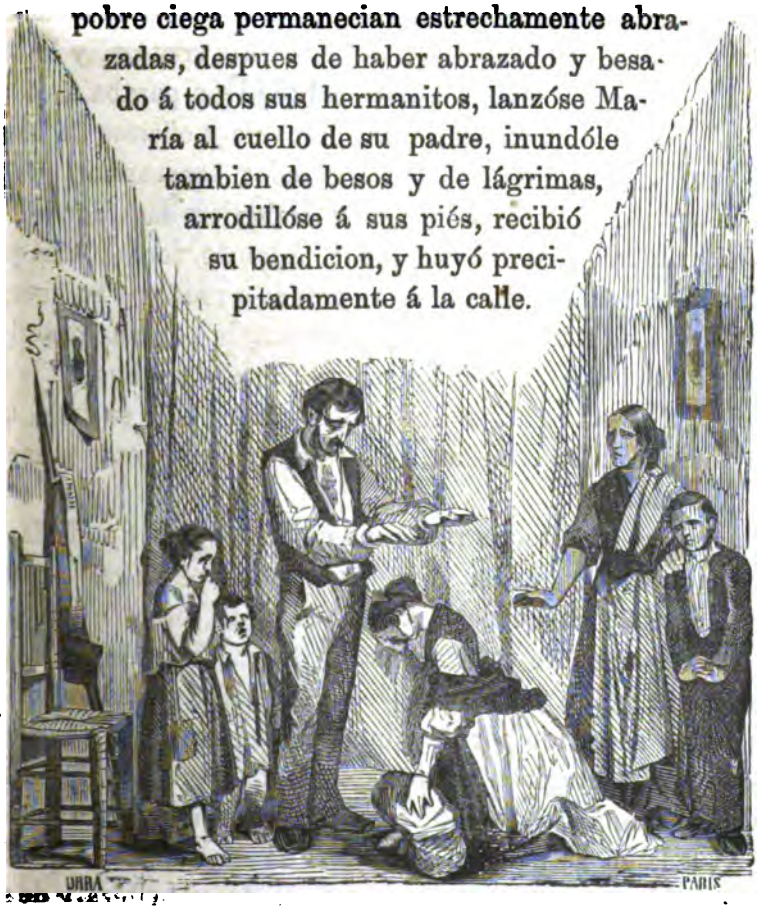
lor, y tuvo el humor suficiente para acicalarse con esmero con todo lo mejorcillo de su modesto equipaje, sin olvidar el retrato de su malogrado amante, que llevaba siempre oculto al lado del corazon, pendiente del cuello por medio de un cordoncito negro. Cuando salió María de su cuarto, toda la familia del jornalero hallábase reunida, porque Manuel acababa de salir de la imprenta para volver al trabajo despues de hora y media de descanso que se concedia á todos los cajistas para ir á su casa á comer. Anselmo habia ya participado á la ciega Luisa la resolucion que María acababa de tomar, y ambos esposos se alegraban de esta ocurrencia que hacia tiempo anhelaban, no por desprenderse de una hija cariñosa á quien amaban con delirio, sino porque les afligia su incesante tristeza, y la atribuian á la vida miserable que la pobre jóven pasaba á la flor de su juventud. El carácter dulce, amable y oficioso de María hacíales concebir por otra parte grandes esperanzas, que rayaban casi en seguridad, de que en cualquiera casa donde fuese admitida la amarian desde luego. Además, tenia María prevision, talento despejado, y estas prendas, unidas á su energía varonil y á su nunca desmentida virtud, la ponian al abrigo, en el concepto de sus buenos padres, de ser víctima de la seduccion, á pesar de los encantos de su rostro y de su talle, que una vez puesta en sociedad, no podria dejar de tener numerosos admiradores.

Esta era otra de las razones que los padres de María tenian para desear que su hija abandonase el hogar paterno, donde oculta y desconocida hubiérase visto condenada á presenciar eternamente y formar parte del cuadro desolador que una familia pobre y numerosa ofrece; cuadro horrible que en vez de ser socorrido por las almas generosas, ahuyenta á guisa de feroz contagio á los poderosos, que prefieren prodigar el oro en sus orgías á emplearlo en socorro de los desvalidos.

Aislada en su pobreza la familia de María, era imposible que esta jóven hallase un partido digno de su belleza y de sus virtudes, cuando colocada en la sociedad, aunque en puesto

humilde, podia ser probable que ya que no contrajese un enlace brillante, encontrase á lo menos algun artesano honrado que aspirase á ser su esposo y pudiese proporcionarla con su trabajo un porvenir tranquilo y feliz cual sus virtudes merecian. Pero á pesar de que todas estas circunstancias hacian que la despedida de María, lejos de ser considerada como un infortunio, fuese preludio de lisonjeras esperanzas, el momento de la separacion fué acerbamente doloroso.

Es imposible describir el magnífico grupo de aquella virtuosa familia. Despues de un largo rato de silencio, interrumpido por los sollozos de todos, mientras María y su madre la pobre ciega permanecian estrechamente abrazadas, despues de haber abrazado y besado á todos sus hermanitos, lanzóse María al cuello de su padre, inundóle tambien de besos y de lágrimas, arrodillóse á sus piés, recibió su bendicion, y huyó precipitadamente á la calle.



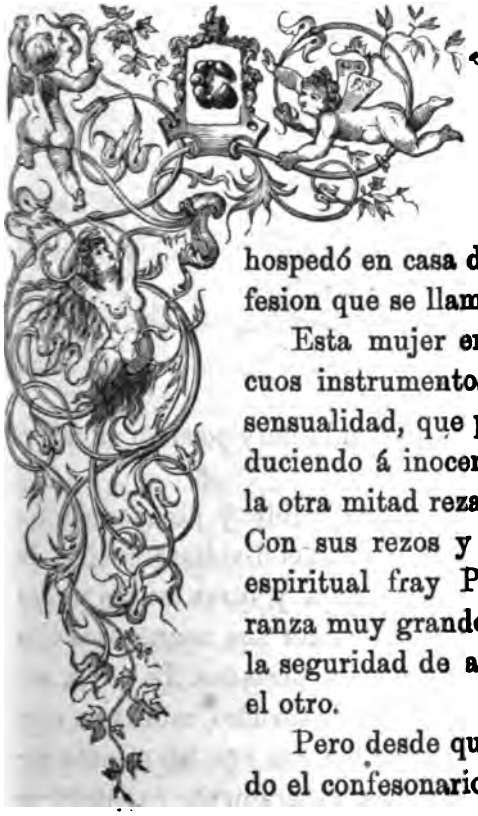
FIN DE LA PRIMERA PARTE.

PARTE SEGUNDA.

EL GRAN MUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

La correspondencia.



Con motivo de la ocurrencia del desafío entre don Luis de Mendoza y el francés de las barbas, abandonó fray Patricio la Fontana de Oro y se hospedó en casa de una de sus hijas de confesion que se llamaba la tia Esperanza.

Esta mujer era una de esas viejas, inícuos instrumentos de la desmoralizacion y sensualidad, que pasan la mitad del dia seduciendo á inocentes y candorosas niñas, y la otra mitad rezando en el templo de Dios. Con sus rezos y la absolucion de su padre espiritual fray Patricio, vivia la tia Esperanza muy grandemente en este mundo, con la seguridad de alcanzar la gloria eterna en el otro.

Pero desde que fray Patricio habia dejado el confesonario y los hábitos, convirtién-

dose en *don* Patricio, la tia Esperanza era no solo su ama de gobierno, sino su confidente hasta de los más íntimos secretos de su corazon. Así es que esta maldita vieja estaba enterada de la vida y milagros de aquel santo varon; pero hacia muy pocos dias que sabia los deseos del fraile respecto de la hija del jornalero. Habíale confiado fray Patricio este secreto, porque esperaba que lo que no habia sabido él alcanzar por sí mismo, podria acaso lograrlo por la acreditada astucia de la vieja, que tenia un talento privilegiado para pervertir doncellas; y eso que

el aspecto de la tia Esperanza prevenia muy poco en su favor. Ensayémonos en hacer su retrato.

El rostro de la tia esperanza era pálido y demacrado. Su pelo rojo con algunos mechones de canas dividíase encima de su arrugada frente. Tres ó cuatro canas y otras tantas cerdas rojas formaban las cejas que entoldaban sus asquerosos ojos verdes, ribeteados de encarnado y sin pestañas. La nariz, sumamente abultada á guisa de cabeza de carnero, estaba en continuo roce con su barba, que remataba con una berruguita peluda que parecia un pincel. Su boca, enteramente exhausta de

muelas y dientes, estaba acentuada por un bigote canoso que podrian envidiar algunos veteranos. Su voz era acatarrada y temblona. Tenia corto cuello, pero le sobraba en cambio una joroba regular, ladeada hácia el hombro derecho. A escepcion de este promontorio, todo su cuerpo era igual; por manera que el vestido de estameña negra que llevaba, tanto en invierno como en verano, caia perpendicularmente, á pesar de la correa que le ceñia por donde las demás mujeres tienen la cintura. Un manton, tambien de estameña negra, servíale de mantilla, y cuando iba por las calles se cubria el rostro de tal modo, que solo descubria su descomunal nariz, cuya palidez contrastaba con la oscuridad de su traje.

La casa de la tia Esperanza, habitacion de fray Patricio, estaba situada en la Concepcion Gerónima.

Fray Patricio ocupaba un cuarto decentemente amueblado, con su correspondiente alcoba y gabinete, que tenia muy buenas luces.

En este gabinete, cuyo balcon daba á la misma calle de la Concepcion Gerónima, tenia fray Patricio su mesa de despacho, porque se habia convertido en hombre de grandes negocios.

Este buen siervo de Dios hacia lo que hacen infinidad de personas en Madrid que pasan por muy honradas.

Prestaba dinero al *módico* interés de cincuenta por ciento, debiéndole dejar en garantía cualquier alhaja que ascendiese á la cantidad convenida, fijando un plazo, vencido el cual sin que se le aprontase aquella suma, quedaba dueño de la alhaja.

Con esta escandalosa usura y las grandes cantidades que recibia de la córte de don Cárlos para trabajar secretamente en favor de su causa, fray Patricio se habia hecho millonario, y tenia bastante tino y prevision para acertar algunas jugadas de bolsa.

Tenia además este seráfico padre un establecimiento de público recreo en la Red de San Luis, servido únicamente por agraciadas y elegantes jóvenes, y no eran por cierto pocos los

incautos que caian en la tal red. Allí, entre otras diversiones *inocentes*, jugábanse toda suerte de juegos prohibidos.

El lucro que fray Patricio sacaba de este establecimiento era de una importancia inmensa.

El reloj de San Isidro acababa de dar las tres de la tarde.

El mes de marzo de 1836 espiraba. El dia era hermoso y apacible.

Era el mismo dia en que habia abandonado María el hogar paterno.

Sentóse fray Patricio en un sillon que habia junto á la mesa de despacho, tomó un polvo, cogió luego la pluma y escribió lo siguiente:

†

"Amigo Tristany: Le doy el parabien, y conmigo todos los amantes de la religion y de su caudillo nuestro soberano y señor don Cárlos V (Q. D. G.), por el nuevo triunfo obtenido junto á Esparraguera, habiendo sido heróicamente degolladas por nuestros valientes defensores del altar y el trono dos compañías de hereges compuestas de tropas cristinas y milicianos. Esto, y el rasgo sublime de los defensores del santuario del Hort, que á las intimaciones del fracmason Mina han sabido responder fusilando á los prisioneros y arrojando sus cadáveres sangrientos á los piés de aquel general judío, ha llenado de terror pánico á todos los liberales de por acá. El mismo efecto habrá causado en todas partes, cuando tan graves desórdenes ha habido en Barcelona. La sangre de nuestro héroe de Olot [1] pide venganza. Ánimo, y no cejar en la senda empezada. Ninguna compasion merecen los que profanan

[1] O'Donnell, jefe de los carlistas, que cayó prisionero en Olot y habia sido trasladado á la ciudadela de Barcelona desde Figueras, fué víctima del desenfreno de las turbas del pueblo catalan, que al saber las atrocidades de los facciosos, invadieron las cárceles, y con bárbara algazara asesinaron á todos los presos carlistas.

los templos y asesinan bárbaramente á los ministros de Dios.»

«Los liberales andan atortolados y no se entienden; todos quieren ser ministros para robar. La desunion es grande..... yo y mis amigos sabemos fomentarla..... no nos descuidamos..... de todo se saca partido.»

«Los milagros de sor Patrocinio han producido resultados escelentes [1]. La niña hacia su papel á las mil maravillas!.... No es por adularme, pero ya sabe usted que era discípula mia..... Yo la induje á que por medio de cierto cáustico se ulcerase el cútis de los piés, y con otros untos irritantes sostuviese las llagas para lograr nuestro objeto. Como la monjita era jóven y bien parecida, interesaban sus dulces palabras, y sus pronósticos eran creidos como el Evangelio por ciertas gentes. Tan buenos efectos lograba la causa de nuestro amado soberano don Cárlos con este virtuoso engaño, hecho en benefi-

[1] EL PANORAMA ESPAÑOL, CRÓNICA CONTEMPORÁNEA, en la página 78 del tomo tercero refiere este acontecimiento histórico, que por su ridiculez parece fabuloso, del modo siguiente:

«Tiempo hacia que se hallaba en la capital del reino una monja de franciscas de la calle del Caballero de Gracia, llamada sor Patrocinio, la cual tenia unas llagas abiertas por milagro que nada alcanzaba á curar, resistiéndose á todos los remedios con ciertas palabras misteriosas que salian de la carne lastimada, segun el decir del vulgo. Contábanse además de esta monja varios milagros, conversaciones y vuelos con los demonios, y otros absurdos, hijos de la credulidad y supersticion, teniendo los que esto creian en olor de santa á la monja francisca. Ni el gobierno ni la gente sensata hicieron nunca caso de ella, ni de sus llagas, ni de sus milagros, hasta que la echó de profetisa y empezó á meterse en la política, vaticinando triunfos á los carlistas, que hacian grande impresion entre los partidarios del Pretendiente. Ni aun con esto hubiera dado el gobierno paso alguno, á no haberse ocupado el *Diario de Roma* de los vaticinios de esta santa, y el haberse añadido que entre los congregados de Tœplitz se presentaron sandalias y trapos impregnados del humor que las llagas vertian. Habiendo llegado á tal altura el negocio, el gobierno nombró una comision de facultativos, compuesta de los señores Seoane, Argumosa y Gonzalez, los cuales, con el juez de primera instancia don Modesto de Cortasar y un piquete de nacionales, se trasladaron al convento de franciscas para examinar las llagas.»

«Poco tuvieron que hacer para penetrarse de que eran las tales llagas una superchería de la monja, la cual, por sí ó por consejos de algun fautor de milagros, se aplicaba cierto cáustico con que se ulceraba la piel, y luego sostenia con untos

cio de la religion, que los milagros de sor Patrocinio alarmaron al gobierno, y una comision de facultativos pasó de su órden al convento de franciscas, y despues de haber examinado las úlceras de nuestra *santa*, las calificó de supercherías; en cuya virtud se trasladó á la pobre monja á una casa particular bajo la vigilancia y curacion de un tal Argumosa, médico afamado.»

«Por esta relacion verá que aquí no nos dormimos en las pajas, que todos los resortes se tocan, todos los medios se emplean; y esto, unido á la desunion, desaciertos y ambiciones de los liberales, nos dará en breve el triunfo.»

«Mi posicion es ventajosísima; frecuento las mas altas sociedades, los primeros personajes de la córte, inclusos los ministros, me dispensan su amistad. Tengo á Mendizabal embaucado, y contribuyo á que cometa mil desaciertos. Su pro-

irritantes las úlceras, como se practica con los fontículos ó fuentes que se abren por remedio. En virtud de esta declaracion, la monja quedó sujeta, trasladándola en coche y con recato á una casa particular, á la vigilancia y curacion que dirigió el señor Argumosa. Las llagas se curaron muy pronto, sin haber pronunciado la menor protesta contra la medicacion. Esta monja habia cumplido 24 años, y era de muy buen parecer. Hija de una familia liberal arruinada en 1824, se vió precisada á servir, y empezó en casa de un capellan de guardias. Luego sirvió en el convento de monjas Comendadoras de Santiago (calle de Alcalá), donde empezó á distinguirse por su aficion á las prácticas religiosas, y tal fué ya su vocacion, que manifestó deseos de profesar. La humilde comunidad con todo, á pesar de las buenas disposiciones de la aspirante, se encontró con un obstáculo invencible para admitirla; Patrocinio era plebeya, y para consagrarse al Señor en las Comendadoras de Santiago debia ser de alta alcurnia. Viéndose la devota sirvienta burlada en sus esperanzas, dirigió sus miradas á los conventos democráticos, y supliendo la falta de fondos un devoto director de rentas que franqueó 14,000 reales, fué recibida en las franciscas del Caballero de Gracia á la edad de diez y seis años. En este nuevo asilo se acrecentó su elevacion ascética; se hizo grande devota de Nuestra Señora del Olvido, cuyo culto á sus instancias fué mas activo y celoso, comunicándose la devocion á las demás religiosas y sus relacionados. Tanto fué al fin su celo y entusiasmo religioso, que acabó por estar en éxtasis continuo y hacer milagros, segun el vulgo decia. Sus hermanas la tenian en olor de santa; mas descubierta su superchería, nadie se acordó ya ni hizo caso de la monja sor Patrocinio, á escepcion de algunos pocos fanáticos.»

grama, que con tanto entusiasmo fué recibido, está ya desacreditado. De nada le servirá el voto de confianza que le han dado las Córtes..... el desaliento se ha introducido en los ánimos de los liberales.»

«Ya sabrá mejor que yo las ocurrencias de Barcelona, y las deportaciones hechas con la fragata *Artemisa* de varias personas á Canarias.»

«Es preciso fomentar estas deportaciones, tan crueles como arbitrarias. Así se destruyen mútuamente los partidos *moderado* y *exaltado*, y desacreditan su causa.»

«E ntodas partes hay síntomas de agitacion. Las Córtes.....»

Al llegar aquí, la pluma de fray Patricio iba muy mal.

Levantóse y aproximóse al balcon para cortarla..... en el momento en que pasaba María por la acera de enfrente. Vióla fray Patricio, y fuése apresuradamente á tirar de un cordon que habia en su gabinete.

Sonó una campanilla, y presentóse inmediatamente la tia Esperanza.

—¿Señor?—dijo esta en voz humilde.

Asióla fray Patricio del brazo, la llevó al balcon, y señalando con el dedo á María, esclamó:

—¿Ve aquella jóven alta, morena?....

—¿La del vestido color de mahon?

—La misma. Es la jóven de quien la he hablado hace poco.

—Vamos, vamos, que no tiene usted mal gusto. ¿Y qué se ofrece?

—Es preciso que la siga, que la hable..... en fin, ¿para qué mas esplicaciones?

—Ya lo entiendo,—dijo la tia Esperanza sonriéndose.—¿Quiere usted que la hable..... que la tantee..... que la catequice..... que la haga entrar en razon?....

—Corriendo, hermana,—dijo con impaciencia fray Patricio,—no sea cosa que se aleje demasiado y la perdamos de vista.

—No hay cuidado. ¿No ve usted qué pausadamente anda

la pobrecilla? ¡Parece un pichoncito perdido!.... Y me suelta usted contra ella como si fuera yo un gavilan de doncellas.....

—Vamos, vamos, por Dios, hermana Esperanza; no es ahora tiempo dè chanzonetas. Dése prisa.

—Allá voy, señor, allá voy.....

—A ver cómo luce esa travesura de ingenio.

—Seria el primer pez que no cayese en mis redes.

—Pues como logre ablandarla y hacer que corresponda á mi pasion, habrá un regalo estraordinario.

—Ya sabe usted que yo no hago estas cosas por interés, sino por bondad de corazon.

La tia Esperanza pronunció estas palabras con dulzura, cruzando una mirada de amistosa inteligencia con fray Patricio, y despues de ponerse el negro manton echóse apresuradamente á la calle en pos de la hija del jornalero, mientras fray Patricio concluia su carta al cabecilla Tristany.

CAPITULO II.

La Puerta del Sol.

Nada hay seguramente en Madrid tan famoso como la *Puerta del Sol.* La celebridad de esta plaza se ha hecho europea, y sin embargo es de las mas irregulares de Madrid; pero como está situada en su centro y desembocan en ella las calles principales, como son la Mayor, la de Preciados, la del Cármen, la de Carretas, Alcalá, Montera y Carrera de San Jerónimo, es tan numerosa la concurrencia, que las mas de las veces se transita por ella con dificultad.

En este sitio fabricóse por los años de 1520 un castillo que tenia por objeto defender á Madrid de las turbas de bandidos que infestaban sus cercanías. Encima de su puerta habia un sol pintado; pero desapareciendo despues este castillo con el aumento de la poblacion por aquella parte, quedó solo para recuerdo el nombre de *Puerta del Sol.*

Aunque esta plaza es irregular, como hemos dicho, la elevacion de las casas, el inmenso edificio de Correos, y sobre todo las brillantes vistas que ofrecen las hermosas y anchas bocacalles que la rodean, justifican su celebridad.

La *Puerta del Sol*, bullendo siempre de holgazanes de buen humor, de toda suerte de carruajes que se cruzan, de aguadores que clamorean, de ciegos que se desgañitan, de políticos que disputan, de cesantes que bostezan, de manolas que ron-

dan, y en fin, de toda clase de gentes de ambos sexos y de todas edades y condiciones que transitan, presenta el cuadro mas animado de Madrid.

Cuando María abandonó la casa paterna, iba por las calles sumergida en profundas meditaciones, sin direccion, sin plan,

hasta que llegó maquinalmente á la *Puerta del Sol*, donde el bullicio y general alegría de la multitud contrastaba acerbamente con el doloroso afan de aquella infeliz criatura.

Arrollada por una turba de curiosos que se agolpaban en derredor de unos ciegos, vióse María obligada á seguir la direccion de los demás, y quedó encerrada en el apiñado círculo que formaban.

Templó un ciego su violin, y á poco rato entonó á duo con su compañera de oscuridad, que tocaba la guitarra, las siguientes seguidillas, interrumpidas por los aplausos y risotadas de los oyentes, cuya mayoría se componia de mujeres andrajosas, soldados de rostro abrutado, aguadores y mozos de cordel.

La mujer que pretenda
salir de agobios,
es preciso que entienda
de cazar novios;
Que hay malandrines
que cortejan á todas
con malos fines.

—

«Yo soy como una malva,»
dice el que es ducho,
y agota luego en salva
todo el cartucho;
Pero el demonio
hace que huya á la idea
del matrimonio.

—

Una graciosa niña
de ojitos bellos
debe saber la viña
que tiene en ellos.
Con tales ojos
toda hermosura alcanza
ricos despojos.

—

Mire á los sacristanes
con dulce gesto,
pues no hay en sus afanes
nada indigesto;
Cada piropo
sabe á cosa bendita
como el hisopo.

Este canto, que escitaba la general hilaridad, acibaraba el tormento que sufria la desolada jóven. Logró por fin, no sin tener que emplear grandes esfuerzos, salir del recinto en que aquella turba de *dilettantis* la tenia encerrada, pero abrumada de tristes pensamientos, sin saber adónde dirigir sus pasos. En tan penosa incertidumbre observó que la puerta principal de la iglesia del Buen Suceso estaba abierta, y animada por cierta esperanza verdaderamente angelical, introdújose en el templo para dirigir á la Vírgen sus plegarias, á fin de que se dignase iluminarla en tan apurado trance.

Serian ya las cuatro de la tarde.

La iglesia de *Nuestra Señora del Buen Suceso* es de mezquina construccion, y nada absolutamente tiene de recomendable su decoracion artística; pero el sitio privilegiado que ocupa en la *Puerta del Sol* hále dado celebridad. Particularmente su fachada es raquítica y de mal gusto. En ella está colocado un reloj que es el que generalmente sirve de norma á los demás. Este reloj está alumbrado de noche.

El ejército invasor de Napoleon dejó el interior de este templo escesivamente mal tratado: despues se repararon los daños que en él habia hecho la perfidia y el espíritu de profanacion y de venganza; pero se le habilitó con estremada sencillez.

Dícese que la imágen de Nuestra Señora que se venera en el altar mayor fué hallada en un monte por dos hermanos de la congregacion de los Obregones.

Dejemos por un momento á María postrada ante esta veneranda imágen orando con fervor, para dar cuenta á nues-

tros lectores de un suceso, que aunque ajeno de esta historia, merece quedar consignado en ella, toda vez que algunos de los héroes españoles que figuraron en él fueron fusilados, unos en esta misma iglesia y otros en su patio.

. . . . . .

El 2 de Mayo de 1808 dió Madrid el grito de *¡independencia nacional, ó muerte!* y un puñado de valientes, á cuya cabeza se hallaban los capitanes don Pedro Velarde y don Luis Daoiz, osaron desafiar al aguerrido, numeroso y vencedor ejército francés, que bajo las órdenes de Murat ocupaba la capital de España.

Refugiados en el parque, armaron al pueblo con los fusiles de ochenta soldados franceses que rendidos á discrecion fueron encerrados en un patio, y colocaron algunas piezas enfilando la calle de San Pedro.

Presentáronse fuerzas francesas, y fueron ahuyentadas por una descarga de fusilería. Desde este momento el entusiasmo inflamó el pecho de todos los valientes madrileños; empeñóse la lucha por todas partes, y la sangre corrió á torrentes.

Una nueva columna francesa aproximóse al parque, y fué destrozada por el fuego de los cañones.

Entonces dirigióse contra él la primera division wesfaliana al mando del general La Grange. Empezóse un vivísimo fuego de artillería y fusilería, y en aquel momento fué cuando encontró Velarde su gloriosa muerte, recibiendo un balazo en el pecho á los veintiocho años de su edad.

Esta desgracia, la falta absoluta de municiones, el cansancio y la enorme superioridad de los franceses, obligaron á oir á un general francés que al frente de otra division hizo señal de parlamento.

Recibióle Daoiz, vióseles hablar algunos segundos, y repentinamente ponerse en guardia y batirse. En este acto precipitáronse contra nuestro valiente multitud de granaderos franceses, de los cuales se defendió solo con sin igual denuedo, hasta que cayó mortalmente herido.

Entonces los franceses, abusando de su triunfo, colmaron su venganza..... salpicaron todas las calles, paseos, y hasta los templos de Madrid, de sangre española, de esa sangre que solo circula por las venas de los héroes; de esa sangre de los Cides y Padillas, que ha sellado la honrosa verdad de que EN ESPAÑA SE MUERE CON VALOR, PERO NO SE SUFRE EL YUGO DE LOS ESTRANJEROS. Hasta en los templos de Dios, hemos dicho, llevaron la matanza nuestros enemigos, y en la iglesia y patio de *Nuestra Señora del Buen Suceso* fueron inhumana y cobardemente fusilados varios desgraciados madrileños, segun consta en la inscripcion que se puso al lado de la epístola.

El 2 de Mayo de 1808 fué un dia de luto para España; pero lo fué tambien de gloria y de heroismo.

. . . . . .

Postrada María ante la imágen de la Vírgen, seguia orando, cuando se le aproximó una vieja vestida de negro y la dijo:

—Hija mia, ese fervor con que te encomiendas á esa santa imágen me llena de alegría, porque..... la verdad..... en el dia son tan pocas las jóvenes que pisan estos santos lugares!.....

Estas palabras fueron pronunciadas con tanta amabilidad, que María no pudo menos de dirigir una mirada llena de dulzura á la vieja.

—Señora,—respondió la afligida jóven,—me veo en una situacion tan lamentable, que solo Dios ó su divina Madre pueden inspirarme alguna idea de consuelo. Esto es lo que estoy suplicando á esta inmaculada Vírgen.

—¿Y qué es, hija mia, lo que causa tu desasosiego?—preguntó la vieja.

—Señora,—respondió María,—me veo abandonada. He tenido que dejar la casa de mis padres á fin de no morirme de hambre con ellos, y quisiera hallar una colocacion en cualquiera casa, que me proporcionase mi subsistencia, y algo si pudiera ser para dar algun socorro á mi pobre familia.

—Pues has de saber, hija mia, que esta divina imágen ha oido ya tus plegarias.

—¿Cómo así, señora?—esclamó María.

—Porque yo sé una casa en donde esta misma noche te recibirán, y con tal de que sepas coser medianamente y tengas disposicion para aprender lo que allí se te enseñe, estarás como el pez en el agua, y podrás reunir algunos ahorrillos para socorrer á tus padres.

—¡Ah, señora!..... dice usted bien..... sin duda la Vírgen ha oido mis plegarias..... ¿Cuál es, señora, esa casa que dice usted?

—Casa de la marquesa de Turbias-aguas, en la Red de San Luis. A cualquiera que preguntes te dará razon.

Dicho esto, desapareció la vieja, que ya habrá adivinado el lector era la tia Esperanza.

María dió gracias á la Vírgen por aquella singular aventura, y aguardó á que anocheciese para ir á casa de la marquesa de Turbias-aguas.

CAPITULO III.

El palacio de la marquesa de Turbias-aguas.

Al dar comienzo á la descripcion de las costumbres sociales de eso que se llama EL GRAN MUNDO, con las ridiculeces de ciertas notabilidades llenas de presuncion, sin mas elementos de figurar que la depravacion y estravagancia de sus actos, no llevamos otra idea que poner en cotejo á esos entes corrompidos con la buena sociedad de Madrid, cuyas virtudes describiremos á su tiempo para vergüenza de los que siguen la senda de la inmoralidad.

Desde la tienda mas humilde hasta los marmóreos palacios de la elegante aristocracia de Madrid, nótase franqueza, amabilidad y esmerados modales en la mayoría de las gentes, que indican la cultura de que han tratado de despojar á los españoles ciertos estranjeros de ruin calaña; y si hay vicios en Madrid, si se cometen crímenes, distan mucho, tanto en su gravedad como en su número, de los que se perpetran en Lóndres, París y otras capitales, hallándonos sin embargo nosotros á merced de las revueltas políticas que tienen enconadas las pasiones.

Es preciso sin embargo confesar, aunque pese á los grandes señores, que hay mas ilustracion en las masas populares y trabajadoras que en las dos aristocracias que con ridículo empeño se disputan en la actualidad la primacía. Mientras admiramos las virtudes de los artesanos que no tienen otra ambicion que la de atender con su trabajo á las precisas urgencias de sus familias, y sacrifican su reposo y escasos recursos en las aras de la patria para verla libre de toda dominacion opresora, vemos con indignacion que una turba de miserables especuladores que han sabido aprovecharse de las públicas calamidades para atesorar riquezas, quieren probar que no hay mas positiva aristocracia que *la del oro*, y lanzan una mirada de desden á la aristocracia *de la sangre*. Esta por su parte defiende con teson la importancia de sus viejos pergaminos. En una y otra aristocracia descuellan los entes mas ridículos de la sociedad: creen los unos que el dinero les da derecho á figurar en los primeros puestos de la nacion y ensartar sandeces en la tribuna parlamentaria, y llevan los otros su imbecilidad hasta el estremo de suicidarse de hambre en la mesa para lucir asiático lujo en el coche, agobiados de trampas y de pleitos. Estos mentecatos llegan á figurarse que porque desprecian á la multitud, porque no saludan á los que nacieron en humilde cuna sin las riquezas que ellos despilfarran, han alcanzado tan elevada posicion en el mundo, que les debe el pueblo el mismo respeto y veneracion con que acata la efigie de la Divinidad; pero el pueblo, que ha compadecido hasta ahora la demencia de tan vanos como estúpidos personajes, va cansándose ya de los crímenes á que les conduce su orgullo, y acaso no está lejos de convertirse en ira y venganza el desprecio que á su vez ha prodigado hasta ahora al insomne delirio de los magnates opulentos que le oprimen para divinizarse. No tratamos de escitar el encono del pueblo contra ciertos monopolistas..... Nuestro objeto es advertir á estos ambiciosos el peligro que corren, para que moralicen sus costumbres, porque lo que ellos llaman *costumbres del buen tono*, son bacanales de asquerosas *orgías*; nom-

bre que han dado los palaciegos al espectáculo de sus indecentes crápulas.

Hablemos ya del orígen de una de esas casas donde se reunen los criminales de alta gerarquía, tipo de intrusas usanzas, que forman contraste con la proverbial gravedad y honradez españolas, con la finura y elegancia de muchos capitalistas probos y personas condecoradas con títulos de nobleza, cuyos bellos sentimientos pondremos en accion en la tercera parte de nuestra historia.

La conducta de los amos sirve generalmente de norte á los criados. Con frecuencia suelen verse, entre las familias honradas, á esos criados fieles, de una probidad á toda prueba, que mas por amor que por interés sirven con esmero y cariño á los que saben tratarles con la dignidad que toda humana criatura se merece. Pero cuando los que mandan, engreidos por su alta posicion en la sociedad, por su riqueza ó por una vanidad insensata, se erigen en señores para tratar como esclavos á sus sirvientes, lejos de granjearse gratitud y respeto, son el objeto de secretas murmuraciones, el blanco de la maledicencia y del escarnio entre las personas que se ven humilladas porque nacieron mas pobres.

De esta calaña eran los criados de la marquesa de Turbiasaguas.

Todas las tardes solian salir á paseo en coche la marquesa y su hija, y entonces era cuando el mayordomo Ambrosio y la camarera principal, llamada Inés, entre quienes mediaban relaciones mas que amistosas, mezclaban en sus amorosos coloquios los mas atrevidos sarcasmos contra la reputacion de sus dos amas.

Mientras el negro Tomás, mozo de cuadra de la marquesa, dormia como un liron, hé aquí la conversacion que tenian los dos criados de mas confianza de la casa, á la misma hora en que María oraba en la iglesia de *Nuestra Señora del Buen Suceso.*

—Te aseguro, mi querida Inés, que estoy harto ya de las

impertinencias de la vieja marquesa y de su hija,—dijo Ambrosio.

—¡Pues digo!—repuso Inés.—¿Qué dirias si tuvieses que aguantar las que yo sufro? Tener que llenar todos los dias de perifollos á esas dos tarascas!.... La vieja, sobre todo, me da mucho coraje. Con mas años que Matusalen..... y aquella carátula atroz que parece la luna llena con un pepino por nariz!.... Luego..... la buena señora, empeñada en tener buen cuerpo á pesar de su estremada gordura..... ¡Si vieras cómo suda cuando la aprieto el corsé!.... Cada gota es como un garbanzo.....

—Y que no olerá á esencia de rosas,—esclamó Ambrosio soltando una carcajada.

—Figúrate tú,—añadió Inés.—Además..... peina todos los dias su peluquita negra..... limpia su dentadura.....

—¿Cómo su dentadura? ¡Pues qué! ¿es efectivamente suya?

—¡Vaya si lo es! Como que yo la pagué de su dinero. Y venga el chal, y las flores, y los flecos, y..... ¡Malditas sean las viejas presumidas!

—Amen; y mas cuando están gordas. Las viejas de gran volúmen debieran ser arrojadas al mar, que es la mansion de los pulpos y de las ballenas.

—Dices bien; y sobre todo si son zalameras y vanidosas.

—¡Pues vive Dios, que tiene motivos para toda esa vanidad y orgullo! Mira,—añadió Ambrosio bajando la voz:—hay quien asegura que en su juventud iba con su botijo debajo del brazo vendiendo agua por los tendidos de la plaza de Toros.

—¡Si querrás tú contarme su historia..... á mí,—dijo Inés,—que la sé como el Padre nuestro! ¿A que no sabes tú á quién debe su título de marquesa?

—¿A quién?

—Al señor don Patricio.

—¿Ese señoron tan aficionado á las hijas de Adan?

—El mismo..... Él corrió las diligencias..... compró los pergaminos..... en una palabra, él la hizo noble. ¡Cuántos nobles habrá en Madrid por este estilo, no es verdad?

—¡Ya se ve que sí!.... En teniendo dinero..... todo se consigue. Ya ves tú..... cuántos condes y duques y grandes frecuentan esta casa..... Es una de las tertulias del buen tono de Madrid..... Aquí vienen una porcion de bellezas, que todas tienen su chichisbeo..... aquí se juega el oro con profusion; pero como el ama de la casa es marquesa y los que la visitan son del gran mundo..... la policía hace la vista gorda. Si un pobre entra en un garito á probar fortuna y me le atrapan los celadores, me lo mandan á Melilla con cajas destempladas; pero los marqueses tienen carta blanca para burlarse de la justicia..... Esto será seguramente de muy buen tono. La alta sociedad, amiga mia, está tan alta que no la alcanzan las leyes.

—Está visto,—dijo Inés,—que lo peor de este mundo es ser pobre.

—Por eso debemos aprovecharnos de la ocasion. No digo yo precisamente que robemos..... ¡Dios me libre!.... Además..... el robar con talento..... no es robar.

—¿Pues qué es?

—Conquistar.

—Conquistemos pues mucho, y luego que el fruto de nuestras conquistas pueda proporcionarnos un decente porvenir, nos casamos, y vivimos en santa paz y gracia de Dios; pues si las impertinencias de la vieja me tienen fastidiada, los melindres y fatuidad de su hija me aburren que es por demás. Verdad es que se casa por fin con el marqués de Casa-Cresta..... Dios los cria y ellos se juntan.

—¡Bah! ¡bah!.... conquistemos cuanto podamos..... y á la iglesia luego por la bendicion del cura, que tengo unos deseos de ser el dueño de mi casa..... y unas ganas de.....

—Calla esa lengua, bribon, que vas á decir un disparate,—esclamó Inés interrumpiendo á Ambrosio, en ademan de taparle la boca con la mano derecha.

—Tienes razon: las cosas se hacen y no se dicen,—repuso Ambrosio besando la mano de Inés, que en este momento llegaba á sus labios.

—¡Anda allá, buena alhaja!

Una campanilla que sonó á la puerta de la escalera interrumpió esta conversacion y el sueño del negro, que corrió á abrir azorado, figurándose que volvian de paseo las señoras.

—Ave María Purísima,—esclamó al entrar la tia Esperanza.

—Sin pecado concebida,—contestó Inés.

—¿Tanto bueno por acá?—dijo Ambrosio.

—Vengo del Buen Suceso,—respondió la tia Esperanza,—de hacer mis acostumbradas oraciones, y me he llegado hasta aquí con el deseo de ver á mi señora la marquesa.

—¡Siempre rezando!—dijo Inés.—Es usted una santa mujer.

—No, hija mia, no, soy muy pecadora,—esclamó la vieja con gazmoñería;—pero confio en la misericordia de Dios y en la intercesion de su Santísima Madre.

—La tia Esperanza pronunció estas palabras con acento enternecido, y sacando su tabacoso pañuelo de colores á cuadros, le llevó á los ojos en ademan de enjugarse las lágrimas.

—La verdad, tia Esperanza,—dijo maliciosamente Ambrosio:—¿á cuántos hombres ha engañado usted en su juventud?

—¡Uf!—respondió escandalizada la vieja hipócrita.—¡Dios me libre! Y para que veais el odio que me han inspirado siempre los hombres, os diré en breves palabras mi historia. Si aborrezco á los hombres, no es porque no hayan solicitado mi mano mas de cuatro; pero yo siempre he dado calabazas á todos. Siempre he tenido horror al pecado carnal. Apenas tenia doce años, un hijo de un boticario que vivia enfrente de mi casa empezó á decirme chicoleos. Yo ¡ya se ve! niña inocente que acababa de salir del cascaron, como quien dice, escuchaba con placer los requiebros del galopin, que tenia dos ó tres años mas de edad que yo. ¡Ya se ve! como los hombres han sido tan malos en todos tiempos, el mocito no se dormia en las pajas, y yo, tonta de mí, dejábame llevar como una ovejilla. Un santo confesor que me mostraba mucho afecto, y á quien revelé un dia nuestras picardigüelas, abrióme el ojo, y desde entonces..... ¡bendito sea el Señor!.... desde entonces he procurado siempre con mis rezos y oraciones conjurar las tentaciones del demonio; pero como este espíritu maligno está siempre en acecho para perder nuestras almas, se me presentó á los diez y seis años en forma de gallardo jóven. Su presencia encantadora, sus tiernos halagos, sus promesas de ser mi marido, sedujéronme en términos que concebí por él una pasion violenta. Hizo de mí cuanto quiso, Dios me perdone, y despues de haber satisfecho sus torpes deseos, me abandonó. Lloré meses enteros mis faltas, haciendo firme propósito de no volver á pecar, pasando, segun mi costumbre, la mayor parte del dia en la iglesia, hasta que un dia vino á enjugar

mis lágrimas un sargento de la guardia real, muy buen mozo, y sobre todo muy honrado. Este era todo un hombre de bien..... sus intenciones eran sanas..... muy temeroso de Dios..... como que ayunaba toda la Cuaresma. Nuestro matrimonio estaba aplazado para dos meses despues..... y..... ¡ya se ve! como somos de frágil barro..... cometimos cierto desliz..... que me ha costado despues muchos años de cilicios..... El infeliz murió en la célebre accion de Bailen sin haberme podido dar el nombre de esposa, dejándome, no obstante, un angelito que dos años despues falleció de sarampion. Rabioso siempre el demonio al ver mi constante devocion y mi amor á las cosas religiosas y santas, no se contentó con las pasadas tentativas, sino que en diferentes épocas se ha valido de todos los infernales medios de seduccion, presentándome multitud de espíritus malignos en forma encantadora de hombres; pero gracias á mis oraciones y á mi santo temor de Dios, he triunfado de todos, sin haber correspondido á cada uno mas que el tiempo necesario para conocer sus malas mañas. De este modo llegué á los cincuenta años, siempre rezando, siempre amante de la religion de nuestros padres y de los reverendos ministros del altar. Cansado el diablo por fin, ha dejado de perseguirme, y viendo yo que los hombres, ya desengañados, nada me decian, tomé el hábito para consagrarme enteramente á la vida contemplativa y penitente, hasta que el divino Salvador tenga á bien disponer de esta miserable pecadora.

—¡Lindamente, tia Esperanza!—esclamó Ambrosio sonriéndose con aire de truhan.—El resultado es que hasta los cincuenta abriles ha sido la vida de usted un tejido de amorosas travesuras; que ha tenido fruto de bendicion sin estar casada; que jamás ha estado sin alguno de esos hombres á quienes aborrece, y que se ha retirado usted del mundo y sus vanidades cuando ya estos hombres malvados, considerándola á usted como flor marchita y deshojada.....

El ruido de un coche que paraba á la puerta de la calle interrumpió de repente esta conversacion.

—¡Las señoras!—esclamó Inés.

Y el negro Tomás se dirigió precipitadamente hácia la puerta.

A peco rato aparecieron la marquesa de Turbias-aguas y su hija doña Eduvigis.

Ya sabe el lector que la señora marquesa era una vieja coqueta llena de presuncion. Su estremada obesidad hacíase tanto mas notable, cuanto que la buena señora tenia un particular empeño en ostentar delgada cintura. Hacíase en consecuencia apretar el corsé en términos, que dividiendo la abultada espalda en dos mitades, formaba dos globos como el pecho; por manera que solo por la cabeza podia conocer el que la miraba si estaba aquella vision de frente ó de espaldas. Su rostro era mas ancho que largo; sus ojos, de un azul tan claro que parecia que no tuviesen pupilas, eran saltones, ribeteados de coral, y tenian por cejas dos acentos circunflejos de canas teñidas. Es inútil en consecuencia decir que sus negros y lustrosos bucles eran postizos, así como su dentadura. Esta veíase rodeada de unos lábios abultados y rugosos, porque los apretaba con zalamería á fin de aparentar mas graciosa y pequeña su boca descomunal. Tenia en la nariz varias berrugas que la hacian asemejar á un pepino, como ha dicho oportunamente Inés, y debajo de la barba un sobrante de gordura descansaba sobre su pecho, formando simetría con las abultadas mejillas, en las que luchaba el mas encendido colorete con los estragos de la vejez. No hemos hablado del cuello de esta joya del bello sexo, porque la marquesa de Turbias-aguas no tenia cuello..... su barba estaba al nivel de sus anchurosos hombros. Su estatura era muy limitada, y á pesar de que sus riquísimos trajes estaban hechos por la mejor modista de Madrid, cuanto mas engalanaba la buena señora su físico, mayor era el contraste de sus elegantes adornos con la monstruosidad de su volúmen sin formas.

De una capota de gró blanco con dos grandes plumas amarillas separadas por un lazo de cinta carmesí, salian abultados

bucles de lustrosa seda que cubrian en parte sus mejillas. Un vestido de tafetan oscuro tornasolado con tres volantes color de rosa, de cuerpo fruncido á *lo vírgen*, chal encarnado de cachemira, guantes amarillos y encima de ellos multitud de sortijas en los dedos de entrambas manos, gran ramillete en una de ellas, reloj rodeado de perlas que pendia de una gran cadena de oro y caia sobre su corazon, y por fin una pulsera de la que colgaba un lente, con el cual hacia la beldad en cuestion mil donosuras y monadas, eran los principales atavíos de aquella coqueta atarascada.

—Toma.....—esclamó dirigiéndose á Inés.—Si Otelo tiene ya la cama hecha, dale algo..... siquiera para el abrigo del estómago, y acuéstale en seguida, que está el angelito muerto de sueño.

Esto diciendo, dió la marquesa un cariñoso beso á un doguito que llevaba en brazos, y le entregó á la doncella, que desapareció con doña Eduvigis, de quien daremos una leve pintura.

La señorita doña Eduvigis solo podia creerse que era hija de la marquesa porque así lo afirmaba su madre; pero en nada absolutamente se le parecia, esceptuando su presuncion y amor al lujo y elegancia, en lo cual no iba en zaga de su querida mamá. Con todo, es preciso confesar que la señorita doña Eduvigis era un modelo de buen gusto y sus preciosos atavíos daban siempre realce á su hermosura. Esta jóven rayaba en los diez y ocho años de su edad. La blancura de su rostro contrastaba agradablemente con el lustre de sus negros y largos rizos; pero..... ¡cosa singular! sus ojos, á pesar de ser tambien negros como sus pobladas cejas, no destellaban espresion alguna: permanecian casi siempre inmóviles. Rara vez asomaba la sonrisa en los labios de la señorita doña Eduvigis, efecto todo esto seguramente del continuo mimo y exageradas lisonjas que le prodigaban su madre y sus amigos, y del necio orgullo que la impelia á creerse la mejor moza y mas elegante de Madrid. Estaba en vísperas de casarse con el

marqués de Casa-Cresta, presumido, fátuo, y camaleon en política.

La marquesa de Turbias-aguas, sin dejar de ser escesivamente vanidosa al par de su hija, como mujer esperimentada y de gran mundo, estaba dotada de cierta amabilidad, que unida á un talento bastante despejado, hacian su conversacion amena y aun sumamente chistosa y divertida cuando se trataba de murmurar del prójimo. La marquesa de Turbias-aguas la echaba tambien de filarmónica, literata y política. Era una mujer enciclopédica.

Al ver á la tia Esperanza no pudo ocultar cierta espresion *de respeto é inferioridad.*

—Señora marquesa.....—dijo en tono humilde la beata.

—¿Qué se ofrece, Esperanza?—preguntó la marquesa de Turbias-aguas.

—Deseo hablar un momento á solas con usted.

A esta indicacion asió la marquesa de la mano á la tia Esperanza, la condujo á su gabinete, y encerráronse solas en él para conferenciar acerca de María en favor de fray Patricio.

CAPITULO IV.

Las instrucciones.

El gabinete de la marquesa de Turbias-aguas estaba ya iluminado por dos bujías con simetría colocadas en un magnífico tocador de ébano con profusion de adornos de plata preciosamente cincelada. Hermosos espejos de anchísima luna cuadruplicaban los adornos de aquel recinto embalsamado de mil esencias. Cruzábanse cortinajes de raso color de rosa con otros blancos de preciosísimas telas bordadas y trasparentes. Cuadros de estampas voluptuosas iluminadas, con marcos dorados, y grandes y cómodas butacas, y sofás forrados de floreadas sedas matizadas de vivos colores, circuian aquella habitacion, donde se ostentaba mas lujo que elegancia, mas riqueza que buen gusto.

Al entrar en este gabinete, que hasta entonces no habia aún profanado la mugrienta beata, hízole la marquesa de Turbias-aguas seña para que se sentara en el sofá.

Sentóse la santurrona; pero se levantó de repente, dando un grito de espanto.

A este grito dió la marquesa un prolongado chillido, retrocediendo hasta la puerta por donde habia entrado.

Esperanza la siguió y se abrazó á ella.

Despues de un breve silencio en que haciendo ridículos visajes de terror presentaban las dos viejas un grupo singular.....

—¿Qué ha sido eso?—preguntó la marquesa.

—No lo sé,—dijo la tia Esperanza;—pero al sentarme en ese *banco,* le he sentido desaparecer á mi peso, y me he creido hundir en un abismo.

Esta esplicacion fué acogida por una carcajada burlona de la marquesa.

—Sosiégate,—dijo á su amiga sonriéndose,—sosiégate, Esperanza. ¿Conque pensabas ya que habia llegado tu hora y que te hundias en los infiernos? Todavía puedes hacer tu papel en este mundo engañador. Eso que tan buen susto te ha dado, es que todos estos asientos están construidos de modo que siguen el movimiento del que se sienta en ellos. ¡Ya se ve! los recibí de París..... Es invencion de los franceses para que la almohada que forma el asiento esté siempre blanda y mullida. Ya verás, ven conmigo. Sentémonos ahora.

Y esto diciendo, asió la marquesa á su amiga de la mano y se repantigaron ambas á un tiempo en el sofá.

—¡Vive Dios que tienes razon, Colasa!—dijo la tia Esperanza á la marquesa.—Mejor estoy yo aquí que en mi cama. Vaya, vaya, teneis unas cosas las señoronas..... ¡Qué diferencia de cuando yo con mis naranjas y tú con tu botijo de agua íbamos por aquellos tendidos de la plaza de Toros!....

—Malo era aquello, querida mia; pero á lo menos éramos entonces jóvenes.....

—Jóvenes éramos en verdad, pero ningun hombre nos hacia caso..... y eso que dicen que no hay quince años feos. Nosotras desmentíamos este refran seguramente.

—Calla, tonta,—replicó la marquesa,—que no hemos pasado tan mal nuestra juventud..... y á fé á fé que tú no te has dormido en las pajas. ¿Crees que he olvidado tus trapicheos con el boticario y el comerciante y el sargento aquel..... y tantos y tantos otros?

—Tambien diste tú bastantes escándalos con el alguacil y el barbero que te trataban á un tiempo mismo.

—Ya ves, pues, cómo teníamos pretendientes á pares,—dijo la marquesa con aire de triunfo.

—Sí; pero eran feos, viejos ó muy pobres; en fin, hombres desesperados que Dios envia al mundo para consuelo de tarascas, como hemos sido siempre nosotras. De otro modo, no nos hubiéramos metido ambas á *agentes de negocios*, es decir, de negocios amorosos..... Pero, amiga, tú, merced á tu despejo y desenvoltura, estás mas en grande que yo, pobre de mí, cubierta siempre de fúnebres bayetas, yendo á pié de iglesia en iglesia, mientras tú, ostentando asiático lujo en tus trajes, triunfas y gastas en festines, yendo en carretela á los paseos, bailes y teatros, rodeada siempre de fausto y de placeres..... y sobre todo, figurando en Madrid, tú, miserable aguadora *in illo tempore*, figurando, repito, como una de las señoronas de la alta aristocracia. Confiesa, Colasa amiga, que debes estar muy agradecida á la generosidad de nuestro amo don Patricio.

—Agradecida estoy en efecto; pero tambien debes conocer que mis desvelos le proporcionan ganancias de una importancia inmensa. Atraidos por el aliciente del juego y *del amor*, reúnense en mi casa las personas mas ricas y por todos conceptos mas notables de Madrid. Empleados de alta categoría, procuradores del reino, próceres, generales, ricos contratistas y hasta ministros, favorécenme, no solo con sus visitas, sino hasta consultándome los mas graves negocios del Estado. Como todos estos personajes nadan en la abundancia, vénse las mesas de juego cubiertas de oro. A la generosidad de los jugadores queda el dejar en una bandeja de plata parte de sus ganancias para las atenciones de la concurrencia. Esta especie de contribucion continua asciende todas las noches á una suma exorbitante, que unida al lucro que me proporcionan las *bellezas* que tengo contratadas para dar realce á mi sociedad y atender á la sensualidad de los elegantes jóvenes que me favorecen, forma un total suficiente para mantenerme yo en el boato que me cor-

responde y entregar á don Patricio un sobrante..... que deja muy bien pagados cuantos beneficios haya podido dispensarme.

—Me dejas absorta, Colasa, y confieso que nuestro digno amo no podia haber hecho mejor eleccion al ponerte al frente de esa Babilonia infernal.

—¡Babilonia infernal!—esclamó sonriéndose la marquesa de Turbias-aguas.—Me hace gracia el epíteto con que acabas de calificar mi sociedad. No ignoras tú que soy marquesa, y que soy como cualquiera otra de las que mas figuran en Madrid, Esperanza mia, metida tú siempre entre solideos, no sabes lo que es el gran mundo. Eso que tú llamas Babilonia infernal, es el tipo de algunas tertulias de la alta sociedad de Madrid. Mi palacio corresponde á la mas elevada aristocracia, y todo respira en él elegancia y *buen tono*.

. . . . . .

La marquesa de Turbias-aguas decia en parte la verdad. Nosotros respetamos como el primero á los que son nobles por sus virtudes, respetamos á los que nacieron en distinguida cuna, siempre que su nobleza no engendre inmoralidad y orgullo. Abundan en Madrid personajes de elevada alcurnia, dignos por sus actos mas que por sus pergaminos de toda consideracion y respeto; pero desgraciadamente descuellan tambien entre la aristocracia fátuas notabilidades de nuevo cuño, que despues de haberse elevado por medios indecorosos á la misma altura que la marquesa de Turbias-aguas, insultan con su desmoralizacion y escandaloso lujo á la miseria de las clases proletarias. En estos años de revolucion particularmente se han improvisado fortunas colosales, y los ladrones del pueblo virtuoso, de esas masas honradas y trabajadoras, se han erigido en magnates para hundirle en horrible esclavitud.

Espantoso contraste ofrece el del poderoso revolcándose por el cenagal de los vicios, nadando en la desmoralizacion, rodeado siempre de placeres inmundos, soltar una carcajada insolente contra el artesano infeliz. Lanzado el primero á toda suerte de escesos, juégase impunemente millones mal adquiri-

dos, y si á un infelíz padre de familia se le atrapa en un café, aventurando acaso un real de vellon con el ánsia de doblar su mísero capital para saciar el hambre de sus hijos, se le manda á presidio!!! [1]

. . . . . .

Pero volviendo al coloquio de las dos viejas, la tia Esperanza interrumpió el placer con que la marquesa de Turbias-aguas contaba sus grandezas, diciéndole en tonillo de superioridad:

—Todo eso es muy bueno, amiga Colasa, pero va haciéndose tarde, y tengo que darte órdenes severas de nuestro amo.

—¿Qué órdenes son esas?

—Préstame atencion. Dentro de pocos instantes se presentará en esta casa una jóven que se llama María, solicitando que se la admita en calidad de doncella. Es indispensable no solo admitirla, sino ataviarla lujosamente y tratarla con las mayores atenciones. En una palabra, esta niña está destinada esclusivamente para la felicidad de nuestro amo. Hace años que la adora con delirio y quiere poseerla á toda costa. Ella no le corresponde, y es preciso cautivarla á fuerza de beneficios; pero conviene que no sepa todavía la procedencia de ellos. Sucesivamente iré dándote instrucciones sobre este particular; pero lo que por de pronto conviene es que esta noche se la admita con la mayor amabilidad, se la destine un aposento lujoso con ricos trajes á su disposicion, y se la trate con el mayor esmero. ¿Estás bien enterada?

—Fácil me será dar cumplimiento á estas órdenes, pues no es la primera vez que se ejecutan,—respondió la marquesa.—Con la jóven que pasa por hija mia hicimos otro tanto, si bien es verdad que el objeto era diferente, y dentro de tres dias se casa con el marqués de Casa-Cresta. Hemos hecho una bonita especulacion.

[1] Solo del actual jefe político sabemos que haya dictado alguna providencia contra el juego de las tertulias elevadas.

—Me alegro que estemos entendidas. María podrá pasar á los ojos de la sociedad como sobrina tuya, y á la misma Eduvigis se le puede hacer creer esta circunstancia.

—Fíalo todo á mi buen cuidado.

—Nada mas tengo, pues, que decirte.

Abrió la marquesa la puerta del gabinete, y acompañó á la tia Esperanza hasta la escalera.

Mientras la marquesa de Turbias-aguas toma las disposiciones convenientes para preparar los ánimos de sus criados y el de la señorita doña Eduvigis á fin de que no les choque la acogida que para complacer á don Patricio era preciso dispen-

sar á María; miéntras se arregla la habitacion de esta improvisada sobrina á quien iban á prodigarse todas las comodidades y plácemes del *gran mundo;* mientras la marquesa de Turbias-aguas aguza toda la travesura de su ingenio en coordinar en su mente el diabólico plan para seducir á María, deslumbrándola con la profusion de todo linaje de riquísimas joyas y brillantes galas; mientras con singular talento tiende esta vieja infernal á la pobre hija del jornalero, un lazo fascinador, al cual desgraciadamente pocas bellezas resisten; mientras se alza á la hermosura de la jóven María un trono cercado de deleites, una nueva desgracia acibara el corazon de sus desventurados padres.

Dejemos pues por un momento el lujoso palacio de la marquesa de Turbias-aguas, donde medra el vicio y se fomenta impunemente la desmoralizacion, para trasladarnos con nuestros lectores á la infeliz morada de Anselmo *el Arrojado*, donde la indigente virtud es atrozmente atropellada.

CAPITULO V.

El hombre negro.

Eran las ocho de la noche y María no habia vuelto á casa de sus padres..... ¡María, que era el ídolo de aquellos desventurados esposos! Rodeados estos de sus tres hijos, recibian el consuelo de sus caricias, particularmente del mayor, que como hemos dicho ya, se llamaba Manuel, y aunque solo tenia doce años de edad, era un mocito de las mas bellas esperanzas.

—No hay que afligirse, madre mia,—decia afectuosamente el muchacho á la pobre ciega, asiendo con una mano la mano maternal y dando en ella palmaditas de cariño con la otra mano;—no hay que afligirse..... Me han dicho ustedes que habia salido María en busca de colocacion, y el no haber vuelto es prueba de que la habrán admitido en alguna casa.

Al decir esto, enjugóse Manuel precipitadamente con el brazo una lágrima que brotaron sus ojos y habia corrido hasta la punta de su nariz.

—Dice bien Manolito,—añadió el desconsolado Anselmo esforzándose por fingir resignacion.—¿No ves, mi querida Luisa, como yo estoy contento? Ánimo, esposa mia; ya verás

como mañana seremos felices. María habrá encontrado unos buenos amos y..... ¿quién sabe? tal vez podrá aliviar nuestra suerte. Sobre todo, no padecerá ella los horrores del hambre.

—Tienes razon, esposo mio; pero yo no sé..... mi corazon no está tranquilo.....—dijo Luisa en voz afectada.—Siento una pena..... ¡Ay, Anselmo!... tengo presentimientos de nuevas desgracias.

—¿De nuevas desgracias? ¡Válgame Dios!—repuso Anselmo con amabilidad.—¿No ves cómo te afliges sin motivo? Sé prudente, Luisa mia,—añadió Anselmo dando un abrazo á su esposa;—sé prudente y no te anticipes soñados sinsabores, cuando tal vez está mas próximo que nunca el término de nuestros infortunios.

—¿Quieren ustedes que salga por ahí,—dijo Manuel,—á ver si encuentro á mi hermanita?

—¡Ah, no, no, hijo mio!—respondió Luisa sobresaltada.—Ya que María me ha abandonado, no me dejeis vosotros..... os necesito á todos á mi lado..... Estais todos, ¿no es verdad?

Al decir esto, iba la pobre ciega tentando á sus hijos y á su marido.

—Sí, sí,—continuó;—todos, todos estais aquí..... aquí conmigo..... ¡menos María!!!

—Sí; pero verá usted, madre, como María vendrá mañana á decirnos que tiene ya una buena casa. Verá usted.....

En este momento oyéronse recios y repetidos golpes á la puerta de la calle.

—¡Ay!.... ¡ella es!—esclamó Luisa.

—¡Ella es!....—repitieron todos con general esplosion de alegría.

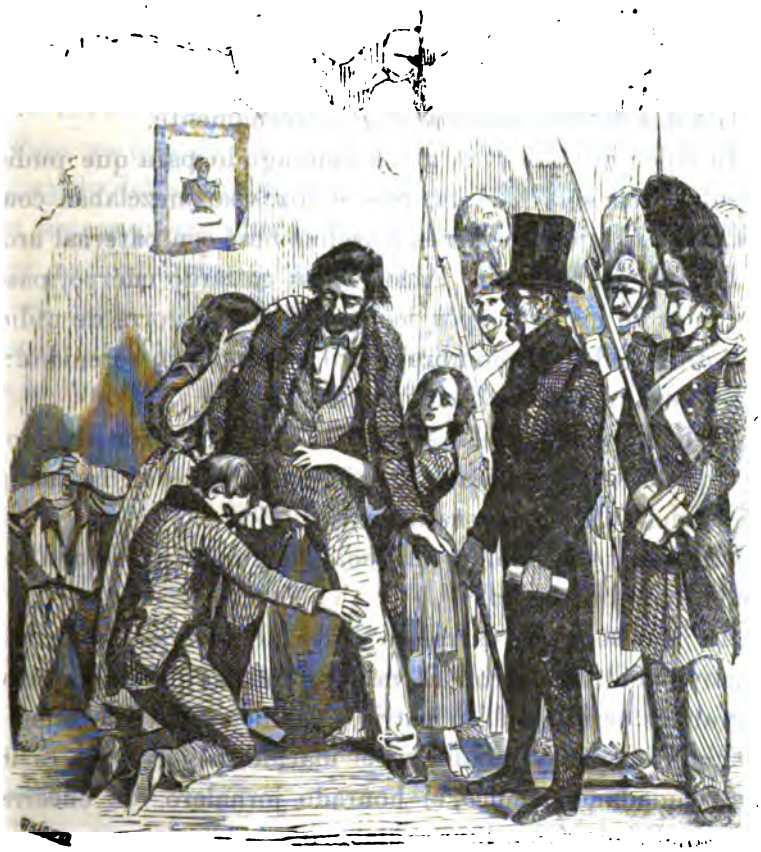
Manuel se lanzó precipitadamente á abrir á María.

No era ella.

Un hombre vestido de negro, seguido de fuerza armada, presentóse en la habitacion de aquella desventurada familia.

—¿Sois vos Anselmo Godinez, conocido por el apodo de *el Arrojado?*—preguntó el hombre negro al jornalero.

—Yo soy,—respondió Anselmo sin inmutarse.
—Daos á prision.
—¿Quién lo manda?
—La justicia,—dijo el hombre negro con severidad.



Es imposible describir exactamente el efecto que hicieron estas fatales palabras en el ánimo de aquellas virtuosas gentes. La ciega se levantó y alargaba los brazos en busca de su marido, resuelta á no dejárselo arrancar de ellos. Los dos niños menores lloraban amargamente, asidos de las rodillas de su padre. Manuel se aproximó al hombre negro en ademan suplicante, y juntando las manos esclamó:

—¡Por piedad, señor, dejad á mi padre y llevadme á mí en su lugar!

El pobre muchacho fué á arrodillarse á los piés del hombre negro; pero un grito de reprobacion que lanzó Anselmo con todo el orgullo de un honrado demócrata, le hizo levantar.

—Manuel, yo de nada sirvo ya en esta casa; tú debes ganar la manutencion de tu madre y de tus hermanos. ¡Luisa mia, valor! De nada me acusa la conciencia..... Tranquilízate.....

Los dos esposos se abrazaron estrechamente.

El dolor de Luisa era demasiado agudo para que pudiese articular una sola palabra. Sus sollozos se mezclaban con el llanto de sus hijos, á quienes Anselmo besó con paternal ardor.

De repente enderezó Anselmo su gallardo cuerpo, pasóse las yemas de los dedos por los ojos, tomó su gorra de miliciano, y dirigiéndose al hombre negro, esclamó con serenidad:

—Llevadme ahora donde gusteis.

El hombre negro, Anselmo y la fuerza armada abandonaron aquella triste habitacion, dejando sumidos en la amargura á la ciega Luisa y á sus inocentes hijos.

Anselmo, sin hablar una sola palabra, siguió con paso firme al hombre negro.

Al pararse en la cárcel de Córte, no pudo dejar de hacer un movimiento de terror. El valiente militar que habia prestado grandes servicios á su patria, el miliciano urbano, ejemplo de subordinacion y pundonor, el marido fiel, el padre cariñoso, el ciudadano pacífico, el honrado jornalero, fué encerrado en un hediondo é insalubre calabozo.

—¿Por qué se me encierra así?—preguntó al fin el desdichado.

El hombre negro respondió con aspereza al desaparecer:

—Por asesino.

—¡Por asesino!—gritó Anselmo estremecido.

Y ocultó su rostro entre sus manos.

. . . . . .

Así era la verdad. A Anselmo se le encarcelaba por haber

sido acusado de cómplice en los asesinatos de los conventos, cometidos el 17 de julio de 1834. Pero..... ¡maldad inaudita! ¡horrible ingratitud! fray Patricio, el abominable fray Patricio, que le debia la vida, acababa de acusarle valiéndose de otro malvado..... ¡Solo un fraile diabólico era capaz de tan detestable calumnia!

¡Espantosos efectos de la delacion! En España ha bastado muchas veces la delacion de un infame para hundir á personas inocentes en lóbregos calabozos!!!

Pero ya que en el dia está todo el mundo espuesto á ser arrebatado del seno de su familia y conducido á la cárcel pública, sean siquiera mas humanos los hombres que gobiernan á esta nacion, digna de mejor suerte. Las cárceles de Madrid son un baldon perenne de incuria, de falta de civilizacion, de falta de humanidad. La de Córte está imperiosamente reclamando remedio, pero remedio pronto y eficaz por su hediondez, por su insalubridad y hasta por su estado ruinoso. La del *Saladero*, si bien mas ventilada por su situacion, es pequeña en demasía, porque la mujer decente y ruborosa que desea estar separada de las que son la degradacion de su sexo, cuyas reyertas é insolente lenguaje hacen insufrible su compañía; la que ha sido injustamente encarcelada y quiere evitar el roce de las malas mujeres, no puede, por no haber aposentos á propósito. A esta infeliz no le queda mas recurso que fingir alguna dolencia y huir del crímen para aspirar la hediondez de los enfermos.

Esto es espantoso..... es imperdonable..... mayormente cuando es ya un axioma que las cárceles son lugares de segura detencion, pero no de castigo. Y cuando no recae mancilla ninguna contra el individuo encarcelado, merced al abuso que la arbitrariedad ha hecho de esta medida contra ciudadanos pacíficos en los últimos años de políticas revueltas, es criminal abandono no mejorar las cárceles de Madrid, cuando Barcelona y Sevilla están dando en esta parte un noble ejemplo que acredita su filantropía é ilustracion.

¿Qué importa que haya en Madrid un presidio-modelo mejor montado que la escuela politécnica de Paris, si solo sirve para hacer mas chocante el contraste escandaloso que forma con esos tristes lugares de pestilencia, de tormento ó insalubridad?

En uno de estos calabozos fué encerrado el infeliz Anselmo, acusado por fray Patricio de haber sido uno de los que asesinaron á los frailes en el mes de julio de 1834.

Cuando estos crímenes se perpetraron, los culpables quedaron impunes..... porque en España siempre suele andar cobarde y torpe el gobierno. Rara vez se aplica el castigo á la inmediacion del crímen; y mientras la impunidad alienta á los delincuentes, se deja que el tiempo borre la memoria de los atentados para hacerlos expiar. El castigo, que aplicado oportunamente hubiera producido saludable escarmiento, produce despues compasion hácia los delincuentes ó indignacion contra los hombres del poder.

. . . . . .

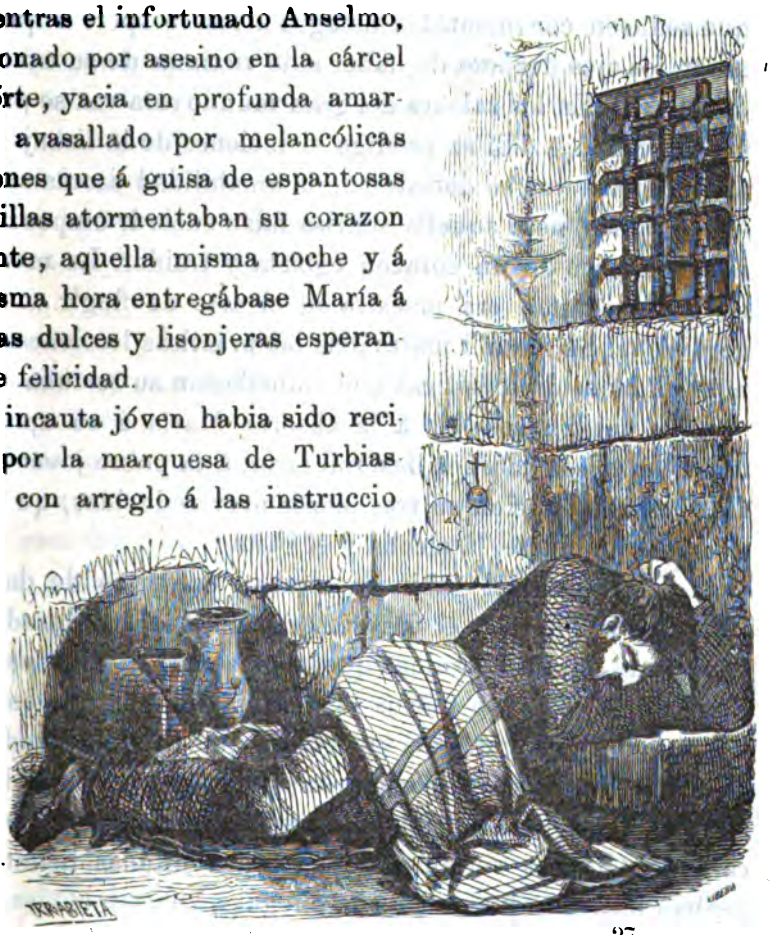
Dejemos al pobre Anselmo anegado en las desgarradoras reflexiones que su acerba posicion debia producir en su mente al verse encarcelado *por asesino*, habiendo sido siempre modelo de virtud, y conduzcamos al lector al embalsamado y rico aposento de la encantadora María.

CAPITULO VI

Los contrastes.

Mientras el infortunado Anselmo, aprisionado por asesino en la cárcel de Córte, yacia en profunda amargura, avasallado por melancólicas imágenes que á guisa de espantosas pesadillas atormentaban su corazon inocente, aquella misma noche y á la misma hora entregábase María á las mas dulces y lisonjeras esperanzas de felicidad.

La incauta jóven habia sido recibida por la marquesa de Turbias aguas con arreglo á las instruccio



nes y deseos de fray Patricio; y como la maldita vieja estaba en sus glorias cuando se trataba de tender algun lazo amoroso, y á nadie hubiera cedido nunca su primacía en el arte de seducir á las jóvenes y educarlas conforme á sus miras interesaba, desplegó esta vez todos los recursos de su satánico ingenio para deslumbrar á la hija del jornalero. A pesar de la fealdad de la marquesa de Turbias-aguas, era en semejantes casos tan espresiva y dulce su amabilidad, sus maneras tan cariñosas, y hasta su acento era tan maternal, que sus hipócritas acciones y palabras destellaban por todas partes una bondad llena de encantos que seducia desde luego. La alta sociedad suele ser fecunda en este género de *feas* sirenas, si esto puede decirse, que seducen con mentidos halagos á los inespertos que solo abren los ojos despues de haber sido víctimas de su candorosa credulidad. En los salones del gran mundo rara vez se pronuncia la verdad..... allí se prodiga el incienso de la lisonja hasta á los objetos que se detestan..... la amabilidad asoma siempre en los labios; pero aquella sonrisa falaz suele ir emponzoñada por el aliento de un corazon egoista y traidor. La marquesa de Turbias-aguas era maestra en el arte de fingir..... Habia aprovechado á las mil maravillas las prácticas lecciones de las notabilidades diplomáticas qué embellecian su tertulia.

Ella misma condujo á la absorta María á su aposento, cuyos preciosos adornos deslumbraron á la pobre jóven. Dividíase esta habitacion en tres piezas muy reducidas, que constituian el gabinete, la alcoba y el baño.

Las paredes del gabinete estaban cubiertas de damasco amarillo; la sillería y el tocador eran de caoba, y dorados los marcos de algunas láminas que representaban escenas amorosas de la córte de Cárlos IV. Habia una butaca enfrente del tocador. Las vidrieras corredizas que daban entrada á la alcoba tenian una sola cortina recogida por un lado sobre un clavo romano. Esta cortina era tambien de damasco, pero encarnado. Gruesos cordones de oro con abultadas bellotas ondeaban haciendo juego con sus pliegues.

En el techo de la alcoba habia una flecha dorada, á la cual estaba agarrada una paloma, que con las alas desplegadas se dejaba caer el cuello hácia abajo, sosteniendo en su pico unos cortinajes de finísima muselina labrada que formaban un pabellon, en cuyo centro se ocultaba una pequeña cama de acero con preciosos adornos dorados.

Una puertecilla inmediata á la cama daba paso á otro cuartito donde habia un limpísimo baño de mármol con sus dos grifones, uno para dar salida al agua fria, y otro á la caliente, con el objeto de atemperar una con otra á medida del deseo.

Despues de infinitas esplicaciones que iba haciendo la marquesa de Turbias-aguas para satisfacer las curiosidades de María, que como cándida criatura habia olvidado ya todos sus pesares, á la vista de los prodigios que la tenian embelesada, habíase abandonado á una confianza ciega, en vista de la maternal franqueza con que *aquella buena señora* la trataba, atribuyendo acaso todo aquello, que le parecia un sueño, á una consecuencia de sus oraciones en el Buen Suceso ante la inmaculada Vírgen.

Así es que en breve perdió María aquel rubor y vergüenza que suele tener una niña de pobre condicion delante de los grandes señores, y animada por la jovial dulzura con que le hablaba la marquesa, recobró toda su serenidad, y escuchaba á su *buena protectora* sin la menor timidez, y con la confianza que se escucha y obedece á una madre cariñosa.

Poco trabajo pues le costó á la marquesa hacer que María se introdujese en el baño, prudentemente atemperado, cuyo cristalino líquido exhalaba deliciosos perfumes.

Despues del baño hizo la marquesa que María se pusiese una finísima camisa, medias correspondientes y elegante bata, y que tomase un ligero alimento con una copa de esquisita malvasía de Sitjes, que no dejó de fomentar las alegres ilusiones de aquella inocente criatura.

Enseñóle despues á María una porcion de riquísimos tra-

jas y preciosas joyas, destinadas todas para engalanar su hermosura.

—Adios, hija mia,—le dijo la marquesa.—Estás fatigada y debes descansar. Duerme bien..... hermosa, y ya que no puedo aspirar al dulce título de madre, porque vive la tuya, me concederás al menos el nombre de tia. ¿Verdad que sí?

—Con mucho gusto,—dijo María con candor.—¡Pero qué! ¿me deja usted ya?

—Sí, sobrina mia; necesitas reposo. Acuéstate, y no olvides que hoy empieza tu felicidad y la de tu familia, que será socorrida desde mañana. ¡Adios, adios!....

Y al decir esto, dió un sonoro beso en cada mejilla y otro en la boca de María..... y desapareció.

Ya está sola María en aquel recinto de riqueza y de felicidad, embriagada de placer, rodeada de encantos, sumergida en halagüeñas ilusiones, llena de esperanzas lisonjeras, creyéndose la mas feliz de las mujeres..... La inesperta jóven no pudo resistir el deseo de probarse alguno de los nuevos trajes. Eligió el mas sencillo, temerosa de ajar los demás, y sin entretenerse en recomponer el cabello que se le habia desordenado algun tanto en el baño, se puso un collarcito de ámbar y acercó á su cabeza algunas flores artificiales, mirándose en el espejo con graciosa coquetería. Vióse tan hermosa, que no pudo menos de sonreirse de satisfaccion. El nuevo traje hacia su cintura tan delgada que parecia iba á quebrarse. María, embelesada, rebosaba de alegría, mientras su pobre padre, sepultado en oscuro calabozo, lloraba amargamente.

La hija, embriagada de perfumes..... rodeada de flores..... acostóse despues en el mullido lecho..... sobre la blanda pluma!.... Allí soñaba felicidades..... y el padre, tendido en el húmedo suelo, con una piedra en la cabeza por almohada, cargado de cadenas y de grillos, sollozaba de dolor!

Estaba María rezando en accion de gracias á la inmaculada Vírgen del Buen Suceso por la dicha que le habia deparado, cuando súbita gritería de jovialidad vino á turbar sus oraciones.

Era el efecto del ponche en la tertulia de la marquesa de Turbias aguas.

El salon donde pasaba esta báquica escena estaba contiguo á la alcoba de María.

Al prolongado clamoreo de los alegres tertulianos seguíase de vez en cuando una pausa, en la que solo se oia una voz, si bien confusamente. Esta voz era acogida con estrepitoso palmoteo, con vítores y otras demostraciones de júbilo y entusiasmo.

De repente reinó un silencio profundo.

Sonoros preludios de piano, ejecutados con mano maestra, hirieron los oidos y el sensible corazon de María. Una hermo-

sa voz de soprano entonó con arrebatadora gracia la cancion siguiente:

¡Ay! Deslízanse fugaces
los dias cual dulce ensueño,
cuando el destino halagüeño
nos circunda de placer.
Y en pos de alegres solaces
llega la muerte sombría,
y perece la alegría
cuando acaba de nacer.

—

Bella flor encantadora
que entre amores y entre risas
los halagos de las brisas
recibes en el abril;
Fiel imágen seductora
de juventud peregrina,
tras del aura matutina
deshójate el cierzo vil.

—

Mas si vuelan tan veloces
dias, horas y momentos,
vivamos siempre contentos
sin zozobra ni inquietud.
No desperdiciar los goces
es lo que en el mundo importa,
ya que la distancia es corta
de la cuna al ataud.

—

¡Muera la melancolía
que nuestras almas enerva!
¡Muera toda pena acerba!
¡Muera el bárbaro dolor!
¡Viva la dulce alegría!
¡Viva el placer! ¡Viva el gozo!
¡Viva el jovial alborozo!
¡Viva Baco! ¡Viva Amor!

No fué menos mágico el efecto que causó en el sensible corazon de María la letra de esta cancion, que la melodía de su música y el dulcísimo metal de la voz que con tanta gracia y afinacion interrumpia el profundo silencio de la noche. No pa-

recia sino que un acento de ángel pronunciaba tan deliciosos consejos, para que aquella niña, llena de buena fe y de honradez, los acogiese con entusiasmo, convencida de que, sin faltar á los principios de virtud que habia aprendido al lado de sus adorados padres, iba á entrar en una senda sembrada de flores que debia conducirla al templo de la felicidad.

No era por cierto un egoismo punible el que habia inundado de gozo el corazon de aquella vírgen. En sus creencias religiosas juzgaba la inesperta jóven que sus fervorosas oraciones habian ascendido al cielo, puras cual sube en vagorosas nubecillas el odorífico incienso que el buen sacerdote tributa al Altísimo ante los sagrados altares.

—Dios es justo,—decia para sí la inocente María,—y en su bondad inmensa quiere sin duda poner término á los infortunios de mis padres, y para galardonar sus virtudes me rodea de goces, de felicidades, de riquezas que participarán conmigo. Mañana mismo iré á abrazarles, veré á mis pobres hermanitos, les consolaré á todos..... La indigencia..... el hambre, huirán para siempre de su virtuosa morada, donde reinará solo en adelante la abundancia y la alegría.

Y al decir esto, empezaba el sueño á vencerla.

¡Cuán diferentes eran estas dulces ilusiones de los tristes pensamientos que destrozaban el corazon de su padre!

Anegado en llanto este infeliz, no por sus propios padecimientos, sino por la idea de verse separado de su esposa y de sus hijos, cuyo dolor debia ser profundo, la amargura de estos pedazos de su alma era la que acibaraba sus tormentos.

Mientras velaba el padre, abrumado de horrorosos presentimientos; mientras se presentaba á su imaginacion delirante el patíbulo de los asesinos como único término de sus desgracias, dejando á los suyos por herencia la infamia..... y la deshonra..... durmióse la hija al arrullo de las mas felices ilusiones!....

CAPITULO VII.

La noche.

Dormida al halago de mil lisonjeras ilusiones, la imaginacion ardiente de María completó en dulce sueño la mas adorable felicidad. Su amoroso delirio la trasportó á una mansion mil veces mas deliciosa aún que la que realmente ocupaba. Veíase en el seno de su familia, rodeada de sus queridos hermanos y de sus padres cariñosos; pero sus padres y sus hermanos eran tan felices como ella, y todos vivian alegres, en

una habitacion magnífica, en medio de la abundancia y de inocentes placeres.

Su padre ejercia un empleo brillante que se le habia concedido en galardon de sus méritos y buenos servicios.....

Su madre habia recobrado la vista, y para colmo de ventura, soñaba además de todo esto la cándida jóven, que su amante no habia muerto en el desafío en que ella misma le vió caer, víctima de una herida mortal.

Elevada á una categoría que no desmerecia del alto rango que ocupaba su amante en la sociedad, contemplábale María á su lado, fiel como siempre, mas rendido que nunca, gallardo y elegante como el que mas. Tratábanse íntimamente las familias de entrambos enamorados, y no solo aprobaban su enlace todos los parientes, sino que habíase ya fijado la hora en que el sacerdote debia bendecir estos vínculos ante las aras de la Divinidad.

La alegre algazara que resonaba en el salon contiguo al dormitorio de María, alternando con el dulcísimo canto de selectos aires y las voces melodiosas del piano, fomentaban poderosamente la embriaguez que sentia aquella vírgen fogosa, cuyo corazon puro y adolescente sentíase agitado por la fiebre de amor; fiebre que la contemplacion apasionada del retrato de su amante habia encendido en su alma.

Aquellos suavísimos cantares, aquella armonía celestial que arrullaba su dichoso ensueño, parecíanle himnos de amor que un coro fraternal de castas y modestas vírgenes dirigia al dios del himeneo, cuyas antorchas reflejaban sus dorados resplandores sobre el lecho nupcial.

La festiva gritería que sucedia á los cánticos aumentaba la ilusion, asemejándose al bullicio de la jovial muchedumbre que suele acompañar á los prometidos esposos al templo del Señor.

Pisaban ya el marmóreo pavimento del santo alcázar, rodeados de lucido acompañamiento. Resonaba el órgano por todas las bóvedas del edificio, confundiendo sus festivas modu-

laciones con el incesante clamoreo de las campanas y los vítores de una inmensa multitud apiñada en la plaza de la iglesia, cuando cesa de repente este bullicio atronador y sucédele profundo y solemne silencio, únicamente interrumpido por la pausada voz del sacerdote.

Pronunció por fin María aquel *sí* lleno de encantos cuando nace de una voluntad tan libre como enamorada, y al oir el mismo *sí* de los labios de su amante, sobrecogióla un estremecimiento delicioso, á cuyo violento impulso despertó fatigada, desfallecida y bañada en copioso sudor.

¡Pobre María!.... ¡Acerbo llanto sucedió á su felicidad soñada!.... ¡Acerbo llanto que tributó á la memoria de su desventurado amante!

—¡Ay!—esclamó la infeliz.—¡Todo ha sido un sueño! No vive, no, el jóven encantador á quien todavía adoro..... Acostéme feliz y despierto mas desgraciada que nunca..... Pero mis padres..... mis hermanos..... tampoco están conmigo..... ¡Y creíme rodeada de todos ellos!.... ¡Y mi pobre madre permanece ciega!.... ¡Dios mio, Dios mio, dame fortaleza! Pero no, no debo quejarme de mi suerte..... seria esto ofender á la Divina Providencia, á la inmaculada Vírgen del Buen Suceso, mi protectora, que acogiendo benigna mis plegarias me ha proporcionado la ocasion de salvar á mis padres y hermanos de la espantosa indigencia que les abrumaba. ¡Oh! ¡Cuánto tarda la luz del dia! La amable señora que tan buena acogida me ha dispensado, no me negará el permiso de ir á ver á mis padres, y de enjugar sus lágrimas llevándoles algun socorro. «Desde mañana será tu familia socorrida» me ha dicho al despedirse. ¡Oh! Quiero que tengan el consuelo de recibir este beneficio de mis propias manos. Nada saben de mí..... y amándome como me aman, su inquietud debe ser acerba..... Y luego, ¡me verán tan aseada y elegante!.... Pero mi pobre madre no podrá verme..... Ha de ser un tormento horrible la falta de la vista.

Esta última reflexion hízola María con amargura; pero de

repente lanzaron sus facciones destellos de alegría, y soltando una ligera y candorosa carcajada, esclamó.

—¡Oh, no! Ahora no podrá mi padre rehusar semejante beneficio, porque al cabo mi bienhechora es una mujer..... y aun cuando fuese hombre..... esta adorable tia, ya que quiere que le dé este título, es tan fea, que poco adelantaria á buen seguro en conquistas amorosas.

Una sonrisa inocentemente burlona acompañó estas palabras, y luego en tono compasivo y tierno añadió:

—¡Lástima es ciertamente que tan benéfica señora no sea agraciada y linda! ¡Qué hermosa seria si correspondiese la belleza de sus facciones á la belleza de su corazon!

En estas y otras reflexiones semejantes, que alternaban con algunos momentos de apacible sueño, pasó María la noche.

Levantada ya, y sin ningun adorno sobre la bata que se habia puesto la noche anterior al salir del baño, pues hasta su adorado medallon llevaba oculto, María contempló minuciosamente á la luz del sol con admiracion y gozo los preciosos vestidos y brillantes joyas que tenia en derredor. Repetidas veces frotóse los ojos con la yema de sus virginales dedos como para cerciorarse de si todos aquellos atractivos eran sueño ó realidad. Giró la vista en torno de su magnífica habitacion, y no la extasiaron menos los ricos adornos de las pulidas paredes, cautivando particularmente su atencion los cuadros que representaban escenas amorosas, cuya voluptuosa esplicacion al pié de las iluminadas láminas leia la adolescente vírgen con singular avidez. Mas de una lágrima deslizóse por sus mejillas, tributada al objeto de su primer amor.

En esta ocupacion la sorprendió la marquesa de Turbiasaguas.

—¿Qué tienes, sobrina mia?—le dijo con acento maternal.—¿No estás contenta?

—¡Ah, mi buena tia!—respondió la inocente jóven vertiendo nuevas lágrimas.—Este llanto que derramo es llanto de gratitud. ¡Son tantas las bondades que usted me prodiga!....

—Todas las merecen tus virtudes, querida mia. ¿Has pasado bien la noche?

—Sí señora; pero deseaba la llegada del dia para ver á usted.

—Gracias, hermosa María; no puedes figurarte cuánto estimo tu buen afecto.

—Deseaba ver á usted para besarle la mano,—repuso María besando con ternura la mano de la marquesa,—y pedir á usted un nuevo favor, ya que tantos se digna usted dispensarme.

—Habla, querida sobrina, habla con franqueza, pues no tengo yo mas deseo que complacerte.

—Quisiera, mi amada tia, que me diera usted permiso para ir ahora mismo á llevar á mis padres el socorro de que me habló anoche la generosidad de usted. Deseo con ansiedad abrazarles, llorar de júbilo en su seno, presenciar la dicha que les aguarda y.....

—¡Pobre niña!—esclamó la marquesa interrumpiéndola.—Tu buen corazon te desvia de la senda que conviene seguir. No tardarás en ver á tus padres; pero has de saber que un esceso de alegría mata lo mismo que un cruel pesar. Tus padres saben ya que has encontrado una buena casa en donde se te tratará como hija. Yo misma les he escrito apenas me he levantado, y les he enviado un socorro, que han admitido, suficiente para remediar todos sus males.

Al pronunciar estas palabras consoladoras, la marquesa de Turbias-aguas mentia hipócritamente.

—Usted, señora, es un ángel de salvacion para nosotros,—esclamó María enternecida, arrojándose á los piés de la marquesa é inundando sus manos de lágrimas y de besos.

—¿Qué haces, hija mia?—dijo la marquesa levantando á María y recibiéndola en sus brazos.—¡No llores por Dios!

Y al decir esto con fingida ternura, llevó el pañuelo á sus ojos. Despues de un breve silencio continuó:

—Nadie desea como yo que llegue el feliz momento en que puedas abrazar á tus padres; pero conviene dilatar algunos

dias esta dulce entrevista, que, como he dicho antes, podria serles funesta, atendiendo á que su espíritu y salud están demasiado debilitados por sus padecimientos para resistir las violentas sensaciones de un gozo estremado. ¿Tienes confianza en mí, hija mia?

—Sí señora; usted es mi segunda madre,—respondió María.

—Pues bien, déjame hacer..... Tus padres entrarán poco á poco en la feliz posicion que les aguarda. Se necesitan para esto algunos dias..... Entre tanto, debe consolarte el saber que han terminado todas sus desgracias..... Ellos tampoco ignoran

tu bienestar..... y cuando sea la ocasion, yo misma te acompañaré á casa de tus padres..... tal vez para volvernos todos juntos á esta casa y no formar mas que una sola familia.

—¡Otro inesperado beneficio!.... ¡Yo no sé lo que me pasa..... estoy loca de contento!.... Como usted guste, mi amada tia. Sus bondades de usted me tienen asombrada.

—Vamos, vamos al comedor, donde nos aguarda Eduvigis para tomar juntas una tacita de té con leche,—esclamó la marquesa.

Y apoyándose en el brazo de María, salieron ambas de la habitacion.

La incauta jóven iba rebosando alegría. Ignorante de lo que es el mundo, criada en el seno de una familia tan pobre como honrada, juzgaba los corazones de los demás por su candoroso corazon, y cual inocente paloma que cae en el lazo del astuto cazador, dejábase alucinar por las encantadoras palabras de la vieja diabólica, digna cómplice de fray Patricio, é iba llena de júbilo á apurar entre falaces deleites la copa del tósigo preparado para emponzoñar su virtud.

CAPITULO VIII.

El Prado.

Era uno de los primeros dias de abril; uno de aquellos dias deliciosos en que naturaleza ostenta sus lujosas galas, su encantadora lozanía, y aparece la primavera con su cetro de oro y su diadema de flores, iluminada desde el zenit por un sol esplendente y magnífico, halagada por las amorosas brisas que meciendo los dilatados ramajes de las lilas llenan el ámbito de los jardines de aromáticos perfumes, y saludada, en fin, por el arrullo de las cristalinas fuentes y el dulcísimo canto de los pajarillos, que gorjean melodiosos en la verde espesura de los argentinos álamos y frondosidad de las acacias.

El Prado, esa deliciosa llanura de cerca de diez mil piés de estension, dividida en anchurosas calles simétricamente marcadas por añosos y gigantescos árboles, embellecida por las amenas vistas de hermosísimos jardines y edificios suntuosos, ostenta en su recinto ocho colosales y bellísimas fuentes de primorosa ejecucion, inventadas y diseñadas por don Ventura Rodriguez en el reinado de Cárlos III. Todo es sorprendente y magnífico en este grandioso paseo, célebre ya en la mas re-

mota antigüedad por los amoríos caballerescos y palaciegas tramas á que daba ocasion la córte que permanecer solia en el Retiro.

Aquel hermoso dia declinaba ya; pero si bella habia sido la mañana, la tarde era apacible y ofrecia solaz en pos de la siesta, como si se hubiese adelantado el rigor del estío. Esto suele ser frecuente en Madrid.

Recien regado aquel espacioso recinto, destellaba por todas partes amenidad y frescura.

Numerosa concurrencia ocupaba particularmente el centro de aquella prolongada estension. Solo este centro, que com-

prende desde la fuente de Cibeles hasta la de Neptuno, tiene unos dos mil piés de longitud y doscientos de latitud.

La fuente de Cibeles es de asombrosa arquitectura. Sentada la diosa en una carroza tirada por dos leones, ofrece un grupo de magnífico efecto. Los leones fueron ejecutados por don Roberto Michel, y la Cibeles por don Francisco Gutierrez. Varios juegos de agua caen sonoramente en una anchurosa pila.

La fuente de Neptuno ostenta á este dios de formas colosales puesto de pié sobre un carro de concha tirado por dos caballos marinos. Nueve delfines juguetean en torno. Saltos de agua graciosísimos caen tambien en una pila circular. Esta fuente forma perfecta simetría con la Cibeles. Cierto erudito y entendido escritor ha dicho de Neptuno que "por no haber "dado mas altura al pilon ó rebajado mas la base de toda la "máquina, ha resultado que el carro, los caballos y delfines "ruedan y nadan, no en el agua como debieran, sino sobre pe-"ñas [1]." Nosotros no encontramos semejante defecto en esta obra sublime del famoso Juan de Mena, porque vemos que este sabio escultor ha querido hacer tambien el agua de piedra para darle el movimiento que debia recibir de la agitacion de los caballos y delfines y de la violencia de las ruedas. Esta agitacion está perfectamente desempeñada en el encrespado movimiento y las ondulaciones que representa la piedra y que no alcanzaria el agua, siendo en tal caso impropio que permaneciese tranquila, azotada por tan diversos objetos.

En medio de este predilecto sitio, conocido por EL SALON, osténtase otra grandiosa fuente, la de Apolo. Una estátua de este dios, obra maestra de don Alfonso Vergaz, descuella entre otras cuatro estátuas que representan las estaciones, no menos sábiamente ejecutadas por don Manuel Alvarez. El juego de las aguas está combinado con tanta inteligencia, que además de la buena vista que ofrece al derramarse de pila en pila, produce un murmurio armónico y agradable.

Divídese la estension de este ameno salon en varios paseos, separados por las hileras de frondosos árboles que se pierden en las nubes y entoldan en verano gran parte de tan deliciosa llanura.

Uno de aquellos paseos esteriores está esclusivamente destinado para los coches y caballos.

Entre el salon del Prado y el Retiro hay un espacio al cual

[1] *Manual de Madrid*, pág. 405.

se le ha dado el nombre de *Campo de la Lealtad*, por haberse erigido en él el glorioso monumento que encierra las cenizas de Daoiz, Velarde y demás patriotas, inmolados la mayor parte en aquel mismo sitio el 2 de mayo de 1808 por la tiranía del ejército usurpador.

En 1822 se aprobó por el ayuntamiento el modelo que presentó don Isidro Velazquez, y en 1840 se terminó esta obra fúnebre, de la cual vamos á ensayar una ligera descripcion.

En el centro de un hermoso jardin circular, de elegante verja cercado, levántase una gigantesca pirámide, cuya cúspide se pierde entre las nubes. El verde esmeralda que ofrecen las plantas del jardin, matizado por los variados colores de flores selectas, semejase á una magnífica alfombra perfumada de esencias que embalsaman el ambiente.

La elevada pirámide, que parece unir la celestial morada de las almas con la de los restos de aquellos héroes, divídese en cuatro cuerpos. El zócalo octogonal forma el primer cuerpo, es de piedra berroqueña azulada, y tiene diez piés de elevacion y cincuenta y uno de diámetro. Cuatro escalinatas conducen al sobretecho, en el cual campean otras tantas piras de elegante arquitectura.

Forma el segundo cuerpo un imponente sarcófago de veintitres piés de línea en cada una de sus cuadradas faces, por veintiuno y medio de alto, de igual piedra, pero imitando en su matiz el granito oriental, con sus molduras de mármol blanco.

En la principal de las cuatro faces cobíjase bajo un espacioso rehundido la urna que atesora las venerandas cenizas de las víctimas. Las dimensiones de esta urna marmórea tienen ocho y medio piés de elevacion y ocho y tres cuartos de latitud.

En otro rehundido de la parte posterior campea, en relieve de piedra blanca del Colmenar, el leon de España agarrado á las armas nacionales.

Bellísimas antorchas y lacrimatorios, que destellan dulce

melancolía, completan los fúnebres adornos; y en dos fachadas laterales se leen las siguientes inscripciones:

LAS CENIZAS
DE LAS VÍCTIMAS DEL 2 DE MAYO DE 1808
DESCANSAN EN ESTE CAMPO DE LEALTAD
REGADO CON SU SANGRE.
¡HONOR ETERNO AL PATRIOTISMO!

Á LOS MÁRTIRES
DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA,
LA NACION AGRADECIDA.
CONCLUIDO
POR LA MUY HERÓICA VILLA DE MADRID
EN EL AÑO MDCCCXL.

Los retratos de Daoiz y Velarde, las armas de la villa de Madrid, ramos de ciprés y coronas de laurel, son los relieves de las cuatro faces del fronton.

Otro zócalo octogonal de tres y medio piés de alto y diez y seis de diámetro forma el cuerpo tercero, en el cual descansa un dórico pedestal de quince piés de alto, con cuatro estátuas que simbolizan las bellas dotes del pueblo español: Patriotismo, Valor, Virtud y Constancia. Estas estátuas son de los escultores Perez, Tomás, Elías y Medina.

Un obelisco de poco mas de cincuenta y dos piés de altura, construido de piedra imitando el granito oriental, termina la imponente elevacion de este majestuoso monumento, en el cual se celebra todos los años el DOS DE MAYO un aniversario solemne, al que concurren las autoridades y el pueblo madrileño, con toda la pompa fúnebre que merecen tan tristes como gloriosos recuerdos.

. . . . . .

¡Fragilidad humana! En Madrid abundan los tontos de cierto género, como en todas las populosas capitales Hay en-

tes que, enorgullecidos unos por sus rancios pergaminos, y deseosos otros de aparentar ser mas de lo que son, desdéñanse de alternar con la honrada multitud, y prefieren aproximarse mas á los irracionales que á las personas. Hacen bien en buscar á sus semejantes.

Estos entes ridículos llevaban su fatuidad hasta el estremo de apiñarse en la parte esterior de uno de los paseos, y limitarse á una angosta callejuela que rozaba con los caballos y coches, sufriendo continua nube de sofocante polvo. Este paseo era conocido por el nombre de Paris. Por algunas palabras y coloquios sueltos que solian oirse de trecho en trecho, los lectores que no hayan tenido la fortuna de conocer personalmente esta Babilonia, podrán formarse una idea de los títeres que bullian en el Paris de Madrid.

—¿Estuviste ayer en el teatro del Príncipe, marqués?

—¡Oh! No, ciertamente, *mon ami*..... ¡Dios me preserve de volver al espectáculo español!....

—Pues se presentó una linda comedia jocosa.....

—Yo la conozco perfectamente, á fé mia..... es un sainetón..... Me apestan las comedias..... me dan esplin..... Yo estoy por las óperas, *mon cher*. .. ¡Qué duo tan precioso el de los *Puritanos!*.....

Suoni la tromba, è intrepido
Io pugnerò da forte.
Bello è affrontar la morte
Gridando ¡Libertà!

Y entusiasmados ambos filarmónicos y llamando la atencion de todos con sus gorjeos y contorsiones, zambulléronse entre aquella animada multitud.

—Yo no sé fingir,—decia otro mozalvete á una vieja presumida, cuyas riquísimas blondas y multitud de brillantes que la ataviaban indicaban que su vetusta fealdad corria parejas con su inmensa riqueza.

—¿Conque me quiere usted?

—¡Con delirio! Pero baje usted la voz, que nos acecha su marido de usted.

—No importa..... es un pedazo de atun. ¡Ah, picarillo!.... ¡Me tiene usted trastornada! El fuego de mi amor es un volcan.....

—Pues tambien siento yo abrasarme.....

—¡Agua! ¡agua!—gritaba una mujer.—¡Ahora viene fresquita de la fuente! ¡Panales y agua fresca!

—¿No va usted esta noche al concierto?—preguntaba un verdadero enamorado á una agraciada niña, cuyo bello semblante estaba empañado por el mal humor.

—No sé,—respondia la niña abriendo y cerrando con impaciencia el abanico.

—¿No lo quiere mamá?

—No sé..... ni á usted le interesa saberlo. ¿Qué importa que yo no vaya? Allí estará la Conchita.....

—¿Y qué me interesa á mí la Conchita?—repuso el amartelado amante aproximándose al ángel de su amor.

—¡Déjeme usted en paz!—esclamó la desdeñosa jóven.

—¿Que la deje á usted? Vamos, bien mio..... sea usted compasiva ó doy un escándalo..... ¡Mire usted que hago aquí mismo una atrocidad!

Y se aproximaba mas á su querida y la tiraba del vestido.

—¡Jesus, qué pesadez! Tenga usted la bondad de apartarse, caballero.

—¿Lo dice usted de veras?

—¡Sobre que me sofoca usted!

—¡Adios! ¡Usted sí que me sofoca con sus desaires!.... ¡Cruel!

—¡Horchata!—gritaba á lo lejos un ente de zaragüelles.

—¡Adios para siempre!....—repitió el amante infeliz.—El Canal no está lejos.....—añadió en tono misterioso.

Algunos momentos despues, aquel desesperado jóven..... ¡qué horror! habíase arrojado. ... en el café de Solís, y sabo-

reando un vaso de cerveza con limon, estaba diciendo á sus amigos:

—¡Qué conquista! ¡qué conquista acabo de hacer! La señorita N..... acaba de entregárseme á discrecion.

Volvamos al Prado.

—¿Vas esta noche á la *soirée?*—preguntaba un elegante á otro.

—¡No, chico! Y lo siento en el alma,—respondió el preguntado.

—¿Cómo así?

—¡Calla, que me ha sucedido esta tarde un chasco terrible! Te vas á reir; es una calamidad, pero es una calamidad del género jocoso.

—Tendrás alguna cita en otra parte.

—Nada de eso..... El maldito sastre, por una sola cuenta que le debo, ha estado en mi casa y se me ha llevado toda la ropa, menos lo que tengo puesto..... Ya ves, ¿cómo he de presentarme con este leviton?....

—¡Qué demonio! ¿Y por una sola cuenta te ha aligerado de todo tu equipaje?

—Es que en esa cuenta estaba el importe de todo, porque desde que me viste, y hace mas de un año, no le he dado un maravedí.

Un leve murmullo interrumpió este coloquio.

Era una elegante carretela abierta que llamaba la atencion general.

Este airoso carruaje de color de lila con ruedas blancas y ribetes azules apareció por la calle de Alcalá, rápidamente tirado por dos soberbias yeguas tordas normandas, enjaezadas con estraordinario lujo. Vestian los criados librea amarilla con botones y bordados de plata; sombrero apuntado, con elevado plumero, tambien amarillo, en forma de desmayo, el cazador. Eran de igual color las mantillas de las yeguas, galoneadas de finísima plata, y en sus ángulos, lo mismo que en las portezuelas del coche, veíase un precioso escudo de ar-

mas que indicaba la elevada nobleza de la marquesa de Turbias-aguas, antes Colasa la aguadora.

Cuatro individuos ocupaban esta magnífica carretela, á saber: la marquesa, María, don Venturita Riñones, y Otelo. Daremos una idea de estos dos últimos actores, que hacen su brillante papel en la escena del gran mundo.

El caballerito Riñones era digno cortejo de la marquesa mamá; era un jóven buen mozo, el tipo de la elegancia y buen gusto. Los sastres mas afamados solian vestirle de balde para adquirir parroquianos..... En una palabra, era un verdadero figurin de carne y hueso. Así como en las rocas que baña el

Nilo hay jóvenes osados que se dedican á la arriesgada pesca de los cocodrilos, hay en la patria del Cid espíritus, ó por mejor decir, estómagos fuertes aficionados á la pesca de las viejas. Don Venturita se llevaba la palma en esta difícil profesion, pues era infinito el número de deidades sesentonas que traia al retortero, y sacaba de ellas tan buen jugo que vivia en Madrid como un conde, despilfarrando la plata en francachelas con mujercillas locas y compinches de su calaña. Don Venturita era el ídolo del bello sexo, pues el metálico de sus respetables Dulcineas servíale para obsequiar á las beldades de quince primaveras; por manera que jóvenes y viejas se entusiasmaban ante las gracias de nuestro jóven héroe. Pero como la marquesa de Turbias-aguas estaba entonces en disposicion de saciar el espíritu esplotador de aquel caballerito de industria, ella era, en la apariencia al menos, la sultana del diseminado serrallo.

Don Venturita frisaba en los treinta años de edad; era alto, pero bien formado, color pálido, pelo negro rizado con afeminacion, espeso bigote, ojos pequeños pero espresivos, y cierta sonrisa picaresca que manifestaba inteligencia de su galante profesion. Sus finos modales respiraban amabilidad y buen tono; su genio jovial y bullicioso hacíale interesante en las sociedades del gran mundo. Tan diestro en el manejo de los naipes como en las intrigas amorosas, era el juego otro recurso que le producia acaso tanto como la credulidad de sus añosas y perifolladas víctimas.

Este venturoso amante no tenia mas que un rival; fortuna inaudita en estos aciagos tiempos en que rara es la mujer que no ponga en práctica aquel célebre verso

Per troppo variar natura è bella.

El corazon de la marquesa mamá estaba dividido entre don Venturita y Otelo, el consabido dogo que la marquesa solia llevar á menudo consigo, prodigándole afectuosos mimos y caricias.

La marquesa de Turbias-aguas y don Venturita con Otelo en brazos.

Este dichoso perrito no lamia en vano cuantos encantos lamibles constituian la hermosura de la marquesa, porque era en cambio tratado con la consideracion y respeto debidos á su elevada alcurnia.

Otelo se desayunaba con sopitas de leche, y en todas las comidas se le ponia una silla junto á la de la marquesa para que probase el animalito de los mas esquisitos manjares de la mesa.

Metíase en el perfumado baño con su señora, tenia su blando y limpio lecho, y jamás bebia agua sin que se le diese antes algun dulce para que no se le indigestase la bebida.

Sin duda el lector habrá notado la falta de un personaje que pasaba por hija de la marquesa de Turbias-aguas. La señorita doña Eduvigis no estaba ya en compañía de la marquesa, por haber contraido matrimonio con el fátuo y presuntuoso marqués de Casa-cresta. Este individuo creyó hacer un lucido casamiento que halagaba completamente su ridícula vanidad.

Entre personas humildes hubiera sido difícil ocultar el orígen del nacimiento de aquella jóven, porque se hubieran exigido las partidas de bautismo; pero sea que bastase la palabra de la señora marquesa, ó que fray Patricio con sus relaciones, su dinero y su diabólica travesura, hubiese vencido esta dificultad, lo cierto es que el marqués de Casa-cresta creia tener por esposa á la hija de una gran señora, y el lector habrá acaso adivinado que la tal Eduvigis era la hija de uno de los mas soeces y despreciables entes que han figurado en la taberna del *tio Gazpacho*. Doña Eduvigis era hija del *tio Curro*, carnicero conocido por el apodo de *el Desalmao*.

Entre el animado y vistoso grupo de la carretela, en que contrastaba no solo la flexible delgadez de don Venturita con la obesidad de la marquesa, que estaba á su lado engalanada de flores, joyas, cintas y plumas de distintos y brillantes matices, sino la diminuta y tísica faz del amante, con el anchuroso cuanto inverosímil rostro de la monstruosa mamá, descollaba María, hermosa y cándida. Su semblante encantador,

animado por su natural sonrisa de angélica modestia, exhalaba cierta espresion de inocencia que solo se encuentra en las vírgenes de Rafael.

Su traje era vaporoso y aéreo: sombrerito de paja sin mas adorno que una rama verde con lilas en capullo por la parte esterior y ligeros lazos de color de naranja que casaban lindamente con la morena tez de sus mejillas, dejaba deslizar los sedosos rizos de su negra cabellera sobre sus torneados hombros; la falda de su gracioso vestido era de precioso tafetan con listas de color de rosa sobre fondo castaño; *spencer* de raso negro con *jockeys* en las mangas de trasparente gasa; chal de cachemira de Persia que caia en gracioso y ondulante abandono, como queriendo descubrir la angosta y flexible cintura de aquella candorosa jóven, formaban el traje de María. De una cadena de oro llevaba pendiente un medallon del mismo metal, prendido junto al corazon. Asía una de sus manos el abanico, y la otra un ramillete de flores naturales, puras y frescas como el seno virginal de aquella encantadora morena, mas linda que las rosas, jacintos, claveles y violetas, cuyo penetrante perfume aspiraba sin afectacion ni coquetería.

Su hermosura era seductora; en tales términos, que en solo dos rápidas vueltas que dió la carretela junto al salon del Prado, María cautivó las miradas de todos los elegantes, no sin envidia de otras bellezas que cifran su vanidad en ostentarse blancas como la nieve y rubias como el oro.

Al anochecer se paraba la carretela á la puerta principal del teatro de la Cruz.

CAPITULO IX.

El teatro.

A España, cuna gloriosa de Lope de Vega, Calderon, Moreto, Tirso de Molina, Guillen de Castro y tantos otros varones ilustres que florecieron en el siglo XVII; esta España, tan vilmente calumniada y combatida por la asquerosa envidia de los pedantes de otros países, hace dos siglos que, colocada en honroso predicamento, suministraba ya modelos de buen gusto á todas las naciones civilizadas, y los mas célebres ingenios dramáticos de toda Europa abastecian los teatros con imitaciones de nuestros esclarecidos poetas. Y no se crea que el ardiente amor que á nuestra patria profesamos nos ciega hasta el punto

de aventurar en su elogio asertos exagerados; es una verdad incuestionable que nos han hecho la justicia de confesar muchos sabios estranjeros admiradores de nuestras glorias; porque la verdadera sabiduría acata al mérito doquiera que germine, mientras solo la torpe ignorancia padece y se consume de ira al contemplar triunfos ajenos.

«*El Mentiroso*, dice un escritor francés [1], imitacion de una comedia que escribió Alarcon con el título de *La verdad sospechosa*, y la tragedia del *Cid*, tomada por el gran Corneille de Guillen de Castro, sacaron el arte dramático francés de una infancia de que no queria salir, y cada vez que el eminente poeta (Corneille) sentíase desfallecer, apoyábase en los modelos españoles y recobraba su energía. En pos de Guillen de Castro consultaba á Calderon, el mas sublime de los poetas trágicos; á Alarcon, el mayor moralista cómico, y últimamente á Lope de Vega, modelo indispensable, repertorio encantador y universal.»

En la *Historia filosófica y literaria del teatro francés* por Mr. Hipólito Lucas, se dice *que hasta que Hardy se dedicó á traducir las comedias españolas, no dió la escena francesa señales de vida.*

Mayret obtuvo un éxito asombroso con la traduccion de una comedia de Rojas. La-Serre alborotó Paris con otra traduccion.

Un ilustrado escritor italiano, el erudito Riccoboni, calificó el teatro español de *mina inagotable para todas las naciones;* y por último, traduciremos lo que dice Denina en el discurso que leyó á la academia de Berlin en sesion pública del 26 de enero de 1786:

«Si los españoles, con su fecunda imaginacion, no hubiesen suministrado asuntos y planes á los poetas de las demás naciones, la Francia hubiera visto largo tiempo sus teatros en el estado mas lastimoso. Cuando se critica á los españoles la irregularidad de sus dramas, debiera hacerse una reflexion que les

[1] Mr. Puibusque en su *Historia comparada de las literaturas española y francesa.*

disculpa. Habiéndose prodigiosamente cambiado las costumbres desde los tiempos heróicos, esas unidades tan inculcadas no eran ya convenientes, y los españoles han creido que podian agradar é instruir sin sujetar su prodigioso ingenio á tan mezquinas trabas. No es cuestion de averiguar si las producciones de Lope de Vega, Calderon, Moreto y otros españoles están arregladas á los preceptos de Aristóteles y de Horacio como las de Corneille y Moliére; lo que se pregunta es si estos restauradores del teatro francés se han aprovechado de lo que habian escrito antes que ellos los poetas españoles. De esto no cabe la menor duda; por manera que los franceses deben á los españoles todas sus glorias teatrales. Y lo mas digno de admiracion y elogio es que en ese número infinito de comedias españolas que han abastecido largo tiempo los teatros de París, Lóndres y Venecia, apenas se conoce una en la que no imperen los principios esenciales de moral y de religion. Esto no puede desgraciadamente decirse de las obras dramáticas originales de las demás naciones.»

Podríamos citar otros muchos escritores estranjeros que han rendido su homenaje de justicia á nuestra ilustracion; pero no queremos fatigar la atencion de nuestros lectores, cuando queda probado que los dicterios que han prodigado á España sus detractores, se desvanecen ante la sana lógica, cual desaparecen las imágenes tenebrosas ante los rayos del sol.

Y no se culpe al pueblo español de la deplorable decadencia de su teatro. Unido á las vicisitudes políticas el fanatismo de sus gobernantes, vergonzosamente sometidos á la tiranía monástica, la ineptitud de algunos reyes que no han tenido mas voluntad que la que su confesor les permitiera, las inquisitoriales tendencias de los teócratas que trataban de sumir al pueblo en la mas degradante ignorancia para enseñorearse sobre sus despojos, estas son las causas primordiales de la decadencia del teatro español, porque el teatro es la escuela de la sociedad..... en él aprende el hombre lo que vale, y esto no puede interesar á los que pretenden erigirse en señores para

que el pueblo esclavo y envilecido lama sus piés cual miserable can arrastrándose ante el amo que le azota. ¡Oh, no! ¡mil veces no! El pueblo conoce ya sus derechos, y cuando es de todo punto imposible que la ilustracion del siglo retroceda, los gobernantes deben someterse á ella, so pena de ser ignominiosamente lanzados del poder.

El teatro, como escuela de civilizacion, como termómetro infalible de la cultura de las naciones, merece de un gobierno sabio y paternal la mas decidida proteccion. En España se ha levantado una voz inteligente que la implora, una voz sábia que debe ser oida y atendida, porque es la voz de la honradez y de la justicia, porque es una voz solemne que, á nombre de infinidad de artistas, hijos beneméritos de esta nacion que les dió el ser, aboga, no solo por sus familias, que perecen en la indigencia, sino por los progresos de la ilustracion española [1].

[1] El benemérito y aventajado actor y literato don Juan Lombía ha publicado una escelente obrita acerca del orígen, índole é importancia del teatro en las sociedades cultas. Toda ella es recomendable, y daremos por muestra las siguientes líneas sobre la causa de la decadencia del teatro de España:

«¿En qué consiste que habiendo sido esta nacion la que ha producido los mas insignes y famosos poetas y actores dramáticos, no ha conseguido sobreponerse á todas respecto á un ramo que es peculiar del genio artístico de sus hijos? ¿Cómo es que no se ha valido del predominio de su superioridad creadora para llevarlo triunfante de nacion en nacion y estrechar y mejorar por este medio sus relaciones sociales con muchas de ellas? Se me dirá que eso ha consistido en los desastres y infortunios que ha esperimentado este país desde mediados del siglo XVII hasta hoy. Me recordarán una á una sus mas notables desventuras: el desmembramiento del Portugal, que alcanzó al reinado de Felipe IV; la debilidad del supersticioso Cárlos II, que cedió una parte de nuestros Estados á Luis XIV; las guerras de sucesion y los continuos disturbios del reinado de Felipe V; la inútil bondad de su hijo Fernando el VI; el criminal abandono de Cárlos IV; los desbordamientos de su favorito; la ambicion de Napoleon y la ciega credulidad del jóven Fernando VII, que hicieron patentes á los españoles la necesidad de inhabilitar á la corona para el mal y conservarla para el bien; pensamiento político para cuya realizacion empezamos el año 1808 una revolucion que aún no hemos concluido. Todo esto, no hay duda, debe de haber ejercido un influjo funesto en el teatro, como en todos los ramos del saber; pero si tenemos presentes los elementos de prosperidad, los recursos con que la naturaleza ha favorecido siempre á nuestro país, y los estraordinarios con que contaba al empe-

Enteramente abandonado el teatro por el gobierno, entregado al espíritu especulador de los particulares, hemos visto en estos últimos años á varios capitalistas derramar el oro á manos llenas para hacernos oir todas las notabilidades filarmónicas estranjeras, destinando dos de los tres teatros principales esclusivamente á las óperas y bailes, contratando para ellos los mas célebres artistas de Europa, cuando en Paris, en Lóndres mismo, no se ha podido nunca mantener mas que un solo teatro de este género. Tal vez por vanidad, ó por una moda ridícula en demasía, se han sacrificado inmensas sumas á un lujo incompatible con las escaseces del pueblo. Porque sépase que los teatros son para entretener é instruir al pueblo y no para divertir esclusivamente á la aristocracia. El pueblo

zar su decadencia; si reparamos en que ningun otro ha estado exento de desgracias y reveses durante los mismos siglos, y que aun en esa misma Francia, que en el dia ostenta mas brillantez que ninguno, tanto respecto al ramo de que se trata como á todos los demás que atestiguan la cultura de los pueblos modernos; si recordamos que esa misma nacion ha pasado tambien por trances muy amargos y convulsiones violentísimas, sin ahogar los progresos del teatro, comprenderemos que debe haber otra causa mas eficiente y funesta para él en este país, y esta es *el abandono con que casi siempre lo ha mirado el gobierno*, y al decir el gobierno hablo de todos los poderes del Estado pasados y presentes. Es tan culpable esta apatía, y dice tanto contra la mayor parte de los hombres que han dirigido los destinos de la nacion, que su calificacion la dejo al juicio del público mismo y de los gobernantes celosos por las glorias de su país. ¡Pues qué! ¿una institucion tan útil como el teatro, hija de nuestra religion, identificada con nuestras costumbres, aun cuando en un principio solo se comprendiese como mera diversion, en el solo hecho de ser *diversion pública*, no debia de llamar la atencion del legislador para organizarla y darla la direccion mas útil que le fuera posible? Y mientras que en Francia, desde los primeros pasos del teatro hasta hoy, el gobierno no ha dejado de ocuparse de su fomento á través de todas las revoluciones y trastornos políticos y aun religiosos, procurando siempre su mejora y acrecentamiento, como puede verse en los anales legislativos del teatro de aquella nacion, ¿qué es lo que se ha hecho en España jamás por el gobierno en favor de este importantísimo ramo? Puede decirse que nada; y aun algunas veces, la ignorancia y el fanatismo de muchos gobernantes han hecho no poco para destruirlo. Recórrase nuestra historia respecto á este punto, y recórrase á la par la de la nacion vecina, y se verá qué contraste ofrecen á nuestros ojos. Se verá en España al gran emperador Cárlos V, en vez de dar organizacion al teatro, fer-

trabajador tiene derecho á que se le proporcione un solaz á sus fatigas; pero invadidos los teatros por esas legiones estranjeras de danzarines y cantantes, ha habido que subir los precios de estas diversiones, y sobre ser un sacrificio pecuniario el acudir á ellas, hemos presenciado el escándalo de ver lanzados del antiquísimo teatro de la Cruz, donde habian trabajado desde su fundacion, á multitud de actores españoles.

No solo el gobierno, sino hasta los particulares que se llaman humanitarios, y que por su posicion social y por sus riquezas pudieran contribuir á los progresos de las artes nacionales, miran con desprecio á los artistas españoles, mientras á cualquier estranjero se le prodiga apoyo y proteccion.

No es nuestro ánimo por cierto el escluir las óperas de los

mular una ley por la cual prohibia á los actores que vistiesen con arreglo á la categoría del personaje que representaban, puesto que mandaba que no se sacasen á la escena trajes de lujo; se verá á la madre de Cárlos II cerrar los teatros de todo el reino, dando por razon para ello *que el rey su hijo era niño todavía;* á Fernando VI haciendo consultas sobre si eran ó no lícitos, y despues de oir doscientas vaciedades teológicas de espíritu ultramontano acerca del asunto, y establecer necias condiciones para que continuase esta diversion nacional, traer al famoso Farinelli con su teatro lírico estranjero á palacio, y dar con esto un testimonio público del abandono con que miraba el de su país. Despues de Felipe IV solo Cárlos III lo ha favorecido directamente dando impulso á la escena, mejorándola y estimulando sus adelantos, creando establecimientos literarios, fomentando las letras, que son su elemento, y secularizándolo completamente al prohibir en él las representaciones de autos sacramentales; y nótese cómo el casi único rey español que ha dejado gloriosa memoria en esos siglos fatales ha sido el que ha procurado fomentar el teatro. Y no fueron estériles en verdad sus nobles esfuerzos, porque de esa época datan nuestros últimos adelantos, mas ó menos tardíos, pero siempre superiores á lo que debia esperarse de la desorganizacion que aún existe. Y entre tanto, ¿qué se observa en la vecina Francia? En 4 de diciembre de 1402 Cárlos VI autoriza á la cofradía de la Pasion para que represente públicamente sus dramas religiosos en Paris, en el palacio de Borgoña, esto es, siglo y medio antes de que se abriera ningun teatro permanente en España. Despues Luis XII, apellidado el padre del pueblo, da permiso para que los actores puedan ejercer la sátira contra todas las personas de su reino, sin esceptuarse á sí mismo. (*Hist. filosófica y literaria del teatro francés*, por H. Lucas, pág. 2.) En 1518 Francisco I confirma los privilegios de la cofradía, y una resolucion del Parlamento de 19 de noviembre de 1548 reforma aquellos decretos, previniendo

teatros nacionales. El que no es sensible á las delicias de la música nos merece compasion; pero creemos que se conciliarian todos los extremos destinando un solo teatro para las óperas, y aun haciéndolas alternar con funciones de declamacion. Creemos que si las representaciones españolas se decorasen con el lujo y esmero que se emplea en las óperas y bailes, el público concurriria á ellas, y de este modo se disfrutaria de todo y hallarian una honrada subsistencia multitud de artistas que perecen ahora de hambre. Esta mejora alcanzaria á los escritores dramáticos, pues habria posibilidad de dar mas dramas nuevos, y hasta las mismas empresas adquiririan, en nuestro concepto, mas lucrativos resultados.

En medio de tan lastimoso abandono, vemos descollar en la escena de Isidoro Maiquez y Rita Luna una infinidad de

que en adelante solo se representen piezas de asuntos profanos lícitos y honestos, y de ningun modo misterios sagrados, mas de dos siglos antes que se tomase en España igual medida; bajo cuyas condiciones, y á fin de fomentar los trabajos de aquella compañía, la mejor organizada á la sazon, manda que cualquiera otra que represente en Paris ó en los arrabales sea bajo el nombre y provecho de la que servia de modelo. (Riccoboni, *Reflexiones históricas*, pág. 104.)

Véase despues, en la *Historia filosófica y literaria del teatro francés* escrita por Mr. Hipólito Lucas, cómo fomentaron la escena los gobiernos y las academias; y por último, léase el *Tratado de la legislacion teatral ó Exposicion completa y metódica de las leyes y la jurisprudencia de los teatros y espectáculos públicos de Francia*, publicada en Paris por Mr. Vivienne y Mr. Edmond Blam en 1830, y allí se hallarán leyes, órdenes y decretos para su acrecentamiento y mejora, dados en todos tiempos, tanto por el Parlamento como por los reyes, así discutidos por la Convencion en medio de la revolucion mas espantosa, como firmados por el emperador Napoleon en Moscou, al resplandor de las llamas de aquella ciudad que redujeron á pavesas sus propios hijos. Esto es lo que puede llamarse proteger el arte; esto lo que ha hecho que adquiera tan notable importancia en aquel país. Y lo que prueba la que podria alcanzar en el nuestro es el ver el incremento que ha tomado por sí solo, sin la menor ayuda ni amparo del gobierno, en estos últimos doce años, que en medio de la revolucion, la libertad de imprenta y la de la discusion, han dado mas ejercicio, importancia y valor intrínseco á las letras y á las artes. Pero aunque se advierte el conato, la desorganizacion lo confunde y anonada, y es ya indispensable que el gobierno, cualquiera que sea su color político, aproveche este impulso instintivo dado al teatro, y que es un aviso de la opinion pública, á fin de organizarlo en bien del país, de su cultura y de su gloria.»

talentos privilegiados, dignos intérpretes de Talía y Melpómene. Citaremos en primer lugar á la inimitable doña Matilde Díez, que por la asombrosa naturalidad con que desempeña todo linaje de caractéres ha merecido la honrosa calificacion de *Perla del teatro español*. Doña Bárbara Lamadrid en el género trágico es escelente. Doña Juana Perez ha sabido conquistar con sus aciertos un lugar honorífico entre las damas de primer órden. Doña Jerónima Llorente es una *característica* que no tiene rival en España, y pocas habrá que la aventajen en los teatros estranjeros. Don Cárlos Latorre es sin disputa de los primeros trágicos de Europa. Don José García Luna es un actor aventajadísimo. Don Antonio de Guzman puede ponerse en parangon con los mas famosos *graciosos* de las naciones cultas. Don Luis Fabiani sabe cautivar las simpatías del público. Don Juan Lombía es inimitable en ciertos caractéres; pero en todos los que representa manifiesta siempre inteligencia esquisita, estudio profundo y gran conocimiento de los efectos teatrales. No acabaríamos nunca si tuviésemos que nombrar individualmente á todos esos jóvenes actores y actrices que descuellan en la escena española por sus aciertos y noble ambicion de gloria; y toda vez que es preciso concluir, citaremos con orgullo á don Julian Romea, modelo de perfeccion en cuantos papeles toma á su cargo. No creemos que haya en Paris ni Lóndres quien aventaje á este jóven artista, por todos conceptos admirable.

¿Y qué proteccion ha dispensado el gobierno á los que de un modo tan ostensible aumentan las glorias del país que les dió el sér? ¿Qué recompensas han obtenido su mérito, su aplicacion, sus afanes? Olvido, y nada mas que olvido..... El premio, las condecoraciones, los ricos presentes..... se guardan para las notabilidades estranjeras!

Cuando á pesar de tan escandalosa apatía de parte del gobierno, vemos en el arte dramático, sin mas aliciente que su noble ambicion de gloria, á tantos jóvenes poetas que avanzan por la senda de la inmortalidad; cuando tenemos actores

que pueden rivalizar con los primeros de las naciones mas cultas, es verdaderamente lastimosa, es criminal la indiferencia con que mira el gobierno el teatro español.

Es urgente un buen edificio en sitio á propósito.

Los teatros principales de Madrid son el del Príncipe, el de la Cruz y el del Circo, pero ninguno de estos edificios es digno de la capital de España. El del Príncipe, despues de haber sufrido un incendio, fué reedificado en 1806 bajo la direccion del arquitecto Villanueva. Es mezquino en demasía. Solo caben en él unas mil doscientas personas. El de la Cruz se arregló en 1737 por Ribera. Este arquitecto ha dejado mil testimonios de su mal gusto, y no es el menos chocante este edificio, cuya estrambótica fachada y desordenado interior le hacen irremediable. Hay en él unas mil cuatrocientas localidades. El teatro del Circo es de mucha mayor capacidad; pero tuvo principio en el año 1835 para las funciones que daba la compañía gimnástica de Mr. Paul en la plaza del Rey, y á pesar de sus mejoras, adolece siempre de su orígen.

Otro hay empezado entre la plazuela de Isabel II y la plaza de Oriente, que aunque demasiado excéntrico, se asegura que nada dejará que desear. Lo cierto es que el proyecto es grandioso, y lo será tambien el edificio, á juzgar por lo que de él va construido. Solo el escenario tiene cien piés de fondo. Parece que escederá en estension al de la Academia Real de Música de Paris y otros de los primeros coliseos de Europa. Habrá en él grandes salones de descanso y de baile. La fachada frontera á la calle del Arenal es imponente y majestuosa. Pero Dios sabe cuándo estará este edificio habilitado para la *farándula*, aunque no han dejado de lucirse en él bastantes *farandules* desde que se destinó este teatro á la representacion de farsas políticas; porque hay que saber que en una de sus vastísimas salas celebra sus sesiones el Congreso de los señores diputados.

. . . . . .

María asistió por primera vez al teatro de la Cruz á la

representacion de la ópera de Bellini titulada *Capuleti ed Montechi*. Su hermosura llamó igualmente la atencion de los espectadores. Todos los anteojos se dirigian á uno de los palcos principales. En este palco las naturales gracias de María formaban contraste con los ridículos dengues de la voluminosa marquesa de Turbias-aguas.

Hacia ocho dias que los encantos de María obtenian repetidísimos triunfos de esta naturaleza. Sus atractivos eran objeto de admiracion y elogios en la tertulia de la marquesa.

Jóvenes y viejos rendian tributo de vasallaje á la hechicera María; pero esta vírgen adorable, lejos de envanecerse con sus lauros, ruborizábase de ellos, sin que el haber pasado tan repentinamente del colmo de la indigencia á una mágica aglomeracion de satisfacciones, comodidades y placeres, hubiese pervertido en lo mas mínimo su candoroso corazon. Creia que su familia participaba de su bienestar; que no estaba lejos el momento de abrazar á sus padres y hermanos, de verles felices, y estas dulces ilusiones tenian para ella mas encantos que los goces materiales á su nueva y brillante posicion debidos.

La incauta niña era demasiado buena para penetrar el lazo infernal que se le tendia bajo tan halagüeñas apariencias.

Dejemos á María radiosa y triunfante, dejémosla rodeada de pompa y magnificencia, y antes de trasladarnos al santo asilo de mendicidad donde su madre y sus hermanos lloraban acerbamente su infortunio, hagamos una leve reseña del estado político de la nacion española en el mes de mayo de 1836. Revelemos la influencia que ejerció en los escandalosos acontecimientos de la córte la sociedad de los *esterminadores*, y hablemos de las bellas esperanzas que bajo todos aspectos lisonjeaban el amor y la ambicion de su jefe fray Patricio.

CAPITULO X.

Las esperanzas de fray Patricio.

Abril espira.

El reloj de Santa Cruz está dando las siete de la mañana.

Radiante sol de un alegre dia de primavera empieza á iluminar la habitacion de fray Patricio.

Este individuo, envuelto en su bata de tela escocesa á cuadros de varios colores, repantigado en cómoda poltrona, saborea el riquísimo y aromático chocolate de Caracas, de que está lleno hasta el borde un cangilon monstruo que tiene asido del asa con la mano derecha, mientras la izquierda sostiene un gran plato de blanquísima china, en cuyo centro deja de vez en vez descansar el cangilon, rodeado de esponjosos fragmentos de bollo, despues de haber sorbido la pocion deliciosa, «elevando á cada sorbo (como ha dicho nuestro digno amigo fray Gerundio) [1] mas y mas la cabeza, hasta el punto de clavar los ojos en las estrellas del firmamento, como quien dice: *desde aquí á la gloria.*»

Fray Patricio alternaba con majestuosa parsimonia los

[1] *La Risa*, tomo II, pág. 131.

estomacales sorbos y sabrosísimas mojadas con reflexiones halagüeñas acerca de su porvenir, que por todos conceptos anunciábase destellando lisonjeras perspectivas de próxima felicidad.

Las esperanzas que incesantemente hacíale concebir la marquesa de Turbias-aguas, rayaban casi en seguridad de ver correspondido en breve el amor que profesaba á María; amor, sí, porque es preciso confesar que fray Patricio amaba frenéticamente á María, y los mismos desdenes de esta virtuosa jóven habian avivado el fuego de la vehemente pasion que nutría aquel hombre inmoral.

Por otro lado, puesto al frente de los *esterminadores*, habia acreditado su diabólica travesura, su tino, prevision y maquiavelismo, en términos que, relacionado con los magnates de toda Europa interesados en el triunfo del absolutismo teocrático, recibia inmensos recursos de todas partes, particularmente de Roma, para atender á las urgencias del ejército carlista, poniendo en juego las secretas ramificaciones, hábilmente eslabonadas, que en todas partes tenia el *Angel esterminador*.

Fray Patricio, en consecuencia, nadaba en oro, si nos es permitido valernos de esta vulgar espresion, y lejos de concretarse á la inmensidad de riquezas su prosperidad fascinadora, si bien es verdad que creia con ellas dominarlo todo, halagábale otro deseo ardiente..... el de ver premiada su ambicion con el destino de primer consejero de la corona, tan pronto como el triunfo laurease sus desvelos..... triunfo que le halagaba muy de cerca, porque la tenebrosa sociedad de que era jefe iba logrando el fruto de su diabólica actividad. El plan estaba sagazmente urdido..... las facciones iban tomando cada dia mayor preponderancia sobre las tropas liberales..... El cabecilla Gomez estaba en el secreto, iniciado por fray Patricio en esta horrible conspiracion. Gomez era el que debia aproximarse á Madrid tan pronto como ciertos hombres ocupasen las sillas ministeriales; con él hubiérase acaso consumado la

transaccion con don Cárlos, si la nacion no se hubiese levantado en masa contra el gobierno que la conducia al precipicio. Sépalo la España..... sépalo el mundo entero, porque esta IMPORTANTE REVELACION justifica la existencia de una sociedad homicida que bajo el manto de la religion oculta el puñal del esterminio.

—Seré ministro,—decia fray Patricio.

Y su anchurosa faz, encendida como la grana, despedia por todas partes destellos de infernal alegría.

—Seré ministro; pero ministro de un rey absoluto, de un rey que me deberá su trono, y esto equivale á decir: seré rey..... ¡Oh! sí, esto es tan fácil como engullirme ahora esta sopa de chocolate.

Al hablar así, despues de haber mojado en el consabido cangilon un fragmento asaz respetable de bollo, se lo tragó, haciendo un espresivo ademan de invencible superioridad. Sonrióse despues con aire de triunfo, y añadió:

—¡Miserables! Se contentan ahora con ocupar algunos meses las doradas sillas, siendo el juguete de las Córtes, la befa y escarnio de los periódicos, la irrision del populacho. Un centenar de ambiciosos, siempre los mismos, divididos en fracciones, acaudillan las diferentes pandillas de que se compone el partido liberal. Suben y bajan como los arcaduces de una noria. Fomentemos, pues, su desunion, introduzcamos la discordia en todas partes, aticemos odios y pasiones, sembremos la desconfianza, alimentemos el descontento, exasperemos esas ambiciones insaciables que conducen á la apostasía; en una palabra, acabemos de desmoralizar á los hombres del poder, y ellos arruinarán al pueblo, y el pueblo se cansará. Amortiguado el entusiasmo de las masas, será fácil encontrar hombres venales que con tal de ocupar las doradas poltronas entrarán en transacciones con nosotros.

En estas reflexiones habia vaciado fray Patricio la mitad del cangilon, y embaulando en su abdómen un vaso de agua pura y cristalina, dió un gutural resuello de satisfaccion, y

continuó, acompañando nuevas reflexiones con nuevos sorbos y mojadas.

—Sí, entrarán en transacciones, sí,—decia fray Patricio;—pero es preciso echar abajo el actual ministerio. Es cosa fácil tambien..... nuestros emisarios son activos..... fingen á las mil maravillas..... se introducen por todas partes..... El programa de Mendizábal no se ha cumplido..... la guerra debia haberse terminado á los seis meses..... Esta es un arma poderosa..... Nosotros atizamos el fuego, y sus mas íntimos amigos le hacen ya en los estamentos una oposicion encarnizada. En Palacio avanza la intriga que es un primor..... Dos hombres desean ser ministros á cualquier precio..... lo serán..... renegarán de sus principios [1] y..... negocio concluido..... Gomez coronará la fiesta..... será mi escabel.....

Sorbióse fray Patricio el poco chocolate que quedaba en la jícara, y despues de apurar otro vaso de agua, sacó la caja de tabaco y tomó á guisa de postres un solemne polvo de padre y muy señor mio.

En esto presentóse la tia Esperanza, anunció al barbero y se retiró, llevándose el plato, los vasos y la jícara vacía.

Un instante despues apareció tarareando el *himno de Riego* un jóven de unos veinticinco años de edad, alto, flaco, cara triguena, ojos espresivos, bigote y perilla muy poblados, pelo negro. Llevaba sombrero redondo, que dejó en una silla, cha-

[1] «.....casos, los dos, que ninguno disculpa la repentina metamorfósis de aquel (Istúriz) y que no pueden desnudar del carácter de interesada, y como tal odiosa, la trasformacion de un hombre que, volviendo la espalda, no ya solo á sus amigos de siempre, sino á los principios que habia siempre profesado y defendido con notable calor y exaltacion, se traslada al bando opuesto, apoya sin rubor lo que antes contrariaba, y forma alianza estrecha con los enemigos que tan vigorosamente habia poco antes combatido. Con Isturiz tambien hizo tránsito al bando contrario su paisano y amigo el célebre orador tribuno don Antonio Alcalá Galiano, que tantos glorias populares habia adquirido en la época constitucional del 20 al 23, no solo en las tribunas de las Córtes, sino en las mesas del café de la Fontana, en Madrid, que no pocas veces sirvieron de pedestal á sus fervientes y democráticas peroraciones.» (Florez, *Historia de Espartero*, tomo I, páginas 305 y 306.)

queta de paño azul con bordados y alamares, chaleco amarillo de raso, pantalon blanco y faja de seda encarnada.

—¡A buena hora, señor rapista!—dijo en tono de chunga fray Patricio.—Has tardado tanto, que me he determinado á tomar chocolate ahora mismo; de modo que no sé yo si será muy bueno para la digestion el mojarse la cara.....

—Perdone usted, don Patricio..... Vengo de Palacio,—respondió el barbero.

—¡Hombre! ¿De Palacio?

—Sí señor; soy barbero de cámara..... del cocinero de Palacio, y además corto los callos á su mujer, que por cierto es una linda muchacha. Pero, don Patricio, quisiera que despachásemos pronto, porque á las nueve he de estar en casa del señor ministro de Hacienda.

—¿Tiene tambien callos el ministro?

—Tuvo un sofocon, y hay que ponerle sanguijuelas.

—¿Al ministro de Hacienda?

—Sí señor,—respondió el barbero.

Y luego, con socarronería, añadió:

—Dios *las* cria y *ellas* se juntan.

Rióse fray Patricio del chiste del barbero, quitóse la bata para estar mas cómodo, y sentándose en mangas de camisa en su poltrona, esclamó:

—¡Ea! Pues manos á la obra.

Empezó la operacion, y concluyó acompañada del siguiente coloquio:

—¿Conque tenemos al señor ministro enfermo?—dijo fray Patricio.

—Es un berrinche que no vale nada..... Consecuencia seguramente de la oposicion que algunos de sus amigos le hacen en las Córtes, particularmente Istúriz y Galiano.

—¿Y cae ó se aguanta el ministerio?

—¿Qué sé yo?

—¿Pues quién ha de saberlo si no lo sabe el barbero de cámara del cocinero de Palacio?

—No se burle usted, señor mio..... Traigo noticias muy gordas.

—Vamos á ver.

—Los ministros han pedido á la reina Gobernadora que exonere de sus destinos al capitan general de Madrid y al inspector de infantería.

—¿A Quesada y á Ezpeleta?

—Sí señor; pero parece que la reina Gobernadora ha dicho nones, y los ministros están en hacer dimision.

—¿Y se les admitirá?

—¡Qué disparate! Si tal sucediese, habria una de San Quintin. ¡Poquito irritados estamos todos los patriotas exalta-

dos contra los enemigos de Mendizábal! Este sí que es un grande hombre.

—¡Y tan grande!..... No necesita caña para coger nidos. Con los dedos despabilaba las lámparas de las iglesias, y de una manotada echó abajo las campanas de los mas altos campanarios.

Entre estas y otras pláticas concluyó el barbero su operacion, dejando como nuevo el lustroso y encarnado rostro del ex-fraile, y se despidió.

Fray Patricio vistióse precipitadamente, y se fué á recorrer varios círculos políticos, en los que figuraba, tomando en cada uno de ellos distinto matiz.

. . . . . .

Durante los primeros quince dias de mayo estuvo en sesion permanente en la calle del Divino Pastor una comision de los *esterminadores*. Los mejores talentos de esta sociedad tenebrosa pusiéronse en movimiento con fray Patricio, y con su diabólica sagacidad influyeron poderosamente en la caida de aquel ministerio, en la manera que debia reemplazarse, y hasta en las personas que debian sustituirle.

El 15 de mayo fué admitida la dimision del ministerio Mendizábal, y entró á presidir el nuevo ministerio don Francisco Javier Istúriz. Estos dos ministros disputáronse el poder á pistoletazos. Permítasenos esclamar con nuestro amigo el ilustrado autor de la *Historia de Espartero*, don José Segundo Florez: "¡Brillante ejemplo de moralidad y de respeto á las leyes, dado por dos primeros ministros ó consejeros de la corona![1]" Nosotros añadiremos: si hubieran sido dos pobres artesanos se les hubiera condenado á presidio.

Don Antonio Alcalá Galiano *se convirtió*, como Istúriz, varió de principios, y fué nombrado ministro de Marina.

Un ministerio de tan degradante orígen no podia ser duradero. Emprendió la marcha antiliberal y retrógrada, que hu-

[1] *Historia de Espartero*, tomo I, páginas 304 y 306.

TAYLOR INST. OXFORD

biera tal vez terminado en una transaccion vergonzosa con don Cárlos, fraguada en el club del *Angel esterminador* [1], á no ser por el heroismo de *un sargento*, que erigiéndose en intérprete de la soberanía nacional, como mas adelante esplicaremos, en premio de haber salvado el trono de Isabel II y la libertad de su patria murió despues abandonado, despreciado, escupido por los que acaso se reparten los tesoros de la nacion para despilfarrarlos en bacanales y orgías, mientras suda el pueblo gotas de sangre para pagar espantosas contribuciones.

[1] «.....El ministerio Istúriz habia sabido granjearse la animadversion y escitar contra sí la animosidad de los pueblos por medio de su conducta reaccionaria. Hablábase de proyectos de transaccion con don Cárlos, y se comentaba de diversos modos el viaje del general Córdova á la córte.....

.....

Era una triste realidad la persecucion que aquel gobierno entabló contra los mas decididos liberales, y el ataque directo que hacia á las instituciones, señaladamente á la Guardia nacional y á la prensa. Los muchos liberales interesados en el progreso de aquellas veian con dolor que, lejos de reformarse el raquítico Estatuto en sentido nacional y dando la estension debida á los derechos del ciudadano, iba á retrogradarse, perdiendo por consiguiente en la carrera de la libertad, segun las ideas que la fuerza y los amaños del gobierno hacian triunfar en las elecciones.» (FLOREZ, *Historia de Espartero*, tomo I, pág. 333.)

CAPITULO XI.

San Bernardino

Sabido es que en todas las grandes poblaciones, y precisamente en las que marchan al frente de la civilizacion europea, es en donde está mas arraigado el vicio. Hemos hablado ya de esos héroes de taberna, de esos bárbaros, cuyas feroces costumbres son únicamente comparables con las que nos describe de los salvajes el famoso Cooper, á quien Süe, el humanitario y justamente célebre Süe, apellida el Walter Scott americano.

Con todo, podemos decir con orgullo, á pesar de las calumnias que nos prodiga la *envidia estranjera*, suponiendo que en España estamos aún por civilizar, que si bien es verdad que en Madrid se cometen escesos de todo jaez, no son tan frecuentes ni repugnantes como los espantosos cuadros de esos tipos odiosos y sanguinarios que hormiguean en las capitales de Francia é Inglaterra.

Hay por desgracia entre nosotros entes pervertidos que deshonran la humanidad; hay asesinos como los que hemos bosquejado en la taberna del *tio Gazpacho;* hay en la alta sociedad personas inmorales, á la manera de la marquesa de Tur-

bias-aguas y sus contertulios; hay beatas hipócritas como la tia Esperanza, sacerdotes crapulosamente desmoralizados y criminales como fray Patricio; pero esta escoria, este asqueroso fango de degradacion contrasta con mil heróicas virtudes que resplandecen en las clases todas de la sociedad madrileña.

Hay tambien en Madrid sacerdotes, dignos discípulos de Jesucristo, llenos de moderacion, de caridad y mansedumbre evangélica; hay tambien en Madrid grandes y nobles, que lejos de envanecerse con sus títulos, líganse en vínculos fraternales á las clases industriosas..... El verdadero *buen tono* existe tambien en la aristocracia de Madrid; no ese *buen tono* ridículo, basado en una gravedad insoportable y en el desprecio de los demás, sino el que destella por todas partes esmerada educacion, virtuosa franqueza, finos modales, elegancia y moralidad. Hay en la aristocracia de Madrid señoras benéficas que no se desdeñan de socorrer á las clases menesterosas.

Hace un año que se estableció en Madrid una *Junta de beneficencia domiciliaria*, bajo la presidencia de la señora duquesa de Gor, y esta sociedad filantrópica, compuesta esclusivamente de señoras de la aristocracia, ha hecho tales progresos, que durante el corto tiempo de su existencia ha repartido mas de CIEN MIL REALES á las familias menesterosas de la córte.

Celebramos tener esta ocasion de tributar merecidos elogios á estas personas benéficas, á quienes mas que sus vanos títulos, colocan en posicion noble y elevada sus bellos sentimientos de humanidad. Véase, pues, como no tenemos empeño en humillar á los ricos para ensalzar á los pobres. Nuestra severa censura solo se dirige contra la maldad, doquiera que se oculte.

Dijimos en el capítulo primero de la primera parte de nuestra historia: "¿Por qué no se han de crear en Madrid y en todos los puntos populosos sociedades benéficas?.... El pensamiento de facilitar á los pobres socorro en sus apuros, enfermedades y escaseces, no puede ser mas hermoso y humanitario..... Invitamos á los capitalistas españoles á que concilien sus beneficios con los que el pueblo reportaria de la propagacion de tan pro-

vechosas instituciones. Dediquen siquiera á tan filantrópico objeto una pequeña parte de esos millones que consumen los cantores y bailarines estranjeros..... y su patria les bendecirá.»

Esto decíamos, y hemos visto posteriormente con la mas dulce satisfaccion en todos los periódicos de la córte el anuncio de una empresa respetable que con el título de SOCIEDAD AMIGA DE LA JUVENTUD acaba de instalarse en Madrid, con el objeto de libertar á los mozos de las quintas y dotar á las jóvenes cuando contraigan matrimonio [1].

Nosotros auguramos á esta filantrópica empresa tan felices

[1] SOCIEDAD AMIGA DE LA JUVENTUD.—Con este nombre acaba de constituirse una sociedad anónima, sobre el capital de cuarenta millones de reales, divididos en ocho mil acciones de cinco mil reales cada una.

Su duracion será de noventa años, ó de mas si conviniere á los interesados en ella, quienes en tal caso facilitarán y publicarán su prorogacion.

Los objetos á que por ahora se refieren sus operaciones en punto á seguros, son los siguientes:

1.° Satisfacer seis mil reales vellon á los varones inscritos á quienes toque la suerte de soldados.

Para adquirir derecho á percibir estos seis mil reales pagarán, segun la edad en que se aseguren, las cantidades siguientes:

	Reales.
Dentro de los primeros quince dias del nacimiento.....	280
Desde el dia diez y seis del nacimiento hasta cumplir un año de edad.	500
Desde un año y un dia hasta cumplir tres años de edad...	600
Desde tres años y un dia hasta cumplir seis años de edad.....	700
Desde seis años y un dia hasta cumplir nueve años de edad.....	800
Desde nueve años y un dia hasta cumplir doce años de edad.....	1.000
Desde doce años y un dia hasta cumplir diez y seis años de edad.....	1.500

2.° Entregar á las hembras inscritas cuando contraigan matrimonio, segun la edad en que lo verifiquen, una de las dotes que á continuacion se espresan:

	Por una dote.	Por dos.	Por tres.
Si se casan á los quince años cumplidos.....	5 000	10.000	15.000
Si á los veinticinco cumplidos.....	7.500	15.000	22.500
Si á los treinta y cinco cumplidos.....	10.000	20.000	30.000
Si á los cuarenta y cinco cumplidos.....	12.500	25.000	37.500

resultados como á la CAJA DE SOCORROS AGRICOLAS DE CASTILLA LA VIEJA ESTABLECIDA EN VALLADOLID, cuya Direccion concluye la última circular remitida á los accionistas, con estas notables palabras:

"Resultados tan brillantes y muy superiores á las esperan-

Las cantidades que deben entregar para asegurarse, segun la edad en que lo verifiquen, por una, dos ó tres dotes, son éstas:

	Por una dote de 5.000 rs.	Por dos dotes de 5.000 rs.	Por tres dotes de 5.000 rs.
Dentro de los quince dias primeros del nacimiento.	200	440	710
Desde el dia diez y seis del nacimiento hasta cumplir un año	240	500	850
Desde un año y un dia hasta cumplir tres años de edad	300	700	1.000
Desde tres años y un dia hasta cumplir seis años de edad	350	900	1.300
Desde seis años y un dia hasta cumplir ocho años de edad	400	1.000	1.600
Desde ocho años y un dia hasta cumplir diez años de edad	550	1.300	2.000

Las mujeres que hayan cumplido diez años de edad y no pasen de los cuarenta podrán inscribirse para el seguro de dotes hasta 31 de diciembre de 1850; pero no tendrán derecho á dichas dotes sino en el caso que contraigan matrimonio cinco años despues de la imposicion y antes de cumplir cuarenta y cinco de edad.

Las dotes á que tendrán derecho serán:

	Por una dote.	Por dos.
Despues de cinco años de aseguradas	5.000	10.000
Despues de quince años id. id	7.500	15.000

Las que se hallen en las edades señaladas en este párrafo deberán pagar las cantidades que por edades les señala la tarifa siguiente:

	Por una dote de 5.000 rs.	Por dos dotes de 5.000 rs.
De diez años y un dia hasta cumplir quince años de edad	1.000	2.500
De quince años y un dia hasta cumplir veinticinco años de edad	1.500	3.500
De veinticinco años y un dia hasta cumplir treinta años de edad	1.000	2.500
De treinta años y un dia hasta cumplir cuarenta años de edad.	800	2.000

zas de sus fundadores estimulan poderosamente su celo y alientan su corazon hasta el punto de considerar ya estrecho el círculo de sus primeros proyectos, *hallándose, por lo tanto, decididos á darle mayor amplitud y desarrollo*, en beneficio, no solo del cultivo de las tierras, sino tambien de otros ramos importantes de la industria agrícola. Tales son los pensamientos que animan á la empresa, y tal la favorable posicion en que se halla al dar principio á sus trabajos en beneficio de los labradores. Socorrer á esta honrada clase, mitigar las amarguras de su situacion, consolar sus infortunios, proteger sus intereses, procurar á sus hijos y familias una suerte menos desgraciada, en que siquiera no sean víctimas de los estragos de la usura y de los horrores de la miseria: hé aquí los nobles propósitos que lleva por norte la CAJA DE SOCORROS AGRICOLAS DE CASTILLA LA VIEJA. En este campo apacible y tranquilo es donde se propone trabajar con ardiente celo, con incansable

Esta sociedad es estensiva á las cuarenta y nueve provincias de España, en las que se han nombrado los comisionados correspondientes.

Con arreglo á la escritura de fundacion, se reserva la sociedad establecer los demás seguros para carreras ó profesiones literarias, científicas ó industriales, cuando tenga recogidos y calculados los datos que han de servir de fundamento á sus operaciones y á las tarifas relativas á esta clase de objetos.

La sociedad se constituyó el dia 26 de diciembre de 1845, habiendo quedado elegidos por unanimidad para los respectivos cargos las personas siguientes:

VOCALES DE LA JUNTA DE GOBIERNO.

Excmo. Sr. duque de Montemar, conde de Altamira; Sr. D. Francisco de las Bárcenas; Excmo. Sr. conde de Torremuzquiz; Sr. D. Bartolomé Santamarca; Excmo. Sr. D. José Carratalá; Sr. D. Pablo Collado; Excmo. Sr. D. Antonio Gallego; Sr. D. Mariano Barrio; Ilmo. Sr. D. Juan Quintana; Sr. D. Juan Bautista Reig; Excmo. Sr. D. Santiago Otero; Sr. D. José Romero Giner; Excmo. Sr. vizconde de Armería; Sr. D. Antonio de Gamboa y Norigat; Sr. D. Pedro Laviña.

DIRECTORES.—Sr. D. Nazario Carriquiri; Sr. D. Mariano Carsí; Sr. D. Antonio Vallecillo, fundador.

DIRECTOR GERENTE.—Sr. D. Miguel Puche y Bautista.

SUBDIRECTORES.—Sr. D. Juan Pablo de Fuentes Corona, fundador; Sr. D. José Bitini, idem; Sr. D. Francisco de Paula Suazo, idem.

actividad y fervorosa constancia. La moralidad y la beneficencia, combinadas con una módica utilidad, serán siempre el lema inalterable de sus operaciones. Los resultados justificarán bien pronto la verdad de estas promesas; y si llega un dia, como es de esperar, en que los labradores de Castilla la Vieja colmen de bendiciones á esta institucion, viendo en ella un asilo protector que les consuele en sus infortunios y calamidades, habrá conseguido entonces la principal recompensa que pudieran obtener de sus conciudadanos los fundadores de la CAJA DE SOCORROS AGRICOLAS DE CASTILLA LA VIEJA.»

Otra empresa humanitaria acaba de instalarse en Madrid con el título de LA ISABELA, *sociedad filantrópica universal de auxilios mútuos.* La Junta directiva nos ha hecho el obsequio de remitirnos los Estatutos de esta sociedad. Su objeto es altamente moralizador y provechoso. Así le esplica su digno Presidente el señor marqués de Mataflorida en la carta con que se ha servido favorecernos.

«Nuestros deseos (dice) no son otros que el contribuir por cuantos medios estén á nuestro alcance á mejorar la suerte de todas las clases; enjugar las lágrimas de todos los desgraciados; procurar medios, hasta ahora no practicados, de realizar transacciones sociales de mil géneros distintos; asegurar á los socios el porvenir de sus familias ó el de los objetos de su aprecio; facilitar recursos á los individuos de ambos sexos para establecimientos ventajosos que sin esta sociedad hubieran sido imposibles, y aun de poder reintegrar muchas veces sin el mas leve dispendio, ó con uno muy pequeño, en una ó varias inscripciones, crecidas cantidades á algunos acreedores tal vez arruinados ó reducidos á la desesperacion por insolvencia de sus deudores; moralizar al pueblo; inclinarle por su propio interés á amar el órden y la paz; extinguir odios y disturbios domésticos, y contribuir sobre todo á esa union tan deseada y tan necesaria para el bien de la patria entre todos sus hijos, disminuyendo la impresion dolorosa de pasadas pérdidas, de infortunios presentes ó de funestos presentimientos, con la

certeza de tener cada uno en su mano una compensacion infalible y un recurso poderoso de disminuir estos males.»

Nosotros, que al empezar la historia de MARIA deplorábamos la escasez de estas asociaciones benéficas, tenemos un placer inefable al verlas plantear bajo lisonjeros auspicios, y no dudamos que el país sacará de ellas las inmensas ventajas que son de esperar.

Tambien debemos encarecer la utilidad de las Cajas de ahorros. Verdad es que para alcanzar los beneficios de semejantes establecimientos es preciso haber ahorrado antes alguna cantidad; pero esto no disminuye las ventajas que ofrecen al artesano económico. En ellas puede depositar el sobrante de sus necesidades, con la esperanza de que el capital impuesto ha de producirle mayor suma para atender á cualquier infortunio que le sobrevenga.

En 1839 estableciόse en Madrid una *Caja de ahorros* y ha dado muy buenos resultados. Ojalá no tuviésemos que lamentar su falta en las capitales de provincia, puesto que hasta el dia no contamos en toda la península mas que tres ó cuatro, y es preciso reflexionar que el porvenir de las masas trabajadoras no es tan lisonjero y seguro que no sean indispensables estos elementos para contrarestar á poca costa las consecuencias de la adversidad.

En todos los países civilizados han producido grandes ventajas las *Cajas de ahorros*, y el jornalero que una vez las esperimenta, compara sus necesidades con el producto de su trabajo y se afana por economizar; arregla su conducta, se moraliza, y hé aquí un gran paso hácia la civilizacion del pueblo, porque las costumbres se mejoran, el amor al trabajo crece y se propaga, la vagancia disminuye, y se evitan crímenes horrendos.

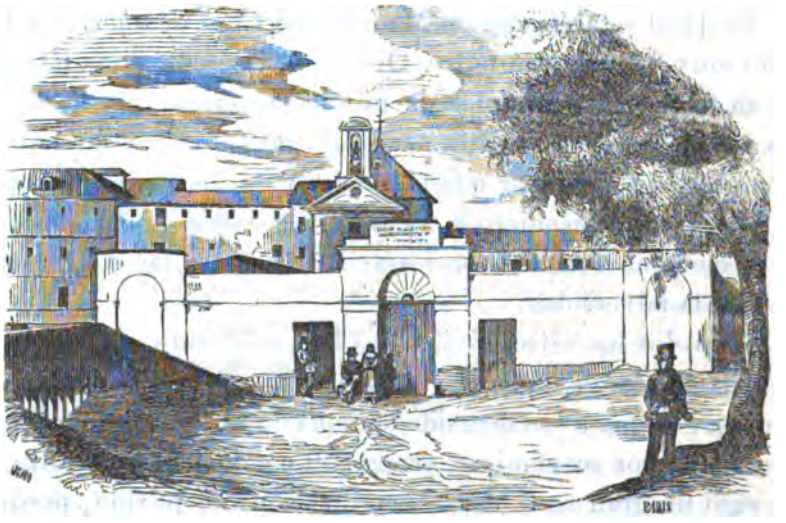
. . . . . .

Los madrileños en general son amables y bondadosos. Su talento es precoz, y unen la instruccion de la sociedad á la de los libros. Su erudicion no es profunda, pero es amena. Su conversacion está sembrada siempre de chistes, agudezas y

muy á menudo de punzantes sátiras. Brillan siempre por su elegancia y buen gusto en el vestir. A pesar del bullicio de mil distracciones, esméranse en adquirir una instruccion sólida, y hablan de todo con bastante acierto. Su grata locuacidad y adorable franqueza hacen su trato encantador.

Los madrileños en general, sin olvidar el sexo de los hechizos, son honrados, pundonorosos y en estremo caritativos. Jamás cierran el oido á los lamentos de la mendicidad. Sirva de prueba el siguiente relato histórico:

Merced á los incesantes desvelos de una autoridad celosa que estaba al frente de la administracion civil en aquella época [1], espidióse en 3 de agosto de 1834 una real órden para que se plantease el *Asilo de mendicidad de San Bernardino.*



En medio de los horrores del cólera apelóse á la caridad individual del sensato y filantrópico vecindario de Madrid, y sin embargo de haberse limitado sábiamente el *máximum* de

[1] Don Joaquin Vizcaíno, marqués viudo de Pontejos, era entonces corregidor.

esta caridad á cuatro reales al mes, produjo lo suficiente para su creacion y sostenimiento.

El 18 de setiembre del mismo año entraron los mendigos en este benéfico albergue, cuya inmensa moralidad ó importancia se ha acreditado cada dia mas en los pocos años que lleva de existencia. Pero no parece sino que esta misma importancia y moralidad de la institucion sean en la actualidad motivos de desprecio para los hombres del poder. Poco les importa á los que nadan en riquezas, acaso inmoralmente adquiridas, que las clases menesterosas perezcan de hambre por las calles. Prodígase el oro para premiar apostasías, para galardonar deshonrosas delaciones y acaso calumnias detestables; se reparte á manos llenas entre los que contribuyen á vejar y oprimir al pueblo, y un establecimiento de trascendentales consecuencias en favor de la moralidad social, de la prosperidad pública, y sobre todo en alivio de la humanidad desvalida, se ve enteramente abandonado del gobierno!!!

El pueblo de Madrid se ha lanzado presuroso á enjugar el llanto de la orfandad y la miseria, pero sus esfuerzos son insuficientes para atender á las precisas urgencias de tan benéfico asilo; y si el gobierno no le tiende una mano protectora, no tardará acaso en desmoronarse este santo edificio de beneficencia, cuya existencia es ya indispensable.

El objeto de este establecimiento es recoger á los pobres que vagan por las calles, moralizarlos y hacerlos útiles á la sociedad.

. . . . . .

En este pobre asilo, la desventurada madre de María, la ciega Luisa y sus hijos, lloraban sus infortunios. Gemia el desgraciado Anselmo en la tenebrosa mansion del asesino, y María les creia felices á todos!.... Y mientras aquellos objetos predilectos de su corazon vertian acerbas lágrimas de amargura..... rodeada la incauta jóven de fascinadores oropeles, recibia con placer el emponzoñado incienso de sus adoradores.

Espliquemos en breves palabras el motivo de haber sido

recogid. la ciega Luisa con sus hijos en el asilo de mendicidad de San Bernardino.

Sabe el lector que no le quedaba ya á esta desgraciada familia mas que el mezquino salario que Manuel, el hijo mayor, ganaba en una imprenta ejerciendo el oficio de cajista.

El talento despejado de este mozo y su buena disposicion grangeáronle el cariño de su jefe, en términos que el regente de la imprenta temió por su porvenir y empezó á sentirse dominado por la mas ruin de las pasiones, la envidia. Así es que no desperdiciaba ocasion alguna de poder zaherir al infeliz muchacho, hasta que logró malquistarle con su mismo jefe, que con tanta predileccion habíale tratado hasta entonces. No hubo calumnia que no emplease el regente contra el pobre jóven, y cuando ya el dueño de la imprenta empezaba á mirarle con odio, la prision de Anselmo *el Arrojado* completó el triunfo de la maldad. Hostigado el impresor por su regente, avergonzóse de tener en su casa al hijo de un asesino, y el pobre Manuel fué ignominiosamente despedido de la imprenta.

En este estado, y sin apoyo en el mundo, la madre y sus tres infelices hijos determinaron abandonar su pobre habitacion; la cerraron, y dirigiéronse á implorar de puerta en puerta la pública caridad.

¡Imposible parece! A este horrible estado de desesperacion conduce la injusticia de los hombres. Una familia honrada, llena de sublimes virtudes, vagaba de infortunio en infortunio hasta llegar el estremo de tener que mendigar su subsistencia. ¡Escándalo inaudito, hijo del criminal abandono en que tiene el gobierno á las clases menesterosas! No parece sino que el ser pobre sea el mayor de los delitos, segun el triste galardon que alcanza en la sociedad la honradez de los infelices artesanos. ¡Y no se quiere luego que nazca de la indigencia la prostitucion! La miseria es un espantoso gérmen de maldades, porque no todos los desgraciados están dotados de heroismo, como la familia del jornalero Anselmo; y el gobierno que trate de moralizar al pueblo, es preciso que empiece por atenderle como

su dignidad reclama. No se olvide nunca esta incuestionable verdad: LOS PUEBLOS LIBRES É INDEPENDIENTES JAMÁS SE REBELAN CONTRA UN GOBIERNO JUSTO Y PROTECTOR QUE LABRA LA FELICIDAD DE TODAS LAS CLASES DEL ESTADO.

. . . . . .

A últimos de abril fueron recogidos la esposa y los hijos de Anselmo en San Bernardino, donde se permitia á Manuel salir de cuando en cuando por si podia adquirir noticias de su padre.

Un dia volvió este buen hijo, acompañado de otro hermanito, lleno de gozo, y arrojándose en los brazos de su madre, esclamó:

—¡Madre mia! ¡madre mia! ¡he visto á mi padre! Hoy se le

ha puesto en comunicacion, y he tenido el gusto de abrazarle. ¡Me ha manifestado tantos deseos de ver á usted!.... Pediremos licencia, y esta misma tarde iremos todos á verle; ¿no es verdad, mi buena madre?

La ciega Luisa tenia sus manos una en cada mejilla de su hijo, é inundaba su rostro de apasionados besos. Cuando cesó la agitacion que en aquel momento esperimentaba, respondió:

—Sí, hijo mio, iremos..... iremos... . ¡ay!.... ¡á verle!.... ¡yo no! Dios lo quiere así..... ya no le veré mas..... ¡Oh! ¡qué suplicio es vivir eternamente en la oscuridad!.... Pero iremos..... porque nos permitirán ir, ¿no es verdad? A lo menos tendré el gusto de abrazarle, de oir su acento consolador, y saber si se le pone pronto en libertad..... porque ha sufrido ya demasiado..... Aquí estará á lo menos entre nosotros..... ¡Son tan buenos los que nos rodean!.... Pero dime, hijo mio: ¿no podríamos ir ahora? ¿Por qué dilatar tanta felicidad?

—Tiene usted razon, madre mia; voy á pedir licencia á los superiores.

. . . . . .

Concedida sin repugnancia alguna la licencia que Manuel solicitó, porque la bondad de estas criaturas habia cautivado el afecto de todos, este interesante grupo salió de San Bernardino el 15 de mayo, dia de San Isidro, patron de Madrid, á las cuatro de la tarde, y se dirigió á la cárcel de Córte.

El rostro de la ciega Luisa y de sus hijos habíase reanimado visiblemente. Sus corazones palpitaban de gozo. Manuel se adelantó á preparar á su padre, quedándose los hermanitos menores para guiar á Luisa, porque estos niños habian ido repetidas veces con su hermano á saber de su padre, y conocian perfectamente el camino. Las criaturas, asidas de las manos de la ciega, iban saltando de alegría..... Esta alegría debia convertirse pronto en acerbo llanto.

¡Una nueva desgracia hizo que la ciega Luisa fuese otra vez conducida á San Bernardino, exánime y moribunda, sin haber podido abrazar á su infeliz esposo!!!

Retrocedamos á la vigilia de San Isidro, para dar una sucinta idea de la tertulia de la marquesa de Turbias-aguas.

CAPITULO XII.

El buen tono

Hasta en el mismo lujo y en el esceso de su profusion suelen dar á conocer algunos personajes, aristócratas de nuevo cuño, la mala inteligencia que del verdadero *buen tono* tiene formada. Nada mas *vulgar* que el esceso de la opulencia entre ciertas personas millonarias que confunden los alardes de un orgullo frenético con el esquisito gusto de la elegancia.

Deslumbradores é imponentes estaban los salones donde la marquesa de Turbias-aguas recibia por la noche á sus amigos.

Riquísimos cortinajes chinescos de un amarillo brillante y de un azul zafiro cruzábanse sobre las puertas de pulimentada caoba. Las paredes estaban cubiertas de damasco carmesí caprichosamente floreado, y el pavimento, de ricas alfombras. Finísimos encajes cubrian los anchurosos cristales de las vidrieras. Un soberbio piano de ébano con relieves y piés de plata sobredorada, en la que el hábil cincel de un famoso artista de Viena habia esculpido lindísimas guirnaldas de flores entrelazadas, sostenidas por aéreos pajarillos, ocupaba un sitio predilecto. Grandes cuadros al óleo de la escelente escuela veneciana, con marcos dorados; primorosos flereros colocados simétrica y lateralmente en marmóreas mesas que sostenian en su centro relojes de oro esmaltado, elevados sobre zócalos de jaspe oriental; sofás y butacas cubiertas de raso damasquino, y otros mil costosísimos adornos, resplandecian á la radiante luz de hermosas bujías de variados matices, colocadas en las cristalinas arañas que con sus coronas de plata y oro pendian del cielo raso. Estos adornos reproducíanse en las límpidas y diáfanas lunas de magníficos espejos.

La marquesa figurábase, como casi todos los que habiendo nacido en pobre cuna llegan á poseer tesoros, que acreditaba su buen gusto haciendo gala de tan escesiva aglomeracion de lujosos objetos; pero la antigua aguadora de la plaza de Toros solo hacia de este modo ostentacion de su riqueza y de su vanidad. Es preciso confesar que no está la elegancia ni el verdadero buen tono en hacer alarde de costosos muebles, que puede adquirir cualquier necio rico (si es que haya ricos que pasen por necios): el mérito, el gusto y la finura están en la conveniente distribucion de los adornos, á la manera que la elegancia de una hermosa no consiste en ir abrumada de blondas, ricas sedas, costosas plumas, esmeraldas, perlas, topacios y rubíes, sino en hacer uso de estos y otros atavíos con discreta coquetería, con gracia y delicadeza.

Una de las tres salas en que estaba repartido todo este fausto, sin hacer mencion de otras tantas antesalas llenas de

holgazanes con librea que fumaban y bebian á la salud de sus amos, era donde los altos personajes se jugaban como despreciables tahures el fruto de escandalosas dilapidaciones. Allí era ver los codiciosos rostros de los magnates, clavada la azo

rada vista en el oro ajeno, agruparse entre asquerosas viejas y formar un cuadro repugnante de las costumbres del gran mundo.

Llevaba la banca don Venturita, y su agilidad de dedos era solo comparable con la del célebre pianista *Franz Listz*.

Habia otras mesas de tresillo, golfo y *ecarté*. Los jugadores del tresillo solian ser maridos de edad avanzada, llenos de resignacion y mansedumbre, cuyas jóvenes esposas recibian en otra parte las caricias de sus chichisveos. Entre los empleados de alto coturno que jugaban al golfo, descollaba por su desenfado y arrojo en envidar el resto, algun ex-ministro de Hacienda acostumbrado á engolfarse lindamente.

Un embajador estranjero llevábase la palma en el *ecarté*. Avezado al trato de los reyes, hallábaselos siempre entre las manos y daba unas bolas á sus contrincantes que era una bendicion de Dios.

Dejemos este garito de tahures condecorados, y pasemos á otra sala donde algunos graves diplomáticos estaban hablando de política.

—Los señores Mendizábal é Istúriz—decia uno—acaban de darse á los ojos de la Europa entera en el mas ridículo espectáculo.

—¡Por supuesto!—contestó otro.—Mas hubiera valido que se hubiesen encerrado solos en un cuarto y se hubiesen disputado á cachetes la silla de la presidencia del gabinete, que eso de salir al campo con una pistola cada uno y volver ambos ilesos de la refriega.

—Efectivamente es una escandalosa y ridícula farsa,—esclamó un tercero;—porque las cosas no deben llevarse á semejante terreno entre dos primeros gobernantes; y en el caso de que sea inevitable un lance de honor de tan estraordinaria naturaleza, arguye cobardía en ambos combatientes el que no haya quedado uno en el campo; y es admirable que con esta mancha, con este delito, queden no solo los dos impunes, sino que suba uno de ellos al poder; porque está ya admitida la dimision de Mendizábal y mañana se anunciará el nombramiento de Istúriz.

Con esta y otras cuestiones estaban los hombres de Estado arreglando la España y el mundo entero, entre las nubes de los puros, los sorbos del ponche y el bullicio y los brindis

de otros elegantes de trueno, á quienes no impide el *buen tono* ciertos desahogos festivos que tuviéranse en entes democráticos por nauseabundos efectos de la embriaguez; pero que en la alta sociedad se califican de destellos de espiritual alegría.

Detengámonos un poco en la seccion *erótica*, presidida por la recien casada doña Eduvigis, marquesa de Casa-Cresta, y en donde descollaba la hermosura de María entre otras hermosuras que recibian los inciensos de amartelados adoradores.

Mujeres de quince á treinta años, de distintos genios y facciones, pero todas mas ó menos bellas, rubias como el oro unas, otras de sedosas trenzas de ébano; blancas como la nieve y sonrosadas de ligero carmin ó interesantemente pálidas y morenas; altas y corpulentas como matronas, ó de breve y torneada estatura, rollizas y voluptuosamente abultadas, ó delgadas como ligeras sílfides, todas ellas primorosamente vestidas, destellaban por todas partes encantadores hechizos. Casadas unas y solteras otras, tenian todas su galan predilecto, si bien es verdad que en este amoroso vínculo de breves meses y acaso dias, parecia que iban turnando los gallardos jóvenes y alguno que otro de esos veteranos que jamás se rinden á la severidad de los años, y con rizadas pelucas, dientes postizos y bragueros de Márcos ó Perote, remedian las catástrofes del tiempo.

Los mozalvetes eran no menos originales. No habia entre ellos uno solo que fuese el verdadero tipo de esos honrados jóvenes que forman la mayoría de la juventud de Madrid. Todo su talento limitábase á una afectacion ridícula de las costumbres estranjeras. Hablaban de todo con insoportable pedantería, pero cada palabra suya era un dislate, cada idea un absurdo. Sacaban á colacion las aventajadas costumbres de París, Lóndres y San Petersburgo, y mostrábanse completamente ignorantes de las de su patria; y si por casualidad hablaban de nuestras cosas, era para zaherirlas con los mas insolentes sarcasmos. Esto no lo estrañarán nuestros lectores cuando sepan que hay casa en Madrid, que siendo sus dueños

españoles, no admiten en su tertulia á quien no sepa el francés, y aun oblíganse sus concurrentes á no hacer uso de otro idioma. Esto no seria tan malo si el objeto fuese perfeccionarse en él, pues en este caso podria considerarse como una especie de academia; pero no es así, sino que varios entes, tan ridículos como tontos, se reunen para parodiar *une soirée* en donde se habla un francés chabacano y se censura bárbaramente todo lo español.

¡Lástima es que estos angelitos no estuviesen en pañales en aquellos tiempos en que se amostazó el rey Herodes! Una degollina de necios daria mucho impulso á la civilizacion española.

Animados por el ponche, los jóvenes de la tertulia de la marquesa hablaban á las señoras en términos atrevidos en demasía; pero lejos éstas de escandalizarse, aplaudian sus chistes y premiaban acaso sus deseos con criminal correspondencia.

En este caos de deshonra y desmoralizacion, la inocente María figurábase que su virtud no peligraba, porque juzgaba por su corazon el de los demás. Las lecciones de la marquesa de Turbias-aguas, dadas con jesuítica hipocresía, habian hecho un efecto sorprendente. María tenia por conciliable cuanto la rodeaba, con la sublime virtud que era su ídolo, y en breves dias habíase aficionado locamente á las diversiones y placeres que presenciaba. Hacia sorprendentes progresos en el baile, el teatro la encantaba, y oia con candorosa complacencia los requiebros que todos la prodigaban.

En medio de tantos goces habíase debilitado la memoria de su primer amante, y aunque jamás desamparaba el medallon que contenia su retrato, el tiempo, el haberle visto ella misma cadáver, y la obsequiosa amabilidad de otro amante no menos galan que el de los cabellos de oro, si bien de alguna mas edad, que la incauta jóven consideraba como circunstancia favorable porque le suponia el mismo amor con mas juicio y madurez, sumergian su espíritu en ciertas reflexiones.

—¡Don Luis ha muerto!—decíase á sí misma.—Yo le hubiera sido fiel, porque aún adoro su memoria.

Y al decir esto, enjugóse una lágrima.

—Pero no existe ya, no puedo ser suya; y cuando otro me habla sinceramente de amor.... cuando veo que sufre por mis desdenes..... ¡oh! es una crueldad no corresponderle.

Estas y otras parecidas eran las reflexiones contínuas de María desde que el baron del Lago la obsequiaba; pero no podia determinarse á darle esperanzas..... Un secreto remordimiento amortiguaba esta llama naciente.

Operacion difícil, si no imposible, es dar una idea exacta de los atractivos de María, que ostentaba entonces toda la belleza de una flor lozana que acaba de ofrecer á la luz del dia sus virginales colores. Su rostro encantador parecia abrigarse bajo el velo de modesta espresion llena de dulzura y de bondad. Bastaba verla una vez para sentirse herido de su inefable amabilidad. Mostrábase siempre afectuosa á las lisonjas de sus aduladores, pero sin envanecerse. Exento su talento de malicia y suspicacia, no sabia distinguir la adulacion de las simpatías: hé aquí por qué creia de buena fé en las siniestras lisonjas del baron del Lago.

Este personaje frisaba en los treinta y ocho años; pero sus facciones agraciadas, su limitada estatura y esbeltez de su cuerpo, vestido siempre con elegancia esquisita, dábanle un aire juvenil que disminuia considerablemente en la apariencia su edad.

Pelo negro y rizado adorna su frente majestuosa; su mirada es atrevida pero llena de dulzura, y su sonrisa encantadora deja ver, bajo el negro y espeso bigote, el finísimo esmalte de su enana dentadura. Su traje es sencillo: corbata negra de raso con dos alfileres de brillantes prendidos de una cadenita de oro, chaleco blanco de piqué, que contrasta con el negro de una cinta de la que lleva pendiente del cuello un lente de concha y oro, con el cual juguetea su mano derecha mientras se apoya su izquierda con el dedo pulgar en la escotadura del

chaleco. Su frac es azul con grandes botones dorados, y su ajustado pantalon cae abotinado sobre la bota de charol que cubre su pequeño pié. Los guantes pajizos, sumamente ajustados, marcan perfectamente el bello contorno de los dedos, hasta dibujar los surcos de las uñas.

El baron del Lago mostrábase cada vez mas enamorado de la inocente María, á cuyo lado estaba entonces, apoyado graciosamente en el canto de una mesa.

—Es usted tan cruel como hermosa,—decíale en voz conmovida.—Todos son mas felices que yo. Mire usted en derredor nuestro..... ¡Cuántos amantes dichosos!.... Y usted sin embargo.....

—¡Por Dios, señor baron, hablemos ya de otra cosa!—contestó María, que no sabia cómo disimular su turbacion, porque las palabras de aquel hombre tenian para ella un encanto irresistible, y el recuerdo de su primer amor luchaba con los deseos de mostrarse sensible á una pasion que la infeliz creia sincera y virtuosa.

Era el baron demasiado hábil en intrigas amorosas para desconocer el efecto que sus palabras producian, y como diestro conquistador, contentábase con ganar terreno poco á poco. Sabia por esperiencia que no convenia rogar mucho á una mujer para obtener sus favores. Cierta tibieza prudente alcanza mas que la monotona pesadez de un enamorado Jeremías.

—Dice usted bien, hermosa María; hablemos de otra cosa. Perdone usted si la he molestado con mis impertinencias,—esclamó el baron con afectada sensibilidad.—¡Soy un loco! Su corazon de usted tendrá seguramente otro dueño..... que será mas jóven y atesorará mas méritos que yo..... ¡pobre de mí!.... pero puedo asegurar á usted, hermosa María, que no es posible haya quien adore á usted como yo la adoro.

—Yo no sé qué decir á usted, señor baron; me ruboriza usted con semejantes espresiones,—repuso María bajando la vista y deshojando maquinalmente una rosa del ramillete que llevaba en la mano.

—Diga usted que esta conversacion le fastidia,—añadió el baron.—Perdóneme usted; procuraré resignarme á mi desventura.

Un momento de silencio interrumpió esta conversacion.

—¿Va usted mañana á San Isidro?—preguntó María al baron con adorable amabilidad.

—¡Por Dios, señorita, si no va mas que el populacho á esa asquerosa diversion!....

—Vamos, que bien irá usted.

—¿Cómo así?

—Como que tampoco queria Eduvigis que fuésemos, por la misma razon que acaba usted de manifestar; pero mi buena tia se ha empeñado en que así como habíamos de ir á otra parte, emprendamos mas temprano el paseo y nos dirijamos á San Isidro.

—¿Y á qué hora piensan ustedes ir?

—Entre cuatro y cinco de la tarde, segun dijo mi tia. Pero si usted no ha de ir, ¿á qué viene esa pregunta?

—Sabiendo que va usted, ¿habia de quedarme yo en Madrid?

—¿Conque..... irá usted?

—Lo prometo. ¿Y usted se alegra de que yo vaya?

—Siempre se alegra una de ver á sus buenos amigos.

—¿Conque me confunde usted con todos sus amigos?

—Entre los amigos..... siempre hay quien merece particular distincion.

—¿Seré yo tan afortunado?....

—He dicho ya demasiado, señor baron; y si es cierto que me ama usted..... no creo haberle dado motivo de queja.

—Lejos de eso, bella María,—esclamó el baron del Lago como enajenado de gozo;—estoy contentísimo. La dulce esperanza que hace usted nacer en mi corazon, me da la vida. Si algun dia merezco el título de esposo de usted, seré el mortal mas feliz de este mundo.

En este momento asomóse á la puerta la marquesa de Turbias-aguas, y despues de llamar á María con la mano, y habérsele aproximado ésta, le dijo la marquesa al oido:

—Te advierto, María, que el baron..... está casado.

María se estremeció..... Su amor naciente convirtióse en odio, al ver la perfidia con que aquel monstruo la engañaba.

CAPITULO XIII.

Madrid en el campo.

El domingo 15 de mayo de 1836 á las cuatro y media de la tarde, la elegante carretela de la marquesa de Turbias-aguas, en la que iban esta buena señora con su Otelo en brazos y su don Venturita al lado, y María, bajaba al trote de dos briosas yeguas normandas por la calle de la Montera; y como estu-

viesen obstruidas las de Carretas y Concepcion Gerónima, que son el tránsito para la de Toledo, con el paso de tropas de la guarnicion que habian tenido revista, dirigióse la berlina á la calle de la Paz, pasó rápidamente por la plazuela de la Leña, y al atravesar la de Santa Cruz para tomar la calle Imperial, aconteció uno de esos lamentables sucesos tan repetidos en Madrid, donde parece que la severidad de la justicia no alcanza á las clases elevadas.

Son ya tan frecuentes las desgracias que ocasionan los coches atropellando á los que transitan á pié por las calles, que repetidas veces ha clamado la prensa periódica contra semejantes escándalos; pero lejos de remediarse, apenas pasa dia sin que llore alguna familia una catástrofe de esta naturaleza.

Nadie nos aventaja en acatar el derecho que toda persona acomodada tiene de hacerse conducir en carruaje. En todos los países civilizados se consiente y protege este lujo; pero esto no autoriza esa superioridad insultante que se arrogan los señores de los coches sobre la gente de á pié. No basta el brusco aviso de un cochero salvaje, no. Si hubiese en España verdadera policía, debieran los carruajes detenerse ante cualquier grupo ó muchedumbre y respetar á las masas del pueblo, que valen en todos casos mucho mas que los encopetados personajes con todos sus bordados y condecoraciones.

Tampoco debiera permitirse á ninguna clase de carruajes correr por las calles de Madrid. ¿De qué sirve que grite el cochero y agite su látigo, cuando un pobre impedido atraviesa penosamente una calle, ó juegan en ella distraidos algunos muchachos, ó transita algun sordo ó algun anciano en fin que no tiene agilidad ni fuerza para salvarse? Pues bien; el cochero cree cumplir su obligacion dirigiendo á las personas los mismos gritos con que hace obedecer á sus caballos, y quiere que como brutos le obedezcan los hombres. Esto es degradante..... es insufrible..... y si la persona avisada no se aparta, aun cuando no haya oido el aviso del bárbaro cochero, sigue su curso el carruaje, y aunque algun infeliz sea víctima de semejante bruta-

lidad, impune queda el cochero, impune el dueño del coche, que considerarse debiera como cómplice del asesinato.

Laudable es el celo de los que tienen la fortuna de poder lucir magníficos trenes y conocen el respeto que se merece la inmensa mayoría del pueblo que no puede gastar en coches; pero es irritante que haya entes tan orgullosos que crean que los pobres deben someterse á la voz de los lacayos. No les basta insultar con su lujo la pobreza de las clases proletarias, sino que exigen que les deje todo el mundo el paso libre, so pena de ser pisoteado por los caballos de su carroza. De este modo se cometen todos los dias asesinatos, y los asesinos quedan impunes, porque son asesinos que van en coche.

. . . . . .

Al atravesar velozmente la plazuela de Santa Cruz, atropelló la carretela de la marquesa de Turbias-aguas á una pobre mujer que llevaba dos niños de la mano. Los niños pudieron escaparse; pero la mujer era ciega, cayó, y recibió tan fuertes contusiones que quedó sin sentidos..... moribunda.

El lector habrá adivinado ya que esta infeliz era la madre de María, á quien condujeron exánime á San Bernardino, despues que algunas gentes piadosas conocieron por su traje que pertenecia á aquel asilo de mendicidad.

Cortísimo trecho faltábale que andar á la desventurada Luisa para llegar á la cárcel de Córte; y cuando esperaba que las caricias de su tierno esposo, de quien estaba separada hacia algun tiempo, que á la pobre mujer le parecia un siglo, proporcionarian á su corazon sensible dulce solaz que mitigaria sus padecimientos..... cuando se lisonjeaba de recibir de la propia boca de su querido Anselmo favorables noticias acerca del estado de su causa, porque Luisa sabia que su marido no podia haber cometido crímen alguno..... cuando solo faltaba un breve instante para llegar á sus brazos..... un nuevo infortunio, mas terrible que cuantos habian agobiado hasta entonces á aquella mujer adorable, arrebatóle casi con la vida sus hermosas esperanzas, sus halagüeñas ilusiones. Bruscamente

atropellada, como llevamos dicho, cayó en el suelo, donde fué revolcada y pisoteada por las fogosas yeguas, debiéndose atribuir á un raro prodigio de la Providencia el que no se la hubiese encontrado ya cadáver. Aquella infeliz respiraba aún; pero daba poquísimas esperanzas de vida. Prodigáronle cuantos auxilios reclamaba su lamentable situacion; pero todos los síntomas eran funestos. La ciega no pudo recobrar el conocimiento ni el habla..... su palidez era mortal.

¡Contraste desgarrador!.... Mientras en elegante carroza iba la hija á una alegre romería, dos mozos de cordel conducian en una pobre camilla á su madre moribunda á San Bernardino!

Ninguno de los personajes que iban en la carretela reparó en esta catástrofe; tal fué la rapidez con que el cochero procuró alejarse de aquella escena, dirigiéndose por la puerta de Toledo á la pradera de San Isidro, para entrar en Madrid por la puerta de Segovia, segun las órdenes que habia recibido.

El dia de San Isidro todo el pueblo de Madrid, esceptuando los ridículos entes que se vanaglorían de no pertenecer al pueblo, se abandona á la romería del santo patrono.

Cuentan los historiadores que á orillas del célebre Manzanares, doña Isabel, esposa del emperador Cárlos V, fundó en 1528 la ermita del santo patron de Màdrid, en accion de gracias por haber recobrado la salud su hijo don Felipe bebiendo el agua de la vecina fuente, que segun tradicion, allá en los tiempos de los milagros, siendo labrador el buen santo, hizo manar á un golpe de ahijada porque su amo tenia sed. Esta ermita está situada en una colina de frondosos árboles sombreada. En 1724 costeó el marqués de Valero la capilla. Vése junto á la ermita un fúnebre cementerio.

¡Miseria humana! ¡Mezquina *pequeñez* de los *grandes* hombres que llevan su orgullo hasta mas allá de la tumba! En este cementerio solo se permite enterrar á los personajes de elevada alcurnia..... ¡Ni aun convertidos en asquerosa podredumbre, roidos por viles gusanos, hechos miserable polvo, sumidos

en la nada, quieren ser confundidos con la plebe! ¡Hasta este estremo se ridiculizan los magnates! Su insensata altivez, su orgullosa ignorancia, nos merecen tan solo una mirada de desprecio, una sonrisa de compasion.

Todo el espacio que media desde esta colina hasta Madrid ofrecia un cuadro de asombrosa animacion. No parecia sino que toda la capital de España habíase despoblado para beber el agua milagrosa que curó al príncipe don Felipe. Bebíase mucho en efecto; pero aquella agua salutífera era sin embargo lo que menos se bebia.

Al son de las alegres campanillas, el ligero calesin con dos preciosas manolas *á bordo*, que por los cuatro *costaos* derramaban la sal de España, cruzábase con el coche de colleras que volvia á guisa de vapor en busca de nuevo flete. No habia aún venido de allende los Pirineos el descubrimiento de los ómnibus; así es que los simones solian hacer su agosto el 15 de mayo.

Quiénes de los de chaquetilla, corbata de sortija, sombrero calañés y patilla redonda, aparecian en enjaezados jacos; quiénes de los de gaban y sombrero blanco lucian sus caballos briosos; éste montaba una mula espantadiza, aquel un rocinante de alquiler. La muchedumbre pedestre apiñábase con predileccion á la parte del puente de Segovia. Los puestos de *tostaos*, higos, pasas, bollos y buñuelos, alternaban con los santitos y campanillas de barro, ocupando entrambos bordes de la alameda. Mil tiendas improvisadas, y hasta fondas de campaña, abastecian, no solo de golosinas, sino de los mas esquisitos manjares, á toda aquella inmensa cuanto bulliciosa y alegre multitud, que iba poblando los caminos, coronando las alturas, y se estendia por último en báquicos grupos por la verde pradera, donde llegaba á su colmo la comun hilaridad.

¡Oh, glorioso San Isidro labrador! ¡Solo vos, por un milagro como el de la fuente, podíais hacer que en España *la igualdad* no sea una mentira siquiera una sola vez al año!

En la pradera de San Isidro no habia distinciones ni pri-

vilegios; todo el bello ideal de una república hacíase ostensible en la fraternal alegría que animaba á todos los habitantes de aquella momentánea colonia. La fastidiosa etiqueta de la córte estaba allí prohibida: confundíase el frac con la chaqueta, el chal con la mantilla de manola; no habia distincion de

sexos ni edades..... Viejos, jóvenes y niños de ambos sexos formaban una sola familia, pero una familia sin suegras ni nueras, es decir, una familia de individuos retozones y bien avenidos que corrian, cantaban, brincaban, se abrazaban y bullian con frenético entusiasmo al son del pandero, de las castañuelas, guitarras y bandurrias. Los frasquetes de licores pasaban sin cesar de mano en mano, y merced á las libaciones continuas, fermentaba con ellos el gozo en los ánimos de la insa-

ciable muchedumbre, enteramente abandonada á todo linaje de goces.

Aquí un grupo de chistosos manolos jalea á una salada pareja que baila el voluptuoso fandango al compás de la sonora bandurria; allí una reunion de horterillas en mangas de camisa, con el pañolito de colores de seda de la India cruzado por el cuerpo, juegan *á la una tiraba la mula* y saltan como chiquillos unos por encima de otros; mas allá, señores ya respetables por su edad imitan una corrida de toros y lidian á un casado muy gordo, cuya *cara mitad* tiene fama de cabeza de chorlito; pero mas que todo llama la atencion de los corazones sensibles á las delicias gastronómicas el manducante espectáculo que se prepara entre los álamos gigantescos que parece miden la distancia que hay de la tierra al cielo y sombrean las frescas orillas del Manzanares.

No lejos de tres enormes cacerolas de cobre rojizo, que contenian, una de ellas dos riquísimas liebres en estofado, otra jamon en arroz, y otra callos con chorizo estremeño con mas guindillas que la antesala del jefe político de Madrid, danzaban multitud de individuos de ambos sexos, diferentes edades y categorías, aguardando el momento de consumar el sacrificio, para lo cual solo faltaba que estuvieran las víctimas en sazon.

Aquellas tres cacerolas monstruos parecian tres buques de vapor, cuyas columnas de odorífico humo embalsamaban el ambiente de tan escitante perfume, que era una delicia para toda nariz bien organizada.

Apenas llegó el venturoso momento de romper las hostilidades, fueron tomadas por asalto las tres fortalezas que parecian inespugnables; su guarnicion fué tirada al degüello sin que quedase jamon ni liebre con cabeza, y esto en medio de una algazara espantosa.

Las jarras de vino recorrian la línea á guisa de patrullas, y una bota colosal de riquísimo Cariñena representaba al jefe de dia que iba rondando sin cesar, y era en todos los cuerpos

de guardia recibido con los honores que se merece tan distinguida autoridad.

Repartido el sabroso botin entre los aguerridos estómagos sitiadores, la *embriaguez* del triunfo colmó el júbilo que destellaban todos los semblantes, cuya risueña espresion era solo comparable con la de los personajes del famoso cuadro de la bacanal de Velazquez. No parecia sino que, todos los concurrentes estaban identificados con aquellos versos de nuestro dulcísimo Melendez:

Venga, venga el vaso,
que un sorbo otro llama;
mi pecho se inflama,
y muero de sed.
Nadie sea escaso,
ni aunque esté caido
se dé por rendido...
Amigos, bebed.

Puede decirse que á media tarde no quedaba una sola persona en todo aquel anchuroso recinto que no se avergonzase si por rara casualidad no se veia inscrita bajo las banderas del dios Baco.

En este estado de bulliciosa hilaridad hallábase la numerosa concurrencia, mientras la carretela de la marquesa de Turbias-aguas hizo el proyectado paseo; pero si bien María se complacia en ver el gozo general de aquellas gentes y la sencilla franqueza, tan distinta de los cortesanos cumplimientos que todos los dias escuchaba, su corazon permanecia melancólico, su mente preocupada.

Al pasar el puente de Segovia, un gallardo ginete, montado en un fogoso alazan, quiso saludar á la hermosa María. Con este movimiento asustóse el corcel, dió un brinco de carnero y desapareció desbocado.

Era el baron del Lago. María no le habia devuelto el saludo, acordándose de su perfidia; pero al salto del alazan, al

peligro en que consideró al ginete cuando partió desbocado, no pudo menos de lanzar un grito de espanto.

Entonces la marquesa de Turbias-aguas esclamó:

—¿Todavía te interesa ese hombre? Procura olvidarle para siempre, hija mia; es un hombre casado y de mala conducta. Luego verás al único hombre que mas te conviene; al hombre que vive solo por tí, que desea hacerte feliz y no ama ni amará á otra mujer en el mundo.

—¿Qué dice usted, señora?—replicó María, sobresaltada con esta inesperada noticia.—¿Hay un hombre que me ama? ¿Y no puedo saber quién es?

—Es un secreto que te esplicaré á tí sola cuando sea tiempo. Entre tanto, procura, hija mia, divertirte mucho.

Y volviéndose á don Venturita, añadió:

—¿Es mañana la funcion de toros?

—¿La de los aficionados? Mañana mismo. Yo hubiera puesto de buena gana banderillas; pero usted no quiere..... y ha tenido que reemplazarme el conde de Casa verde. Está de primer espada el marquesito de Bellaflor..... ¡Oh! Es un diestro escelente..... el mejor discípulo de Montes.

—Pero ¿lidiará Montes tambien?—preguntó la marquesa.

—¡Ya se ve que sí!—respondió don Venturita.—No son mas que tres los aficionados: los demás son toreros de profesion. Sevilla y Hormigo están de picadores. Está anunciado que Montes hará el salto de la garrocha. Como la funcion es estraordinaria y á beneficio de los pobres de San Bernardino, se hace todo esto con el objeto de llamar gente.

—Esto es muy laudable. No hemos de faltar nosotras; yo les tengo una aficion estraordinaria á los toros.

La marquesa decia la verdad: *la Colasa* tenia apego á todo lo que le recordaba sus antiguas proezas, pues lejos de ruborizarla el recuerdo de su primitivo estado, hacia que su orgullo saboreara los placeres de su elevada actual posicion.

—Don Venturita nos acompañará, y allá iremos María y yo, ¿no es verdad, querida?—añadió la marquesa tocando afec-

tuosamente con la mano derecha la barba de la supuesta sobrina.

—Sí, mi buena tia; iré donde usted guste,—respondió la inocente jóven con angelical dulzura.

No bien habia terminado una diversion, ya se le preparaba otra; y mientras su vida se deslizaba entre placeres, ocurria una escena dolorosa, que referiremos en el siguiente capítulo.

CAPITULO XIV.

Las exhortaciones.

En un reducido dormitorio de San Bernardino habia una humilde pero aseada cama. La opaca luz de una triste lámpara reflejaba sobre un objeto siniestro. Era una mujer tendida bajo la sábana de lienzo burdo. Esta mujer tenia el rostro cadavérico. Inmóvil, abiertos los descoloridos labios, hubiérase dicho que estaba muerta, á no oirse su ronca y agitada respiracion. Un sacerdote con un crucifijo en la mano dirigia á la moribunda las últimas exhortaciones.

Habia en una mesita de pino varios vendajes, una jícara, una botella y un vaso tapado con papel blanco en un plato, que además contenia una cuchara; inmediatos al plato veíanse dos papelitos doblados, como si envolviesen algunos polvos.

Estos objetos encerraban varias medicinas. Un olor desagradable, como el que se percibe en casi todas las habitaciones de enfermos de gravedad, hacia mas repugnante aún aquella fúnebre estancia.

Reinaba profundo y solemne silencio, interrumpido á intervalos por las ráfagas del recio vendaval, que á pesar de estar cerrada la única ventanilla del cuarto, hacia retemblar levemente las puertas y agitaba la débil llama. Movíase ésta en varias direcciones, y hacia que se cruzasen misteriosas sombras en aquel recinto de agonía. Este viento convertíase á veces en furioso huracan, y sus horrendos silbidos alternaban con el hondo estampido del trueno, al que sucedia rápido chubasco de granizo que resonaba en los vidrios de la ventana..... La luz del relámpago resplandecia serpeante á través de las rendijas.

Aumentaban el terror de este lúgubre cuadro el triste y acompasado canto del buho y un aullido lloroso y prolongado de un mastin abandonado á la intemperie.

Pero por si aquella melancólica armonía de tan tristes y diversos sonidos que formaban el clamoreo que rodea las tumbas no bastaba para interrumpir el silencio sepulcral, asiendo el sacerdote el crucifijo con la diestra, y aproximando su rollizo rostro á la faz lívida y escuálida de la moribunda, daba en tono de inspiracion dolorida aterradores gritos de desesperacion.

A todos estos elementos de estruendo desolador sucedia alguna vez una calma mas espantosa todavía. Era la calma de los cementerios; era el silencio de la muerte, interrumpido tan solo por la ronquera que la agonía arranca á un moribundo cuando el alma quiere abandonarle.

Este silencio duraba breves instantes, merced al fervoroso celo del sacerdote, que parecia complacerse en atormentar con sus atronadoras exhortaciones el débil espíritu de aquella infeliz, en quien habrán ya reconocido nuestros lectores á la ciega Luisa, la desventurada madre de María. Habian separa-

do á sus hijos, que lloraban amargamente por el lamentable estado de su madre.

—¡Miserable pecadora!—esclamaba el sacerdote.—Tu última hora ha llegado ya. Olvida para siempre los placéres y vanidades de este mundo engañador. Aprovecha los pocos instantes que te quedan de vida para implorar la misericordia de Dios, á quien tan torpemente has ofendido. En este mundo ya no hay remedio para tí. Solo un sincero arrepentimiento puede salvarte del eterno suplicio del infierno. Tu vida se va acabando por momentos, ¡infeliz criatura!.... ¡pide perdon á Dios!.... Ya llega la hora de la expiacion.... Dios es justo..... Considera la gravedad de tus culpas y pecados..... implora la divina gracia..... Dios te la concederá..... Ya el purgatorio aguarda el alma que exhalará dentro de breves segundos ese cuerpo de inmundo fango..... Terribles son las penas del purgatorio; pero ellas dejarán tu alma sin mancilla para volar á la mansion de los ángeles. Llora, incauta criatura, llora arrepentida los descarríos de tu proceder..... Grandes han sido las ofensas que ha recibido de tí el Salvador..... grandes son tambien las penas que te esperan para purificar tu alma y hacerla digna de ver la sagrada faz. ¡Ay de tí si no logras alcanzar la divina gracia! ¡Bajarás á la horrible mansion del eterno fuego, y mil espíritus infernales te harán sufrir los mas dolorosos martirios!.... ¡tu padecer será inmenso!.... ¡será un suplicio que no tendrá término jamás!.... ¡Ay de tí!. ..

El tono amenazador y penetrante con que en el fervor de su santo entusiasmo prorumpia el sacerdote en estas y otras parecidas exhortaciones, abrumaba el débil espíritu de la enferma, que aun cuando no estuviera en el estado de desesperacion en que se la suponia, aquellos alaridos furiosos, las amenazas del infierno, y hasta el mismo recuerdo de las terribles penas del purgatorio, capaces eran, no digo yo de empeorar las dolencias de aquella débil mujer, sino de matar á cualquier hombre de espíritu fuerte.

Es sensible que se crea provechoso á los moribundos este

método de auxiliarles en sus últimos momentos; método que hemos oido censurar mil veces muy sábiamente á sacerdotes venerables por sus altas virtudes, porque afortunadamente abundan los dignos ministros del altar. Nada mas dulce y consolador que oir la voz benéfica y paternal de un buen religioso, gérmen de halagüeñas esperanzas, al verter sobre el lacerado corazon de un enfermo las saludables máximas de Jesucristo; máximas de perdon y de generosidad, que cual bálsamo celestial y bienhechor tranquilizan el espíritu y restablecen á veces la salud.

Si un sacerdote prudente le dice, por ejemplo, á un moribundo arrepentido: «Hijo mio, no hay que abandonarse al dolor, todavía hay esperanza..... pero aun cuando Dios te llame á sí, ¿dónde mejor, hijo mio, que entre sus divinos brazos? Porque Dios tiende siempre los brazos á los arrepentidos y les dispensa su divina gracia. Dios es bueno, es justo, es generoso, y jamás abandona á los que imploran su perdon. Este mundo es una senda sembrada de espinas, que de infortunio en infortunio nos conduce á la muerte; pero la muerte es para el hombre de bien el término de todos los sufrimientos, de todos sus acerbos males. Dios le aguarda en el cielo para darle el galardon que merece siempre la virtud. ¡Confianza en Dios, hijo mio, confianza en Dios!....» Si estas ó semejantes palabras, repetimos, las pronuncia el sacerdote con ternura, ¿no harán mil veces mejor efecto en el ánimo del pobre enfermo, que los espantosos alaridos con que á veces se le abruma, se le asesina? Es indudable.

Así lo conoció tambien el acreditado facultativo de aquel *asilo de mendicidad*, pues al oir las exhortaciones que dirigia el sacerdote á la ciega Luisa, presentóse en el cuarto de la moribunda con intencion de alejarle bajo cualquier pretesto.

—¿Cómo está la enferma?—preguntó el facultativo en voz muy baja.

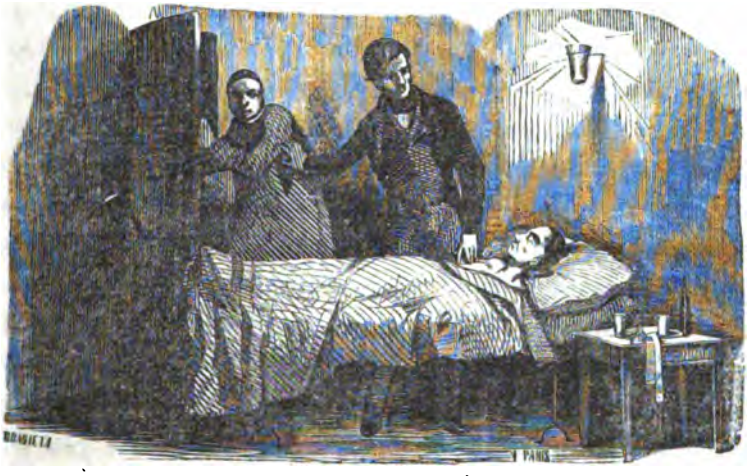
—Agonizando,—respondió el religioso en tono natural y con sorprendente serenidad.

—Hablemos en voz baja,—repuso el facultativo,—porque en estos casos el menor ruido precipita la muerte.

—¡Bah! Cuando no hay esperanza.....—dijo el religioso.

—Mientras hay vida hay esperanza,—contestó siempre en voz muy baja el facultativo.

Y de puntillas se aproximó pausadamente á la mesa de pino, cogió una cerilla, la encendió en la lámpara y se dirigió á la cama de la enferma; la miró atentamente, la pulsó, y despues de haber puesto el revés de su mano ligeramente sobre la punta de la nariz de Luisa, añadió:



—¡Malo! Está helada. Quiero hacer la última prueba.

El facultativo se acercó á la mesa, cogió la botella y echó algunas gotas del líquido que habia en ella en una cuchara; luego añadió otras gotas de la medicina del vaso, y volviendo adonde estaba la enferma, se las vertió en la boca.

Al tragarse con gran dificultad aquella medicina, hizo la enferma un movimiento convulsivo, y quedóse luego inmóvil, sin respiracion.

El facultativo perdió el color, y azorado cogió el pulso de

la enferma. Despues de un breve silencio esclamó con voz solemne:

—Padre, ya puede usted retirarse..... Son inútiles las exhortaciones de usted.

. . . . . .

A la tenebrosa tempestad habia sucedido la mas profunda calma: las aves saludaban los primeros albores de un dia que empezaba á anunciarse puro y sereno.

CAPITULO XV.

¡A los toros!

¡A los toros! ¡á los toros! Esta es la espresion que precede y acompaña á la general agitacion del alegre vecindario de Madrid en los dias en que estas diversiones, esencialmente españolas, se celebran, porque solo en España germina, solo en la patria de los Costillares, Pepe Hillo, Cándido, Romero, Leon, Montes y Redondo, se desarrolla la destreza de los toreros, á la par que la bravura de los toros.

No hay profesion de mas elevado orígen que la del torero, sin embargo de que no faltan susceptibilidades que la califican de baja y deshonrosa; pero sépase que el primer picador que lidió toros en plaza cerrada fué el invicto Julio César, emperador romano, que los alanceó á caballo. Es probable que él trajese á España esta liza cuando vino á estas regiones á pelear y vencer á los hijos de Pompeyo, pues tambien generalizóse en África, donde hizo la guerra venciendo á Juba, rey de Mauritania.

El parecer de Cepeda, García Parra, Moratin y otros historiadores á quienes se refieren en sus tauromaquias Hillo y Montes, es de que el orígen del toreo es morisco, y que los

moros le introdujeron en España en los tiempos de su conquista. No cabe duda que se generalizaron las corridas de toros en España entre los musulmanes, de quienes las tomaron los cristianos al propio tiempo que estaban en uso los torneos y las cañas, dedicándose la nobleza á torear, cuando por los anatemas de la córte de Roma decayeron aquellas otras diversiones.

Don Rodrigo Diaz de Vivar, el denodado cuanto ilustre y famoso Cid Campeador, fué el primer español que mató de una lanzada un toro en la plaza de Valencia, segun unos, y segun otros, en uno de los encuentros que tuvieron los españoles dedicados á las batidas y cacerías de reses en el monte.

De todos modos, no tardó el toreo en hacerse la mas frecuente diversion de la nobleza española. El espíritu de galantería que se introdujo en ella, donde los enamorados caballeros hacian alarde de sus proezas en presencia de la dama á quien amaban, y á quien dedicaban las demostraciones de júbilo y repetidos vítores y aplausos del entusiasmado pueblo, contribuyó al fomento de tan romántico espectáculo, no menos que la parte que los mismos monarcas tomaron en estas fiestas, no solo autorizándolas, sino incorporándose con la nobleza para alancear personalmente los toros. Siempre han sido los españoles tan galantes como valientes, tan valientes como enamorados; pero entonces hasta los mas pusilánimes debian ser héroes en aquella lucha, si no querian merecer los desdenes del bello sexo.

El emperador Cárlos V rejoneaba y alanceaba los toros con sin igual destreza, y en celebridad del nacimiento de su hijo don Felipe II mató un toro de una lanzada en la plaza de Valladolid. El rey don Sebastian, don Francisco Pizarro, conquistador del Perú, y don Diego Ramirez de Haro, ostentábanse tan hábiles en alancear toros como en darles muerte con el rejoncillo. El rey don Felipe IV descollaba entre los mas arrojados y entendidos toreros. Asimismo fueron muy famosos por su destreza Cea, Velada, el duque de Maqueda, Cantillana,

Ozeta, Zárate, Sástago, Riaño, el conde de Villamediana, Gayo, Pueyo, Suazo y el marqués de Mondéjar.

Recorrida la lista de los primeros lidiadores, tienen ciertamente justo motivo los toreros para envanecerse del orígen de su profesion.

Y no se crea que en la actual aristocracia haya menguado la aficion á esta lucha. Frecuentes son las corridas de toros que se ejecutan en privados circos, donde personajes de la mas alta sociedad hacen alarde de su destreza y denuedo, sin desdeñarse de alternar con los mas distinguidos toreros de profesion; y grandes de España hay en Madrid, cuyo orgullo tendrá acaso á menos saludar á un artista benemérito, mientras se considera honrado con la amistad de un torero que le tutea familiarmente.

Pero no solo se han construido circos privados para que toreasen los altos personajes ante la escogida sociedad del buen tono, sino que algunas veces, y por motivos laudables por cierto, se han lanzado al palenque público personas distinguidas con el filantrópico deseo de proporcionar lucro á los establecimientos de beneficencia.

En mayo de 1836, el naciente establecimiento de San Bernardino necesitaba recursos para atender á sus imperiosas urgencias, y uno de los pensamientos fué ceder una de las corridas de toros á beneficio de aquel asilo de mendicidad.

Sabedores de ello algunos jóvenes de ilustres familias de Madrid, jóvenes frenéticamente aficionados á la tauromaquia, creyeron este el mejor momento de lucir su valor y destreza, y contribuir generosamente al alivio de los pobres, ofreciéndose á lidiar en union con el célebre Montes, el intrépido Sevilla, Hormigo y otros toreros de acreditada celebridad.

Llegó el lunes 16 de mayo, dia señalado en los carteles para esta funcion estraordinaria, que debia empezar á las cuatro en punto de la tarde. Despues de una noche tempestuosa, amaneció el mas hermoso dia del estío.

A las tres resonaba por todo Madrid el festivo clamor de *¡á los toros!* y todo Madrid poníase en bullicioso y precipitado movimiento.

Así como en un continuado y fuerte aguacero corren las aguas á torrentes por todas las calles, y uniéndose en algun punto céntrico forman un solo raudal que corre estrepitosamente hácia su declive, tupidas masas de todas las clases del pueblo desembocan presurosas y alegres por todas partes en la anchurosa y hermosísima calle de Alcalá, y apiñadas forman un solo torrente que se precipita por ambos lados hácia la plaza de Toros, dejando el centro para los calesines de las sandungueras manolas, los tilburíes de los elegantes, las berlinas de los aristócratas, los briosos corceles de gallardos ginetes, y los enjaezados jacos de los salerosos chulos.

Cruzábanse con todos estos carruajes y caballerías los co-

ches simones [1] que habian dejado ya en los tendidos á la gente *crua* que los habia *arquilao*, ó iban en busca de nuevos inquilinos.

La muchedumbre de los lados llevaba toda la misma direccion con estraordinaria celeridad. Todos los semblantes chispeaban de gozo, todos sudaban de ansiedad, de afan por llegar al teatro de la anhelada lucha. *¡Á los toros! ¡á los toros!* se oia por todas partes; y unida esta continua esclamacion á otras voces de hilaridad, al ruido de las campanillas y chasquidos de los látigos, y á los continuos gritos de *¡El naranjero! ¡Cosa güena! ¡Coronela!.... ¡Coronela!.... ¡chis! ¡chas! ¡chis!.... ¡Agua!.... ¡acabadita de coger! ¡Agua! ¡Geh! ¡geh!.... ¡Arre Castaña! ¡A cuarto los abanicos! ¡á cuarto! ¡Tostaos!.... ¡tostaos!.... ¿Quién quiere bollos?....* unidos, repetimos, estos clamores al general bullicio, al continuo y acelerado movimiento de tan zambrera multitud, y al bombo del *tio Vivo*, formaban un cuadro de animacion y de vida, á cuya descripcion renunciamos por temor de que falte á nuestras pinceladas su verdadero colorido.

A las cuatro menos cinco minutos llegaba á la plaza de los Toros la elegante carretela de la marquesa de Turbias-aguas.

Esta plaza, de forma circular, es de mas de mil piés de circunferencia, y caben en ella cómodamente mas de doce mil personas, entre los tendidos (bancos al descubierto), donde se sienta la verdadera democracia, las gradas cubiertas, que ocupan personas ya mas acomodadas, y los ciento diez palcos, donde, entre lo mas *entonao* de la córte, no se desdeñan algunas señoras de la elevada nobleza de presentarse en traje de manolas, ni los duques y marqueses tienen inconveniente en aparecer con su calañés y chaquetilla de majo, ó ponerse en mangas de camisa cuando aprieta el calor.

Los distintos trajes de la inmensa multitud que ocupa aquel recinto, las agudezas verdaderamente españolas que se

[1] Y ahora los populares *Omnibus*.

oyen, la fraternal alegría que resplandece en todos los semblantes, los silbidos con que se obsequia á la pobre mujer que por acaso atraviesa el circo destinado á la lucha, los tios que alargan abanicos con sus enormes palos, y los que con singular destreza bombardean tendidos, gradas y palcos con las naranjas que les compran, la multitud de carros que riegan la plaza, y los aficionados á pavonearse por la arena hasta que se les echa de ella con timbales y clarines destemplados, presentan un conjunto animadísimo, un espectáculo singular.

A la primera campanada de las cuatro anuncia el clarin *el despejo*, y aparece en la plaza un lucido piquete de lanceros á caballo, precedidos de tres alguaciles vestidos á la antigua, caballeros en fogosos corceles, que al son de la bélica trompeta rodean el recinto de la lid y se retiran tras de las gentes que le ocupaban, quedándose solos en el palenque dos alguaciles.

A una señal de la autoridad que preside la funcion, atraviesa la plaza uno de los alguaciles, ocúltase por una de sus

salidas, y reaparece al frente de la lucida cuadrilla de lidiadores, á cuatro de fondo en cinco filas, formando en la primera, al lado de Montes, uno de los aficionados, que por su gallarda presencia, lucido traje y aire garboso, llama la atencion general. Era rubio como el oro, y su picaresca fisonomía, sin dejar de espresar nobleza y dignidad, veíase animada por una sonrisa indefinible.

Las delanteras de los palcos, vistosamente colgados con sedas y damascos de variados matices bordados de oro y plata, estaban generalmente ocupadas por esas hermosas coquetas de Madrid, capaces de volver el juicio al ente mas taciturno. Todas las miradas se clavaron en el rubio marquesito de Bellaflor. Su aparicion fué saludada por un general aplauso. Todas las hermosas agitaron sus pañuelos, menos María, que perdió enteramente el color y se quedó sumergida en profundas reflexiones.

Seguian á los lidiadores de á pié los picadores y dos tiros de ligeras y vistosamente enjaezadas mulas, que se retiraron á su destino.

Despues del general saludo á la autoridad, ocupó cada diestro su sitio, y el otro alguacil, atravesando á escape la plaza, al arrullo de los silbidos del pueblo, entregó á uno de los chulos la llave del toril.

Sonó el clarin, rompió la música militar, y al lanzarse la fiera en la liza, volaron como por encanto multitud de palomas en distintas direcciones.

El toro era de la acreditada ganadería del marqués de Casa-Gaviria, buen mozo, retinto claro, de pezuña reducida, gran cola, ojos centelleantes y aguzados pitones; en una palabra, era un toro de buen trapío. Salió del chiquero removiendo la cabeza con la cerviz erguida, ostentando por divisa una preciosa moña encarnada con borlas de oro. Arremetió de frente, ligero como un gamo, y el intrépido Bellaflor corrió á su encuentro, y en medio de la plaza hízole con mucha gracia y serenidad un recorte de maestro, que entusiasmó á los espectadores.

Sevilla puso á este bicho cuatro varas con pérdida de dos caballos, Hormigo le plantó tres, y dió un marronazo que pudo costarle la vida, como á su jaco, sin el auxilio de Montes, pues midió el picador lindamente la tierra, y estuvo en gran peligro hasta que la fiera dejó el bulto por la capa del célebre Paco.

No contento el intrépido Montes con haberse llevado el

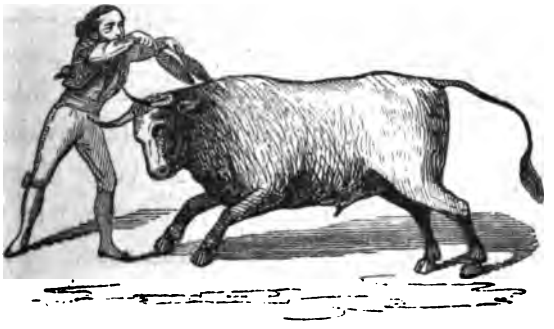
toro al centro del circo, y sin mas objeto que entretenerle ínterin se rehabilitaban los picadores, hízole con la capa las mas vistosas suertes, con sorprendente serenidad, con sin igual maestría y gracia verdaderamente andaluza. Sorteóle en primer lugar *á la Verónica*, situándose enfrente del toro y dándole la capa al embestir; pero con tal acierto, que nada dejó

que desear. Hízole luego la suerte *de espaldas*, salvando el cuerpo con vistosos quiebros. Entretúvole despues con varias suertes *á la Navarra*, colocándose en línea recta frente del toro, y en el acto mismo en que acometia, sacaba el diestro la capa rápidamente por debajo del hocico de la fiera, dando una vuelta airosa sobre los piés, que habia tenido inmóviles hasta este momento; y concluyó por fin con el donoso capeo de *la*

tijera, que terminó poniéndose la capa con mucho donaire, quedándose *plantao* de espaldas casi entre los cuernos del toro, que tantas veces burlado, respetaba ya al torero que tenia delante, el cual, sin hacer caso de la corta distancia que mediaba entre él y la fiera que á su espalda jadeaba, correspondia risueño con espresivos saludos á los aplausos del admirado público, que resonaban en todas partes.

Despues de Montes, á nadie hemos visto verificar estas vistosas suertes con tanto lucimiento como á su sobrino José Redondo, conocido por *el Chiclanero*, jóven de apuesto y gallardo continente, que si no tiene desgracia alguna, oscurecerá en breve la fama de sus predecesores.

Anunció el pañuelo del presidente la suerte de las banderillas, y los otros dos jóvenes aficionados pusiéronse en ella



con inteligencia y bizarría. Claváronle dos pares de rehiletes cada chulillo, en medio de generales aplausos, y hacia un efecto asombroso cuando estas vistosas banderillas se abrian y llenaban el aire de multitud de pájaros.

Tocaron á matar, y plantóse el bizarro Bellaflor frente al palco de la presidencia con la muleta y espada en la mano izquierda y la montera en la derecha. Reinó un profundo silencio, y el torero aficionado esclamó con mucho donaire andaluz, y en acento claro y sonoro:

—Ceñó presiénte, por ucía, por toa la gente honrá de Madril y por la mas zaláa de las morenas.

Al decir las últimas palabras dirigió una espresiva mirada á María, que estaba en el palco inmediato al de la presidencia.

María estaba pálida y trémula..... parecíale un sueño cuanto pasaba.

Aproximóse impávido á la fiera el gallardo jóven, presentóle con maestría y donosura el encarnado trapo, arremetió la fiera lanzando espumarajos por la boca, burlóla con mucha gracia el interesante diestro, dándole algunos pases de muleta al natural, que hubieran honrado al mismo Pepe Hillo. Estrepitoso aplauso resonaba por todas partes; mas en el momento de dar la estocada al toro, un general clamor de espanto fué seguido de un silencio aterrador.

El toro tenia en alto en una de sus astas al gallardo jóven de los cabellos de oro, en quien habrá ya reconocido el lector á don Luis de Mendoza, amante de María, á quien herido en un desafío vió caer sin sentidos y estaba en la inteligencia de que habia muerto. Una nueva catástrofe la privaba del amante adorado que acababa de recobrar. Al verle María colgando de las astas del toro, lanzó un ¡ay! lastimero, y se desmayó.

El valiente Bellaflor habia dado una estocada magnífica al toro, recibiéndole; y aunque tuvo la desgracia de ser cogido por la faja, no le encarnó, ni pudo hacerle despues daño alguno, porque estaba ya el bicho descordado.

En este estado, que tenia á todo el público en la mayor zozobra y ansiedad, tuvo aún Bellaflor bastante serenidad para arrancar la divisa del toro.

Aproximósele Montes en este momento, y le dijo:

—No hay cudiao don Luiz..... Fuera eza faja.

Desatóse Bellaflor la faja, cayó ileso de pié en el suelo, y Montes separó con su capa algunos pasos al toro, que inmediatamente pasó á mejor vida.

Es imposible pintar la gritería de la entusiasmada muche-

dumbre. Mil vítores y aplausos poblaban el ámbito; por todas partes se agitaban pañuelos por el aire, mientras el vencedor atravesaba corriendo la plaza, saludando á un lado y á otro y haciendo ostentacion de la divisa que llevaba en la mano.

La plaza se llenó de sombreros que el público arrojaba en su alegría.

Saludó Bellaflor al presidente..... y desapareció.

Pero los aplausos, los vítores, el frenético entusiasmo del público creció de todo punto cuando se presentó el denodado doncel en el palco inmediato al de la presidencia y entregó á María la divisa que atestiguaba su triunfo. María acababa de

volver del desmayo, y á la presencia de su amante recobró toda su fortaleza. Diéronse estos venturosos jóvenes mútuas esplicaciones, aunque brevemente; él acerca de su curacion, y María sobre su nueva posicion en la sociedad.

La marquesa de Turbias-aguas recibió á Bellaflor con su acostumbrada amabilidad, y ofrecióle su casa.

Despues de haber prometido el marquesito pasar al dia siguiente á medio dia á ver al ídolo de su corazon, despidióse de María y de la marquesa, y lanzóse de nuevo al palenque, donde alentado por su felicidad y por las dulces miradas de su amada, continuó haciendo proezas toda la corrida, recogiendo merecidos vítores, aplausos y laureles.

. . . . . .

Pocos momentos despues de la corrida sabia fray Patricio minuciosamente todos los sucesos que acabamos de referir.

CAPITULO XVI.

Las calumnias.

El dia siguiente al de la corrida de toros que la intrepidez ó inteligencia tauromáquica del hijo del marqués de Bellaflor don Luis de Mendoza habia hecho célebre, el héroe de aquella liza estaba vistiéndose á las once de la mañana con la elegancia mas esquisita para ir á rendir sus laureles á los piés del ídolo de su corazon.

La fatiga y el sol de la tarde anterior habian enardecido la sangre de este lozano jóven y atezado un tanto sus blanquísimas mejillas; por manera que el carmin mas hermoso embellecia sus animadas y varoniles facciones. En sus labios, encendidos como la grana, brillaba siempre encantadora sonrisa, que anunciaba picaresca y atrevida intencion. Sus grandes ojos lanzaban destellos de travesura y penetracion, sin ocultar la espresion de amabilidad y dulzura que suele anidarse en los ojos azules. Rizados con elegancia sus rubios cabellos, parecian el marco de oro cincelado que rodeaba tan agraciada fisonomía.

Rebosando de júbilo y satisfaccion aquel jóven bizarro que pocas horas hacia habia sido victoreado por todo el pueblo de Madrid, y saludado por las adorables hijas del Manzanares,

que en su loco entusiasmo agitaban los nevados lienzos en ademan de admiracion, poniéndose la corbata ante el espejo, tarareaba un aire de Rossini, cuya letra dice así:

Sì, tutto spiri in torno
piacer, felicità.
Trionfano in tal giorno
amore è fedeltà.

En esto un mozo de la Fontana de Oro, porque todavía vivia en ella don Luis, anunció una visita, diciendo que no era de cumplimiento.

—¿Quién es?—preguntó don Luis.

—Un señor feo, gordo y colorado, que estuvo algunos dias hospedado aquí,—respondió el mozo,—hará ya mas de un año.

Muy tragon..... Entonces llevaba un traje como de cura..... siempre iba de negro..... Ahora está hecho un pimpollo..... ¿Le digo que pase adelante?

—No tengo presente quién pueda ser..... ¡Tantos hombres feos y gordos he conocido en esta fonda!.... Pero toda vez que no es persona de cumplimiento..... y aunque lo fuese..... que pase adelante, con tal de que no sea pesado.

Desapareció el criado, y á poco rato se presentó en el cuarto de don Luis un ente original.

Era un hombre de poco mas de treinta años, de corta estatura. Su cara redonda, lustrosa y colorada, formábase de unas facciones marcadísimas, porque los ojos eran pequeños y verdes, las cejas muy pobladas y canosas de puro rubias, la nariz parecia un pedazo de remolacha, la boca descomunal, y los labios abultados como los de los negros. Llevaba el pelo, que era rojo, muy peinado y pegado á las sienes lateralmente, levantándose una especie de cresta ó tupé muy tieso sobre la frente.

De una corbata de percal, tan escasa que haciendo un pequeño nudo delante sobraban apenas dos puntas como hojitas de un rosal, salia un cuello de camisa muy almidonado que le llegaba hasta la mitad de las orejas. Un chaleco de raso de fondo negro con rosas de un encarnado chillon y hojas verdes, replegado en el pecho por la protuberancia del ancho abdómen, dejaba ver en su abertura, debajo de la corbata, un enorme alfiler de brillantes clavado en la camisa de finísima holanda. Una cadena de oro de un grueso mas que regular rodeaba el cuello del chaleco, y terminaba por ocultarse entre los dos últimos botones. Un patalon ancho, sin trabillas, circunstancia imperdonable en 1836, blanco como la nieve, contrastaba con el negro charol de las botas. Completaba este traje el frac azul con grandes botones dorados, en cuyo centro veíanse unos racimitos entre pámpanos, tan primorosamente ejecutados, que parecia haberse ejercitado en ellos el mas delicado cincel.

El lector habrá ya conocido en este personaje al insigne fray Patricio.

Despues de haberse dirigido ambos interlocutores un recíproco saludo, invitó don Luis á fray Patricio á que se sentase mientras él acababa de vestirse.

Sentóse fray Patricio, sacó una caja de oro, tomó un polvo, volvió á guardar la caja en el bolsillo del chaleco, sacó su pañuelo blanco muy dobladito, lo pasó en la misma forma por su abultada nariz, y lo guardó en el bolsillo de uno de los faldones del frac. Luego, poniendo las dos manos una encima de otra sobre el puño del baston que llevaba, apoyó la barba en el revés de su mano derecha, y en esta cómoda posicion esclamó:

—¿Conque no se acuerda del antiguo compañero?

—Me parece que no es la primera vez que tengo el honor de ver á usted,—respondió el marquesito.

—¡Qué ha de ser, hombre, qué ha de ser! Hemos comido juntos en esta misma fonda..... ¿y á quién..... puedo decirlo con vanidad, á quién debe el haber curado tan fácilmente de la

herida que recibió en su desafío? ¿A quién, sino al buen cuidado que tuve el gusto de dispensarle desde el momento de aquella desgracia?

—¡Pues cómo está usted enterado de.....

—¡Bah! ¡Qué poca memoria tiene, amiguito! Sobre que somos parientes..... parientes muy cercanos, no le parezca.....

—¿Cómo así?....

—Como que yo fuí su padrino en aquel lance de honor.....

—¿Qué me dice usted?

—Lo que oye..... ¡Y qué bien se portó aquel dia!.... ¡Ya se ve! como siempre..... Su bizarría es proverbial.....

—Gracias por la lisonja.

—Es justicia y nada mas. Aquel maldito estranjero de las barbas tuvo la suerte de acertar. Afortunadamente la herida no fué profunda..... la bala pasó de resbalon, aunque le dejó sin sentidos..... El francés era diestro; pero en cuanto á valor..... no habia mas que mirar el rostro á los dos. Las facciones del francés estaban demudadas, su color pálido..... pero usted..... ¡ya, ya!.... tan colorado y sereno como ahora. Pero ¿á qué estrañar esto del héroe de ayer tarde? No se habla en Madrid mas que de los toros de ayer y de sus proezas..... Este es el motivo de mi visita, porque no he podido resistir al deseo de venir á darle el mas cordial parabien y renovarle los sinceros ofrecimientos de una amistad ya antigua, franca y verdadera.

—Mil gracias por todo, señor mio. ¿Conque usted estuvo ayer tarde en la plaza de Toros?

—¡No que no! ¿Pues qué persona decente dejó ayer tan lucida diversion? Se sabia que iba á lidiar uno de los mas bizarros é inteligentes jóvenes..... Pero, amigo, dígole francamente que el valor y maestría suya fueron muy superiores á las esperanzas que todos tenian..... Jamás he sabido yo adular, ni me gusta decir lo que no es; pero si hemos de ser francos..... ¡qué Pepe Hillo, ni qué Montes!....

—Vamos, vamos, no sea usted ponderativo.....

—Sobre todo, me hizo mucha gracia aquello de ir á entre-

gar la divisa á Mariquita *la morena.* ¡Fué un golpe maestro!.... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!.... Se quedaron con un palmo de narices todas las señoritas decentes, que despues de haber agitado entusiasmadas sus blancos pañuelitos, viéronle en el palco de *la morena.* ¡Vamos, estuvo aquello muy salado!

El tono chocarrero y satírico con que fray Patricio habló de María, hizo profunda sensacion en don Luis de Mendoza, quien lejos de celebrar semejantes bufonadas, dirigió una mirada grave al infame detractor, y despues de un breve silencio le preguntó:

—¿Conoce usted bien á esa señorita?

—¿Señorita?.... ¡Ah! Sí..... es verdad,—respondió fray Patricio fijando la vista en el suelo y haciendo rayas con el baston;—es verdad, ahora es señorita, gracias á su primer amante, que la sacó de la miseria y.....

—Señor mio,—dijo don Luis en tono de reprension,—vea usted cómo habla de esa jóven.

—Disimule, caballerito; no presumia yo que le interesase tanto esa persona..... He sido un imprudente..... Por la conducta que públicamente observó ayer debia haber conocido que esa jóven merecia su afecto. A la verdad, he sido demasiado grosero, porque al cabo no hay motivo para zaherir á una jóven por pequeños deslices, propios de todas las mujeres, y mas disculpables en una niña sin esperiencia. Le suplico pues que perdone mi indiscrecion.

—Caballero,—repuso don Luis acerbamente conmovido,—esas palabras reclaman esplicacion. Necesito pruebas que justifiquen los deslices que usted supone..... quiero pruebas..... las exijo,—añadió el desventurado amante con todo el furor de los celos.

—Sosiéguese, amigo mio. ¡Por Dios, sosiéguese! ¡Jesus! ¡Cuánto siento haber sido imprudente!

—Hable usted, hable usted..... ¡Infeliz de usted si esas acusaciones son calumniosas!

—¡Válgame Dios!.... ¡Qué injusto es, don Luis!.... Este es

el galardon que recibo por los fraternales cuidados que le prodigué cuando, herido por su contrario, cayó sin sentidos en mis brazos. Entonces corrí yo mil riesgos y compromisos por salvarle, y un éxito feliz coronó mis afanes..... Pues bien..... quiero ahora arrostrar su cólera, el furor de sus celos, y decirle la verdad..... porque esta verdad, por dolorosa que sea, labrará su dicha apartándole del abismo que está abierto ante sus plantas. María no merece por ningun concepto el amor que la profesa.

—¡La razon!....—gritó don Luis con frenética ansiedad.

—María..... está deshonrada.

—¡Infame!—esclamó don Luis empuñando una silla en ademan amenazante.

—¡Descargue el golpe!.... ¿Por qué se detiene?—dijo con hipocresía fray Patricio al ver que don Luis, despues de su primer impulso, quedóse como avergonzado de lo que iba á hacer.—¡Yo que le salvé la vida, yo que venia ahora á salvarle el honor..... recibo este pago!.... No quiero molestarle mas..... Quede con Dios.

Fray Patricio hizo ademan de marcharse; pero don Luis, asiéndole de las manos, esclamó en tono suplicante:

—¡Ah! ¡Por piedad, no me abandone usted sin aclararme el horrible misterio que devora mi corazon! ¡Hable usted, por Dios! ¡diga usted cuanto sepa de esa mujer, á quien todavía adoro!

Don Luis dejóse caer en una silla inmediata á su mesita de despacho, donde tenia papel y todo lo necesario para escribir.

Apoyó el codo en esta mesa y su mejilla derecha en la palma de la mano.

En esta posicion de abatimiento escuchó atentamente á fray Patricio.

Este, cuya voz hemos dicho ya que era naturalmente dulce y sonora, dijo con elocuente ternura:

—Sí, amigo mio, esa mozuela que ha cautivado su corazon vivia no hace aún dos años en la mas espantosa miseria.

Hija de un vicioso jornalero, vivia pobre y abandonada á su albedrío, presenciando desde sus mas tiernos años los estravíos de una madre entregada al vicio y á la prostitucion. María habia aprendido en esta escuela de escándalo el arte de fingir y aparentar aquella candidez adorable que destella siempre el corazon de una vírgen pura. Vendióla su misma madre á un jóven pervertido que se cansó en breve de su adquisicion, y despues de abandonarse á otras relaciones criminales, fué á parar en casa de una marquesa que ha hecho su fortuna especulando con la belleza de esta y otras jóvenes. Entre tanto, volvióse ciega su madre á consecuencia de una de esas enfermedades asquerosas que la prostitucion origina, y su padre está en la cárcel por varios robos y asesinatos.

Al oir esto, hizo don Luis un movimiento convulsivo, cogió la pluma y escribió algunas líneas en un papel, que cerró en forma de carta y se guardó en el bolsillo.

Fray Patricio continuó:

—Vea ahora si es decoroso que la distinguida familia del marqués de Bellaflor se enlace con una mujer pervertida, hija de una prostituta y de un asesino. Me dirá que presente las pruebas de lo que digo. En San Bernardino tiene á la madre ciega y moribunda, si no ha fallecido ya, y en la cárcel de Córte está el padre aguardando la hora de salir al patíbulo. Entre tanto la hija, insensible y desmoralizada, frecuenta escandalosamente toda clase de diversiones. Además, ¿de dónde habia de sacar la hija de un haraposo albañil el lujo que ostenta María? Yo creo que ofenderia su penetracion si quisiese insistir en apoyar mis acusaciones con nuevos argumentos.

Don Luis desapareció precipitadamente. El fraile corrió tras él.

Pasemos ahora al aposento de María para ser testigos de la alegría y amorosa ansiedad con que esta inocente jóven aguardaba á su amante.

CAPITULO XVII.

La cita.

En uno de los magníficos salones de la marquesa de Turbias-aguas estaba sentada en un sofá la interesante María, vestida con encantadora sencillez, mas hermosa que nunca, porque su intensa satisfaccion y la pura alegría que destellaban sus bellas facciones, realzaban la angelical animacion de su rostro.

Solo las almas sensibles que hayan esperimentado las delicias de un amor correspondido,

podrán formarse una justa idea de la profunda impresion que dejaria en el enamorado corazon de María la presencia de su amante, á quien creia muerto y por quien tantas lágrimas habia derramado. María le recobraba fiel y mas apasionado que nunca, victoreado por todo un pueblo lleno de entusiasmo, aplaudido por todas las bellezas de la córte, y el mismo peligro en que habia estado su preciosa vida al frente de la fiera, habia acrecentado el interés que su heroismo y destreza inspiraban. María estaba loca de amor, de orgullo, de felicidad.

En vez de acostarse á la hora acostumbrada, habia pasado horas enteras sentada enfrente de su tocador, dirigiendo candorosamente sus miradas al espejo, como temerosa de que su hermosura no fuese asaz digna del objeto de su adoracion. La fiebre que la devoraba avivaba el carmin de sus graciosos labios, sonrosaba la frescura de sus virginales mejillas, y hacia chispear sus negros y rasgados ojos, que fijaba luego, sonriéndose dulcemente, en el retrato de su amante. Estrechóle contra su palpitante corazon, y llevóle temblorosa á sus ardientes labios. En este momento sintió estremecerse todo su cuerpo, y un desmayo delicioso sucedió á la anterior animacion. Sintióse como rendida, y tendióse en la mullida cama con la mente llena de dulcísimas ilusiones. Lejos el sueño de borrar de su memoria los encantos del jóven de los cabellos de oro, su imágen adorada no se separó un momento de la imaginacion de María.

Al despertar miró inmediatamente la hora, y volvió á mirarla de vez en cuando, maldiciendo no pocas veces la lentitud con que el tiempo pasaba. Parecíale un siglo cada momento, y aproximábase á menudo al reloj, como recelando que estuviese parado, á pesar de que oia claramente sus pulsaciones.

María no habia querido tomar alimento alguno en toda la mañana. Su amorosa impaciencia absorbia todos sus movimientos, y su alegría, su felicidad habíase acrecentado desde que oyó una revelacion que acababa de hacerle la marquesa de Turbias-aguas.

«María, habíale dicho esta hipócrita vieja, hoy va á ser el dia mas feliz de tu vida, pues vas á ver al hombre que te idolatra, al mortal á quien debes todo este lujo, toda la felicidad que te circunda, al que te sacó de la indigencia para hacerte dichosa y labrar la ventura de toda tu familia. No puede quedar oculto por mas tiempo este misterio, y ahora que has probado todos los goces que su amor te proporciona, no podrás menos de corresponderle como es justo.»

Habíase figurado la inocente jóven que el hombre benéfico de quien habíale hablado la marquesa era don Luis de Mendoza; por manera que nada le quedaba ya que desear.

—¡Cuánto me quieres!—decia para sí la enamorada María contemplando el retrato de su amante, que como siempre llevaba pendiente del cuello:—¡cuánto me quieres, ídolo mio! Pero yo te juro por lo mas sagrado..... por el amor de mis padres..... que no te has de quejar nunca de mi correspondencia..... Yo te amaré siempre, siempre mas que á mi vida..... porque yo sin tí no podria ya vivir..... ¡Te sonries!.... ¡Cuán felices vamos á ser!.... porque en el mundo no hay felicidad como la de amar y ser amado..... Y tú me amarás tambien siempre, ¿no es verdad?.... ¿Por qué no respondes?.... ¿por qué no oigo ahora aquel acento dulcísimo que me embelesa cuando me hablas?.... No importa: la adorable sonrisa de tus labios, la espresion de tus bellos ojos, compensan tu silencio..... ¡Qué hermoso eres!..... ¡Cuántas mujeres envidiarán mi suerte! Y tú solo me amarás á mí..... á mí sola..... porque no quiero que ames á ninguna otra mujer..... me moriria de pesar si esto sucediese..... ¡qué digo!.... perdona, ídolo mio, perdona..... estoy segura que jamás me serás infiel; pero en cambio..... tampoco ninguna mujer en el mundo podria amarte como yo te amo..... porque te amo con delirio..... mi pasion es un fuego devorador que me abrasa y me consume..... y mi única delicia será amarte siempre..... adorarte como á Dios.....

En este momento dieron las doce en el reloj de la sala donde estaba María, hora de la cita anhelada, y un estreme-

cimiento dulce agitó sus delicados miembros. Aproximóse corriendo á un espejo como para acabar de asegurarse si estaba elegante y hermosa.

No se manifestaba muy contenta de sí misma, y sin embargo estaba encantadora.

Oyóse una campanilla, y luego pasos que se aproximaban. María, con el corazon conmovido de amor y de alegría, corrió á sentarse nuevamente en el sofá. Las pisadas sonaban cada vez mas cerca, y cada vez estaba María mas afectada y trémula.

Un hombre llegó por fin á la presencia de la apasionada jóven; pero este hombre no era el jóven de los cabellos de oro.

Figúrese el lector cuál seria la sorpresa de María al ver la repugnante figura del hombre á quien mas odiaba en este mundo, en lugar del bizarro jóven, ídolo de su pecho enamorado.

—Señorita,—dijo fray Patricio con afectada amabilidad,—espero que no le sorprenderá la visita del hombre que tantas pruebas le tiene dadas de su acendrada pasion. Ingratitudes acerbas, desdenes repetidos, ha prodigado siempre á mi cariño; y sin embargo, ¿cuál ha sido mi venganza? Bien lo sabe, hermosa María, bien lo sabe; mi venganza ha sido..... generosidad, beneficencia, amor. Jamás he tenido en este mundo mas deseo que verla feliz..... procurarle su bienestar ha sido siempre toda mi ambicion..... y estos nobles sentimientos me han inducido á sacarla de la espantosa miseria que la abrumaba para elevarla á la posicion distinguida que hoy ocupa en la sociedad. Tengo un placer imponderable en verla rodeada de goces y comodidades, y saber que las debe á mis afanes y desvelos. Se lo habrá dicho ya sin duda la señora marquesa. Yo soy, niña adorable, el que ha tenido la dicha de proporcionarle tantos bienes; y si estos testimonios irrefragables del amor que le profeso no son mas que un leve indicio del colmo de felicidades que la aguardan, me lisonjeo que habrá conocido la sinceridad de mi pasion, y que uniendo su suerte á la

mia, una fuente perenne de delicias endulzará nuestro porvenir.

La presencia de fray Patricio habia sumido á María en el mas profundo estupor. No obstante, conoció en breve el lazo que se le habia tendido y lo horroroso de su posicion. Aguardaba sin embargo que de un momento á otro se presentaria su verdadero amante, y esta dulce esperanza alentaba su espíritu.

Clavó una espresiva y prolongada mirada de indignacion en fray Patricio, y esclamó luego con notable entereza:

—Caballero, si ha creido usted que, haciéndome probar por medio de una intriga infernal la diferencia que va entre los tormentos de la miseria y los placeres del lujo y de la abundancia, sacrificaria mi honor á la ambicion, se ha guiado usted sin duda por los infames sentimientos de su alma corrompida.

—¡Ingrata!—esclamó fray Patricio.—¿Merecen mis beneficios semejantes insultos? ¿Qué seria de usted sin ellos?

—Sin ellos,—repuso María,—sin los viles engaños que califica usted de beneficios, seria pobre..... es verdad; pero la pobreza no deshonra á nadie, y María, aunque hija de un infeliz jornalero, prefiere su honor á todas las riquezas del mundo. Si me hallaba contenta en medio de una sociedad brillante, era porque ignoraba el verdadero orígen de mi posicion, me creia feliz porque me juzgaba entre personas de bien; pero usted mismo ha rasgado la venda que me cegaba, y el lujo que me rodea me abruma mil veces mas que todos los horrores de la indigencia.

Este coloquio fué interrumpido por una voz siniestra.

Un ciego pasaba por la calle gritando:

—La causa y sentencia del reo que está en capilla.

—Está bien,—dijo fray Patricio.—Ya es demasiada humillacion la mia. No ponderes tus virtudes, pues bien sé yo el motivo de tu resistencia..... Amas á otro, María, amas á otro que te desprecia, que te odia en este momento. ¡Infeliz! Todo se acabó para tí.

Y con sarcástica sonrisa añadió:

—¿No es verdad, María, que aguardas á tu amante?

—Verdad es,—dijo María con orgullo:—aguardo á un jóven adorable por sus virtudes no menos que por su belleza; le aguardo con ansiedad.

—¡Pobre María!.... ¿Y no es verdad que ese jóven te ama mucho?

—Me ama, me adora, y en ello cifro yo toda mi dicha.

—En efecto, aquí tengo yo un billete amoroso que me ha encargado poner en tus manos, en el cual se disculpará sin duda de no haber acudido puntualmente á la cita.

Continuaba oyéndose este grito siniestro:

—La causa y sentencia del reo que está en capilla.

Fray Patricio entregó á María una carta concebida en estos términos:

"María: Yo te adoraba..... toda mi ambicion en este mundo reducíase á merecer tu afecto. Has sido ingrata..... y es la ingratitud tan feo delito, que no es digna de generoso perdon. Tu infame conducta no merece mi amor..... no puedo aborrecerte; pero tampoco puedo amarte ni verte jamás.—*Luis.*"

Un rayo desprendido del firmamento que hubiera caido á las plantas de María no la hubiera asombrado mas.

—¡Imposible! ¡imposible!—gritaba como una loca la pobre jóven.—Esta es una nueva trama, es una trama atroz que el tiempo aclarará. ¡Mi infame conducta!.... ¿Cuándo ha sido mi conducta reprensible?

—Vamos, que todo se sabe,—repuso con ironía fray Patricio.—¿Y los galanteos del baron del Lago?

María, que habia recibido un golpe desgarrador con la lectura de la carta de su amante, no pudo resistir el sarcasmo del ex fraile. Ruborizóse á la idea de que habia llegado á sentir un segundo afecto cuando creia muerto el objeto de su primer amor, y llena de vergüenza cubrió el rostro entre sus manos, derramando copiosas lágrimas de amargura.

—Vamos, María, no hay que afligirse,—dijo fray Patricio, que parecia gozarse en atormentar á su víctima.—Cede á mis ruegos..... nadie te quiere como yo..... Corresponde á mi pasion, y verás qué felices vamos á ser.

—Déjeme usted en paz, caballero. Resignada sufriré todo el rigor de mis pesares. Quiero volver á mi pobreza..... quiero llorar en los brazos de mi madre.

—¡De tu madre!.... ¡Infeliz criatura!.... Tal vez no existe ya.....

—¡Cómo!!—esclamó azorada la infeliz María.

—Recogida en San Bernardino, se le dió permiso para ir á ver á su esposo, que está en la cárcel. Al cruzar la plazuela de Santa Cruz fué atropellada por el mismo coche que conducia á la hija á la romería de San Isidro..... A estas horas habrá ya muerto.

—¡Oh! no..... no..... no puede ser..... todo eso es mentira,—esclamó María con ademanes de demente.—Tú eres una furia que ha vomitado el infierno para atormentarme..... No puede ser, no..... Mi madre no ha muerto..... mi padre no está en la cárcel..... Eso lo dices tú, malvado, para que me desespere y llore..... Pues no he de llorar, monstruo, no he llorar..... Mira..... mira cómo rio!....

Y lanzó la infeliz una de aquellas carcajadas horribles que indican mental desorganizacion.

—Ríete,—añadió fray Patricio,—ríete, mientras acaso conducen á tu padre al caldalso.

—¡Al cadalso!!!—gritó María.

Y su espantoso grito se cruzó con la voz siniestra que repetia:

—La causa y sentencia del reo que está en capilla.

—¡Al cadalso!!!—repitió María con desgarrador acento.

Y balbuciendo otra vez esta espantosa palabra, cayó en el suelo sin sentidos.

. . . . . .

Una breve pero penosa enfermedad que puso en gran peligro la vida de María, sucedió á la escena que acabamos de referir. En pos de acerbos padecimientos, la desgraciada jóven se volvió loca.

CAPITULO XVIII.

El medallon.

Habíanse deslizado algunos dias desde la escena lamentable que hemos descrito en el capítulo anterior.

Fray Patricio y la marquesa de Turbias-aguas, sentados frente á frente junto á una pequeña mesa redonda, desayunábanse con sendas tazas de té con leche, tostadas con manteca de Flandes, huevos pasados por agua y algunos dulces de esquisita calidad.

Ambos voluminosos personajes, colorados como la grana, sudaban de placer al devorar los objetos que tenian á la vista; y eso que, á lo menos fray Patricio, habíase ya engullido en su casa el acostumbrado monstruoso cangilon de chocolate con bollos.

Este desayuno considerábanle como un ligero alimento que la marquesa solia tomar á eso de las once para fortalecer el estómago y poder aguardar sin desmayarse el verdadero almuerzo, que se verificaba á la una de la tarde, y consistia en lo que la buena señora llamaba varias bagatelas, como perdices escabechadas, jamon dulce, diferentes salsas y algun frito

y asado, con toda clase de fruta de la estacion, y *champagne* á uso completo.

—¿Y qué tal María?—preguntó fray Patricio á la marquesa.

—De salud perfectamente; pero loca rematada,—respondió la marquesa,—y mas terca que nunca. No hay medio de poder quitarle el consabido medallon.

—Ahora no lo estraño; se perdió la mejor ocasion..... Cuando estaba casi moribunda hubiéramos muy bien podido apoderarnos de él sin oposicion; pero..... ¡ya se ve!.... no atina uno en todo..... Y además, ¿quién habia de creer que salvase la vida?

—La mala yerba nunca muere, dice el refran..... ¡Pero cuidado que es mucha terquedad de mujer!.... Ayer hice entrar al cochero y al lacayo en su aposento, cada uno con su látigo, para ver si por este medio se lograba hacerle soltar el medallon; pero..... ¡quiá!.... Cuanto mas recio la sacudian, mas lo estrechaba entre su mano, y acurrucándose en un rincon del

cuarto, sufria los golpes dando agudos chillidos y haciendo rechinar los dientes. Al principio me daban risa sus visajes, porque parecia verdaderamente uno de esos monos á quienes hacen bailar con el azote; pero al cabo de un rato reflexioné cómo estaria su cuerpo de cardenales, y..... ¡ya se ve!.... una no tiene el corazon de estuco..... Desde niña he sido yo siempre muy sensible..... Viendo pues que todo era infructuoso, movida de compasion, hice que se retirasen mis criados.....

—Su corazon es como el mio..... yo tampoco puedo ver sufrir á nadie. Pero diga, señora marquesa, ¿no podrian los criados sujetarla y.....

—¿Qué es eso de sujetarla, si tienen ellos mas miedo que vergüenza? Como no la tienen por loca.....

—¿Cómo que no?

—No señor: ellos dicen que está rabiosa, y temen siempre una mordedura..... por las funestas consecuencias que tendria.

—Entonces no sé yo cómo.....

—Todavía me faltan que probar dos medios.

—¿Cuáles son?

—El uno es este. Despues de haber mandado retirar del cuarto á mis dos criados, le he dicho yo misma desde la ventanilla por donde veo cuanto hace, porque no quiero entrar en su cuarto: María, ten entendido que no tomarás en adelante mas alimento que pan y agua, ni tendrás otra cama que el duro suelo, hasta que hayas entregado á mis criados ese medallon que llevas.

—¿Y qué ha respondido?

—Un *no* bronco; pero tan resuelto y espresivo, que al fijar en mí sus desencajados é iracundos ojos, me he retirado, cerrando precipitadamente la ventana, porque se me figuró que se lanzaba sobre mí para devorarme. Desde entonces se le puso un cántaro de agua y un panecillo que hasta ahora aún no ha probado. Esto no debe darnos ningun cuidado,—añadió filosóficamente la marquesa engulléndose un huevo de un solo sorbo,—porque la sobriedad es muy provechosa para la salud.

—¿Y la cama?

—La cama no se le quitó, porque quiero que esta noche duerma bien.

—¿Con qué fin?

—Oiga usted el segundo proyecto. Se ha observado que, rendida de los continuos alaridos y fatigas del dia, duerme profundamente por la noche. He pensado que cuando esté rendida al sueño, mi negro Tomas, que es jóven de travesura y agilidad, entre descalzo en su cuarto, y pruebe de apoderarse del medallon cortándole el cordoncito de que está pendiente.

—¡Idea magnífica!

—Si esto no tiene buen resultado, se le quitará la cama, repitiéndole todos los dias que se le dará de comer y se le volverán á poner los colchones cuando haya entregado el medallon. Pero si van pasando dias y nada se logra, ¿qué cree usted que podremos hacer despues?

—Yo me lisonjeo de que esta noche quedará en nuestras manos ese medallon misterioso, y luego mandamos conducir á esa infeliz al hospital..... y no nos acordamos mas de ella.

—Tiene usted razon, amigo mio, porque no puede usted figurarse la molestia que origina una loca en una casa.

En esto concluyeron las dos *almas caritativas* su *frugal* desayuno, sacaron á luz sus respectivas cajas de oro cincelado, inundadas de esquisito rapé, cruzaron su recíproco polvo, y despues de sacudir fray Patricio con la mano derecha la solapa del chaleco, sobre la cual habia rebosado de entre las yemas de los dedos un pequeño sobrante del tabaco, levantóse y tiró del cordon de una campanilla.

No tardó en aparecer el negro Tomas.

—Quita esto,—le dijo la marquesa,—y vuelve, que he de darte una comision.

—Está muy bien, mi señora,—dijo el criado con profundo respeto y humildad.

Desapareció el negro, y no tardó tres minutos en volverse á presentar ante la señora marquesa de Turbias-aguas.

—Mira, Tomas,—díjole esta con acento afectuoso,—voy á encargarte una comision de alta importancia, y espero que la ejecutes bien.

—Haré lo posible, señora,—respondió el negro Tomas haciendo una profunda reverencia.

—No sé si habrás reparado que la loca lleva un medallon de oro pendiente del cuello.

—Sí señora.

—Pues bien, ese medallon es un precioso recuerdo de su madre, que es lástima se eche á perder. La pobre loca, sin saber lo que se hace, da con él golpes en el suelo y en las paredes que es un dolor. Queriendo yo apoderarme de él, sin mas objeto que guardárselo para cuando esté en mejor estado su juicio, he empleado toda mi natural dulzura para reducir buenamente á la loca á que me entregue esta joya. La infeliz no hace caso alguno de cuanto se le dice, ni creo que llegue ya á comprender el sentido de las palabras. Quiero decir que todo

ha sido inútil para lograr que me entregue el medallon. Ayer encargué al cochero y al lacayo que probasen si por medio de alguna amenaza podian hacérselo soltar; pero he sabido que han pegado á la pobre loca, y esto no está bien. Debemos ser compasivos con nuestros semejantes. He pensado pues que á deshora de la noche, cuando esté profundamente dormida, despues de haberte introducido en su cuarto con la linterna, y descalzo para no hacer ruido alguno, pruebes si, cortando el cordoncito, puedes apoderarte del medallon.

—Creo, mi señora, que no será operacion difícil,—respondió el negro,—con tal de que esté profundamente dormida; pero si por casualidad está despierta ó la despierto yo y me ve, ¿qué deberé hacer en aquel caso?

—No sucederá eso,—dijo la marquesa;—pero si tal ocurriese, queda á tu prudencia el disculparte sin que pueda traslucir.....

—Permítame, señora marquesa,—dijo fray Patricio,—que manifieste mi opinion en este asunto. Yo creo que una vez dado ya el primer paso, es decir, que Tomas esté ya en el cuarto de la loca, debe aprovechar de todos modos la ocasion. Si duerme, le quita fácilmente el medallon cortando el cordoncito; si despierta, le dice terminantemente, con tono amenazador, que es preciso que le entregue aquella joya. Las amenazas de un negro á deshora de la noche harán sin duda mas efecto que las del lacayo y cochero; y para que la ficcion sea mas completa, ya que se hace para el bien de la misma loca, no será malo que lleve Tomas un puñal en la diestra..... Este.... solo..... por supuesto..... para atemorizarla.....

—Dice muy bien el señor don Patricio,—esclamó la marquesa.

Y dirigiéndose á Tomas, añadió:

—¿Te hallas con ánimos de desempeñar á mi gusto esta comision?

—Sí señora,—respondió el negro Tomas;—pero la ejecutaré á la madrugada, que es cuando he observado que reina

profundo silencio en el cuarto de la loca. Eso del puñal me gusta, porque si trata de morderme la mataré de veras.

—La defensa es natural,—repuso la marquesa.—Solo siento que haya de ser á esa hora, porque hasta mañana no sabré el resultado; pero si no hay otro remedio, eso poco importa..... el caso es apoderarse á todo trance del medallon..... á todo trance..... ¿lo oyes? Viva ó muerta ha de ceder..... y recompensaré pródigamente tu celo.

—Gracias, mi señora,—dijo el negro.—Si no cede, se lo arrancaré de su cadáver.

—Ahora, retírate.

El negro Tomas inclinóse respetuosamente y desapareció.

—¿Y si esta tentativa,—esclamó la marquesa,—no surte el efecto que nos proponemos?

Fray Patricio estuvo un momento meditabundo, sacó luego su caja de rapé, tomó un buen polvo y contestó:

—Si esta última tentativa no nos proporciona el medallon, no queda mas recurso que el del cochero y el lacayo.

—¿Los azotes?

—¡Pues!.... ¡Fuera la cama!.... ¡ayuno completo!.... y además.... se la pega hasta que entregue la alhaja, y si quiere resistir hasta el último trance, precisamente perderá las fuerzas..... y á impulsos del dolor.....

—Es verdad.....—esclamó la marquesa.—Si á fuerza de latigazos y de debilidad se logra que se desmaye, nuestro triunfo es seguro. Ello es lástima emplear ciertos medios.....

—¿Qué le hemos de hacer?—repuso fray Patricio sorbiendo el tabaco.—Ya se sabe que á los locos no puede gobernárseles de otro modo.

—¡Todo sea por amor de Dios!—dijo la marquesa con acento compungido.

Y cogiendo el brazo de fray Patricio, abandonaron el comedor pausadamente.

CAPITULO XIX.

La loca.

La noche era espantosa.

Sepulcral silencio imperaba en todo Madrid, interrumpido por el prolongado zumbido del viento, que azotaba las cúspides de los gigantescos edificios y silbaba entre sus bóvedas, pálidamente iluminadas á trechos por la trémula luz de empañados reverberos.

De vez en vez oíase una vibracion siniestra. Las mismas ráfagas agitaban las varillas de los balcones, que chocando con la férrea baranda producian un ruido melancólico parecido al de lejana campana que dobla á muertos.

La luz del rayo, que serpenteaba con celeridad, iluminaba á intervalos, por los cristales de una ventana, un lecho desordenado, en el cual yacia una mujer cadavérica. Las hojas de esta ventana, batidas por el aire, causaban un estrépito monótonamente incómodo.

La mujer cadavérica era María.

Abrumada la infeliz de incesantes padecimientos, estaba sumergida en un sueño profundo.

Sonó un ligero rumor del cerrojo, que entre el hosco re-

tumbar del trueno que en lontananaza rugia, hízose casi imperceptible, y girando la puerta del cuarto de María sobre sus goznes, introdújose en él sigilosamente, con un puñal en la diestra y una linterna en la izquierda mano, el negro de quien ya hemos hablado en el capítulo anterior.

Este miserable esclavo, sin mas abrigo que la camisa, el chaleco y un ligero y corto pantalon de lienzo á cuadros, ofrecia un aspecto aterrador. Su rostro se perdia en la oscuridad, y solo se veia el blanco de sus grandes ojos, que brillaban azorados moviéndose en todas direcciones. Claváronse por fin en la cama de la infeliz María, y aproximándose el negro pausadamente á ella, deteníase de vez en cuando, aplicaba el oido, y solo escuchaba suspiros ahogados, ayes lastimeros, como de una persona abatida, rendida de cansancio y agobiada de ensueños dolorosos.

Llegó por fin el negro Tomas junto á la cama de la pobre demente, y sintió helarse de horror toda la sangre de sus venas.

—Hé aquí la víctima,—dijo para sí contemplando á María.—¡Qué demudada está!.... No hace mucho era su hermosura la admiracion de todos..... y ahora todos la aborrecen porque está loca!.... ¡Ea, Tomas, afuera toda compasion!.... ¡Venganza! ¡venganza! Derramemos la sangre de esa mujer..... Ella apaciguará los manes de mi padre, víctima del furor de los blancos. Diré que se ha resistido..... que solo dándole muerte podia arrancarle el medallon..... diré que queria morderme..... sí..... que queria moderme..... porque ya la marquesa me dijo que la defensa es natural..... que de la loca ó de su cadáver he de arrebatar el medallon..... ¡Muera pues!

Y al decir esto, abalanzóse el negro para herir á la desventurada jóven.

Este movimiento despertó á la infeliz, abrió los ojos, y lanzándose de la cama, dió un grito de terror que hizo retroceder al asesino.

Despues de algunos instantes de silencio, esclamó María:

—¡Ah!.... sí..... sí..... es verdad..... el cadalso está ya levantado..... el mismo cadalso en donde mataron á mi padre..... Gracias..... gracias, amigo mio..... Sin duda eres tú el verdugo que viene en mi busca para conducirme á morir..... ¡Qué dulce ha de ser la muerte!.... ¡En este mundo se padece tanto!.... Y cuando uno no tiene padres..... ¿qué puede esperar en la tierra? Amarguras, pero amarguras horribles.... porque no hay nada tan horrible como ver asesinar á un padre adorado.....

—Es verdad, es verdad,—dijo el negro Tomas enternecido.

Y despues de pasar la mano por sus ojos, añadió:

—¿Dice usted que han asesinado á su padre?

—Sí..... le llevaron al cadalso.

—Tambien asesinaron al mio.

—¿Qué has dicho?

—Que tambien yo lloro la pérdida de mi padre idolatrado, á quien mataron cobardemente unos asesinos.

—Te compadezco, cualquiera que seas..... te compadezco..... porque nada puede compararse al dolor que sufre el que llora la muerte de sus padres..... Pero vamos..... vamos pronto..... ¿No me acompañas?

—¿Adónde, señorita?

—Al cadalso..... porque yo no soy inocente como mi padre..... yo merezco un castigo espantoso..... el castigo de los parricidas.....

—¡De los parricidas!—esclamó el negro.

—De los parricidas, sí,—dijo en voz dolorida la infeliz demente.—¡Yo maté á mi madre!!!

Y luego, lanzando un grito, añadió:

—¡Ay! No..... no es posible..... no es posible..... ¡Calumnia..... calumnia de un maldito fraile! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡qué angustias son estas!.... ¡Ah! ¡Por piedad..... condúceme á morir!

—¡No!.... ¡no!....—esclamó con resolucion el negro,—¡no morirás!

Y al decir esto, arrojó en el suelo como fuera de sí el puñal que tenia en su diestra.

Luego, con acento conmovido, añadió:

—¡Señorita, valor! Vengo á proteger á usted.

—¡A protegerme!.... Dices bien..... debo expiar mi crímen en el cadalso, porque..... el cadalso..... Pero ¿no..... no es verdad que no la maté?.... ¡Matar á mi madre!.... ¡yo que la adoraba como á Dios!.... ¡Ay!.... ¡qué ganas tengo de llorar! pero no puedo..... no me queda ya una sola lágrima..... mis ojos están secos..... Llorar..... llorar debe ser tan dulce como morir..... Soy inocente..... pero no importa..... llévame pronto al cadalso..... En él murió mi padre, y era tambien inocente..... Ya nada me interesa en este mundo..... ¡Hasta mi amante me aborrece!....

Y al decir esto, besó repetidas veces con entusiasmo el medallon y añadió en tono resuelto:

—¡Ea.... verdugo..... al cadalso!

—¡Yo verdugo!.... No, no..... Míreme usted bien.

Y giró la luz de la linterna hácia su rostro.

—¿No me conoce usted? Soy Tomas, el pobre negro Tomas.....

—Tomas..... sí..... es verdad..... el criado de la marquesa..... ¿No me pegarás, no?.... ¡Me duele tanto todo el cuerpo!.... ¡y además..... tengo un hambre!.... Ya no hay pan allí..... Tú no me pegarás como aquellos dos hombres feroces que querian robarme esto.....

Y enseñó el medallon.

—¡Ah!.... primero me dejaré matar. ¡Robarme mi único consuelo!

Y volvió á besar el medallon.

—Señorita, sosiéguese usted.... este pobre negro tiene mejor corazon que los blancos. A mí tambien me mataron á mi padre, como antes he dicho, y aunque he jurado vengarme, no quiero derramar sangre inocente. Me han encargado quitar á usted ese medallon; pero lejos de eso, desde ahora me declaro protector de usted. De poco podrá servir la proteccion de un esclavo; pero cuando tratan de maltratar á usted..... de hacerla morir de hambre, algo podrá valer mi celo. Conserve usted en su poder esa joya que tanto aprecia; no tema usted ya que esos hombres *blancos*, esos hombres *civilizados*, vuelvan á pegar á usted..... Tomas, este pobre negro, este pobre esclavo *por civilizar*, no perderá á usted de vista, y no solo impedirá que la azoten á usted inhumanamente, sino que partirá con usted su comida para que no perezca de hambre.

Sacó el negro Tomas una pequeña navaja que tenia en el bolsillo del pantalon, cortó en dos mitades la vela de la linterna, y provisto de luz, sin dejar á María á oscuras, desapareció precipitadamente, no sin pasar el cerrojo de la puerta.

María, sola, empezó á pasearse meditabunda por el cuarto.

De repente observa el puñal que maquinalmente habia ar-

rojado el negro en un movimiento de exaltacion, le recoge, le besa, y se abandona á las siguientes reflexiones:

—¡Un puñal!.... El cielo me envia sin duda esta arma bienhechora para dar fin á mis tormentos..... Mi padre me llama....

voy á unirme á él para siempre..... Aquí..... aquí está mi corazon.....

Y la pobre loca llevó su mano izquierda al pecho.

—Dios que me envia este instrumento mortífero dirigirá mi diestra, y el golpe será certero. Pronto habrán acabado todos mis males..... pronto dejaré de existir.

De repente soltó María una estrepitosa carcajada, y despues con horrible sonrisa añadió:

—¡Qué chasco para mis verdugos.... para esos hombres desnaturalizados que me pegan sin compasion, y nunca acaban de matarme porque se gozan en eternizar mis tormentos!

Cuando vuelvan para martirizarme de nuevo, seré ya insensible á sus golpes. Este puñal me habrá salvado.....¡Oh! ¡cómo rabiarán!

Al decir esto, prorumpió la infeliz en nuevas carcajadas.

Abrióse de improviso la puerta del cuarto, y María solo tuvo tiempo para esconder el puñal entre los pliegues de una especie de túnica de lienzo burdo, que era su único abrigo.

—Soy yo, señorita,—dijo el negro Tomas;—soy yo, que le traigo á usted un poco de alimento. Está frio; pero no importa..... mañana comerá usted caliente la mitad de mi comida.

María devoró en un momento aquellos pocos desperdicios de la cena de los criados de la marquesa.

El buen negro Tomas dióle en seguida un poco de vino, que la infeliz demente bebió con avidez; contempló luego como absorta á su bienhechor, y arrojándose en sus brazos, permaneció en ellos sollozando y sin poder hablar. Lloró por fin, vertió abundantes lágrimas, y exhalando un profundo suspiro, esclamó:

—Estas lágrimas me dan la vida. ¡Hacia tanto tiempo que no podia verterlas! ¡Qué delicioso es el llanto para un corazon oprimido!

—Vamos, vamos, señorita,—repuso Tomas,—¿á qué viene ahora eso? ¿qué provecho ha de hacerle á usted el alimento?

—¡Oh! Me ha sabido muy bien,—dijo en voz alegre María.—Tenia necesidad de ambas cosas, de comer y de llorar. Tú has derramado un bálsamo consolador en mi corazon.

. . . . . .

No parecia sino que la desgraciada jóven hubiese recobrado su juicio. Esto era natural. Todos los dementes tienen ciertos intervalos en que no dan el menor indicio de su locura, y esto suele acontecer con mas frecuencia cuando se les trata con humanidad; y por mas que algunos doctos varones hayan creido indispensable el uso del revenque para la curacion de tan grave dolencia, no titubeamos nosotros en calificar aquí de absurdo crasísimo esa inhumanidad que degrada al hombre

y le confunde con los irracionales. ¡Imposible parece que tan atroces correctivos se consientan en país alguno donde haya siquiera un leve asomo de civilizacion! Estos infamantes medios, que envilecen á la vez á la víctima, al verdugo, y al gobierno que los tolera, deben quedar para siempre desterrados, no solo de las casas de locos, sino de las filas del pundonoroso ejército, en donde acaso por un leve desliz háse visto apalear á un valiente hasta el estremo de hacer brotar de su cuerpo esa preciosa sangre que los descendientes del Cid solo deben verter en los campos del honor defendiendo la libertad del pueblo, su independencia y soberanía. Prohíbase tambien en las escuelas ese abominable castigo que aveza al hombre desde sus mas tiernos años á una insensibilidad brutal que le hace incorregible. Solo con juzgar que semejante degradacion conduce á un fin laudable, se hace una ofensa terrible á la humanidad, que por fortuna no está tan empedernida como el corazon de sus opresores. Podrán los azotes atemorizar á un loco, pero jamás hacerle entrar en razon, como es fácil que suceda haciendo uso de tiernas amonestaciones en aquellos momentos de calma que hasta los mas frenéticos y furiosos esperimentan.

Hablaremos mas adelante en pró de estos séres desgraciados que yacen en Madrid en deplorable abandono, é indicaremos los medios que tiene el gobierno en su mano para hacer mas llevadera la amarga situacion de unos infelices que, tratados como reclama la ilustracion del dia, acaso muchos de ellos volverian á ser útiles á la sociedad.

—¿Quién eres tú?—preguntó María á Tomas con toda la ternura de la gratitud:—¿quién eres, que así te interesas en favor de una desgraciada que á nadie inspira compasion?

—Señorita,—respondió Tomas,—soy un pobre esclavo que, como usted, ha perdido en este mundo todas sus esperanzas. Si usted se digna escucharme, le contaré en breves instantes mi historia.

—Sí, mi buen amigo, cuéntame tus pesares. ¡Es tan dulce

hallar almas compasivas en quienes depositar los secretos del corazon!.... Yo me he visto hasta ahora privada de este consuelo bienhechor. Habla, Tomas..... ¡Pobre Tomas! Tú tambien eres infeliz.....

—Oiga usted, señorita.

Y Tomas refirió su historia en los términos que se verá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XX.

Historia del negro Tomas

Fatigada María, sentóse en su cama; y junto á ella, en la única silla que habia en su cuarto, el negro Tomas, quien refirió su historia del modo siguiente:

—Nos llaman bárbaros y salvajes, señorita, á los que hemos nacido en Africa..... pero cuando sepa usted lo que me han hecho sufrir los que nos insultan con semejantes apodos, esos hombres que hacen alarde de civilizacion y cultura, estoy seguro que se estremecerá usted y conocerá quiénes son los verdaderos bárbaros.

Yo, señorita, nací en una humilde cabaña construida de palmas á orillas del mar por mis padres oficiosos, que se amaban tiernamente, y me profesaban á mí el mismo afecto, como único fruto de su amor. Crecí entre sus adorables caricias, y nada faltaba á nuestra felicidad. El campo nos daba sabrosísimos frutos, y la pesca y la caza, al paso que nos servian de diversion, vigorizaban nuestros cuerpos y nos proporcionaban abundancia y diversidad en los manjares. Mientras mi madre cuidaba de aderezar el alimento, de asear la cabaña y desempeñar otras labores propias de su sexo, mi padre y yo recorríamos los vecinos montes ó las inmediatas rocas, y rara vez dejábamos de volver á nuestro hogar contentos y bien provistos, no solo para satisfacer las propias necesidades, sino para remediar algunas veces á los infelices mendigos que imploraban nuestro socorro. Y porque así ejercíamos la beneficencia, porque enjugábamos el ajeno lloro, porque desconocíamos esa civilizacion que enseña al hombre á fingir, á ser ambicioso, egoista y cruel, nos apellidan bárbaros.

—Es verdad,—esclamó María.—Los europeos hacen alarde de su decantada civilizacion; pero esta civilizacion es una mentira donde se ultraja impunemente á la virtud, y donde solo medran los malvados. Prosigue, Tomas, prosigue.

—Tan halagüeña felicidad no podia ser duradera. Una enfermedad dolorosa me privó de la mejor de las madres, y dejó á mi anciano padre sumergido para siempre en la amargura..... Todos mis afanes y desvelos por mitigar su dolor eran inútiles, pues cuando le dirigia las palabras de consuelo que me dictaba el amor filial, solo alcanzaba que se arrojase á mis brazos, me inundase de besos y prorumpiese en acerbo llanto.

—¡Pobre anciano!—esclamó María enternecida.

Y viendo que una lágrima brillaba en la negra mejilla de Tomas, pasó por ella su descarnada mano en ademan de afectuosa compasion.

—Mi sino, señorita, me tenia predestinado á sufrir aún mas crueles infortunios. Dormíamos un dia pacíficamente en

nuestra solitaria choza, cuando de improviso nos despierta el clamoreo de espantosa algazara, y vemos entrar de tropel multitud de europeos. Nos atan á entrambos estrechamente, y por medio de un barquichuelo con que habian desembarcado, nos conducen á un buque espacioso, en donde gemian hacinados centenares de infelices que habian sido arrebatados como nosotros del hogar doméstico; pero digo mal, señorita, porque no todos gemian..... muchos de ellos eran ya cadáveres.

—¡Cadáveres!—dijo María horrorizada.

—Sí, señorita,—continuó Tomas.—Los civilizados europeos tratan á los hombres que no son de su color como si fuesen irracionales ú objetos inanimados. De cada diez de nosotros formaban un apretado lío, y á la manera que suelen estivarse los fardos de las mercadurías, nos apiñaban en todos los vacíos del buque.

—Eso es horroroso,—esclamó María.

—Así hicimos el viaje de algunos dias,—prosiguió Tomas.—Figúrese usted, señorita, si no es mil veces preferible la muerte á tan inaudito padecer. La mitad eran ya cadáveres..... ¡Habian muerto ahogados!.... Los que por desgracia vivíamos aún, inundábamos los aires de lamentos aterradores, mientras los *civilizados* europeos hacian burla de nuestros gemidos, hablando de sus lucros y de sus especulaciones, ó se embriagaban apurando botellas de ron con alegres y desaforados brindis. Uno de los tormentos mayores que sentíamos era la sed..... la sed que nacia de la horrible calentura que nos devoraba, y bebíamos con avidez nuestras propias lágrimas, mezcladas con el sudor que arrancaba á nuestras frentes el martirio.

María, que escuchaba con notable sensacion los espantosos sucesos que el negro referia, no hacia mas que enjugar las lágrimas del pobre esclavo; pero sus ojos estaban otra vez secos, y parecia que envidiase el consuelo que debia producir el llanto en el corazon de aquel desdichado.

—Tenias razon,—le dijo con ternura:—tambien te han he-

cho padecer atrozmente los verdugos; pero á lo menos puedes llorar..... Yo..... lloré antes..... y sentí un alivio celestial. Prosigue, amigo mio, prosigue.

—Llegamos por fin á la Isla de Cuba.....

. . . . . .

Interrumpiremos por un rato la relacion del negro Tomas, porque juzgamos esta digresion de suma importancia para presentar datos históricos que justifiquen las atrocidades que el esclavo refiere..... atrocidades que se tendrian por exageradas é inverosímiles si el abominable comercio de negros, recientemente abolido, no presentase, para mengua de la civilizacion europea, horrible aglomeracion de iniquidades capaces de hacer estremecer al corazon mas empedernido.

La Isla de Cuba, fértil y opulenta soberana de todas las Antillas, es la llave del golfo mejicano; pero su régio ropaje cobija el cáncer de la codicia. Su feraz territorio ha producido tesoros inmensos; pero estos tesoros han nacido y crecido á impulsos de la humanidad envilecida. Los productos de la Isla de Cuba no han tenido mas riego que el sudor, las lágrimas, la sangre de los negros.

Para que se vea, repetimos, que en los padecimientos que relata el negro Tomas no hay exageracion alguna de nuestra parte, creemos que nuestros lectores leerán con gusto algunos párrafos que de la exacta descripcion del *tráfico de negros* hemos visto en *El Fénix*, elegante periódico que se publica en Valencia bajo la direccion de nuestro ilustrado amigo don Rafael de Carvajal; párrafos que hemos encontrado muy conformes con lo que sobre esta materia han escrito el aleman Kotzebue, el presbítero inglés Robertson y el célebre francés Chateaubriand, como prueba de que en las naciones que marchan al frente de la civilizacion europea ha resonado siempre enérgica la voz de la humanidad.

«Examinada la cuestion sobre el terreno, conduce á resultados tristes, y sin poderlo evitar se escribe el nombre de la Isla de Cuba al lado de Haiti y de Jamáica, por mucho que se

nutra de ilusiones y por espacioso que se ofrezca el campo de sus esperanzas. Como quiera que sea, hace ya muchos siglos que varones ilustres en santidad y letras habian procurado, á fuer de buenos españoles, poner coto á este comercio de sangre humana que tanto ha repugnado la civilizacion, y contra el que han clamado siempre los hombres mas distinguidos de todos los países civilizados. Prescindiendo pues nosotros de esta cuestion importante, tantas veces presentada, discutida y terminada por fin despues de largos debates y de luchar con encontrados intereses, nos limitaremos á dar una sucinta reseña de este tráfico escandaloso y de las costumbres particulares de los negros de nuestras Antillas.»

«Figuraos una playa abrasada por los ardientes rayos del sol, y allí, hacinados bajo miserables chozas, hombres robustos, mujeres débiles y niños casi recien nacidos, guardados con una vigilancia bien cruel por cierto, hasta que un atrevido capitan viene á comprarlos y trasportarlos á remotos climas, para ser allí devorados por la fatiga y los trabajos mas árduos y penosos. Generaciones enteras se han sucedido unas á otras sin interrupcion en las abrasadas costas del Africa, y unos han muerto sobre los restos de los otros, sin que su suerte haya mejorado jamás, aunque nuestras sábias leyes que rigen en nuestras Antillas han sido mucho mas beneficiosas á esa raza desgraciada que las que en otros tiempos ha planteado en sus posesiones americanas otro pueblo que se llama orgullosamente el protector de la humanidad. Arrebatados pues del país que les vió nacer, arrojados de sus chozas, y separados violentamente unos de otros los individuos de una misma familia, los negros eran conducidos al fondo de un buque, cuya tripulacion, adusta como el mar en su bravura, é intrépida al mismo tiempo como el pensamiento que la impelia á emprender esta carrera peligrosa y aventurada, les trataba con crueldad, amontonándoles unos sobre otros, sin aire, sin luz, sin esperanza. Allí, confundidos los sexos y las edades, arrebataba la muerte á algunos de ellos, y sus cadáveres

tal vez servian de almohada á los vivos; tal vez la madre tenia que reclinar la cabeza junto al cuerpo muerto de su hijo. Alguna vez sucedia que, ó por casualidad ó por industria, conseguia un negro salir de las escotillas del buque cuando este atravesaba un mar agitado por la tempestad, y se lanzaba en sus olas espantosas, prefiriendo aquella muerte prematura y horrible á la suerte que se le preparaba sobre el hermoso suelo de América. ¿Faltábales acaso á estos pobres esclavos el sentimiento de los recuerdos y una idea sobre el porvenir? Aquí recordamos un pasaje de las memorias del P. Dutertre, misionero de las Antillas, en que hace una pintura de las costumbres de los negros con tal sensibilidad é ingenuidad que cautivan el alma. «Se ha visto, dice, en la Guadalupe una jóven negra, tan persuadida de la miseria de su condicion, que jamás pudo reducirla su amo á que se casase con un negro que le presentaba..... Esperó que el sacerdote le preguntase (en el altar) si queria al jóven designado por su marido, y entonces respondió con una fortaleza que nos llenó de admiracion:—No, padre mio, yo no quiero á ese ni á ningun otro; me contento con ser yo sola miserable, sin dar hijos al mundo, que acaso fuesen mas infelices que yo, y cuyas penas me serian mas sensibles que las mias propias.»—Siempre permaneció en su estado de soltera, y se la llamaba ordinariamente la *Doncella de las Islas.*»

«Aportados los negros á las costas de Cuba, algunos conseguian escapar á las cumbres del Cuzco, donde se albergan los negros que se evaden de las fincas y son llamados *cimarrones.* Cuando se fuga un negro de una finca, se dice:—Hoy se *agachó* Fulano;—espresion harto propia y significativa. El mayoral, único blanco que dirige á su alvedrío ochenta ó mas negros, parece no fijarse en aquella ocurrencia; pero pasados dos ó tres dias sin que el cimarron caiga en manos de algun *guajiro*, quien lo presenta á su dueño reclamando la gratificacion señalada al efecto, análoga á la de nuestros campesinos cuando matan un ave de rapiña, monta á caballo, y precedido de

uno ó dos canes de buena ley, se engolfa por la espesura del monte. Sus fieles perros le sirven de guia, olfatean maravillosamente la huella del cimarron, y al fin dan con la gruta donde se alberga ó con el árbol entre cuyas ramas se oculta, ya compungido y lloroso, ya con la lengua fuera y el lazo en la garganta, pues cierta raza de negros vive en la creencia de que, ahorcándose, resucitan en el país que les dió cuna.»

«No es posible que un mayoral vigile por sí solo á la *negrada*, esparcida en diversos puntos de la finca y ocupada en distintos trabajos: súplele un *contra-mayoral*, negro de su confianza; y como no hay cuña peor que la de la misma madera, fácil es presumir que sus compatriotas no tendrán motivos para estar contentos de su amabilidad y blandura. Oprimidos bajo esta bárbara vigilancia, si se fatigan alguna vez, les anuncia un terrible latigazo que aún no ha llegado la hora del reposo. Con frecuencia se ven en los campos á muchas negras llevando á la espalda á sus hijos en improvisados cuévanos, que no son otra cosa que un pedazo de lienzo tosco, acaso para iniciarles desde niños en la miseria de la servidumbre que les aguarda, ó tal vez para que la inocencia y las lágrimas de aquellas inocentes criaturas sirva á sus cuerpos de escudo contra la implacable cólera del amo. Tienen tambien sus danzas y sus dias de holgura; pero en cambio los negros cuentan largas horas y largos dias de infortunio, que no es posible contemplar sin un profundo sentimiento. Concluida la fiesta, cada negro ocupa su puesto en torno del trapiche y en los demás puntos de la *casa caldera*, y mientras las cañas esprimen su dulce jugo, todos los presentes arrean las yuntas de bueyes uncidas como las mulas de las norias. En seguida les suceden en esta operacion los negros, dando principio á una penosa faena que no ha de interrumpirse en cuatro meses, durante los cuales cada negro dormirá cuatro horas al dia, y no cesará de perderse en los aires el encendido humo de las chimeneas, ni de hervir en las anchas calderas el *guarapo* y el *melado*, ni de oirse el lúgubre canto de los negros,

cuyos lentos compases marca á veces el chasquido del látigo, que agita el mayoral con formidable mano. Cierto es que en nuestras colonias se ha dado en general un trato menos bárbaro que en otras posesiones á los desgraciados individuos de esta raza malhadada; pero eso no impide que su suerte haya llamado desde casi la conquista de las Américas la atencion de todos los hombres eminentes que apreciaron, como debian, los preceptos del Evangelio y las máximas de una política no insidiosa ni vil.»

«Pero á pesar de tantos siglos de reclamaciones y de justicia, solo ha podido conseguirse la prohibicion del tráfico de negros cuando una potencia no ha necesitado de sus brazos para sus colonias, y cuando en sus intereses mercantiles ha convenido presentar por medio la *filantropía del siglo XIX* para abolir un comercio altamente inmoral y repugnante. Por fin se ha conseguido, cualesquiera que hayan sido las miras de los que la han procurado, y nosotros nos felicitamos por haber visto establecida esa abolicion en nuestros dias.»

. . . . . .

—Llegamos por fin á la isla de Cuba,—dijo Tomas,—arrojaron al mar los cadáveres, y á los que aún vivíamos nos compró un rico comerciante que tenia millares de esclavos para la elaboracion del azúcar y otros efectos que producian sus inmensas posesiones. Allí empezó para nosotros otra série de sufrimientos. A un trabajo insoportable unían se los mas inhumanos castigos, toda suerte de privaciones y un alimento mal sano, además de insuficiente para saciar el hambre. Allí asesinaron á mi padre!....

El negro Tomas tuvo que suspender la relacion de sus desgracias. Despues de algunos sollozos enjugóse las lágrimas con una de las mangas de su camisa, y añadió:

—Sí, señorita, esos hombres que tanto blasonan de civilizacion, asesinaron á mi padre á palos!....

—¡A palos!....—esclamó María.—¡Qué horror!

—Le dieron cincuenta palos porque el pobre viejo no pu-

do un dia hacer el mismo trabajo que los jóvenes, y de resultas de este castigo..... murió!!!.... Yo juré entonces vengar esta muerte matando á cuantos blancos me fuese posible. Este golpe asolador sobre tantas desgracias hízome caer gravemente enfermo; por lo que, viéndome inútil para el trabajo, me puso el amo en venta y me compró un capitan de navío. Tres años estuve en este buque, y me hice el mejor nadador de la tripulacion. Mi suerte no mejoró, porque se me daba tambien un trato cruel. Siempre conservé el mismo odio á los blancos, y el deseo de vengar á mi padre. Un dia estábamos en la bahía de Cádiz, cuando amagaba la atmósfera un temporal horroroso, y antes que arreciase, conociendo yo que si el buque se perdia nadie podria salvarse, dí barreno al casco por dos ó tres partes, y antes que el temporal desarrollase todo su furor, me lancé al agua, y con mucho trabajo llegué á tierra, desde donde contemplé con singular dulzura el primer goce de mi venganza. No se salvó uno solo de los blancos de aquella tripulacion.

El negro pronunció estas palabras con una sonrisa feroz, y prosiguió:

—Estuve algunos meses en Cádiz, donde tuve proporcion de dar pasaporte para el otro mundo á otros varios blancos; pero aún no está satisfecho mi deseo, porque un padre vale mucho, señorita, y todo hijo que tenga sangre en las venas debe tomarse cumplida venganza cuando han asesinado bárbaramente á su padre.

—Tienes razon, negro, tienes razon.....—esclamó María abriendo convulsivamente sus grandes ojos, que parecian querer saltarse de sus órbitas.

—Vine á Madrid, y hace un año que estoy en esta casa buscando ocasiones de matar blancos. Entré aquí con intencion de matar á usted, señorita; pero al saber que tambien han asesinado á su padre, me declaro protector de usted, y me encargo de buscar á los asesinos..... Me uniré á usted, señorita, para buscarles ....

—Sí, negro, les buscaremos..... y les hallaremos..... ¿no es verdad que les hallaremos? ¡Oh!.... ¡sí!.... ¡morirán!....

—Así lo confio. Ahora, acuéstese usted, y..... reserva sobre todo..... si quiere que sea completa nuestra venganza.

El negro Tomas desapareció con las luces, cerrando la puerta.

María se tendió en la cama, con el puñal en una mano y el medallon en la otra.

Cansados su imaginacion y su espíritu, durmióse la infeliz por fin, repitiendo:

—¡Venganza! ¡venganza!.... ¡ven..... gan..... za!....

. . . . . .

. . . . . .

Tres dias habíanse pasado desde que el negro Tomas habia relatado su historia á María.

La marquesa de Turbias-aguas, viendo que el negro tampoco habia conseguido apoderarse del medalllon de la loca, habia dado la órden de quitar la cama de su cuarto y reducir aún mas la racion de pan y agua, su único alimento, intimando á la desgraciada jóven, que cuando buenamente entregase el medallon se le daria comida abundante y una buena cama como la que antes tenia.

No sabia la marquesa que el negro Tomas, cuando estaban todos acostados, no solo proporcionaba algun alimento á la loca, sino que introducia en su cuarto el colchon que tenia él en su cama para que la pobre jóven no durmiese en el suelo; de modo que, lejos de debilitarse, habia recobrado parte de sus antiguas fuerzas.

Viendo este singular resultado despues de tres dias, la digna cómplice de fray Patricio no tuvo paciencia para aguardar mas, y con arreglo á los deseos del maldito fraile, resolvió hacer entrar aquel mismo dia á su cochero y á su lacayo con sendos látigos para arrebatar á todo trance el medallon de la demente.

Llegó el momento fatal, y los dos feroces instrumentos de

la marquesa dispusiéronse á ejecutar con todo rigor las sangrientas órdenes de aquella furia diabólica.

Entró primero el lacayo en el cuarto de María.

—¡Dame el medallon!—gritó en tono brusco y ademan amenazador.

—¡No!—respondió María con resolucion.

A esta respuesta descargó el estúpido lacayo un latigazo sobre María.

Esta infeliz se retorció de dolor, lanzando un prolongado chillido, y permaneció temblando convulsivamente.

—¡El medallon!—repitió aquel verdugo.

Levantó nuevamente el látigo para descargar sin piedad un segundo golpe; pero entonces María, veloz como el rayo, y

mas frenética que nunca, haciendo rechinar los dientes de rabia, precipitóse contra su verdugo, que cayó herido de varias puñaladas, y revolcándose por su sangre, se arrastró hasta la puerta, lanzando moribundos gritos, con el puñal todavía clavado en el corazon.

A fray Patricio y á la marquesa de Turbias-aguas les convino que esta horrorosa escena pasase desapercibida, y al efecto tomaron las convenientes disposiciones, resolviendo tambien, en vista de que habian sido inútiles todos sus esfuerzos, conducir á María al hospital General y despedir al negro Tomas, contra quien empezaban á concebir sospechas, al ver que nadie mas que él podia haber proporcionado el puñal á la loca.

CAPITULO XXI.

Verbena de San Juan.

El 23 de junio de 1836, despues de media noche, la berlina de la marquesa de Turbias-aguas, con algunos criados á las órdenes de fray Patricio, conducia á esta desventurada jóven al hospital General.

María estaba furiosamente frenética; solia aullar como una loba. Para evitar escándalos, habíase elegido aquella hora de la noche, en que, rendida de los continuos y furiosos accesos que la acometian durante el dia, y de los horribles latigazos con que se la castigaba, su ánimo abatido solia entregarse, no al pacífico sueño, sino á una febril y aletargada intermision.

María habia perdido ya el conocimiento. Estaba loca rematada. Gritaba que queria ir á ver á su amante, y esta idea les favoreció para hacerla subir en la berlina.

Este grupo de verdugos, acaudillados por un fraile que conducia su víctima á una oscura mazmorra, contrastaba con el bullicio y general alegría que reinaban en todo Madrid, particularmente en la plaza Mayor y en el Prado.

Ya tienen noticia nuestros lectores de la vastísima llanura del famoso paseo del Prado. Pues bien, la plaza Mayor de Madrid, empezada á construir en 1619 durante el reinado de don Felipe III, bajo la direccion del arquitecto Gomez de Mora, y

terminada en 1621, tiene cuatrocientos treinta y cuatro piés de largo, trescientos treinta y cuatro de ancho, y mil quinientos treinta y seis de circuito. A pesar de tan prolongadas dimensiones, inmenso gentío bullia por todas partes, y agitábanse mil grupos que se cruzaban en distintas direcciones por las calles de Madrid, siendo el Prado y la plaza Mayor los principales puntos de descanso, si descanso llamarse puede el del individuo que se desgañita entonando seguidillas al son de la bandurria, ó baila que se las pela mientras toca el barbero con su guitarra el sandunguero fandando ó la jota aragonesa.

Un grupo de jóvenes atravesaba la plaza Mayor entonando el himno de Riego y dando vivas á la libertad, siguiendo su curso hasta el Prado.

—¡Paso, paso, que viene la retreta!—gritó una voz.

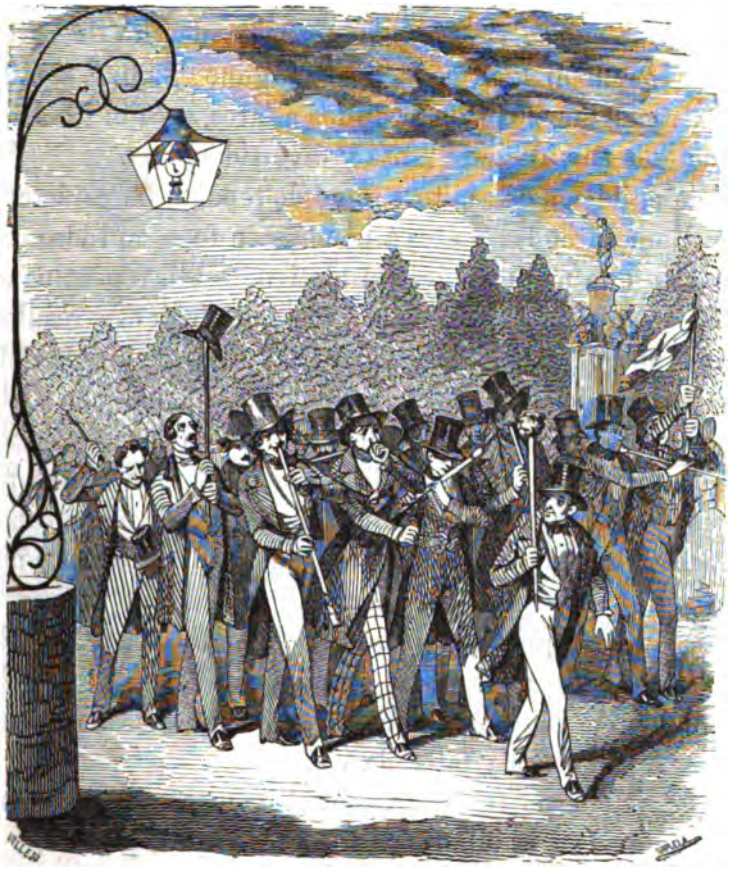
Y viéronse llegar como otros veinte mozalvetes de frac ó levita, remedando cada uno con la boca su bélico instrumento, llevando perfectamente el compás, precedidos de un travieso jorobado que con su enorme róten pavoneábase á estilo de tambor mayor. Otro ostentaba en alto su sombrero á manera de farol, que completaba la ilusion.

El ejercicio filarmónico gutural de estos *dilettantis*, secábales á menudo el garlito de tal modo, que era indispensable tomar de vez en cuando un refrigerio para poder continuar la socorrida diversion que tantos y tan agradables lances tenia para aquellos pisaverdes en agraz.

Apoderáronse como por asalto de los frasquetes de diversos licores que habia en la mesa mas inmediata, porque se sabe que en las verbenas de Madrid son indispensables ornatos de los sitios donde se celebran, los puestos de bollos, *tostaos*, anisete, rosa, noyó y marrasquino, y despues de remojar lindamente el gaznate y armar una de cajas y clarines con la vendedora sobre el precio del consumido licor, siguieron su marcha marcial mas entusiasmados que nunca.

En el Prado era donde principalmente se aglomeraban to-

das las cuadrillas de gente alegre; y debe decirse, en obsequio de los honrados habitantes de Madrid, que ni un solo lance desagradable suele turbar en semejantes noches el general regocijo á que se entregan las masas trabajadoras de un pueblo virtuoso que contempla en estos inocentes solaces una tregua á sus sufrimientos, que le da aliento para sobrellevarlos con heróica resignacion.



Mil músicas resonaban á un tiempo por todas partes; voces chillonas de entusiasmadas mujeres alternaban con los varoniles acentos de ciertos trovadores de infatigable pulmon, con los agudos silbidos con que algunos manolos solian anunciar su aparicion en la fiesta, con el incesante repiquete de las casta-

OXFORD

ñuelas y con los gritos de los aguadores, que deseaban aligerar el peso de su carga.

El bombo del *tio Vivo* dejábase oir acompasadamente en medio de la general algazara, y los columpios de esta notabilidad madrileña estaban animadísimos. En nada se conoce la *viveza* del *tio Vivo* como en la eleccion, tanto de su descansado y lucrativo oficio, como de los sitios á propósito para sus espectáculos. Con un bombo, platillos y clarinete que meten ruido mientras corren sin alcanzarse media docena de corceles que no comen ni le hacen gasto ninguno, porque son de la misma casta que los santos de los altares, saca el *tio Vivo* el producto de su viña muy santa y divertidamente.

Esta agitacion estrepitosa tomó de repente un carácter singular. Empezaron las gentes á ponerse en fuga en todas direcciones, sin que nadie supiese el motivo de tan repentina alarma. El mas leve incidente suele á veces producir este resultado.

Solo un gallardo jóven quedóse aislado á la entrada del salon mirando hácia la fuente de Neptuno, cuando una especie de espectro que parecia salir de su tumba arrojóse á sus piés.

Era una mujer, cuyo pálido y ensangrentado rostro tenia casi enteramente oculto bajo su larga y desordenada cabellera. Esta pobre mujer despavorida buscó el amparo de aquel jóven, porque la seguian dos hombres armados de látigos. Era la pobre María, que al bajar de la berlina á la puerta del hospital, habíase escapado de las garras de sus verdugos.

—¡Quieren matarme! ¡quieren matarme esos hombres!—esclamaba con ronca y fatigada voz.

Todo su cuerpo temblaba convulsivamente. El bizarro jóven tenia asida á la infeliz niña con el brazo izquierdo, y empuñando bien su baston con la diestra, púsose en guardia.

Dos criados llegaron corriendo en pos de María en ademan hostil; pero al arribo del primero, dióle el jóven tan recio golpe en la cabeza, que le hizo rodar por el suelo.

—¿Qué pretendeis hacer con esta infeliz?—preguntó el jóven á aquellos hombres.

—Tenemos órden de conducirla al hospital General. Está loca.

—¡Quieren matarme esos hombres!—repitió María con voz ronca y desfallecida;—¡quieren matarme! ¡Siempre me pegan!.... ¡Me hacen tanto mal!.... No quiero ir con ellos.... quiero ir contigo..... tú no me pegarás..... tú me salvarás, ¿sí?....

—Sí, hija mia, bien, yo te acompañaré,—dijo el jóven:—nadie te pegará.

Y volviéndose luego hácia los lacayos, añadió:

—Vamos al hospital General: allí se averiguará todo.

Dirigiéronse al hospital General. María iba siempre agarrada del brazo de su jóven protector. Llegaron á la puerta, donde habia un hombrecillo gordo y algunos empleados del

establecimiento. Hablaron estos con el jóven, y convencido este de que efectivamente aguardaban á aquella mujer, que estaba loca, se la entregó. María no queria desprenderse del brazo de su protector. Se la arrancaron á la fuerza.....

El hombrecillo gordo..... era fray Patricio.

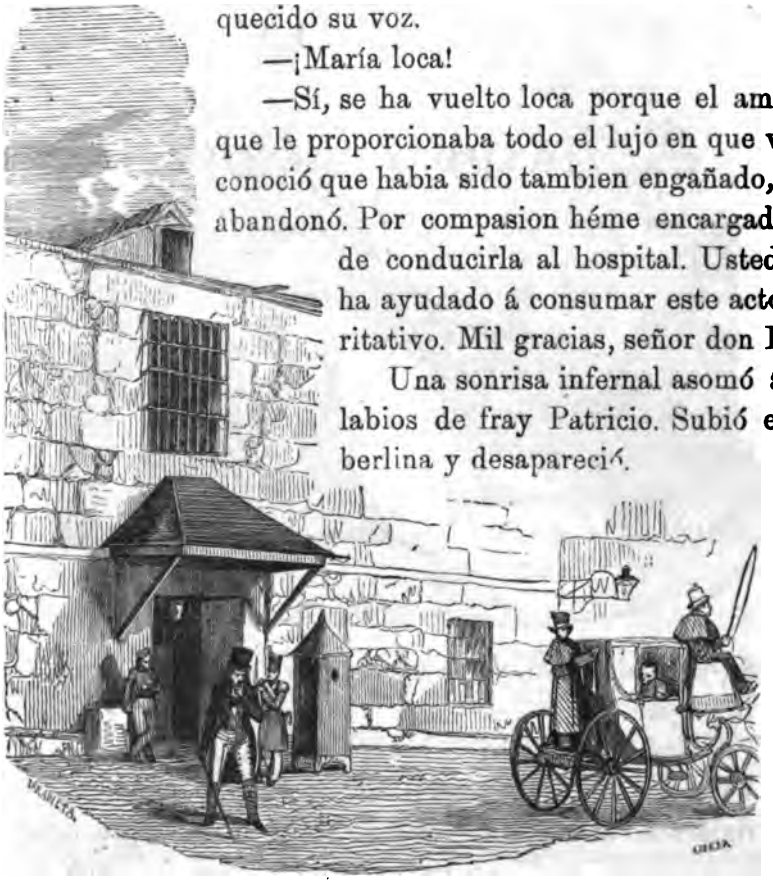
—Señor don Luis de Mendoza,—dijo,—ya está vengado.

—¿Qué dice usted?—esclamó atónito don Luis.

—La mujer que acaba de traernos es..... María.

—¡María!!!

—Sí, María, que está loca. No es estraño que no la haya conocido. Sus escesos y mala conducta la han trasformado en cadáver. Los aullidos que lanza incesantemente han enronquecido su voz.



—¡María loca!

—Sí, se ha vuelto loca porque el amante que le proporcionaba todo el lujo en que vivia conoció que habia sido tambien engañado, y la abandonó. Por compasion héme encargado yo de conducirla al hospital. Usted me ha ayudado á consumar este acto caritativo. Mil gracias, señor don Luis.

Una sonrisa infernal asomó á los labios de fray Patricio. Subió en la berlina y desapareció.

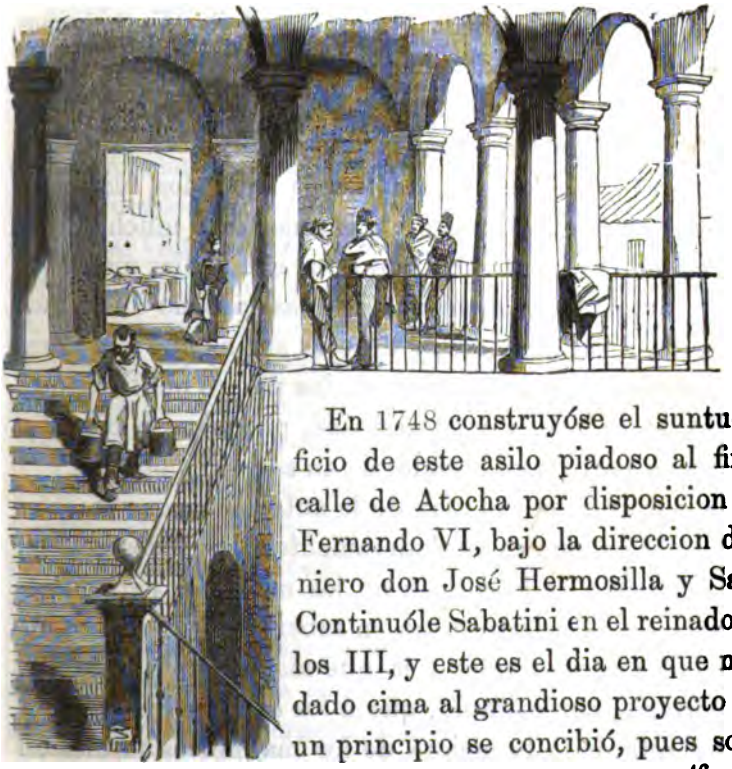
FIN DE LA PARTE SEGUNDA.

PARTE TERCERA.

LA VIRTUD Y EL VICIO.

CAPITULO PRIMERO.

El hospital General.



En 1748 construyóse el suntuoso edificio de este asilo piadoso al fin de la calle de Atocha por disposicion de don Fernando VI, bajo la direccion del ingeniero don José Hermosilla y Sandoval. Continuóle Sabatini en el reinado de Cárlos III, y este es el dia en que no se ha dado cima al grandioso proyecto que en un principio se concibió, pues sobre un

solar inmenso, en cuyo centro debia construirse la iglesia, habian de quedar ocho patios espaciosos. Concluyóse el principal en 1781: tiene 134 piés de largo y 80 de ancho. Las enfermerías, divididas en salas de inmensa capacidad, gozan de una ventilacion á propósito, y los facultativos destinados á la asistencia de los enfermos son de los mas entendidos de Madrid. Recíbense y se trata con humano celo á cuantos se presentan con herida ó calentura, y aunque mucho ha hecho la Junta Municipal de Beneficencia para aliviar la suerte de tantos desgraciados, restan por hacer grandes reformas que la humanidad doliente reclama con imperio. El establecimiento de una casa de maternidad y otra de locos no debe dilatarse un momento, cualquiera que sea el estado de los recursos con que cuente la Junta para las infinitas atenciones de tan vasto establecimiento, porque si sagradas son todas, no es justo abandonar al olvido las que acaso con mas urgencia demandan los generosos esfuerzos de todo corazon sensible y filantrópico. Ya lo hemos dicho: nos referimos á la demencia y á la maternidad.

Si crecidos son los gastos, crecidos son tambien los recursos que producen las cuantiosas rentas del hospital. El arriendo de la plaza de Toros, los impuestos sobre los teatros, el producto de las fincas, legados y limosnas, dan mucho de sí; pero aun cuando todo esto no alcance para remediar males que no deben prorogarse un momento, acúdase al celo é ilustrada filantropía del Ayuntamiento, y de esas sumas que tan sábiamente se emplean en el hermoseo de los paseos públicos, dando trabajo á las clases menesterosas, puede muy bien distraerse alguna parte para atender á tan sagrados objetos.

Jamás censuraremos el afan de la autoridad por aumentar el ornato público, que es verdaderamente uno de los mas seguros termómetros de la cultura de las naciones; pero la discrecion, el tino y el acierto están en saber pesar diestramente las necesidades para atender á la que mas urgente aparezca. Poco importaria, por ejemplo, que á los señores elegantes se les hubiese retardado la mejora de los magníficos faroles del

Prado, para que luzcan su lujo al resplandor de brillantes reverberos, si juntando la cuantiosa suma á que esta mejora asciende, con otros arbitrios de semejante naturaleza, y aplicándolos á la humanidad doliente, se salvaban esos infelices á quienes debe una autoridad celosa prodigar toda su predilección, por la misma razon de que son infortunados, menesterosos y desvalidos; por la misma razon de que están enfermos y desnudos. Ya que se atiende á la mayor comodidad y recreo de los ricos, es razonable y justo que no se desampare á los pobres.

Deber es de las autoridades visitar con detenimiento los establecimientos de beneficencia, á fin de enterarse minuciosamente de su estado, para introducir en ellos las reformas que se juzguen convenientes, y elevarlos á un grado de perfeccion que nada tenga que envidiar á las mas civilizadas naciones.

Hemos sabido con satisfaccion que la Junta Municipal de Beneficencia se propone realizar, y hubiera realizado ya, á permitirlo la escasez de sus fondos, las mejoras que imperiosamente reclama el lamentable estado de los dementes y de las salas de presas y de maternidad. Pero estas mejoras se retardan ya demasiado, y es verdaderamente aflictivo que todo en el hospital General respire órden, buena administracion, limpieza y aseo, menos el espantoso departamento destinado á las infelices que adquieren el glorificado título de madres y á los desdichados en quienes el peso de su desgracia ha originado alguna desorganizacion mental. Situado en lóbregos subterráneos, adolece de todas las malas condiciones higiénicas que imaginarse puedan, aun cuando de intento quisieran disponerse; por manera que los infelices enfermos, y en particular los dementes, no pueden recibir la asistencia que sus padecimientos reclaman.

Esto es desgarrador, y sin embargo, la falta no es de la Junta de Beneficencia ni de la direccion del establecimiento; depende de que la competente autoridad, mas aficionada á distraerse de sus graves tareas en el perfectamente iluminado sa-

lon del Prado, y aspirar las aromáticas brisas del botánico jardin, que el aire infecto de los hospitales, olvida estas necesidades apremiantes, que solo pueden remediarse facilitando á la Junta locales á apropósito para establecer en ellos una casa de locos y otra de maternidad.

Es escandaloso, es irritante, es altamente criminal, que cuando tan buenos establecimientos de beneficencia hay en todas las naciones cultas para la asistencia de los dementes, no tengamos en la capital de España mas que oscuras mazmorras donde encerrarlos como fieras.

En una de estas mazmorras, María la hija de un jornalero, cadavérico el semblante, los ojos desencajados, desgreñado el cabello, ensangrentadas sus largas uñas, y envuelta en asquerosa túnica, llena de roturas, estaba forcejeando como una tigre los hierros que la encerraban, dejando oir mal articuladas palabras entre alaridos que hacian estremecer.

Entre tanto, pasaba una escena tierna en otro departamento.

Una mujer arrodillada ante un hombre besábale las manos con gratitud.

. . . . . .

. . . . . .

Se acordará sin duda el lector que el 15 de mayo, dia de San Isidro, la carretela de la marquesa de Turbias-aguas, en que iba la interesente María, atropelló á su buena madre la ciega Luisa, en términos que aquella misma noche tenia á la cabecera de su cama un sacerdote que la ayudaba á morir. Se acordará tambien el lector que despues de haberla suministrado un medicamento, la pulsó el facultativo y dijo al sacerdote: «Padre, ya puede usted retirarse..... son inútiles las exhortaciones de usted.»

En efecto, las exhortaciones del religioso, no solo eran inútiles, sino perjudiciales, porque habiéndose mejorado la enferma, en términos de hallarse ya fuera de peligro, los gritos del celoso ministro del altar amilanaban el espíritu de la paciente,

que mas que semejantes exhortaciones, necesitaba consuelos de esperanza y salvacion que reanimasen su decaido aliento.

En breves dias se puso la enferma en estado de ser trasladada al hospital General, en donde, gracias á la buena asistencia, sanos medicamentos, esmero y sabiduría del facultativo que cuidó de su curacion, tan entendido en medicina como en cirujía, y uno de los mas famosos oculistas de Madrid, la ciega Luisa, no solo habia recobrado la salud, sino que habiendo sufrido la operacion de la catarata, que su facultativo le hizo con singular destreza, empezaba á ver todos los objetos; si bien para perfeccionar su curacion llevaba ciertos vendajes y anteojos de un verde oscuro que la impedian distinguirlos con toda claridad.

Esta era la mujer que, postrada á los piés de su salvador, le besaba cariñosamente las manos, mientras don Antonio de Aguilar (que así se llamaba el buen facultativo), haciendo esfuerzos para levantarla, esclamó;

—¿Qué hace usted, señora? ¡Por Dios!.... ¿qué hace usted? No merezco yo esos estremos.... Al cabo no he hecho mas

que cumplir con mi deber..... Y es preciso que procure usted reprimir esos trasportes..... que no son por cierto nada favorables al buen éxito que debemos prometernos en la completa curacion de usted.

—¡Ay, señor!—dijo Luisa alzándose del suelo y sentándose en un banquito junto al doctor:—¡cuánto le deberé á usted!.... Por usted vuelvo á la vida, por usted volveré á ver los hermosos rayos del sol que todo lo vivifican..... y me gozaré en contemplar esos prodigios de la naturaleza; prodigios inmensos, llenos de ostentacion y encanto, que revelan la existencia y supremo poder del Criador. ¡Ay, amigo mio! ¡cuán horrible es la oscuridad! ¡cuán desgarradoras son esas tinieblas perennes para un pobre ciego en los momentos en que otras criaturas celebran las maravillas de la naturaleza! ¡cuánta resignacion há menester el infeliz que se ve privado de la vista! ¡cuán dolorosa es esta resignacion!

—No piense usted mas en eso, hija mia. Afortunadamente ha recobrado usted ese don precioso que Dios nos concede para que contemplemos toda la grandeza de sus creaciones, y no debe usted ya afligirse por las amarguras pasadas.

—Tiene usted razon, don Antonio, tiene usted razon. ¡Es usted tan bueno!.... Seria una necedad.... seria negra ingratitud en mí no seguir los consejos de usted. Ya estoy tranquila. Mire usted, ya no me acuerdo de lo pasado, ni quiero abandonarme á las sensaciones de mi próxima felicidad. ¡Oh! ¡qué grande va á ser mi felicidad! Me espera un dia..... ¡qué dia tan feliz!.... Tiene usted razon en decir que las alegrías son perjudiciales á la salud..... porque..... ¡bendito sea Dios!.... cuando llegue ese dia venturoso..... me voy á morir de placer..... porque cuando vea á mi Anselmo..... cuando vea á mis hijos, no me saciaré de contemplarles..... les estaré mirando siempre..... siempre.... y entonces..... ¡oh! entonces se habrán cumplido todos mis deseos..... nada importa que me muera de gozo..... Mas ¡ay! otra idea triste me aflige, á pesar mio. ¡Dios sabe si volveré á ver á María!.... ¡Abandonó nuestra casa en la mayor

miseria..... y habrá muerto de hambre y de frio en algun rincon!....

—¡Buen modo por cierto,—esclamó el facultativo,—de cumplirme la promesa de no afligirse!—¿Tendremos que reñir hoy?

—¡No, no, por Dios!—dijo con sincera bondad Luisa.—Yo no quiero reñir con nadie..... y con usted mucho menos. Además, usted me ha hecho concebir mil veces la esperanza de recobrar á mi hija María, así como he recobrado la vista y la salud. Usted es mi ángel de salvacion, ¿y habia de reñir con usted? Míreme usted,—añadió Luisa sonriéndose bondadosamente,—míreme usted bien..... ¿No es verdad que tengo la cara alegre? ¡Estoy tan contenta! ¿Cómo no he de estarlo? Usted me asegura que mi esposo saldrá en breve de la cárcel, porque se justificará su inocencia, y que entonces permitirá usted ya que vengan mis hijos, y estos inocentes vendrán con su padre á buscarme para volver á nuestra casa, quedando á cargo de usted proporcionarnos trabajo á todos. Es usted muy generoso..... Anselmo, aunque no puede hacer grandes fuerzas con el brazo derecho, puede dedicarse á ciertas labores..... y luego..... como recobre yo la vista..... Tengo tambien la esperanza de encontrar á María, porque ¡es tan buena y laboriosa!.... Seguramente se le habrá proporcionado una buena colocacion, y el dia menos pensado sabremos que es feliz. Bien lo merecen sus virtudes, señor médico; y no lo digo porque sea hija mia, pero reune todas las buenas cualidades que á su edad pueden apetecerse..... sobre todo..... ¡es tan linda!.... ¡tan honrada! Dios no la abandonará..... ¡Oh! sí, seguramente es feliz..... me lo dice el corazon, y espero que de un momento á otro tendré la dicha de abrazarla..... de verla..... ¡de verla! ¡Dios mio! ¡Dios mio!.... Usted no sabe á qué punto llega la felicidad de una madre cuando contempla los encantos de sus hijos.

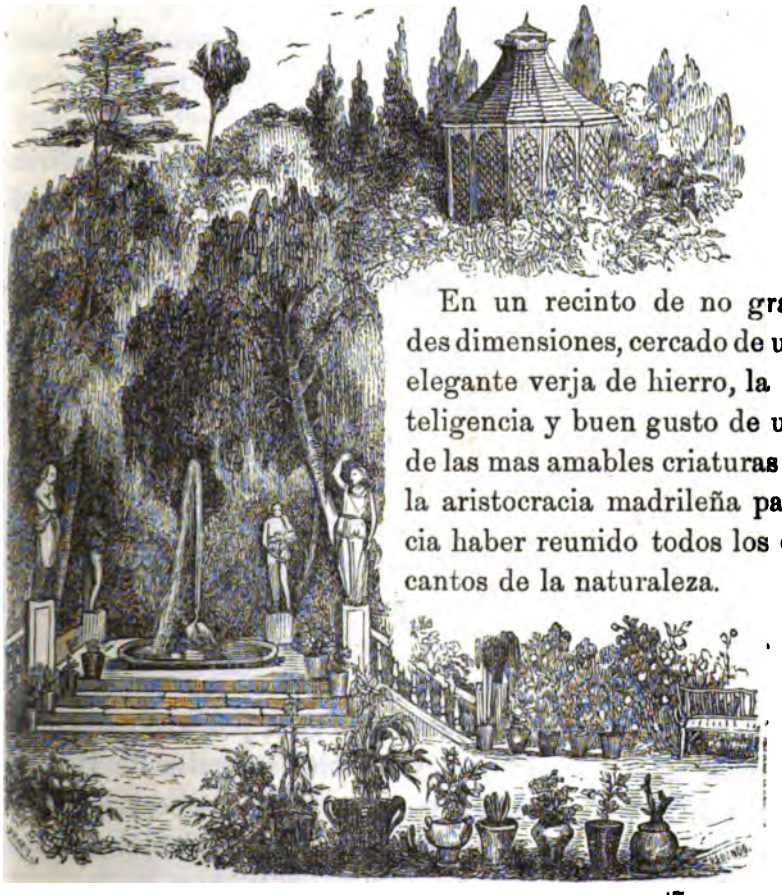
—Sí, sí, buena Luisa,—dijo el doctor;—todo, todo saldrá á medida de nuestros deseos.

Y conociendo que la enferma hablaba mas de lo regular, impelida seguramente por algun resto de calentura, despidióse de ella, encargándole que le seria muy conveniente un rato de reposo.

Luisa se metió en su aseada cama, y durmió con el sosiego de una conciencia pura y tranquila, arrullada de esperanzas lisonjeras.

CAPITULO II.

El jardin.



En un recinto de no grandes dimensiones, cercado de una elegante verja de hierro, la inteligencia y buen gusto de una de las mas amables criaturas de la aristocracia madrileña parecia haber reunido todos los encantos de la naturaleza.

Vistosísimos grupos de galanas flores, hábilmente colocadas en pequeñas divisiones, enrejadas de juncos á modo de graciosos canastillos, embalsaman el aire de un aroma celestial. Estas flores encantadoras, entre las cuales descuellan los jacintos de Persia y las francesillas de Irlanda, vénse rodeadas de una magnífica alfombra de fondo verde esmeralda que guarda la mas perfecta armonía con los variados y vivísimos matices que de los canastillos se ostentan, y á manera de laberinto, deja estrechas callejuelas cubiertas de tierra arenosa que se cruzan en todas direcciones.

Hay en el centro de este hermoso vergel una pila circular, en medio de la cual se ve un hermoso cisne de blanquísimo mármol, que alzando altivo su dilatado cuello, parece querer arrojar al cielo un chorro de agua cristalina, que se deshace á cierta altura y cae sobre sus alas cual copioso rocío de perlas orientales.

Cuatro frondosos sauces de Babilonia colocados simétricamente vénse retratados en el fondo de aquella límpida superficie, que quedaria inmóvil como el cristal de un espejo si el halago de las brisas no la embelleciera con mansas undulaciones, por entre las cuales juguetean y se rebullen multitud de pececillos de color de fuego, salpicados de plata, oro, nácar y coral.

Cuatro magníficas estátuas tambien de mármol, que representan las estaciones, ocupan los cuatro ángulos del jardin. Vénse de trecho en trecho rústicos bancos con respaldos de arrayan moruno graciosamente recortado, entoldados de pomposa enredadera, que defendiendo aquellos deliciosos asientos de los rayos del sol, hace que se aspire en ellos deliciosa frescura.

Entre dos de estos agradables bancos, que estaban en el fondo del jardin y á los cuales se llegaba por una calle orillada de plantas damasquinas y bellísimos rosales de Bengala, habia una pajarera espaciosa primorosamente construida de cuatro pilares de mármol que sujetaban el alambre diestramente entrelazado en forma de gran jaula.

Habia en su centro un copudo naranjo cubierto de esquisita fruta, que brillaba como el oro y exhalaba deleitoso perfume.

Toda clase de pajarillos revoloteaban en aquella dulce prision. Confundíase allí el candoroso canario con el pintado jilguerillo, la triste tortolilla con la inocente paloma. Todos cantaban alegres y bulliciosos cuando el sol con sus rayos abrasadores heria aquel recinto de amor y de inocencia. El trino del jilguero, las modulaciones del canario, formaban armonía con el arrullo de la paloma; el triste gemido de la tórtola contrastaba con el delicado contrapunto del celoso ruiseñor.

El reloj del alcázar de los reyes de Castilla acababa de dar las dos de la tarde.

Era uno de los primeros dias del estío, y aventajaba en hermosura á los mas apacibles de la primavera.

Mas linda que la diosa de las flores, sentada en el rústico sofá de la derecha, ataviada con delicadeza esquisita, con un libro en la mano, veíase una mujer agraciada, cuyo espresivo rostro respiraba tanta bondad como belleza, interrumpir su lectura de vez en cuando para contemplar extasiada los encantos de aquel sitio, particularmente el gozo de aquellas aves dichosas, con suficiente libertad para ser felices, al paso que estaban á cubierto de los lazos crueles y del mortífero plomo del cazador.

Esta mujer sensible era la baronesa ***, tipo encantador de la verdadera nobleza.

La baronesa *** tenia veinticinco años de edad; pero su rostro angelical conservaba toda la lozanía que ostenta una jóven candorosa en sus quince primaveras. Era blanca como el jazmin, y esta blancura se armonizaba divinamente con su cabellera de un color castaño asaz oscuro. Sus ojos azules eran el emblema de su carácter dulce y caritativo. Candorosa sonrisa asomaba en sus encendidos labios, que hacia nacer sendos hoyos en el carmin de sus mejillas, que daban á su rostro una

gracia indefinible. Podrian aplicársele los siguientes versos de Melendez:

¿Sabes, di, quién te hiciera,
idolatrada mia,
los graciosos hoyuelos
de tus frescas mejillas?
¿Esos hoyos que loco
me vuelven; que convidan
al deseo y al labio
cual copa de delicias?
Amor, Amor los hizo,
cuando al verte mas linda
que las Gracias, por ellas
besarte quiso un dia.
. . . . . .
. . . . . .

Su natural talento, robustecido por una educacion esmerada, dedicábase con singular predileccion á proyectos filantrópicos, que sabia llevar á cabo con benévola constancia. Hé aquí por qué era amada y respetada de cuantos la conocian; y los desvalidos hallaban siempre en ella una madre cariñosa que consolaba sus amarguras y remediaba sus infortunios.

—¡Señora!....—dijo una doncella que acababa de llegar adonde estaba la baronesa.

—¿Qué hay, hija mia?—preguntó con dulzura su ama.

—El marquesito de Bellaflor pregunta si puede pasar adelante.

—¿Por qué no? ¿No sabes que no es persona de cumplimiento? Dile que tenga la bondad de bajar al jardin.

Desapareció la doncella, y no tardó en presentarse don Luis de Mendoza.

Al verle, dijo la baronesa con amable jovialidad:

—¡Vamos, vamos, Luisito, qué olvidados tiene usted á sus buenos amigos! Hacia un siglo que no se dejaba usted ver por acá.

—No lo estrañe usted, baronesa..... Ciertas desazones me

La baronesa ···

han quitado mi natural buen humor,—respondió don Luis,—y he temido que mi tristeza incomodase á los demás.

—¿Desazones usted?—replicó la baronesa.—¿No sabe usted que los males se mitigan en el seno de la amistad? Pero ya que es usted reservado, me guardaré muy bien de querer penetrar en el sagrado de sus secretos.

—No merece la pena, amiga mia. Afortunadamente han cesado ya los motivos de una afliccion sin consecuencias.

—Mucho lo celebro, porque no puedo yo ver padecer á nadie; y las desgracias de un amigo como usted me son más sensibles aún.

—¡Es usted tan buena!.... Pero sosiéguese usted, amiguita; ya no me aflige pena alguna..... ¿Y quién puede ser desgraciado al lado de usted?

Aquí soltó la baronesa una graciosa carcajada; no una de esas carcajadas sarcásticas y burlonas que lanza la coquetería: la risa de la baronesa era hija de bondadosa indulgencia.

Convencido don Luis de que María le habia engañado, de que era una jóven disoluta que no merecia su amor, y á quien la prostitucion habia sumergido en el horrible estado de demencia en que se hallaba, debia olvidarla para siempre; y sin embargo, tan ardiente habia sido su pasion, que no podia verla infeliz, y habia dejado órden en el hospital para que se la cuidase con esmero y se le suministrase cuanto su estado exigiese, saliendo él garante del pago de todos los gastos. Don Luis creia á María culpable, y..... la compadecia..... esta es la venganza de los pechos generosos..... la compadecia, pero no podia amarla.

En este estado, se esforzaba en entregarse á su habitual jovialidad..... en dedicarse á sus antiguas conquistas amorosas, y aquel sitio solitario..... apacible..... romántico si se quiere..... la presencia de una mujer llena de atractivos..... su amabilidad escesiva..... en fin, todo le escitaba á ensayar uno de aquellos triunfos que solo el frenético amor que á María profesaba le habia hecho olvidar. Y no hay que estrañar esta me-

tamórfosis, no, ni deben sentir las mujeres que sus queridos hayan sido enamoradizos en otro tiempo, porque los que vagan de flor en flor como las mariposas, si una vez llegan á amar de veras, aman hasta la muerte, y viven solo para el único objeto de su pasion.

Don Luis queria volver á representar la mariposa inconstante, y la baronesa era una flor demasiado hechicera para que dejase de rendirla el homenaje debido.

—¿Conque no se puede ser desgraciado al lado mio?—dijo la baronesa jugueteando con el libro que en la mano tenia.—Vea usted una cosa que me llenaria de orgullo..... si no conociera que lo dice usted por mero galanteo.

—Lo digo porque lo siento así. Créame usted, hermosa baronesa: en ninguna parte me juzgo tan venturoso como á su lado; y si mereciese de usted una sola palabra de esperanza.....

—¡Esperanza!.... ¡Qué loco es usted!.... Efectivamente, veo ahora que ha recobrado usted su antiguo buen humor.

—Hablo con formalidad..... Sepa usted que la quiero..... que.....

—Pues yo tambien á usted,—dijo la baronesa riéndose con donosura.—¡Pues no faltaba mas sino que nos aborreciésemos!.... ¡Dios nos libre!.... A mí me basta que sea usted amigo de mi amado esposo, para que le quiera á usted y sea usted tambien amigo mio.

—¡Qué cruel es usted!.... No le basta á usted despreciar mi amor; es preciso que haga mofa de él.

—¿Otra vez?

—Otra vez y otras mil diré á usted que la amo..... que la adoro.....

—Pero ¿ignora usted, Luisito, que estoy casada?

—Casada, sí, con un hombre que no sabe apreciar el tesoro que posee.....

—¿Quién dice eso?

—Su conducta..... Siempre buscando nuevos amores.....

—Es el defecto que tienen ustedes todos los hombres, y

hay que pasar por ello. A nosotras no nos queda mas que un medio de corregir á nuestros maridos.

—Imitar su conducta, ¿no es verdad?

—¡Qué disparate! Al contrario..... enseñarles la buena senda, no desviándonos jamás de la virtud. Yo me he propuesto corregir así á mi querido esposo, y lo conseguiré.

—Si él la amase á usted como yo la amo..... porque la adoro á usted con una pasion inestinguible.....

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡qué mal lo hace usted! Para decir esto debió usted haberse arrodillado..... ¿No es verdad que este jardin es á propósito para representar una escena amorosa? Formalmente, Luisito..... ¿á cuántas ha hecho usted la misma declaracion?

—A ninguna. Usted es la única belleza que cautiva mi corazon.

—¡Silencio!.... Mi hermano se acerca,—esclamó la baronesa.

Y con aire grave, lleno de adorable dignidad, añadió:

—No sea usted niño..... ni me hable mas en esos términos..... si algo vale para usted la conservacion de mi amistad.

Y alzando mas la voz, dijo en tono graciosamente festivo:

—¡Oh! Tiene usted razon, amigo mio..... el dia es hermoso..... no puede mejorar..... ¡Así están mis florecillas tan lozanas, y tan alegres mis pajarillos!.... Tampoco el calor es estremado.....

Don Luis de Mendoza, á pesar de su carácter atrevido y despejado, bajó la vista, y mientras un nuevo personaje se aproximaba á aquel sitio por entre los rosales de Bengala, se entretenia el marquesito en hacer cruces maquinalmente con la contera de su baston en el arenoso suelo, hasta que el saludo del recien llegado le distrajo de tan edificativa tarea.

—Hermano mio,—dijo la baronesa,—tengo el gusto de presentarte al marquesito de Bellaflor, uno de los mejores amigos de mi esposo.

—¡Bellaflor!.... Mi satisfaccion es tanto mas completa cuanto que á la amistad que profesa este caballero á tu esposo, reune prendas recomendabilísimas,—esclamó el recien llegado.—Su beneficencia raya á una altura que le hace mucho honor en estos tiempos de egoismo y avaricia. Sabe, hermana mia, que el señor está actualmente haciendo grandes gastos para que nada escasee en la curacion de una jóven, muy linda por cierto, que entró el otro dia en el hospital. Yo..... ¡ya se ve! como médico que soy de aquel establecimiento, estoy bien enterado de todo.

—¡Oiga! ¿Tan generoso en favor de una jóven linda?—esclamó la baronesa en tono irónico y significativo.

Don Luis se quedó sin contestar. Un carmin encendido veló de repente su turbado rostro. Despues de algunos instantes de silencio, dijo con forzada sonrisa mirando á don Antonio:

—No estrañen ustedes mi turbacion..... este caballero me confunde con elogios que no merezco.

Luego, lanzando una tímida mirada á la baronesa, añadió:

—Se trata de una pobre muchacha que se ha vuelto loca..... hija de una familia indigente.....

—En efecto,—repuso don Antonio,—es una pobre muchacha, á quien, por lo que he podido traslucir, ha vuelto loca la inconstancia de su amante. Creo haber acertado el método de curacion, pues en pocos dias he notado grandes progresos, y espero que estará en breve en disposicion de poderme esplicar el orígen de sus males. Por ahora solo penetro que ha sido engañada por algun tronera. Tal vez usted, señor marquesito, podria darme algunos informes sobre el particular.

—Yo..... la verdad.....—dijo don Luis lleno de turbacion,—solo he tenido noticias de que esa muchacha, seducida acaso por malas compañías, habíase entregado á una vida depravada..... Supe casualmente que el desenfreno de su conducta produjo el estado de demencia que la aflige..... y me basta que sea desgraciada para que la socorra.

—Eso es muy laudable,—esclamó la baronesa en tono conmovido.

Don Luis estaba como en ascuas. Esta conversacion era para él un tormento insoportable. Mil contrarias sensaciones desgarraban su corazon, y determinando abandonar aquel sitio, sacó su reloj, fijó en él la vista, y esclamó tartamudeando:

—Es mas tarde de lo que creia..... Baronesa, á los piés de usted.

La baronesa hizo un gracioso saludo, don Luis y don Antonio se cruzaron una mirada, inclinándose profundamente, y mientras se alejaba el primero, dijo el médico á su hermana:

—Emilia, ese jóven es un tronera.

—Algo hay de eso,—respondió la baronesa;—pero tiene buen corazon.

—Acaso no tanto como te figuras.

—¿Cómo así?

—Escucha: ese jóven es el seductor de la infeliz niña demente.

—¿Qué me dices?

—Sí, Emilia, no me queda la menor duda. No solo me lo han indicado así algunas palabras incoherentes de la pobre víctima, sino un medallon que nadie ha podido arrebatar de sus manos, á pesar de haber empleado para ello los mas atroces castigos; pero usando yo para con aquella desventurada criatura una conducta benéfica, he logrado cautivar su cariño y merecer su confianza. Me llama *el otro padre*, porque seguramente el suyo la habrá amado mucho; pero cuando se acuerda de él se enfurece y habla de los verdugos que le asesinaron.

—Eso es horroroso.....—esclamó la baronesa enjugándose las lágrimas.—¿Y es cierto que su padre haya sido asesinado?

—No; pero está preso por causas políticas, y en los tiempos que corremos ningun hombre de bien está seguro en su casa.

En efecto, Anselmo *el Arrojado* permanecia aún en la cárcel. Aquella voz siniestra que oyó María el dia en que fray

Patricio la visitó en casa de la marquesa de Turbias-aguas, aquel acento espantoso de un ciego que anunciaba *la causa y sentencia de un reo en capilla,* óyese por las calles de Madrid desgraciadamente con harta frecuencia; pero el reo que iba á subir al cadalso no era entonces el padre de María, aunque así quiso dárselo á entender el abominable monstruo que en vano intentó seducirla.

—Lo mas particular..... y no parece sino que la Divina Providencia lo haya dispuesto así,—dijo don Antonio,—es que la madre ha venido á parar en el hospital, y tiene otros hijos en San Bernardino.

—¡Desgraciada familia!

—Muy desgraciada en efecto. La madre estaba enteramente ciega; pero tambien he sido afortunado en su curacion. La infeliz llora la pérdida de su hija; pero en el estado en que se hallan ambas, lejos de unirlas, es preciso separarlas si se quiere lograr la salvacion de una y otra. Querida hermana, las desventuras de esta pobre familia me han interesado de modo, que me he propuesto no solo apurar todos los recursos del arte, como mi obligacion lo ordena, sino hacer toda suerte de sacrificios para aliviar su malhadada suerte.

—Dame un abrazo, hermano mio,—esclamó la baronesa enternecida.—Tu resolucion me llena de placer.

—Ya sabia yo que no dejarias de acoger propicia mis proyectos. Habia pensado hacer trasladar á la pobre demente á mi casa; pero ya sabes que vivo solo, que no tengo doncellas que pudiesen cuidarla con esmero, y este paso daria acaso márgen á la murmuracion; porque has de saber que se trata de una jóven estremadamente linda, á pesar de los estragos que ha hecho en su rostro la horrible enfermedad que padece.

—No hables mas, Antonio; te comprendo,—esclamó la baronesa con sincera alegría.—Cuando gustes iremos los dos en busca de la pobre demente. ¡Oh!.... yo soy muy envidiosa..... quiero hacer tanto como tú en favor de esas pobres gentes..... quiero, en una palabra, que esa niña me llame *la otra madre.*

Pero ¿cómo sabes que ha sido víctima de la seduccion del marquesito de Bellarflor? ¿Estás seguro de ello?

—Olvidábaseme el decírtelo. La confianza que yo inspiro á la infeliz, y el temor que tiene á los que la castigaban de un modo infame para arrebatarle el medallon, como he dicho antes, la indujo á hacerme depositario de esta joya, y cada vez que me ve exige que se la enseñe; entonces la besa, y derramando copiosas lágrimas, contempla el retrato que encierra..... Este retrato es el del marquesito de Bellaflor.

—¿Será posible?.... Pues bien, lo primero que hay que hacer es rehusar las dádivas de ese jóven, arrancadas por los remordimientos. ¡Ah! No perdamos tiempo. ¿Cuándo vamos por esa desgraciada?

—Haz que mañana á las once esté lista la carretela. Adios, Emilia.

—Adios, hermano mio, hasta mañana á las once.

. . . . . .

Hemos dicho ya que la baronesa *** era el tipo de las bellezas de la aristocracia madrileña. Nosotros, que con tanta energía censuramos á los que á la sombra de sus riquezas y de sus títulos se enaltecen hasta mirar con desprecio á las clases menesterosas, no podemos menos de tributar elogios á las personas de elevada posicion que no se desdeñan de tender una mano generosa al desvalido. Esto prueba que nuestros asertos son hijos de la conviccion, que la imparcialidad guia nuestra pluma, y que solo acatamos nobleza en los sentimientos de virtud, y grandeza de alma en los que moralizan la sociedad, y dando un abrazo fraternal al pobre, socorren sus urgencias y le abren una senda de honor y de prosperidad.

En prueba de que hay en la aristocracia de Madrid almas benéficas que contrastan con los corrompidos cortesanos, con los palaciegos aduladores, con los ambiciosos venales, con los fátuos envilecidos que solo respiran ignorancia, perversidad y orgullo, citaremos de nuevo los actos de la JUNTA DE BENEFICENCIA DOMICILIARIA. Esta asociacion filantrópica, compuesta de señoras de la mas distinguida nobleza, está prodigando beneficios á los pobres dé Madrid. Ocho mil ciento treinta y cinco socorros se han repartido en un año entre las diez y seis parroquias de la córte. Estableciόse además un taller de labores, y doscientas cincuenta y seis mujeres se matricularon y empezaron á trabajar, desde la pobre anciana cuya vista no le permite hacer mas que la calceta ordinaria, hasta la jóven que cose con primor una camisa. Tanto número no podia contenerse en un local pequeño por necesidad, pues la escasez de fondos destinados á este objeto no permite pagar sino un módico alquiler. Muchas de las pobres tampoco podian abandonar su casa, donde cuidaban algunas á sus pobres enfermos, otras

á sus hijos pequeños, ó tenian que esperar á sus maridos, que volvian de sus faenas á comer un potaje preparado por ellas y ganado con tanto trabajo. La caridad nunca es desconfiada; y así, la directora del taller no tuvo inconveniente en repartir prendas de ropa á todas las que deseaban trabajar en su casa, sin mas precaucion que la de anotar en un libro el nombre, habitacion y prenda que entregaba á la pobre que la pedia; y habiéndose entregado mas de mil cincuenta y seis piezas de ropa para hacerlas fuera del taller, ¡no se ha estraviado una sola! todas las han devuelto; ¡todas las mujeres han cobrado el valor de su trabajo!

CAPITULO III.

Las primeras investigaciones.

El hermano de la baronesa, don Antonio de Aguilar, reunia á su talento como facultativo una amabilidad seductora y una bondad de carácter, que le impulsaban, como á su digna hermana, á sacrificar sus intereses y su reposo en obsequio de los desvalidos. Así es que la desventurada familia de Anselmo el *Arrojado* habia cautivado su generoso corazon. A través de las apariencias que condenaban á aquellos desgraciados, penetraba don Antonio que todos los infortunios que pesaban sobre ellos tenian su orígen en alguna trama infernal que se propuso descubrir.

Con este objeto dirigióse á San Bernardino despues de la visita que hizo á la baronesa, y encargó á la persona competente que diese las órdenes oportunas para que los hijos de la ciega Luisa fuesen tratados con el mayor esmero y consideracion, ínterin llegaba el caso de sacarlos de aquel asilo, indicando que probablemente no tardaria.

Pidió igualmente permiso para conferenciar á solas con ellos, á cuyo efecto se le hizo pasar á un aposento solitario, en donde aparecieron en breve los tres hijos de Anselmo.

El mayor, de edad de doce años, era Manuel, á quien conocen ya nuestros lectores. Su hermanita tenia ocho años y se llamaba Rosa; era bastante parecida á María, y Joaquin era el nombre del niño menor, que apenas tenia cinco años de edad.

Todos ellos corrieron precipitadamente á besar la mano de la persona que les aguardaba, porque se les habia dicho que les traia buenas noticias de su madre; pero don Antonio les recibió en sus brazos y dió un beso á cada uno con afecto verdaderamente paternal.

—¿Cómo está madre?—esclamó el mayor, con los ojos arrasados de lágrimas que hacia brotar en ellos la alegría.—¿Es verdad que nos trae usted buenas noticias de su salud?

—Sí, hijos mios,—respondió enternecido don Antonio.

A esta contestacion asomó en los labios de aquellos inocentes una sonrisa adorable, fiel espresion de la mas pura alegría.

Los dos mayores se cruzaron una mirada de satisfaccion y se abrazaron, mientras el menor espresaba su regocijo dan-

do repetidos saltos y batiendo las palmas de sus tiernas manecillas.

—¿Por qué no la has traido contigo?—preguntó Joaquin con candorosa sencillez.

—¡Cuántos deseos tenemos de verla!—esclamó Rosa.

—¡No nos permiten visitarla!—dijo Manuel en tono de amargura.—¡Esto es una crueldad!

—Tranquilizaos, hijos mios,—repuso el médico afectuosamente.—Los que os han prohibido ver á vuestra madre lo han hecho porque convenia así á su salud. Ahora que está ya mucho mejor, no tardareis en verla, porque dentro de pocos dias estará enteramente restablecida y podreis abrazarla. Entonces os reunireis para no separaros jamás. ¿No veis, hijos mios, como es mejor así? ¡Oh! Yo estoy seguro que entonces será vuestra dicha completa.

—Es verdad, señor, es verdad,—dijo Manuel con cierta espresion indefinible de gozo y de tristeza:—seremos muy dichosos al lado de nuestra madre..... pero..... nada sabemos tampoco de padre y de nuestra hermanita mayor.

Al decir esto, enjugóse Manuel algunas lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

—Vamos, vamos, querido, no hay que afligirse,—dijo el médico acariciando á Manuel.—Dios es justo, y no desampara jamás á los que confian en su misericordia. Yo espero que dentro de breves dias estareis todos reunidos en vuestra casa.

—¡En nuestra casa!....—esclamó con alegría Manuel.—Esta seria una felicidad que no me atrevo á creer. ¡Somos tan desgraciados!....

—¿Cómo os llamais, hijos mios?—preguntó don Antonio en tono de cariño.

—Yo me llamo Manuel,—respondió este,—para lo que guste usted mandarme. Mi hermanita, Rosa, y.....

—Y yo Joaquinito,—añadió el hijo menor de Anselmo tirando del frac del médico.

—¡Perfectamente!—esclamó don Antonio.—Ya no me ol-

vidaré de vuestros nombres, amiguitos, porque habeis de saber que os quiero mucho, y que no tardaré en volver á visitaros. Y vosotros, ¿me quereis?

—¡Oh! sí, muchísimo,—dijo Manuel besándole la mano.

—¿Nos trae usted noticias de madre y no habíamos de quererle?—esclamó Rosa con adorable candor.

—Yo tambien te quiero mucho,—dijo Joaquin;—pero quiero que me acompañes á ver á mamá y á papá..... y á mi hermanita María..... porque quiero abrazarles y darles muchos besos.

—Muy bien, muy bien, Joaquinito,—respondió enternecido el doctor.—Otro dia vendré á buscaros y os traeré dulces, y todos juntos iremos á ver á papá, á mamá y á la hermanita.

—Mira que no nos engañes.....—esclamó Joaquin con angelical franqueza.—Y cuando vengas por nosotros no te olvides de los dulces, porque quiero llevárselos todos á la ciegueci-ta. Mi mamá está ciega la pobrecilla, y cuando yo sea grande como Manuel, la acompañaré de la mano para que no tropiece. A mí me gustan mucho los dulces; pero los guardaré todos para mamá.

—Segun eso,—replicó el médico, á quien embelesaba la sencillez de aquel niño,—¿quieres mas á mamá que á papá?

—Yo quiero lo mismo al uno que al otro,—respondió Joaquin sin vacilar un instante;—pero como papá no está ciego....

—Dígame usted, señor,—dijo Manuel interrumpiendo á su hermanito:—¿será cierto que veremos á nuestros padres y hermana?

—Así lo espero,—respondió don Antonio.

—Ya sabe usted que mi pobre padre está en la cárcel.

—Lo sé, Manuel, lo sé; pero confio que resultará inocente, y en este caso no podrán menos de dejarle en libertad.

—Está inocente, sí señor, está inocente.

—¿Cómo lo sabes, hijo mio?

—Lo sé..... lo sé..... porque mi padre es muy bueno..... es

muy virtuoso..... aborrece toda clase de delitos..... ¡Oh! Yo lo aseguro..... mi padre no puede ser criminal.

—¿Pues por qué motivo se le ha encarcelado?

—¿Qué se yo?.... El dia en que María se separó de nuestro lado en busca de colocacion..... porque en casa nos moríamos todos de hambre..... viendo que era tarde ya y que no volvia mi hermana, estábamos todos en la mayor zozobra. Llamaron por fin á la puerta, creimos que era ella..... volé á abrirla..... No era ella, señor; era un agente de la justicia, que con fuerza armada vino á prender á mi padre. Se lo llevaron y lo encerraron en la cárcel de Córte. Pusiéronle despues en comunicacion, y el primer dia que iba mi pobre madre á verle..... ¡á verle! he dicho mal.... ¡no podia la infeliz disfrutar de tamaña ventura!.... El dia en que por primera vez iba á visitarle, fué la desdichada atropellada por un coche. Volviéronla moribunda á esta morada..... trasladáronla despues al hospital General, y ni á mis hermanitos ni á mí se nos ha permitido verla mas, prohibiéndonos salir de este asilo, de modo que tambien se me ha arrebatado el consuelo de volver á ver á mi buen padre.

—No culpes á nadie de esta prohibicion, por dolorosa que te haya sido, porque seguramente se ha obrado de este modo en beneficio de tus padres. Tu presencia y la de tus hermanitos, de ningun consuelo podian servir á tu madre en el peligroso estado en que se hallaba. No hubiérais hecho mas que afligirla, involuntariamente por supuesto, lo mismo que á tu padre; pues si se te hubiese permitido ir á verle, ¿cómo hubieras sabido disimular la desgracia que tenia en tan inminente riesgo la vida de tu madre? Y si, como era muy presumible, no hubieses tenido bastante serenidad para callar tan dolorosa catástrofe, ¿qué hubiera sido de tu padre al saberla? Convéncete, Manuel, de que los que no te han permitido salir de esta casa han obrado por tu bien y por el de tus padres; y en consecuencia, lejos de estar resentido por semejante providencia, debes sin duda alguna agradecerla.

—Yo, señor, no culpo á nadie. Mi padre me ha enseñado

á respetar las órdenes de mis superiores, y lo hago siempre sin murmurar. Pero dice usted que mi madre está mejor: ¿cómo lo sabe usted, señor? Disimule usted mi curiosidad; pero ¡es este asunto tan interesante!.... La salud de una madre adorada ¡es tan preciosa para un buen hijo!.... Pero ya que usted me vuelve la vida con las hermosas esperanzas que me hace concebir de recobrar á mis queridos padres, ¿no me será permitido saber á quién debo tantos beneficios?.... Dejé á mi padre en un oscuro calabozo, y me lisonjea usted con la idea de verle pronto en libertad!.... Dejé á mi madre moribunda, y me asegura usted que la veré pronto sana entre mis brazos!....

—Sí, Manuel, la verás..... verás á tu madre enteramente restablecida..... sí, la vereis todos, amables niños..... la vereis, y para colmo de su felicidad y la vuestra..... ella os verá tambien..... os VERÁ,—dijo el médico con misteriosa espresion de entusiasmo.—¿No entiendes mis palabras?

—¿Nos verá?.... ¿Ciega..... y nos verá?.... ¡Qué sospechas!.... ¿Seria posible que hubiese recobrado tambien la vista?

—Sí, Manuel, dentro de breves dias verás á tu madre enteramente buena; porque has de saber, hijo mio, que, gracias á la Divina Providencia, no solo va recobrando su salud, sino su vista.

—¡Su vista!!!

Es de todo punto imposible describir la alegría que espresaban los animados rostros de aquellos inocentes niños.

Hubo un momento de silencio, en que los hijos del jornalero se miraban recíprocamente sin saber lo que les pasaba; tal era el asombro y estraordinario júbilo que habia introducido en sus tiernos corazones la fausta nueva de que su madre no estaba ya ciega.

—Llevadnos,—esclamó Manuel tartamudeando de gozo,—conducidnos, señor, á la presencia de nuestro bienhechor, del sabio facultativo que ha curado á nuestra madre. Tened la bondad, si le conoceis, de acompañarnos á rendirle el homenaje de la mas sincera gratitud. ¡Dios mio! ¡Dios mio!... Esto

parece un sueño..... ¿No es verdad, caballero, que el facultativo que ha curado á mi madre merece un amor sin límites? ¡Oh!.... ¡yo se lo prometo! Desde ahora le consagro un lugar predilecto en mi estimacion.

—El facultativo, Manuel, no ha hecho mas que cumplir con su obligacion..... Ha ensayado sus fuerzas..... pero el buen éxito se debe principalmente á Dios.

—Sin embargo..... deseo verle..... quiero besar su mano bienhechora..... quiero regarla de lágrimas de amor y de reconocimiento.

—¡Ah!.... ¡no puedo mas!....—esclamó el médico enjugándose los ojos.—Dame un abrazo, hijo mio, y todos mis afanes quedan recompensados.

—¡Cómo! ¿Seria usted....

—El médico de tu madre.

A estas palabras arrojóse Manuel á los piés de don Antonio, Rosa imitó súbitamente el ejemplo de su hermano, y Joaquin se arrojó en sus brazos. Estas tres criaturas en torno de su protector formaban un grupo adorable, digno de ser trasladado á la posteridad por el mágico pincel de los Murillos y Velazquez.

Largo rato estuvieron todos sin poder hablar. Pasóse por fin el médico el pañuelo por los ojos, y recobrando su serenidad, levantó á los tres hijos de Anselmo, enjugóles las lágrimas y les dijo cariñosamente:

—Basta, hijos mios, basta; dejaos de llorar, y no penseis mas que en la felicidad que os aguarda.

—Es cierto,—dijo Manuel;—nuestra felicidad va á ser estremada, y toda la deberemos á usted. Pero ya que es usted tan bueno..... ya que mi madre se halla casi restablecida, ¿por qué no me permite usted ir á verla..... á cuidarla?.... ¿Quién puede hacerlo con mas eficacia que un hijo que la adora?

—Cuando sea tiempo,—dijo el facultativo,—yo avisaré; pero entre tanto, debe continuar la reclusion absoluta..... Nada, nada, señorito,—añadió don Antonio en tono festivo, dando

unas palmaditas en el hombro de Manuel;—por ahora no se sale de aquí. Dentro de breves dias nos volveremos á ver.

—Como usted guste,—respondió humildemente Manuel.

Don Antonio volvió á recomendar con mucha eficacia á las personas competentes estos tres hermanitos de María, y despues de despedirse de ellos con paternal ternura, dejó el asilo de mendicidad de San Bernardino para visitar al desventurado Anselmo en la cárcel de Córte.

CAPITULO IV.

Los asesinos

Hacia dos meses que el desventurado Anselmo yacia en la cárcel sin recibir consuelos de nadie.

Se le puso algunos dias en comunicacion, despues de tomadas las primeras declaraciones. En este tiempo vió dos veces á su hijo mayor, y el dia en que esperaba ver á la pobre ciega su esposa, y que un abrazo suyo mitigase sus acerbos sinsabores, fué el mas doloroso de su vida, porque el feliz momento que con ansiedad aguardaba no llegó. El dia siguiente se le puso de nuevo en rigorosa incomunicacion; cosa muy frecuente en España, donde parece que se abusa del santo nombre de la justicia para atormentar á los que tienen la desgracia de caer en manos, no solo haciendo interminables las cau-

sas mas sencillas, sino privando á los infelices presos de todo roce con las personas mas queridas, como si se quisiesen ahogar en aquellas mazmorras los afectos del corazon, los dulces sentimientos de la naturaleza.

Anselmo no pudo saber ya el motivo de no haber visto á su esposa el dia que la aguardaba, y su desesperacion era horrible.

Pero no bastaba aún esta aglomeracion de amarguras, de atroces padecimientos y humillaciones desgarradoras; era preciso que el militar valiente, el ciudadano honrado, el artesano infeliz á quien se habia encarcelado por una infame delacion, se viese confundido entre los mas abominables asesinos.

. . . . . .

. . . . . .

Serian las cuatro de la tarde cuando llegó don Antonio de Aguilar á la cárcel de Córte, y supo con dolor que Anselmo estaba incomunicado. Su viaje no fué sin embargo enteramente infructuoso, porque pudo averiguar el nombre del fiscal de aquella causa, y creyó que su mediacion era el mejor conducto para saber su estado y el fallo que pudiera recaer en ella.

Mientras don Antonio se dirige pues á casa del fiscal, veamos lo que pasa en el calabozo de Anselmo.

Hemos dicho ya que el mas cruel tormento para los que por infames delaciones vénse inocentemente encarcelados, es el tener que alternar con repugnantes asesinos.

Mientras *el Arrojado* hallábase sumergido en profundas y tristes reflexiones, dos entes de asquerosa facha estaban embriagándose con aguardiente. Ambos llevaban grillos en los piés; pero las manos sin esposas, lo mismo que Anselmo, quedábanles libres para conducir sendos tragos á la boca, que saboreaban lindamente entre el humo de sus abultados cigarros de papel y tabaco negro del Brasil.

Uno de estos personajes iba en mangas de camisa, con el pantalon manchado de sangre, sostenido por un solo tirante de orillo de paño, y pañuelo en la cabeza. Por estas señas conoce-

rá el lector á uno de los héroes de la taberna del *tio Gazpacho*, al *tio Curro* el carnicero, al hombre atroz conocido en el Lavapiés por el apodo de *el Desalmao*. Este estaba recostado en su capa parda, en aquella húmeda, oscura é insalubre mansion del crímen, fumando su cigarro con la misma impasibili-

dad que el gran sultan saborea los perfumes de su pipa en el serrallo, muellemente inclinado sobre los mullidos cogines que le sirven de trono. Enfrente de *el Desalmao* estaba su digno compañero medio tendido con la misma frescura. Era *Capagallos*, el antiguo cortejo y asesino de la esposa de su dignísimo compañero. Habia de consiguiente cierto parentesco bastante inmediato entre estos dos *angelitos*, que habia engendra-

do en ellos cierta recíproca amistad como la que nos cuenta la historia de Pílades y Orestes, es decir, que comian ambos en un anís y no habia secretos entre los dos. Hacia unos dos años que la suerte habíales separado, pero no habian olvidado por eso su recíproco afecto; así es que cuando *el Desalmao* contaba su historia, como lo hizo ya en la taberna del *tio Gazpacho*, nada espresaba con tanto gusto como el pasaje de la *mojáa* que su *colaborador matrimonial* dió por celos á su comun esposa.

Era ya la caida de la tarde, y aquel recinto de horror recibia escasa luz por una ventanilla asaz alta, enrejada de gruesos hierros y medio velada por negras y tupidas telarañas. En una de ellas habia una mosca enredada, cuyo susurro llamó la atencion del carnicero. A cierta distancia de la mosca habia una araña disforme, que se le aproximaba pausadamente en ademan de querer cebarse en su víctima.

—¿Oyes el susurro de esa mosca?—dijo el *tio Curro* á su camarada.

—¿Qué me importa el zumbido de un insecto?—contestó con indiferencia *Capagallos.*

—Es que como yo he pasado los primeros años de mi juventud entre bonetes y casullas, tengo á veces ciertas aprensiones que me acobardan. Ahora, sin ir mas lejos, se me figura que el demonio nos pone á la vista ese espectáculo.

—¡Qué espectáculo ni qué gaitas!—repuso *Capagallos.*—Arrima los labios á ese pezon, que no es de rueda de carro, y recobra aliento con la dulce leche que derrama.

Esto diciendo, entregaba *Capagallos* la bota al *tio Curro* para que bebiese; pero este, desatendiendo á la invitacion de su amigo, continuó en sus tristes reflexiones.

—¡Sí,—decia,—la mosca ha caido en la red!.. ¡es la víctima!..... ¡la araña es el verdugo!.... asquerosa..... negra como los agentes de los tribunales..... ¡Dentro de un instante perecerá la infeliz!.... Nosotros hemos caido tambien en la red..... ¡Tal vez nos quedan pocos instantes de vida!....

—¡*Curro!*—esclamó *Capagallos* soltando una solemne carcajada:—¿qué demonio de disparates estás enjaretando? ¡Por vida del chápiro verde!.... ¿esas tenemos? ¡Un hombre que degüella cuando conviene á sus semejantes lo propio que á sus carneros, se viene ahora con escrúpulos de vieja! ¡Ea, compadre!..... ya que se ha vuelto usted mujercilla, tome un poco de este cordial, y verá cómo recobra su ánimo. ¡Afuera aprensiones!....

Y le entregó la bota del aguardiente.

—Dices bien, *Capagallos*..... afuera aprensiones..... ¡Soy un mentecato!.... Mas apurado me he visto mil veces, y he salido siempre campante de todas mis trapisondas. Pero ¿hemos de apurar solos esta gran bota, cuando hay en aquel rincon quien puede ayudarnos?

—Es verdad,—repuso *Capagallos* echando una ojeada á Anselmo.

Y dirigiéndole la palaba, esclamó:

—Compadre, si su mercé gusta acompañarnos, con cuatro saltitos de pájaro, gracias á las ligas que ha puesto el carcelero en nuestros calcetines, está su mercé entre nosotros. Es anisete como un almíbar, y se le ofrece á su mercé de mil amores, que aunque nos vea en este *estrao*, *semos* gente *honráa*.

Anselmo, que por las primeras palabras de aquellos hombres habia conocido que eran unos malvados, creyó que se degradaria si les daba contestacion, y guardó silencio

—Ó ese hombre es un gallina que se ha *alelao* porque se ve en la de *poco trigo*, ó es un filósofo que trata de pasar sus desgracias durmiendo,—dijo *Capagallos*.

—En efecto, está durmiendo como un bárbaro. Tanto mejor, así habrá mas aguardiente para nosotros, y podremos hablar con mas libertad, supuesto que nadie nos oye. Venga pues un trago,—repuso *el Desalmao*,—y cuéntame por qué motivo te han traido esta tarde conmigo á *chirona*.

—¡Chico, si no sé *náa!*....—respondió con pasmosa serenidad el *tio Capagallos*.—Dende el lance aquel de la Pepa.....

—Sí.....—continuó el *tio Curro* sonriéndose:—¿la *mojáa* aquella que diste á mi mujer?....

—¡Pues!.... Ya ves tú que aquello fué un arrebato involuntario.

—¡Ya se ve!.... cuando uno está celoso..... no es dueño de sus acciones.

—Pues lléveme Dios si desde entonces he cometido una mala accion, porque si he *robao* algunas veces, ha sido por hambre..... y eso la doctrina cristiana dice que nos es *pecao*. Una noche que la gazuza me tenia medio muerto, me acerqué á un caballero, y con la mayor cortesía del mundo..... le dije: *la vida ó el dinero*. El pícaro tomó á mal este *salío*, y levantó el palo para darme un trastazo en la cabeza..... ¡Ya se ve!..... ¿qué habia de hacer yo entonces? Eché mano á la navaja y le hice un siete en la barriga. Es lo único que aprendí á escribir, á pesar de haber ido algunos años á la escuela. Temí que tanto por esto como por la degollina de los frailes, á la que solo asistí por *diverticion*, como quien asiste á una matanza de cerdos..... es el suponer..... temí, como iba diciendo, que la justicia me echase el gancho, y me marché á la faccion. Allí me iba muy grandemente, porque como no era *pecao*, robábamos y matábamos á nuestros enemigos en grande. Reuní un caudalejo respetable en poco mas de un año, y dije: no quiero correr mas por esas sierras de Dios; vámonos á triunfar y gastar la plata alegremente en Madrid. Vine con la intencion de no hacer mal á nadie, y cata ahí que de la noche á la mañana me zampan contigo en este camaranchon, sin haber dado el menor motivo para ello.

—Siendo todo eso cierto,—dijo el carnicero,—te echan mañana ó el otro en la del rey. ¡Ojalá pudiese yo tener la misma esperanza!..... porque al cabo á mí se me acusa de complicidad en una muerte que se verificó el 17 de agosto de 1835, y puedo asegurarte que es un falso testimonio.

Cuando *el Arrojado* oyó la fecha en que se cometió el asesinato, sintió helársele la sangre; pero una reaccion espantosa

trocó la primera sensacion en un temblor convulsivo. En este estado, levantó la cabeza y escuchó atentamente.

—Un falso testimonio, como hay Dios,—continuó el carnicero,—porque el primer navajazo le dió un soldado desertor del primer regimiento de la Guardia; luego la *tia Espinilla* le abrió la cabeza de un cantazo; de modo que cuando yo le acabé de matar, aún le hice un favor, porque estaba ya pataleando; y á la fin y *proste*, si hubiese sido algun *presonaje* de importancia..... pero ¡quiá! ¿Sabes qué sugeto era el *defunto?*

—¿Quién era?

—Un tambor de la Guardia nacional.

Oir esto y precipitarse Anselmo de un salto sobre el asesino, fué operacion de un segundo.

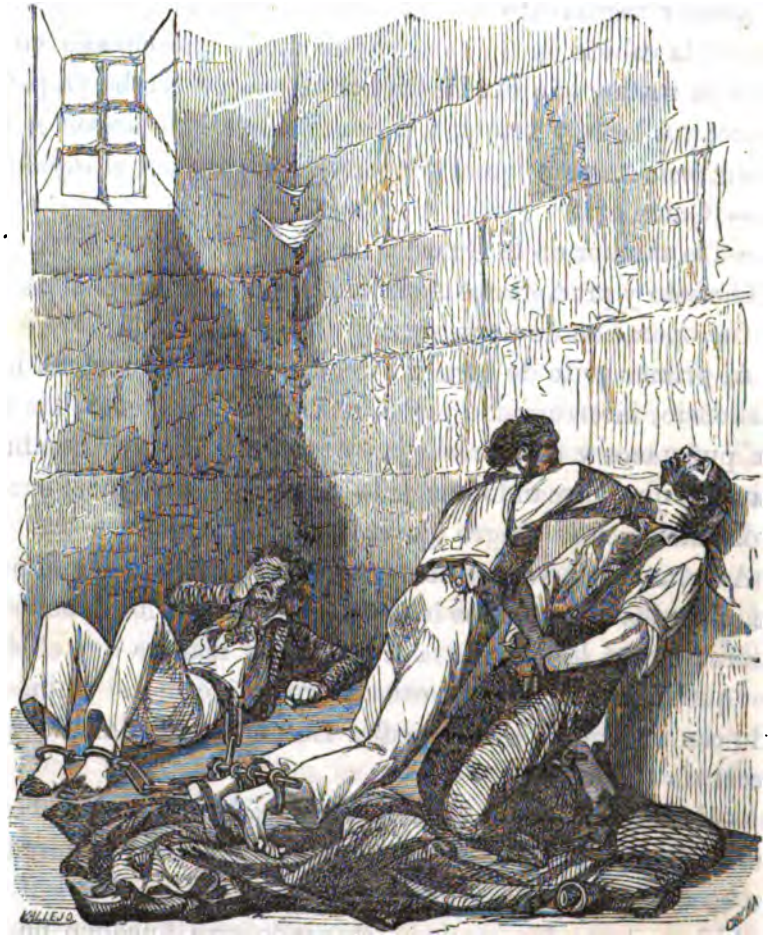
Al primer grito de sorpresa del acometido sucedió un largo silencio, interrumpido por el ruido de las cadenas, los recios puñetazos y el horrible jadeo de aquellos tres hombres forzudos, que formando una sola mole, rodaban por el suelo, revolcándose en la sangre que salia de sus heridas.

Anselmo tenia ya una bastante profunda en la cabeza, porque entre los dos asesinos le habian cogido por los cabellos y le empujaron á la vez contra el suelo; por manera que el choque que dió contra él su cabeza, resonó como si hubiesen dado con un mazo en una piedra. Entonces, viéndole debajo, dijo el *tio Curro:*

—Hemos triunfado. Tiene una fuerte herida en la cabeza, y no resiste ya el segundo golpe. Levantémosle y le daremos otra sacudida.

Al levantarse los asesinos, creyendo que Anselmo no tenia ya fuerzas para contrarestar las suyas, dió tan terrible puñetazo en la cara á *Capagallos* que le hizo saltar un ojo, y derribando al *tio Curro*, sujetóle ambas manos con una de las suyas, mientras con la otra le apretaba rencorosamente el cuello. *Capagallos* sentia un dolor demasiado fuerte para que tratase de socorrer á su amigo, y así como se acobarda el perro de presa despues de una cornada del toro que le tira en alto

y le deja aplastado en el suelo, amilanóse aquel desdichado, sin que le quedase mas aliento que para pedir auxilio á la guardia.



Presentóse la fuerza armada en el sitio de aquella escena; pero ya era tarde: el *tio Curro el Desalmao* era cadáver. Acababa de morir ahogado por la forzuda diestra de Anselmo, padre del infeliz tambor que fué asesinado el 17 de agosto de 1835.

CAPITULO V.

El fiscal.

En una habitacion decentemente amueblada estaban dos personas en animada conversacion. Estas dos personas eran fray Patricio y el fiscal de la causa de Anselmo *el Arrojado*. Esta conferencia tenia lugar mientras en la cárcel de Córte ocurria la escena que acabamos de referir en el capítulo anterior.

—¡Mas sangre todavía!—esclamaba en tono compungido fray Patricio.—Esto es muy doloroso, porque al cabo es sangre española la que se vierte, y en mi concepto no debia la ley ser tan severa contra los estravíos políticos.

—Esa, caballero, es una cuestion que debieron dilucidar á su tiempo los legisladores,—respondió con gravedad el fiscal;—pero una vez sancionada cualquiera ley, los tribunales deben ser inexorables siempre que de su cumplimiento se trata.

—Con todo,—replicó fray Patricio con voz lastimera,—los tribunales deben siempre inclinarse mas bien en favor de la clemencia que de la severidad.

—Los tribunales no deben tener mas norte que la justicia,—replicó en tono solemne el fiscal.

—Pero cuando se trata de asuntos políticos,—repuso fray

Patricio,—opino yo que debiera tenerse presente cuán fácil es á la persona mas honrada cometer un desliz, llevada por la exaltacion de sus ideas.

—Hay mucha diferencia, caballero, de un desliz á un asesinato.

—¿A un asesinato?—esclamó el ex-fraile hipócrita fingiendo el mayor asombro.—¡Imposible parece!.... Un artesano honrado, pacífico, que no tenia mas afan que cuidar de su pobre y numerosa familia.....

—Pues ese artesano en quien supone usted tan bellas virtudes es un asesino.

—¡Un asesino!—dijo fray Patricio santiguándose.

—Sí: su delito está plenamente probado. Catorce testigos oculares justifican que no solo capitaneó el 17 de julio de 1834 á las turbas que profanaron los templos y asesinaron á los religiosos, sino que por sus propias manos dió muerte á varios de aquellos infelices.

—¡Válgame Dios! ¿Y no pudiera ser eso alguna torpe trama de sus enemigos? ¿No pudiera haber en este asunto alguna delacion infame, alguna intriga infernal de hombres corrompidos que tratasen de perder á un liberal honrado, á un virtuoso jornalero, para sumir en la desgracia á su desventurada familia?

—Se han seguido todos los trámites que marca la ley, y resulta el crímen plenamente justificado.

—¿Conque no puede haber clemencia para ese infeliz?

—De ningun modo.

—¿Cuál será pues su castigo?

—La muerte en garrote vil. Este es el castigo que marca la ley para semejantes casos, y el que no podré menos de reclamar á nombre de la vindicta pública.

—¡La muerte!

Y al hacer esta esclamacion en tono dolorido, el execrable fray Patricio fingia una piedad que estaba muy lejos de sentir su corazon de tigre.

Al contrario: la calumniosa y horrible delacion contra el pobre Anselmo habíase fraguado en el club del *Angel esterminador*. Los testigos que habian declarado en aquella causa, cometiendo un atroz perjurio, eran todos miembros de tan abominable sociedad; pero para averiguar aquel malvado si el proceso ofrecia el resultado que ansiaba, habíase presentado en casa del fiscal, á fin de informarse minuciosamente de todo y saber si sus cómplices habian desempeñado bien las instrucciones recibidas en el *Angel esterminador*. Todo iba á medida de sus diabólicos deseos, y el maldito ex-fraile sentia en su corazon la alegría feroz que siente la hiena cuando está devorando á su víctima.

En este momento entró un criado en la sala y entregó una tarjeta al fiscal, quien dijo despues de leerla:

—Que pase adelante.

Inclinóse el criado y desapareció.

Un segundo despues presentóse don Antonio de Aguilar, y dirigiéndose al fiscal, esclamó:

—Presumo que tengo el honor de hablar al señor fiscal de la causa que se sigue contra un pobre jornalero que se halla preso en la cárcel de Córte.

—En efecto,—dijo fray Patricio anticipándose á dar contestacion al recien llegado,—este caballero es el digno fiscal de la causa en cuestion, y precisamente en este momento me estaba yo interesando en favor de aquel infeliz.

Aunque fray Patricio acompañó á María al hospital, era desconocido de don Antonio, ni este le habia visto nunca.

—Pues entonces debo decir que me he tomado la libertad de venir con el mismo objeto,—dijo don Antonio,—porque tengo motivos para creer que cuanto se haya declarado contra el desdichado preso, son infames calumnias. Yo hubiera ido á casa del señor juez, si no se me hubiese dicho que estaba ya la causa en poder del señor fiscal.

A las palabras *infames calumnias* pronunciadas con espresiva indignacion, fray Patricio tembló.

—Si esos motivos son fundados,—dijo el fiscal,—me holgaré ciertamente en oirlos.

—El hombre á quien se acusa,—repuso don Antonio,—ha sido toda su vida modelo de honradez, y es incapaz del menor desliz, cuanto menos de un crímen, cualquiera que sea el que se le impute.

—¿Son esos,—esclamó con gravedad el fiscal,—todos los motivos que tiene usted para probar la inocencia del encausado?

—No tengo mas; pero estoy cierto que es inocente.

Fray Patricio al oir esto recobró toda su serenidad, y con la amabilidad que tan diestramente sabia fingir, añadió:

—Eso mismo estaba yo diciendo. Anselmo *el Arrojado* podrá ser pobre, pero su honradez es proverbial, y es de todo punto imposible que haya cometido el horrible asesinato que se le imputa.

—¡Asesinato!—esclamó sorprendido don Antonio.

—Sí señor,—repuso fray Patricio.—Se dice que capitaneó las turbas que profanaron los templos y mataron á los frailes el

17 de julio de 1834, y que él mismo asesinó á varios de ellos.

—¡Qué horror!—esclamó don Antonio ocultando el rostro entre sus manos.

—No solo se dice,—añadió el fiscal,—sino que está completamente justificado el delito.

—¡Oh, no!—esclamó don Antonio con amargura.—Repito que eso no puede ser..... Los informes que tengo de ese honrado jornalero son altamente recomendables. Ha sido toda su vida un dechado de virtudes. Padre de una numerosa familia, es víctima de mil calamidades, y el contagio de su infortunio ha llevado su esposa al hospital y sus pobres hijos á San Bernardino. Todo esto, señor fiscal, debe ser resultado de alguna torpe maquinacion que es preciso descubrir, porque un artesano virtuoso no puede convertirse de repente en bárbaro asesino!....

La presencia de un alguacil interrumpió las sentidas esclamaciones de don Antonio.

—Señor fiscal,—dijo el alguacil,—el preso de la cárcel de Córte, conocido por *el Arrojado*, acaba de cometer un asesinato en la misma prision. He creido de mi deber avisarlo al señor juez, y ponerlo igualmente en conocimiento de usía.

Profundo silencio sucedió á la espantosa noticia de que acababa de ser portador el alguacil, hasta que el fiscal, mirando alternativamente á fray Patricio y á don Antonio, díjoles con aire de amarga reconvencion:

—Señores defensores de la honradez, otra vez miren bien en favor de quién emplean sus eficaces recomendaciones; pero entre tanto, sepan ustedes que los tribunales no necesitan consejos de nadie para administrar justicia y hacer caer la cuchilla de la ley sobre la cabeza de los asesinos.

Don Antonio y fray Patricio, llenos de confusion y vergüenza, se inclinaron profundamente y desaparecieron.

El fiscal y el alguacil se dirigieron precipitadamente á la cárcel.

. . . . . .

Pareceria increible la desesperada situacion de *el Arrojado*, á quien irremisiblemente aguardaba el patíbulo, ó como dijo el fiscal, *la muerte en garrote vil*, por galardon de sus heróicas virtudes, si no viésemos todos los dias á la honradez víctima de la impostura.

Que estos escándalos inauditos ocurriesen entre cafres, podria concebirse sin que perdiesen la justa calificacion de atroces y sanguinarios; pero verlos repetidos con sobrada frecuencia en un país culto, en una nacion civilizada, legalmente constituida, es dolorosamente asombroso. No hace mucho que se han visto las cárceles de Madrid atestadas de ciudadanos pacíficos y honrados, padres de familia algunos de ellos, que dejaron á sus esposas ó hijos abandonados á la caridad pública. Despues de una larga y penosa incomunicacion, despues de largos meses de padecimientos, han sido puestos en libertad porque su inocencia ha quedado justificada. Pero ¿cómo pueden repararse los graves perjuicios que ocasionan en el espíritu humano las sensaciones violentas que le agitan cuando se ve el inocente perseguido, atropellado, confundido con los malhechores, y próximo á sufrir la afrentosa muerte de los asesinos? ¿Quién le indemniza de las inmensas pérdidas y crecidos gastos que acaso le ha originado su prision? ¿Basta decir luego: *ya eres libre porque resultas inocente?* ¿Se cree con esto administrar rectamente la justicia? ¡Delirio! ¡Obcecacion! ¡Absurdo crasísimo! ¿Y cuando triunfa la calumnia, como sucede con Anselmo, y se lleva un inocente al cadalso? La justicia debe empezar por acatar la ley que garantiza la seguridad individual, y si una voz atrevida ó asalariada para mentir vomita alguna atroz calumnia contra reputaciones acrisoladas, procédase con el pulso y discernimiento que la gravedad del asunto requiere, porque la joya mas preciosa del hombre de bien es la reputacion, y respetarla y protegerla es el primer deber de los tribunales.

CAPITULO VI.

La buena sociedad.

En el capítulo tercero de la segunda parte dimos una sucinta idea del carácter franco y amable de los madrileños, de sus méritos y virtudes. Ahora vamos á ensayar nuestras débiles fuerzas en la descripcion de *la buena sociedad* de Madrid, para que se vea el contraste que forma la cultura y moralidad de su inmensa mayoría, con esos estremos de asqueroso libertinaje que hemos retratado en la taberna del *tio Gazpacho* y en el palacio de la marquesa de Turbias-aguas.

El objeto moral de esta tercera parte de nuestra historia es describir los encantos de la VIRTUD junto á las trágicas consecuencias del VICIO, para que este singular contraste sirva de saludable leccion.

El bello espíritu de fraternal asociacion ha germinado prodigiosamente en España, y mas en su ilustrada capital. ¡Cosa estraña en medio de las vicisitudes políticas que tantos odios engendran!

De algunos años á esta parte florecen en Madrid varios establecimientos artísticos y literarios, debidos únicamente á la noble ambicion de gloria que alimenta esa brillante juventud

llena de halagüeñas ilusiones, llena de hermosas esperanzas, llena de fé en el porvenir; esa juventud estudiosa y lozana, amante de los progresos de su patria, entusiasta por las artes y la literatura. El *Liceo*, el *Instituto*, el *Museo lírico y dramático* y el *Museo matritense*, citarse deben con orgullo como modelos, y dudamos que en París y Lóndres haya sociedades de este género mejor organizadas, y que mas opimos frutos vayan produciendo. Hay otras nacientes que auguran los mas bellos resultados.

Compónense estas reuniones de un crecido número de socios. Cada una de ellas tiene sus tendencias peculiares, y está bajo la direccion de una Junta nombrada por los socios; pero consideradas en globo, vénse en ellas jóvenes ilustrados unidos por los vínculos de la mas cordial amistad, no solo cultivar con gloria las letras y las artes, sino propagar al público su ilustracion, y proporcionarle gratos espectáculos que recrean los sentidos y moralizan las costumbres.

Celébranse sesiones de competencia, juegos florales, conciertos, funciones dramáticas, y siempre ofrecen sus salones un bello cuadro de fraternal animacion.

Tienen estos establecimientos cátedras públicas regentadas por los socios, donde se enseña literatura, pintura, música, dibujo, matemáticas, lógica, filosofía moral, geografía y varios idiomas. Hay colegios para niños de ambos sexos, escuela de adultos, y gimnasio. Las sesiones de competencia y funciones dramáticas y líricas son siempre concurridísimas; y gracias á estos adelantamientos de nuestra civilizacion, apenas queda en Madrid una que otra casa de gente gazmoña, que por no ofender á Dios dejan de asistir á esta clase de diversiones y á los teatros públicos; pero en cambio pasan devotamente la santa noche desollando al prójimo (las mamás se entiende) con sus lenguas viperinas, mientras las candorosas hijas cuchichean, cuando menos, con su indispensable futuro.

Tampoco faltan tertulias de gentes bonachonas á quienes todavía divierte pasar largas horas haciendo ambos y ternos,

y cubriendo de judías los azulados cartones al arrullo del acompasado clamoreo del amo de la casa (que suele ser un caballero muy gordo), cuando saca las bolas de un ridículo viejo de su mujer y canta los números con toda la prosopopeya de un necio senador. Hay tambien señoritos y señoritas de tan buena pasta que no encuentran diversion mas socorrida ni de mas preciosos lances que los juegos de prendas; pero estos recursos han ido caducando desde que se descubrió la vacuna, como la fama de cierto poeta desde el *invento* del *Estatuto real*, y como la yesca desde la *promulgacion* de los fósforos.

. . . . . .

Eran las once de la noche.

Dos salas espaciosas que se comunicaban por unas vidrieras corredizas, cuyas hojas ocultas en la pared dejaban el paso libre, estaban iluminadas con profusion de luces. Preciosísimos cuadros al óleo de los mas famosos pintores españoles, como Murillo, Cano, Zurbaran, Velazquez, Ribera, Goya y otros mas modernos, con elegantes marcos dorados, cubrian las paredes con discreta simetría, alternando con grandísimos espejos. El fondo oscuro de las pinturas hacia resaltar la blancura de algunos cortinajes, que recogidos en graciosos pliegues, formaban en torno de los dinteles de las puertas elegantes undulaciones. Sillería de gruesos bambúes ó cañas de la India, intercalada con modernas butacas y sofás de esquisito gusto, circuia entrambas salas. En el mármol de las mesas descollaban de trecho en trecho vivísimos ramos de flores y relojes preciosos, cubiertos de cristalinas campanas; pero todos estos adornos y otros á cuya minuciosa descripcion renunciamos en gracia de la brevedad, lejos de ostentar confusa aglomeracion de preciosidades, veíanse repartidos con delicado tino, con esquisita discrecion ó inteligencia.

La concurrencia, que sin inundar aquellas salas las llenaba de animacion y de vida, componíase de personas de todas categorías. Allí alternaba el conde con el comerciante, el artista con el noble, el grande de España con el literato, y sin la fátua

etiqueta que suele hacer enfadosas ciertas reuniones que se consideran de elevado rango, la galantería, la elegancia, el ingenio, la hermosura, y sobre todo la franqueza, hacian alarde de sus atractivos, porque en casa de la baronesa *** reuníanse una vez á la semana las personas por todos conceptos mas notables de Madrid.

En la una de las dos salas jugábase á juegos permitidos, pero solo por pasatiempo, sin aventurar cantidades cuya pérdida pudiese molestar al interesado.

En la otra sala alternaba el baile con el canto; pero en

todas partes veíase á la baronesa solícita y obsequiosa animar con su adorable amabilidad los diferentes grupos en que se dividia tan escogida reunion. Veíasela ir de mesa en mesa, siempre con la sonrisa en los labios, alternando los debidos cumplimientos con delicadas agudezas, llenas de finura y de bondad. Salia luego á la otra sala, y si por acaso parecíale notar en ella poca animacion, su jovialidad reanimaba la de los demás.

Poníase al piano y tocaba ó cantaba con envidiable perfeccion. Dejaba el piano de repente, y asiendo de la mano al jóven que mas inmediato veia,—¡En baile, señores!—esclamaba, y nadie se hacia de rogar; todos seguian el jovial ejemplo de tan amable directora.

Y no se confunda la angelical franqueza de esta virtuosa

mujer con la coquetería de mal género que reina en las sociedades pervertidas. La amabilidad de la hermosa Emilia, la franqueza de su carácter, sus hechiceras virtudes, su talento, su instruccion, su elegancia, su hermosura, todo esto se halla en la mayor parte de las hijas del Manzanares, y podemos decir que Emilia era el tipo de las bellezas de Madrid.

El jóven Bellaflor, como saben ya nuestros lectores, antes de conocer á María..... antes de concebir por ella la vehemente pasion que aún tenia su corazon desgarrado, habia sido afortunado galanteador. El infeliz hacia esfuerzos para volver á su antiguo carácter atolondrado y enamoradizo. Ninguna mujer mas á propósito en su concepto para hacerle olvidar los encantos de su *ingrata y engañadora* María, que la baronesa ***, y estaba el desesperado jóven mas resuelto que nunca á obsequiarla, pareciéndole que vengaba de este modo su amor ultrajado. Solo así puede esplicarse la atrevida declaracion que habia hecho aquella mañana á la baronesa, y el presentarse por la noche en su tertulia despues de la escena ocurrida en el jardin.

Bellaflor no habia tenido ocasion de hablar á solas con la baronesa, porque esta procuraba disimuladamente evitarlo; pero le dirigia tiernas y espresivas miradas, que no escapaban á la perspicacia de la favorecida; y esta, sin incurrir en grosero desden, disimulaba con admirable finura la molestia y disgusto que la pertinacia del marquesito le causaban.

Llegó la hora en que solia terminar la tertulia, y habian ya desaparecido la mayor parte de los concurrentes, cuando viendo la baronesa á Bellaflor en un rincon de la sala sumido en tristes reflexiones, movida de su natural bondad y carácter compasivo, se le aproximó y le dijo con dulzura:

—¿Cómo tan triste, Luisito?

—¿Y usted me lo pregunta?—contestó don Luis levantándose.

—¡Juicio, por Dios, querido amigo! ¿Sabe usted que necesito algunas esplicaciones de usted?

—Queria dárselas á usted antes que me las pidiese, porque supongo que serán sobre lo de esta mañana.

—En efecto, sobre la niña del hospital.

—Las tendrá usted cumplidas, señora. Tan determinado venia á dárselas á usted, que suponiendo me seria difícil ha-

blarla á solas, como ha sucedido, las traigo escritas en este papel, que espero se dignará usted recibir.

—No hay duda que es usted precavido. Estos asuntos son demasiado graves para poderlos tratar delante de todos, y ha hecho usted divinamente en darme por escrito esplicaciones que pueden serme muy útiles.

La baronesa recibió el billete que le entregó don Luis, y añadió:

—Ahora, no hablemos mas de este asunto. En otra ocasion en que estemos solos seguiremos la conferencia, porque tendré mucho que decir á usted.

—Solo vivo para obedecer á usted ciegamente,—esclamó don Luis.

Fuéronse retirando todos los concurrentes, y entre ellos el jóven Bellaflor, despues de haber cruzado una tierna mirada con la amable baronesa.

Al quedar esta virtuosa jóven sola, retiróse á su gabinete, abrió el papel, y leyó lo que sigue:

«Adorable amiga: Debo á usted una aclaracion, pues no quisiera que me tuviera en mal concepto la persona á quien tanto amo. Confesaré la verdad para que vea usted que no trato de engañarla. Tuve algunas relaciones amorosas con esa muchacha que está en el hospital bajo el celo de su señor hermano de usted; pero ¿podia el corazon interesarse en el amor de una mujer cuyos escesos la han conducido al hospital? Hace tiempo que María (este es su nombre) no merece mas que mi odio; pero al manifestar mis deseos de que se la trate bien, sufragando yo los gastos, solo he escuchado la voz de la beneficencia.

«Usted, mi tierna amiga, es el único objeto de mi amor, y crea usted que un solo destello de esperanza colmaria la ambicion de su amante—*Luis de Mendoza.*»

Rióse la baronesa, y guardó el billete en uno de los cajoncitos del tocador.

CAPITULO VII.

El abrazo.

Hemos dicho hablando del hospital General en el primer capítulo de esta tercera parte de nuestra historia, que todo en aquel vasto establecimiento respira órden, buena administracion, comodidad y limpieza, menos los departamentos de las mujeres que adquieren el título de madres, y el de los dementes. Hemos dicho tambien que, lejos de culpar á la Junta Municipal de Beneficencia, reconocíamos sus desvelos é importantes servicios, y sabíamos *que se proponia realizar, y hubiera realizado ya, á permitirlo la escasez de sus fondos, las mejoras que imperiosamente reclama el lamentable estado de los dementes y de las salas de presas y de maternidad.* Este laudable celo se ha elogiado tambien en los periódicos [1]; pero nosotros,

[1] «Es muy laudable el celo con que la Junta de Beneficencia de esta córte trabaja para llenar cumplidamente el objeto de su institucion. Sabemos que ha elevado al Ayuntamiento una esposicion proponiendo la realizacion de un pensamiento benéfico y de la mayor importancia bajo todos conceptos, cual es el de establecer á las inmediaciones de esta córte una gran casa de Orates, en la que los desgraciados dementes sean tratados como reclama su triste estado y como aconsejan los adelantos de la ciencia que tan maravillosos resultados está ya pro-

en obsequio de la humanidad doliente y desvalida, recordamos á la Junta la urgencia de este remedio.

Escaso número de jaulas contiene la demarcacion de los locos, y estas jaulas están situadas en lóbregos subterráneos, que como llevamos dicho, adolecen de todas las malas condiciones higiénicas posibles.

En estas oscuras mazmorras vénse encerrados como fieras los que tienen la desgracia de padecer alguna desorganizacion mental, sin que pueda auxiliárseles con la esmerada asistencia que sus acerbos padecimientos reclaman.

Para entrar en este establecimiento necesítase una certificacion del cura de la parroquia y otra del alcalde ó celador del barrio.

El alimento se reduce á una jícara de chocolate por la mañana con medio panecillo francés; un panecillo redondo, un

duciendo en otros países. Este establecimiento deberá tener grandes jardines, espaciosos patios, cómodas habitaciones; al mismo tiempo que aposentos seguros para los que sea necesario encerrar en ellos por exigirlo así su estado de furia, y en fin, todas las oficinas y departamentos precisos para que pueda plantearse la curacion de los enfermos con arreglo á los conocimientos modernos. La esposicion de la Junta de Beneficencia ha sido acogida con el interés que se merece por algunos individuos de la corporacion municipal, que conociendo su importancia y los ventajosos resultados que podrá producir, se proponen apoyarla con todas sus fuerzas para hacer que tan benéfico pensamiento se realice. Entre tanto, la Junta de Beneficencia practica diligencias, toma noticias, y hace cuanto está á sus alcances, buscando un edificio á propósito en las inmediaciones de esta córte, ó un sitio donde pueda construirse con todos los requisitos que el proyecto exige. Repetimos que es muy laudable este pensamiento, cuya importancia desde luego se comprende, y cuya realizacion se hace necesaria, atendiendo á que en España, la primera nacion del mundo donde se conocieron las casas de locos, no existe en el dia ninguna bien montada, cuando las hay ya en algunas capitales de Europa llevadas á la posible perfeccion. En Madrid se hace aún mas sentir esta necesidad que en cualquiera otra capital de provincia donde aquellas casas existen; porque ciertamente que en ninguna se hallarán los pobres locos en tan mal estado como se encuentran en esta córte, sumergidos en los subterráneos del hospital General por no haber otro local donde tenerlos y poder aplicarles los remedios que la ciencia aconseja. Es de creer que los esfuerzos de la Junta Municipal se vean coronados por la realizacion de tan útil proyecto.» (*El Heraldo* de 21 de junio de 1845.)

cuarteron de carne y otro de garbanzos con un poco de verdura al medio dia, ó igual racion á las siete de la tarde.

La cama consiste en un tablado de hierro, un par de colchones de lana, un par de sábanas, una almohada y mantas segun la estacion.

Los que están rematados son los que ocupan las jaulas de que llevamos hecha mencion, tan asquerosas como reducidas. Hay una demarcacion esclusivamente para las mujeres.

Una de estas infelices llama la atencion por haber sido muy conocida en Madrid por sus amoríos, su lujo y su aficion

al baile nacional. Era entre las verduleras la heroina de todas las plazuelas de la córte; y no contribuyó poco á su celebridad el haber bailado con sin igual descoco alguna vez en los teatros públicos. Un dia tuvo la infeliz una larga conversacion con una amiga suya, de esas que se vuelven beatas cuando no les queda otro recurso, como le sucedió á la *tia Esperanza*, y atemorizada la jovial muchacha por los espantosos

castigos del otro mundo con que la amenazó su arrepentida compañera, resolvió tambien arrepentirse y hacer una confesion general. Lejos el sacerdote, á quien acudió por indicacion de la beata, de acoger con cristiana benevolencia la relacion que de sus culpas y pecados le hizo la contrita penitente, acabó de aterrar con desaforados gritos y exageraciones de las penas del infierno su ánimo ya predispuesto y atemorizado por su amiga. Lo cierto es que desde aquel momento no se separa de la pobre demente la manía atroz de que se va á condenar, que ve las llamas del infierno, y que no hay perdon ni salvacion para ella. Llamó su familia á un facultativo en vista de la repentina indisposicion de aquella desgraciada jóven, ordenóla en consecuencia tomar los baños de Trillo, y la desventurada, á pesar de tener una galera á su disposicion, estimulada seguramente por su fervoroso arrepentimiento, anduvo á pié y descalza hasta Trillo, y volvió de la misma suerte de los baños. El resultado es que gime en una de esas hediondas mazmorras del hospital, víctima de la jesuítica intolerancia de su confesor. ¡Cuántos daños acarrea á la humanidad la imprudencia de ciertos ministros de un Dios que es todo caridad y mansedumbre!

Hay además de las jaulas dos salas adonde pasan las convalecientes, á las cuales se conceden algunas horas de recreo en un jardin que está dentro del mismo departamento.

. . . . . .

. . . . . .

En un banco de este jardin veíanse dos mujeres pálidas, cadavéricas; pero ambas guardaban el mas profundo silencio, y parecian sumergidas en graves meditaciones. La de mas edad llevaba unos anteojos verdes que apenas le dejaban ver los objetos. Era Luisa. María estaba á su lado, clavando sus grandes y desencajados ojos en su pobre madre sin conocerla, y la virtuosa madre estaba muy ajena de pensar que tenia á su lado la hija cuya pérdida lloraba.

Nada mas natural que el no conocerse estas dos criaturas

á pesar de los vínculos que las unian. Ambas estaban desfiguradas por sus largos y agudos padecimientos, particularmente María, cuya voz habíase vuelto hosca é ingrata; consecuencia inevitable de los incesantes gritos en que prorumpía durante sus continuos accesos. Además, aunque desde su estancia en el hospital habia mejorado tanto que el facultativo la hizo sacar de la jaula y habia concebibo las mejores esperanzas, aunque ya no la atacaban arrebatos violentos, su juicio seguia en un estado deplorable. Verdad es que Luisa habia recobrado su vista; pero veia aún con dificultad, pues los anteojos que llevaba para preservarla eran estremadamente oscuros, y aun cuando hubiese visto con toda claridad á su hija, era de todo punto imposible que reconociese á aquella María llena de encantos, cuya voz era tan sonora y agradable, cuya sonrisa habia sido siempre celestial.

—Usted será sin duda una buena mujer,—esclamó María con voz apagada y ronca,—porque en esta casa no habia mas que un hombre malo..... un hombre malo, sí..... el que me encerró en las rejas..... el que me amenazaba y queria pegarme..... El otro padre mio..... porque ha de saber usted..... que he tenido dos padres..... el primero era tan bueno..... y sin embargo..... murió en un cadalso..... Tomas me ayudará á buscar á sus asesinos..... porque á él tambien le mataron á su padre..... y ambos nos vengaremos..... Ahora tengo otro padre que no quiere que me peguen..... y despidió al hombre malo para que me cuide Tomas..... porque estoy enferma..... ¡He padecido tanto!.... pero me encuentro ya muy aliviada.....

Luisa conoció al momento que la jóven que tenia á su lado estaba loca; pero sus palabras penetraron hasta lo íntimo de su corazon. Tambien creyó adivinar la causa de su locura. Las frases que acababa de oir indujéronla á pensar que tenia al lado suyo á la hija de algun ajusticiado.

—¡Y yo me quejo!—decia para sí Luisa.—Verdad es que estoy separada de mi esposo y de mis hijos; pero en breve les veré, segun me ha prometido mi bienhechor; les veré..... yo

que no podia verles cuando les estrechaba contra mi seno!.... ¡Oh! ¡Esto es consolador!.... Pero esta infeliz no solo llora la muerte de su padre..... sino una afrenta acaso inmerecida. ¿Qué seria de mí si mi Anselmo ó alguno de mis hijos pereciese en un cadalso? La idea sola me horroriza..... ¡Yo tambien me volveria loca! Procuremos pues distraer á esta pobre jóven de sus tristes pensamientos.

Y dirigiéndose á María, añadió:

—No se aflija usted así con tristes recuerdos, y una vez que ha encontrado un segundo padre que con tanto estremo la cuida y la quiere, deseche usted toda idea melancólica y no piense mas que en acabar de restablecer su salud. Dios quiere que vivamos para consuelo de las personas que nos aman.

—¡No me habia engañado!—dijo María sonriéndose.—Es usted una mujer de bien. ¡Esas palabras que acaba usted de pronunciar son tan dulces para mí!..... ¡Ay!.... necesito hablar con personas que me quieran..... ¡Me han hecho padecer tanto mis enemigos!.... Pero usted me quiere, ¿no es verdad?

—Sí, hija mia,—respondió afectuosamente Luisa.

—¡Hija mia!—repitió María sobresaltada:—¡hija mia!.... Estas dulces palabras..... el acento cariñoso con que usted las pronuncia, me recuerdan á mi pobre madre.

—¿Y dónde está su madre de usted?

—No lo sé,—respondió en tono meditabundo María.

Y clavando la vista en el suelo, añadió:

—Sí..... ha muerto..... ha muerto..... pero no la maté yo..... no.....

Y dirigiendo de repente una mirada á Luisa, añadió llena de conviccion:

—¿No es verdad que no se puede matar á una madre?

Luisa se horrorizó al oir esta misteriosa pregunta; pero haciéndose cargo que la infeliz que la hacia estaba loca, trató de consolarla, y respondió sin titubear:

—No, no es posible. La buena hija es el consuelo de su

madre, y no hay mas que amor entre las dos, pero este amor es inestinguible y puro.. ..

—Es verdad,—esclamó María con exaltacion;—es puro y ardiente como el que he profesado siempre á mis padres..... á mis adorados padres, á quienes jamás volveré á ver.

Y al decir esto, prorumpió María en amargo llanto.

—Llore usted, pobre jóven, llore usted..... eso aliviará su corazon.

Luisa asió con ternura una mano de María, y esta, arrojándose maquinalmente en los brazos de su madre, vertió copiosísimas lágrimas.

Mientras estas dos angelicales criaturas permanecieron es-

trechamente abrazadas, como si la naturaleza por uno de sus admirables prodigios no quisiera desconocer los vínculos de la sangre, dos nuevos personajes aparecieron en el dintel de la puerta del jardin.

Eran la baronesa *** y su digno hermano el médico don Antonio de Aguilar, que aún estaba afectado por lo que habia ocurrido con Anselmo la tarde anterior en la cárcel de Córte, y el mal resultado que debia tener su causa.

—¡Otro infortunio!—esclamó con desesperacion.—Hermana mia, nuestros esfuerzos han sido inútiles..... ¡Todo se ha perdido!

CAPITULO VIII.

La separacion.

El sobresalto y disgusto de don Antonio de Aguilar al ver que estaban abrazadas madre é hija, era muy natural, porque no podia menos de suponer que se habian mútuamente conocido, y habia tratado de evitar esta ocurrencia porque la juzgaba de peligrosísimos resultados. A este efecto habia dado terminantes órdenes al negro Tomas para que no dejase salir á María del aposento que últimamente le habia destinado.

Aquí es preciso enterar al lector de que, como ya en el anterior capítulo ha indicado la misma María, Tomas habia reemplazado á uno de los mozos del hospital, encargado esclusivamente de vigilar á la pobre loca, á quien trataba con harta severidad. No solo era este el motivo de haber admitido al negro para cuidar de María, sino que habiéndose presentado cuando fué despedido de casa de la marquesa de Turbiasaguas, conoció el facultativo el afecto que profesaba á la loca y la confianza y cariño con que esta le correspondia: juzgó pues que ninguna persona era mas á propósito para llevar adelante su plan de curacion y hacer además algunos descubrimientos. Como los oficios de Tomas debian limitarse á ciertos

casos, habia tambien una loquera destinada al servicio de María, á quien se trataba con la mayor distincion, tanto por las instrucciones y garantías que sobre el particular habia dejado el marquesito de Bellaflor, como por el singular interés que la desgraciada jóven habia despertado en el bondadoso corazon del facultativo.

Don Antonio creia que tendria fatales consecuencias la entrevista de Luisa y María, porque no juzgaba á esta todavía en estado de recibir violentas impresiones; y era demasiado triste la situacion de la demente para que no horrorizase á su pobre madre y la sumergiese en acerbo llanto, que hubiera inutilizado de todo punto cuanto se habia hecho para que recobrase la vista. Hé aquí por qué, al verlas abrazadas, dijo con amargura:

—¡Todo se ha perdido!

Al prorumpir en esta esclamacion, presentóse el negro Tomas á recibir las instrucciones que tuviese á bien darle el facultativo; pero este, en tono severo, le dirigió la siguiente pregunta:

—¡Imbécil! ¿Es ese el modo de ejecutar mis mandatos? ¿No te tenia yo encargado que María no saliese de su aposento?

—Señor,—respondió el negro con la mayor humildad,—el dia está tan hermoso..... hace un sol tan bello..... que me ha parecido debia probar á la señorita un rato de recreo en el jardin. Además, estaba sola, porque la buena mujer que la hace compañía ha tenido que salir en busca del jarabe que se ha concluido..... y así que la ha visto salir, me ha llamado la pobre señorita, y con las lágrimas en los ojos me ha dicho:—Tomas, tú que eres tan bueno, vas á hacerme un favor, ¿sí?—Yo, enternecido, la he contestado:—Si depende de mí, tendré una complacencia, como siempre, en servir á usted.—Y entonces añadió la señorita:—¡Mira qué sol tan hermoso hace en el jardin!.... ¡Con qué gusto me pasearia yo por él!.... ¡Hace tanto tiempo que vivo entre paredes!.... Si estuviese aquí mi otro

padre, me dejaria ir; pero tú eres tan bueno como él..... tú me sacaste de entre las rejas en que me habia encerrado el hombre malo..... ¡Oh!.... sí..... tú me acompañarás tambien al jardin.—¿Qué habia de hacer yo, señor, á semejante súplica?

La baronesa ***, á quien habia conmovido la esplicacion del negro Tomas, dijo en voz baja á su hermano:

—Hermano mio, ese hombre no merece reconvenciones.

—Y sin embargo,—respondió don Antonio con tristeza,—ha hecho un grave mal..... un mal irremediable.

En esto volvió María el rostro, y al ver al facultativo, corrió apresuradamente á besarle la mano.

—¡Ah!.... ¡mi padre!.... ¡Qué dia tan feliz!

La hermosa presencia de la elegante baronesa contuvo á

María. Asomóse á sus labios una sonrisa mas animada que nunca, y despues de contemplar con satisfaccion el bello ros-

tro de la recien llegada, examinó con la vista minuciosamente sus adornos.

El aspecto de María, á pesar de su lamentable estado, cautivó el interés de la baronesa. La loca parecia tambien extasiada ante la hermosura y elegancia de Emilia. Alargó por fin tímidamente una de sus manos y asió el chal de la baronesa..... levantó luego los ojos, y viendo que aquella se sonreia, quitóle enteramente el chal y se le puso con sin igual donosura, mirando alternativamente al médico y á su hermana, soltando estrepitosas carcajadas.

Esta escena muda duró algunos momentos, hasta que don Antonio la interrumpió, diciendo á María:

—Vamos, parece que hoy está usted muy contenta.

—Mucho..... mucho.....—contestó María.—¡Estoy tan bien en este jardin!.... Luego..... he abrazado á una buena mujer..... aquella que está en aquel banco..... Tambien me quiere..... Hay aquí ya muchos que me quieren, ¿no es verdad?.... Usted..... Tomas..... la criada..... aquella mujer..... (y la inocente jóven iba contando por los dedos) son cuatro..... y si esta señorita me quisiese.....

—¡Oh! ¡sí!—esclamó la sensible baronesa cogiendo la descarnada mano de María y dándola un beso en la pálida mejilla.—Tambien yo la quiero á usted mucho.

—¡Cinco! ¡cinco!.... ¡cinco son los que me quieren!—dijo saltando de alegría la pobre demente.

—Dígame usted, María, ¿y quién es aquella mujer?—preguntó el facultativo.

—No sé.....—respondió María.

—¿Será posible?—esclamó para sí don Antonio.

Y dirigióse precipitadamente al fondo del jardin, donde estaba Luisa.

El médico habló largo rato con la madre de María, mientras esta estaba tambien en afectuosa conversacion con la baronesa. Volvió despues don Antonio con el rostro mas risueño, y dijo á su hermana en voz baja que no pudo oir María:

—No se han conocido..... Es preciso separarlas..... Aún hay salvacion para estas infelices. ¡Ojalá la hubiese para su desventurado padre!

Y luego en alta voz dijo á María:

—¿Conque se siente usted bien?

—Sí señor, mucho. Hoy no me duele nada la cabeza.

—¿Y no le gustaria á usted salir de esta casa?

—No señor..... no..... yo no quiero salir..... no quiero volver á casa de mi tia..... Allí están mis verdugos..... y aquel fraile malvado..... Yo quiero vivir siempre aquí con Tomas..... porque Tomas no me pegará nunca..... Tomas me ayudará á buscar á los asesinos de mi padre.....

—¿Y no quisiera usted venirse con nosotros y con Tomas á casa de esta señora, que la quiere á usted mucho?

—Tambien decia mi tia que me queria mucho, y me hizo dormir en el suelo.

—No piense usted ya en esa tia. Esta señora la quiere á usted mas que nadie. Ya sabe usted que yo nunca la engaño. Allí tendrá usted un jardin mas bonito que este, y Tomas la cuidará á usted como aquí.

—¿Y me robarán mi medallon?

—No, María, no,—dijo la baronesa con angelical dulzura.—Viviremos las dos siempre juntas como hermanas, y todos los que nos rodearán la querrán á usted mucho.

—¿Y veré á usted?—dijo María mirando tiernamente al médico.

—Todos los dias,—respondió don Antonio.

María cedió por fin á las instancias de los dos hermanos, y prévia la competente autorizacion y conocimiento del director del hospital, el 1.° de julio de 1836, á medio dia, los dos hermanos, la loca y el negro Tomas se dirigian en una berlina á casa de la baronesa ***.

. . . . . .

El médico tomó la providencia de sacar á María del hospital, no solo con el objeto de separarla de su madre, porque así

OXFORD

convenia al restablecimiento de la salud de entrambas, sino porque tambien conocia que el mezquino departamento de los dementes carecia absolutamente de los requisitos indispensables para la pronta curacion de aquella jóven, en quien notaba todos los síntomas de una mejoría precursora del mas feliz resultado.

Esto nos hace insistir en llamar mas y mas la atencion del Ayuntamiento de Madrid para que no demore un momento la realizacion del proyecto de la Junta de Beneficencia de que hemos hablado en el capítulo anterior. Hace ya un año que la esposicion de tan benéfico pensamiento se elevó á la aprobacion de la Municipalidad, y á pesar de la inmensa importancia que reportaria á los desgraciados dementes el establecimiento de una gran casa de Orates en las afueras de esta córte, construida en términos que recibiese una saludable ventilacion, que tuviese espaciosas localidades, cómodos aposentos, patios, jardines, oficinas, y cuantos departamentos y demás circunstancias requieren los progresos que en el arte de curar tan horrible dolencia ha hecho la moderna civilizacion, nada se ha adelantado! Y no solo en Madrid plantearse debe tan laudable pensamiento; en todas las capitales de provincia debe haber á lo menos una casa de Orates perfectamente montada, donde hallen los pobres locos, no solo buen trato y cuantas comodidades puedan minorar la enormidad de sus amarguras, sino cuantos requisitos sean indispensables para poder aplicarles los remedios que sus padecimientos requieran. Hemos reproducido, acaso con sobrado empeño, la urgencia que hay de que se remedien tan graves desgracias; pero cuando se miran ciertas calamidades con indiferencia por quien tiene obligacion de hacerlas desaparecer de la sociedad, cuando los ayes de la humanidad doliente no alcanzan á conmover á los gobernantes, no tememos incurrir en estemporánea demasía con la repeticion de nuestros justos clamores.

CAPITULO IX.

La resolucion.

Dos dias despues de el de la visita que hizo fray Patricio al fiscal de la causa contra *el Arrojado*, estaba aquel perverso lleno de gozo. Todo salia á medida de sus diabólicos deseos. Las noticias que tenia de varios jefes de la faccion éranle sumamente satisfactorias. La columna del coronel don Francisco Valdés habia sufrido en los campos de Bañon un completo descalabro por el Serrador y Cabrera, en cuya consecuencia mandó el gobierno destituirle, prenderle y formarle causa por su imprevision, y mas de seiscientos prisioneros que cayeron en manos de aquellos asesinos fueron inhumanamente inmolados. Las facciones del bajo Aragon habian obtenido algunos triunfos, y estaban mas envalentonadas que nunca.

Quilez atacó el pueblo de Alcorisa, y no pudiendo apoderarse del fuerte, incendió la poblacion. Lo propio hizo en Montalvan; y estas inauditas atrocidades eran calificadas de hazañas sublimes por el digno jefe de los *esterminadores*.

Nadie como fray Patricio cumplia el horroroso precepto de aquella abominable sociedad: *¡Omnes qui sicut nos non cogant, exterminentur!* y hé aquí por qué, insensible al mas noble de

los sentimientos, á la dulce gratitud, que es la delicia de las almas generosas, olvidando aquel monstruo que debia la vida al denonado Anselmo, bastábale que este virtuoso jornalero fuese liberal para que se cebase en él como el tigre en su inocente víctima, y se holgase de saber que estaba destinado á sufrir la muerte de los traidores, *en garrote vil.* Fray Patricio es el verdadero tipo de los defensores de la inquisicion.

Él y sus secuaces habian trabajado activamente en la revolucion que provocó la caida del gabinete Mendizabal y el advenimiento al poder de unos hombres cuya estraña conducta inspiraba gran desconfianza á la nacion [1].

[1] «¿Quién puede descubrir en los pueblos simpatías á favor de unos gobernantes que mas cuidaban de hacer triunfar una bandería que de volver la paz á los pueblos y asegurar con esta paz su libertad y bienestar á que tantos títulos tenian? Añádese á esta gravísima causa, capaz por sí sola de promover una revolucion en un país, y de hacer desaparecer de todos los puestos públicos á los funcionarios contra cuya aptitud se ha levantado la opinion, la conviccion profunda que se iba arraigando cada dia mas en las masas, de que la tendencia del nuevo gobierno y del partido que iba á entronizar no estaba en armonía con el pensamiento manifestado por los pueblos y por sus juntas en la sublevacion nacional de agosto de 1835. El ministerio, el hombre prestigioso á cuya voz habian depuesto sus bríos y su actitud todas las juntas populares, habia caido á los empujes del partido contra cuya administracion y sistema se habian levantado los pueblos y las juntas. El ente moral que estas representaban, la revolucion, iba á ser vencida, y sintiéndose con sobrado vigor para no dejarse arrebatar la victoria, sin mas esfuerzo por la parte contraria que una intriga, en virtud de la cual se habia ganado en un salon de Palacio la voluntad de la reina Gobernadora, no habia de resignarse á una humillacion, y lo que es mas, á la pérdida de una ventaja social, por la que tantos sacrificios habia hecho y derramado tanta sangre. La revolucion era inminente, porque era necesaria, y no habian de hacerla abortar los hombres que habian sido ya impotentes en los primeros arranques de la voluntad soberana de la nacion tumultuariamente manifestada y ejercida. El pueblo tiene una fuerza temible é incontrastable como las aguas de una marea. No hay diques que puedan impedir el mar que sube. Cuanto se opone á su paso es inundado y destruido. El pueblo en revolucion, en movimiento, es la plena mar; pasado el choque, obtenido el triunfo, el pueblo se vuelve á su estado, es la mar que baja. Mientras así permanece, los intrigantes hacen lo que quieren de él, desfiguran sus sentimientos, fuerzan su voluntad, le desdeñan y le insultan. En el campo de la política puede hacerse cualquier cosa como en las playas del Océano en la baja mar. Mas llega el momento del flujo; el pueblo vuelve á subir, y en

A pesar de su frailuna obesidad, fray Patricio, en medio de todos sus vicios, tenia virtudes..... las virtudes del rayo..... Era ardiente, activo, fulminante, destructor.

En aquellos momentos de terrible crísis no sosegaba un segundo. Relacionado con todas las notabilidades cortesanas, fomentaba con diabólica travesura y talento cuantas intrigas palaciegas pudiesen favorecer el logro de sus intentos. En todos los círculos ministeriales aconsejaba medidas de rigor contra el pueblo, ponderàba la conveniencia del terrorismo militar en ciertos casos, y sobre todo la disolucion de la Milicia nacional de Madrid.

Fray Patricio conocia bien que esta benemérita institucion, compuesta de las masas laboriosas, tan interesadas en la conservacion del órden público como en la estirpacion de los abusos que hiciesen ilusorios los efectos de las leyes, de esas leyes sábias y equitativas en que deben basarse los gobiernos representativos, era un baluarte inespugnable contra el cual estrellarse debian cuantas tentativas se hiciesen para aherrojar al pueblo y sumirle en el estado de ignominiosa abyeccion que cumple á las torcidas miras de sus opresores.

Sabia muy bien fray Patricio que sin los heróicos é incesantes servicios prestados á la causa de la libertad por la Milicia nacional de toda España, don Cárlos ocuparia indudablemente el trono de San Fernando. Era testigo de la decision, constancia, disciplina, valor y demás sublimes virtudes que resplandecian en los brillantes cuerpos de la Milicia madrileña, y se interesaba eficazmente en su disolucion, porque solo donde la Milicia nacional no existe, concebir pueden esperanzas de triunfo los frenéticos defensores de la monarquía absoluta.

veinticuatro horas la inundacion de sus olas lo ha desbaratado todo. Desde la subida de Mendizabal al ministerio, desde la disolucion de las juntas empezó la intriga, el pueblo fué perdiendo cada dia su influjo, su voluntad se fué desdeñando, los manejos prevalecieron, el gabinete cayó, le reemplazó el bando vencido, y duró su permanencia en el poder lo que tardó la subida del mar del pueblo.» (*Crónica contemporánea*, tomo III, págs. 154 y 155.)

Las maquinaciones del *Angel esterminador* sobre este particular no fueron infructuosas. La Milicia nacional de Madrid fué al fin disuelta, como tendremos en breve ocasion de relatarlo en el curso de esta historia, y esta violenta medida fué el último empuje que lanzó del poder al gabinete reaccionario.

Pero no apresuremos el curso de los acontecimientos, y concretémonos ahora á lo que llevamos dicho sobre la distinguida posicion que fray Patricio ocupaba en Madrid, como acaudalado banquero, como uno de tantos poseedores de colosales é improvisadas fortunas, que solo por ser ricos han figurado en los mas altos círculos políticos durante estos últimos años de revueltas.

Fray Patricio y el fátuo marqués de Casa-Cresta revelan dos tipos de esos hombres inmorales que por distintas sendas alcanzan grandes tesoros. Ambos habian improvisado sus inmensas fortunas en una misma época, y sin embargo habian empleado medios enteramente contrarios. El marqués habíase enriquecido á fuerza de debilidades, apostasías y bajezas. Vil adulador del poder, era siempre ministerial, elogiaba á ciegas todos los actos de los señores ministros, y en los apuros en que solia hallarse á menudo el gabinete, alargábale una mano amiga; pero esta mano que salvaba al gobierno la retiraba llena de oro y de distinciones.

Fray Patricio, al contrario, siempre hipócrita, reservado y astuto, solo ensalzaba lo que era favorable á sus ideas, y censuraba cuanto podia perjudicarlas; pero lo hacia con singular maestría..... Varias veces hemos ponderado su ingenio y locuacidad. Este malvado era un conspirador furibundo, y vendia amistad á sus víctimas..... Ya se sabe por cuáles medios adquirió una fortuna de rey.

Los graves asuntos que con inaudita sagacidad dirigia, eran mas que suficientes para abrumar á cualquiera imaginacion menos bien organizada; pero para fray Patricio eran solo una leve y natural ocupacion que le dejaba tiempo y humor

para alternarla con cuantos goces ha inventado el vicio y desbordamientos de las pasiones.

Engreido fray Patricio con su buena suerte, cuyo colmo tocaba ya con la mano, pues veia muy inmediato el triunfo de su rey y SEÑOR, al cual esperaba hacer ESCLAVO suyo, y ser otro Calomarde en España, ó por mejor decir, el soberano, no solo miraba con desprecio desde su inmensa altura á los demás, sino que cualquiera obstáculo que se opusiera al logro de sus deseos heria la fibra de su rencor. Hé aquí otro motivo de su inexorable crueldad contra María y su desventurado padre. Este mismo genio altivo ó intolerante inducíale á hacer alarde de su predominio siempre que se hallaba entre personas á quienes consideraba como subordinadas á su voluntad por haberlas favorecido ó colocado en distinguida posicion.

Hasta entonces habia logrado ser obedecido y humildemente respetado por la marquesa de Turbias-aguas hasta en su mas leve insinuacion; pero la marquesa, que á los ojos del mundo tenia una hija casada con el acaudalado marqués de Casa-Cresta, aquella gran señora en cuyos elegantes salones veia reunidas las mas encopetadas notabilidades palaciegas, no podia menos de empezar á sentir ajado su amor propio al considerarse vil instrumento de las torpes liviandades de un fraile.

Sentada en el mismo sofá de su gabinete, donde la asquerosa *tia Esperanza* se atrevió á tutearla y recordarle su pobre y antigua profesion de aguadora cuando por primera vez fué á darle instrucciones acerca de María, la marquesa permanecia meditabunda.

—Mucho debo á ese hombre, es verdad,—decia para sí,—ó por mejor decir, se lo debo todo; pero tambien los servicios que mi bondad le ha prestado son de tal naturaleza, que bien merecian la recompensa que me ha dado. Me ha pagado pues una deuda, y nada mas; de consiguiente no estoy obligada á ningun género de gratitud. Si me ha proporcionado millones ha sido porque yo se los proporciono tambien á él..... Por este

lado estamos tambien iguales..... Él adelantó el dinero, yo puse la industria..... Se ha hecho negocio..... cada uno ha ido retirando sus beneficios..... y santas pascuas. ¿Qué documento existe que pueda obligarme á seguir esta especie de sociedad mercantil?.... Ninguno..... El reconocimiento..... la gratitud..... pero ¿qué gratitud ni qué berengenas?.... Vamos á ver..... ¿Cuál ha sido el móvil de su conducta en prodigarme oro y hacerme marquesa? El deseo de aumentar sus capitales con

mis desvelos y satisfacer todos sus antojos y pasiones. Claro está pues que en todo lo que ha hecho no ha tenido intencion alguna de procurarme el mas leve beneficio. Me ha elegido para escabel de su elevacion, y ha logrado efectivamente elevarse..... Todo esto es cierto..... no tiene réplica..... de consiguiente no le debo obligacion ninguna..... y él es quien debe estarme eternamente agradecido. Resuelta estoy pues á no sujetarme á tanta degradacion que haya de ser el instrumento de sus pasiones..... de esas pasiones de mal género que envile-

cen y deshonran. Soy millonaria, ocupo una posicion brillante en la sociedad, y..... debo empezar á mirar por mi decoro. No necesito ya ser mala mujer para vivir..... ¿Por qué pues no he de enmendarme? Hay sin embargo una dificultad..... Ese hombre sabe todos mis secretos..... y si llegase á divulgarlos..... ¡Dios mio! ¡qué bochorno!.... ¡me moriria de vergüenza!.... Lo mejor será tener sobre el particular una esplicacion amistosa..... ¿Y si no se hace cargo de la razon?.... ¿Y si provoca un rompimiento?.... Entonces..... entonces tendrá que callar, pues aunque sabe mis secretos, sabe tambien que puedo revelar los suyos. Mi resolucion está tomada.

La argentina vibracion de una campanilla interrumpió las reflexiones de la marquesa de Turbias-aguas.

Un momento despues estaba en su presencia fray Patricio.

Dejaremos para otra ocasion el relato del coloquio que se entabló entre este y la marquesa, y pasaremos con el lector á ver cómo le va á María en su nueva morada.

CAPITULO X.

La crisis.

María habia pasado perfectamente la noche en casa de la baronesa ***, donde se le habia destinado un dormitorio, no tan lujoso como el que habia tenido en casa de la marquesa de Turbias-aguas, pero adornado con elegante sencillez. Este dormitorio estaba en el entresuelo, con vistas al jardin, del cual separábale una galería que da-

ba paso al mismo por medio de cuatro gradas de mármol; pero la puerta que abria comunicacion con la galería pérmanecia cerrada.

Al paso que la curacion de la demencia de María hacia visibles progresos, su ánimo abatido iba declinando en acerba melancolía. Los aciertos del facultativo habian ahuyentado la enfermedad, pero permanecian las causas, é ínterin estas no desapareciesen, eran de temer frecuentes y funestas recaidas, particularmente en aquellos dias de escesivo calor en que la sangre bulle con mas fuerza en las imaginaciones cavilosas. ¡A cuántos infelices, á quienes trastornó el juicio uno de esos pesares que desgarran el corazon, vemos pasar el invierno pacíficamente, y apenas llega la canícula volverse frenéticos hasta el estremo de tener que ser encerrados y temidos como fieras! La medicina es infructuosa en estos casos para obtener una curacion radical, porque hay pesares tan hondos que no los borra el tiempo, y en este caso domina el ánimo del enfermo una causa inestinguible que debe producir siempre los mismos efectos, sin que el arte pueda alcanzar mas que mitigar la dolencia.

Las causas que habian producido la locura de María eran ficticias. El desastroso fin de sus padres, en los términos que la perversidad de fray Patricio habia hecho creer á la infeliz despues de la fatal carta que le entregó de su amante, formaban una aglomeracion de infortunios sobrado vehementes para que pudiese resirtirlos un corazon delicado y tierno; pero en el momento en que se lograse desvanecer el horrendo engaño en que estaba la desgraciada jóven, desaparecer debia totalmente la causa de su enfermedad, y era de consiguiente imposible de todo punto que se reprodujesen los efectos. Esta era la opinion del sabio facultativo que con tanto discernimiento iba logrando volver la salud á María; pero todas las sendas ofrecian escollos, y don Antonio de Aguilar no se habia atrevido aún á hablar á María de ninguno de los objetos cuyo recuerdo pudiese afectar su sensibilidad; al contrario,

ponia el mayor conato en distraer á la enferma de las causas de su mal, y esta es la razon por qué trataba de hacer sus investigaciones por otros conductos.

La dolencia de María presentaba ya un nuevo aspecto. Habia recobrado su juicio, y la demencia habia sido reemplazada por una tristeza profunda. Era pues indispensable, á fin de evitar toda recaida, aprovechar tan oportunos momentos para sacarla del error que atormentaba su espíritu; pero de todos modos necesitábase el mayor pulso y discrecion para entablar con ella una conversacion sumamente peligrosa, que así como podia darle la salud para siempre, podia remover el orígen de su dolencia y hacerle sentir sus horrores con mas violencia que nunca.

Así las cosas, conoció don Antonio que nadie era tan á propósito para entablar en aquella crísis la indispensable conferencia como su hermana Emilia. El talento y amabilidad de la baronesa garantizaban en cierto modo el buen éxito.

Habia en consecuencia recibido las instrucciones necesarias, y con ánimo resuelto y llena de confianza entró en el dormitorio de María cuando esta pobre jóven lloraba amargamente contemplando el medallon.

La benéfica baronesa, fingiendo no haber reparado en el llanto de María, aproximóse á ella, y asiéndola de una mano, esclamó con amable y jovial dulzura:

—¿Qué tal, María? No dudo que habrá usted pasado la noche felizmente.

—Sí señora,—respondió con frialdad la pobre jóven:—he dormido muy bien, y hace mucho tiempo que no he sentido la cabeza tan despejada; pero en cambio tengo el corazon muy afligido.

—Pues procure usted distraerse. Ahora bajaremos al jardid, y verá usted las flores y los pajaritos..... ¿No está usted contenta á mi lado?

—Sí señora,—respondió María.

Y exhalando un profundo suspiro, añadió:

—Tambien estaba contenta al lado de la marquesa de Turbias-aguas!.... tambien al hospedarme en su casa me pareció tan buena, tan generosa y caritativa aquella señora..... me prodigó tantas bondades..... y sin embargo me engañaba!.... sí..... me engañaba para luego martirizarme!.... ¿Y por qué? ¿Qué daño le habia hecho yo, infeliz de mí, que no procuraba mas que darle gusto en todo?.... Yo que no sé aborrecer á nadie..... y todos me engañan!.... todos se gozan en verme padecer!....

La baronesa no pudo contener sus lágrimas, y al ver María que llevaba el pañuelo á los ojos, añadió como ruborizada:

—¿Llora usted, señorita?.... Disimule usted los estravíos á que me conduce mi dolor!.... ¡He sufrido tanto!.... ¡He esperimentado tan amargos desengaños!.... Pero yo no trato de ofender á usted..... ¿No me engaña usted, no?.... ¡Oh! Yo estoy cierta de ello..... Seria una maldad acrecentar los tormentos de una desventurada que ha padecido ya mucho, sin que su conciencia la acuse de haber cometido falta alguna..... Sí, seria una maldad..... y usted es tan buena!.... usted es hermana de mi bienhechor..... de mi padre..... Sí..... sí..... usted me quiere como su señor hermano..... ¿Verdad que sí, señorita? ¿Verdad que sí?

Era tal la emocion que sentia la baronesa, que no pudo responder á la inocente María; pero esta penetró, por los ademanes cariñosos de su bienhechora, que efectivamente la amaba, y continuó diciendo:

—¡Qué indiscreta he sido!.... Perdone usted, señorita, perdone usted..... no debia desconfiar de sus bondades..... lo conozco..... he sido una ingrata; pero usted, que es tan generosa, se hará cargo del estado de esta infeliz..... porque sin duda sabrá usted que soy una pobre demente..... Yo tambien lo sé..... estoy loca..... es verdad..... estoy loca..... No estrañe usted que diga despropósitos una pobre loca..... pero *el otro padre* me curará pronto..... ya me siento tan aliviada!.....

—Sí, amiga mia, sí,—dijo la baronesa esforzándose por recobrar su serenidad.—La hemos trasladado á usted á esta casa

para poder cuidar á usted mejor, y no dudo yo que dentro de breves dias estará usted enteramente restablecida. Yo no la engañaré á usted nunca, María, nunca. ¿No tiene usted confianza en mi hermano?

—Ha sido mi salvador, y quiere usted que no la tenga?

—Pues cuando él la ha conducido á usted á mi lado es porque sabe que he de cuidar á usted con la ternura de una madre; y como usted haga de su parte algunos esfuerzos, poco falta ya para su completa curacion..... y entonces..... no lo dude usted, hija mia, entonces será usted feliz.....

—Feliz..... señora..... no puedo ya serlo.....

—¿Por qué no?

—Porque lloro la muerte de mis padres y la ingratitud de mi amante.

—Vamos, vamos, es preciso olvidar tan melancólicas ideas..... Además..... ¿quién le ha dicho á usted que hayan muerto sus padres?.... Usted misma acaba de decirme que sus enemigos se holgaban en engañarla para acibarar sus tormentos.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!—esclamó María dirigiendo las manos cruzadas y los ojos lacrimosos al cielo.—¡Oh!.... si tambien esto hubiera sido una impostura!....

—¿Por qué no?....—repuso la baronesa.—Los malvados son capaces de todo..... Pero no es prudente que ahora confie usted demasiado.....

—Que no confie, señora, cuando esta confianza es lo que mas robustece mi salud? ¡Ah!.... si fuera cierto que mis padres viviesen!.... si mi amante no me aborreciese!....

—¿Qué sucederia en tal caso?

—¿Qué sucederia, me pregunta usted? ¿Qué sucederia? ¿Podria haber en el mundo mujer mas feliz que yo?

—Y esa felicidad repentina, ¿no podria perjudicar su salud?

—¡Perjudicar mi salud! Mi corazon destrozado por los pesares necesita consuelos proporcionados á los males que ha sufrido. La idea sola de que puede haber sido una impostura

la muerte de mis padres, parece que ha reanimado todas mis fuerzas.....

—Pues bien, María, sea usted completamente feliz.

—¿Qué dice usted, señora?

—Que sus padres viven.

—¡Viven!....—esclamó María con todo el júbilo del amor filial.—¡Viven!....—repitió elevando las manos hácia el cielo como dando gracias al Todopoderoso.

Y arrojándose en los brazos de la baronesa, continuó:

—Ya no estoy loca, señorita..... pero digo mal..... estoy mas loca que nunca..... pero estoy loca de contento..... de alegría..... de felicidad..... Dios bendiga á usted, señorita, el beneficio inmenso que acaba de hacerme. ¿Cómo recompensaré yo tantas bondades?

—Yo, María, no quiero mas recompensa que ver á usted feliz. Vamos al jardin..... Tenemos mucho que hablar. Vamos á desayunarnos á la sombra de los árboles, y aspirando el perfume de las flores, oyendo el canto de las aves y el susurro de los arroyos, me contará usted todas sus penas. El sitio es romántico y á propósito para hablar de amores. Vamos, amiga mia; pero le suplico encarecidamente que nada me oculte usted, pues tengo la mas ardiente y dulce confianza de poder remediar todos sus infortunios.

—Vamos donde usted guste, señorita; usted es mi ángel tutelar, y tendré una grata complacencia en depositar en su amistad generosa todos los secretos de mi alma.

. . . . . .

Mientras María contaba su historia á la baronesa, mientras se enlazaban los corazones de estas dos jóvenes virtuosas con los sagrados vínculos de una amistad pura é indisoluble, rompíanse las hostilidades en el palacio de la marquesa de Turbias-aguas, adonde conduciremos al lector para que presencie el grotesco coloquio que tuvo lugar entre el ex-franciscano y la ex-aguadora de la plaza de Toros.

CAPITULO XI.

Un desaire.

—Felices dias, mi buena amiga,—dijo fray Patricio al presentarse en el gabinete de la marquesa de Turbias-aguas.

Y dejando el sombrero en una silla, sentóse con franqueza en el mismo sofá que sostenia la ponderosa mole de aquella buena señora; por manera que el aumento de algunas arrobas mas que pesaba su ex-reverencia hizo rechinar el asiento.

—Bien venido,—respondió la marquesa.

Y despues de este saludo, sacaron ambos sus respectivas cajas, y cruzaron el acostumbrado polvo.

La marquesa hizo tres elegantes estornudos á guisa de tos de gato, que fueron intercaladamente seguidos de un triplicado *Dominus tecum*, que pronunció afectuoso el ex-fraile, y recibió de la marquesa las debidas gracias.

Sendos pañuelos salieron á relucir: el de la marquesa, desplegado á todo trapo y llevado con entrambas manos á la parte sobrecargada de flúido cerebral, sirvióle de receptáculo al son de una especie de obligado de piporro, mientras fray Patricio pasaba el suyo (no el piporro, sino el pañuelo) muy dobladito y aplanchado, como tenia de costumbre, por sus impertérritas

narices. Decimos impertérritas, porque las narices de fray Patricio jamás provocaban estornudos..... eran de la misma estofa que su empedernido corazon..... tan insensibles al escozor del rapé como aquel á los ayes de la humanidad.

—Amiga mia,—esclamó fray Patricio en tono de satisfaccion,—vengo en primer lugar á que me dé el parabien, y secundariamente á ver cómo nos manejamos para que la consabida jóven caiga de nuevo en nuestro poder.

—No le entiendo á usted, señor don Patricio,—respondió la marquesa.—En cuanto al parabien, se lo daré á usted con mucha complacencia, supóniendo que le sonríe á usted alguna reciente ventura, que vivamente deseo que usted se sirva esplicarme, pues no ignora usted que siempre me he interesado por su felicidad; pero en cuanto á lo de la consabida jóven, dígole á usted que si se trata de María, á quien usted mismo dejó en el hospital porque estaba furiosa, no concibo.....

—Me esplicaré. Lo del parabien alude á las bellas perspectivas que me anuncian un porvenir dichoso. Puedo hablar á usted sin recelo; nuestra amistad es antigua, nos somos indispensables el uno al otro, nuestros vínculos son indisolubles, nuestras felicidades recíprocas..... Oiga pues.....

Y en voz baja añadió:

—El triunfo de don Cárlos es seguro..... y entonces..... ¡oh!.... entonces..... él será el rey..... yo seré..... el soberano.

—¿Está usted loco?

—Estoy muy cuerdo, señora marquesa..... Mi plan es infalible..... El sistema representativo se desquicia..... se hunde..... Nuestro ejército triunfa en todas partes..... Cuento con inagotables recursos..... y merced á nuestra sagacidad..... á nuestra astucia, los liberales que nos llaman imbéciles están de dia en dia mas desunidos..... Todos sus grandes hombres de estado se estrellan contra nuestras intrigas..... Gomez se acerca..... Los términos de la transaccion me placen..... ¡Oh!.... desde el momento en que logramos introducir la inmoralidad en el poder, conté por seguro el triunfo de nuestra causa. Le hago esta

confianza porque el momento dichoso se aproxima á pasos de gigante, y quiero darle antes esta prueba de amistad en galardon de la reserva con que ha sido siempre fiel depositaria de todos mis secretos; pero en cambio de este testimonio de cariño que añado á los beneficios que me huelgo en dispensarle continuamente, solo exijo un pequeño favor. *Esperanza*, esa buena y caritativa mujer que no puede ver padecer á nadie, condolida del amor que profeso á María, se ha informado diariamente del estado de su salud. Está ya tan mejorada que iba á salir del hospital. Es preciso, amiga mia, que averigüemos entre todos dónde va á parar, ó por mejor decir, es preciso reclamarla antes..... porque María tiene otro amante, y si este lograse el bien que no he podido yo alcanzar..... lo digo francamente, no sé lo que seria de mí. Señora marquesa, en esta ocasion puede hacerme el mas feliz de los hombres, y creo que no habrá olvidado la generosidad con que sé recompensar los buenos oficios.

La marquesa de Turbias-aguas, que habia escuchado con la mayor atencion el discurso de fray Patricio, sospechó al momento que *lo del próximo triunfo de don Cárlos* era una superchería inventada para colocarse el ex-fraile en posicion de poder recompensar pródigamente el servicio que demandaba. Rióse pues la marquesa interiormente de semejante introito, y lejos de dejarse seducir por halagüeñas esperanzas, vió en la revelacion de fray Patricio un arma poderosa para defender su resolucion de no degradarse mas con servicios que ofendian su amor propio.

—Señor don Patricio,—contestó la marquesa con entonada coquetería, hablando muy pausadamente y mirando el paisaje de su abanico,—yo..... bien sabe usted que le he dado las mas cordiales pruebas de amistad..... verdad es que usted se merece todo eso y mucho mas.....

—Es favor que me dispensa su bondad,—respondió fray Patricio inclinándose respetuosamente.

—Quiero decir.....—añadió la marquesa,—que en nuestras

amistosas relaciones nos hemos prodigado recíprocamente mil buenos oficios..... A ellos debemos, tanto usted como yo, amigo mio, la posicion brillante que ocupamos en la sociedad mas distinguida de la córte. Los amigos hacen muy bien en ayudarse mútuamente, porque nada hay tan dulce para un alma generosa como la ocasion de poder tributar algun favor á un buen amigo.

—Así es en efecto la pura verdad..... y nunca habia yo dudado.....

—Sin embargo,—repuso la marquesa interrumpiendo á fray Patricio,—cierto género de favores llevan tal odiosidad consigo..... Hablemos claros, señor don Patricio..... ¿cree usted que á una persona de mi elevada categoría le está bien eso de.....

—¿Qué escrúpulos son esos, señora marquesa?—dijo fray Patricio, asombrado de oir la observacion de su amiga.—¿De cuándo acá.....

—Señor don Patricio,—continuó en tono grave la marquesa,—para esos encargos no faltan Celestinas en Madrid; y la perseverancia de usted en esta parte ofende mi decoro.

—¡Yo estoy absorto!

—¿Soy ó no soy marquesa?

—Lo es sin duda alguna; pero.....

—No hay que darle vueltas, señor don Patricio..... ¿Le parece á usted decente que una señora marquesa se haga la encubridora de amorosos trapicheos?

—¡Pues si no se ve otra cosa todos los dias en Madrid!.... Pero lo que mas me asombra, mi señora marquesa de Turbiasaguas,—esclamó en tono sardónico fray Patricio,—es que se muestre tan desagradecida..... con el sugeto á quien debe la aguadora Colasa su título y sus riquezas.

—Poco á poco, señor mio,—esclamó la marquesa poniéndose en pié y abriendo y cerrando convulsivamente el abanico,—porque si por haberse educado en un convento se cree usted autorizado para insultar á los demás, tambien sabré yo

echarle en cara que si yo le debo á usted algo, usted me debe mucho, pues quizás sin mi cooperacion jamás hubiera usted pasado de ser un pobre fraile mendruguista..... un esclaustrado mugriento..... y hubiera tenido que meterse á redactor de algun periodicucho religioso ó á cocinero en algun bodegon.

—¡Señora Colasa!—gritó fray Patricio levantándose y poniéndose el sombrero:—¿ha olvidado que puedo vengarme cruelmente de esos insultos?

—¡Ah! sí..... es verdad.....—dijo la marquesa soltando una carcajada burlona y poniendo los brazos en jarras.—Sin duda

podrá usted mandarme ahorcar cuando triunfe don Cárlos..... cuando se realice la transaccion con su amigo el cabecilla Gomez..... cuando sea usted ministro..... ¿no es verdad? ¡Ja! ¡ja! ¡ja! La lástima es que estoy yo en situacion de poder hacer prender antes á los conspiradores..... y hacerles dar garrote.....

—¡Psit!.... ¡por Dios!....—esclamó fray Patricio llevando la palma de la mano á la boca de la marquesa.—Esa idea me horroriza.

—¿Sabe usted, señor don Patricio, que con esa cara de pascuas que Dios le dió..... así..... amoratada por el corbatin de palo..... con un palmo de lengua fuera.... Yo no sé sin embargo si estaria usted mas feo que ahora.

—No todos tienen tanto que agradecer á la naturaleza como mi señora la marquesa de Turbias-aguas,—respondió con fingida dulzura fray Patricio.

Y asiendo el frac de la bocamanga, y alisando con él el pelo de la copa del sombrero, que se habia quitado otra vez, añadió:

—Y lo que mas me gusta es ese carácter siempre zambrero y festivo..... ¡Ea! vamos, hagamos las paces. Conozco mi falta..... no debia yo haberle propuesto un encargo verdaderamente odioso, cuando tantos medios tengo de satisfacer un amoroso capricho; pero confiese tambien, amiga mia, que ha sido muy severa en el uso de su punzante sátira.

—No me hubiera yo propasado á buen seguro,—respondió la marquesa,—si usted no hubiese roto las hostilidades.

—Nada, nada, querida mia, todo se acabó; y en prueba de nuestra cordial reconciliacion, crucemos otro polvo, y tan amigos como siempre.

—Ya está mi caja abierta,—repuso la marquesa alargándola á fray Patricio.

—Pues aquí está la mia.

Hecha á sorbos la reconciliacion, y de la misma manera que se habia empezado este coloquio, despidiéronse ambos interlocutores, haciéndose mas cariñosas demostraciones que nunca..... pero los frailes no perdonan nada, y la marquesa habia lanzado una amenaza terrible, sobre un desaire inesperado, que no podian menos ambas cosas de causar grande inquietud á fray Patricio.

CAPITULO XII.

La visita.

Un recio y prolongado campanillazo sonó á la puerta de la casa de la *tia Esperanza;* salió esta refunfuñando, por no estar acostumbrada á oir llamar de un modo tan brusco, abrió, y entrando fray Patricio dando espantosos bufidos, dirigióse precipitadamente á su despacho, sin saludar siquiera á la íntima confidenta de todos sus secretos, al ciego instrumento de todas sus maldades, á la infernal beata, cómplice de todos sus crímenes.

Llegó fray Patricio á su habitacion, tiró el sombrero sobre una silla, quitóse el frac, púsose la bata, y ensimismado en profundas reflexiones, empezó á pasearse agitadamente por lo largo de la sala, dando de vez en cuando violentas manotadas que indicaban la cólera de que estaba su ánimo poseido.

—¡Válgame Dios, padre mio!—esclamó la *tia Esperanza* presentándose trémula ante fray Patricio.—¡Válgame Dios! Jamás he visto á usted tan desazonado..... ¿Qué desgracia ocurre?

—Desgracia..... no ocurre ninguna, hermana,—respondió

el ex-fraile;—pero nada me incomoda tanto en este mundo como el ver que se pagan con ingratitud mis beneficios.

—¿Pues qué sucede?

—¡Qué ha de suceder!.... que Colasa..... esa miserable aguadora..... á quien he sacado yo del fango mas inmundo de la plebe para colocarla entre las personas mas distinguidas de la aristocracia, envanecida con su brillante posicion, acaba de hacerme un desaire inaudito.

—¡Miren la tonta!.... Pero ¿es cosa que ese desaire pueda tener malas consecuencias?

—¡Qué se yó!.... es mujer de travesura..... y si no la arrojamos de la posicion que ocupa..... no hay duda que puede hacerme mucho daño.

—¡Pues qué! ¿tan reñidos han quedado ustedes?

—En la apariencia, mas amigos que nunca..... Referiré el lance en pocas palabras. Pretendia yo que volviese á apoderarse de María, y con un tono tan orgulloso como insolente me ha contestado que su posicion no le permitia degradarse á hacer esta clase de favores.

—¡Oigan! ¿Si habrá olvidado su orígen mi señora doña Pánfila?

—Héle recordado los beneficios que me debe.....

—¿Y qué ha dicho?

—Que no me debe ninguno, y que mas grandes me los ha prodigado ella á mí.

—¡Habrá insolencia!....

—Yo entonces me he irritado, como era natural, y la he echado en cara su antigua profesion.

—¡Bien hecho!.... ¡así me gusta!.... Se habrá quedado por supuesto estupefacta, sin saber qué responder.....

—Al contrario, mas descocada que nunca, ha prorumpido en groseros insultos..... ha tenido la audacia de llamarme fraile mendruguista.....

—¡Fraile mendruguista!....

—Y esclaustrado mugriento.

—¡Esclaustrado mugriento!.... ¡Oh! Esto es horroroso..... Esto clama venganza al cielo..... El que insulta á los ministros del altar insulta al mismo Dios..... es un herege.....

—Así es la verdad, hermana mia; es un herege que pertenece á esa raza maldita de enemigos de la religion; raza perjudicial, langosta de la cristiandad, polilla de las almas; raza judía en fin, que debe esterminarse para bien de los fieles.

—¡Jesus!.... ¡Jesus!....—esclamó la *tia Esperanza* persignándose.—¡Qué pervertido está el mundo!.... ¡Hacer mofa de los ministros de Dios! ¡Qué maldad!

—Pues no lo sabe todo aún, hermana mia.

—¡Válgame la vírgen de Atocha!.... ¿Todavía hay mas?

—Sí, hermana. Esa mujer desagradecida ha llevado su insolencia hasta el estremo de amenazarme con una delacion.

—¿Con una delacion?

—Sí.

Y bajando la voz, añadió fray Patricio:

—Ha dicho que en su mano tenia la prision y el castigo de los conspiradores en favor de don Cárlos.

—Eso es ya demasiado.

—Y es lo único que me inquieta, porque esa mujer es de la piel de Barrabás y capaz de hacerlo como lo dice. Verdad es que entonces me he apresurado yo á variar de tono y tomar á broma cuanto habia pasado, pidiéndole mil perdones por mi imprudente exigencia. La he colmado de alabanzas, y hemos quedado, en la apariencia, muy amigos; pero su amenaza me escuece mucho, y es imposible que tenga yo sosiego mientras no inutilicemos á esa mujer.

—¿Y cómo se logra eso?

—Muy fácilmente; pero es preciso desplegar la mayor actividad, porque ella puede perdernos en un momento.

—Esplíquese usted.

—Reflexionando mientras venia á casa sobre lo que me acaba de ocurrir, creo de la mayor urgencia sembrar la discordia entre la marquesa y su yerno..... Con esto se distrae su

atencion, y yo entre tanto, para evitar toda sospecha, me finjo mas amigo que nunca de la marquesa de Turbias-aguas.

—Todo está muy bueno; pero dice usted que el asunto urge, y para desunir una familia se necesita mas tiempo del que á usted le parece. Ya sabe usted que estoy yo muy ducha en estas materias.

—Hay sin embargo una circunstancia que nos favorece en estremo. ¿Se acuerda, hermana, dónde bautizaron á Eduvigis?

—En San Ildefonso; como que fuí yo su madrina, mire usted si me acordaré; y si faltan testigos, tambien está aquí su padrino el *tio Lagarto*, que ha vuelto hace poco de presidio.

—¡Perfectamente!.... Todo sale á pedir de boca. Hermana *Esperanza*, no hay que perder tiempo, es preciso sacar la fé de bautismo de esa muchacha..... y hacer legalizar tres copias.

—Me parece que adivino el plan..... Cuando el marido sepa que se le ha dado gato por liebre.....

El sonido de la campanilla de la puerta interrumpió esta conversacion.

La *tia Esperanza* fuése á ver quién llamaba, y volviendo apresuradamente, dijo:

—En nombrando al ruin de Roma, hételo por dónde asoma..... Es el marqués de Casa-cresta; le he dicho que iba á ver si estaba usted en casa.

—¿Qué me querrá el marqués?.... Dígale que entre.

Desapareció la *tia Esperanza*, y á poco rato se presentó en el despacho de fray Patricio el marqués de Casa-cresta.

Al aparecer en el dintel de la puerta, adelantóse fray Patricio á recibirle, y ambos personajes se dieron la mano con la espresion de la mas cordial amistad.

—Si está usted ocupado, señor don Patricio,—dijo el marqués,—volveré mas tarde.

—No por cierto, no tengo ahora ninguna ocupacion precisa,—respondió con amabilidad fray Patricio.—Y aun cuando la tuviera, yo pospongo todas mis ocupaciones al placer de estar en conversacion con mis buenos amigos.

—Doy á usted las mas espresivas gracias por la distincion con que me honra, y crea que en cualquiera ocasion que se

me presentase, sabria probar á usted el aprecio que hago de su buena amistad, á la que corresponderé siempre con el mejor afecto.

—Ya lo sé, amigo mio. Pero ante todo..... ¿cómo está madamita?

—Un poco indispuesta; pero no es cosa de cuidado.

—¡Ya!.... Consecuencias legítimas del matrimonio.....

—Usted siempre de buen humor.

—Sírvase dejar el sombrero, tomar asiento, y ver en qué puedo serle útil.

Despues de haberse sentado los dos interlocutores, dijo el marqués de Casa-cresta:

—Amigo mio, voy á darle á usted una prueba de la esti-

macion que le profeso..... voy á hacerle una confianza que no me he atrevido á hacer á nadie..... ni á mi esposa, á pesar de lo mucho que la quiero, porque desearia evitarle un disgusto.

—Esplíquese francamente, y cuente con mi amistad y mi reserva.

—En estas dos bellas circunstancias confio. Ya sabe usted que á la caida del ministerio Mendizabal estaban los fondos bastante bajos..... era de creer que un cambio de ministerio les haria subir, y como yo supe, desgraciadamente acaso con mas anticipacion que otros, que iba á formarse un nuevo gabinete, empleé crecidos caudales en una jugada que contra toda probabilidad ha tenido fatales consecuencias. En una palabra, el resultado es que tendré que vender las joyas de mi esposa para pagar mi deuda, si antes de tres dias no encuentro un amigo que me proporcione á lo menos medio millon de reales. El plazo no me da ya mas respiro..... Daré el descuento que se quiera..... me sujetaré á cualquiera condicion..... Nadie mejor que usted sabe las garantías que puedo ofrecer..... y me lisonjeo de que su buena amistad me sacará del apuro en que me hallo.

Fray Patricio habia escuchado atentamente al marqués de Casa-cresta, con la vista clavada en el suelo, los dedos de las manos cruzados sobre su panza, menos los pulgares, que hacia rodar el uno en derredor del otro. Levantó de repente la cabeza, y mirando de hito en hito al marqués, díjole con mucha frescura:

—Lo que es yo, caballero, me encuentro en la imposibilidad de poder complacerle..... Mi caja se halla en la actualidad completamente exhausta; pero tengo un amigo que se dedicaba *in illo tempore* á prestar cantidades bajo ciertas garantías y condiciones..... por supuesto exorbitantes..... así se enriqueció en pocos años, y hace ya mucho tiempo que no presta un maravedí á nadie, porque dice que no quiere pasar por usurero. Ya ve usted que si nos arreglamos con este perillan, habrá que hacer un gran sacrificio.

—Estoy dispuesto á todo; pero quisiera saber el resultado cuanto antes para salir de ansiedad.

—A la persona de quien hablo no se la encuentra en casa mas que por la noche. De todos modos, si no puedo ir yo en persona á llevar á usted su contestacion, antes de media noche tendrá un recado mio en su casa. Procure estar en ella entre once y doce.

—Así lo haré; pero ¡por Dios! no olvide usted que del buen éxito de esta diligencia depende mi felicidad.

—Descuide, amigo mio..... Soy muy amante de hacer bien á los demás.

—Ya lo sé..... conozco su buen corazon..... y por eso me he dirigido á usted con la confianza de que sabrá salvar mi honor.

—Así lo espero.

—Quedaré eternamente reconocido.

Y apretándose con afectuosa espresion las manos, separáronse ambos personajes haciéndose cortesías hasta que se perdieron de vista, no habiendo permitido el marqués que fray Patricio le acompañase hasta mas allá del dintel de la puerta de su habitacion.

CAPITULO XIII.

La conferencia.

Desde que María, á consecuencia de las amistosas esplicaciones que mediaron entre ella y su amable protectora la baronesa ***, sabia que vivian sus padres..... y desde que se lisonjeaba de que seria tambien una impostura lo que de su amante le dijo fray Patricio al entregar á la pobre jóven la carta fatal en que aquel tan injustamente la injuriaba..... desde que su espíritu habia recobrado la tranquilidad, y una esperanza lisonjera halagaba su corazon, el gérmen de su demencia habia totalmente desaparecido; y los buenos cuidados que se la prodigaban, contribuian no poco á los rápidos progresos del restablecimiento de su salud.

La baronesa *** habia seguido estrictamente las instrucciones de su hermano, y tenia además sobrado talento para no cometer la mas leve imprudencia. Así es que habíase guardado muy bien de decir á María el triste estado de sus padres. La infeliz solo sabia que vivian, y esforzábase en complacer en un todo á su facultativo, porque habíale prometido este que solo cuando estuviese enteramente buena irian á verles. Ni se le habia dicho que su madre hubiese recobrado la

vista, porque deseaba la baronesa que esto produjese en María una sorpresa agradable cuando llegase el momento de abrazarla.

María, en cambio de las bondades que le prodigaba su protectora, habíase holgado en relatarle toda su historia, sin omitir la menor circunstancia, tanto de la insolente pertinacia de fray Patricio, como de los amores de don Luis de Mendoza. Era la primera vez que María depositaba todos sus secretos en el seno de una cariñosa amiga, y este dulcísimo solaz alivió en gran manera su corazon oprimido, porque la ama-

ble baronesa le prodigó eficaces consuelos, la colmó de halagüeñas esperanzas. Entonces parecióle á María notar una distancia inmensa entre la virtuosa amabilidad de su nueva protectora y las estremadas atenciones y fingidas caricias de la marquesa de Turbias-aguas. María estaba persuadida de que ahora no la engañaban. No la rodeaba el fastuoso lujo que la habia deslumbrado en casa de la marquesa, pero tenia una habitacion aseada, la misma que ocupaba antes la baronesa (circunstancia que no debe olvidar el lector), un traje decente improvisado, y se le estaban arreglando otros del mejor gusto, con la elegante sencillez que corresponde á una jóven soltera.

Dejemos pues á María contenta en su nueva habitacion, y digamos algo del negro Tomas.

Este fiel amigo de María habia sido admitido en casa de la baronesa en clase de criado, y las bondades de don Antonio de Aguilar, facultativo del hospital, y las que recibia de su nueva ama, convenciéronle de que no todos los *civilizados* eran asesinos, como él creia. Empezaba en consecuencia á reconciliarse con los europeos, y no tenia ya por enemigos mas que á los enemigos de su señorita, la virtuosa María. Al verla recobrar tan prodigiosamente su juicio y su salud, el pobre hombre rebosaba de inefable placer, y cada vez que veia al médico que habia curado á su querida señorita, corria á besarle la mano, mojándola con lágrimas de gratitud.

La baronesa *** no era menos feliz que sus protegidos, porque no hay en el mundo satisfaccion comparable á la de hacer bien á los desgraciados. No envidieis, no, la suerte de los que consumen sus tesoros en magníficos saraos, en festines asombrosos y escandalosas orgías. Gastan el oro en obsequio de sus mas encarnizados enemigos, que les adulan en su presencia y á traicion les difaman; gastan el oro para fomentar el vicio y ser el blanco de la sarcástica murmuracion; gastan el oro en fin entre la prostitucion y el escándalo, para sentir un dia remordimientos ya estériles. Pero el que emplea sus riquezas en beneficio de la humanidad, siente siempre en su pecho los latidos de un gozo puro y consolador, y no ve en derredor suyo mas que amigos que le bendicen, y no oye mas que el acento adorable de sincera gratitud.

La hermosa cuanto benéfica Emilia estaba gozando de estas dulces sensaciones, embebida en las reflexiones que los infortunios de María le sugerian, cuando el ligero crujido de unas botas que se dirigian á la sala donde ella estaba, vino á distraerla de sus pensamientos. Alzó los ojos, y vió entrar á don Luis de Mendoza, mas gallardo, mas elegante que nunca.

—Mi adorable amiga,—esclamó el marquesito inclinándose respetuosamente ante la hermosa baronesa ***,—tengo por

fin la dicha de encontrar á usted sola. No puede usted figurarse cuánto deseaba este feliz momento. Siempre rodeada de obsequiosos adoradores, no me ha sido posible dirigir á usted unasola palabra sin testigos. Fácilmente concebirá usted el estremo de mi ansiedad, despues de la franca aclaracion que hice á usted por escrito. Solo aguardo su contestacion, y la aguardo con la mayor impaciencia, porque de ella depende mi porvenir.

—Siempre el mismo atolondramiento.....—respondió la baronesa sonriéndose dulcemente.—Calma, Luisito, calma..... Tome usted asiento y hablaremos con toda formalidad.

Sentóse don Luis en una silla inmediata á la que ocupaba la baronesa.

—Aguardo mi sentencia, amiga mia,—dijo el marquesito de Bellaflor.—Compadézcase usted de mí.

—En efecto, amigo mio,—repuso la baronesa en tono solemne lleno de dulzura y dignidad,—le compedezco á usted.

—¡Señora!....

—Le compadezco á usted al contemplar sus estravíos. Si el amor que dice usted me profesa..... amor que prodigará usted seguramente á otras muchas bellezas de Madrid, fuese únicamente acendrada amistad, esa amistad consoladora basada en la virtud, que ocupa un sitio predilecto en los corazones honrados, me envaneceria..... créalo usted, amigo mio, me envaneceria de merecerla, porque veo en usted todas las bellas prendas que constituyen el conjunto de un perfecto caballero. Ni sé adular, ni sé mentir. Mi corazon y mi lengua están siempre de acuerdo.

—Pues bien, hermosa Emilia, ya que merezco á usted tan lisonjera opinion..... toda vez que me ruboriza usted con esas encantadoras palabras de que se envaneceria con merecer mi amistad..... ¿por qué desprecia usted mi amor? ¡Amistad!.... ¿A quién no profesa amistad en este mundo un corazon benéfico?.... ¡Y usted dice que se envaneceria de merecer la mia!.... Usted, señora, llena de bondad, de hermosura, de talento, de

encantos..... merece usted mas que todos..... merece usted ser amada con un amor digno de sus bellezas y de sus virtudes.

—¡Virtudes!.... ¡Pues qué! Luis, ¿no faltaria yo á ellas si correspondiese á un amor criminal? ¿Ha olvidado usted que estoy casada?

—Demasiado lo sé.

—Pues si lo sabe usted, amigo mio, ¿cómo me propone usted la deshonra y el vilipendio? ¿Es esta la primera prueba de amor que quiere usted darme? ¡Dice usted que me ama, y exige que falte á la mas sagrada de las obligaciones!.... ¡que engañe al hombre á quien he prometido fidelidad!.... ¡que engañe al mismo Dios, ante cuyos altares hice este solemne juramento! ¡Exige usted que sea perjura y adúltera, en prueba de su amor!.... ¡Desea usted que en la sociedad me confundan con esas mujeres criminales á quienes señala el vulgo con el dedo cuando se habla de una mujer deshonrada!.... ¡Quiere usted introducir en mi casa la desunion, y los remordimientos en mi conciencia! ¡Trata usted de que mil sinsabores domésticos sucedan á la paz que disfruto..,.. y dice usted que me ama!.... No, Luis, no.....Reflexione usted bien sobre las consecuencias inevitables que tendria el amor que usted me propone, y estoy segura de que si es verdadero el cariño que me profesa, reconocerá usted su estravío y será el primero que se interesará por mi felicidad..... y..... sépalo usted, mi querido Luis, no puede haber felicidad donde no hay tranquilidad de conciencia. Y no me diga usted que los deslices de un esposo autorizan las represalias..... Yo no quiero saber cuál es la conducta del mio... . ni menos quiero sospechar en él el estravío mas leve..... Si por desgracia falta á su deber, llenará mi corazon de amargura, pero nunca le seré infiel..... ¡Quién sabe si mi constancia le volverá á la senda de la virtud!....

Al pronunciar estas últimas y sentidas palabras, deslizóse una lágrima por la sonrosada mejilla de la baronesa.

—¡Perdon, Emilia, perdon!—esclamó ruborizado don Luis.—Yo estaba loco, lo confieso..... He sido un imprudent-

te..... he afligido á usted, y ahora siento que la amo mas que nunca, pero con un amor virtuoso, con un amor que respeta y admira esa virtud sublime que alberga usted en su alma generosa. Concédame usted á lo menos, amable Emilia, el dulce título de amigo, y permítame rendir el primer tributo de admiracion á sus adorables prendas, confiando á tan pura amistad los secretos de mi corazon.

—Ahora sí, Luis, ahora sí que me da usted una prueba de cariño que colma mi satisfaccion. Desde hoy se estrechan los vínculos de nuestra amistad de un modo indisoluble. Hable usted, amigo mio; cuénteme usted todos sus pesares..... porque yo sé que usted los tiene..... y acaso no seria difícil que proporcionase á usted algun consuelo.....

—¡Ah!.... señora..... soy muy desgraciado. He hecho mil esfuerzos para triunfar de una pasion indigna que lacera mi pecho..... y todo ha sido infructuoso. Concebí la idea de que abandonándome á nuevos galanteos sofocaria la llama que me devora..... Perdóneme usted, virtuosa Emilia, si la elegí á usted para ensayar mi proyecto; busqué la beldad mas encantadora de Madrid..... no encontré la amante que en mi delirio deseaba, pero hallé una amiga de cuyo talento y bondad espero saludables consejos.

—Pues todavía no sabe usted lo mejor,—dijo riendo graciosamente la baronesa.

—No comprendo.....

—Pues sepa usted que esta su amiga tiene otra gran circunstancia que todavía usted no conoce.

—Si usted no se esplica.....

—Va usted á asombrarse cuando sepa lo que soy.

—No sé sino que es usted tan bella como virtuosa y amable.

—Mil gracias por la lisonja, Luisito; pero ha de saber usted que soy otra cosa mas.

—¿Pues qué es usted?

—Soy adivina.

—Emilia, perdone usted que se lo diga, pero eso ya no me parece propio de su noble generosidad..... ¡Burlarse de ese modo de un desventurado!....

—¿Y quién le ha dicho á usted que yo me burlo? Pues en prueba de que soy adivina..... á ver si acierto. Hace dos años, poco mas, que conoció usted á María, que es la consabida jóven del hospital.

—En efecto.

—La segunda vez que la vió usted vendióle un canario por una onza de oro.

—Es verdad.

—Cuya onza de oro fué á devolver á usted el dia de cierto desafío.....

—¡Yo estoy absorto!....

—En que quedó usted sin sentidos, y la infeliz creyó á usted muerto.....

—Pero ¿cómo.....

—Hasta que en una funcion de toros.....

—¿Es esto un sueño?....

—Se reconocieron ustedes y se dieron cita para el dia siguiente.

—Es verdad, amiga mia, todo eso es verdad; y el dia siguiente, que juzgaba yo iba á ser el mas dichoso de mi vida, supe que aquella jóven á quien adoraba habíase prostituido, y en vez de acudir á la cita le envié una esquela en que le daba el último adios. Encontréla despues la noche de San Juan, pálida, cadavérica y demente, huyendo de unos hombres que la pegaban; conducíla al hospital, ignorando que fuese ella, y supe luego que sus vicios la habian reducido á tan lamentable situacion. A pesar de esto, á pesar de su ingratitud, á pesar de todo, dejé instrucciones en el hospital para que nada le faltase y se la cuidase con el mayor esmero, garantizando el pago de los gastos, cualesquiera que fuesen. Y esto, amiga mia, no era solo por mera caridad..... Todavía amo á esa mujer que tan mal ha correspondido á mi afecto..... á esa mujer, cuyo lasti-

moso estado, cuya enfermedad incurable, cuya conducta criminal la separan para siempre de mí. Vea usted pues, querida baronesa, si soy digno de compasion.

—Tal vez no tanto como á usted le parece.

—¿Qué dice usted, señora?

—Digo..... y perdone usted mi franqueza, amigo mio..... digo que no merece usted compasion.

—¿Por qué motivo?

—Porque es usted muy culpable.

—¿Yo culpable?

—Así son ustedes los hombres..... á la menor apariencia déjanse llevar de su genio impetuoso. ... y cometen mil desatinos. ¡A cuántas mujeres no han hecho desgraciadas semejantes arrebatos! Sepa usted pues, Luisito, que María es inocente..... que siempre ha sido digna del amor que usted le profesa..... y que solo la ingratitud de usted, el abandono en que dejó á la infeliz, es la causa de su demencia.

—¿Qué dice usted, señora?.... Eso es imposible..... ¡Por Dios, no quiera usted agravar mi acerba situacion!

—Cuanto le hayan dicho á usted contra la virtud de María es una calumnia atroz.

—¿Será posible? ¡Ay, amiga mia! si eso fuese cierto, creceria de todo punto mi desgracia..... No podria sobrevivir á la sola idea de haber ocasionado el estado lamentable en que se halla la pobre María.

—¿Y si ese estado no fuese tan lamentable como á usted le parece?

—La infeliz gime en una oscura mazmorra..... sin juicio.....

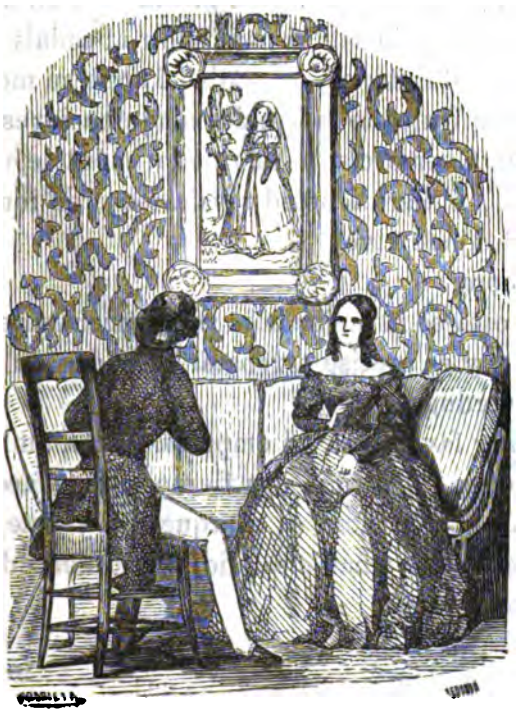
—¿Y si en lugar de la mazmorra ocupase una habitacion decente..... y hubiera recobrado el juicio?....

—¡Por Dios, Emilia, no aumente usted mi ansiedad!

—Está bien, amigo mio. Repito pues que María es inocente, que ha recobrado su juicio, que está en esta casa, y que yo misma tendré el gusto de conducir á usted á su presencia; pero es preciso que antes se prepare esta entrevista para que

no perjudique á su salud, todavía muy débil. ¿Usted tiene confianza en mí?

—¡Ay, amiga mia! ¿En quién podré tenerla si no la tengo en mi ángel de salvacion?



—Pues bien, ya es conveniente que terminemos esta conferencia, y queda á mi cuidado la felicidad de usted; pero antes de dispensarle á usted mi proteccion, caballerito, me falta saber una cosa. María es hija de un pobre jornalero.....

—María será mi esposa.

—Muy bien. Sin embargo, se criticará mucho este enlace.

—Compadeceré á los necios que me critiquen.

—Dirán que María no es noble.

— Diré que María es honrada.

—¡Bravo!.... ¿Y su padre de usted?

—Mi padre me enseñó los principios que profeso, y aprobará nuestras bodas.

—Pues entonces no hay mas que un obstáculo que se oponga á la felicidad de usted.

—¿Un obstáculo?

—Sí, amigo mio: el padre de María yace en un oscuro calabozo, de donde solo saldrá para subir al cadalso.

—¡Dios mio! Entonces es verdad lo que se me dijo.

—Todo es fruto de infernales maquinaciones. Vaya usted ahora mismo á verse con mi hermano; cuéntele usted nuestra conferencia..... él hará á usted revelaciones de mucha entidad. ¿Sabe usted dónde vive?

—Sí señora.

—Pues esta es la mejor hora para encontrarle en casa. El tiempo urge, y es preciso arrebatar al padre de María de las garras del verdugo.

—El amor favorecerá mi empresa. Adios, amiga mia.

La baronesa *** dirigió una tierna mirada, acompañada de una inclinacion afectuosa al marquesito, y este, despues de corresponder á este amable saludo, partió lleno de aliento, de amor y de esperanza.

CAPITULO XIV.

Los encantos de la virtud.

Así que don Luis de Mendoza se hubo separado, dirigióse la baronesa *** al aposento de María. Salió esta al encuentro de su bienhechora, é iba á besarle la mano, pero la generosa Emilia abrió sus brazos, la recibió en ellos, é imprimió en su mejilla un beso fraternal.

María, llena de confusion y de ternura, esclamó:

—¡Señora, esa es demasiada bondad!.... ¿Ha olvidado usted que soy la pobre hija de un jornalero?

—Lo sé, María, lo sé,—repuso la baronesa ***,—y esas circunstancias son para mí dos bellas recomendaciones. La pobreza virtuosa debe ser venerada como la imágen de la Divinidad, y un jornalero honrado es mas apreciable á los ojos de la sana razon, que el imbécil palaciego que se enaltece con el salario de serviles adulaciones. Pero me parece que está usted triste..... ¿Qué es eso, María?.... ¿No se halla usted bien á mi lado?

—¡Ah! Señora..... no me considero digna de tantas bondades. Pero ahora que, gracias á los desvelos de su señor hermano de usted y á los beneficios que usted misma me está prodigando, he recobrado ya mi salud..... ahora que me encuentro ya con fuerzas para trabajar..... desearia, señora, que me concediese usted una gracia.....

—Hable usted, hija mia; todo mi afan es complacer á usted.

—Acaban de entregarme esos dos trajes.....

Y María señaló un lío que habia en una silla.

—¿Y qué tal?.... Le estarán á usted pintados..... ¿Se los ha probado usted?

—No señora..... Su vista me estremece..... Yo agradezco á usted su generosidad, pero he nacido en humilde cuna, y no debia nunca haber olvidado las virtudes de mis padres. Cuando la indigencia me separó de ellos no tuve mas objeto que buscar una casa donde servir..... donde ganar un honrado salario para llevarlo á mis padres y saciar su hambre y la de mis inocentes hermanitos..... Se me tendió un lazo horrible, y mis modestos planes se frustraron. Si es verdad que usted se interesa por mi suerte, señorita, si usted quiere verme feliz..... en su mano de usted está el colmo de mi ambicion. Yo estoy ya buena..... enteramente buena desde que sé que mis amados padres viven..... he reflexionado mucho sobre mis pasados infortunios..... y conozco que mi imaginacion está despe-

jada..... que mi cabeza está fuerte..... ¡Oh! ¡Cuánto debo á las bondades de usted! Pero ya que ha empezado mi felicidad, espero que completará una obra tan digna de sus nobles sentimientos. ¡Señora, por piedad, atienda usted á mis ruegos!

—¿Qué desea usted?

—Que me admita usted en su casa como sirvienta.

La baronesa no pudo contestar: una emocion profunda embargó su voz.

—Señorita,—añadió María,—yo de poco podré servir á usted en un principio..... no he cosido nunca labores delicadas, tampoco sé planchar; pero me aplicaré con eficacia..... y usted es tan buena que será indulgente conmigo. En cuanto á mi salario, me contentaré con cualquier cosa..... lo que usted quiera darme..... por poco que sea aliviará la suerte de mis padres, porque los infelices están ya acostumbrados á la escasez y á las privaciones..... ¡Usted llora, señorita! ¡Ah! ¡Qué feliz soy!.... Sin duda se compadece usted de mí..... y me va á conceder la gracia que le pido..... ¡Qué dichosa seria yo si se dignase usted darme ahora mismo una contestacion favorable!.... Si pudiese yo correr en este momento á ver á mis padres..... abrazarles á ellos y á mis hermanitos, y decirles á todos: «Ahí teneis el fruto de mis afanes..... poco es; pero lo he ganado honradamente..... es el premio de mi trabajo..... ya no os morireis de hambre.....» ¡oh, señora!.... esto sí que hace el orgullo de un corazon virtuoso..... esto sí que labra la felicidad de un buen hijo..... y no el lujo fascinador de esos trajes que tantas infamias me recuerdan.

—Generosa criatura,—esclamó la baronesa *** enjugándose una lágrima,—esos bellos sentimientos no deben quedar sin galardon. No, usted no ha nacido para el degradante oficio de servir á los demás. Yo, que conozco sus virtudes, no debo de ningun modo consentirlo. Usted estará en mi casa como una hermana, como una hija..... En este mundo debe todo compensarse..... Los padecimientos de usted han sido estremadamente acerbos, para que halle usted en recompensa una peno-

sa servidumbre. Eso no seria justo ni razonable. Yo estoy sola..... Dios no me ha concedido hijos..... no tengo mas parientes que mi hermano..... Mi esposo está ausente..... Hay un vacío en mi corazon, que solo usted puede llenarle. Yo, como todos en este mundo, tengo tambien mis pesares, y carezco de una amiga que me consuele: usted será esta amiga.....

—Sí, señorita, yo procuraré consolar á usted,—dijo María enternecida;—yo la amaré mas que nadie..... todos mis desvelos y afanes se limitarán á complacerla, y si me juzga digna de merecer su confianza, lloraré con usted sus sinsabores, y me gozaré en sus felicidades..... pero seré siempre su criada de usted.

—Eso no, María, eso no.

—Pues entonces, señora..... lo siento,—dijo María intercalando sus palabras con amargos sollozos;—lo siento..... pero no puedo admitir sus beneficios..... y en este mismo momento..... me voy á casa de mis padres..... No me es posible pasar ya mas tiempo sin verles..... Moriré con ellos en la indigencia.

—Está bien,—dijo la baronesa sentándose en una silla en ademan de abatimiento.

Y despues de una pausa de breves instantes, tomando un aspecto grave, añadió:

—No tiene usted la culpa de que yo me haya equivocado. Habíame entregado con demasiada ligereza á mis bellas ilusiones. Figurábame haber encontrado una tierna amiga que corresponderia sinceramente á mi afecto. Desprecia usted mi cariño..... ¡cómo ha de ser!.... Mas apreciable es la sinceridad de usted, que ese fingimiento culpable, tan comun en la sociedad, de los que se hacen íntimos amigos de todo el mundo, y cuando llega el caso de poner á prueba su amistad, solo se encuentra ingratitud y desvío. Gracias, María, gracias por la franqueza con que me anuncia usted su separacion de mi lado. Nunca abusaré de mi posicion para exigir una correspondencia que no sea hija de los sentimientos del corazon. Amis-

tades fingidas hay de sobra desgraciadamente en el mundo, y habíame yo lisonjeado de haber hallado una confidenta cariñosa que hubiese endulzado las tristes horas que paso con frecuencia en amarga soledad..... No ha sucedido así..... repito que me equivoqué, y no por eso disminuirá en lo mas mínimo el afecto que á usted profeso. No tengo dominio alguno sobre usted; de consiguiente es usted libre de hacer lo que guste. Si usted cree que los cuidados de mi hermano, que como facultativo ha ordenado que no viese usted á sus padres hasta que él lo disponga, no merecen consideracion alguna, cumpla usted en buen hora sus deseos. Si juzga usted que nada merece lo poco que he podido hacer en favor de usted, abandóneme usted cuando quiera..... estoy acostumbrada á recibir desengaños.

El tono severo y lleno de dignidad con que esta última frase fué pronunciada, llenó á María de rubor y de amargura. Creyó haber faltado al respeto que debia á su bienhechora, y sin hablar palabra arrojóse á los piés de la baronesa, esclamando:

—¡Ah, señorita!.... ¡perdon!.... ¡perdon!.... Jamás ha sido mi ánimo disgustar á usted.

—Lo sé, hija mia, lo sé,—dijo con maternal dulzura la baronesa *** levantando á María.—¡No faltaba mas!.... Vamos, enjugue usted esas lágrimas, y no se hable mas del asunto. Quiero que viva usted conmigo del modo que corresponde á la futura esposa del marquesito de Bellaflor.

—No se burle usted, señora,—repuso María bajando ruborizada la vista.—Dolorosas han sido las lecciones de mis infortunios; pero he aprendido mucho con ellas. Niña inocente, sin esperiencia de lo que es el mundo, llegué á creer en las palabras de un hombre que por ningun concepto puede unir su destino al mio. Mi buen padre me lo decia..... y sin embargo le amé con delirio..... y llevé mi frenesí hasta el estremo de creer que llegaria á vivir á su lado y á ser feliz en los brazos de su señor..... ¡Necia de mí!.... Conozco ahora la inmensa dis-

tancia que me separa de él, y renuncio á la bella esperanza que concebí algun dia.

—Eso quiere decir que no le ama usted ya?

—¡Si le amo!.... Mas que nunca, señora..... Fué mi primer amor y será el último, porque le seré fiel hasta la muerte..... Bien sé yo que en el gran mundo hallará él mil distracciones..... Tal vez me dirigirá un leve recuerdo de compasion..... «*¡Pobre María!*» dirá en medio de su felicidad, «*¡volvióse loca por mí!.... lo siento.....*» y acaso derramará una lágrima de compasion; pero unirá su suerte á la de otra mujer mas feliz..... ¡Quiera Dios que le adore como yo!....

Y al decir esto, llevó María el pañuelo á los ojos.

—¡Oh, sí! Don Luis de Mendoza será amado como sus virtudes merecen..... y será feliz como usted desea.

—Entonces será muy feliz.

—Lo será en efecto, y lo será á su lado de usted.

—No es posible, señorita, no es posible.

—¿Y si yo le dijese á usted que la ama á usted mas que nunca?

—Si me amase no me hubiera dirigido aquella carta fatal que desgarró mi corazon. Aquella carta en que me daba el último adios era efectivamente suya, porque, á no serlo, no me hubiera abandonado en poder de mis crueles verdugos. En ella no solo me negaba su amor, sino que injuriaba mi inocencia con terribles acusaciones.

—Es verdad, María, es verdad; aquella carta era suya, pero la escribió en un momento de delirio, en un momento de celos..... Se le hizo creer que habia usted cometido faltas imperdonables..... Los enemigos de usted..... los que tantos infortunios le han proporcionado..... lograron tambien fascinar á su amante; pero convencido ahora de la inocencia de usted, repito que la ama á usted mas que nunca, y cifra toda su ambicion en merecer su cariño.

—¡Mi cariño!..... ¡Ay!.... Aun cuando me hubiese sido inconstante..... aun cuando me aborreciese, no podria yo dejar de amarle; pero si esta dulce conversacion no es un sueño..... si es verdad que corresponde á mi pasion..... ¡qué digo!.... ¡insensata de mí!.... Soy una pobre..... No debo olvidar los consejos de mi buen padre..... Yo no he nacido para unir mi humilde destino al de una persona tan distinguida.

—Todas las personas virtuosas son iguales; solo hay una barrera que divide el vicio de la virtud..... Don Luis de Mendoza tiene demasiado talento para que le arredren las preocupaciones del mundo. Conozco muy á fondo sus bellos sentimientos, y estoy segura que, lejos de ser un obstáculo el humilde nacimiento de usted, es una recomendacion que la hace

á usted mas interesante á sus ojos. Solo los orgullosos miran con desden á los pobres; pero su necio orgullo es mil veces mas deshonroso y despreciable que la pobreza. No se avergüence usted, hija mia, de su modesto orígen; yo misma prefiero la amistad de usted á las lisonjas de las que en la alta sociedad se dicen mis amigas. En una palabra, basta que yo le asegure á usted que don Luis la adora, que quiere casarse con usted, y que está cierto de obtener el consentimiento de su padre.

—¿Será posible? ¿No me engaña usted, no? Seria una crueldad..... ¡y es usted tan buena!.... Pero ¿quién le ha dicho á usted todo eso?

—¿Quién?.... Vamos á ver si lo adivina usted.

—Yo..... pobre de mí..... no sé.....

María pronunciaba estas palabras llena de rubor, y clavando la vista en el suelo, hacia y deshacia maquinalmente nudos en una punta de su pañuelo de batista.

—Pues es un caballerito á quien conoce usted mucho,— dijo Emilia.

—¿A quien yo conozco?

—Buen mozo.....

María levantó el rostro, y con una mirada encantadora acompañada de una dulce sonrisa, dió á entender que penetraba las reticencias de su amiga.

Esta continuó:

—Ojos azules..... rubio como el oro.....

—¡Ah, señora!—esclamó María con amoroso entusiasmo.— Él mismo, él mismo se lo ha dicho á usted.

—Sí, don Luis de Mendoza ha estado aquí hace poco.

—¡Y yo no le he visto!

—Le verá usted cuando por un nuevo merecimiento se haya hecho enteramente digno de un generoso perdon.

—¡Si yo no le he creido nunca culpable!

—Lo fué no obstante cuando se dejó alucinar y escribió á usted aquella injuriosa carta. Es preciso que esta accion in-

digna se borre con otra accion heróica. Don Luis volverá á su presencia de usted mas acreedor que nunca al amor que usted le profesa.

—¡Qué felicidad la mia!.... Solo falta que me permita usted ver á mis padres, abrazarles, y decirles que soy dichosa.

—En cuanto á eso, ya sabe usted que nada puedo yo disponer: el médico es quien manda en este asunto; pero entre tanto debe servirle á usted de consuelo que las personas que tanto se interesan por la felicidad de usted no habrán abandonado á su honrada familia.

—¡Oh! Cuando su hermano de usted me vea tan mejorada..... porque ya estoy buena..... créame usted..... me siento enteramente buena..... verá usted como me permitirá ir á ver á mis padres..... ¿Cómo pagaré á ustedes tantos beneficios?

—Amándonos siempre.

—Sí, siempre, siempre.

Y las dos amigas se abrazaron.

CAPITULO XV.

Las consecuencias del vicio.

Hacia un calor insoportable, como en el rigor de la canícula, y solo habíanse deslizado tres dias del mes de julio.

Eran las once de la noche.

Una jóven pálida, graciosamente vestida de negro, permanecia inmóvil y meditabunda, sentada junto á un precioso tocador, en el cual apoyaba su brazo derecho, con la frente inclinada sobre la palma de la mano.

Dos bujías iluminaban aquel reducido y elegante recinto. Todas las puertas que daban á él estaban cerradas, menos las hojas de una ventana, que parecian entreabiertas para que el aire disminuyese el esceso del calor.

Esta ventana tenia poquísima elevacion, y debajo una reja por la que podia fácilmente escalarse. Este defecto es frecuente en las casas de Madrid.

De repente se abrieron de par en par entrambas hojas, y á pesar del calor, asomóse entre ellas un hombre embozado en un capote de barragan forrado de tela escocesa á cuadros.

La marquesa de Casa-cresta, que era la jóven que estaba en el sofá, levantóse precipitadamente, no para huir azorada de aquella misteriosa aparicion, sino para darle la mano y

ayudar á entrar en su habitacion al amante á quien con impaciencia aguardaba.

Saltó este en efecto en lo interior del cuarto, cerró la ventana, y quitándose el capote, apareció jóven, gallardo y bien vestido.

Este elegante era uno de los caballeritos de industria que hormiguean en Madrid. Era digno compinche de don Venturita Riñones, pero mejor mozo, mas jóven y alocado. Presumia de literato, y no tenia mas instruccion que esa elocuencia superficial y picaresca que se adquiere en los cafés. Solia hallársele en el del Príncipe al anochecer, disputando con otros poetas de su calaña, vituperando á los buenos ingenios, y ensartando sandeces á pote, como suelen hacer todos esos literatuelos en ciernes, que se dan ellos mismos el apodo de *poetas de trueno.*

Este almibarado pisaverde, erudito á la violeta, llamábase don Faustino Asnar.

—¿Cómo tan tarde, querido mio?—esclamó doña Eduvigis con dulzura, contemplando tristemente á su amante.

Don Faustino, lejos de contestar á su querida, empezó á pasearse aceleradamente por el cuarto en ademan de desesperacion.

—¿Qué es eso?—añadió la jóven marquesa.—¿Tienes alguna pesadumbre?

—Déjame,—contestó bruscamente don Faustino.

Y sentándose en el sofá, añadió:

—No me preguntes nada; estoy tronado..... ¡Maldito entrés!....

—¿Has perdido?

—Sí: he perdido no solo cuanto tenia, sino cincuenta mil reales que debo y que quiero pagar mañana mismo. Es preciso que me saques de este apuro, como yo te saqué del tuyo no hace muchos dias.

—Tienes razon..... fué la prueba que exigí de tu amor..... fué el precio de mi deshonra.

—¡De tu deshonra!.... ¡Bien! ¡muy bien!.... Solo falta que me insultes ahora para hacer el lance mas divertido. ¿Conque mi trato te deshonra?

—Perdóname, Faustino, yo no quiero ofenderte; pero sin duda seria aún mujer de bien si no me hubiese visto precisada á admitir un favor, al cual he sacrificado en pago mi honra. Bien te acuerdas, tambien yo me encontré un dia en ese terrible apuro que te aflige..... tambien yo perdí en el juego cuanto tenia, y adquirí deudas que tú pagaste para evitar la cólera de mi esposo..... las pagaste..... bien sabes bajo qué condicion.

—Pues bien, tú misma dictas ahora tu sentencia. Si no correspondiste á mi afecto por amor..... si solo cediste al mio para adquirir una suma que necesitabas..... me engañaste..... me engañaste cruelmente. Tú me dijiste que para corresponder á mi pasion necesitabas tener antes una gran prueba de la veracidad del amor que te profesaba. Presentóse la ocasion cuando fuiste desgraciada en el juego, y puse todos mis caudales á la disposicion de mi querida. Si aceptaste este título sin mas objeto que apoderarte de un dinero que te sacaba del apuro, no puedo yo admitir una correspondencia de tan bajo orígen, y rompiendo desde hoy nuestras amorosas relaciones, es preciso que me devuelvas esa cantidad que me arrancaste con superchería, ó desde mañana publico por todo Madrid nuestros amores.

—¡Qué dices, insensato!.... Sin duda el mal humor te enajena y te hace prorumpir en tan groseras injurias. ¡Por cuántas humillaciones tiene que pasar la mujer que se prostituye!

Eduvigis, al hacer para sí esta última reflexion, enjugóse una lágrima que humedecia sus ojos, y aproximándose á su amante, le cogió la mano y añadió con ternura:

—Te confieso, querido Faustino, que acaso mas por necesidad que por amor te sacrifiqué todos mis deberes, mi honor y mi virtud; pero tus caricias han convertido mi primer afecto en un amor ardiente. Una llama inestinguible arde ya en

mi corazon, y me moriria al instante si dejases tú de quererme. Sí..... Faustino..... yo te adoro.

Al pronunciar esta palabra dió Eduvigis un fogoso beso en la mano de su amante, y la regó luego de abundantes lágrimas.

—¿Dices que me adoras?.... ¡Pues bien!.... no olvides que tienes ya trazada la senda que debes seguir. ¿Has olvidado cómo te probé yo que te amaba?

—¡Infeliz de mí!.... No poseo nada, absolutamente nada..... Vendí mis joyas antes de aprovecharme de tu generosidad....., y estoy temblando por el dia en que mi marido se aperciba de su falta.

—Eduvigis, tu posicion es tan crítica como la mia..... se nos echa encima una borrasca espantosa, y solo nos queda una tabla que pueda conducirnos á puerto de seguridad.

—Me estremeces, Faustino.

—Es indispensable que huyamos de Madrid.

—¿Que huyamos?

—Ó que presenciemos nuestra ruina y nuestra afrenta. Yo no tengo valor para arrostrar semejante baldon: ó me sigues, ó en este mismo instante me hago saltar la tapa de los sesos.

—¡Piedad, Faustino, piedad!—esclamó Eduvigis arrojándose á los piés de su amante, que empuñando una de sus pistolas, estaba en ademan de darse la muerte.

—¿Me sigues?

—Sí,—esclamó Eduvigis con resolucion.

Y levantándose, enjugóse las lágrimas y añadió;

—Estoy dispuesta á todo.

—Pues solo falta un pequeño esfuerzo para coronar nuestra obra. Tú sabrás seguramente dónde guarda tu marido su caudal..... Es preciso apoderarnos de él.

—¡Un robo!

—No es tiempo de inútiles declamaciones. Tu marido es un rival odioso á quien aborrezco, y no merece consideracion ninguna. Ó él ó yo..... Elige. Conmigo..... lejos de aquí..... te aguarda un porvenir dichoso....., con él....., te aguarda el des-

precio, la afrenta, la reclusion y la infamia de las adúlteras.....

—Me horrorizan tus palabras.

—No hay que perder tiempo. Mi coche no está lejos de aquí..... Apoderémonos de cuanto sea posible..... y..... huyamos. Yo sé dónde pasar con seguridad esta noche, y mañana partimos para no volver nunca á España. ¿Vacilas?

—No. Te he dicho que estoy resuelta á todo. Aguarda un momento.

Desapareció la digna hija de *Curro el Desalmao*, llevándose una de las dos bujías, y volvió á poco rato con un manojo de llaves.

—¿Qué llaves son esas?—preguntó don Faustino.

—Una de ellas es la que necesitamos. Sígueme. Son las once y media..... Mi marido suele venir á las dos.

Y ambos miserables se dirigieron á consumar un nuevo crímen.

Pocos momentos habian trascurrido, cuando llegó el marqués de Casa-cresta á la puerta de su casa, ansioso de recibir la contestacion que le habia ofrecido fray Patricio para antes de las doce acerca del préstamo de que hemos hablado en el capítulo XII.

Fray Patricio no faltó á su promesa. La *tia Esperanza* aguardaba en el portal al marqués, y así que le vió entrególe una carta y desapareció.

Ansioso el marqués de saber el contenido de aquel pliego, abrióle inmediatamente y sacó dos papeles; aproximóse á la luz del farol que iluminaba la escalera, y leyó uno de ellos, que decia lo siguiente:

"Todos mis pasos han sido infructuosos: no le queda mas recurso de salvacion que abandonar Madrid, y debe hacerlo si no quiere ser el ludibrio de la sociedad. La pobreza es insoportable, y mas cuando va unida á la afrenta y á la deshonra. Voy á darle una noticia terrible; pero se la doy para que evite su desgracia. Se le ha engañado atrozmente..... está casado con la hija de un carnicero..... de un asesino que acaba de morir en la cárcel."

Es de todo punto imposible describir la sorpresa que esta terrible é inesperada revelacion causó al infortunado marqués de Casa-Cresta.

El infeliz aguardaba impaciente la contestacion de fray Patricio, porque no tenia en este mundo mas áncora de salvacion que el préstamo que por conducto de aquel amigo debia poner á cubierto su honor..... ¡Su honor!.... La carta que debia salvarle anunciaba al pobre marqués que acababa de perderle para siempre. Desde la cumbre de la opulencia habíase hundido aquel desventurado en el fango de la ignominia. Con su honor lo habia perdido todo. No le quedaba en este mundo consuelo alguno. La mujer con quien le enlazó el destino era indigna de su confianza y de su amor. Pobre y deshonrado, iba á ser despreciado y escupido por los mismos que le vendian antes afectuosa amistad, y en este estado de

angustia faltábale aún recibir el golpe tremendo que habia de colmar su desesperacion.

El marqués repitió la lectura de la carta fatal, sobrecogido de un temblor espantoso. Leyó despues el otro papel que venia en el mismo sobre..... era una fé de baustismo que justificaba aquel horrible aserto. Iracundo y frenético iba á repetir la lectura de tanta infamia, cuando una continuada vibracion de una campana, cuyo agudo sonido parecia tocar á fuego, hízole conocer que tenia ladrones en su casa.

El marqués de Casa-cresta guardaba sus caudales en una de esas arcas que el que no sabe abrirlas, al meter la llave en la cerradura toca cierto resorte, que uniendo dos medias argollas puestas disimuladamente como meros adornos, sujeta por la muñeca al que empuña la llave, mientras el sonido de una oculta campana avisa al interesado.

Figúrese el lector cuáles serian las terribles angustias de la culpable esposa, presa de aquel inesperado lazo. Don Faustino Asnar huyó precipitadamente por la ventana por donde habia aparecido.

Todos los criados de la casa, alarmados, habian entrado en el sitio donde estaba la caja..... ¡Qué baldon para el marqués!.... ¡qué infamia!.... ¡qué vergüenza para su esposa, verse rodeada de la multitud en el acto de ir á cometer un robo!

Conteniendo sin embargo su ira y aparentando tranquilidad, el marqués, que con una pistola en cada mano acudió al sitio de tan bochornosa escena, esclamó:

—¿Eres tú, Eduvigis? ¡No nos has dado mal susto!

Esto diciendo, tocó cierto resorte y quedó libre el brazo de la criminal, cesando el toque de la campana.

Hecha esta operacion, añadió:

—¡Ea! todo el mundo á sus quehaceres; esto no ha sido mas que una equivocacion.

Apenas quedaron solos marido y mujer, arrojóse esta á los piés del marqués, llorando amargamente.

—Levanta,—le dijo en tono solemne su esposo,—y huye

á ocultar tu vergüenza en el inmundo fango en que naciste. Huye para siempre de mi presencia. Yo te maldigo.

Huyó la infame adúltera, y una detonacion repentina alarmó nuevamente á todos los habitantes de la casa. Volaron al sitio donde estaba el marqués..... no encontraron mas que un cadáver bañado en sangre y las pistolas en el suelo.

La desgraciada Eduvigis dirigíase entre tanto al palacio de la marquesa de Turbias aguas. Llegó á él..... todas las puer-

tas estaban abiertas, y un piquete de fuerza armada custodiaba la escalera. La marquesa estaba sola en un salon con centinelas de vista. ¡Ni uno de sus amigos!.... Precipitóse Eduvigis en sus brazos..... y ambas permanecieron sollozando sin poder articular una sola palabra.

Pocos momentos despues fueron estas desgraciadas conducidas á una casa de reclusion.

. . . . . .

Antes de la una, uno de los agentes del *Angel esterminador* llevó noticia circunstaciada de todos estos acontecimientos á fray Patricio, que estaba en su humilde habitacion rezando muy pacíficamente el rosario con la *tia Esperanza*.

FIN DE LA PARTE TERCERA Y DEL TOMO PRIMERO.

INDICE.

	Págs.
Introduccion.	V
Congratulacion á Mr. Eugenio Sue.	VIII
Dedicatoria á Mr. Eugenio Sue.	IX
Prólogo.—I. El convento de San Francisco el Grande. . .	1
= II. Los dos rivales.	8

PARTE PRIMERA.

INDIGENCIA Y HONOR.

Capitulo primero.—El jornalero y su familia.	17
Cap. II.—El canario.	31
Cap. III.—El cólera.	43
Cap. IV.—Profanacion y matanza.	51
Cap. V.—La herida.	63
Cap. VI.—Gratitud frailuna.	71
Cap. VII.—La Fontana de Oro.	81
Cap. VIII.—El desafío.	91
Cap. IX.—Las máscaras.	101
Cap. X.—La casa de Correos.	111

Capitulo. XI.—¡Abajo el ministerio! 119
Cap. XII.—Los esterminadores. 125
Cap. XIII.—Los defensores de la religion. 131
Cap. XIV.—Ilusiones, oropeles, nada. 143
Cap. XV.—La despedida. 149

PARTE SEGUNDA.

EL GRAN MUNDO.

Capitulo primero.—La correspondencia. 159
Cap. II.—La Puerta del Sol. 167
Cap. III.—El palacio de la marquesa de Turbias-aguas. . 175
Cap. VI.—Instrucciones. 187
Cap. V.—El hombre negro. 195
Cap. VI.—Los contrastes. 201
Cap. VII.—La noche. 209
Cap. VIII.—El Prado. 217
Cap. IX.—El teatro. 229
Cap. X.—Las esperanzas de fray Patricio. 241
Cap. XI.—San Bernardino. 249
Cap. XII.—El buen tono. 261
Cap. XIII.—Madrid en el campo. 271
Cap. XIV.—Las exhortaciones. 281
Cap. XV.—¡A los toros! 287
Cap. XVI.—Las calumnias. 299
Cap. XVII.—La cita. 307
Cap. XVIII.—El medallon. 315
Cap. XIX.—La loca. 323
Cap. XX.—Historia del negro Tomas. 333
Cap. XXI.—La verbena de San Juan. 345

PARTE TERCERA.

LA VIRTUD Y EL VICIO.

Capitulo primero.—El hospital General. 353
Cap. II.—El jardin. 361
Cap. III.—Las primeras investigaciones. 375
Cap. IV.—Los asesinos. 383
Cap. V.—El fiscal. 391
Cap. VI.—La buena sociedad. 397
Cap. VII.—El abrazo. 405
Cap. VIII.—La separacion. 413
Cap. IX.—La resolucion. 419
Cap. X.—La crisis. 427
Cap. XI.—Un desaire. 433
Cap. XII.—La visita. 439
Cap. XIII.—La conferencia. 447
Cap. XIV.—Los encantos de la virtud. 457
Cap. XV.—Las consecuencias del vicio. 467

MARIA

LA HIJA DE UN JORNALERO.

MIGUEL GUIJARRO, EDITOR.

MARIA

LA HIJA DE UN JORNALERO

SU AUTOR

D. WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

NOVENA EDICION

con mas de 200 grabados intercalados en el texto, varias láminas aparte,
y un magnífico y muy parecido retrato del autor, dibujado en España, y grabado en acero
por uno de los principales artistas de París.

TOMO II.

MADRID
IMPRENTA Y LIBRERIA DE MIGUEL GUIJARRO
CALLE DE PRECIADOS, NUMERO 5
1868.

Esta obra es propiedad de Miguel Guijarro, y nadie, sin su consentimiento, podrá reimprimirla ni traducirla.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

PARTE CUARTA.

TAMBIEN LA VIRTUD ES NOBLEZA.

CAPITULO PRIMERO.

Las sorpresas.

Las facciones carlistas que á fines de 1835 sufrieron recios descalabros que habíanlas dejado reducidas casi á la nulidad, recobraron desde el mes de marzo tal incremento en Cataluña, Aragon y Valencia, y tales estragos cometian impunemente en todas partes, que el despecho de los liberales era general en España. En los escandalo-

sos triunfos del enemigo, en la apatía, desorganizacion, falta de disciplina, desnudez y hambre del ejército leal, traslucíase la trama infernal del *Angel esterminador*, á cuya poderosa voluntad parecia estar supeditado aquel gobierno tenaz, aborto del engaño y de la apostasía. Al través de todas sus disposiciones arbitrarias, violentas, osadamente infractoras de las leyes, vislumbrábase el maquiavélico empeño de enaltecer á los carlistas y humillar á los liberales como para crear una situacion desesperada, en la que no hubiese mas puerto de salud que una transaccion con don Cárlos. Este plan horroroso, si hemos de creer las indicaciones hechas por fray Patricio en los anteriores capítulos, estaba perfectamente fraguado en el club apostólico de los *esterminadores*, y debia llevarse á efecto con el cabecilla Gomez, que estaba en íntimas y continuas relaciones con fray Patricio. La nacion entera sospechaba estos planes de retroceso, de baldon y de iniquidad, tanto por los progresos de la rebelion, como por el estado de escasez y miseria en que se tenian á los valientes soldados de la libertad, por el desprecio con que se miraba el heroismo de la virtuosa Milicia nacional, y por las incesantes persecuciones que sufrian los partidarios de la democracia.

El descontento era ya general. En toda España no podia contar el ministerio con mas simpatías que las de los enemigos del pueblo. Empezaba á chispear el volcan que mas tarde habia de convertir en polvo los colosales proyectos del *Angel esterminador*, y el orgullo insensato de los miserables gobernantes hízoles olvidar que no hay diques contra el furor de un pueblo justamente indignado, que no hay poder que alcance á esclavizar á la nacion QUE QUIERE SER LIBRE.

La misma revolucion que derrumbó á Mendizabal y provocó el advenimiento al poder de Isturiz y Galiano, habia de ser indudablemente muy superior al partido en que habíanse afiliado.

Y no se crea que inventamos estos sucesos porque así cumple al desarrollo é interés de una *mera fábula*. Cuantos

acontecimientos políticos referimos en esta historia llevan el sagrado sello de la verdad.

«El gabinete Isturiz [1] habia apelado al país con una disolucion de Córtes, y esta brusca y atrevida resolucion fué considerada desde luego por los hombres pensadores como una provocacion imprudente de resultados terribles. La nacion recogió el guante que el obcecado ministerio le habia arrojado, y abalanzada con ahinco á las urnas electorales, en todos los puntos del reino con poca diferencia triunfó la oposicion, á pesar de que la violencia del gobierno se habia llevado al estremo de separar de sus destinos á todos los que no participaban de su furor é intolerancia, y se habia echado mano de todos los recursos, por bastardos que fuesen, para ganar las elecciones en sentido ministerial. Falto el gobierno de fuerza moral, tuvo que confiarse á la de las bayonetas; recurso imperdonable en un ministro de un gobierno representativo, donde el alma de la fuerza es la opinion, y donde la dimision es el único medio que puede adoptar un gobernante honrado cuándo la mayoría del país rechaza su administracion y su sistema. A proporcion que preveia el gabinete su derrota, eran sus providencias mas violentas. El miedo empezaba á dejarse traslucir por medio del furor y de las tropelías cometidas por las autoridades militares; todo lo cual eran nuevos combustibles arrojados á la hoguera que debia pronto arder.»

La libertad se hundia, y no les quedaba ya á los liberales mas medio de salvacion que rebelarse contra la obcecacion de sus opresores. En todas partes empezaba á manifestarse abiertamente la indignacion nacional; solo en Madrid era preciso conspirar en secreto, y el intrépido don Luis de Mendoza no titubeó en asociarse con otros jóvenes de acreditado valor, entre los cuales se contaba el malogrado don Higinio García, sargento de fibra republicana, de una honradez á toda prueba, de una audacia, de una entereza sin igual.

[1] *Crónica contemporánea*, tomo III, pág. 155.

La Constitucion del año 12 era la bandera que debia enarbolarse dentro de pocos dias. Se contaba con algunos oficiales y con la mayor parte de los sargentos y soldados de la guarnicion, con todo un batallon de la Milicia nacional, de que era comandante desde las últimas elecciones el denodado Mendoza.

El triunfo era seguro, porque segun se manifestaba la opinion pública, no cabia la menor duda en que al dar el grito sacrosanto de *¡libertad!* todos los liberales secundarian el glorioso levantamiento.

Don Luis habíase enterado del sitio que ocupaba en la cárcel de Córte el virtuoso padre de María, y se proponia él mismo salvarle al primer estallido de la conspiracion.

Con esta seguridad presentóse de nuevo en casa de la baronesa ***, y sin manifestar los medios de que pensaba valerse para libertar al desventurado Anselmo, hizo formal promesa de que no se pasarian muchos dias sin que abrazase María á su querido padre.

La baronesa ***, que sabia por su hermano la sentencia de muerte que iba á pronunciar el tribunal contra aquel desdichado, único infortunio que se oponia á la completa felicidad de María, recibió la promesa de Mendoza con imponderable satisfaccion. Prometió á don Luis conducirle ella misma el dia siguiente á la presencia de su amada, en cuya salud notábase una mejoría sorprendente. Su voz habia recobrado el agradable metal que la enfermedad habia enronquecido, y empezaban sus mejillas á colorearse de ese ligero carmin que tan bien sienta en la sedosa tez de las morenas.

Don Luis rebosaba de alegría al considerar que su amante era digna de su amor, y ansiaba el momento de obtener un generoso perdon por haber abrigado en su pecho las injuriosas sospechas que le hicieron infeliz.

Antes de ver á su amada quiso proporcionarle una agradable sorpresa, y de acuerdo con la baronesa ***, aprovecharon la hora en que de órden del facultativo estaba María en

el baño, para colocar en su habitacion un nuevo adorno, que no podia ser indiferente á la sensible jóven.

Despidióse don Luis lleno de gratitud hácia su generosa protectora, abrasado de amor por la inocente María, y ansiando el dichoso momento de contemplar su hermosura.

Bajó la baronesa *** al jardin, donde estaba el cuartito del baño. María salia ya de él. Su amiga ayudóla á vestir, y se dirigieron ambas al aposento de la convaleciente.

No es posible describir con propiedad el gozo de María cuando entró en su habitacion.

—¡Mi canario!—esclamó llorando de alegría y corriendo hácia la jaula.—¡Mi pobrecillo canario!—repetia conmovida de ternura, mientras la tierna avecilla, aleteando de júbilo, sacaba entre los alambres su piquito de marfil como pidiendo un beso á su antigua compañera.

María subió á una silla, y al acercar sus labios á la jaula, los picoteó dulcemente el pajarillo, y saltando de una en otra cañita como frenético de placer, prorumpió en melodioso canto, que tenia embelesada á María, hasta que una nueva sorpresa, mas grata aún, la sacó de su delicioso éxtasis.

El médico, que acababa de entrar en su cuarto, le dijo:

—María..... una visita.

Bajó María de la silla, volvió el rostro..... y lanzó un grito penetrante, un grito de amor y de felicidad.

—¡Madre mia!

—¡Hija de mi alma!

Hé aquí las únicas esclamaciones que se oyeron al presentarse Luisa con sus hijos.

Arrojóse María en los brazos de su madre: los besos y los sollozos suplian á las palabras que ni una ni otra podian articular; tal era la emocion de sus almas.

Los demás hijos lloraban.

La baronesa y su hermano animaban este grupo de ángeles, y lloraban tambien de placer.

Despues de algunos minutos en que á fuerza de llorar que-

daron desahogados los corazones de la madre y de la hija.....

—¡Manuel! ¡Rosa! ¡Joaquin!—esclamó María estrechando sucesivamente en sus brazos á sus hermanitos.

—¡María! ¡María!—esclamó á su vez Luisa embriagada de placer:—ven, hija de mi alma, ven, que quiero verte..... quiero contemplar tu hermosura..... ¡Qué linda eres!

—¡Madre!.... ¡Madre mia!....—dijo María asombrada.—¿Será posible?....

—Sí, hija mia..... te veo.....

—¡Dios mio! ¡Dios mio!.... si esto es un sueño, haz que no despierte nunca.

—No es sueño, no, hija mia..... es la realidad..... Mira cómo encuentro tu mano.

Luisa cogió la mano de María y la llenó de besos.

—¡Gracias, gracias, Dios mio!.... ¡Cuántas felicidades en un momento!.... ¡Madre de mi corazon!.... Pero ¿cómo ha recobrado usted la vista?.... ¿Quién ha hecho ese prodigio?

—Este generoso caballero.

Y Luisa señaló á don Antonio de Aguilar.

—¡Mi salvador!—esclamó María.

Y se arrojó á las plantas del digno facultativo.

Imitaron su ejemplo todos sus hermanos y hasta la virtuosa madre, que dulcemente conmovida pronunció con ternura estas palabras:

—Señor, nada tenemos con que pagar los inmensos beneficios que hemos recibido de usted..... Ha hecho usted la felicidad de una familia honrada, que estará siempre dispuesta á sacrificarse en obsequio de su bienhechor.

—Lo sé, amigos mios, lo sé,—respondió el médico, haciendo que se levantasen aquellas virtuosas criaturas.—Mis afanes quedan bien recompensados con ver á ustedes felices.

Al levantarse María, miró en derredor como si un pensamiento triste la hubiera sobresaltado de improviso.

—¿Qué tiene usted, María?—le preguntó la baronesa ***, que acababa de notar la agitacion de su amiga.

—¡Mi padre!.... ¡mi padre!....—esclamó María con ansiedad.—¿Dónde está mi padre?

—Sosiéguese usted,—respondió la baronesa.—Su padre de usted no ha podido venir; pero no tardará usted en abrazarle.

—Pero ¿dónde está?—repuso María como si un fatal presentimiento agobiase su corazon.

—Se lo diré á usted,—respondió la baronesa ***,—si me promete no alterarse.

—¡Dios mio!.... ¡yo tiemblo!.... ¡Que nunca haya de ser com-

pleta la felicidad!....—dijo María con zozobra.—¿Ocurre alguna desgracia?....

—No, amiga mia,—repuso la baronesa ***.—Ya sabe usted que en estos tiempos de revueltas, por la mas leve sospecha se prende á cualquiera..... y.....

—¿Está preso?

—Sí, María, está preso; pero su prision no debe darnos recelo alguno. Se justificará su inocencia, y se le pondrá pronto en libertad.

—¿Y no podemos ir á verle?

—Es imposible por ahora..... está incomunicado.

—¡Incomunicado!.... ¿Pues cómo sabe usted que se le pondrá pronto en libertad?

—Porque acaba de decírmelo el que ha jurado salvarle á todo trance.

—¿Y quién es esa alma generosa?—preguntó María con ansiedad.

—Don Luis de Mendoza,—respondió en tono de satisfaccion la baronesa ***.

María bajó los ojos. Una sonrisa celestial embelleció sus virginales labios, y su rostro pálido se encendió como el coral. El nombre de su amante era una garantía solemne. Don Luis de Mendoza habia jurado libertar al honrado Anselmo; don Luis de Mendoza era todo un caballero que no podia faltar á sus promesas, y el declararse defensor del padre de María era un título mas de amor para esta jóven, que ya con delirio le adoraba.

—Vamos, vamos,—dijo en tono jovial el facultativo,—no hay que andarse ahora con recelos infundados. Tenemos una seguridad completa de que todo saldrá á medida de nuestros deseos, y no hay que empañar la felicidad de este dia con melancólicas ideas. Hoy comeremos juntos, y pasaremos algunas horas deliciosas, que serán el preludio del bello porvenir que debe hacer desaparecer para siempre hasta la mas leve memoria de los pasados infortunios. Al anochecer regresarán

Luisa y sus hijos á su antigua habitacion, donde no les faltará nunca un socorro proporcionado á sus necesidades, si no para vivir con opulencia, para pasarlo cómoda y decentemente. Se le buscará á Manuel una buena colocacion, y nada habrá ya que desear.

En este momento anunció el negro Tomas que la sopa estaba en la mesa.

Don Antonio asió de la mano á Luisa, la baronesa *** cruzó su brazo con el de María, y dirigiéronse todos llenos de júbilo y de esperanzas al comedor.

CAPITULO II.

El amor.

De cuantas pasiones agitan el corazon humano, la que sobre todas se enseñorea y le domina es indudablemente el amor. La historia de todos los tiempos y países nos revela esos grandes acontecimientos que han llenado el universo de asombro, y rara vez han dejado de tener su orígen en el amor. Él ha trasformado los hombres en héroes, impeliéndoles á portentosas hazañas; pero desgraciadamente no solo les ha conducido por la senda de la virtud, pues si bien ha engendrado el heroismo en corazones generosos, ha arrastrado á los malvados á crímenes enormes, á venganzas sangrientas y desoladoras. Hombres

indomables que han hecho temblar al orbe entero, héroes de fibra de hierro, á quienes jamás intimidó el bélico choque de las armas, y entre el mortífero estruendo de embravecidas lides han mostrado impertérritos la frente erguida y serena, han temblado ante la dulce mirada de una beldad, y postrándose á sus plantas, han rendido al amor sus laureles y trofeos.

Nada hay comparable al tormento de una pasion mal correspondida; y si lo acerbo de tamaño padecer engendra á veces crímenes en almas no avezadas á la maldad, horribles deben ser las consecuencias que produzca un amor frenético y despreciado, cuando arde á guisa de volcan en corazones corrompidos, sin freno abandonados al impulso de abominables inclinaciones.

Las traiciones en amor, sin embargo de ser desgraciadamente harto frecuentes en la sociedad, irrogan tambien con frecuencia lamentables estragos, porque nada iguala á la iracundia de los celos, y los ultrajes de este género suelen á menudo lavarse con la sangre fementida del culpable.

Pero en contraste de los escesos á que conducen las pasiones hijas del crímen, ó amancilladas por el engaño y la traicion, se ostenta puro como el incienso de sacrosanta pira el amor correspondido, el amor sublime basado en la virtud, que liga con lazos indisolubles dos corazones tiernos nacidos el uno para el otro.

La dulce felicidad que este amor engendra es una emanacion del cielo, es un bálsamo consolador que filtra en lo mas recóndito de nuestras almas, y las inunda de una delicia indefinible.

María y el jóven Mendoza adorábanse con esta pureza de sentimientos, y estaba ya próximo el momento feliz de su anhelada entrevista, precursora del mas halagüeño porvenir.

En una sala de las de la casa de la baronesa ***, esta amable señora y María, sentadas en un mismo sofá, ambas elegantemente, pero con sencillez vestidas, estaban en amistosa conversacion.

—Está usted pálida, María,—dijo la baronesa,—pero muy linda, muy interesante. ¿Se siente usted bien?

—Perfectamente,—contestó María.—¡Oh! He pasado una noche muy feliz. He dormido poco; pero mis pensamientos eran todos tan lisonjeros!....

—¡Por Dios, amiga mia! Ahora que empieza la dicha de usted, lo primero de todo es procurar conservar la salud. Pero ya me hago cargo que esa palidez no debe alarmarnos. Será seguramente hija de la emocion que debe usted sentir en este momento.

—En efecto, señora.....

—¡Señora!.... ¡Siempre señora!.... ¿No sabe usted que este dictado no me gusta?

—En efecto..... mi generosa amiga.....—dijo María con timidez.

—Así, así,—esclamó la baronesa estrechando la mano de María con adorable bondad.

—Me siento conmovida..... Mi corazon late con mas fuerza que nunca, y sin embargo, mi agitacion tiene un no sé qué de dulzura y ansiedad que no sé cómo esplicarla.

—Todo eso es muy natural..... Con todo, es indispensable reanimar el espíritu. ¡Su mano de usted tiembla!.... ¿Y por qué?

—Yo misma lo ignoro.

—¿Teme usted la presencia de un jóven virtuoso que la adora?

—No, amiga mia, no temo su presencia; pero luchan en mi interior mil encontradas sensaciones. Ansío el momento de ver á ese jóven tan digno de ser amado; pero considero que el amor de una pobre, por sincero que sea, es un galardon mezquino para tan sublimes virtudes. Nunca ha turbado mis sueños la mas leve idea de ambicion; pero en este momento desearia haber nacido reina, y poder poner á los piés de mi amante mi cetro y mi corona.

—¡Buena recompensa seguramente para un republicano!

No sea usted así, María. Lejos de entregarse á esas románticas reflexiones, debe usted envanecerse de su virtuosa pobreza. Ella acredita que don Luis la quiere á usted por su propio mérito, por su virtud y su hermosura. Estas son las mejores prendas que una mujer puede llevar á un esposo, que por otro lado ocupa en la sociedad una posicion tan brillante como honrosa.

El ruido de un tilburí que se paraba á la puerta de la calle interrumpió este amistoso diálogo. La baronesa *** se asomó precipitadamente al balcon, y volviendo á entrar en la sala, se arrojó sobre María, le dió un afectuoso beso, y esclamó llena de gozo:

—¡Él es!.... ¡Ya me figuraba yo que adelantaria algo su visita!

María se compuso los pliegues de su vestido, miró si tenia bien colocado el medallon que llevaba pendiente de una cinta negra azulada de *moiré*, cogió la mano de la baronesa, y se arrimó á ella llena de rubor y confusion.

Apenas apareció el marquesito de Bellaflor en el dintel de la puerta, hermoso carmin coloreó las virginales mejillas de María. Sus bellos ojos brotaron lágrimas de gozo, que procuró rápidamente ocultar en su pañuelo.

Don Luis de Mendoza presentóse sencillamente vestido, pero con esquisita elegancia. Corbata de raso negro, cuyo lazo estaba hecho con gracioso abandono, hacia resaltar la blancura de su finísima camisa de holanda con diminutos y multiplicados pliegues en el pecho, donde lucian tres botoncitos negros con un grueso brillante en el centro de cada uno. El chaleco abierto era de piqué color de ante, que casaba perfectamente con el verde bronceado de su frac, cuyos grandes botones de metal cincelado lucian como el oro. Su pantalon blanco, bastante ajustado, abotinaba el pié sumamente reducido, que calzaba lustruosa bota de charol. Llevaba guantes pajizos, y un baston de concha con puño de oro.

A corta distancia del sofá repitió don Luis el saludo que

habia hecho al aparecer, pero sin articular una palabra. Sus ojos se fijaron en el rostro de María, que encontró bastante demudado; pero que le pareció mas hermoso que nunca, porque revelaba los padecimientos que la habian agobiado, y esto aumentaba el interés que sus bellas facciones inspiraban.

—Ya veo, amiguito, que es usted puntual,—dijo la baronesa *** como para sacar al marquesito del éxtasis en que parecia sumergido.

—Amiga mia,—respondió don Luis,—me he tomado la libertad de anticiparme un poco á la hora que usted me señaló, porque..... la verdad..... no he podido contener mi impaciencia. Espero que me disimulará usted este desvío de sus instrucciones, en gracia del motivo que le ha producido, que no se habrá seguramente ocultado á la penetracion de usted.

El marquesito tomó asiento enfrente de las dos bellezas.

—Concedo el indulto,—dijo sonriéndose la baronesa,—con tanta mejor voluntad, cuanto que ya cierta persona participaba tambien de la impaciencia de usted.

Al decir estas palabras, dirigió la baronesa una graciosa mirada á María. Esta modesta criatura bajó los ojos y se entretuvo en juguetear con el lazo de su cinturon.

—¿Será posible?—esclamó don Luis sin poder disimular su gozo.

Y luego, como diestro galanteador, añadió con intencion:

—¿Y quién podia participar de mi impaciencia? ¿Conoce usted, señorita,—y dirigió la palabra á María,—á quién podia interesar mi presencia en este sitio?

María no pudo pronunciar una palabra; pero levantó el rostro y respondió con una sonrisa tan encantadora, que espresó mas que cuanto hubieran podido proferir sus labios.

—Esa celestial sonrisa,—esclamó don Luis con entusiasmo,—me da la vida. Veo que perdona usted mi torpeza, mi injusta desconfianza, la indisculpable ligereza con que ofendí su virtud.

—¡Por Dios, amigo mio!—repuso la baronesa.—No se ha-

ble ahora de cosas pasadas. Lo cierto es que María se ha portado siempre como á su honradez cumple, que es digna del amor que usted le profesa, que si en un arrebato de celos cometió usted una falta, ha sabido usted reconocerla á tiempo y está dispuesto á repararla. Y á propósito de este asunto: ¿cuándo alcanza usted la libertad del virtuoso Anselmo?

—Señora,—dijo don Luis en tono solemne llevando su diestra sobre el corazon,—juro por el acendrado amor que profeso á María, que dentro de breves dias abrazará á su digno padre.

—¡Cuánta felicidad le deberé á usted, don Luis!—esclamó María llena de júbilo.—¿Con qué podré pagar á usted tan gran beneficio?

—Con su amor, hermosa María,—dijo don Luis conmovido.—Todas mis glorias, todas mis ambiciones se reducen á ser amado de usted. ¿Puedo lisonjearme de alcanzar este galardon?

—No me atrevo á responder,—dijo María llena de angelical rubor, mientras una lágrima se deslizaba por el carmin de sus mejillas;—pero si algo espresan estas dulces lágrimas de gratitud que vierto, debe usted leer en ellas lo que siente mi corazon.

—Sí señor,—dijo la baronesa con su acostumbrada jovialidad,—en esas hermosas lágrimas debe usted leer que María le adora con toda la sinceridad del primer amor; pero este amor virtuoso y puro exige que usted, amigo mio, sepa apreciarlo cual merece, y me lisonjeo de que correspondiendo á él como el honor requiere, jamás injustos celos ni sospechas infundadas volverán á turbar el sosiego de los dos. Ya se ha logrado pues todo el objeto de la primera entrevista; se aman ustedes como nunca, son ustedes felices, y haciendo yo un papel desairado, mientras se prodigan piropos me entretendré en tocar el piano.

La amable Emilia sentóse en efecto junto al piano y tocó selectos pasajes de las mejores óperas, mientras los venturo-

sos amantes tuvieron un delicioso coloquio que concluia de este modo:

—¿Conque tanto me ama usted, María?

—Sí, don Luis; desde el primer dia que vi á usted, no he dejado de amarle un solo momento.

—Yo tambien la adoro á usted, y cifro todos mis deseos en apresurar el feliz momento de nuestra union. Mi padre debe llegar de un dia á otro, y estoy cierto que aprobará y bendecirá nuestro enlace. Mil veces me ha dicho que desprecie

las preocupaciones del mundo, y no busque mas que virtud en la mujer que elija por esposa. Cuando llegue este venturoso instante, créame usted, María, no tendré mas afanes que hacer á usted feliz.

—Ni yo podré nunca dejar de serlo á su lado. Sé que me ama usted por mí sola..... sin títulos..... sin esperanzas..... La pobre María merece su amor de usted..... ¡Oh! Tiene razon la señora baronesa; esto debe llenarme de orgullo..... seria muy cri-

minal si no amase á usted como sus bondades merecen..... si dejase alguna vez de adorarle como le adoro..... No, no sucederá..... yo lo juro por lo mas sagrado.....

—¡Ídolo mio!—esclamó como fuera de sí de alegría el enamorado Mendoza.

Iba á proseguir su contestacion á María, cuando la baronesa ***, volviendo el rostro hácia los felices amantes, les preguntó sonriéndose:

—¿Qué les parece á ustedes de estas últimas variaciones? Son del célebre Thalberg.

Y añadió con graciosa ironía:

—No dudo que las habrán escuchado ustedes con mucha atencion. No, pues ahora es preciso que se aproximen ustedes, porque quiero ser oida. Voy á celebrar nada menos que su felicidad, entonando una cancioncilla á propósito.

María y don Luis aproximaron sus sillas al piano, y la baronesa cantó con admirable perfeccion la cancion siguiente:

LAS ROSAS DE AMOR [1].

CORO.

Galas purísimas
del vergel de honor,
carecen de espinas
las rosas de amor.

I.

Cándidas palomas
exentas de orgullo,
vuestro dulce arrullo
dice encantador:

[1] Ha puesto en música esta cancion el acreditado maestro español don Joaquin Espin y Guillen, académico filarmónico de Bolonia, autor de la ópera *Padilla* ó *El asesino de Medina*, y director de la *Iberia Musical*.

Que entre los halagos
de dos almas finas,
carecen de espínas
las rosas de amor.

II.

Sola en la pradera
¡oh tórtola! gimes,
y tu seno oprimes
con fiero dolor!...
Si junto á tu amado
de júbilo trinas,
no hallarás espinas
en rosas de amor.

III.

Bella mariposa
que ornas el tomillo,
lindo jilguerillo,
dulce ruiseñor,
Vuestro gozo espresa
con frases divinas
que no tiene espinas
la rosa de amor.

IV.

Hermosas palmeras
que ufanas se mecen,
arroyos que ofrecen
su riego á la flor,
Dicen, á los besos
de auras matutinas,
que no tiene espinas
la rosa de amor.

V.

Peces salpicados
de vivos matices,
saludad felices
al sol bienhechor.
Amad; y en el seno
de ondas cristalinas
decid: *no hay espinas*
en rosas de amor.

VI.

¡Oh amor! te saludo,
imán de mi anhelo,
bálsamo del cielo,
don consolador!
Gozadle en buen hora,
almas peregrinas,
que no ofrece espinas
la rosa de amor.

María y don Luis, que durante el delicioso canto de la baronesa habíanse cruzado incesantemente las mas tiernas y espresivas miradas, aplaudieron de corazon la letrilla que acababan de oir.

—Nada falta en usted, amiga mia,—dijo don Luis.—Talento, instruccion, hermosura, generosidad.....

—¡Luisito, Luisito, por Dios!—esclamó sonriéndose la baronesa.—Cuidado con las lisonjas, que hay aquí quien puede tener celos, y.....

—Es la pura verdad,—contestó María:—reune usted cuantos atractivos puede desear una mujer.

—¡Bah! ¡bah!.... Dejémonos de cumplidos,—repuso la baronesa,—y vamos á dar un paseo por el emparrado del jardin.

María y don Luis de Mendoza.

Levantáronse los tres, cogió la baronesa un brazo del marquesito, hizo que María cogiese el otro, y desaparecieron.

. . . . . .

Mientras los dos amantes se creian felices para siempre, estaba fray Patricio urdiendo nuevas maquinaciones contra ellos.

Conduciremos al lector á la habitacion de aquel malvado.

CAPITULO III.

Nuevas maquinaciones.

Era uno de los dias mas calurosos del mes de julio.

Fray Patricio solia dormir buenas siestas, y tenia la costumbre de madrugar para solazarse con el frescor de la mañana.

Al levantarse tomaba un buen vaso de leche de vaca mezclado con agua de cebada para refrescar la sangre, fumaba un grueso cigarro de papel, y aguardaba la hora de tomar el chocolate, despachando en mangas de camisa su vastísima correspondencia.

A las ocho de la mañana entró en su cuarto la *tia Esperanza* para levantar la cama, y dijo á fray Patricio:

—Hoy, padre mio, tendrá usted que mortificarse un poco. Acabo ahora de encender lumbre, y no está listo el chocolate, porque he salido para hacer las averiguaciones que me encargó usted, y despues he oido una misa en el Buen Suceso.

—¿Y qué es lo que ha averiguado, buena hermana?

—Grandes cosas.

—Deje para despues el arreglo de la alcoba, siéntese, y esplíqueme el resultado de sus diligencias.

Sentóse la beata junto á fray Patricio, sacó este la caja, tomó un polvo, y alargándola á su compañera, metió tambien esta sus largos y descarnados dedos en la provision de rapé, sacó su parte, y la hizo durar hasta el fin del coloquio, aspirando á intervalos con su arqueada y colosal nariz el olorcillo del tabaco.

—Pues señor,—dijo la *tia Esperanza* con aire de satisfaccion,—he hecho descubrimientos importantes. La Colasa y la Eduvigis están ya en la *Casa galera* [1].

[1] «Desde el año 1610 se pensó en establecer en la cárcel de Córte la debida separacion para las mujeres de mala vida, perseguidas y castigadas por los tribunales, y ya en 1622 aparece un auto acordado de la Sala de alcaldes, destinando á la *Casa galera* una parte de las condenas que se hiciesen en los repesos. Posteriormente la Galera aparece estuvo á cargo de los hospitales, hasta que en 1673 la congregacion de esclavos del Dulce Nombre de María, fundada por el beato Simon de Rojas en el convento de la Trinidad, principió á recoger los mendigos de ambos sexos, y de aquí tomó orígen el establecimiento del Hospicio. En 1722 se ideó el establecimiento en él de una vivienda separada con el título de *Galera* para depósito de las mujeres mundanas. Así siguió con muchos trabajos, hasta que á mediados del siglo pasado se trasladó la Galera á una casa propia de los hospitales, en la calle de Atocha, poniéndose su direccion á cargo de la junta suprema de aquellos, y manteniéndose precariamente con algunas limosnas y mandas, hasta que el 2 de mayo de 1808, á favor de la revolucion de aquel dia, se fugaron las reclusas y quedó abandonado el establecimiento. Concluida la guerra, y vuelta á restablecer la Galera con varios arbitrios que concedió el gobierno, quedó dispuesta en la calle del Soldado, en el edificio que sirvió antes de Inclusa, bajo la direccion de la Sala de alcaldes; en cuyos términos ha continuado mezquinamente, hasta que en 1837 ha sido trasladada al ex-convento de Monserrat, calle Ancha de San Bernardo, que fué comprado con este objeto á la Hacienda nacional á censo reservativo. La Audiencia territorial, que sustituyó á la suprimida Sala de alcaldes, continuó teniendo á su cargo la proteccion de esta casa, hasta que en octubre de 1842 ha quedado cometida á la misma sociedad filantrópica de mejora del sistema carcelario. Nombrada por esta una comision de su seno con el objeto de plantear y arreglar el nuevo sistema del establecimiento, esta lo ha llevado á cabo en términos, que honra el celo é inteligencia de sus individuos, dando cómoda distribucion al edificio, estableciendo nuevos reglamentos, arreglando el sistema interior doméstico, estableciendo nuevas labores y trabajos en que se ocupan todas las reclusas, y las enseñanzas de leer, escribir y contar; mejorando en fin y moralizando su condicion, de suerte que hoy puede visitarse con complacencia un establecimiento que en lo antiguo ofrecia el mas repugnante espectáculo. El número de reclusas en el dia es de ciento

—Eso lo sé yo desde ayer,—respondió fray Patricio.—El suicidio del marqués de Casa-cresta nos ha favorecido mucho. Hasta los ciegos andan vendiendo un romance de la vida y milagros de la marquesa de Turbias-aguas, y el escándalo que su conducta ha producido en Madrid ha hecho que todos sus amigos la hayan abandonado.

—¿Y no puede hacer algunas revelaciones que le perjudiquen á usted, padre mio?

—No, hermana. Yo me alarmé el dia en que me dijo que podia hacer dar garrote á ciertos conspiradores..... ¡Ya se ve! la idea del patíbulo estremece á cualquiera; pero luego reflexioné sobre el particular, y quedé convencido de que manejando hábilmente el negocio, en nada podia perjudicarme. Todo ha salido á pedir de boca. ¿Qué crédito puede darse ya á una mujer de tan depravada conducta? Además, lo que de mí puede declarar está en el interés del gobierno el ocultarlo; ni puede añadir nada á lo que ya el gobierno sabe muy bien. Estoy muy tranquilo sobre este particular..... Adelante.

—He averiguado tambien el paradero de María, que segun noticias, hace grandes progresos en su curacion.

—¿Está acaso con su amante?—preguntó sobresaltado fray Patricio.

—No señor,—respondió la beata.—Está en casa de una hermana del facultativo del hospital, mujer jóven, bonita, y casada con un noble que está ahora ausente.

—Todo eso está muy bien, hermana; pero no es suficiente. Es preciso indagar el nombre del dueño de esa casa.

—Eso es muy fácil con los antecedentes que tenemos.

trece, cuando anteriormente nunca pudo ascender de cuarenta á cincuenta. El órden, el silencio y la compostura reinan en este recinto; y sin los empíricos sistemas ni atrevidas teorías esperimentales que hemos visto aplicados en los establecimientos de esta clase en países estranjeros, podemos asegurar que en este vemos cumplidamente desenvueltos los preceptos de la religion, de la humanidad y de la moral pública.» *(Manual de Madrid*, pág. 353.)

—Pues hoy mismo se ha de saber eso; y además hay que saber positivamente si *el seductor* ha tenido parte en la salida de María del hospital, y si frecuenta la casa adonde ha ido ella á hospedarse. Todo esto es muy presumible, pero conviene saberlo circunstanciadamente; y aunque yo podria averiguarlo presentándome en el hospital, seria una imprudencia dar este paso, porque cuando dejé allí á María lo hice como por encargo de la marquesa de Turbias-aguas..... No, no es decoroso que vaya allá sin necesidad á infundir sospechas, cuando hay otros medios.....

—Así es la verdad, padre; no hay precision de que usted se moleste, y mucho menos de que se esponga, cuando me es á mí tan fácil averiguarlo todo.

—¿Y el *tio Gazpacho?*—preguntó fray Patricio.

—¿No ha venido aún? ¡Pues si me ha dicho que venia al instante!.... ¡Válgame Dios!.... ¡Qué hombre tan posma!....

—No tiene razon, hermana. Cuando él no viene, no será culpa suya. Es hombre diligente y de toda nuestra confianza; ha prestado grandes servicios á la causa de la religion y de nuestro amado rey don Cárlos; tiene tantos compromisos como nosotros, y mucha sagacidad y valor; es un verdadero realista.

—Todo eso es verdad..... es hombre para todo..... muy temeroso de Dios y enemigo de los *flamasones*. Es muy valiente. En tiempo de la guerra de la Independencia degolló á muchos franceses mientras dormian..... Da gusto oírselo contar. Y lo que es ahora..... ¡ya, ya!... en tocando á matar negros y judíos.... Pero sobre todo..... muy buen cristiano..... muy amante de los ministros del altar..... y.....

En este momento sonó una campanilla.

Corrió la *tia Esperanza* á abrir la puerta, y apareció el *tio Gazpacho*.

—Vamos, hombre, que está aguardando el amo,—dijo la *tia Esperanza*.

El *tio Gazpacho* entró solo en el cuarto de fray Patricio.

—¡Alabao cea Dioz!—dijo en acento andaluz quitándose el calañés.

—Felices dias, amigo.

—¿Qué zofrese á zu mersé, ceor don Patricio?

—Voy á decírselo, *tio Gazpacho*, y á darle una nueva prueba de mi afecto y de la confianza sin límites que me inspira. Se trata de un asunto de gravedad, y cuento con la mayor reserva.

—En isiendo zoniche, y al avío, aquí ce jase toico cin gafir, que jamáz me ha guztao á mí er palique. Jable zu mersé cin sercualoquioz. Cemoz prezonaz e caliá y eztá icho too.

—¿Ha estado alguna vez en la *Fontana de Oro*?

—Nunca me he colao dentro, porque eztá aqueyo ciempre yeno e lechuguinoz de futraque; pero cé onde eztá eza fonda.

—En la Carrera de San Gerónimo.

—Cabalito.

—Pues allí vive un sugeto muy malo, enemigo de la religion, judío de los que mas daño hacen á la causa del altar y del trono. La destruccion de semejante polilla es una obra meritoria á los ojos de Dios.

—Deme ozté laz ceñaz, y en menoz que canta un poyo le ezpachurro. Apuraicamente traigo el mondadientez resien afilao para cuando ce toque á enzartar negroz.

Al decir esto, sacó de la faltriquera del pantalon una descomunal navaja, y enseñándola á fray Patricio, añadió:

—Yo no gazto otroz paliyoz.

—Ya sé hasta dónde alcanza su valor.

—Ez que, como ise er refran, á loz enemigoz e Dioz..... ya zu mersé mentiende. Ci eztorba el quíam.....: prontito ce le quita der medio.

—Eso seria hacer una obra de misericordia, amigo mio, y además correria de mi cargo la recompensa, que á buen seguro no seria escasa.

—Ya cé yo que zu mersé ez garbozo.

—Con todo, la cosa no urge tanto que arriesguemos el

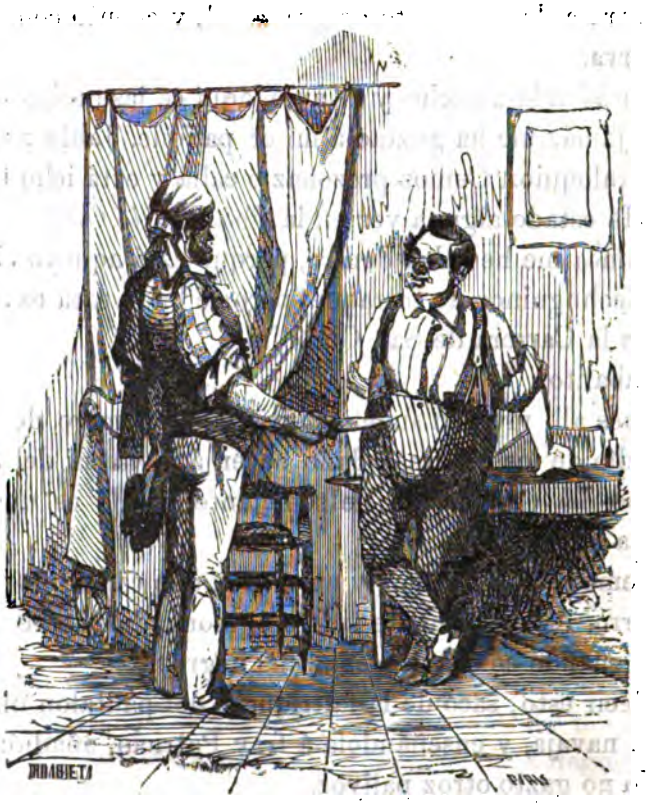
TAYLOR INST. OXFORD

buen éxito por apresurarnos en demasía. Se aguarda una ocasion segura y exenta del menor peligro.

—¿Y cómo ce yama er defunto?

—El sugeto de quien hablo se llama don Luis de Mendoza.

—No ce molviará.



—Es comandante de la Milicia nacional, y vive en la *Fontana de Oro*.

—Dioz le haya perdonao. ¿Zofrese algo maz?.... Too ezo ez ná.

—Discrecion, prudencia..... y sobre todo, silencio.

—Ceré muo, pero no manco.

—Entre tanto, y á cuenta de la recompensa, que será pro-

porcionada al servicio cuando esté realizado, ahí tiene esa espresioncilla.

Fray Patricio puso una onza de oro en la mano del tabernero.

—Dioz ce lo pague,—dijo este metiéndose la moneda en la faja.

Y desapareció, despues de haber dado la mano á fray Patricio, que la estrechó entre las suyas con espresion de cariño y gratitud.

CAPITULO IV.

El Museo de Pinturas.

Saben ya nuestros lectores que la baronesa *** reunia á sus bellezas físicas los atractivos de un talento superior y de una instruccion esmeradísima.

Hemos oido ya su voz encantadora, la hemos visto hacer prodigios en el piano; pero no sabe el lector aún que esta joya de la madrileña aristocracia poseia de tal modo la sublime ciencia de Apeles, que los mas célebres pintores de profesion hubieran podido envidiar su inteligencia y ejecucion, particularmente para los paisajes y retratos en miniatura.

Acababa de pintar el de María, y era tan perfecta la semejanza, que María le contemplaba absorta: parecíale que se estaba viendo en el espejo.

Era una fineza con que la enamorada jóven queria sorprender agradablemente á su digno amante.

—¡Cuántas satisfacciones debe usted gozar en este mundo, amiga mia!—esclamó María dirigiendo una mirada de veneracion á la baronesa.

—¿Cómo así?—repuso esta sonriéndose.

—¡Cuánto debe quererla su esposo de usted! ¿Qué mas

puede apetecerse en este mundo? Usted lo reune todo..... bondad, juventud, riqueza, hermosura, talento, instruccion..... Bien decia don Luis, que es usted un tesoro de perfecciones. No hay duda pues: su marido de usted debe quererla mucho..... Será tambien jóven y gallardo..... y sabrá apreciar como se merecen los encantos de su esposa..... ¿Verdad que sí? ¿Verdad que la quiere á usted mucho?....

La baronesa suspiró sin responder.

—¡Dios mio! ¿Suspira usted?....—añadió María sobresaltada.—¿Es usted acaso infeliz?

—No, hija mia, no,—respondió la baronesa Emilia esforzándose por aparentar jovialidad.—Mi marido me quiere..... es algo enamoradizo..... pero repito que me quiere..... y confio traerle á buen camino..... del cual no está enteramente desviado. Esta seguridad me hace dichosa..... Nosotras somos demasiado exigentes..... nunca estamos contentas.....

—Es que si su marido de usted no se porta como debe, yo sabré regañarle y hacerle entrar en razon. Tengo ya deseos de conocerle.

—Pronto satisfará usted su curiosidad, pues debe regresar dentro de breves dias.

—Y..... ya digo..... como no la ame á usted mucho..... me oirán los sordos. Yo quiero que usted sea feliz..... tan feliz como yo..... quiero que su marido ame á usted como me ama á mí don Luis..... ¡Qué sorpresa le vamos á dar con el retrato! ¡Está tan parecido!.... ¡Válgame Dios! ¡Cuánto le envidio á usted su habilidad! ¡Es tan hermosa la pintura!.... No puede usted figurarse cuán deliciosamente se me pasa el tiempo contemplando los cuadros que tiene usted en la gran sala.

—Ya que tanto le gustan á usted los cuadros,—repuso la baronesa,—esta misma mañana..... ahora mismo, podemos ir á ver el *Museo de Pinturas*. ¡Allí sí que hay cosas admirables!

La baronesa tiró de un cordon, y apareció el negro Tomas.

—¡La berlina!—díjole la baronesa.

—Está pronta,—respondió el negro haciendo una profunda reverencia.

—Vamos, vamos, María,—continuó la baronesa cogiendo á su amiga del brazo.

Media hora despues parábase la berlina ante la puerta principal del Museo de Pintura y Escultura.

. . . . . .

En 1785 construyóse este edificio bajo la direccion de don Juan de Villanueva, de órden de don Cárlos III. Su planta rectilínea compónese en su centro de un paralelógramo de trescientos setenta y ocho piés de longitud y setenta y cuatro de latitud que concluye lateralmente con dos majestuosos cuerpos de planta cuadrada de proporcionadas dimensiones, formando un imponente conjunto. Su fachada principal es verdaderamente asombrosa, y uno de los mas bellos y magníficos adornos del Prado. Una elegante galería de catorce arcos de medio punto y cuatro adintelados, cuyos estremos laterales forman dos grandes cuerpos salientes con cinco ventanas en el primer piso y cinco balcones en el segundo, presenta una vista grandiosa y pintoresca. Un majestuoso cuerpo saliente de veinticuatro piés con sesenta y cuatro de frente y cinco columnas de cuarenta piés de alto con sus pilastras de piedra de Colmenar, constituye la entrada céntrica. Elévase sobre la cornisa de este saliente un ático con su frontis, en cuyo centro campea un bajo relieve representando á Minerva que reparte coronas entre las bellas artes.

La fachada de la derecha está frontera al camino que va á San Gerónimo. Su entrada principal conduce á un vestíbulo octocolumnio circular rodeado de una galería que da paso á los salones. Hay dos laterales de ciento cuarenta y un piés de longitud y treinta y ocho de latitud. Una sala cuadrada enfrente que comunica por medio de un grandioso arco á un paralelógramo y abovedado salon de trescientos sesenta y ocho piés de longitud, treinta y seis de latitud y treinta y ocho de elevacion, con casetones y ornamentos de esquisito gusto, en

cuyo centro hay un cuerpo que se eleva hasta cuarenta y cuatro piés, y por medio de una claraboya circular que hay en su cúpula ilumina perfectamente todo el salon. Vése á la izquierda otro salon de ochenta y ocho piés de longitud y cincuenta de latitud, y enfrente del grande una sala redonda que da paso por cuatro puertas á una inmensa galería que circuye un patio y conduce á dos vastísimos salones. Existe además una sala cuadrada que termina este inmenso edificio.

La galería de pinturas de este magnífico Museo, gloria de la nacion española, orgullo de los amantes de esta su patria tan alevosamente escarnecida, calificada ha sido de LA PRIMERA DEL MUNDO por cuantos inteligentes nacionales y estranjeros han admirado el prodigioso número de obras selectas de los mas acreditados pintores del universo. Sobre DOS MIL son los preciosos cuadros que atesora esta magnífica galería, y entre ellos los mas selectos de Rafael de Urbino, del Corregio, Miguel Angel, el Ticiano, el Dominiquino, Albano, Andrés del Sarto, Vasano, Reni, Boscho, el Parmegiano, Vinci, Sasso Ferrato, el Tintoreto, Rosa, Vacaro, Veronés, Piombo, Carachi, Rubens, Teniers, Rembrant, Vandik, Mengs, Lorenés, Durero, el Pusino, Murillo, Velazquez, Cano, Ribera, Juanes, Zurbaran, Rivalta, Morales y de otros infinitos que en obsequio de la brevedad pasamos en silencio.

. . . . . .

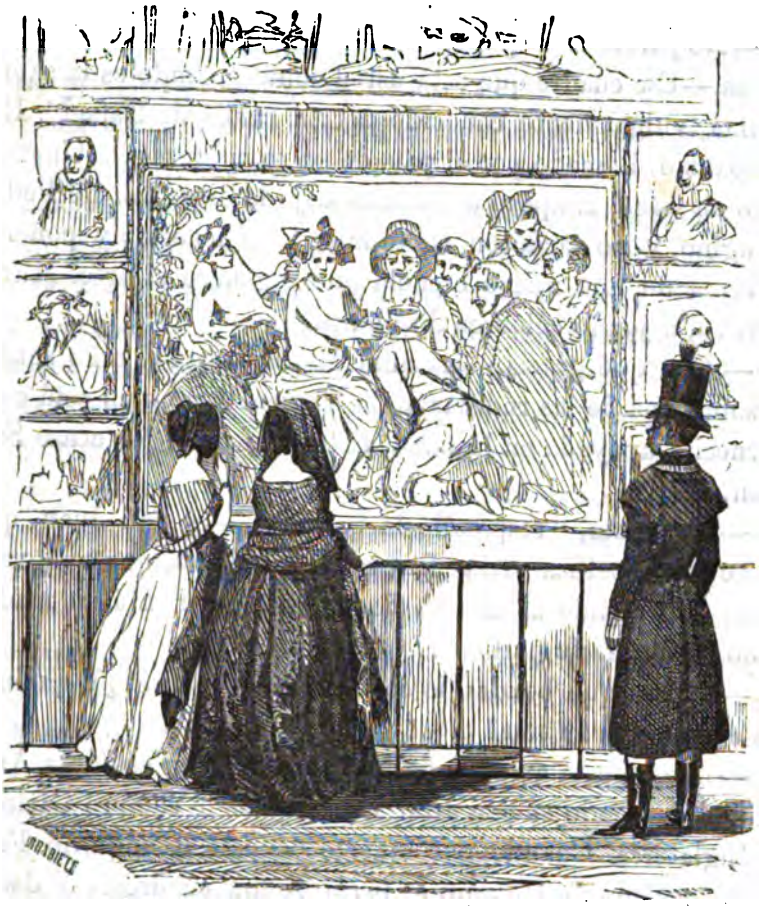
María, dotada de esquisita sensibilidad y comprension, deteníase como extasiada precisamente ante los cuadros de mas mérito. Viendo la baronesa que contemplaba con admiracion el número 138, hízole, como inteligente, la siguiente esplicacion:

—Esa figura del centro, medio desnuda, representa á Baco entronizado sobre un tonel, con la cabeza ceñida de pámpanos.

—¿Y qué le hace á este que está de rodillas?—preguntó María.

—Le corona de hiedra,—respondió la baronesa.—La asam-

blea toda aplaude este suceso. Probablemente el agraciado seria uno de los bebedores de mas resistencia.



—¡Qué bien están los semblantes! ¡qué espresion! ¡qué naturalidad!

—¡Oh! Este es uno de los mas bellos cuadros de Velazquez. Don Diego Velazquez de Silva nació en Sevilla en 1599, fué yerno y discípulo de Pacheco, y muy apreciado del rey Felipe IV. Estudió los pintores clásicos de Italia, y fué el fundador de la buena escuela en Madrid, donde murió en 1660.

De este modo seguian la inspeccion minuciosa de aquellos grandes salones.

Ante el número 726 hizo tambien María mayor detencion y esclamaciones de asombro.

—No parece sino que sea usted inteligente,—le dijo la baronesa.—Ese cuadro que está usted contemplando es la SACRA FAMILIA, vulgarmente conocido por LA PERLA de Rafael [1]. Rafael Sanzio, llamado por el país de su naturaleza DE URBINO, nació en 1483. Empezó á estudiar bajo la direccion de Pedro Perugino, y no tardó en sobrepujar á su maestro y ponerse al frente de una nueva escuela que regeneró el arte. Murió en 1520, dejando célebres discípulos.

—¡Con qué gracia,—esclamó María,—está el niño sentado sobre una de las rodillas de la Vírgen! ¡Qué bien está esta piernecita apoyada en la cuna! Este otro niño, ¿es acaso San Juan?

—En efecto,—respondió la baronesa,—es San Juan, que ofrece en su pellica varias frutas al niño Jesus, que este va á tomar, dirigiendo al mismo tiempo una sonrisa á su madre como para pedirle permiso.

—¡Y con qué bondad le contempla su madre! ¿Y quiénes son estas otras figuras?

—La que está arrodillada junto á la Vírgen es Santa Ana, y aquel del fondo es San José. Este cuadro le compró Cárlos I en Inglaterra. Cuando por muerte de este le adquirió Felipe IV, esclamó: "¡Hé aquí *la perla* de mis cuadros!" Y desde entonces es conocido por este nombre.

—¡Ay!—esclamó María al pasar por delante del número 747.—¡Qué bien están esas perdices colgadas del árbol! ¡Qué naturalidad! ¿Pues y estas esparcidas por el suelo, ya desplumadas?

—Ese cuadro és de Jacobo Nani,—repuso la baronesa,—

[1] Don José Bonilla, jóven valenciano ventajosamente conocido por sus producciones literarias, ha sacado una bella copia de este cuadro.

célebre pintor italiano que tuvo la humorada de dedicarse á pintar aves muertas. Aquí tiene usted acaso el mejor cuadro del Museo,—añadió á poco rato señalando el número 784.—Representa *la caida de Nuestro Señor Jesucristo con la cruz*, y se le conoce con el nombre del PASMO DE SICILIA [1]. Es uno de los principales de Rafael.

Mientras María contemplaba absorta las bellezas de este cuadro, añadió la baronesa:

—Seria prolijo referir la historia de esta admirable pintura. En 1810 fué trasladada á París por las vicisitudes de la guerra, y allí fué trasportada de la tabla al lienzo. Recobróla la España en 1816. ¡Qué espresion hay en todas las figuras! Observe usted los semblantes de esas santas mujeres que llorando siguen á Jesus. Anúnciales la ruina de Jerusalen, y les dice: «*No lloreis por mí, llorad por vuestros hijos.*» Muchedumbre de gente á pié y de soldados á caballo rodea la escena, y desde las puertas de Jerusalen estiéndese hasta la cima del Calvario, que figura en lontananza. Simon Cirineo ayuda á Jesus á levantarse asiendo la pesada cruz, y dos sayones hacen otro tanto, prodigando al Redentor los mas groseros insultos é inauditas violencias.

María tributó una lágrima al estraordinario mérito de esta obra y á su sublime asunto, y siguiendo la inspeccion de las demás pinturas, esclamó mas adelante:

—Tambien me gusta este niño Jesus.

Y señaló el cuadro que lleva el número 786.

—Tiene en efecto muy buena composicion,—dijo la baronesa;—como que es del mejor discípulo que tuvo el célebre Ticiano.

—¿Pues de quién es?

—De un tal Jacobo Palma el Viejo, natural de Serinalta

[1] Esta pintura acaba de ser perfectamente copiada por el señor Sardá, pintor muy versado en los estudios de Rafael. Ha empleado nueve meses en este difícil trabajo.

en el Bergamasco. No se sabe la época de su nacimiento ni de su muerte; á lo menos no he podido yo averiguarlo por ninguno de los autores que hablan de este famoso pintor. Solo se sabe que floreció á fines del siglo XVI y que vivió cuarenta y ocho años.

—¿Y qué representa la pintura?

—Representa *la adoracion de los pastores.*

—¡Qué lindo está el niño Jesus sentado en las rodillas de su madre!

—¿No ve usted cómo acaricia á los pastores?

—En efecto..... y á no engañarme, le ofrecen frutas.....

—Y además ese cabrito que ve usted ahí, que no parece sino que esté vivo. San José, sentado á la izquierda y apoyado en su baston, escucha al pastor que le dirige la palabra.

—¡Qué grande es este otro cuadro del número 787!

—Como que es figura colosal. Este es del gran Ticiano: representa á Prometeo, hijo de Climenes y de Japeto; fué el que, segun la Mitología, formó los primeros hombres de barro. Con el socorro de Palas alcanzó subir al cielo y robar el fuego con que podia darles animacion. Irritado Júpiter de este robo, mandó á Mercurio que atase á Prometeo sobre la cima del monte Cáucaso, donde una águila debia comerle el hígado, que habia de renacerle sin cesar para que el suplicio fuese eterno.

—¡Válgame Dios!—dijo María asombrada.

—Hércules por fin,—añadió la baronesa,—libertóle de tan atroz tormento.

Pasaron á otros cuadros, y no tardó María en hacer la siguiente esclamacion:

—¡Qué bonito está este cuadro del número 797! ¿Qué representa?

—Es el desposorio de dos amantes felices,—dijo la baronesa en tono festivo.—Como si dijéramos, don Luis de Mendoza y cierta señorita á quien no quiero nombrar.

María dirigió una dulce mirada á la baronesa, y esta sonriéndose añadió:

—Mire usted bien á ese jóven gallardo que pone un anillo en el dedo de una niña hermosa ricamente adornada..... Y encima de los dos se ve un Cupido que coloca un yugo sobre sus cuellos [1].

No le disgustó á María la ocurrencia de la baronesa, si hemos de juzgarlo por cierto destello de alegría que despidieron sus negros ojos, cuando pagó esta cariñosa agudeza con otra mirada llena de bondad y gratitud.

—Si llega ese feliz momento,—respondió conmovida,—¡cuánto deberé á usted!

Siguieron así estas dos hermosas jóvenes contemplando los encantos de la pintura y haciendo lisonjeras alusiones al dichoso porvenir de María, y regresaron á su casa con ánimo de no salir ya en todo el dia, aguardando con impaciencia la noche para entregar á don Luis el retrato de su amante, que debia ser tambien una memoria de la amiga que tan perfectamente habíale trazado.

[1] Este cuadro representa los desposorios de Fernando V y doña Isabel, segun los antiguos inventarios de la Casa Real.

CAPITULO V.

El baile de candil.

¡Lorenzo! ¡Lorenzo!—gritaba el negro Tomas saltando de alegría como un chiquillo.

—¿Qué quieres, hombre?—respondió otro cochero de la baronesa.—¿Te has vuelto loco?

—Ya sabes que el otro dia el señorito de Bellaflor me regaló un doblon de oro por haber traido de la fonda la jaula del canario.

—¿Y qué? ¿Vuelves á hablarme de eso para darme envidia?

—No, amigo mio, no; al contrario, quiero que participes de mi fortuna. Te convido á beber..... á echar un trago á la salud de mi señorita, otro á la de tu buena ama la señora baronesa, y otro á la del señor marquesito.

—Acepto con mucho gusto. Pero ¿cuándo ha de ser eso?

—Ahora mismo.

—¿Ahora mismo? ¿Y si las señoritas piden el coche?

—No le necesitan en toda la tarde ni en toda la noche, y tengo ya licencia para convidarte.

—¿Y por eso saltabas como un loco?

—Si no fuese una cosa tan fea el emborracharse, tomaba hoy una turca como un templo; y no sé si sabré contenerme, porque cuando se trata de brindar á la salud de mi señorita..... Afortunadamente soy hombre de resistencia..... Allá veremos.... Conque ponte de chaquetilla, y al avío.

Lorenzo era jóven de buen humor y gallarda presencia. Tomas, aunque negro, no le iba en zaga cuando queria acicalarse. Ambos se vistieron á lo manolo, y se presentaron á la baronesa antes de salir de casa, por si se le ofrecia algo. Encargóles esta que tuviesen juicio, y se echaron los dos criados á la calle, alegres como unas pascuas.

—¿Y adónde nos dirigimos ahora?—dijo Tomas.

—Calla..... ¿No estamos hoy á 12?

—Creo que sí.

En efecto, era el 12 de julio de 1836.

—¡Por vida del chápiro!.... La tia Marciana celebra hoy sus dias, y suele tener gran baile todos los años..... ¿Vamos allá?

—Vamos donde quieras.

—Verás, verás qué buenas chicas.

—Lo que yo quiero es buen Valdepeñas.

—De todo hay allí en gracia de Dios. ¿No eres aficionado al baile?

—No me disgusta ver bailar; pero lo que es yo, jamás he tenido gracia para ello.

—Pues yo, cada vez que doy cuatro brincos al son de la bandurria alargo la vida diez años. Verás con qué sandunga baila *la Chata* el zorongo.

—¿Y quién es *la Chata*?

—La hija de la tia Marciana. Una morenilla de rechupete..... mas traviesa que un diablillo..... con un cuerpecillo tan mono..... y un bullarenge que trastorna los sentidos y potencias. Yo la camelé algunos dias el año pasado.

—¡Ya! ¡ya!.... y por eso me llevas á su casa..... No importa, chico..... Vamos allá..... echarás un par de tragos..... bailarás luego, si quieres, con tu querida *Chata*..... y yo acabaré de apurar la botella en gracia de Dios, á la salud de mi señorita.

Siguiendo este coloquio, llegaron nuestros héroes á la calle de San Anton.

Parece imposible que corresponda esta calle á la capital de España. Es un largo y angosto lodazal con dos hileras de miserables casuchos, tan desiguales como su mal empedrado piso. Las paredes denegridas y atestadas de hondas grietas, las andrajosas mujeres que se peinan en medio de la calle tomando el sol, los chiquillos que juegan en camisa ó en cueros, y el cieno que exhala por todas partes nauseabundo y fétido hedor, induciria todo esto á creer que no tiene la policía conocimiento del miserable estado de aquel sitio, si no se viesen en casi todas sus esquinas multitud de holgazanes con los brazos cruzados que llevan el uniforme de agentes de dicha institucion, y que para mayor ludibrio viven en la misma calle. Pero lo mas escandaloso es que abundan en ella las mujeres de mal vivir, que no pasa dia sin que haya mil reyertas, ni noche sin puñaladas; y en medio de una miseria espantosa, sube de todo punto el desenfreno y la desmoralizacion.

Sentimos tener que ofrecer á nuestros lectores tan repugnante cuadro; pero al referir la historia de las costumbres todas de Madrid, la imparcialidad exige que no ocultemos la verdad por vergonzoso que sea á veces confesarla, y exigen tambien la justicia y el interés público que denunciemos lo malo al gobierno para que desaparezca de una capital culta cuanto mancille su decoro, cuanto se oponga á los progresos de la civilizacion española.

Y no se crea que pidamos violencias, castigos, encarcelamientos contra los infelices cuya pobreza les hundió en el abismo de la prostitucion. Amparo y proteccion es lo que necesitan los pobres para mejorar sus costumbres. Ya lo hemos di-

cho y no nos cansaremos de repetirlo: estírpese la indigencia y se desvanecerá el gérmen de muchos males.

En nada queremos ofender con esto á las personas honradas, que no dudamos abundan tambien en la calle que describimos; pero estamos seguros que habrán observado lo mismo que nosotros y que vivirán en ella con repugnancia, ya porque tengan casa propia, ya porque les obligue la escasez de recursos á hospedarse en casas cuyos alquileres sean soportables, pues llega á ser escandaloso el precio á que la codicia de los caseros ha subido los cuartos, precisamente cuando la miseria arroja de las provincias á multitud de gentes que vienen á buscar en Madrid su paño de lágrimas.

Por otro lado, es preciso confesar que ninguna calle lleva el nombre mas adecuado que la de San Anton, pues en ella puede el marranillo refocilarse y engordar en el lodo, particularmente en pos de lluvias que convierten el piso en asqueroso cenagal.

Y para que nada falte á los moradores de tan privilegiado sitio, empiezan desde las diez de la noche á embalsamar la atmósfera las odoríferas y nunca bien ponderadas *carretelas de Sabatini*, que como tienen su gran corral en la calle de *Regueros*, sírveles de tránsito la de San Anton y no paran en toda la noche de cruzarse esos que seguramente por burla se llaman *carros de la limpieza*, cuando no hay cosa mas fétida en todo Madrid que los tales faetones. Ya lo hemos dicho al principio de nuestra historia, esponiéndonos á la censura de ciertas susceptibilidades sobrado delicadas: que debiera sustituirse este abuso por otro medio menos balsámico; porque es impropio de la capital de todo un reino, no poderse retirar sus habitantes de las tertulias, teatros y demás diversiones públicas, sin tropezar con los trenes de limpieza tan fétida y nauseabunda [1]. Dos medios tiene la autoridad para remediar en parte

[1] Despues de la primera censura que hicimos de esta chocante costumbre, ha dispuesto la autoridad la construccion de cloacas en las calles, sin duda con el objeto de hacer tan importante mejora.

este abuso, á saber: mandar salir los *carros de Sabatini* en horas que no incomoden á nadie, ó tapar y sellar con lacre las narices de todos los habitantes de la córte.

Bueno es que hermoseen las calles céntricas, que se dé mayor latitud á las aceras y se manden quitar las rejas que sirvan de obstáculo á los transeuntes; bueno es que el empedrado se recomponga y corrija hasta la perfeccion si es posible; bueno es que se cuiden con esmero los paseos públicos y se pueblen de hermosos árboles, lo mismo que las calles anchas y plazuelas; bueno es que el alumbrado corresponda á la dignidad de España; todo esto es muy bueno, es escelente, es laudable, porque al paso que contribuye al mayor hermoseo de Madrid, acredita el celo é ilustracion de sus autoridades, y sobre todo, proporciona trabajo á las clases menesterosas, ocupa brazos de honrados jornaleros, á quienes acaso el hambre y la desesperacion podrian estraviar de la senda de la virtud; pero entre estas mejoras y el criminal abandono en que se tienen los barrios escéntricos, hay un contraste indecoroso que acusa de injusta é indolente á la autoridad de Madrid encargada del ramo de policía urbana. Todos los habitantes de la capital tienen igual derecho al amparo de sus gobernantes, y no es razonable que se condenen ciertos barrios al abandono, mientras se prodiga el mimo y la predileccion á otros que no reclaman con tanta urgencia su vigilancia protectora.

En la calle de San Anton tenia la tia Marciana su taberna, ó por mejor decir, su miserable bodegon, pues reducíase á una estancia cuadrada, en cuyas paredes, ennegrecidas por el humo, alternaban algunas estampas de santos, iluminadas con jugo de cereza y azafran, con otras que representaban varias suertes de una corrida de toros. Estos adornos, por algunos de sus cantos desprendidos de la pared, conocíase que se habian pegado á ella con pan mascado, y no habiendo sido suficiente este engrudo para sujetarles, tenian además algunas tachuelas de las que eternizan el ruidoso calzado de los aguadores.

En los trozos de pared que el humo habia respetado campeaban escritas con carbon algunas palabras, que acaso por demasiado españolas no las trae el Diccionario de la Academia.

Media docena de sillas de pino, desvencijadas las que no estaban rotas, hacian el oficio de butacas, y algunas tablas viejas de cama, apoyadas por sus estremidades en enormes piedras y apilados trozos de ladrillo, constituian los sofás del salon.

Si no habia luces en él, ciertamente no era por falta de arañas, porque todos los rincones y las vigas del techo estaban de telarañas circuidas, únicas colgaduras que adornaban aquella mansion de regocijo.

Dicen algunos autores que el bello gusto está en la variedad; y á ser esto cierto, nada mas elegante que el piso del figon que nos ocupa. Los diversos colores del empedrado formaban un mosáico encantador. Trozos de teja al lado de ladrillos y de redondos guijarros dejaban algunos huecos que se habian nivelado con arcilla y mazacote; y para que no faltase el perfume que embalsama los salones orientales, habíase regado aquel recinto con el agua odorífica de un barreño que habia tenido toda una semana bacalao de Escocia en remojo.

El lujo de los trajes y la finura de los concurrentes correspondia muy bien á los atractivos de aquel sitio, que como no recibia luz mas que por una ventanilla que daba á un oscuro pesebre donde estaba el ambigú ó buffet, ventanilla que en vez de persianas ostentaba las colgaduras de género del país, del que llevamos ya hecha honorífica mencion, era indispensable iluminar á media tarde la sala del festin.

A guisa de la suntuosa lucerna que suele pender de la cúpula de los coliseos, colgaba de una caña cubierta de moscas y clavada en la viga mas céntrica del techo un roñoso candil, que no solo derramaba sus benéficos rayos sobre tan distinguida sociedad, sino tambien su aceite.

A su opaca luz vislumbrábanse las fisonomías mas terri-

bles, las caricaturas mas pálidas y feroces que pueden engendrar el crímen y la prostitucion.

El bello sexo desmentia allí esta galante calificacion, pues las mas de las mujeres, sin medias y con mal remendados zapatos las que no iban enteramente descalzas, vestian trajes asquerosos, llenos de roturas, que dejaban ver el atezado cútis de sus descarnados cuerpos. Su rostro lívido y amarillento, en medio de su forzada jovialidad, destellaba todo el horror de la miseria, de la prostitucion y de agudas enfermedades.

El desaliño de los hombres, el desenfreno de sus groseros modales, sus bestiales gracias, mezcladas con obscenas espresiones y blasfemias horribles, daban á conocer su procedencia de los presidios, su profesion de salteadores y su inclinacion á la holganza y al crímen. El vestido que generalmente usaban estos *personajes* componíase de sombrero gacho, camisa de color, chaqueta tirada sobre el hombro, faja de estambre y pantalon rayado; por supuesto lleno todo de mugre, roturas y remiendos.

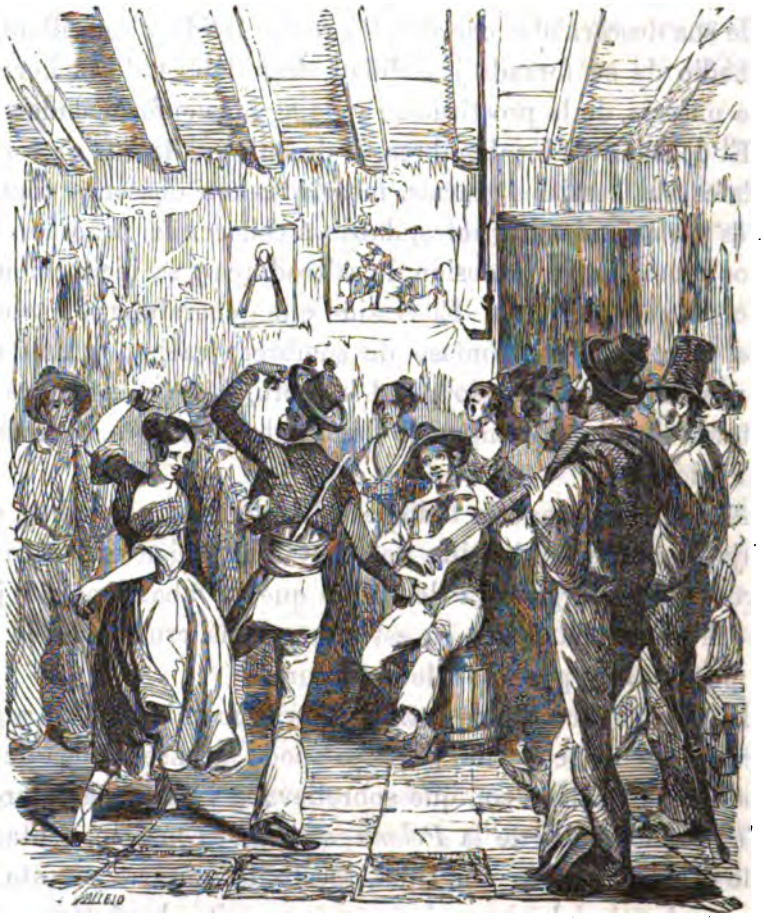
Además de la navaja indispensable, que unos llevaban en la faja y otros en el bolsillo del pantalon, tenian un enorme garrote ó una larga vara de fresno que no abandonaban jamás, ni para bailar, pues en este caso se la cruzaban con la faja por la parte posterior de la cintura.

El *Cornuo*, hombre de estraordinario buen humor, ya algo entrado en años, conocido por este apodo á consecuencia de la filosófica resignacion con que sobrellevaba y aun hacia alarde de las infidelidades de la *Pelona*, su digna consorte, sentado como el dios Baco en una cuba, tocaba la guitarra y cantaba tales coplas, que la decencia no nos permite dar á conocer á nuestros lectores.

Cuando entraron Tomas y Lorenzo en el *sarao* estaba precisamente bailando el bolero con *Pacorrillo el Chispero* la célebre *Chata*, ex-dulce tormento del último de estos dos compinches.

Prolongada gritería de entusiasmo estaba celebrando la

gracia y desenvoltura con que la descocada mozuela ejecutataba su paso favorito, que causaba tanta mas ilusion en los espectadores, cuanto que la *Chata* tenia un cuerpo verdaderamente español. Su breve y reducida cintura era flexible á los



mas voluptuosos movimientos, y su traje, aunque no lujoso, destellaba coquetería y aseo, que resaltaba mas entre los harapos de la concurrencia.

El paso que tanto entusiasmaba á los espectadores consistia en ir adelantándose hácia su compañero con el cuerpo

graciosamente undulante, los brazos altos, las castañuelas en continuo repiquete, el rostro ladeado con la sonrisa en los labios, y alternando tales primores con la punta y el tacon del pié derecho, que el cuerpo se bamboleaba á un ligero movimiento de caderas, y este conjunto de significativas contorsiones escitaba un aplauso estrepitoso.

—¡Bien, salerosa!—esclamó Lorenzo cuando, calmada un tanto la general agitacion, conoció que podia ser oida su voz.

Llamó este requiebro la atencion, y mas que el requiebro la aparicion de los dos nuevos personajes, cuya lujosa majencia contrastaba con los asquerosos guiñapos de los demás hombres.

Suspendióse el baile por un momento, y la tia Marciana, aproximándose precipitadamente á la *Chata*, su hija, díjole con zalamería:

—¿No has *guipao*, Maruca, el bien de Dios que se nos ha *colao* por las puertas?

—¡Lorenzo!—esclamó la *Chata* acercándose á su antiguo novio y asiéndole familiarmente de la mano.—¡Por vida de sanes!.... A mejor ocasion no podias venir, macareno.

Y dirigiéndose á los concurrentes, añadió:

—¡Señores, plaza! que viene el mas *salao* de España para un jaleo. ¡Ea, *Cornuo*! arañia bien la vihuela, y endílganos una jota que derrame canela por *toas* partes.

—¿Qué mas canela que tú, gachona?—dijo con truhanería Lorenzo.—Déjame descansar un minuto, mientras echo con este amigo unas copas á tu salud, y me tienes luego á tu disposicion, morena de mi vida.

—¡Anda allá, ¡*arrastrao*, que ya me llevas olvidada!

—Calla, mi reina, ya hablaremos *empues*. Sobre que te requiero mas que nunca.

Mientras la *Chata* y Lorenzo se estaban camelando, la tia Marciana sacó un jarrito de aguardiente y lo entregó al negro Tomas. Bebieron un poco los dos amigos, y Lorenzo se puso en baile con la *Chata*, dejando el jarrito en manos de

Tomas, quien contemplando con satisfaccion á los que bailaban, fué maquinalmente apurándole hasta ponerse algo alegre de cascos.

—Otro traguillo, tia Marciana,—gritó el negro,—que quiero brindar por mi señorita..... aunque no sea mas que para que rabien sus enemigos..... porque yo soy así..... ¡Tia Marciana!.... tia Mar.....

—Vengan esos cinco, Tomas,—esclamó un hombron que acababa de entrar en la taberna vestido de calesero.

—¡Calle!.... ¿Tú por estas tierras, *Lagarto?* Yo te creia en Ceuta.....

—En efecto..... allí estaba *colocao;* pero *aflojé la mosca* y se convencieron los tribunales de que habia sido una equivocacion el condenarme á presidio, y aquí me tienes..... en tu busca.

—¿En mi busca?

—En busca de un hombre de arrojo y decision. Ya me figuraba yo que en este sitio encontraria el héroe que he menester; pero estaba lejos de imaginar que seria este el antiguo compañero de mis hazañas en Cádiz. ¡Ya se ve! ignoraba que estuvieses en Madrid.

—Era tu compañero entonces porque tenia que vengar la muerte de mi padre; pero yo no he sido malvado jamás.

—Sea así; pero supongo que tu padre no habrá resucitado.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que tendrás el mismo motivo de afliccion que entonces, á no ser que hayas olvidado ya la memoria de tu padre.

—No, *Lagarto*, no; pero soy mas discreto. Cuando encuentre á los asesinos de mi padre les desgarraré el corazon; pero no quiero ser yo asesino de inocentes.

En esto trajo la tia Marciana otro jarrito de aguardiente, y cogiéndole Tomas, le dió á *Lagarto*, diciendo:

—Toma, bebe. Yo te convido..... pero has de brindar conmigo por mi señorita..... Mira, *Lagarto*..... tambien hemos de buscar á los asesinos del padre de mi señorita.

—Acepto el convite con una condicion,—respondió *Lagarto.*

—¿Cuál es?

—Que has de venir luego á beber conmigo..... y brindaremos por quien tú quieras.

—Corriente..... brindaremos siempre por mi señorita..... y buscaremos á los asesinos de su padre y del mio.

—Yo sé uno.

—¿De veras?—esclamó Tomas abriendo rencorosamente los ojos. Esplícate..... ¿Me engañas?

—No te engaño. Sígueme..... beberemos en otra taberna, y allí lo sabrás todo. Hoy vas á vengar completamente á tu padre.

Tomas tenia ya la cabeza bastante trastornada, y sin acordarse de su amigo Lorenzo, siguió al hombre feroz que ya en Cádiz habia hecho al desgraciado africano instrumento de horribles asesinatos.

CAPITULO VI.

El Café Nuevo.

Érase una de aquellas tardes de julio en que hace en Madrid un calor insoportable.

Todos los cafés y chuferías estaban atestados de gente.

Los mozos de estos establecimientos volvíanse tarumbas; tal era la confusion de parroquianos que ansiaban ser atendidos á la vez.

Un café habia en Madrid de famosa nombradía. Su situacion en la calle de Alcalá, frente de la Aduana, su espaciosa estension, sus majestuosas columnas, su profusion de espejos, su magnífico y colosal reloj, y mas que estos y otros elegantes adornos, el buen servicio y delicadeza de toda suerte de bebidas, habíanle dado cierta preponderancia sobre los demás establecimientos de su clase.

Este café, que murió el año próximo pasado de puro VIEJO, el último dia de su vida era tan NUEVO como el dia que le bautizaron, porque su padrino tuvo la humorada de ponerle el nombre de CAFÉ NUEVO, humorada que á la sazon censuró con chiste el malogrado *Fígaro*.

La muerte del *Café Nuevo* fué sin la menor duda una de

los mas espantosos *suicidios* que se han cometido en la capital de la monarquía española. El *Café Nuevo* fué víctima de otro *café nuevo*. ¡El hermano contra el hermano!.... ¡Horrible imágen de la guerra civil!.... El asombroso lujo con que en la misma calle de Alcalá, mas inmediato al Prado, esquina á la de Peligros, se estableció otro *café nuevo* que nada dejaba que desear, mató en nuestro concepto al viejo *Café Nuevo;* y como el nuevo café tenia el título de *Café Suizo*, probado queda que su antecesor fué *suicidado*..... como si dijéramos, fusilado por una compañía de suizos.

El *Café Nuevo* estaba siempre lleno de la gente mas avanzada en ideas liberales, y por esta razon era tambien conocido por el *café del movimiento*. Cuando mas desiertos estaban los demás cafés por recelos de algun alboroto, mas concurrido estaba el Nuevo, donde no pocas veces solian ponerse en accion los liberales de buena fé, que sin saberlo eran instrumentos de los conspiradores. Estos aguardaban muy quietecitos en su casa la vuelta de la tortilla para coger de ella su correspondiente cacho, mientras los pobres patriotas de pulmon que se lanzaban al peligro por esas calles de Dios, tenian que contentarse con el desahogo de haber dado desaforados vivas á las libertades patrias. Esto cuando tenia buen resultado el pronunciamento, porque en el caso contrario, iban á la plazuela de la Cebada por la corona de los mártires.

¿Habeis estado en las inmediaciones de una playa? ¿Habeis oido el sordo rumor del mar embravecido? Pues semejante á él era el murmullo del *Café Nuevo*. Multitud de mesas veíanse rodeadas de hombres que hablaban de política con efervescencia. Sus voces hacian casi imperceptibles los sonidos del reloj. Entre este clamoreo continuo distinguíanse de vez en cuando ciertos estampidos parecidos á los disparos de fusilería. Eran los tapones de las botellas de cerveza que saltaban á combatir el techo dando libertad al comprimido licor, que fermentaba como los ánimos de aquella patriótica concurrencia.

He dicho que en todas las mesas se hablaba de política, y he dicho mal, porque una habia rodeada de imberbes personajes, de precoces pedantuelos que disparataban atrozmente echándola de sesudos literatos. Para ellos no habia nada bueno..... ni teatros, ni actores, ni escritores..... Solo ellos lo hacian todo bien y se prodigaban recíprocamente elogios; pero si alguno se ausentaba, al momento le ponian en berlina y sacaban todos sus trapillos á relucir. En el dia abundan tambien los mozalvetes de semejante ralea, y no podemos menos de aconsejarles, que si quieren llegar á ser algo deben estudiar en los buenos libros y no en los cafés; que la celebridad no se adquiere haciendo cuatro malos epígramas ó ensartando chocarrerías á pote en soeces periodicuchos..... Pero dejemos esto. Los niños necios son tan incorregibles como los hombres envidiosos: unos y otros son dignos de compasion. Su enfermedad les consume, y es enfermedad que no tiene cura. Consolémonos con ver á tantos otros jóvenes que son la gloria y el orgullo de su patria.

Hablábase en otra mesa de elecciones, y se daba por muy seguro el triunfo del partido progresista.

Todos daban el parabien á un gallardo jóven rubio que habia pagado el refresco á multitud de hombres libres de los que prefieren el ponche al mantecado, y la cerveza al agraz. Este generoso jóven, comandante de la Guardia nacional, era don Luis de Mendoza, cuyo liberalismo y espresiva elocuencia cautivaban las simpatías de cuantos le rodeaban. Todos ponderaban la propia actividad en los trabajos electorales, todos se atribuian la gloria de que la candidatura en que iba don Luis llevase mas probabilidades de triunfo; pero el que descollaba entre aquella reunion de patriotas, tanto por sus joviales ocurrencias, como por las exageraciones de su liberalismo y de su valor, era uno al parecer andaluz, de calañés y chaquetilla, ya entrado en años, que contaba mil proezas de cuando hizo la guerra á las órdenes de Mina y de cuando emigró con Torrijos. Manifestábase ducho en el manejo de las masas, y así

decia que él solo habia llevado mas gente á la urna electoral que todos los demás. Dábase tambien importancia como hombre de metálico, y ponderaba la suma que habia repartido entre varios ciudadanos, á fin de que fuesen á votar *libremente y con arreglo á su conciencia,* con tal de que emitiesen su voto en favor de los candidatos que él les designaba.

Todos le escuchaban con la boca abierta, y no era por cierto don Luis á quien menos gracia hacia el festivo y exagerado lenguaje de aquel prójimo.

Hablóse además largamente de conspiraciones carlistas, y nuestro andaluz hallábase dispuesto á tragarse á todo linaje de enemigos de la libertad como si fuesen huevos pasados por agua.

Eran ya las diez de la noche, y don Luis se levantó para ir á casa de la baronesa á ver á su adorada María, cuando aproximándosele el andaluz, trabó con él conversacion como con deseos de acompañarle.

Salieron en efecto juntos y solos del café.

El andaluz en cuestion era el *tio Gazpacho*, jefe de los auxiliares del *Angel esterminador*, instrumento feroz de fray Patricio.

El *tio Gazpacho* tenia meditado el asesinato de don Luis, no solo para complacer los deseos y seguir las instrucciones del ex-fraile, sino porque sabia por esperiencia que este género de servicios le proporcionaba recompensas de importancia.

—Ceó don Luiz,—dijo en voz baja cuando estuvieron solos en la calle de Alcalá,—palabra..... tengo que platicá á zolaz con zu mersé.

—¿Qué se ofrece?—respondió don Luis.

—Ce trata e coger en la huronera á una reunion de pájaroz gordoz que conspiran en favor de *Vigotiyoz* [1]. Ce juntan en caza de un vecino mio.....

—¿Será cierto?

—Puée zu mersé sersiorarce de éyo por zuz propioz ojoz y oidoz cin cer vizto.

En este momento entraban solos en la calle Angosta de Peligros ambos personajes. No pasaba un alma, porque se temia que de un momento á otro hubiese conmocion popular, atendida la efervescencia de los ánimos.

El *tio Gazpacho* creyó que no debia desperdiciar tan ventajosa ocasion..... y empuñó su navaja.

—¿Y á qué hora se reunen?—preguntó don Luis de Mendoza con la serenidad de un hombre que ignora el inminente riesgo que amenaza su vida.

El *tio Gazpacho* no contestó. Su deseo luchaba con su cobardía. Son tan cobardes los asesinos, que aun para cometer

[1] *Vigotillos*, apodo que se daba generalmente á don Cárlos.

una muerte á traicion les falta á veces el valor necesario. Además, parecióle que era la calle demasiado céntrica, y sobre todo, consideró que sin correr él peligro ninguno, era mejor lograr el objeto del modo que ya tenia combinado.

—Digo que á qué hora se reunen,—repitió don Luis.

—A ezo e laz onse e la noche,—contestó el *tio Gazpacho.*—Náa, ci zu mersé quiere piyarloz en el nio, aguardo á zu mersé á laz onse y media en la plasuela del Gato. Ci no puedo yo ir, irá un amigo de toa mi confiansa. Hoy ce acegura zu mersé del hecho, y empuez jase e zu capa un sallo, como ise el refran.

—Sí, amigo mio, quiero cerciorarme de todo eso. Tal vez depende de ello la salvacion de la libertad. Pero ¿no seria mejor que me aguardarse usted mismo?....

—Éjeme zu mersé manejá el tinglao..... y pierda cudiao. La prezona que aguardará á zu mersé cerá e toa caliá.

—Corriente. Pero ¿cómo nos hemos de conocer?

—El zujeto que ce le arrime á zu mersé y le iga: "¿Tiene zu mersé candela?" aquel cerá nueztro hombre. A laz onse y media.

—No haré falta..... A las once y media en la plazuela del Gato.

Diérose ambos interlocutores la mano, y al separarse esclamó en tono de satisfaccion el *tio Gazpacho:*

—¡Probeciyo! Antez e media noche..... *requiezcat.*

CAPITULO VII.

La petaca.

La baronesa *** tenia tertulia en su casa por la noche solo una vez á la semana, y las demás noches solia ir á alguno de los teatros, pues tenia palco en el de la Cruz y el del Príncipe.

El dia que fué con María á ver el Museo de Pinturas resolvieron no salir de casa por la noche, y así lo habian manifestado á don Luis de Mendoza, lisonjeándose de que este amable jóven no dejaria de favorecerlas con su grata compañía.

En efecto, serian poco mas de la diez de la noche cuando se presentó don Luis en casa de la baronesa.

Hora y media pasó el afortunado marquesito deliciosamente al lado de su amante y de su amiga. Contáronle su visita al Museo, sin ocultar las festivas alusiones de la amable baronesa al futuro enlace de los dos enamorados.

—¡Oh! Cuando llegue este feliz momento,—esclamó don Luis con espresiva emocion,—veré mi dicha colmada. ¿Y usted, hermosa María?

—Bien sabe usted que no tengo mas ambicion en este

mundo que amarle y ser correspondida,—respondió María con la sinceridad de un corazon puro.

—Esas dulces palabras,—repuso don Luis de Mendoza con creciente entusiasmo,—me llenan de orgullo y hacen palpitar mi pecho de placer. ¡Oh! Yo estoy cierto, hermosa mia, que no se arrepentirá usted nunca de haberme amado..... Yo sabré hacerme digno del amor que usted me profesa, correspondiendo á él con la mayor ternura, y esmerándome en proporcionar á usted toda suerte de felicidades.

—No deseo mas que una,—dijo María con candor,—y esta felicidad suprema..... es..... el amor de usted.

—Todo eso está muy bien, amigos mios,—dijo la baronesa en tono jovial;—pero por mas que me complazca en la felicidad de ustedes, les suplico que guarden para mejor ocasion esas florecillas y piropos que no dejan de escitar mi envidia. Las mujeres somos por lo general muy celosas, y suelen á veces mortificarnos los requiebros que en nuestra presencia se tributan á otra hermosura.

Esta chanzoneta, hija del buen humor de la baronesa, hizo en María cierta impresion que la inocente jóven no sabia definir. Parecíale imposible que las dulces palabras de amor que su amante le dirigia, y las ternezas con que se creia ella obligada á contestar, pudiesen molestar á nadie, y mucho menos á una amiga que tanto se interesaba en su favor. Por otro lado, habia observado María que cuando don Luis dirigia á la baronesa alguna de esas lisonjas de buena sociedad que la educacion aconseja, era oido con singular complacencia. María, sin conocerlo, hallábase dominada por la cruda ley que rige los corazones que arden en una pasion vehemente. El gesto mas insignificante, la mas inocente mirada dirigida á otro objeto, inspira locos recelos que la reflexion no alcanza fácilmente á desvanecer. ¿Qué sospechas podia concebir María de un amante que tan acendradas pruebas le daba de su fidelidad? ¿Qué temores debia inspirarle una amiga tan generosa y benéfica? Una idea asaltaba sin embargo á veces su aún débil

imaginacion, y alarmaba su espíritu. La marquesa de Turbias-aguas habia empezado tambien por mostrarse benéfica y generosa.

Don Luis, que ni remotamente soñaba en que tan raros pensamientos preocupasen la mente de su amada, respondió á la baronesa con su natural finura:

—Perdone usted, amiga mia; esto son consecuencias de la generosidad de usted. Ha hecho usted felices á dos amantes, y tanto María como yo tenemos suma complacencia en que sea usted testigo de la pureza de nuestro amor; pero este amor que usted ha protegido no es á buen seguro tan egoista que no deje un lugar de recuerdo á la gratitud y de cariño á la amistad. Créalo usted, baronesa: usted será siempre mi predilecta amiga.

Estas elegantes espresiones, que el mismo amor que don Luis profesaba á María hízole pronunciar en obsequio de su protectora, fueron interpretadas por aquella inesperta jóven como interpretan siempre todas las mujeres que aman las mas inocentes lisonjas dirigidas por sus amantes á otras bellezas.

—Hablemos de otra cosa,—dijo la baronesa.—Sepa usted que María es gran inteligente en la pintura.

—¿Se burla usted, baronesa?—respondió María cubierta de rubor.

—¡Dios me libre! Yo no me burlo jamás de nadie, y menos de las personas á quienes quiero, y entre estas, bien sabe usted, picarilla, que ocupa un lugar predilecto.

Al pronunciar estas palabras, dió la baronesa un afectuoso beso á María, que desvaneció en parte sus ridículos celos.

—¿Conque..... inteligente en la pintura?—esclamó el marquesito sonriéndose.

—La verdad.....—respondió María,—á mí todos los cuadros me han gustado mucho.

—Eso prueba su inteligencia de usted,—dijo la baronesa,—porque todo es selecto en el Museo de Madrid; pero he nota-

do que precisamente han llamado mas la atencion de usted las composiciones de mayor mérito.

—¡Pobre de mí!.... Tal vez la casualidad..... pero usted..... ¡oh! usted es una verdadera maestra.....

—Aficionada y nada mas.

—¿Tambien pinta usted?—preguntó don Luis á la baronesa.

—Algunos ratos..... así..... para distraerme de mis quehaceres domésticos. María tiene una pequeña muestra de la habilidad de mis pobres pinceles.

A estas palabras, un tinte sonrosado hermoseó las mejillas de María. Llevó su diestra á uno de los bolsillos de su gracioso delantal, y sacó una primorosa petaca. En ella estaba su retrato.

—¿Qué veo? ¡Es María!.... ¡María!....

Y no pudo don Luis dejar de besar la adorada imágen de su ídolo.

Dirigiéndose luego á la baronesa, añadió:

—¡Qué bien está!.... ¿Y es obra de usted?

—Obra mia,—respondió sonriéndose la baronesa.—Es un regalo de las dos. Con él le da á usted María una prenda de amor, y su amiga de usted un testimonio de buena voluntad, ya que no de destreza en el pincel.

Tampoco le supo bien á María que su amiga tomase parte en el regalo, y su corazon se agitó de nuevo, mayormente cuando oyó que don Luis respondia con discreta urbanidad:

—Crea usted, baronesa, que conservaré esta joya eternamente como un don inestimable de dos hermosuras que colman la felicidad de mi corazon.

Don Luis se despidió de su amante y de su amiga rebosando de placer. María quedóse melancólica y meditabunda.

. . . . . .

Eran las once y media cuando don Luis, en medio de una tempestad horrorosa, llegando á la plazuela del Gato, se aproximaba á dos hombres que tenian órden de asesinarle.

CAPITULO VIII.

El asesinato.

Desde que don Luis de Mendoza dejó la encantadora presencia de dos beldades para lanzarse indiscretamente en poder de dos asesinos, iba el cielo ocultando el fulgor de sus estrellas bajo el negro capuz de aglomerados nubarrones que no tardaron en desgajarse y soltar un aguacero espantoso. No parecia sino que el firmamento se cubria de luto, y el prolongado estallido del trueno, remedando en lontananza el hosco quejido de un

leon moribundo, y aproximándose rápidamente hasta estallar en horribles detonaciones sobre las cabezas de los asesinos, quisiera la cólera divina advertir al incauto jóven de las doradas melenas el inminente peligro que amagaba su preciosa existencia.

Don Luis de Mendoza, tipo del verdadero carácter español, tan galante y tierno como luchaba en amorosas lides, era emprendedor, denodado y altivo en arriesgadas resoluciones, sin que se le presentaran inconvenientes que le arredraran, ni obstáculos que no venciese.

La tempestad, que parecia precursora de espantosa inundacion, solo escitó en don Luis una sonrisa de indiferencia, y despues de recibir de sus verdugos la seña convenida con el *tio Gazpacho*, esclamó en tono festivo:

—¡Vive Dios que viene perfectamente este fresco remojo, porque hacia un calor insoportable!

A estas joviales espresiones siguió un silencio misterioso, que el incauto jóven atribuyó al mal humor que la intemperie debia haber engendrado en sus dos compañeros.

—¿No respondeis, buenos hombres?—añadió don Luis.—¿Estais taciturnos porque por culpa mia os estais mojando? Eso no vale nada; y si lo sentís por vuestra ropa, ya os daré yo una recompensa con que podais resarcir esa pérdida. ¿Temiérais acaso coger alguna enfermedad? Desechad semejante recelo, amigos mios, mas propio de mujercillas que de hombres de pelo en pecho, como suele decirse.

Los asesinos seguian guardando el mas profundo silencio. Habia llegado el momento de cometer el horrendo crímen. Solo aguardaban que diese uno de ellos la voz convenida para hundir sus afiladas navajas en el inocente y generoso corazon del jóven Mendoza. Este, que se juzgaba el mas venturoso de los hombres porque acababa de recibir de María una nueva prueba de amor, no volvió ya á interrumpir el silencio de sus compañeros, pues el recuerdo de María y de sus correspondidos amores embargó tambien sus sentidos, y á la par de los

que acechaban la ocasion de asesinarle, caminaba maquinalmente, silencioso y meditabundo.

La ardiente fantasía del infeliz enamorado alimentaba las mas dulces ilusiones acerca de su porvenir, mientras entre los horrores de espantosa tempestad, y sufriendo un aguacero terrible, seguíanle muy de cerca sus asesinos, empuñando con su diestra homicida, abiertas ya, las tremendas navajas.

La noche era tan oscura y la lluvia habia empañado los faroles en términos que no se distinguia objeto alguno.

Uno de los asesinos colocóse á la izquierda de don Luis, mientras el otro seguíale materialmente pegado, porque ambos, con la navaja empuñada como hemos dicho, llevaban intencion de no errar el primer golpe.

—¡Ahora!—gritó desaforadamente el monstruo que iba á la izquierda de don Luis.

Y sucediendo un ¡ay! lastimero al espantoso grito, cayó la víctima en el suelo.

Aquel terrible ¡AHORA! era la voz convenida entre los dos malvados para indicar el momento de hundir el hierro homi-

cida en su víctima inocente; pero el mismo asesino que acababa de pronunciar la palabra fatal, sintióse mortalmente herido por su cómplice, que alejando de un violento empujon á don Luis del peligro, y envainando su navaja en el vientre de su atroz compañero.....

—¡Ahora!—repitió sonriéndose ferozmente con el rencoroso placer de la venganza;—ahora pagarás todas tus maldades, monstruo de execracion. Tú lo has dicho esta misma tarde: "Hoy quedará tu padre completamente vengado....." Lo está en efecto. He vertido por fin sangre criminal al verter la tuya..... ¡No mas asesinatos!.... Basten ya los que tu corazon de tigre me hizo cometer en Cádiz.

—¡Malvado!—gritó don Luis lleno de asombro aproximándose al matador, sin mas armas que su paraguas en ademan amenazante.

—Soy el negro Tomas, señor, que acaba de salvar á usted la vida.

—Socorramos á ese desventurado,—dijo don Luis al oir los moribundos gemidos del *tio Lagarto*.

—No hay remedio para mí.....—dijo este en dolorida voz entrecortada por el hipo de la agonía,—no..... ¡Perdon!.... ¡perdon..... don Luis!.... Es verdad..... queria asesinar á usted por un mezquino salario.....

—¿Luego todo eso de la conspiracion carlista que íbamos á descubrir era un lazo que se me tendia?—esclamó don Luis impaciente.—¿Luego aquel hombre que en el café se me vendia por liberal, era un traidor?....

—Aquel hombre,—dijo fatigosamente el *tio Lagarto*,—es.... como yo..... un mero instrumento de un poderoso.....

—¿De un poderoso?....

—Que..... vive..... en la Concepcion..... Gerónima.....

—¿Su nombre?

—Don..... Pa..... tri..... cio..... ¡Ay!.... No..... no..... puedo..... mas..... ¡Per..... don!.... Yo..... ¡ay!.... yo..... muero.

—Está helado..... no tiene pulso.....—esclamó don Luis.

—Huyamos,—dijo el negro Tomas.—Yo os daré mas esplicaciones.

La tempestad habia cesado, como si la sangre de aquel monstruo hubiese apaciguado la cólera de Dios.

—Esplícate, Tomas; estoy impaciente por saber el orígen de tan grave suceso,—esclamó don Luis mientras se alejaba apresuradamente con Tomas del sitio de la catástrofe.

—Empezaré por decir á usted, señor, que yo llegué á España deseoso de matar europeos, porque ellos asesinaron á mi padre. Los detalles de mi historia no son para este momento. Sediento de venganza, travé relaciones con ese malvado, asesino de profesion, y me proporcionó algunas ocasiones de derramar la sangre de los blancos. Vine á Madrid, y hallé colocacion en casa de la marquesa de Turbias-aguas. Allí conocí á mi señorita. Me dieron órden de arrebatarle el medallon, ó de matarla.

—¿A María?

—Sí señor, y con intencion de matarla entré en su cuarto á deshora de la noche; pero me enternecí, y desde entonces me declaré su protector. A consecuencia de esto, fuí despedido de la casa cuando llevaron mi señorita al hospital. No me entretengo en minuciosos detalles, porque seria nunca acabar.

—Prosigue,—dijo don Luis con ansiedad.

—Habia yo cobrado tal adhesion á mi señorita, que no podia vivir sin verla. Me presenté en el hospital, y se me admitió para vigilarla. La seguí tambien á casa de la señora baronesa, y no pienso abandonarla nunca, porque yo le salvé la vida como he salvado hoy la de usted, señorito.

—Yo sabré recompensar dignamente estos servicios,—repuso conmovido don Luis.

—Yo no quiero mas recompensa que el aprecio de mi señorita.

—¡Oh! Le tendrás, amigo mio, le tendrás, y el mio tambien..... Vivirás siempre á nuestro lado. Pero ¿cómo te encontrabas ahora de cómplice de ese malhechor?

—Voy á decírselo á usted, señorito. Esta tarde me ha dado la señora baronesa permiso de convidar al cochero con la propina que tuvo usted la bondad de darme por haber llevado el canario al cuarto de la señorita. Hemos ido á una taberna, y allí he encontrado al *tio Lagarto*, á quien no habia visto desde Cádiz. Yo..... la verdad..... brindando á la salud de mi señorita me he puesto algo alegre de cascos. Yo no sé cómo ha sido que aquel malvado me ha conducido á otra taberna, donde hemos vuelto á beber. Se me ha hablado de mi padre y de sus asesinos..... Yo, que tenia ya la cabeza trastornada..... he sentido despertar en mi ánimo el ya amortiguado anhelo de venganza, y cuando mi furor estaba mas encendido, me ha dicho el *tio Lagarto* que me conduciria esta noche á matar al asesino de mi padre..... Yo no sé lo que entonces pasaba por mí..... Solo me acuerdo..... de que el frescor de la lluvia y las horas trascurridas han ido desvaneciendo los efectos de mi embriaguez, y sospechaba ya que todo era una trama infernal, cuando á pesar de la oscuridad he conocido á usted por lo poco que permitia distinguir la opaca luz de los faroles, y particularmente por la voz..... ¿Qué debia hacer en tal compromiso? Lo que usted ha presenciado.

—Dame un abrazo, Tomas, en recompensa de mi agradecimiento.

—Esa recompensa, señorito, halaga sobremanera mi corazon.

Y los brazos del negro esclavo se enlazaron fraternalmente con los del rubio marquesito de Bellaflor.

—Ahora, señorito,—dijo el negro,—será preciso que usted me acompañe á casa de la señora baronesa y disculpe usted mi tardanza, porque si no..... temo que con razon me despida.

—Es muy justo; pero te prohibo que digas nada á tu señorita de lo que aquí ha pasado. Yo contaré á la baronesa tu heróica accion, y esto bastará, no solo para que no te despida, sino para que te aprecie mas. Solo exijo de tí que no vuelvas nunca á la taberna ni á juntarte con malvados.

—Lo juro, señorito..... jamás me separaré del lado de mi señorita. Pero aún no lo hemos dicho todo.

—¿Qué mas te ocurre?

—Por las últimas palabras del *tio Lagarto* saco en consecuencia que el que pagaba á los asesinos de usted es un señoron gordo, de muy mala facha, que estaba con la señora marquesa de Turbias-aguas cuando me dió la órden de arrebatar el medallon de la señorita, aunque fuese asesinándola.

—Nada necesito saber mas sobre ese particular. Hace dias que estoy buscando la casa de ese caballero. Sé ya su calle, y....

—Pues si no es mas que eso, yo le llevaré á usted hasta la puerta de su casa. ¿No seria mejor que yo le matase? Una muerte mas ó menos..... al cabo se trata de un malvado..... y..... ese seria mi asesinato de despido.

—Nada de eso..... Has prometido ya que la sangre del *tio Lagarto* era la última que sacrificabas á la venganza de tu padre, y si quieres merecer mi aprecio y el de tu señorita, has de cumplir fielmente tu promesa.

—Está bien, la cumpliré.

A poco mas de media noche llegaron don Luis y Tomas á casa de la baronesa.

María estaba en su cuarto, triste y meditabunda como la dejamos en el capítulo anterior. La baronesa estaba dando órdenes á sus criados y hablando precisamente de la estraordinaria tardanza de Tomas, cuando este se presentó con don Luis. A su presentacion desaparecieron los demás criados.

—¡Dios mio!.... ¡sangre!—esclamó horrorizada la baronesa.

Tomas llevaba efectivamente manchas de sangre en el vestido.

—¡Silencio, amiga mia!—dijo don Luis.

Y contó cuanto habia pasado.

La baronesa se quedó absorta, é hizo que Tomas se mudase inmediatamente el traje. Nadie mas habia notado las manchas.

Don Luis encargó encarecidamente á la baronesa que nada

dijese á María, á fin de evitarle un disgusto y no hacerla vivir en sobresalto.

María, que habia oido á Tomas, salió precipitadamente de su cuarto; pero como oyó tambien la voz de su amante, detúvose maquinalmente, y escuchó que don Luis decia á la baronesa con mucha espresion al despedirse de ella:

—Sobre todo, mi querida amiga, sea usted muy prudente. Haga de modo que nada pueda traslucir María. ¡Dios nos libre de que llegase á saberlo!

¡Hacia una hora que se habia despedido don Luis, y estaba todavía con la baronesa!

Esta reflexion alarmó á María, y agitóse de todo punto su corazon cuando oyó las misteriosas palabras que acababa de pronunciar su amante, y á las cuales dió aquella infeliz la mas siniestra interpretacion.

CAPITULO IX.

Un recien llegado.

Nada mas positivo que la dolorosa verdad de que no hay en el mundo felicidad cumplida. ¿Qué mas podia ambicionar la hija de un pobre jornalero? Separada de sus enemigos, libre de una enfermedad espantosa, acogida con benevolencia por la generosidad de una cariñosa amiga, María acababa de oir las promesas de amor y constancia de un amante pundonoroso, que unia á sus virtudes un nacimiento ilustre, una riqueza inmensa y una figura bella y arrogante. María habia abrazado á sus hermanos y á su idolatrada madre. Dejó en aciagos dias hambrientos á estos infelices y ciega á la desventurada Luisa, y ahora nada faltaba á su familia para pasar una vida modestamente acomodada. La ciega habia recobrado su vista, y si bien es verdad que aún Anselmo gemia en la oscuridad de un calabozo, tenia su hija una formal promesa de su amante de que aquel honrado artesano saldria en breve de su prision. María, nacida en la mas humilde cuna, iba á enlazarse en dulces vínculos con un jóven á quien adoraba, iba á adquirir en la sociedad una posicion distinguida y brillante. ¿Qué mas po-

dia ambicionar, repetimos, la hija de un pobre jornalero? Pues bien, en medio de los beneficios con que la Providencia galardonaba sus pasados sinsabores, María era acaso mas infeliz que nunca. Un tormento de nueva índole atosigaba su inocente corazon.

¿Y sabeis lo que es el tierno corazon de una niña? ¿Concebís lo que siente cuando amor se cobija en él? No confundais el verdadero amor con la coquetería, y decidme: la candidez de una niña enamorada, ¿no es un destello de la Divinidad?

María amaba á don Luis con el ardor con que se ama en la edad de la adolescencia, y con toda la vehemencia de la primera pasion; pero esta pasion fogosa lo dominaba todo, y le hacia olvidar á veces hasta los beneficios de sus protectores y las pruebas de acendrada amistad que otra mujer virtuosa le prodigaba. María, como todas las enamoradas, figurábase que los encantos de su amante cautivaban la voluntad de las demás mujeres como habian cautivado la suya. Interpretaba con recelo la mas inocente mirada..... cualquiera espresion le parecia una declaracion amorosa. Esto es por desgracia tanto mas natural, cuanto mas vehemente es la pasion de una candorosa jóven.

La jovial amabilidad de la baronesa *** y la cortesanía con que don Luis de Mendoza espresaba su gratitud á los favores que su amiga prodigaba al objeto de su amor, fueron ya para la fascinada María los primeros destellos de una pasion naciente, y este infundado recelo subió de punto cuando oyó las misteriosas palabras con que se despidió de la baronesa don Luis, á quien hacia una hora que creia la celosa María ausente de la casa.

Figúrese pues el lector qué triste noche pasaria la pobre jóven, embebida en tan dolorosas reflexiones. Y entre tanto..... su fiel amante no pensaba mas que en su dicha venidera, en las gracias y virtudes de su adorada María, en los medios de hacerla siempre feliz y quererla con adoracion. El amor qui-

tábale el sueño, y para ocuparse en obsequio de su ídolo, tomó la pluma y escribió sus emociones en los siguientes versos:

¿Viste la linda-azucena
salpicada de rocío
cual se mece...
Y al verse de gracias llena
reproducida en el rio
reverdece?...

—

¿Ó en la alfombra de esmeralda
levanta el erguido cuello
majestuosa...
Ó en magnífica guirnalda
ser el adorno mas bello
de una diosa?

—

Pues no envidies, prenda mia,
á esa flor cuya hermosura
crece ufana.
Tú eres otra flor, María,
que ostenta su donosura
mas galana.

Tú eres mi bien, mi delicia,
mi esperanza, mi embeleso,
mi tesoro.
Tú haces mi suerte propicia...
tú eres mi diosa, y por eso
yo te adoro.

—

¿Viste la purpúrea rosa,
que á los celestes albores
del abril,
Levanta su frente hermosa,
y adorna con sus colores
el pensil?...

—

¿Ó se adormece al arrullo
de la juguetona brisa
celestial,
Y ostenta el tierno capullo,
que es del recato divisa
virginal?

—

Pues no envidies, prenda amada,
la fragante lozanía
de la rosa,
Que si ella es flor coronada,
tú eres otra flor, María,
mas hermosa.

—

Tú eres mi bien, mi delicia,
mi esperanza, mi embeleso,
mi tesoro.
Tú haces mi suerte propicia...
tú eres mi diosa, y por eso
yo te adoro.

Escritas estas y otras apasionadas estrofas en qué pintaba don Luis la fogosidad de su amor, empezó á reflexionar acerca de las maldades de fray Patricio.

Descubiertas ya por fin todas las iniquidades de su indigno cuanto insolente rival, sabido su paradero, hubiese podido don

Luis saciar su venganza y deshacerse de él entregándole á la justicia; pero el ejercicio de vil delator no es compatible con los sentimientos de un pecho liberal. Don Luis era además muy caballero, y conocia perfectamente que hay para ciertos casos leyes superiores á las de los códigos: las leyes del honor.

Lejos de nosotros la idea de abogar por la barbarie de terminar todas las cuestiones á estocadas; pero así como toda persona de discrecion debe despreciar soberanamente las necias provocaciones de cualquiera soez espadachin que por pueriles incidentes trate de lucir su destreza en la esgrima, compromisos hay en el mundo que hacen del duelo una lamentable necesidad.

Se ha dicho:

"Es un error que merece ser combatido, principalmente bajo un gobierno constitucional, que es el gobierno de la ley. Es menester enseñar á los hombres á no reconocer por juez y por regla sino á la ley y al magistrado."

"Esperemos que la razon humana acabará por condenar tan funesta preocupacion, el solo punto por el cual nuestra civizacion toca á la barbarie de los siglos pasados."

Estos dos párrafos son de dos escritores contemporáneos, segun dice *Fray Gerundio* en su TEATRO SOCIAL [1].

Ignoramos nosotros si los que han escrito estos párrafos, llenos de laudable moralidad á buen seguro, tendrian la santa resignacion de sentir en su carrillo el escozor del sello de la infamia aplicado por una mano alevosa, y permanecer inmutables. Ignoramos si al oir algun insulto grosero imitarian á don Hermógenes, que tomaba un polvo y se iba á oir una misa en la Soledad. Tampoco sabemos si se dejarian calumniar por un infame libelista y contemplarian con filosófica mansedumbre las mancillas de su lecho nupcial; pero sí diremos que si el castigar tales villanías es una barbarie, mas qui-

[1] Tomo I, página 408.

siéramos nosotros en tal conflicto pasar por bárbaros que por civilizados.

Don Luis, como buen caballero, opinaba que por mas que hayan escrito contra los duelos hombres llenos de sabiduría y de *prudencia* con la mas sana y filantrópica intencion del mundo, hay ocasiones en que arguye cobardía y vileza apelar á medios judiciales; y esta conviccion hízole desear, desde la revelacion del *tio Lagarto*, que rayase el dia siguiente para presentarse en casa de fray Patricio y obtener la satisfaccion que á tantos y tan alevosos ultrajes cumplia.

Llegaron las diez de la mañana, y despues de haber tomado precipitadamente un ligero desayuno, vestíase el marquesito para dar la merecida leccion á su odiado rival, cuando entrando de repente un mozo de la fonda en su cuarto, esclamó dando desaforados gritos:

—¡Señorito! ¡señorito!

—¿Qué es eso?

—Acaba de llegar un amigo de usted.

—¿Un amigo mio?

—Sí señor, muy amigo..... Me ha encargado que no le dijera á usted quién es. Pero él sube detrás de mí..... y quisiera yo que usted adivinase..... ¡Ya está usted fresco!—añadió en tono irónico el criado.—Es un caballero que viene á ponerle á usted á raya..... No quisiera estar yo en el pellejo de usted..... Viene á castigar sus travesuras..... y á hacerle ver cuántos son cinco..... y á.....

—¿Qué facha tiene?

—Es un señor..... así..... bastante gordo.....

—¡Él es! ¡Don Patricio!—esclamó para sí don Luis.—¡Cuánto siento que me haya ganado de la mano!

Al decir esto, oyéronse pasos, volvió don Luis la vista hácia la puerta, y haciendo un ademan de asombro y de alegría, esclamó como fuera de sí:

—¡Padre mio!

Y se arrojó en los brazos de un respetable caballero.

—¡Hijo de mi vida!—esclamó el recien llegado notablemente conmovido.

Este personaje era el marqués de Bellaflor, que venia de Zaragoza y acababa de llegar á Madrid.

Mientras estaba abrazado con su hijo, el mozo, que era asturiano, celebraba con bárbaras carcajadas sus anteriores cuchufletas.

CAPITULO X.

El regreso del marido.

La tristeza de María formaba contraste con la jovialidad de la baronesa ***. Siempre solia manifestar esta virtuosa jóven el mismo temperamento: su buen humor y amabilidad hacian su trato delicioso; pero si jovial estaba siempre, su alegría subió de punto al recibir una carta de su esposo en que le decia que aquel dia mismo, á las cuatro de la tarde, esperaba abrazarla en Aranjuez para regresar juntos el dia siguiente á Madrid.

Loca de contento la baronesa, participó esta noticia á María, añadiendo que se preparase para salir con ella despues del desayuno á recibir á su marido.

María, que agobiada de amargos recelos habia pasado una noche cruel, agravando con tristes reflexiones sus padecimientos, habia llegado á adquirir la funesta conviccion de que su amante le era infiel y que mantenia criminales relaciones con aquella mujer seductora que se fingia su amiga. Esta idea desgarradora era hija, no solo de las apariencias que habian engendrado los celos que despedazaban el corazon de la enamorada jóven, sino de un ensueño terrible que habia turbado su

reposo, poniendo en evidencia el crímen que la infeliz sospechaba. Parecíale imposible que cupiese tanto disimulo y falsedad en el corazon humano; pero los anteriores engaños, las fingidas bondades de la marquesa de Turbias-aguas, las imposturas de fray Patricio, las maldades en fin de que habia sido víctima, habíanle hecho desconfiar, no solo de cuantos la rodeaban, sino hasta de los mismos beneficios que sin aquellos antecedentes hubieran sido convincentes pruebas de los desvaríos de su ardiente imaginacion. Así fué que al presentarse en su cuarto Emilia asombróse María del contento que aquella manifestaba por el regreso de su esposo, y no sin maliciosa intencion preguntó á la baronesa:

—¿Conque se alegra usted mucho de la vuelta de su marido?

—Sí, amiga mia,—respondió la baronesa.—Su ausencia ha sido de muy breves dias, y sin embargo paréceme que hace un siglo que no le veo. ¡Pues qué! ¿se figura usted que nadie sabe amar mas que usted? ¡Ay, amiga mia! En llegando las mujeres á enamorarnos de un hombre, nos abandonamos demasiado á la violencia de nuestro amor. No sabemos ocultar nuestras sensaciones, y esto nos perjudica mucho, porque los hombres se envanecen con nuestra debilidad, y acaso se goza algunas veces su orgullo en hacernos derramar lágrimas. Es muy dulce querer de veras; pero tambien nos proporciona ratos muy acerbos, porque cuando llega un hombre á persuadirse de que es amado, aparenta cuando menos cambiar su amor en indiferencia, y nosotras, que siempre solemos pensar lo peor, nos atormentamos con ridículos recelos. Es una desgracia de las mujeres, el que cuanto mas enamoradas, mas celosas hayamos de estar de nuestros maridos..... Ya lo esperimentará usted, mi buena amiga, ya lo esperimentará usted.

María ruborizóse al oir las singulares espresiones de la baronesa. No parecia sino que habiendo adivinado los temores de su amiga, tratase de poner en ridículo su conducta. Esto, y la sinceridad que destellaba el júbilo de Emilia por el regreso

de su marido, trocaron la errada conviccion de María en penosa incertidumbre, que engendró en su alma una lucha terrible de encontrados afectos.

—¿Conque es usted celosa?—preguntó María haciendo un esfuerzo por sonreirse.

—Estremadamente celosa,—contestó la baronesa;—pero he hecho un particular estudio para disimularlo, porque conozco que los celos son hijos las mas de las veces de apariencias engañosas. A fuerza de querer vencerme, he logrado dominar este defecto, porque antes de casarme, cuando mi marido me obsequiaba..... ¡Jesus!.... aquello era vivir en áscuas..... Figurábaseme que todas las mujeres estaban enamoradas de mi amante..... Una mirada..... un saludo..... el mas leve movimiento..... todo me alarmaba.....

—¿De veras?—esclamó María como si empezase á sentir los efectos de un bálsamo consolador.

—¡Y qué! ¿no se desazonó usted porque vino ayer Luisito mas tarde de lo que usted hubiera deseado? No hay amor sin celos, hija mia; pero es preciso andarse con gran cautela, porque los celos de las mujeres suelen engendrar desvío en los hombres.

El negro Tomas interrumpió esta conversacion anunciando que el desayuno estaba en la mesa.

Dirigiéronse las dos amigas al comedor, y despues de tomar un ligero alimento, metiéronse en la berlina.

. . . . . .

Seis leguas habian ya dejado á su espalda nuestras hermosas viajeras, cuando la aridez de los campos hasta entonces recorridos trocóse de improviso en deliciosísimo valle. Multitud de añosos, corpulentos y gigantescos árboles sombreaban la calzada. Amenos y frondosos bosques, espaciosas praderas cubiertas de verdura, jardines suntuosos y pintorescos, ofrecian á la vista todos los encantos y tesoros de la vegetacion, del arte y de la riqueza. El susurro de las fuentes, los arroyos que serpenteaban entre las plantas, y el melodioso canto de las

aves, daban un aspecto verdaderamente poético á aquel conjunto maravilloso, fertilizado por las aguas del Tajo y del Jarama.

Llegó la berlina á una plaza circular, centro de doce ma--estuosas alamedas.

María quedóse asombrada en medio de tanta hermosura y grandeza, cautivando particularmente su atencion los arcos de la gran plaza, la iglesia de San Antonio y el monte Parnaso.

Al llegar al puente colgante preguntó María:

—¿Qué rio es este?

—Es el Tajo,—respondió la baronesa.—Ahí enfrente tiene usted la hermosa poblacion de Aranjuez, el palacio regio á mano derecha.....

—¿Y ese jardin tan bonito?

—Es el jardin de la *Isla*, y se llama así porque está situado en la que forman el Tajo y la ria que se une á él en el *puente verde*. Un foso murado y elegantemente enverjado de hierro con bellos jarrones rodea aquel recinto encantador. El palacio que hay en él fué construido por el famoso Juan de Herrera, de órden de Felipe II.

—¿Y esotro jardin de la izquierda?

—Ese es el del *Príncipe*, no menos frondoso y bello. Fué principiado por disposicion de Cárlos IV cuando era príncipe de Astúrias. Su circunferencia es de seis mil novecientas cinco varas. El Tajo baña y fertiliza los árboles y plantas mas preciosas, traidas de Amérika y del Asia por inteligentes botánicos. Hay un embarcadero que facilita á las personas reales pasearse en pequeñas góndolas. El laberinto es magnífico, y otro palacio llamado de la *casa del labrador* es sorprendente, á pesar de su modesto título, por la riqueza y suntuosidad de sus adornos.

—Ya estamos en Aranjuez,—dijo María á poco rato.—Como corresponda la poblacion á sus alrededores.....

—No es una gran poblacion..... tiene poco mas de cuatro mil habitantes, contestó la baronesa;—pero por este tiempo suele ser mucha la concurrencia, y caben en sus casas mas de veinte mil almas. Desde la primavera viene aquí á disfrutar de las delicias del campo lo mas escogido de la sociedad madrileña. La villa está construida segun las instrucciones que dió el marqués de Grimaldi á su vuelta de la embajada de Holanda. Sus calles son anchas y á nivel, y están vistosamente pintadas. Esta monotonía queda cortada por los soberbios palacios que descuellan de trecho en trecho.

Nada exageraba la baronesa en las descripciones que hacia

de tan encantadores sitios; antes al contrario, citaba solo sus principales bellezas, porque la enumeracion de las infinitas maravillas de Aranjuez, que mas adelante describiremos con mayor estension, no era para la rápida conversacion del momento.

María estaba absorta de lo que oia y de lo que en derredor contemplaba, hasta que un grito de alegría que lanzó la baronesa vino á distraerla de su arrobamiento.

—¡Mi marido!—habia esclamado Emilia en el momento en que se paraba la berlina.

Abrió el lacayo la portezuela, y la baronesa se arrojó en los brazos de un elegante caballero en traje de camino.

Despues de hacerse ambos esposos mil afectuosas espresiones de su recíproco júbilo, dijo la baronesa á su marido, lle-

vándole de la mano hácia María, que acababa de bajar del carruaje.

—Ven, querido mio, quiero presentarte á mi mejor amiga.

A la primera mirada que el recien llegado y María se cruzaron, quedaron como petrificados los dos.

¡El esposo de Emilia era el baron del Lago!

Este acontecimiento creaba un nuevo conflicto para María, que la colocaba en la mas crítica y desesperada situacion.

FIN DE LA PARTE CUARTA.

PARTE QUINTA.

LOS CELOS.

CAPITULO PRIMERO.

El orígen de la anarquía.

Es incuestionable que el estado mas desolador en que hallarse puede una nacion cualquiera, es el de la anarquía, porque donde llega esta á desencadenarse, la fuerza brutal usurpa el trono de la justicia, exáltanse iracundas las pasiones, y las leyes ceden al imperio de la arbitrariedad. Pero es una calumnia infame atribuir el orígen de la anarquía á la rebelion de las masas populares. Rara es la vez

que si estas se rebelan no sea contra los abusos del poder. Los pueblos bien gobernados, los pueblos que prosperan y son felices bajo el amparo de leyes sábias y protectoras, jamás se arrojan á insensatas conmociones. Pero cuando abandonadas del gobierno vénse las clases laboriosas sumidas en la indigencia, porque lejos de fomentar el amor al trabajo con el galardon á que el mérito y la virtud son acreedores, se roba á los artesanos el fruto de sus afanes para alimentar, no diremos solo el fausto y oropeles de los palacios, sino hasta el vicio, la holganza y los crímenes de cortesanos corrompidos, es cuando esa inmensa mayoría industriosa que constituye la verdadera nacion, en quien reside la única soberanía que debe ser acatada como don de la Divinidad, se agita y se conmueve. Este pueblo pues, este pueblo avezado al trabajo, á las privaciones y al ejercicio de todas las virtudes, tiene un derecho incuestionable á ser gobernado legalmente, porque sin legalidad no puede haber sosiego, y su indignacion contra las infracciones de la ley, lejos de probar anarquía de su parte, arguye ansiedad de buen gobierno, anhelo de paz, ambicion de un porvenir basado en la seguridad individual, en la justicia y en el órden público. ¿Y puede haber órden donde el poder se hace superior á la Constitucion del Estado? ¿Puede haber justicia donde se antepone el espíritu de partido á la santidad de las leyes? ¿Puede haber seguridad individual donde lo domina todo el sable de un dictador? No, mil veces no. Es pues un absurdo crasísimo, es una calumnia infame, repetimos, calificar de anarquía el descontento y la agitacion del pueblo contra sus opresores; porque este descontento, esta agitacion que ha producido á veces lamentables trastornos, así como reformas saludables, ha sido siempre consecuencia de los atentados del poder. La verdadera anarquía es pues hija del mal gobierno. En la arbitrariedad, en las violencias, en el feroz despotismo de los primeros encargados de la sagrada custodia de las leyes, allí, allí y solo allí es donde hay que buscar el orígen de la anarquía.

Y no se diga que para contener á los díscolos que se excentralizan de los límites de las leyes, debe tambien saltar su valla el poder para combatirles en igual terreno, porque esto es añadir al escándalo el mas grosero de los absurdos, es hacer alarde de una ignorancia que sienta mal en los que se juzgan aptos para dirigir las cosas públicas. Con asombro hemos oido repetidas veces este desatino increible en hombres que presumen de civilizacion y sensatez. ¡Pues qué! ¿se han hecho las leyes para castigar á la inocencia? ¿Se necesitarian tribunales si nadie faltase á su deber? Precisamente para contener á los que se desvian de las obligaciones que el honor, la moralidad, y sobre todo el código fundamental, impone á todos los individuos de una nacion, se han creado los tribunales, que jamás separarse deben de la senda legal, y es ocurrencia digna de las *supremas inteligencias* arrogarse la facultad de atropellar las leyes para ser justos. Esta abominable máxima nos arrancaria una sonrisa de compasion y de desprecio hácia los imbéciles que de tal modo argumentan, si no hubiese ya originado espantosas consecuencias en nuestra patria.

El gobierno y solo el gobierno es SIEMPRE el culpable de las revueltas políticas. Donde se gobierna bien, el pueblo calla, obedece y bendice á las autoridades que velan por su prosperidad. Donde se gobierna bien, es la anarquía una planta exótica que no puede aclimatarse de modo alguno, porque apenas resuella el genio del mal, tiene la justicia suficiente prestigio y poder para ahogarle en su cuna, y lejos de obtener eco el grito de rebelion entre las masas populares, están estas interesadas en la conservacion de un sistema de gobierno que garantiza la dignidad del hombre.

Pero la historia es mas elocuente que cuantos argumentos pudiéramos nosotros alegar para demostrar hasta la evidencia que la anarquía tiene siempre su orígen en los abusos del poder.

El gabinete de mayo de 1836 tuvo la desgracia de no merecer las simpatías de la nacion, porque se anunció reacciona-

rio y despótico antes de nacer, y habiéndose precipitado con sobrada imprudencia algunos de sus individuos en hacer alarde de su audacia, recibieron una leccion tan severa como justa y merecida.

En el Estamento de los señores procuradores del reino ocupaban el banco de los ministros el de Marina y el de Gobernacion. Pidió este la palabra, y levantándose un señor procurador, hizo presente con valentía y dignidad que veia el banco *negro* ilegítimamente ocupado [1]. Habíase en efecto ol-

[1] Hé aquí cómo esplica este suceso la *Crónica contemporánea:*

«Al empezarse los debates ocurrió una escena mortificante para algunos de los nuevos ministros, que acabó de aumentar el triste recibimiento que les hizo el público y el Estamento. Estaban sentados en el banco de ministros el de Marina y el de Gobernacion, y al pedir el segundo la palabra, preguntó el señor Pizarro al presidente del Estamento si se habian recibido por conducto oficial los nombramientos de los nuevos ministros: resultó que el poder habia olvidado este paso tan esencial, y por unanimidad resolvió la cámara que abandonasen el banco negro los dos ministros, el de Marina y el de la Gobernacion, por ser intrusos, el uno en el Estamento y el otro en el banco ministerial. La galería celebró esta dignidad del cuerpo legislativo con demostraciones que aumentarian el despecho de los ministros tan notoriamente rechazados. Siguió la discusion, en la cual sostuvieron con aplauso de la asamblea y del público la protesta los elocuentes y apasionados oradores Olózaga, Landero y Lopez, y dada por suficientemente debatida, fué aprobada por noventa y seis votos contra doce. Diez se abstuvieron de votar. Esta sesion ha sido una de las mas solemnes que ha tenido la cámara popular en España. A consecuencia de este hecho notable bajaron considerablemente los fondos públicos.»

«Semejante resolucion del Estamento le hizo incompatible con el nuevo poder; y el tono, las reticencias usadas por el señor Isturiz dieron á comprender sobradamente que la disolucion del parlamento era ya una medida resueltamente proyectada. Ya que el Estamento iba á morir otra vez, quiso morir con gloria y dignidad. Despues de haberse conformado una comision en su dictámen sobre la supresion de regulares, con las principales determinaciones del gabinete de setiembre, se presentó en otra sesion, en la del 22, una proposicion firmada por sesenta y siete procuradores, proponiendo que se declarase que el nuevo gabinete no merecia la confianza del Estamento. Abrióse discusion sobre esta proposicion fulminante. Morales, Castels, Soria y Parejo la combatieron. Defendiéronla Olózaga, Caballero, Alday y Lopez, y fué aprobada por setenta y ocho votos contra veintinueve. La guerra estaba declarada, y uno de los combatientes herido de muerte. Los ministros abandonaron el banco antes de la vo-

vidado el gobierno de comunicar oficialmente la formacion del nuevo gabinete, y en su consecuencia resolvió la cámara por unanimidad que abandonasen el sitio que ocupaban los dos citados ministros, por ser considerados como intrusos. Esta dignidad del Estamento fué celebrada por toda la concurrencia de las tribunas públicas con estrepitoso aplauso.

En otra sesion fué aprobada una proposicion firmada por sesenta y siete procuradores, declarando que el ministerio no merecia la confianza del Estamento [1].

tacion, y todo el mundo creyó adivinar en su frente nublada el designio de vengarse del cuerpo legislativo con una disolucion, por mas que esta trajese al país males inmensos. No se hizo esperar esta atrevida y peligrosa determinacion del poder.»

[1] «Emprendió Isturiz en su administracion la via retrógrada y antiliberal que era consiguiente adoptase, atendido el orígen de su elevacion al poder, y teniendo en cuenta tambien la implacable saña y el mortal espíritu de venganza de que entonces se hallaba animado, y en el Estamento de procuradores presentóse al dia siguiente del nombramiento de los nuevos ministros, y al tiempo mismo de entrar tres individuos del nuevo gabinete en el salon, una protesta firmada por cuarenta y seis diputados, la cual comprendia las peticiones siguientes: «1.ª Que las facultades estraordinarias concedidas al gobierno en la legisla»tura anterior con el voto de confianza habian cesado al abrirse las actuales »Córtes; 2.ª Que si estas se prorogaban, ó disolvian sin estar votados los presu»puestos, no se pudiese en lo sucesivo recaudar impuesto alguno; y 3.ª Que todos »los empréstitos ó anticipaciones, de cualquiera clase que fueran, contraidos »sin autorizacion de las Córtes fuesen absolutamente nulos.»

«Con audaz serenidad recibieron los ministros este voto de reprobacion lanzado por sus émulos; y picados de honor, obstináronse en defender sus puestos, recogiendo impávidos el guante, que con no menor audacia se les arrojaba. Mañero en su conducta el presidente del Consejo, y haciendo gala de la maestría que le es propia, como orador aventajado y táctico en el Parlamento, impugnó con singular habilidad las proposiciones que le herian tan de cerca; pero aprobadas al fin por el Estamento de procuradores, aprestáronse los nuevos consejeros á seguir gobernando, respaldándose en el trono y sin temor á las censuras de los Estamentos. Acedábase en estos cada dia mas y mas la opinion contra el ministerio, y pasadas las primeras sesiones en recriminaciones mútuas, en amargas censuras, y hasta en los mas insultantes desprecios, depuesto enteramente el disimulo, presentóse el dia 21 de mayo una proposicion que firmaban sesenta y siete procuradores del reino, en la cual se decia: «Pedimos al Esta»mento que declare que los individuos que actualmente componen el ministerio

Las Córtes fueron disueltas: los audaces ministros permanecieron en sus puestos.

Pero no contentos con esta atrevida determinacion, resueltos á conservarse á todo trance en sus doradas sillas, hicieron firmar á la reina Gobernadora un manifiesto desatentado que fué una tea incendiaria arrojada en el hacinamiento de combustibles que amagaban espantosa y general conflagracion [1].

Exento de fuerza moral el gabinete, acabó de cerrar el li-

»no merece la confianza de la nacion.» Setenta y ocho procuradores aprobaron esta peticion contra veintinueve que la desaprobaron y trece que se abstuvieron de votar, despues de un ruidoso y apasionado debate; y siendo ya imposible toda avenencia, en la sesion del 23 leyó el presidente del Consejo el decreto de disolucion de aquellas Córtes, como cuatro meses antes habia sido leido el que disolvia otras, si bien por causas diametralmente opuestas á las de ahora. Así la lucha pertinaz y las rivalidades intestinas de los partidos políticos han hecho infructuosa é improductiva por largos años en España la representacion nacional.» (Florez, *Historia de Espartero*, tomo I, pág. 306.)

[1] «Los ministros dirigieron á S. M. una esposicion, donde le manifestaban los fundamentos que tenian para disolver las Córtes, acusando de una manera violenta la conducta de los procuradores del reino. El lenguaje era duro, las ideas enteramente contrarias á las que hasta la sazon habian emitido los señores Isturiz y Galiano; y no contentos con esto, hicieron dar á la reina un manifiesto á la nacion, que acabó de revelar las intenciones y metamórfosis de los antiguos adalides de la oposicion progresista. En este documento se advertia mas virulencia aún, menos respeto á la representacion nacional, menos generosidad por lo tocante al recibimiento que habia dado al nuevo ministerio el Estamento popular. Como si los ministros, verdaderos responsables de este manifiesto, hubieran creido que en boca del jefe del Estado pasarian mejor sus espresiones de despecho, las guardaron casi todas para este documento, poniendo á la augusta señora, á quien las hicieron decir, en una posicion falsísima.»

«La violencia que llevaban todos estos actos revelaba sobradamente á los ministros los peligros de que estaba erizada su situacion, y fueron ó creyeron ser previsores y enérgicos decretando medidas que pudiesen impedir las conmociones populares, cuyo rumor estaban ya percibiendo. El ministerio de la Guerra pasó una circular á sus dependencias, haciendo responsables á todos los que no sofocasen con mano fuerte toda tentativa de pronunciamiento, y espresándoles de una manera detallada las providencias y conducta que habian de adoptar y seguir para merecer la confianza y el agrado del gobierno. Las nuevas Córtes fueron convocadas para el 20 de agosto, y debian venir ya con el encargo de revisar el Estatuto.» *(Panorama Español*, tomo III, pág. 144.)

bro de las leyes y apeló al despotismo militar. Este es el síntoma mortal de los gobiernos. Cuando el furor les ciega de este modo, es que se hallan ya en el delirante período de la agonía.

Fray Patricio estaba altamente interesado en el triunfo de un ministerio de quien esperaba la realizacion de sus hermosas ilusiones. Así es que todos los resortes del *Angel esterminador* pusiéronse en movimiento.

Prodigóse el oro á manos llenas á fin de alcanzar la victoria en las urnas electorales; y para dar una idea de los bastardos recursos que puso en juego en esta lucha la pandilla ministerial, describiremos en el siguiente capítulo la moralidad que desplegaron sus jefes en un banquete cuyo objeto principal era tratar de las próximas elecciones, pero sin escluir ninguno de cuantos goces y deleites constituyen, en el concepto de un libertino, los encantos de la orgía. Tendiendo un velo sobre las escenas mas repugnantes, daremos solo conocimiento á nuestros lectores de las que basten á hacer odiosas las licenciosas costumbres de los eternos aduladores del que manda.

CAPITULO II.

La libertad bien entendida.

Hay en la fonda del Caballo Blanco, calle del Caballero de Gracia, una sala no espaciosa en demasía, pero donde se puede poner una mesa para veinte personas aprovechando cómodamente el terreno. Esta sala tiene la ventaja importante, en ciertos casos, no solo de estar enteramente aislada, sino de que puede irse á ella por un pasillo reservado, sin que desde ninguno de los demás cuartos de la fonda se note lo que allí ocurre.

Amaestrados por la práctica los mozos del establecimiento, saben perfectamente su obligacion, y cuanto pasa en aquel recinto, cuanto se habla en él, queda, lo mismo que lo que se dice en el santo confesonario, sepultado en la eternidad del secreto.

Y no solo es la reserva la principal virtud de los mozos que sirven en aquel misterioso departamento, sino que particularmente cuando la concurrencia se compone de los dos sexos en que se dividen los frágiles descendientes de Adan y

Eva, convirtiéndose en casi mudos, casi sordos y casi ciegos, tienen la precaucion de no figurar en la escena mas que lo indispensable para no oir, ver ni hablar sino lo que estrictamente requiere el buen desempeño de su oficio.

Veinte personas eran en efecto las que rodeaban una mesa cubierta de esquisitos manjares y delicadas bebidas. Diez lindísimas jóvenes de esas que tanto abundan en Madrid, y á quienes á pesar de su escandalosa prostitucion respeta la policía porque venden sus gracias y sus encantos á *caballeros decentes*, alternaban con sus diez galanes almibarados, todos mas ó menos furibundamente ministeriales, entre los cuales descollaba por su buen humor y voracidad nuestro célebre fray Patricio.

—Señores,—esclamó nuestro héroe con una copa de *Champagne* en la mano,—esta reunion tiene por objeto el triunfo de las ideas de órden, de sana moral y de libertad *bien entendida*. Los revolucionarios trabajan con infatigable actividad para ganar las elecciones, y si nosotros no oponemos todos nuestros esfuerzos á los suyos, en breve se parodiarán en España las horrorosas escenas que cubrieron de sangre y de luto á la Francia durante su revolucion. Tenemos por fortuna un ministerio dispuesto á no cejar en la gloriosa senda de paz y de reconciliacion que ha emprendido. Nosotros, que espontáneamente y sin mas interés que el deseo de ver feliz á nuestra patria nos hemos declarado sus mas acérrimos defensores, debemos armonizar nuestros afanes y desvelos para que el resultado de los trabajos individuales forme un conjunto compacto que corone nuestras esperanzas. Hé aquí el objeto de esta reunion. Todos nosotros estamos identificados con la causa del órden. Estas amables jóvenes que nos rodean han puesto en juego la encantadora elocuencia de sus hechizos para conquistar prosélitos. Los hombres que tenemos la dicha de merecer sus dulces miradas, no hemos permanecido apáticos en los preparativos para la lucha electoral. Sepamos pues los progresos de cada uno en tan interesante negocio; pero es preci-

so abrir la sesion con un brindis á nuestras dignas correligionarias.

Y levantando la mano con la copa de *Champagne*, añadió:

—¡Brindo por nuestras hermosas colaboradoras en política y en amor!

Despues de una salva de aplausos, tocó cada uno su copa de *Champagne* con la de su compañera, y apurándola de un sorbo, empezó á chispear mayor animacion en los concurrentes.

—Señores,—esclamó un oficial del ministerio de Hacienda,—para el buen órden de la discusion creo que debemos empezar por el nombramiento de un presidente, y en este concepto propongo á nuestro digno compañero don Patricio para el desempeño de tan honroso cargo.

—¡Aprobado! ¡aprobado!—gritaron todos.

Y fray Patricio quedó elegido presidente por aclamacion.

—Doy las gracias á esta honorable asamblea,—dijo poniéndose en pié,—por la alta confianza que se sirve dispensarme.

Y sentándose, añadió:

—Queda abierta la sesion.

—Pido la palabra,—dijo con voz de tiple una de las diez ciudadanas.

—Concedida, respondió fray Patricio.

—Como las mujeres tenemos el don de la elocuencia mas que en la lengua en los ojos, las que aquí estamos nos hemos cruzado una mirada inteligente; y comprendiendo su significado, levántome yo á nombre de todas mis compañeras, y brindo por nuestros amables galanteadores, y que el triunfo de sus doctrinas afiance la paz de España, el órden público y buena administracion de justicia, conservándoles en sus lucrativos empleos para que, como ahora, muestren con frecuencia su galantería y generosidad en obsequio de sus fieles y cariñosas amigas.

Prolongado estrépito de vítores y palmadas acogió el pre-

cedente brindis, que dejó vacías algunas botellas de Málaga.

Tocó el turno de la palabra á un empleado en la intendencia de policía, y despues de limpiarse los labios con la servilleta, dijo en tono festivo:

—Seré breve, señores: el tiempo es precioso, y he observado que se come menos cuanto mas se habla. (Risas.) Un empleado del gobierno debe ser voraz..... por esta razon abundan los que comen á dos carrillos. (Risas prolongadas.) Me concretaré pues á tranquilizar los espíritus de esta reunion. No hablo de los líquidos espirituosos, sino de los ánimos de los concurrentes. Se han tomado todas las medidas convenientes para la salvacion de nuestros empleos. Si ellos se salvan, la patria se salvará. (Aplausos.) Se han pasado circulares á todas las dependencias del gobierno para que voten nuestra candidatura. Si esto no es suficiente, votarán tambien los militares, y basta esta medida para asegurar el triunfo. Se encarga muy particularmente que la votacion sea libre, *con tal de que nadie se desvie de la candidatura propuesta por el gobierno.* De este modo se concilia el buen éxito con las prácticas del sistema representativo y con la entera libertad que debe reinar en los colegios electorales. (¡Bien! ¡bien! Aplausos.)

—Yo, señores, tengo el honor de participar á la asamblea que he distribuido mas de mil papeletas entre mis adoradores,—dijo una de las convidadas;—y eso que aún no las tienen todos aquellos á quienes guarda mi amor la mas acrisolada fidelidad. La constancia es mi divisa, y por eso soy constante á cuantos me piden amor.

—Yo he distribuido otras tantas papeletas.....

—Yo tambien.....

—Yo tambien.....—añadieron las demás.

—¡Vivan nuestras hermosas!—esclamó fray Patricio.

—¡Vivan!—repitieron todos los convidados.

A estos gritos de entusiasmo sucedió una calma sepulcral por haber aparecido dos mozos, que en un instante mudaron los platos de la mesa.

Este silencio duró pocos momentos, pues apenas dejó el mozo en ella una gran fuente que contenia un enorme pastelon, fué este saludado con una triplicada salva de palmadas.

En medio del estrépito dejábanse oir algunos vivas á Martinez de la Rosa.

La hilaridad de la concurrencia creció de punto cuando en torno del pastel colocó el mozo cuatro platos de cangrejos.

Desapareció el mozo, y levantándose fray Patricio, cautivó la atencion general.

—Señores,—dijo con el rostro encarnado salpicado de gotas de sudor á manera de tomate cubierto de rocío,—á nosotros, á los hombres de la sublime inteligencia, á los de la libertad bien entendida, nos llaman *cangrejos* los que no pueden comprendernos porque son ignorantes. Este título nos honra; yo á lo menos me envanezco de pertenecer á la raza cangrejil.

Y en el calor de la improvisacion echóse al coleto otra copa de *Champagne*.

—¡Yo tambien!....

—¡Yo tambien!....—gritaron todos.

Y todos bebieron con entusiasmo.

—Solo una cosa me horroriza,—repuso en tono burlesco fray Patricio.—Señores, vamos á comernos á nuestros propios hermanos, á nuestros semejantes, y desde hoy no se nos llamará *cangrejos*. Nuestros enemigos adquieren hoy el derecho de llamarnos *antropófagos*.

El chiste de fray Patricio fué acogido por una esplosion de carcajadas.

—¡Vivan los antropófagos!—esclamaron varias voces.

Y estos desaforados gritos, unidos al palmoteo de unos, á las patadas de otros, y al sonoro repiquete que hacian algunos dando con los cuchillos en los vasos y platos, formaba un estruendo indefinible.

La profusion con que se bebia el *Champagne*, el Málaga,

el Jerez y otros escelentes vinos, no podia dejar de producir visibles efectos *de órden y de sana moral.*

—¡Que hable don Venturita!—dijo una voz balbuciente.—¡Que per..... ore!.... ¡Que diga algo de los antro..... antrofósforos..... y de los cán..... cán..... cángris!....

—Don Venturita está triste,—contestó la ninfa que tenia á su lado.—Desde la reclusion de la marquesa de Turbias-aguas ha quedado viudo el pobrecillo.

—Señores,—dijo don Venturita Riñones,—yo no sé quién haya sido el delator de la marquesa; pero brindo á su salud.

—¿A la salud de la marquesa ó del delator?—preguntó sonriéndose fray Patricio.

—A la salud del delator; y si, como es probable, triunfa nuestra causa y salgo yo diputado á Córtes, mi primera proposicion ha de ser que se establezcan en todas las capitales y pueblos de España grandes casas de reclusion para encerrar en ellas á todas las viejas. Ahora que he sacado ya el jugo á semejantes cernícalos del bello sexo, quiero consagrarme á la hermosa juventud.

—Por eso el caballerito Asnar, abundando en las mismas ideas que manifiesta ahora el preopinante, se dedicaba á la hija,—esclamó otra de las hermosas concurrentes.

—Pido la palabra para una alusion personal,—dijo don Faustino Asnar.—Se me recuerdan cosas que me estremecen. El pobre marqués de Casa-cresta se hizo saltar la última mitad de su apellido de un pistoletazo. Este recuerdo me horroriza. Es un paso romántico.

Al decir esto, se bebió el orador una copa de Cariñena, y añadió:

—Señores, que aborrezca yo á las rugosas y estemporáneas beldades, nada mas natural, porque siempre han sido semejantes podrigorios los espantajos de mis amores; pero que don Venturita califique de cernícalos del bello sexo á las que han sido sus ídolos, es una heregía parlamentaria, una apostasía escandalosa que no debe tolerarse.

—No es apostasía, sino desengaño,—respondió don Venturita.—La historia contemporánea nos presenta mil ejemplos de que la opinion es una camisa gubernamental que debe mudarse todos los dias. Es una de las máximas de higiene mas salutíferas y confortables.

—Pues siendo así..... ¡bomba!—esclamó don Faustino subiéndose en mangas de camisa encima de la mesa con el frac á guisa de manto imperial.

Y haciendo ostentacion de una botella en la mano, añadió:

—¡Brindo por el estèrminio de los cernícalos!

—Pues yo estoy por los cernícalos,—repuso otro de la concurrencia, que era gran bebedor.—Es cosa deliciosísima coger un cernícalo á tiempo.

—Eso es pillar una turca,—dijo un jugador de profesion.—Yo estoy por la Grecia mas bien que por la Turquía, y en consecuencia..... brindo por los *griegos* [1].

—Se desea saber si es efectivamente verdad que la mujer del marqués de Casa-cresta fuese hija de un carnicero,—dijo una voz femenina.

—Es una fatalidad,—contestó fray Patricio metiéndose en la boca un pedazo de pastel;—pero aseguran que se ha probado hasta la evidencia.

—¡Bomba!—esclamó la voz balbuciente del que habia querido que don Venturita perorase.

[1] «Los *griegos*. Este es el nombre que se da á los jugadores que siempre ganan, gracias á los culpables fraudes, á las astutas maniobras y á las audaces supercherías de que se valen.»

«Entre esa infinidad de perversas industrias á que se dedican, no solo en Madrid, sino en toda España, los individuos designados con el nombre general de clases peligrosas, individuos que escalonados en las diferentes gradas sociales, no tienen, aunque con medios distintos, mas que un solo objeto, el de apropiarse los bienes ajenos, una de las mas características acaso, y que todos los años arrebata mayores sumas á la pública buena fé, es la de los *griegos*.»

«Los *griegos* forman una especie de sociedad secreta, una francmasonería cuyos adeptos se conocen unos á otros por medio de señales combinadas, se prestan apoyo y ayuda, y se guardan en general un inviolable secreto. Regularmente permanecen poco tiempo en un mismo sitio, si se esceptúa Madrid, centro de su industria. En invierno frecuentan, cada uno en la esfera de sus relaciones, los bailes, las tertulias y las sociedades. Cuando un *griego* logra entrar en una casa, no tarda en introducir en ella algun compadre, porque es mas fácil y mas seguro el trabajo de dos que de uno.»

»Pero el momento de la recoleccion infalible de los *griegos* es la estacion de los baños. De seguro se encuentra entonces en todos los establecimientos de baños de algun crédito á muchos de los afiliados, que llevan una vida regalada, hacen grandes gastos, y se aprovechan de la franqueza que reina en esos sitios de recreo para poner en obra todas las seducciones, todas las astucias y todos los atractivos del juego.»

«No emprenderemos seguramente trazar aquí el cuadro de los mil procedimientos por medio de los cuales engañan los *griegos* á los *primos;* bastará decir que algunos de ellos realizan en cada temporada de baños una suma de doce ó catorce mil duros; que muchos de ellos ocupan bastante buena posicion en la so-

Reinó un profundo silencio.

—¡Brindo!....—dijo la misma voz,—¡brindo!....

Y despues de una larga pausa, añadió:

—Como hay Dios que no me acuerdo por quién iba á brrrrin..... dar..... ¡Ah! sí..... ¡Brrrrrindo..... por el ós..... ósculo..... de la rrrrreconciliacion!....

—Tiene razon,—esclamó otro.—Yo tambien estoy por los ósculos.

Y dió un beso á su compañera.

—¡Y por la fusion!—esclamó un tercero.

—¡Viva la fusion!—gritaron todos.

Y cada uno abrazó y besó á la ninfa de su lado.

ciedad para alejar de ellos toda idea de robo, y que muchas veces aquellos á quienes han despojado en los salones de los baños, cuando regresan á la córte los reciben y presentan en sus tertulias, donde encuentran otros tontos que desplumar.»

«Una circunstancia, igualmente digna de notarse, es que de algunos años á esta parte el número de los *griegos* se ha aumentado de un modo considerable, y que sus filas no se reclutan ya como antiguamente entre jugadores oscuros, tontos al principio y despues pícaros. A boca llena se dice que en nuestro siglo positivo no hay medio que no parezca bueno para hacerse rico. Lo que pasa bajo este concepto, ¿no es la prueba mas terminante que pudiera presentarse en apoyo de semejante dicho?»

«Seguramente habrán oido hablar nuestros lectores de las barajas marcadas; pero esto es la infamia del arte, y los inteligentes no se comprometerian á emplear semejante medio. *Un griego* esperto se da y da á su adversario el juego que quiere, y tiene otros mil recursos que en los casos apurados emplea, y de los cuales solo citaremos un ejemplo. *El griego* debe siempre ayuda y proteccion á otro *griego;* así es que cuando uno de ellos juega alguna partida, otro se coloca sin afectacion bastante cerca de su adversario para poderle ver las cartas, ya sea que atraviese ó no. Cuatro letras del alfabeto, E, C, M, B, forman todo el lenguaje de los *griegos;* lenguaje misterioso que designa así los palos: E bastos, C copas, M oros, B espadas. Cuando el *griego* no sabe qué carta jugar, una frase insignificante pronunciada por su acólito se la indica por medio de la primera letra de cada palabra.»

«Fácil es conocer lo socorrido que para algunos juegos es esta especie de telégrafo hablando, y sin embargo no es mas que uno de los mil recursos infames que emplean los señores *griegos*.»

Aquí acabó de tomar aquella reunion todo el aspecto de la mas repugnante orgía, y nosotros juzgamos que debemos cubrir con el velo del silencio las escenas de asquerosa licencia á que se entregaban hombres que se apellidaban del órden, de la moralidad y de la libertad *bien entendida*, porque no queremos mancillar con ellas las páginas de nuestra historia.

CAPITULO III.

El permiso.

La habitacion de Anselmo *el Arrojado*, que habia permanecido cerrada con su miserable ajuar, mas bien por indolencia que por caridad del administrador, despues de haberse pagado los alquileres vencidos, volvia á estar ocupada por la virtuosa Luisa y sus hijos Manuel, Rosa y Joaquin; pero aquel recinto, que en medio de su aseo habia respirado hasta entonces desoladora indigencia, ofrecia un aspecto consolador.

Las paredes, blancas como la nieve, conservaban los mismos retratos de Riego, Mina, Laci, Empecinado, Torrijos y Manzanares, á los cuales habia profesado siempre el patriota Anselmo singular estimacion. Luisa les habia puesto nuevos marcos dorados. El espejo roto habia sido reemplazado por otro que formaba parte de un humilde tocador. La sillería y demás muebles que componian todo el ajuar, no eran de lujo, pero respiraban decencia y comodidad.

Luisa y Rosa dormian en la misma cama, y Manuel con su hermanito Joaquin tenia otra en el dormitorio que ocupaba antes María. Estas camas estaban perfectamente abastecidas de colchones, sábanas y almohadas.

Todas estas mejoras se debian á los socorros de una asociacion benéfica creada por la baronesa del Lago, compuesta de señoras caritativas que dedicaban sus afanes y desvelos á enjugar las lágrimas de las familias menesterosas [1].

[1] Además de la Junta de Beneficencia domiciliaria de que hemos hablado ya ventajosamente, hay en Madrid otras muchas asociaciones de caridad, de las cuales citaremos las siguientes:

Asociacion de señoras para el socorro de las religiosas de Madrid.—Un noble sentimiento de caridad y de celo religioso ha dado lugar á esta asociacion, dirigida por una junta de señoras de las mas respetables clases de Madrid, con el objeto de reparar en lo posible la injusticia y abandono en que yacen las desgraciadas monjas, privadas de sus bienes y no satisfechas sus pensiones. Debióse el bello pensamiento de esta filantrópica asociación á la señora marquesa de Malpica, y reunidas las señoras en crecido número, desplegaron desde luego un celo y una generosidad que forma magnífico contraste con el abandono del gobierno. Los resultados han correspondido á aquel ardiente fervor; y verificada la primera reunion en 14 de marzo de 1841, pudieron presentar en fin de aquel año, y á los diez meses de su instalacion, un resúmen de ingreso de ciento sesenta y un mil novecientos setenta y dos reales y treinta y tres maravedises, producto de las suscriciones voluntarias, limosnas y mandas, cuestaciones hechas por las señoras en las iglesias, y de algunas funciones dispuestas por las mismas; todo lo cual fué repartido á prorata entre las religiosas desvalidas. En el año 1843 ha empleado en los mismos piadosos usos doscientos mil quinientos ochenta reales.

Nuestra Señora del Refugio.—Fundóse esta santa hermandad en 1615, y despues de varias vicisitudes se estableció en 1702 en el real hospital iglesia de los alemanes (vulgo de *los portugueses)*, cuyo patronato y administracion, y el del colegio de niñas huérfanas, le confirió el rey don Felipe V. Esta hermandad se compone de personas de distincion y conocidas por su amor á la beneficencia, y sus caritativas ocupaciones consisten en hacer conducir los enfermos á los hospitales con el mayor esmero y diligencia, socorrer en sus casas á los que en ella permanecen y son visitados por los mismos individuos de la hermandad, auxiliar á otros con los oportunos socorros para salir á tomar baños, y á los dementes para ser conducidos á los hospitales de Toledo y Zaragoza, pagar la lactancia de las criaturas desvalidas, recoger las criaturas que se esponen en el torno de su establecimiento y conducirlas inmediatamente á la Inclusa, y hospedar y dar albergue á los forasteros y peregrinos que carecen de él, empleando para todas estas piadosas ocupaciones á los mismos hermanos de la asociacion, valiéndose para ello de informes reservados y otros delicados procedimientos que acrediten la necesidad y eviten la vergüenza de los interesados; todo lo cual constituye á este establecimiento en uno de los primeros de beneficencia que encierra nuestra capital. Son varios los estatutos que ha tenido esta santa hermandad, y los que en la actualidad la rigen fueron aprobados por el gobierno en 20 de octubre de 1842, reservándose

Además de los auxilios metálicos que habia recibido Luisa por conducto de la baronesa del Lago, esta buena señora habia proporcionado tambien á la mujer de Anselmo labor suficiente para que ella y Rosa ganasen un decente jornal, sin que atropellase Luisa su salud. Por otro lado, el hermano de la baronesa, don Antonio de Aguilar, habia proporcionado colocacion á Manuel en una imprenta en donde se publicaba uno de los periódicos mas liberales de Madrid.

Todo esto proporcionaba á la familia de Anselmo las mayores comodidades, atendido el buen órden con que la hacendosa Luisa gobernaba la casa, y las moderadas necesidades de unas pobres gentes avezadas á todo linaje de escaseces y de

aquel el nombramiento de funcionarios de la junta directiva, á propuesta en terna de la misma. En el año 1843 ha subido el gasto en tan piadosos usos á la cantidad de doscientos setenta y nueve mil cincuenta y nueve reales y seis maravedises, habiendo socorrido con ellos á tres mil quinientas trece personas de todas clases: suministrado baños á ciento treinta y dos, hecho criar cuarenta y ocho niños, recogido mil ochocientos noventa y tres pobres y doscientas cuarenta criaturas, con otros muchos servicios piadosos. Igualmente han sido invertidos en el mismo año en la real casa, iglesia y hospital de San Antonio ochenta mil doscientos veinte reales y treinta maravedises, y en el colegio de niñas huérfanas unido á la misma casa sesenta y dos mil cincuenta y nueve reales y cinco maravedises, componiendo un total de gasto en el año de cuatrocientos veintiun mil trescientos treinta y nueve reales y siete maravedises, y desde su fundacion con iguales objetos, de setenta y un millones ochocientos veintitres mil ciento cuarenta y ocho reales y veintisiete maravedises.

Hermandad de Nuestra Señora de la Esperanza (vulgo *Pecado mortal*).—Fué fundada esta real hermandad en 1733 en la parroquia de San Juan, y al año siguiente le confió el rey la administracion y gobierno de la casa de Arrepentidas. Está situada en casa propia calle del Rosal, frente á la plazuela de los Mostenses, y se compone de personas de distincion. Las ocupaciones de esta hermandad son acoger y asistir sigilosamente á mujeres embarazadas de ilegítimo concepto, facilitar los matrimonios regulares y la dispensa de los pobres, repartir bulas á estos, y disponer misiones.

Asociacion de caridad del Buen Pastor.—Fué fundada en 1799 con el objeto de atender al alivio espiritual y temporal de los pobres presos en las cárceles de Córte, y bajo su direccion se halla establecida la elaboracion de espartos que se despachan en el almacen de la misma cárcel. Cuida tambien de los auxilios espirituales y de algunos agasajos facilitados á los presos en ciertos dias del año, y está compuesta de personas de distincion y caridad.

privaciones. Estas mejoras, la certeza de que María vivia feliz, y la halagüeña esperanza de que *el Arrojado* saldria en breve de la prision, hacian que en aquella morada de la virtud reinase la mas pura alegría.

Cuando está el alma tranquila, cuando no hay remordimientos en la conciencia y el gozo bienhechor vivifica el espíritu, la salud reverdece como flor lozana á los halagos de las brisas y al grato frescor del rocío.

La pobre Luisa, aquella desventurada mujer á quien larga série de no interrumpidos infortunios habia sumergido en un estado lastimoso, la ciega, inútil y afligida Luisa habia recobrado la vista, la salud y la lozanía de sus juveniles años.

La blanca tez de su rostro ostentaba un ligero carmin que embellecia sus facciones. Solo una huella de sus padecimientos se notaba en su semblante, y era un ligero tinte de azul celeste que á manera de aureola circuia sus ojos, cuyas modestas miradas destellaban la bondad y dulzura de su carácter.

Figurábase la virtuosa y fiel Luisa que de un momento á otro veria entrar en su casa á su idolatrado Anselmo, y todos los dias se ataviaba como en los mejores años de su juventud, como en los felices tiempos en que el bizarro Anselmo, con su lucido uniforme de soldado, pretendia su mano y su corazon.

—Sí, sí,—decia llena de amor Luisa,—quiero que sea grande su gozo cuando vea las felicidades que nos rodean. Ha padecido tanto el pobrecillo, que es hora ya de que sienta una justa compensacion. Cuando sepa que María es feliz..... cuando vea que he recobrado yo la vista y la salud..... cuando abrace á sus tiernos hijos..... cuando nos contemple á todos dichosos, rodeados de personas benéficas que se huelgan en nuestro bienestar..... ¡Dios mio!.... se volverá loco de placer.

Una voz sonora y juvenil dejóse oir en este momento.

Era Manuel, que cantaba la muy conocida estrofa siguiente de una cancion patriótica:

> Todo conde ó marqués nace hombre;
> sus dictados vinieron despues:
> por sus prendas al hombre estimemos,
> no tan solo por conde ó marqués [1].

Rosa dejó la labor y corrió á dar un abrazo á su hermano. Joaquin salió tambien apresuradamente á recibirle, y Luisa contemplaba con ternura el cariño que sus hijos se profesaban. Al entrar Manuel en la habitacion de su madre, besó respetuosamente su mano, y Luisa le dió un apasionado beso en la frente.

—Tampoco hoy me han dejado ver á mi padre!.... Paciencia!....—esclamó tristemente Manuel.—¿Sabe usted, madre,—añadió luego en tono jovial,—que traigo un hambre estupenda?

—Lo creo, hijo mio,—respondió Luisa.—¡Tantas horas de trabajo!.... Ya está la mesa puesta y lista la comida. Te estábamos aguardando para comer.

[1] Himno patriótico de don Francisco Altés y Gurena.

—Muy mal hecho. A veces no depende de mí el retardarme..... Suele salir á lo mejor una ocupacion precisa, y..... es muy mal hecho, repito, que por mí se molesten ustedes.

—Déjate de reconvenciones..... Ya sabes que mi gusto es veros reunidos á mi lado..... Sentaos, hijos mios. Siento que no hayas visto á tu padre, pero en cambio me alegro de que vengas animoso, Manuel, porque precisamente tienes tu plato favorito.

—¿Bacalao á la vizcaina?

—Sí, hijo mio; y luego patatas cocidas y pasas para postres.

—Mucho lo celebro: comida de rey..... todo me gusta..... voy á sacar el vientre de mal año. Desde aquí se percibe un olorcillo que trasciende. El bacalao ha de estar esquisito.

Rosa cuidaba de sacar la comida de la lumbre y colocarla en la mesa. Manuel rebanó el pan y fué sirviendo á todos, empezando siempre por su madre.

—¡Ay qué rico, madre!—esclamó Manuel al acabarse la porcion de bacalao qne se habia puesto.—*Repetatur.*

Y diciendo esto, tomó por segunda vez.

—Eso me gusta, hijo mio,—esclamó Luisa.

—Tengo que pedir á usted un favor, madre mia,—dijo Manuel,—y es preciso que me lo conceda usted.

—Como no sea cosa mala.....

—Es cosa muy buena..... y que si mi padre estuviese aquí estoy seguro que la aprobaria.

—Esplícate pues.

—Quiero ser miliciano.

—¿Estás en tu juicio, Manuel?.... ¡Pues si apenas tienes catorce años!....

—Esa es la gracia. Yo tengo una naturaleza fuerte..... aparento diez y seis años ó mas..... En llegando á la edad en que me obligue la ley..... no tendrá nada de particular. El caso es alistarse voluntariamente. Yo estoy seguro que este deseo llenaria de gozo á mi padre.

—No creas, hijo mio, que yo le repruebo..... Solo sentiria

que tuvieses algun compromiso..... alguna desgracia..... ¿No te acuerdas de tu hermanito?

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Luisa.

—¡Mira qué pago da tambien la patria á tu padre!

—No, madre mia; ese pago no se le ha dado la patria, sino los malvados; y si todos los buenos no se arman y salvan la libertad, yo no sé lo que será de nosotros, segun se van poniendo las cosas. Tal vez mañana ó el otro me servirá mi fusil para defender á mi padre de sus perseguidores.

—Es verdad, hijo mio, es verdad. Pero ¿te admitirán?

—¿Quién lo duda?

—¿Y no te perjudicará eso para el cumplimiento de tus obligaciones en la imprenta?

—Yo soy el único de la imprenta que no estoy alistado en la Guardia nacional, y el señor director me ha dicho que si usted lo permite, no solo me dará una cartita para uno de los comandantes, que es muy amigo suyo, sino que me pagará el uniforme.

—Pues siendo así, hijo mio, tienes ya mi permiso.

—Bendita sea usted, madrecita de mi alma,—esclamó Manuel con alegría volviéndose hácia su madre, que estaba á su lado.

Y le dió un abrazo y un beso.

—Cuando yo sea grande como Manuel,—esclamó Joaquin,—tambien quiero ser miliciano.

En esto acabó de comer aquella honrada familia, y Manuel, lleno de júbilo, despues de dar otro abrazo á su madre, se dirigió á la imprenta, con ánimo de ir inmediatamente á alistarse en las filas de la Guardia nacional.

CAPITULO IV.

El voluntario.

Eran las sèis de la tarde.

El marqués de Bellaflor y su hijo don Luis de Mendoza ocupaban en la misma Fontana de Oro una habitacion mas espaciosa que la que tenia antes don Luis. Comian á las dos, dormian una ligera siesta, y á la caida de la tarde solian dar juntos un paseo.

El marqués frisaba en los sesenta años de su vida, y bajo sus recortados cabellos ostentaba una frente espaciosa llena de amable dignidad. Sus facciones eran nobles y espresivas; el animado color de su rostro reflejaba el buen estado de su salud. Era rubio como su hijo, y á pesar de su avanzada edad, apenas tenia canas. No llevaba patillas, pero sí bigote recortado al nivel del labio superior. Conservaba su blanca dentadura, y la espresion de bondad que sus ojos destellaban hacia mas interesante su fisonomía. Era bastante grueso, sin rayar en estremada obesidad. Su talla era reducida, pero todas sus formas guardaban escelentes proporciones; sus modales respiraban educacion y finura, y conciliaba en el vestir el buen gusto con

la sencillez y comodidad que tan bien sientan en las personas de una edad avanzada.

El amaneramiento, la afectada pulcritud y el continuo afan de querer ostentar esquisita finura, hablando en términos escogidos y ataviándose con cadenas, alfileres de oro y multitud de sortijas, suele descubrir la humilde cuna de la persona que tanto se esmera por parecer lo que no es; y si esto es de muy mal tono entre los jóvenes, causa ciertamente compasion ver á un imbécil viejo convertido en Marica (si nos es lícito servirnos de esta vulgar espresion) que se esfuerza en disimular con ridículos dengues las averías del tiempo.

No adolecia ciertamente de este defecto el marqués de Bellaflor. Su aire modesto, la naturalidad de todos sus ademanes, y una conversacion amena que sin pedantería anunciaba aprovechada esperiencia y vasta erudicion, hacian su trato sumamente agradable.

¡Cosa singular! En medio de estas adorables dotes, tenia el marqués otras, que sin ser vituperables, contrastaban con la dulzura habitual de su carácter. Era severo y rígido contra los mas leves deslices de sus semejentes; republicano en sus creencias políticas, compadecia las preocupaciones de la aristocracia. Era amigo protector de todas las personas honradas; pero jamás transigia con la infamia ni con la perversidad. Los malvados tenian en él un enemigo irreconciliable, los hombres de bien un amigo leal.

Don Luis de Mendoza miraba á su padre como un compañero. Avezado á tutearle desde sus tiernos años, habíale confiado siempre los mas íntimos secretos de su corazon; pero esta vez fué algo reservado, no porque recelase que su padre pudiera desaprobar su amor á la pobre hija de un jornalero, sino porque pretendia libertar antes al padre de su adorada. Parecíale que esta bella accion debia hacerle mas acreedor al paternal consentimiento que anhelaba, y que se lisonjeaba de obtener.

La dilacion de esta confianza debia ser de pocos dias, por-

que de un momento á otro iba á estallar el proyectado movimiento en favor de la Constitucion de Cádiz, y don Luis guardaba para entonces hacer entera confianza de sus amores á su padre, y presentarle en casa de la baronesa *** para que por sí mismo juzgase de los atractivos de María.

Estaban padre é hijo en afectuosa conversacion, cuando apareció un mozo de la fonda, y entregando á don Luis una carta, le dijo que el jóven que la traia deseaba permiso para entrar.

Leyó la carta don Luis, y dijo al mozo que podia el dador pasar adelante.

Desapareció el mozo, y á poco rato se presentó Manuel con bastante despejo, quitándose el sombrero al entrar en la habitacion y haciendo una inclinacion respetuosa.

Manuel tenia las facciones de su madre: era rubio, con ojos azules, y asomaba siempre en sus labios una sonrisa infantil que aumentaba los atractivos de su rostro. Llevaba el traje de los dias festivos, y solo se parecia á su hermana mayor en lo aventajado de su talla, atendida su corta edad.

—¿Es usted el portador de esta carta?—preguntóle con amabilidad don Luis.

—Sí señor,—respondió Manuel.

Y se esforzaba en ponerse tieso para no ser desechado por demasiado niño.

—¡Muy bien! ¡Linda presencia!

Y volviéndose hácia su padre, poniendo su diestra en el hombro de Manuel, añadió:

—Aquí tienes, padre mio, un mozo de esperanzas. Apenas raya en los catorce años, segun esta carta, y tiene ya una estatura y robustez regular. Dentro de poco será un buen granadero. Viene á alistarse voluntariamente en la Guardia nacional.

—¡Oigan!—respondió el marqués de Bellaflor.—¿Conque es usted aficionado á la carrera militar?

—Lo que es soldado del ejército,—respondió Manuel,—no quisiera serlo, porque sentiria abandonar á mis padres; pero

me da vergüenza no ser miliciano nacional, cuando veo á todos mis compañeros de oficina con bigotes, y..... como ya empiezo á afeitarme.....

—¿Conque quiere usted ser miliciano solo para llevar bigotes?—preguntó sonriéndose el marqués.

—No señor..... lo que yo quiero es defender la libertad.

—¡Bien!.... ¡muy bien! ¿Conque es usted tan liberal?

—Yo soy republicano como mi padre,—respondió Manuel con altanería.

—¡Magnífico!—esclamó el marqués con entusiasmo, dando un abrazo á Manuel.—Hé aquí la brillante juventud que ha de dar la verdadera libertad á España.

—¿Y cómo no ha venido usted con su padre?—preguntó don Luis.

—¡Pues qué!—respondió Manuel en tono grave:—¿soy yo algun chicuelo? Además, en esa carta le dicen á usted, segun tengo entendido, que vengo aquí con el permiso de mi madre.

—Está muy bien; pero ¿y el del padre?

—Mi padre no ha podido dármelo.

—¿Está ausente?

—No señor.

—Pues entonces..... ¿qué inconveniente.....

—Es que mi padre está preso, y no me permiten verle.

—¿Preso?

—Sí señor.

—¿Y por qué causa?

—Yo no lo sé; pero presumo que porque es muy honrado y muy patriota.

—Bastantes delitos son esos en el dia,—esclamó el marqués.—¿Y cómo se llama su padre de usted?

—Anselmo.

—¿Anselmo *el Arrojado*?—preguntó asombrado don Luis.

—Sí señor.

Al oir esto, don Luis de Mendoza no pudo contenerse, y estrechó cariñosamente entre sus brazos al hermano de María.

—Padre,—repuso profundamente conmovido,—este jóven es hijo de la familia mas honrada de Madrid. Su padre es un modelo de virtudes.

—¿De dónde le conoces tú?

—Es fama en Madrid de que no hay sugeto mas apreciable; pero el infeliz es tan desgraciado como hombre de bien.

Y volviéndose hácia Manuel, añadió:

—Queda usted admitido, y mañana, á eso de las nueve, si viene usted por acá iremos juntos á ver al capitan de la primera compañía.

—¡Viva mi comandante!—esclamó Manuel lleno de gozo.

—Ahora, un abrazo como camarada,—dijo afectado don Luis.

—Con mucho gusto, mi comandante,—esclamó Manuel abrazando con entusiasmo al amante de su hermana.

—Y á mí otro,—dijo el marqués,—que tambien yo soy republicano.

—Pues entonces con el alma,—respondió el despejado jóven.

Y despues de dar un afectuoso abrazo al marqués de Bellaflor, púsose orgullosamente el sombrero é hizo un saludo le-

vantando militarmente la mano hasta su frente como si llevase ya el uniforme, y loco de contento desapareció cantando:

Libertad, libertad sacrosanta,
nuestro númen tú siempre serás.....
podrás vernos morir en tus aras,
que vivir en cadenas..... jamás [1].

Este apreciable jóven es el bello tipo de esa bizarra juventud amiga de la honradez y del trabajo, llena de fé en el porvenir, orgullo y esperanza de las masas populares. Compuesta de humildes hijos del pueblo, que en su pureza de sentimientos, no empañada jamás por bastardas ambiciones, é impelidos por el amor de patria y de libertad, aspiran con noble entusiasmo al glorioso título de ciudadanos libres. Conocen ya los artesanos que su pobreza no es fundado motivo para que se les escluya de tomar parte en los negocios públicos, y reclaman con justicia sus derechos, de los cuales no hay poder que á despojarles alcance sin incurrir en abominable tiranía. Niéguese en buen hora al crímen el uso precioso que la razon concede á todo ciudadano de emitir su voto en las urnas electorales; pero las clases trabajadoras, las que proporcionan tesoros al Estado, por ningun concepto debieran ser escluidas del mas sagrado ejercicio. Esto conoce la juventud laboriosa, esto reclama, y esto alcanzará un dia con el completo triunfo de la libertad.

[1] Himno patriótico de don Buenaventura Cárlos Aribau.

CAPITULO V.

Todos con celos.

El 14 de julio de 1836, al anochecer, llegaba á Madrid la berlina del baron del Lago de regreso de Aranjuez.

La baronesa tenia demasiado talento y perspicacia para que se le hubiese ocultado la misteriosa turbacion de su marido y de María en el acto de su encuentro; pero á pesar de que, como toda mujer que ama, era celosa, habia aprendido el arte de disimular, no con la siniestra intencion de una coqueta amaestrada en el fingimiento, sino movida del deseo de no perturbar la paz conyugal, prefiriendo heróicamente padecer ella en secreto, á mover inútiles escándalos, que en su concepto no producirian resultado alguno favorable.

La tranquilidad aparente de la baronesa era calificada por su esposo de corta perspicacia y de inocente credulidad. El baron del Lago, con mucho menos talento que su mujer, creíase muy superior á ella, y compadecia á veces su falta de penetracion. Él era quien adolecia de este defecto, y no sabia las lágrimas que sus estravíos costaban á la mas bella y virtuosa de las mujeres. La fingida indiferencia de Emilia animábale hasta el estremo de curarse poco de su presencia para rendir sus obsequios á María. Figurábase que, ó no reparaba en ellos su

esposa, ó tenia aquellas apasionadas demostraciones por meras galanterías de su carácter jovial, que no respiraban tendencia alguna de mal género. Así es que durante el viaje de vuelta de Aranjuez no cesó el baron de elogiar la conducta de la baronesa en haber dado hospitalidad á María y haberla elegido por su amiga y compañera; y fué tal la profusion de lisonjas que tributó á su belleza, y el gozo que manifestaba de tener en su casa tan hermosa huéspeda, que la pobre Emilia no pudo menos de descubrir en semejantes obsequios, despues de la primera turbacion y de la que aún agobiaba á la inocente María, que habian mediado entre esta y su esposo anteriores relaciones. Esta idea hizo vacilar un momento á la baronesa acerca de la sinceridad de su amiga. Acordóse de repente de los motivos por los cuales habíala abandonado su amante; juntáronse en su ardiente imaginacion todas las apariencias que condenaban á toda la familia del encarcelado Anselmo; creyó un momento culpable á María, y se estremeció.

Eran las nueve de la noche cuando estos espantosos pensamientos desgarraban el corazon de la baronesa.

Sentada María en un sofá de la sala, no sabia qué hacerse para desviar de su lado al baron, que imprudente y ciego, la colmaba de intempestivas demostraciones de cariño.

La confusion de María subió de punto cuando, sentada la baronesa ante el piano, entonó la cancion de *las rosas de amor*, que recordaba á la infeliz criatura su dichoso coloquio con el único hombre á quien adoraba.

En este instante llegó don Luis de Mendoza, y aunque no le infundió de pronto sospecha alguna el cuadro que se le ofreció á la vista, no dejaron de incomodarle algunos elogios que, despues de cruzarse los cumplidos de costumbre, tributó en su presencia á las virtudes y belleza de María el impertinente baron del Lago.

Ignoraba el baron que don Luis fuese el amante de María, y permaneció al lado de esta con afectado ademan de correspondido galanteador.

Era tal la confusion de María, que aunque hubiera podido afear la conducta de su loco seductor pronunciando breves palabras contra un hombre que la habia anteriormente engañado fingiéndose soltero y prometiéndole su mano, el miedo de que se oyesen sus espresiones, y el rubor de que estaba poseida, no le dejaban articular una sola palabra. Su turbacion era tan grave y de tal naturaleza, que ni cuando entró don Luis, ni despues, se atrevió á dirigirle una sola mirada.

Esta estraña conducta fué calificada de asombrosa y culpable por quien tanto la amaba, y este infeliz creyó que vengaba su honor ultrajado haciendo alarde de una absoluta indiferencia que estaba lejos de sentir. Levantóse de improvi-

so, y aproximándose á la baronesa, que estaba tocando el piano, dijo con espresiva intencion:

—Muy bien, amiga mia, muy bien. Cada dia hace usted mayores progresos. Su habilidad de usted es tan grande, que solo admite una comparacion.

—Mil gracias, Luisito,—contestó la baronesa sin dejar de tocar.—¿Y no puede saberse la tal comparacion?

—Ese gusto, esa agilidad, ese sentimiento de lo bello, esa espresion que da usted á la mas insignificante composicion, es un conjunto de perfecciones que solo puede ponerse en cotejo de las que ostenta usted en su bello físico.

—¡Siempre galante!—esclamó con dulzura la baronesa.

—No es galanteo, amiga mia,—repuso don Luis maliciosamente;—es justicia que merece su belleza de usted.

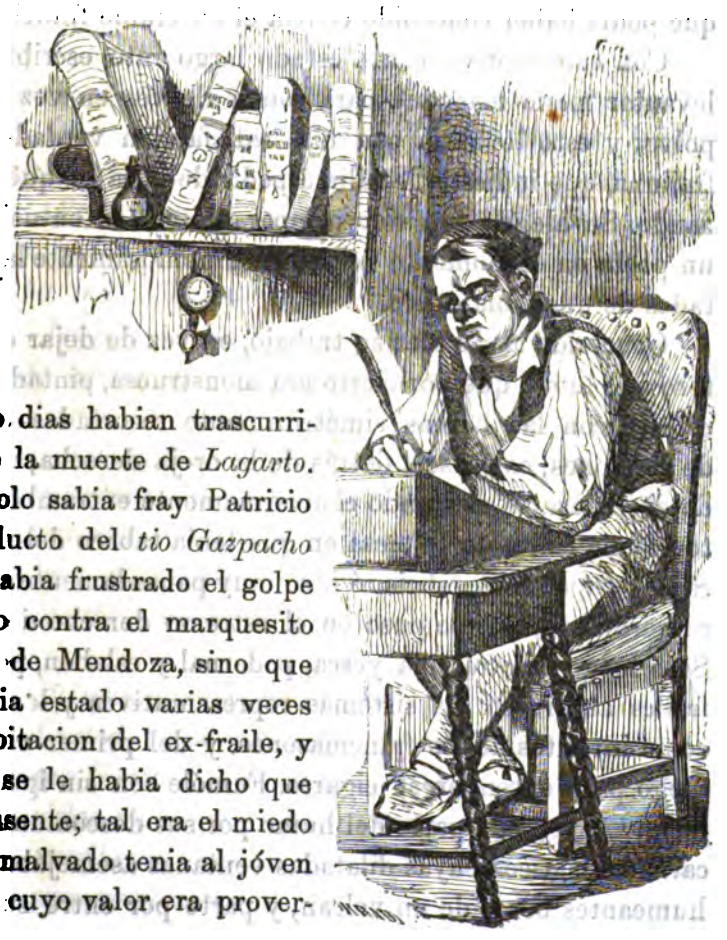
Eran demasiado atrevidas estas frases para que dejasen de hacer su efecto. Al paso que emponzoñaron el corazon de María, no pudieron menos de llamar la atencion del baron del Lago. Aquella familiaridad, aquellos estremados elogios y otros que prodigó á continuacion el celoso jóven á los encantos de la baronesa, de cuyo lado no se separó un momento, fueron siniestramente interpretados, y el atolondrado baron del Lago sintió por primera vez el cruel escozor de los celos.

Despidióse por fin don Luis de Mendoza haciendo espresivas demostraciones de cariño á la hermosa Emilia, saludó con fingido afecto al odiado baron, y ni una sola mirada dirigió á la inocente María. Sin embargo, la adoraba mas que nunca. Los celos habian acrecentado el frenesí de su amor.

Llegó María á su cuarto, quitóse colérica el retrato de su amante, abrió un cajoncito del tocador, y le arrojó allí como si fuese un abismo sin fondo.

CAPITULO VI.

Los anónimos.



Cinco dias habian trascurrido desde la muerte de *Lagarto*.

No solo sabia fray Patricio por conducto del *tio Gazpacho* que se habia frustrado el golpe intentado contra el marquesito don Luis de Mendoza, sino que este habia estado varias veces en la habitacion del ex-fraile, y siempre se le habia dicho que estaba ausente; tal era el miedo que este malvado tenia al jóven ofendido, cuyo valor era prover-

bial en Madrid, y del cual acababa de tener una reciente prueba, pues creia que habia salvado su vida dando muerte á los dos miserables que debian haberle asesinado.

Grande era en consecuencia la inquietud de fray Patricio desde que tenia noticia de las frecuentes visitas de un jóven rubio, que por las señas no podia ser mas que don Luis de Mendoza.

Tambien sabia, merced á la travesura de la *tia Esperanza*, cuanto pasaba en casa del baron del Lago, y conveníale mas que nunca sembrar en ella la cizaña y lograr por este medio, no solo vengarse de María é introducir la discordia entre ella y su amante, sino atormentar á este y distraerle del proyecto que podia haber concebido contra el execrable franciscano.

Con este motivo habia estado largo rato escribiendo sin levantar mano mas que para tomar de vez en vez un buen polvo; y esto lo hacia con una satisfaccion verdaderamente frailuna, que indicaba le salia á pedir de boca lo que iba trazando. Su alegría era solo comparable con el entusiasmo de un poeta en el momento de vencer ingeniosamente las dificultades de una rima difícil.

Concluido al parecer su trabajo, en vez de dejar en el tintero su pluma, que por cierto era monstruosa, pintada de azul celeste, con las barbas simétricamente recortadas en forma de escalones, colocósela detrás de la oreja derecha, y despues de desperezarse estirando chavacanamente entrambos brazos, tomó una cajita de la mesa en que tenia tabaco del Brasil picado y papel de regalicia, é hizo muy pausadamente un cigarro gordísimo, que se puso en el estremo derecho de la boca. Sacó luego de otra caja yesca, pedernal y eslabon, porque los frailes aborrecen los sistemas representativos y los fósforos, como inventos de los francmasones, y del primer golpe tuvo fuego para encender su cigarro. Fumóle con sin igual prosopopeya, arrojando parte del humo por sus descomunales y encarnadas narices, cuyas dilatadas ventanas asemejábanse á dos humeantes bocas de un volcan, y parte por entre sus abulta-

dos labios, que unas veces arrojaban el humo hácia arriba imitando las chimeneas de los buques de vapor, y otras le dirigian con fuerza sobre la parte encendida del cigarro, como para despojarle de su ceniza, cuyos restos hacia luego caer con el dedo meñique de la misma mano que le asía.

Rendido este tributo al vicio, arrimó de nuevo su poltrona á la mesa, de la que habíala separado para repantingarse en ella, enderezó su cuerpo, y asiendo con entrambas manos un borrador en ademan de querer examinarle, esclamó:

—Veamos si está esto conforme. ¡Oh! ¡Es un gran recurso el de los anónimos. Se mandan cómodamente por el correo, y es imposible descubrir á su autor. Este va dirigido al baron del Lago. Dice así:

«*Una persona celosa de vuestro honor os felicita por vuestro regreso. Observad la conducta de vuestra esposa. Desde vuestra ausencia le ha hecho frecuentes visitas el marquesito de Bellaflor. Podrá ser que vaya con intencion de obsequiar á la jóven que tiene en su compañía; pero se cree que, lejos de ser esto así, se ha dado hospitalidad á la tal niña para que sirva de pantalla. La persona que esto os escribe no quiere que deis crédito á esta carta, sino que observeis y obreis como hombre de talento. La amistad que os profeso me obliga á dirigiros por escrito un aviso que me repugna daros verbalmente, por la odiosidad que llevan estas ocurrencias consigo. No es mi objeto mortificaros, ni menos introducir la desunion en vuestra casa; solo deseo salvar vuestro honor. Vos hareis el uso que juzgueis conveniente de este amistoso aviso.*»

—¡Perfectísimamente! Y esto de haber adoptado el *vos* en vez de *tú* ó el *usted*, le da cierto colorido romántico que nada deja que desear. Veamos esta para la baronesa. A las mujeres es preciso herirlas en el amor propio; por eso me parece bien fingir que le escribe una amiga, que al paso que la quiere, se burla de su poca prevision.

«*Emilia: Eres muy inocentona. Todo Madrid se ríe de tí pero yo, que te compadezco porque te quiero, me propongo darte un aviso amistoso. Que perdones á tu marido sus travesuras, es verdaderamente muy filosófico; pero eso de llevarle tú misma las queridas á su casa es altamente ridículo. Tenias fama de mujer de discrecion y talento; pero tu candor y tu inocente conducta van desvirtuando esta opinion. Tal vez despreciarás mi aviso, y con esto darás otra prueba de filósofa; pero entre tanto cree, amiga mia, que me duele en el alma el ver que eres el juguete en todos los círculos de Madrid de las gentes de buen humor.*—UNA DE TUS MEJORES AMIGAS.»

—¡Bravo! Tampoco encuentro en esta nada que enmendar. Tomemos un polvo, y leamos la que va dirigida á don Luis de Mendoza. Dice así:

«*Caballerito: No hay duda que es usted un jóven de asombrosas tragaderas. Está usted muy satisfecho de la fidelidad de su pimpollo, y entre tanto cobra el feudo el señor marqués del Lago. ¡Vaya si es usted inocenton! Amigo mio, le felicito por su candidez, porque de los bienaventurados es el reino de los cielos.*»

—Está bien; pero no sé qué diablo de temor me inspira ese jóven. No importa; así como así, ya parece que me busca el bulto..... Tal vez esto le distraerá, y entre tanto se gana tiempo para inutilizarle. Veamos la última que dirijo á esa mujer cruel á quien amaba ciegamente con el mismo ardor que la aborrezco. La aborrezco, y sin embargo todavía la amaria si me correspondiese. ¡Vergüenza es que tenga la belleza mujeril tanto predominio sobre los hombres!

«*María: No parece sino que de nada te sirvan las lecciones de la esperiencia. Despues de lo que has sufrido en casa de una marquesa que fingia prodigarte toda suerte de halagos,*

crees aún en los beneficios de una baronesa! Incauta jóven, observa la conducta de la mujer que tantas bondades te prodiga; observa los obsequios que el que se titula tu amante rinde á tu fingida bienhechora, y seguramente descubrirás la causa de tanta hipocresía. Don Luis y la baronesa del Lago mantienen relaciones criminales; pero la baronesa está casada, y era preciso apelar á un objeto que justificase las visitas del amante á los ojos del marido. Tú, pobre é inocente niña, has sido llevada con engaño á esa casa para que el velo de tu inocencia cubriese una pasion criminal. Huye, jóven virtuosa, de esa mansion emponzoñada; vuelve al hogar paterno, donde te aguarda el amor de tus parientes, en medio de la pobreza, es verdad, pero tambien en medio de la virtud, sin la cual no hay en el mundo tranquilidad de conciencia. Sigue este consejo que te da una persona honrada.»

Fray Patricio quedó complacido de esta carta lo mismo que de las anteriores, porque creia, y en efecto era así, que heria con ellas la fibra mas delicada de cada individuo para quien se dirigia el correspondiente anónimo.

Figúrese el lector si deberian hacer estas cartas efecto, atendida la predisposicion que habia casualmente en los ánimos para creer en la veracidad de su contenido.

. . . . . .

Creemos haber dicho ya que los anónimos son las armas que con mas destreza esgrimen los envidiosos, los cobardes calumniadores y toda raza de malvados los mas soeces. Por mas que el que reciba un papel sin firma quiera esforzarse en no dar el menor crédito á sus venenosas líneas, siempre dejan algo de su infernal ponzoña. Esto es inevitable; pero lo que es injusto, impolítico, escandaloso y altamente-criminal, es que las mismas autoridades á quienes está encomendada la seguridad individual, hayan dado repetidas veces importancia á los anónimos, hasta el punto de encarcelar y atormentar con los interminables trámites y horribles vejaciones de un espe-

diente judicial á la inocencia, estúpidamente calumniada. ¡Ay del país en donde esta arbitraria costumbre llegase á establecerse! Valiera mas vivir entre cafres que en una nacion en donde las mismas leyes sirviesen de torpes instrumentos para saciar venganzas ruines ó infames alevosías. Los mas honrados y pacíficos ciudadanos estarian á todas horas espuestos á ser víctimas de una atroz calumnia. La virtuosa madre veria arrebatar á su inocente hijo del seno de su familia. Ni en el lecho nupcial habria seguridad para un pacífico esposo. Cruzaríanse los esbirros á deshora de la noche cual asquerosas aves nocturnas, fúnebres agüeros de luto, llanto y desolacion, y á impulsos de una mentira infame profanarian con frecuencia el sagrado recinto de la honradez. Unicamente los malvados entonarian himnos de triunfo, mientras los hombres intachables vivirian á merced de cobardes detractores. Desgraciadamente hay que lamentar en España algunos ejemplos de esta verdad dolorosa. ¡Dios quiera que en vez de repetirse, caiga toda la severidad de las leyes contra los execrables entes que hacen de la impostura y de la delacion un tráfico homicida!

. . . . . .

Cerró el ex-fraile las cartas sin poner en ellas firma ni fecha, y cuando iba á empezar á escribir el sobre en la primera, oyóse, despues de un fuerte campanillazo y de desaforados gritos de la *tia Esperanza*, el crujido de unas botas, como si á pasos precipitados se aproximase alguno al despacho de fray Patricio. Volvió este la cara y se estremeció.

Don Luis de Mendoza estaba en el dintel de la puerta.

CAPITULO VII.

Don Luis y fray Patricio.

—Por fin, caballero,—dijo don Luis en tono amenazador,—tengo el gusto de hallarle á usted en casa.

—¡Oh! ¡Mi apreciable amigo!—esclamó fray Patricio fingiendo serenidad y acercándose al recien llegado, despues de haberse puesto la bata.

Don Luis le miró con altivez y desprecio, sin admitir la mano que familiarmente le alargaba el ex-fraile y sin quitarse el sombrero.

Despues de un instante de silencio, esclamó don Luis:

—¿Cómo tiene usted el atrevimiento de ofrecerme la mano de amigo?

—Me deja verdaderamente absorto,—repuso fray Patricio.—¿Pues qué, no es ya amigo mio? ¿Ha olvidado tan pronto las pruebas de fina amistad que le tengo dadas? Acaso sin los cuidados que le prodigué cuando cayó gravemente herido en mis brazos, ya no existiria. Pero..... no hablemos de cosas pasadas..... cumplí con mi obligacion, y nada mas. Lo que deseo saber es qué nueva calumnia ha inventado contra mí la maledicencia. Yo que lleno de júbilo le he visto aparecer en

mi cuarto..... que iba á estrechar la mano de una persona á quien he profesado siempre singular afecto..... ¡me veo rechazado con ingratitud! ¿Qué es esto, don Luis?

—Esto es que vengo á decirle á usted que es un hipócrita,—dijo con indignacion el jóven Mendoza.

—¡Caballero!—esclamó fray Patricio en tono altivo.

Y recobrando luego su habitual serenidad, añadió con afectada dulzura:

—No quiero alterarme contra una persona con quien he simpatizado siempre. Yo, como mas viejo, debo darle ejemplo de moderacion; y le suplico, amigo mio, que si algo le han dicho contra mí, no me culpe sin oirme. Soy caballero de honor, señor don Luis, y si mis disculpas no le satisfacen..... entonces..... lo sentiré; pero sepa que estoy dispuesto á darle cualquier otro género de satisfaccion. Espero que se esplique con calma.

—¿Y qué me dirá usted para justificar las inauditas ofensas que de usted tengo recibidas? Agravios hay de tal magnitud, que solo pueden repararse con la espada. Sé todos los atentados de usted contra aquella inocente jóven á quien pretendia seducir, y á quien, por no haber correspondido á un amor criminal, martirizó usted hasta el estremo de volverla demente.

—¡Válgame Dios, amigo mio!....—repuso fray Patricio moviendo la cabeza y cruzando los dedos de entrambas manos sobre su panza con las palmas hácia abajo.—¡Me ha llamado hipócrita!.... ¡me ha insultado porque he sabido portarme como verdadero amigo!.... Bien está..... Por eso no hay que acalorarse..... Le he dicho que como de mas edad debo darle ejemplo de moderacion, y lo repito; pero esta moderacion no puedo llevarla hasta el estremo de que consienta se me insulte impunemente. Este es un lance de honor, y como lance de honor debe tratarse, pero sin gritos, sin escándalos, con la calma y sangre fria que cumple á dos caballeros. Si queda vencedor, don Luis, nada importa..... desprecio la vida, y habré

cumplido mi deber, primero como amigo, y despues como caballero. Si venzo yo, tendré un pesar que llevaré al sepulcro. La idea de haber dado muerte á una persona á quien en otra ocasion salvé la vida y á quien quiero entrañablemente, será para mí un tormento continuo..... Con todo, es preciso batirse..... Hay ocasiones en que todo debe ceder al imperio del honor. Usted lo ha dicho ya, don Luis..... *hay agravios de tal magnitud, que solo pueden repararse con la espada.*

Don Luis de Mendoza quedóse absorto al oir hablar con tan heróica serenidad á fray Patricio. Notaba en sus espresiones, no solo la noble entereza de un completo caballero, sino cierta aparente sinceridad de afecto que hubiera hecho titubear al hombre mas desconfiado.

Despues de un breve silencio, continuó fray Patricio:

—¡Cómo nos ciega la pasion! Veo que ha dejado seducirse otra vez por los encantos de aquella que ya en otro tiempo le engañó.

—Señor mio,—esclamó con dignidad don Luis,—sepa usted que yo no sufro que se insulte delante de mí á esa jóven honrada, cuyas virtudes merecen consideracion y respeto.

—Me da lástima, don Luis, el engaño que le fascina. ¡Está en la creencia de que esa jóven es honrada y virtuosa! Muy bien..... nada diré contra ella, supuesto que con tanto calor la defiende; nada recordaré de lo pasado..... Solo le suplico que antes de formar tan mal concepto de un buen amigo, observe la conducta de esa mujer..... Todo Madrid está escandalizado de su desenfreno, y de la impudencia del baron del Lago.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—No debo esplicarme mas. Si pasara adelante, habria que mortificar á mi amigo, porque, ó es preciso callar, ó tengo que decir verdades muy amargas, pero muy provechosas para quien supiese apreciarlas.

Todo el furor de los celos ardia en el corazon de don Luis, y al oir el nombre del baron del Lago olvidó las maldades de fray Patricio, su astuta hipocresía, y hasta que era un rival

despreciado que se gozaba en atormentarle. Así es que, asiéndole del brazo y temblando convulsivamente, fijó en él sus desencajados ojos y esclamó:

—Tú no eres hombre..... tú eres un demonio que el infierno ha vomitado para mi tormento. Habla..... yo lo exijo..... habla..... ¿Qué sabes tú de María y de ese odiado baron á quien acabas de nombrar?

—¡Por Dios, don Luis, serénese!.... Yo no soy mas que un amigo que se interesa por su dicha y por su honor; pero repito que no puedo hablar.

—¡Habla..... infeliz..... habla ó teme mi furor!

Al decir esto, los dientes de don Luis rechinaban de cólera, y asiendo á fray Patricio por los dos estremos del cuello de la bata, contemplábale como un loco, aguardando con ansiedad sus esplicaciones.

—Aunque me mate,—dijo dulcemente fray Patricio,—no hablaré una sola palabra mientras le vea tan irritado. Sosié-

guesé, y no tendré el menor inconveniente en conferenciar con calma sobre este asunto, pues deseo darle una nueva prueba de la sinceridad de mi afecto.

—Es verdad,—dijo don Luis soltando la bata de fray Patricio.—Es verdad..... soy un atolondrado.

El desdichado jóven se quitó el sombrero. Copioso sudor bañaba su blanca frente. Sacó el pañuelo y le pasó repetidas veces por su rostro, que estaba pálido..... demudado. Una sonrisa violenta asomó en sus cárdenos labios; pero aquella sonrisa con que queria aparentar serenidad solo destellaba la amargura de horribles sufrimientos.

—Ya estoy tranquilo.....—esclamó en el momento en que con mas rigor destrozaban los celos su pecho enamorado.—¿No ve usted, caballero, cómo me sonrio? Bien puede usted hablar con toda franqueza..... ¿Qué se dice en Madrid del baron del Lago y de María?....

—Se ridiculiza la conducta de la baronesa en haber hospedado en su casa á una jóven á quien el baron habia tratado íntimamente en casa de la marquesa de Turbias-aguas. Se vitupera la impudencia del esposo que de tal modo abusa de la inocencia de su mujer, y..... ¿me permite decirlo todo?

—Prosiga usted,—repuso con fingida amabilidad don Luis.

—Pues no falta quien dice que todo ello es una especie de convenio matrimonial que se lleva á efecto con filosófica armonía, y que mientras el baron disfruta de los atractivos de la jóven soltera, la baronesa está en amorosas relaciones con el bizarro marquesito de Bellaflor.

—¡Villano!—esclamó don Luis, que no pudo contener los impulsos de su indignacion.

—Poco á poco, señorito,—dijo fray Patricio en tono grave.—He llevado mi tolerancia hasta el estremo que raya en ridiculez. Sepa que yo no sufro insultos de nadie, y estoy pronto á hacerle ver que, lejos de ser un villano..... soy caballero.

Fray Patricio recalcó sus últimas palabras.

—¡Oh! ¡sí!....—repuso don Luis con irónica sonrisa de des-

precio.—Tengo pruebas evidentes de que es usted todo un caballero..... un caballero valiente que jamás se vale de medios bastardos para deshacerse de sus rivales..... un caballero relacionado con la hez de las tabernas..... un caballero que se vale de asesinos para satisfacer sus venganzas.....

—¡Esto es ya demasiado!—gritó desaforadamente fray Patricio.—Cualesquiera que sean las tendencias de unos insultos que no comprendo, ya no tienen mas que un desenlace.

—El duelo.....—repuso don Luis.

—El duelo..... sí,—esclamó iracundo fray Patricio;—pero ha de ser duelo á muerte..... ¿lo entiende usted?..... á muerte.....

—Sí, á muerte,—repitió don Luis.

Y entrambos personajes se dieron la mano.

Un instante despues, tomó un polvo fray Patricio, y dijo con admirable serenidad:

—Al anochecer espero se servirá usted acudir al café del Príncipe con dos amigos de su confianza. Tiene usted el derecho de elegir las armas. Yo iré con otros dos amigos, y ellos fijarán como padrinos el sitio y la hora.

—No haré falta,—dijo don Luis.

Y desapareció.

. . . . . .

Al anochecer acudieron ambos con sus correspondientes padrinos á la cita. Se fijó el desafío para el dia siguiente. Don Luis de Mendoza eligió la pistola, y fray Patricio puso la condicion que habian de colocarse á solo cinco pasos de distancia; por manera que aquel á quien tocase la suerte de disparar el primero podria contar con una gran probabilidad de quedar vencedor.

CAPITULO VIII.

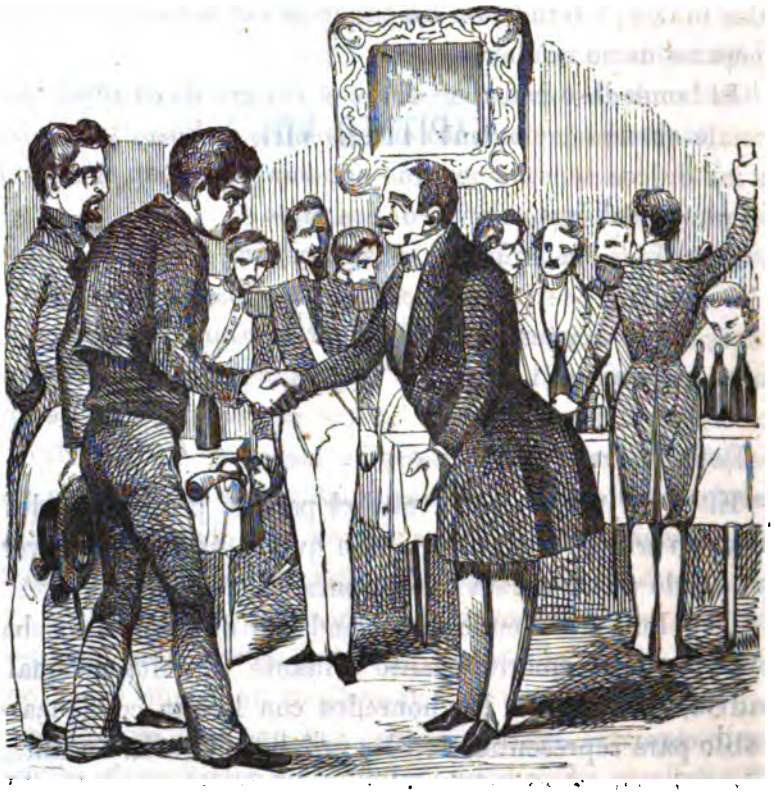
La serenata.

El 17 de julio de 1836 trató el partido progresista de celebrar su triunfo en las elecciones que se acababan de verificar, dando una serenata á los diputados electos.

Don Luis de Mendoza, comandante de uno de los batallones de la benemérita cuanto brillante Guardia nacional de Madrid, era uno de los honrados con la alta confianza del pueblo para representarle en las próximas Córtes. Su anciano padre, de cuyos principios democráticos y avanzadas ideas tiene ya noticia el lector, rebosaba de júbilo y satisfaccion al ver el distinguido aprecio que merecian á sus conciudadanos los talentos y virtudes de su digno hijo.

La Fontana de Oro se llenó de liberales, y el respetable marqués de Bellaflor parecia haber rejuvenecido entre sus verdaderos camaradas. De su imponderable gozo, de su activa amabilidad, de su infatigable celo en obsequiar á los concurrentes que se presentaron en su habitacion para dar el parabien á don Luis, no es fácil hacer una descripcion exacta. Con lágrimas de regocijo en los ojos mostraba su reconocimiento á cuantos le rodeaban. Desde las personas de la mas

elevada aristocracia hasta los mas humildes artesanos recibian sus eficaces obsequios. Su mano generosa estrechaba amistosamente y aun con orgullo la callosa diestra del honrado jor-



nalero. Pocos momentos bastáronle al patriota marqués para grangearse las simpatías de todos. Sus finos modales, su cordial franqueza, la amabilidad y elocuencia de su festiva conversacion, y sobre todo su avanzado liberalismo, cautivaron el mismo afecto que las virtudes de su hijo habian sabido conquistar entre los liberales de Madrid.

Varias mesas cubiertas de dulces, de esquisitos manjares y de toda suerte de bebidas, aumentaban la animacion de aquella escena de union y de fraternidad.

¡Contraste singular! Mientras en obsequio de don Luis de

Mendoza resonaban mil brindis de alegría, estaba este denodado jóven combinando con su enemigo el lance de honor de que hemos hablado en el anterior capítulo, el desafío Á MUERTE, que podia muy bien arrebatarle para siempre de los paternales brazos, y hundir en las tinieblas del sepulcro las bellas esperazas de su porvenir.

El bondadoso padre ignoraba el peligro de su amado Luis. Creíale en aquel momento enteramente dichoso, y se gozaba en las dulces sensaciones que suponia afectaban igualmente el corazon del mas querido de los hijos.

Don Luis sin embargo estaba pesaroso y triste. Pero no se crea que la acerba melancolía que acibaraba todos los instantes de su existencia nacia de un sentimiento villano. Don Luis no conocia el miedo, y le inquietaba poco el desafío aplazado para el siguiente dia. Lo que atormentaba sin cesar su pecho enamorado era el rigor de los celos. Poco crédito hubiera puesto en las traidoras palabras de su execrable rival, si él mismo no hubiese presenciado los obsequios del baron del Lago á su adorada María, y el culpable desden con que esta desventurada acogió su última visita.

—¡María infiel!—decia para sí el inconsolable jóven.—No es posible..... no..... Tanta ingratitud no puede caber en su tierno corazon..... Sin embargo..... ni una sola mirada se dignó dirigirme, en tanto que admitia los galanteos de un nuevo rival. Pero ¿quién dice que le fuese grata la conversacion del baron? ¿Qué pruebas tengo de que María acogiese con aprecio los halagos de aquel hombre? Acaso estaba sufriendo en aquel instante un tormento cruel, y no le era permitido esplicarme sus sentimientos. ¡Vana ilusion! ¿Pues qué, no tiene el amor un lenguaje mas lacónico y espresivo que el de las palabras? ¿No basta un leve gesto, una dulce mirada entre dos que se adoran, para entenderse? Con una sola sonrisa hubiera podido tranquilizar mi espíritu, y ni siquiera se atrevió á levantar los ojos del suelo en presencia mia. Su confusion no era hija de inocente rubor; era el destello de su culpa, que no le fué posi-

ble disimular. Sí, sí, María es culpable..... Todo aquel aire de modestia.... aquella candorosa timidez.... aquella inocencia angelical que respiran sus dulces palabras..... sus humildes acciones..... todo es ficcion..... todo engaño!.... ¿Será posible que á tal estremo llegue la coquetería de las mujeres? ¡Demasiado cierto es!.... Con todo, mi alma dolorida se resiste á dar crédito á tanta perversidad..... ¡Dios mio, Dios mio, no permitas, no, que bajo la imágen de un ángel se oculten los sentimientos de una furia infernal! Pero yo mismo he presenciado sus traiciones.... Ha hecho alarde delante de mí de su ingratitud.... se ha gozado en atormentarme..... y esto es horrible. Sin embargo..... no puedo aborrecerla..... ¿Qué digo aborrecerla?.... ¡Ay!... La amo mas que nunca.... la adoro como un frenético.... mientras ella hace ostentacion de sus desdenes. Una mujer que así paga el amor de su amante leal es capaz de todo. ¡Qué idea tan espantosa preocupa mi ardiente imaginacion! La frente se me abrasa..... ¿Acaso será cierto cuanto me ha dicho de ella don Patricio?.... ¿Seria posible que su demencia hubiese sido hija de la prostitucion?.... ¿que se me hubiese tendido un lazo deshonroso?.... No, no quiero creerlo..... La maldad de ese hombre me ha sido revelada por un moribundo..... En los últimos instantes de la vida no se miente nunca.

Embargados todos sus sentidos por estas profundas reflexiones, llegó don Luis de Mendoza á la Fontana de Oro.

Al entrar en su habitacion resonó por todas partes prolongado y alegre clamoreo de vítores y aplausos. Su padre corrió á estrecharle en sus brazos, y todos se apresuraban á felicitarle. Todos envidiaban su brillante posicion, su glorioso triunfo, su imponderable dicha al ver á un jóven gallardo, tan favorecido por la naturaleza como por la fortuna; y aquel jóven creíase no obstante el mas desventurado de los hombres. Así engañan en el mundo las apariencias. No está la felicidad en las riquezas, ni en el fausto, ni en los halagos del aura popular cuando agudos sinsabores laceran el corazon.

Pero don Luis, como hombre de talento, supo concentrar

su dolor, haciéndole mil veces mas cruel, y aparentar el amable trato que exige en sociedad la buena educacion.

Brindóse por la libertad, por la independencia nacional, por el pueblo soberano, por la democracia pura, por los padres de la patria..... en fin, no se omitió ninguno de los brindis que suelen oirse en las reuniones de los patriotas mas avanzados.

No faltaron tampoco improvisaciones poéticas de aquellas que suelen salir á relucir siempre en semejantes casos, y se sabe que han de ser consonantes *la española grey* con *igualdad ante la ley*, y *valientes ciudadanos, ó milicianos*, con *abajo los tiranos*, y aquello de *libre y fuerte* con la *libertad ó muerte*. Pero entre estos poéticos destellos de entusiasmo descolló uno de algun quidam que tenia noticia del carácter enamoradizo de don Luis, que por su originalidad no dejó de avivar la úlcera que atormentaba al enamorado Mendoza. Decia así:

Brindo por el jóven bello
que de ser libre hace alarde,

que nunca ha sido cobarde,
ni dobló el altivo cuello.
De su valor al destello
húndase el bando opresor;
jamás vea en derredor
ni un tirano, ni un verdugo.
Nunca se rinda á mas yugo
que al feliz yugo de amor.

Mientras una estrepitosa salva de palmadas aplaudia este brindis, asomó á los labios de don Luis una indefinible sonrisa, por entre la cual salió abrasador el hálito de un profundo suspiro.

Con los recursos que suele haber siempre en una fonda y el genio franco y generoso del marqués de Bellaflor y de su hijo, prolongóse la funcion hasta la una de la madrugada; y Dios sabe hasta qué hora se hubiera dilatado, si una ocurrencia imprevista no hubiese puesto fin al patriótico espectáculo.

La una acababa de dar cuando un resplandor rojizo, á manera de la estraordinaria claridad con que las voraces llamas de un incendio iluminan los inmediatos edificios, bañaba las paredes de la Carrera de San Gerónimo. Eran los oficiales del batallon de que don Luis de Mendoza era comandante, que iban con la música á dar una serenata á su digno jefe. Un número inmenso de hachas de cera alumbraban á la multitud, que formaba un séquito respetable de honrados y pacíficos ciudanos que manifestaban su alborozo sin cometer el mas leve desliz [1]; pero apenas la serenata empezó, presentóse la fuerza

[1] «Los diputados de la provincia de Madrid fueron todos progresistas. El pueblo de la capital recibió con alborozo este resultado del escrutinio, y en la noche del 17 del julio fué á dar una serenata á los electos, alumbrando á la multitud una porcion considerable de hachas de cera. Desagradóle al gobierno esta demostracion popular, y el capitan general, que ya habia tenido en alarma la poblacion, haciendo recorrer las calles por numerosas patrullas, como si la tranquilidad pública estuviese amenazada, se acercó en la calle del Príncipe á los últimos que formaban el numeroso séquito de la serenata, y les preguntó con qué autorizacion iban de aquella suerte á la una de la noche por las calles. Estas gentes que seguian la música para oirla, sin saber tal vez qué objeto tenia, ni si habia

armada, y con desprecio no solo de todo un pueblo inofensivo, sino de la autoridad competente, pues solo á la civil estaba el órden público encomendado, disolvió bruscamente á la multitud, y no solo fueron presos cuantos vestian el uniforme de nacionales, sino el mismo don Luis de Mendoza, sin que de nada sirviesen las súplicas de su padre.

. . . . . .

A esta estraña arbitrariedad habia precedido una infame delacion de fray Patricio. Hé aquí esplicado el valor con que se disponia á batirse con el valiente Mendoza. Fray Patricio habia aplazado el desafío para el amanecer, porque sabia que á media noche estaria don Luis encarcelado.

¡Cuántas esperanzas perdidas! Don Luis habia prometido á su amada la salvacion de su padre. Don Luis, al frente de los liberales mas decididos, habia jurado dar la libertad á su país.

Este denodado jóven, á pesar de que por ser comandante de la Guardia nacional debia haber sido arrestado en el cuartel de la fuerza ciudadana hasta que estuviese su delito comprobado, como en aquellos dias de desesperacion para el go-

autorizacion para dar la serenata, hubieron de contestar al general que esta ridícula pregunta acababa de hacer, que era con la autorizacion de los músicos. Esta respuesta fué para la autoridad militar, segun lo dijo en una órden de la plaza, una señal de conspiracion, un síntoma de asonada, y acordándose de que en el artículo 6.°, tratado 6.° de las ordenanzas del ejército, se previene que no se ejecuten fiestas ni actos que puedan ser motivo de juntarse mucho pueblo donde hubiese tropas de guarnicion ó de cuartel, sin dar parte primero al gobernardor ó comandantes, se olvidó de que ni era comandante ni gobernador, y de que habia autoridades civiles á quienes estaba encomendada la conservacion del órden público, y mandó disolver la serenata con la fuerza armada. Indignóse el concurso de esta disposicion arbitraria, y aquella reunion, hasta la sazon pacífica, empezó á gritar, á conmoverse hasta el punto de hacerse peligrosa. Veíanse en ella algunos nacionales con uniforme, y esto bastó para que todos fuesen presos, como si el vestir el uniforme de soldado del pueblo hubiera sido un delito. Las consecuencias de estas desatentadas medidas fueron funestas al gobierno. Nada compromete mas en efecto la posicion de los gobernantes que sus propios desaciertos y las demasías de los agentes á quienes confian su sosten.» (*Crónica contemporánea*, tomo III, pág. 155.)

bierno no habia mas leyes que el capricho de la autoridad militar, fué conducido á San Basilio, en donde existia á la sazon alguna tropa acuartelada, y allí quedó el valiente patricio en rigurosa incomunicacion, dejando sin consuelo á su anciano padre, que pocos momentos antes tan gratas sensaciones habia esperimentado por las glorias de su hijo, y sumergidos en profundo estupor á los amigos iniciados en el secreto de una conspiracion salvadora, que con la prision de su jefe debia probablemente fracasar, poniendo en inminente peligro las vidas de muchos honrados liberales.

CAPITULO IX.

Una revelacion involuntaria.

En breves dias habia todo cambiado enteramente de aspecto en casa de la baronesa del Lago. Desde el anhelado regreso de su marido habíase introducido la desunion en términos, que los dos esposos y María veíanse únicamente en la mesa y apenas se dirigian la palabra. Solo el baron seguia prodigando finos obsequios á su jóven huéspeda; pero esta infeliz criatura recibíales con frialdad y aun con notable repugnancia, que si bien contenia en cierto modo la osadía del seductor, aumentaba su loco deseo de pervertir á la candorosa vírgen.

El baron, lejos de ser cauto delante de su esposa, complacíase en hacer alarde de la predileccion que tributaba á María, porque persuadido como estaba de que don Luis de Mendoza habia obsequiado á su mujer durante su ausencia, parecíale que vengaba su honor ultrajado rindiendo el homenaje de su afecto á otra beldad.

La filosófica resignacion de la baronesa habíase agotado ya en vista de tanta afrenta, mayormente desde que María pagaba con ingratitud sus beneficios.

La pobre María, triste y desconsolada desde que tenia plena conviccion de que don Luis y la baronesa se amaban, no

podia mirar con su natural ternura á la que antes era su amiga íntima, su amable y generosa protectora. La buena Emilia era para ella una rival odiosa que la habia hipócritamente engañado.

A este lamentable estremo habian llegado las cosas, cuando los anónimos de fray Patricio vinieron á completar la obra. Aquellas cartas fatales hicieron todo el efecto que el maldito fraile se propuso al escribirlas. En la predisposicion que habia en los ánimos de los diversos sugetos á quienes iban dirigidas, fueron teas incendiarias arrojadas en medio de espantosos combustibles. Solo faltaban estos elementos de discordia para que no dudasen María ni el baron de la criminal correspondencia entre don Luis y la baronesa, y esta fiel esposa tambien por desgracia habia llegado á convencerse de que María era su culpable rival. Solo su estremada delicadeza daba treguas á la resolucion que habia tomado de despedir de su casa á la que con tanta generosidad habia hospedado en ella. La prudente Emilia queria consultar á su buen hermano antes de arrojar á la calle á María y privar á su familia de los beneficios que hasta entonces se le habian prodigado.

María no hacia mas que llorar..... Grandes habian sido sus padecimientos, y sin embargo jamás habia sido tan desventurada como en aquellos terribles momentos en que se creia víctima del amor y de la amistad. ¿Quién podia ya inspirarle confianza en este mundo, cuando la mas oficiosa de las amigas y el mas rendido de los amantes la habian engañado? Con todo, aún frecuentaba aquella casa una persona que merecia su afecto, y contra quien de ningun modo podia concebir el menor recelo de connivencia; pero esta persona, que habia sido su generoso salvador, el mortal benéfico que la habia arrebatado de las mazmorras de los locos, el que habia dado á su madre la salud y la vista, el que habia merecido de la pobre demente el afectuoso título de *el otro padre*, este hombre caritativo era hermano de la baronesa, y María preferia ahogar en su corazon el secreto de sus horribles martirios, á la sola

idea de acriminar á la hermana de su bienhechor. Antes que darle este disgusto, estaba resuelta á morir de amargura.

Otra idea acibaraba los tormentos de María. Su padre estaba preso, y don Luis habia prometido salvarle. ¡Don Luis, que habia faltado, en el concepto de la desventurada jóven, á todos sus juramentos y promesas! ¿Y qué debia importarle á un hombre que hacia mofa de una pobre muchacha la salvacion de su padre ni la libertad de un miserable jornalero?

Este pensamiento desgarraba el corazon de María cuando se le presentó una mañana su facultativo don Antonio de Aguilar.

Era el dia siguiente al de la prision de don Luis de Mendoza.

Tan pronto como el buen médico supo tan fatal acontecimiento, apresuróse á visitar á su convaleciente protegida, temeroso de que se le diese esta noticia de un modo intempestivo y brusco que pudiese perjudicar su salud. Quiso participarle él mismo este nuevo contratiempo con la prudencia que reclamaba el estado delicado de María.

Esta jóven estaba sumergida en sus melancólicas meditaciones. Su hermoso canario, acurrucado en el estremo de una de las cañitas, la contemplaba silencioso y apesarado como el dia en que la desesperada hija del jornalero fué á venderle para dar de comer á su familia.

—¡Siempre triste, María, siempre triste!—esclamó don Antonio al entrar en la habitacion de la desolada jóven.

—No debe usted estrañarlo, don Antonio,—respondió María con dulzura.—Pero con todo, me siento bien..... estoy enteramente buena..... y crea usted que en ninguna parte me restableceré tan pronto como al lado de mi madre..... ¡Tengo unos deseos de vivir en su compañía!.... Hace ya tanto tiempo que vivo separada de mis padres y hermanos, que me parecen un siglo los años trascurridos desde que abandoné el hogar paterno. En medio de toda suerte de privaciones, jamás he sido tan dichosa como cuando procuraba con mis cuidados

compartir las fatigas de mi madre, aliviar sus penas y merecer sus tiernas caricias. Al considerar que mi separacion habrá aumentado sus quehaceres cuando necesita mas reposo que nunca para conservar la vista, que gracias á los talentos y bondades de usted ha recobrado, el deseo de ayudarla se acrecienta en mí por momentos, hasta el estremo de hacerme insoportables los dias que retardan mi suspirado regreso al seno de mi familia. Esto es lo que me tiene inquieta, y crea, usted, don Antonio, que no puede haber alegría para mí en este mundo mientras viva lejos de mis queridos padres. Esta es la causa de la tristeza que me consume, y solo aguardo el permiso de usted para volver á la humilde morada que no debí nunca abandonar. La compañía de mi madre y de mis hermanos, y los sanos consejos de mi padre, harán mi felicidad.

—¿A ver el pulso?

Pulsó el médico á María, y añadió:

—Muy débil..... apenas se percibe. Si no se esfuerza usted, amiga mia..... si no desecha esa melancolía que la devora, serán inútiles todos mis afanes.

—Crea usted que al lado de mi madre me pondria buena.

—No puede ser aún, hija mia, no puede ser. Debo seguir hasta lo último mi plan de curacion. Si por cambiar de método el éxito se malograse, no sabria consolarme nunca de ello. Mientras esté usted delicada, no sale usted de aquí. ¿Tan mal le va á usted en esta casa?

—No señor,—repuso María esforzándose por sonreir, mientras una lágrima que se deslizaba por su mejilla revelaba su acerba afliccion.

—María,—repuso el médico en tono solemne,—usted no está contenta..... usted es infeliz.

—Es verdad,—contestó María.

Y prorumpió en acerbo llanto.

—Llore usted, hija mia, llore usted,—dijo el médico en voz conmovida;—eso aliviará su corazon; pero aún necesita usted otro desahogo. Los pesares se mitigan cuando se depositan en la confianza de un amigo. ¿No merezco yo este título? ¿No me daba usted el de padre? Hable usted, hija mia; cuénteme usted con franqueza todos sus sinsabores, y Dios nos ayudará á encontrar un remedio á sus males.

—¡Ah, señor!—repuso María sollozando.—He sido engañada.

—¡Engañada! ¿Y por quién?

María no pudo responder: el dolor habia formado un nudo en su garganta que ahogaba su voz.

—¿Sospecha usted de su amante?—preguntó don Antonio.

—Si no fuera mas que una sospecha..... pero ¡ay!.... tengo pruebas de su perfidia.

—¿Es posible?

—La última vez que le vi tuvo la crueldad de hacer alarde de su inconstancia..... Desde entonces..... no le he vuelto á ver.

que esta infeliz padece, puede acontecer que de un momento á otro pierda el conocimiento, me apresuro á dar á usted este aviso.»

El médico hizo una inclinacion y desapareció, dejando á María abrumada de confusion, de vergüenza y de incertidumbre.

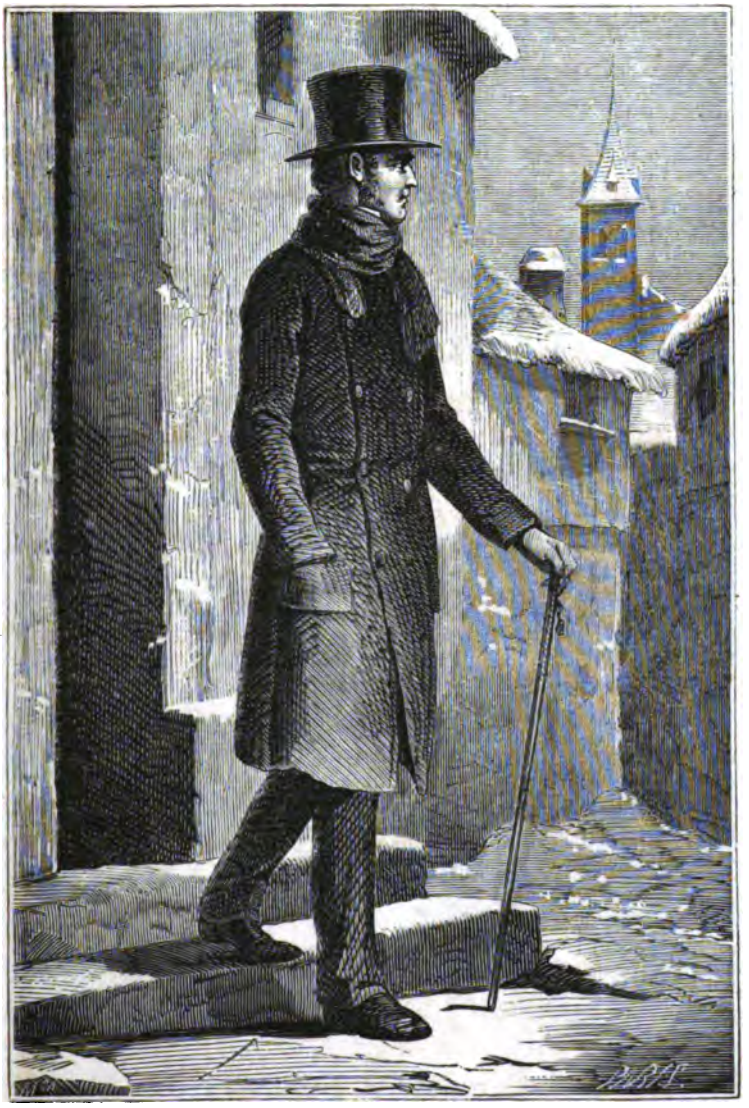
Deslizáronse algunos dias, y todo permanecia en el mismo estado, esceptuando no obstante los importantes descubrimientos que por las revelaciones de una moribunda, unidas al mejor celo y á la mas atinada actividad y prudente destreza, iba haciendo el infatigable y digno facultativo del hospital General.

Una mañana del mes de agosto estaba María sentada en un sofá de su cuarto, sumergida en encontradas meditaciones, cuando una voz sonora vino á sacarla de su letargo.

—¡Hermosa María!

Hé aquí las palabras con que, presentándose de improviso el baron del Lago por primera vez en la sagrada habitacion de aquella cándida vírgen, tuvo la avilantez de empezar una nueva tentativa contra la virtud de la hija de Anselmo.

Dejemos para mas adelante la descripcion de esta animada escena, y pasemos á presenciar la conferencia no menos interesante que tuvo la baronesa del Lago con su hermano don Antonio de Aguilar.



Don Antonio de Aguilar.

TAYLOR INST. OXFORD

CAPITULO X.

Los dos hermanos.

Durante el vérano, y particularmente en la canícula, tenia don Antonio de Aguilar la costumbre de madrugar y aprovechar las primeras horas de la mañana para el estudio. Dedicábalas todos los dias á la lectura de los libros mas selectos de su profesion.

Por si ocurria en el hospital General alguna novedad que réclamasé con premura su presencia, tenia alquilado un reducido pero elegante cuarto principal muy bien amueblado, en la calle de Atocha, no lejos, y á la misma mano de aquel establecimiento.

Su despacho era una salita cuadrada rodeada de estantes de caoba con cristales, que contenian no solo las mejores obras de medicina y cirugía, como el *Tratado de Higiene*, por Foy; el de *Química*, por Bercelius; el de *Farmacia*, por Soubeiran; la *Guia del médico práctico*, por Valleix; el *Atlas de Anatomía*, por Masse; el *Tratado de Cirugía*, por Chelius; el de *Partos*, por Chaylly; el de *Fisiológia*, por Muller; el de *Auscultacion*, por Andry, el de *Botánica*, por Blanco; el de *Tisis*, por Lonis; escritos preciosos de Vieta, Ametller, Piguillem, Co-

dorniu, Mata, Alfaro, Argumosa y otros profesores nacionales y estranjeros, sino multitud de libros de instruccion y recreo de autores escogidos de todos los países. Tenia vistas al campo, y recibia buenas luces y ventilacion.

Don Antonio poseia varios idiomas, y alternaba el estudio de los mas graves autores científicos con la amena lectura de bellas poesías y novelas de mérito.

Un dia que estaba embebido en esta grata ocupacion, fué

distraido de ella por el anuncio de una visita, que no podia menos de sorprenderle á semejante hora y en dia de conmocion popular.

Era el 15 de agosto de 1836.

Acababan de dar las siete de la mañana.

—¿Tú aquí, querida Emilia?—dijo don Antonio viendo entrar á su hermana en el despacho.

—Sí, Antonio,—respondió la baronesa del Lago;—tengo que hacerte revelaciones de inmensa importancia. Hay ocurrencias tan estraordinarias como lamentables que me obligan á tomar alguna resolucion que ponga término á ellas, y cualquiera que sea deberá ser violenta y acaso ruidosa. Nadie mas enemiga que yo de los escándalos, nadie mas inclinada por carácter y por conviccion á no dejarse llevar de arrebatos intem-

pestivos; pero hay casos en que hay vilipendio en la tolerancia, y en que llegan los males á un estremo que son inútiles y aun perniciosos los paliativos.

—Dímelo á mí,—repuso el médico,—que me veo muchas veces en la necesidad de tener que amputar un brazo ó una pierna á un infeliz para salvarle la vida. Pero ¿sabes, Emilia, que me estremeces con ese introito?

—Deseando pues acertar en los medios que pongan mi decoro y hasta mi honor en el lugar que les corresponde, reclamo hoy tus consejos.

—Esplícate..... Esas misteriosas palabras me tienen en la mayor zozobra. Ya sabes, hermana mia, que ocupas el lugar predilecto de mi corazon.....

—Lo sé; y desde que murieron nuestros amados padres no me ha quedado en el mundo mas que tu amor.

Emilia no pudo proseguir..... los sollozos ahogaban su voz, y copiosísimas lágrimas surcaban por sus encendidas mejillas.

Su hermano, al contrario, perdió enteramente el color..... quedóse blanco como el jazmin.

—Sí, hermana mia,—dijo conmovido,—te ha quedado mi amor.....

Y con voz trémula añadió:

—¡Y qué! ¿no tienes tambien el de tu esposo?

—Mi esposo.....

—Prosigue.

—Me es infiel.....

Y al decir esto, dió la infeliz mujer libre curso á su amargo llanto.

Don Antonio abrió maquinalmente los brazos, y Emilia se arrojó en ellos.

—Llora mas, querida Emilia, llora mas; llora en el seno de tu hermano. Eso tranquilizará tu espíritu, y cuando estés mas aliviada me lo contarás todo, todo.....—dijo con fraternal dulzura el facultativo.—¿A quién puedes confiar mejor tus secretos que á un hermano que te idolatra?

—Tus palabras me llenan de consuelo,—repuso la tierna Emilia enjugándose las lágrimas.—Desde que he llorado..... desde que he empezado á confiarte mis amarguras, el peso que abrumaba mi corazon ha desaparecido..... no parece sino que un bálsamo consolador haya circulado por mis venas y me dé aliento para referirte mas tranquila las causas de mis infortunios.

—¿No lo ves?.... Vamos, enjuga ya esos ojos y dímelo todo sin afligirte mas..... A veces la imaginacion se enardece y abulta nuestras desgracias..... ¿Quién sabe?.... Tal vez hallaremos su remedio.

—No hay mas remedio que una separacion..... Será dolorosa para mí, pero es inevitable.

—Antes de dar ese paso,—repuso don Antonio con dignidad,—es menester agotar los demás recursos. Tratemos de evitar un escándalo que refluiria siempre en tu perjuicio. Faltan leyes sábias que, autorizando en ciertos casos el divorcio, dejen enteramente libres á los que unidos por los vínculos del matrimonio declaren los tribunales haber suficiente causa para anular este enlace, sin que sirva de nota semejante sentencia á quien resultase inocente. Pero toda vez que la ilustracion de la época actual no ha llegado hasta el punto de evitar, por medio de tan sábia como justa providencia, los disgustos, desórdenes y hasta crímenes inauditos que acarrea á la sociedad el haber hecho indisolubles unos lazos que, uniendo para siempre, no solo personas que se odian mortalmente, sino sus intereses recíprocos, son fructífero semillero de domésticos disturbios, las personas bien educadas, hermana mia, no deben olvidar esta grave falta de nuestra legislacion; y para conciliar con ella los respetos debidos al público y los que el propio decoro exige, obligacion suya es portarse con el tino y circunspeccion que asuntos de tan grave trascendencia reclaman. Pero dime, querida Emilia: ¿quién es la cómplice de los desvíos de tu esposo?

—Su nombre te llenará de espanto, hermano mio..... te

parecerá imposible que se paguen con tan negra ingratitud los beneficios.

—Esplícate.

—Vas á tener un disgusto inmenso.

—No importa.

—Es una persona que te merece el mejor concepto, y por quien te interesas con paternal cariño.

—¿Es María?—esclamó el médico con impaciencia.

—La misma.

—No es posible,—repuso terminantemente don Antonio.—Te repito, Emilia, que no es posible. María es un dechado de virtud..... no cabe semejante perfidia en sus angelicales sentimientos. Hermana, ambas sois víctimas de una nueva trama de los enemigos de aquella encantadora jóven. María es inocente, no lo dudes, y cierta coincidencia me hace recelar que hay un misterio en estos acontecimientos que yo sabré penetrar.

—¿Un misterio?

—Sí, Emilia. De algunos dias á esta parte María está ciegamente celosa. ¿Y sabes quién es el objeto de sus celos?

—¿Quién?

—Tú, Emilia, tú. Con la misma certeza que me dices tú que la infeliz es cómplice de tu marido, me asegura ella llorando amargamente que tú estás en criminales relaciones con don Luis de Mendoza.

—¡Hermano!

—Me equivoco: ella no me lo dijo ni queria hacerme tan dolorosa revelacion; pero tenia recio empeño en salirse de tu casa, en volverse al hogar paterno, en huir para siempre de la opulencia y buscar su tranquilidad en los brazos de su pobre madre.

—Me dejas absorta.

—Yo creo que María es inocente, como estoy cierto de tu virtud, hermana mia; y con todo, ambas os mirais con ojos de desconfianza. Esto mismo ha fomentado vuestras sospechas, y

acaso ha empezado á engendrar un odio tan injusto como lamentable.

—¡Ojalá, querido Antonio, que no tuviese yo motivo para odiar á esa mujer! Pero yo misma presencio todos los dias las pruebas de una humillacion que no quiero sufrir mas, y has de saber que sus criminales relaciones no son de ahora. Hace tiempo que se aman; y lo mas horrible es que tú mismo has sido víctima de un engaño inaudito; tú, que inocentemente me has traido á casa á esa detestable rival. A pesar de su astucia y refinada hipocresía, no han sabido llevar el disimulo hasta el punto que exigia su maldad. Desde el momento en que presencié yo su entrevista en Aranjuez, lo descubrí todo. La enormidad de su delito pudo mas que el fingimiento, y su mal reprimida turbacion me reveló el fatal secreto de mi afrenta. Sospeché entonces que se amaban, y desgraciadamente no me engañé, porque mi marido lleva su frenesí hasta el estremo de hacer alarde de su inconstancia. Desde su regreso muéstrase cada dia mas indiferente conmigo, no me dirige una sola vez la palabra, me mira con ceño adusto, y estoy cierta de que mi presencia le fastidia, que mi compañía le es odiosa; pero lo mas cruel es que todavía insulta mi humillacion con su atrevida conducta. Delante de mí hace mi esposo alarde de tributar sus obsequios á esa jóven.

—Y delante de esa jóven te colmó don Luis de Mendoza la otra noche de atrevidos galanteos.

—Es verdad; pero yo los escuché con desprecio.

—¿Y has oido tú alguna palabra de María que indicase su correspondencia al baron?

—No por cierto; pero ya todo Madrid habla de sus amores, y en prueba de ello, lee esta carta que me ha dirigido una amiga.

Emilia entregó á su hermano el anónimo de fray Patricio.

—La he leido,—dijo con calma don Antonio despues de haber pasado la vista por ella,—y su contenido me confirma las sospechas que tengo de una trama diabólica. Afortunada-

mente he dado con el ovillo de este laberinto infernal. En pocos dias he hecho grandes averiguaciones: hoy pienso completar mi obra, y pronto sabrás de qué modo habeis sido víctimas de la impostura. Vámonos, Emilia.

—¿Adónde?

—A tu casa.

—¿Qué pretendes hacer?

—Te lo esplicaré por el camino; pero me lisonjeo, hermana mia, que pronto serás feliz.

—¡Dios lo quiera! Mas recelo que te engaña tu buena voluntad.

Don Antonio se vistió precipitadamente, y en el mismo coche de la baronesa del Lago, se dirigieron ambos hermanos á casa del baron.

CAPITULO XI.

La seduccion.

Mientras la baronesa del Lago tenia con su hermano la conferencia que acabamos de describir en el capítulo anterior, el baron estaba empleando todos los recursos de su elocuencia para seducir á la desventurada hija de Anselmo *el Arrojado.*

—¡Hermosa María!—esclamó el baron del Lago al presentarse con sobrada avilantez en el sagrado dormitorio de aquella honesta vírgen.

Volvió María el rostro, y levantóse azorada á la presencia de su seductor.

—¡Señor!—dijo la candorosa jóven sobrecogida de un temblor convulsivo.

—No se asuste usted,—repuso con dulzura el baron:—soy yo..... su mejor amigo..... el hombre que mas se interesa por su felicidad, el que tuvo algun dia la imponderable fortuna de merecer su afecto de usted. ¿Ha olvidado usted, encantadora niña, que se dignó darme bellas esperanzas de ser correspondido?

—Estraño mucho, señor baron,—respondió María alentada por la misma osadía de su perseguidor,—que me recuerde usted circunstancias que por su decoro de usted hubiera de-

seado olvidar; pero ya que las arranca usted del silencio de donde nunca debieron salir, me permitirá usted decirle que si algun dia pude lisonjearle á usted con espresiones de afecto que le hicieron concebir esperanzas que no pueden relizarse, fué porque vivia engañada. Me hizo usted creer que su corazon y su mano estaban libres..... que aspiraba á poseer un amor legítimo, puro, que ante los sagrados altares recibiese la bendicion de Dios..... Usted engañaba á una jóven inesperta, señor baron..... y cuando este engaño debiera ruborizarle, me lo recuerda usted para que corresponda á su pasion! No, caballero, no espere usted nunca obtener de mí el mas leve indicio de correspondencia. Soy pobre, muy pobre, caballero; pero á las mujeres honradas, por pobres que sean, les queda siempre un precioso tesoro que guardar, y este tesoro es el honor. Suplico á usted pues encarecidamente que se compadezca de mí, desistiendo de sus inútiles pretensiones.

—Es imposible, María, es imposible. Conozco que cometí una grave falta en ocultar á usted mi estado; pero esta falta era hija del mismo amor que profesaba á usted..... El recelo de que sabiendo usted que estaba casado no correspondiese á mi cariño, me indujo á ocultarle esta circunstancia; pero ya

que usted la sabe, espero no solo que me perdone un engaño hijo de mi pasion, sino que conociendo cuanto la adoro, se dignará apiadarse de mis sufrimientos. Yo no puedo vivir, hermosa mia, sin la esperanza de ser algun dia correspondido..... Con sola esta hermosa esperanza me creeria el mas venturoso de los hombres.

—Repito á usted, caballero, que se afana infructuosamente, y le suplico que no me hable mas en términos á los que me es absolutamente imposible dar oidos.

—Es usted tan hermosa como ingrata; pero sepa usted que no desistiré nunca de mis deseos, porque son los únicos que endulzan mi existencia. Cuando se llega á amar con el ardor que circula por mis venas no se retrocede, ni es posible estinguir el fuego que abrasa el corazon, y cuando el mio se consume en la llama que sus bellos ojos, sus gracias y sus encantos han encendido, pretende usted que olvide mi pasion! ¡Cruel! ¿Cree usted que tan fácilmente se apaga un volcan? No, no..... yo no quiero vivir sino para amar á usted..... para adorarla..... y es inútil que me mande usted olvidarla..... Esto es imposible..... es el único mandato que no puedo obedecer, á pesar de estar dispuesto á servir á usted como un esclavo. Exija usted de mí cuanto guste..... será un dulce consuelo para mí el complacerla; pero dejar de amarla..... nunca.

—Usted hará lo que guste, caballero; pero en cuanto á mí, repito que, lejos de admitir un amor deshonroso como el que usted me propone, preferiria mil veces la muerte.

—No, María; el amor que propongo á usted no es deshonroso. Yo la amo á usted sinceramente, con fervoroso anhelo de hacer á usted feliz. Créalo usted, ídolo mio, todo mi afan, todos mis desvelos se cifrarán siempre á darle gusto en todo. No tendré mas gloria que admirar su belleza y labrar su venturoso porvenir; no tendré mas ambicion que poseer su cariño y hacerme digno de él amándola constantemente y complaciéndola en todos sus deseos. No solo será usted la dueña de mi corazon..... cuanto valgo..... cuanto poseo es de usted..... He

tenido la fortuna de heredar una posicion brillante en Madrid; tengo inmensas riquezas para satisfacer no solo cuantas necesidades puedan sobrevenir, sino todos los caprichos que usted conciba, por costosos que sean. Lejos de mortificarme los deseos de usted, tendré orgullo en verla á usted brillar en la córte por los lujosos trenes de sus carrozas. Vivirá usted en un palacio rodeada de magníficos objetos y de personas atentas todas al mas leve gesto de usted para servirla como esclavos. Las mejores modistas de Madrid se pondrán á su disposicion para proporcionar á usted elegantes y riquísimos trajes. No habrá diversion en Madrid á la que usted no asista, rodeada de un lujo asiático que envidiarán las mas distinguidas bellezas de la córte. Una sola palabra que usted pronuncie puede hacerla la mas dichosa de las mujeres..... un *sí* que asome á sus graciosos labios asegura para siempre su bienestar y colma la dicha del mortal que mas la adora en este mundo.

—Creo, señor baron, que no tengo necesidad de hablar mucho para que se convenza usted de lo infructuosa y repugnante que me es su pertinacia. Disimule usted si adolecen mis palabras de severidad. Hay á veces mas veneno en las frases dulces y sonoras, que en la natural aspereza de la verdad. Acostumbrada yo á decirla, declaro á usted terminantemente, señor baron, que ni le amo, ni podré amarle nunca, que ese fausto y esos oropeles que tanto halagan á los séres degradados, no fascinarán nunca á la pobre hija del jornalero Anselmo. En medio de la mas desesperada indigencia, con voz orgullosa al paso que debilitada por el hambre, me ha dicho mi padre una y mil veces: «En el mundo no hay mas que un tesoro positivo para la mujer de bien, y ese tesoro es el honor.» Yo sabré conservarle, y miraré siempre con ojos de compasion y de desprecio á esas miserables que se prostituyen para alcanzar un puesto distinguido en la sociedad, que no aman á los hombres, sino á sus riquezas, y miran con predileccion al que mas lujo pueda proporcionar á su insensata prostitucion. He dicho que no tendria necesidad de hablar mucho para con-

vencer á usted de que nunca podré ceder á sus depravados intentos, y lo repito ahora, porque es imposible no penetre usted, por los destellos de indignacion que deben haber demudado mis facciones, el efecto que han hecho en mi corazon sus deshonrosas proposiciones. La mujer honrada no ama nunca por el sórdido interés. El verdadero amor es una emanacion de la Divinidad.

—¡Bah! No seas inocente, María,—dijo el baron tomando un tono familiar al ver que nada alcanzaba con románticas esclamaciones.—Tienes pocos años, y por eso incurres en ciertas preocupaciones que los progresos de la civilizacion han desterrado. La vida es muy corta..... pasa con la velocidad de un rápido sueño, y no vuelve mas. Durante su curso no se alcanzan mas goces positivos que los que proporciona el oro.

—Dice usted que tengo pocos años..... es verdad; pero tengo la edad suficiente para no dejarme seducir. Se aprende mucho en la escuela de la desgracia.

—¡Tonteria!.... Esa desgracia solo persigue á los que tienen las preocupaciones que tú manifiestas. Vamos, hermosa María, sé razonable..... Ven acá.....

El baron dijo sus últimas palabras en tono picaresco, acompañándolas de una sonrisa cariñosa, y llevó el atrevimiento hasta el estremo de querer abrazar á María; pero la hija de un pobre jornalero estaba acostumbrada á despreciar fascinadoras promesas y caricias criminales. Prefería la virtud á todo, y sabia que la virtud de una mujer consiste en no alimentar mas que un solo amor; amor acendrado, desnudo de ambiciosas miras é intenciones siniestras. Amaba á Mendoza, y aunque estaba en la inteligencia de que la habia engañado y no merecia tanta constancia, no podia imitar el ejemplo de esas vulgares mujercillas que se consuelan de la pérdida de un amante en los brazos de otros que tienen de reten.

—Caballero,—esclamó María con indignacion,—si usted no se modera me veré en la precision de dar un escándalo.

—¿Gritarás, eh?—dijo el baron, siempre sonriéndose.—

Nada importa. Los criados no te oirán, porque..... están lejos, y mi mujer no está en casa. A propósito: ¿sabes adónde habrá ido la picarilla? A buen seguro que estará ahora consolando á su adorado Mendoza. Todas las mujeres son compasivas menos tú. Vamos, María, yo sé que amabas á don Luis de Mendoza, y que este jóven te ha abandonado por mi mujer. Pues bien, ahí tienes otro motivo para que nosotros nos entendamos. Es un desagravio justo que todo el mundo aprobará. Conque..... no seas así..... y..... venga un abrazo.

María quiso huir, y el baron se puso en el dintel de la puerta de su cuarto. Entonces empezó María á llamar con desaforados gritos á Tomas, y el baron, sonriéndose, dijo:

—¿Cómo ha de oirte Tomas desde la cochera? Todo es inútil..... estamos solos..... y no hay mas remedio que ceder.....

—Se equivoca usted, caballero,—dijo la baronesa presentándose con el médico.—No están ustedes solos.

Los dos hermanos habian oido gran parte del precedente coloquio.

—¿Qué es esto, señor baron?—Preguntó con gravedad don Antonio.

—Nada..... nos estábamos chanceando.....—respondió avergonzado el baron.

—¡No son malas chanzas, vive Dios!—añadió colérico el facultativo.

—¿Qué tono es ese, caballero?—repuso el baron del Lago.—Si usted trata de reprenderme, sepa usted que no tolero yo reconvenciones de nadie. Mas valdria que las dirigiese usted á su hermana.

—¿Cómo á mi hermana?

—Lea usted, y quedará plenamente convencido de que las merece; lea usted.

Esto diciendo, entregó el baron al médico el anónimo de fray Patricio.

Con sorpresa observó don Antonio de Aguilar que la carta que acababa de leer estaba escrita en igual papel, con idéntica tinta, oblea del mismo tamaño y doblada del mismo modo que la que le habia entregado su hermana. Confrontólas detenidamente, y adivinó que María debia haber recibido su correspondiente anónimo. Preguntóselo sin vacilar, y en efecto sacó María y puso en poder de don Antonio otra carta que no se diferenciaba de las anteriores mas que en el contenido.

—Todo está descubierto,—esclamó con alegría don Antonio;—pero es preciso confesar, amigos mios, que todos ustedes se han juzgado con demasiada ligereza por apariencias engañosas que los malvados han sabido aprovechar para introducir el cisma en esta casa. Todos ustedes son igualmente culpables; de consiguiente, no hay mas que olvidar lo pasado y reconciliarse para ser en lo sucesivo mas discretos.

Estas palabras fueron pronunciadas en tono festivo y reconciliador.

El baron del Lago, como el único verdaderamente culpable, fué el primero que acogió favorablemente la proposicion del doctor, y aparentando serenidad, esclamó:

—¡Cuánto me alegraria, señor médico, de que la conducta de mi esposa quedase justificada! Pues no puede usted figurarse lo que costaba á mi corazon fingir nuevos amores..... porque..... ¡necio de mí!.... creia con esto tomar el desagravio de mi ofensa. Pero ¿qué enigma es ese? Esplíquese usted, señor don Antonio.

—Todo el enigma se reduce,—repuso el facultativo,—á que las personas que tienen un interés en atizar la discordia entre ustedes han dirigido un anónimo á cada uno en los términos que van ustedes á oir.

Don Antonio de Aguilar leyó en alta voz las cartas de fray Patricio, que no será malo repetir aquí para evitar al lector la molestia de hojear los capítulos anteriores.

«*Una persona celosa de vuestro honor os felicita por vuestro regreso. Observad la conducta de vuestra esposa. Desde vuestra ausencia le ha hecho frecuentes visitas el marquesito de Bellaflor. Podrá ser que vaya con intencion de obsequiar á la jóven que tiene en su compañía; pero se cree que, lejos de ser esto así, se ha dado hospitalidad á la tal niña para que sirva de pantalla. La persona que esto os escribe no quiere que deis crédito á esta carta, sino que observeis y obreis como hombre de talento. La amistad que os profeso me obliga á dirigiros por escrito un aviso que me repugna daros verbalmente, por la odiosidad que llevan estas ocurrencias consigo. No es mi objeto mortificaros, ni menos introducir la desunion en vuestra casa; solo deseo salvar vuestro honor. Vos hareis el uso que juzgueis conveniente de este amistoso aviso.*»

«*Emilia: Eres muy inocentona. Todo Madrid se rie de tí pero yo, que te compadezco porque te quiero, me propongo darte un aviso amistoso. Que perdones á tu marido sus travesuras,*

es verdaderamente muy filosófico; pero eso de llevarle tú misma las queridas á su casa es altamente ridículo. Tenias fama de mujer de discrecion y talento; pero tu candor y tu inocente conducta van desvirtuando esta opinion. Tal vez despreciarás mi aviso, y con esto darás otra prueba de filósofa; pero entre tanto cree, amiga mia, que me duele en el alma el ver que eres el juguete en todos los círculos de Madrid de las gentes de buen humor.—UNA DE TUS MEJORES AMIGAS.»

«*María: No parece sino que de nada te sirvan las lecciones de la esperiencia. Despues de lo que has sufrido en casa de una marquesa que fingia prodigarte toda suerte de halagos, crees aún en los beneficios de una baronesa! Incauta jóven, observa la conducta de la mujer que tantas bondades te prodiga; observa los obsequios que el que se titula tu amante rinde á tu fingida bienhechora, y seguramente descubrirás la causa de tanta hipocresía. Don Luis y la baronesa del Lago mantienen relaciones criminales; pero la baronesa está casada, y era preciso apelar á un objeto que justificase las visitas del amante á los ojos del marido. Tú, pobre é inocente niña, has sido llevada con engaño á esa casa para que el velo de tu inocencia cubriese una pasion criminal. Huye, jóven virtuosa, de esa mansion emponzoñada; vuelve al hogar paterno, donde te aguarda el amor de tus parientes, en medio de la pobreza, es verdad, pero tambien en medio de la virtud, sin la cual no hay en el mundo tranquilidad de conciencia. Sigue este consejo que te da una persona honrada.*»

—¡Qué osadía!

—¡Qué infamia!

—¡Qué maldad!

La baronesa, María y el baron pronunciaron casi á un tiempo las precedentes esclamaciones.

—Déjense ustedes ahora de inútiles aspavientos,—dijo con amable jovialidad don Antonio;—y dejando á mi cargo la

averiguacion y castigo del culpable, celébrese una reconciliacion cordial que afiance para siempre la felicidad de todos.

—Con mucho gusto,—esclamó el taimado baron.

Y con los brazos abiertos se aproximó á su mujer, que le recibió con afectuosa bondad.

Luego se abrazaron la baronesa y María, y el médico se despidió rebosando por todas partes júbilo y satisfaccion.

María no estaba plenamente convencida de la inocencia de don Luis; pero queria esforzarse por creerle digno de su amor, y corrió al instante á prender en su cuello el adorado medallon que por un impulso de sus celos habia arrojado en un cajoncito de su tocador.

Abrióle con ansiedad, y al tirar del cordoncito salió enredado en un billete.

Este billete iba dirigido á la baronesa. La letra del sobre era de don Luis de Mendoza.

María perdió el color. Un estremecimiento nervioso agitaba todos sus miembros.

Despues de breves instantes de angustia y sobresalto, leyó la infeliz la carta siguiente:

"Adorable amiga: Debo á usted una aclaracion, pues no quisiera que me tuviera en mal concepto la persona á quien tanto amo. Confesaré la verdad para que vea usted que no trato de engañarla. Tuve algunas relaciones amorosas con esa muchacha que está en el hospital bajo el celo de su señor hermano de usted; pero ¿podia el corazon interesarse en el amor de una mujer cuyos escesos la han conducido al hospital? Hace tiempo que María (este es su nombre) no merece mas que mi odio; pero al manifestar mis deseos de que se la trate bien, sufragando yo los gastos, solo he escuchado la voz de la beneficencia.

"Usted, mi tierna amiga, es el único objeto de mi amor, y crea usted que un solo destello de esperanza colmaria la ambicion de su amante—*Luis de Mendoza.*"

El lector se acordará de que el precedente billete fue en-

tregado por don Luis á la baronesa cuando creia culpable á María, y que la baronesa le dejó en su tocador. Tambien se tendrá presente que en el dormitorio de María habia dormido la baronesa antes de que saliese aquella del hospital. Aquel billete se quedó olvidado en el tocador, porque la virtuosa Emilia no se acordó mas de él.

Apenas tuvo María tiempo para concluir la lectura del fatal billete. Debilitado su espíritu por tantos azares lastimeros, no pudo resistir este último golpe, y se cayó sin sentidos.

CAPITULO XII.

La lealtad de Tomas.

Eran las diez de la mañana, hora en que, levantada ya María, el negro Tomas acostumbraba limpiar la jaula del canario.

Con este motivo entró el buen criado en el cuarto de su señorita, y llenóse de espanto al verla tendida en el suelo.

Su palidez hízole creer de pronto que era ya cadáver. Tomas quiso dar voces de desesperacion; pero el dolor oprimia su garganta, y solo le permitia exhalar hondos

gemidos que no podian oirse de parte alguna. Afortunadamente tenia en la mano una jarrita de agua que traia para mudar la del bebedero del canario; roció con ella el rostro de María, y esta desgraciada empezó á dar señales de vida. Entonces levantóla Tomas, no sin trabajo, y la sentó en el sofá. Cogió despues un pomito de agua de olor que en el tocador habia, y se lo aproximó á la nariz. Apenas aspiró la jóven aquella esencia, abrió los ojos y dió un suspiro.

—¡Albricias!—esclamó Tomas.

Y no quiso ya llamar á nadie, porque deseaba tener solo la gloria de haber hecho volver en sí á su querida señorita.

—Soy yo.....—añadió.—¡Ánimo!.... no hay que asustarse..... eso no es mas que un ligero vahido..... Hoy se deja sentir el calor de un modo tan.....

—¿Dónde estoy?—dijo María en voz débil.—¿Qué es lo que me sucede?.... ¿Será un sueño?.... El papel..... ¿dónde está ese papel?.... Búscalo..... ha de estar por el suelo.....

—Aquí hay una carta, señorita.

Tomas recogió un billete y le entregó á María.

—¡Todo es realidad!

María repitió la lectura del malhadado papel y prorumpió en acerbo lloro. Su venganza fué besar el medallon y volverlo á prender en su cuello.

El pobre Tomas la contemplaba enternecido. Despues de un breve silencio esclamó con amargura:

—No me atrevo, señorita, á preguntar á usted la causa de sus pesares. Un pobre esclavo..... un miserable negro no es digno de tanta confianza; pero si yo adivinara el motivo de su afliccion.... si supiera quién la atormenta así.....

—No culpes á nadie, Tomas..... yo sola..... mi credulidad..... mis pocos años..... no tienen otro orígen todos mis infortunios. De nada me han servido las lecciones de la esperiencia, los desengaños recibidos en esas sociedades que llaman de buen tono. ¡Buen tono!.... ¿Sabes lo que significa buen tono?

En este momento hizo Tomas una observacion que le ater-

ró. María tenia las facciones demudadas al hacerle aquella pregunta. Sus ojos desencajados soltaban una mirada fija como cuando estaba loca.

—Oye, Tomas,—continuó la desgraciada jóven:—buen tono..... significa..... desmoralizacion..... perfidia..... traiciones..... engaños..... En el gran mundo no se dice nunca la verdad.

—¡Por Dios, señorita, tranquilícese usted!

—Tienes razon, Tomas, debo traquilizarme..... Todo esto no es mas que un castigo de la Providencia por haber olvidado los consejos de un padre cariñoso. He padecido mucho; pero he alcanzado una leccion saludable..... Sí, Tomas..... estoy resuelta á huir para siempre de esta casa.

—¡De esta casa..... cuando ha recibido usted en ella tan generosa hospitalidad..... cuando tantas bondades le ha prodigado la señora baronesa!....

—Iguales beneficios me prodigaban en casa de la marquesa.....

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que aquí tambien me engañan.

—¿Será posible?

—Sí, amigo mio; y estoy resuelta á volverme á casa de mis padres.

—¿Lo ha pensado usted bien, señorita?

—Sí..... Adios, Tomas.

—¡Adios!.... ¿Está usted en su juicio?

—No puedo detenerme un momento en esta casa.

—¡Adios!.... ¿Qué espresion es esta?.... ¡Pues qué! ¿se figura usted que el pobre esclavo podria vivir separado de usted? He jurado no abandonarla nunca.

—Ahora es indispensable..... Yo tambien lo siento en el alma, amigo mio, porque tú solo eres el único que jamás me ha engañado.....

—Señorita, yo la quiero á usted como queria á mis padres..... y sabré seguirla donde quiera que vaya.

—¡Pobre Tomas!.... ¡Siempre la virtud en la pobreza!...

Tendria mucho gusto en tenerte á mi lado, en verte todos los dias, en proporcionarte una vida cómoda y feliz; pero reflexiona, amigo mio, que voy á vivir con mis padres, que están estremadamente pobres..... Mientras viví en su compañía nos rodeó siempre la mas espantosa indigencia.

—Nada de todo eso puede arredrarme. Yo de nada necesito..... solo quiero un rincon..... en cualquier parte..... un rincon..... Creo que no soy de peor condicion que un pobre perro..... Yo no necesito cama para dormir..... Lo que quiero es ver á usted todos los dias..... Y en cuanto á mi manutencion..... sabré mendigarla, si no encuentro trabajo..... y si algun dia, señorita, carece usted ó sus padres del preciso alimento..... les daré lo que haya podido yo recoger para mí..... Ya ve usted que, lejos de ser gravoso, puedo aún serles útil.....

La natural sencillez con que esplicaba el negro sus generosos sentimientos conmovió á María en términos que no pudo responder, é impulsada por un efecto de gratitud, abrió los brazos y le estrechó cariñosamente en su seno.

¡Oh poder de la virtud! ¡Un miserable esclavo, un repugnante negro recibió un afectuoso abrazo de aquella belleza encantadora de quien la opulencia no habia podido nunca alcanzar el mas leve favor!

—Vamos pues,—esclamó María con resolucion.—Tomas, sígueme.

—Hasta la muerte, señorita.

—No me des ya ese título..... trátame como á tu hermana. Vámonos, no perdamos tiempo.

—¿Está usted decidida á ello?

—Sí, amigo mio, y desde que he tomado esta determinacion paréceme que me siento mucho mejor. Mi espíritu está mas tranquilo. Mira, tú me harás el favor de llevar mi pobre canario..... es otro compañero inseparable de mis desgracias..... Saldremos por la puerta del jardin.

—Con mucho gusto.

Tomas se apoderó de la jaula, María se puso maquinal-

mente el chal y sombrerito de paja, y ambos salieron de casa del baron del Lago sin ser vistos.

. . . . . .

El 15 de agosto de 1836, despues de una série no interrumpida de infortunios, la desventurada María, que habia abandonado su casa á fin de no perecer de hambre, regresaba á ella mas infeliz que cuando recibió la bendicion de su padre, y llevaba un compañero además, no menos pobre y desgraciado. Ignoraba la virtuosa niña el golpe terrible que la amagaba, la inesperada calamidad que debia despertar en su mente la espantosa idea del suicidio.

Pero no anticipemos el relato de tan desgarradora catástrofe, y abandonando por algunos momentos las escenas domésticas, reclama el interés de nuestra historia que retrocedamos á describir el estado de ansiedad y efervescencia á que el espíritu reaccionario de los gobernantes habia conducido á esta nacion

FIN DE LA PARTE QUINTA.

PARTE SESTA.

LA SOBERANÍA NACIONAL.

CAPITULO PRIMERO.

El grito del pueblo.

En hora menguada hubo de regalar al país la imaginacion enferma ya y delirante de un poeta de mas presuncion que mérito, ese fárrago incalificable de insolentes adulaciones á la corona, de mezquinos halagos al pueblo, de máximas absurdas é insuficientes, de principios erróneos, contradictorios y degradantes, que constituyen el Estatuto real, parto del servilismo y del engaño, libelo infamatorio contra la dignidad de la nacion soberana.

Y no se crea que al dar tan severa calificacion á este raquítico ingerto de costumbres estranjeras, á este miserable aborto de la hipocresía, lo hacemos á tontas y á locas sin mas objeto que satisfacer innobles miras de partido. Hablamos así llenos de buena fé y de conviccion, sintiendo que la índole de nuestra obra no nos permita estendernos en un prolijo exámen del código á que hacemos referencia para que se vean en toda su deformidad los inmensos defectos de que adolece; pero bastará á nuestro intento tocar de paso sus principales absurdos para demostrar la razon que nos asiste, y la que tuvo el satírico Larra cuando dijo que el Estatuto *era un vestido pequeño y estrecho para el cuerpo que debia cubrir.* Argüelles le calificó de *apostasía,* y la nacion entera le rechazó con justísima indignation.

El Estatuto real establecia una cámara alta con el nombre de *Estamento de próceres,* ilimitada en el número de sus individuos, pero enteramente subyugada á la voluntad del gobierno. Completaba la mofa de los sistemas representativos una cámara baja titulada *Estamento de procuradores,* producto de un reducidísimo número de electores. Su mision era absolutamente inútil, porque además del *veto* que hacia ineficaces sus tareas, de nada podian entender las Córtes que no fuese sometido á su deliberacion por un real decreto. Por manera que ni la renta de doce mil reales, ni sus treinta años cumplidos, ni cuantos requisitos se exigian á los *procuradores,* dábanles facultad para promover discusion alguna. Y no solo era prerogativa esencial de la corona la iniciativa de las leyes, sino que á su arbitrio, y cuando mejor cumpliese á su voluntad ilimitada, podia suspender, disolver, convocar, abrir y cerrar los Estamentos.

Dígase ahora si este menguado presente del *hombre funesto* no era una burla que hacia el poder de la soberana voluntad del pueblo. Este pueblo magnánimo, que no se rebelara nunca sino se abusara de su paciencia y sufrimiento, reclamaba con justicia el cumplimiento de sagradas promesas. Que-

ria gobierno, pero gobierno justo y protector, á cuya sombra prosperase el árbol de la libertad, con tanta sangre y tantas lágrimas regado. Horrorizábase á la idea de transaccion con los satélites de don Cárlos, y agitábase iracundo en todas partes contra la insolentada avilantez de un gobierno opresor.

Satisfechos sin embargo los liberales de Madrid con el triunfo recientemente obtenido en las urnas electorales, esperaban obtener en los cuerpos legisladores el fruto de su victoria.

Málaga, la denodada y liberalísima Málaga, alzóse el 27 de julio, y el pueblo y la benemérita Milicia nacional y su guarnicion proclamaron la Constitucion de 1812 en la Alameda con toda pompa y solemnidad. Propagóse esta sublevacion por todos los pueblos de la hermosa Andalucía como una chispa eléctrica, y bien pronto se hizo aquel glorioso movimiento verdaderamente nacional, bien pronto resonó imponente por toda España EL GRITO DEL PUEBLO.

Los rápidos progresos de la insurrecciòn amilanaron al gabinete Isturiz; pero ostentándose mas altanero y tiránico precisamente en aquellos instantes en que el miedo le consumia, acabó de pisotear las leyes cuya fuerza consideraba ineficaz para salvarse, y como todos los gobiernos moribundos, apeló á la de las bayonetas.

La valiente Guardia nacional de Madrid simpatizaba con los sublevados de las provincias, y conociendo el gobierno que no estaba lejos la hora de que se secundase el movimiento en la misma córte, espidió un decreto disolviendo la fuerza ciudadana, y quedó Madrid declarado en estado escepcional.

El 5 de agosto instalóse el imperio del sable junto al trono constitucional, y todas las autoridades quedaron á discrecion del ministro de la Guerra. Mandóse suspender la accion de los tribunales, y estableciόse una comision militar á la que pasaron los espedientes de sedicion. Querian darse espectáculos de sangre y de terror para contener la indignacion del pueblo, y en breves horas terminάronse las causas pendientes.

Don Luis de Mendoza fué sentenciado á destierro, merced á las personas de grande influjo que se interesaron en su favor y lograron se conmutase en este castigo la pena de ser pasado por las armas, que habia dictado la comision militar.

La causa de Anselmo *el Arrojado* estaba ya terminada con la sentencia que condenaba á este desgraciado á morir en garrote vil. La Audiencia habíala remitido al juez de primera instancia, que la elevó á consulta. El dia de la ejecucion estaba ya señalado por el juez, que lo habia así noticiado oficialmente al hermano mayor de la *Paz y Caridad* para que dispusiese la asistencia al reo en la capilla, al de la hermandad del *Buen Pastor*, que debia proporcionarle la cama, segun costumbre, y al capitan general para que diese auxilio á la justicia ordinaria en la ejecucion de la sentencia y conduccion del reo al patíbulo.

Ninguna alteracion se hizo en estas disposiciones. *El Arrojado* era un pobre jornalero, y los pobres hallan difícilmente quien se interese por ellos. Lejos estaba María, cuando el 15 de agosto abandonó la casa del baron, de saber que el 14 habia sido el dia señalado para que un soldado valiente, un honrado padre de familia, un virtuoso artesano recibiese el galardon de sus méritos, de sus buenos servicios, de sus acrisoladas virtudes. Este galardon era el patíbulo, donde terminan sus maldades los delincuentes..... era la muerte en garrote vil!!!

CAPITULO II.

La sentencia.

Desde que Anselmo ahogó entre sus manos al tio *Curro*, uno de los asesinos de su hijo, habíasele aislado en un calabozo en absoluta incomunicacion. Dábansele los alimentos de costumbre con las precauciones de reglamento, y se le vigilaba con estraordinario rigor. Solo fray Patricio con sus diabólicas mañas logró introducir en aquel calabozo un papel que contenia los siguientes renglones:

"¡Ánimo, Anselmo! Mucho será que tu hija no alcance tu perdon. Vale mucho un genio despejado y un buen palmito. El protector de la hija debe serlo del padre; nada mas justo. No te apures por la suerte de tu familia..... está en grande, y María no se contenta con un solo protector. Es muchacha que te honra por su travesura; tiene buenas relaciones, y no es creible que porque le van á ella bien sus negocios, se olvide de su padre porque es pobre. Aunque tiene la niña bastante dósis de vanidad desde que tiene coche y lacayos, no creo que lleve su orgullo á tal estremo. Te doy estas noticias para que no desesperes, y sepas que no te faltará el apoyo de personas

de valimiento si se empeña en ello tu hija. Con que ¡ánimo!—UN AMIGO.»

La exaltada imaginacion de Anselmo habia agotado ya toda suerte de reflexiones; la desesperacion habia terminado su curso, y su espíritu hallábase sumergido en esa calma espantosa que sucede al acceso de un furioso, y que es el estado habitual de un infeliz estúpido. Tenia Anselmo demasiado buen sentido para no conocer que desde que habia dado muerte en la misma cárcel al asesino de su hijo, no le quedaba ya esperanza alguna de salvacion. Lejos sin embargo de estar arrepentido, sentia que no quedaban satisfechos sus deseos de venganza, y hubiera querido dar igual castigo á los cómplices de aquel malvado. Y no se califique este sentimiento de bárbaro y cruel, pues ni uno solo de cuantos hayan adquirido el sagrado título de padre, dejaria de obrar del mismo modo, porque la apatía del que viese á los asesinos de su hijo sin inmutarse, seria el colmo de la perversidad.

Largo tiempo habia pasado Anselmo luchando con mil dolorosas meditaciones. En sus profundos y tristes pensamientos nada habia olvidado; y no solo habia agotado ya, como hemos dicho antes, todas sus reflexiones, sino sus lágrimas, que copiosamente habia tributado á la memoria de su mujer y de sus hijos. El anónimo de fray Patricio habia acabado dedesgarrar el corazon del jornalero; por manera que á fuerza de padecer habíase empedernido este desdichado. Su largo y desordenado cabello, sus crecidas barbas, su mirada fija, y cierta moribunda sonrisa de altanera resignacion que contraia sus cárdenos labios, daban un aspecto horrible á su rostro cadavérico.

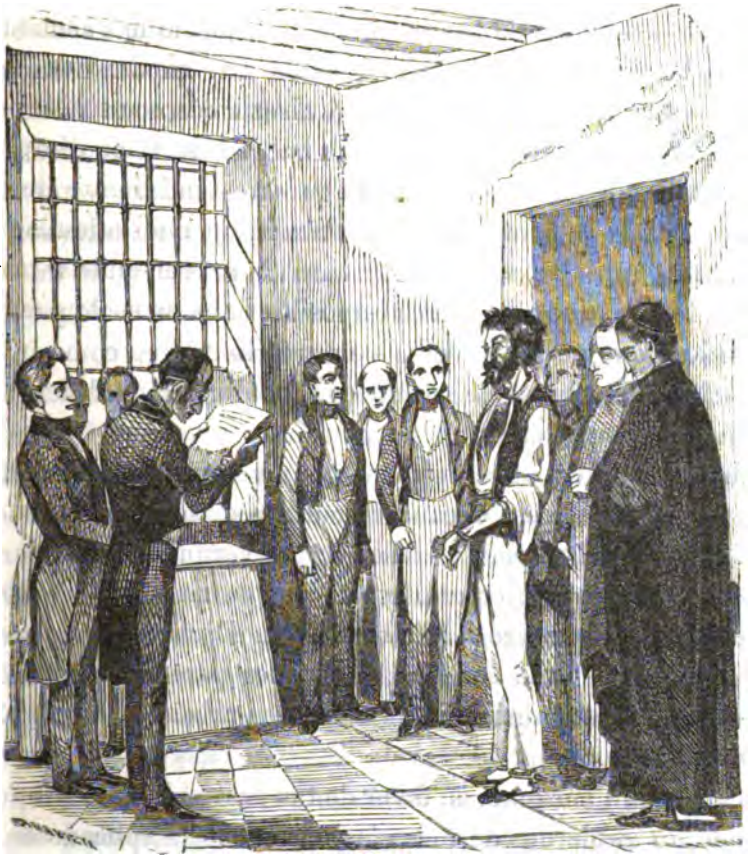
Hallábase Anselmo en completo estado de impasibilidad, y aguardaba resignado su fatal sentencia.

El 11 de agosto por la mañana se le mandó salir de su calabozo y bajar á otro departamento.

Paróle el carcelero á la puerta de otra estancia, y en presencia de una multitud siniestra por su circunspeccion y mi-

radas escudriñadoras, al par de compasivas, sustituyó á las cadenas ordinarias del reo enormes y pesados grillos y esposas.

Aquella multitud imponente y misteriosa eran el juez de la causa con su correspondiente número de alguaciles, los hermanos de la *Paz y Caridad*, y varios sacerdotes que debian prestar al sentenciado los primeros auxilios espirituales.



Identificada de nuevo la persona del reo, leyóle el escribano la sentencia de muerte.

. . . . . .

Permítasenos interrumpir por un momento el curso de

nuestra historia, para dejar en ella consignada nuestra opinion sobre la cuestion mas grave que pueda someterse á la inteligencia humana. Procuraremos hacerlo con laconismo, pero concienzudamente.

¿Es ó no conveniente la abolicion de la pena capital?

No es por cierto un afan imprudente de parecer humanitarios; no es un deseo halagüeño de hacer alarde de encantadoras ideas, tan dulces, lisonjeras y deslumbradoras que simpaticen con los bellos sentimientos de todas las almas sensibles, sino la buena fé y la íntima conviccion que resulta de un detenido estudio quien nos impele á abogar con toda la entereza y energía de que somos capaces en pro de la abolicion de la pena de muerte; y sentimos no poder estendernos minuciosamente en la esplanacion de nuestras ideas, pues tales son los argumentos que se nos aglomeran en la mente, y de tal solidez su lógica, que nos parece imposible haya una sola persona pensadora que no juzgue este sanguinario castigo como injusto, tiránico, usurpador, sacrílego y acreedor á la maldicion de los hombres y del cielo.

La imposicion de esta pena atroz y esterminadora es el mas feo borron de esa decantada cultura de la moderna sociedad. ¡Pues qué! ¿puede ella declararse verdugo de sí misma? ¿Puede arrogarse y ejercer ese poder supremo con que pretende elevarse á la inaccesible altura de la Divina Providencia? ¡Pues qué! ¿tiene la sociedad facultades para destruir á impulsos de un sanguinario instinto la mas preciosa obra del Supremo Hacedor?

Se alegará sin duda en favor de tan horrenda barbarie, que cuando los gobiernos de todas las naciones han aplicado en todas épocas la pena de muerte, no es creible que sea por un instinto sanguinario, ni que hombres que aspiran al sublime título de justicieros piadosos, hombres de opuesta índole, de distintos países, de costumbres encontradas, hayan precisamente convenido en la repugnante necesidad de verter la sangre de sus semejantes. ¿Qué mayor prueba de su conveniencia,

de su indispensable aplicacion? Si tan peregrino argumento fuese atendible, poco hubiera progresado á buen seguro la civilizacion de los pueblos.

Por todos los pueblos del universo estendieron los jesuitas su dominio. Podria en consecuencia decirse, que cuando tantos países los consentian en su seno, les rendian respeto y proteccion, y los mismos reyes humildad y vasallaje, debian ser unos ángeles los benditos hijos de San Ignacio. El tiempo descubrió sin embargo su hipocresía, y la ilustracion del siglo presenta hoy como un triunfo su espulsion, como hará alarde la sociedad algun dia de la supresion de la pena capital.

Abolirse debe la pena de muerte, porque la sociedad no ha de cometer un crímen para castigar otro. No tiene facultades para separar del mundo á un ente á quien otro castigo puede convertir de criminal y nocivo en honrado y provechoso á sus semejantes. El norte de los tribunales debe ser la *justicia*, pero no la *venganza*. El objeto del castigo *corregir*, pero no *esterminar*. Además, con la desaparicion de un hombre que fácilmente hubiera acaso podido volver á la senda de la virtud, de un hombre que ha delinquido, como sucede las mas de las veces, en momentos de delirio, de ceguedad, de frenesí, impelido por la momentánea violencia de una pasion irresistible, y acaso á impulsos de un sentimiento noble; con la desaparicion de este infeliz, repetimos, con su desastrosa muerte, queda con frecuencia una familia inocente huérfana y desamparada, y lo que es mas, marcada la infamia en la frente con caractéres indelebles, sin que el ejercicio de las mas sublimes virtudes alcance á lavar su mancilla abominable. ¿Y es esto justo? ¿es moral? ¿es siquiera político? No por cierto. Y si el pobre ajusticiado resulta despues ajeno de culpa, como por desgracia acontece á menudo, ¿qué desagravio obtiene su virtud? La inocencia queda ferozmente castigada, y los sucesores de la víctima no obtienen mas indemnizacion que un lloro perenne, la herencia de una infamia inmerecida, el desprecio y escarnio de esa misma sociedad que alimenta con sangre el gozo brutal

de santificar con el venerando nombre de ley lo que en realidad es un asesinato horrible.

—¿Qué se hará entonces,—dirán los defensores de la pena de muerte,—qué se hará entonces de los grandes criminales? ¡Pues qué! ¿tan difícil es reducirles á perpetua reclusion? ¿No se inutilizan de este modo sus depravadas inclinaciones? ¿No es lo mismo para la sociedad que si hubiesen desaparecido del mundo? Pues si por un lado se cumple este objeto importante, ¿no es preferible semejante castigo al sangriento espectáculo de los patíbulos y fusilamientos, cuando tantas ventajas ofrece por otra parte la reclusion á la muerte? Sí, ventajas inmensas que no debieran nunca haber perdido de vista los legisladores.

Empréndase ante todo una reforma general de los presidios de España, háganse para ellos reglamentos humanitarios. Los presidios, así como todo linaje de cárceles y calabozos, deben ser escuelas de moral, y no bárbaras inquisiciones para dar tortura á la humanidad. Hombres hay, por desgracia, que entran inocentes en los presidios, y aprenden en ellos á ser malvados hasta el estremo de salir con ansiedad de ejercer el robo y el asesinato; pero si todas las casas de correccion se montasen como la razon imperiosamente reclama, inmensas ventajas reportaria de ello la España.

La reclusion de los malvados, no solo libraria en tal caso de sus escesos á la sociedad, sino que seria útil y provechosa

á los mismos criminales. Custódiense en departamentos seguros, donde á la par que purguen sus atentados, se les moralice con el trabajo y la enseñanza de buenas doctrinas para que logren siquiera algunos de ellos conocer sus estravíos, arrepentirse sinceramente de ellos, y volviendo á ser útiles á la sociedad, puedan resarcirla en parte de los males que sus delitos ocasionaron [1].

[1] Con indecible complacencia citaremos como modelo el presidio de la hermosa cuanto ilustrada Sevilla. Hé aquí lo que dice de él el diario de aquella capital del 15 de junio último:

«En la tarde del domingo 7 tuvimos el gusto de visitar el presidio de esta capital, y no solo hemos visto confirmado el escelente concepto que nos merecia, y de que ya otra vez dimos cuenta á nuestros lectores, sino desmentido el que en España no hay buenos establecimientos penales. Nos acompañaban el señor marqués de Sobremonte, comandante y mayor don Martin Lérida, quien con el celo y amable carácter que le distinguen hicieron se nos mostrasen los ricos y variados productos de aquella gran fábrica. Ya los conoce Sevilla; como que en mucha parte los consume, y como que actualmente está admirando las muestras que de ellos se hallan en la esposicion pública.»

«Fuera injusto el hacer particular elogio de alguno de los distintos talleres, pues que todos rivalizan en buen órden y no eabe mayor perfeccion en sus efectos. El número de telares es considerable, y en ellos se encontraban riquísimas cintas de seda, finísimos géneros de hilo, mantelería y cañamazo. El obrador de carruajes y talabartería nos ofreció inspeccionar dos tílburis perfectamente construidos, con una hechura elegantísima, con un charol que en nada desmerece al de los coches de Francia ó de Inglaterra, y con unas guarniciones de mucho mérito. En la zapatería encontramos muy buenos trabajos, y que se venden á un precio baratísimo. Prolija seria nuestra tarea si hubiésemos de seguir refiriendo las manufacturas que lo merecen de cuantas vimos »

«Notamos que recibian muy buen trato los infelices á quienes la suerte condujera á aquel recinto, y que ellos tributaban á sus jefes una veneracion y obediencia sin límites. Los ranchos tenian muy buen aspecto.»

«El edificio, que es magnífico, se halla todo en un estado de aseo, de decencia y aun de lujo dignos de observarse. En los dormitorios habia hasta espejos y jaulas de canarios, y estaban los petates colgados en la pared á igual altura, formando muy buena simetría. La botica es sin duda la mas elegante de Sevilla: está colocada en una habitacion de regular tamaño, amueblada con preciosos canapés de asiento carmesí; tiene en su testero una estantería de hechura arábiga, y un magnífico mostrador formado por una loza de mármol á la que sostienen dos sierpes doradas. Se está disponiendo para escuela un local dilatado, y cuya pintura es de un gusto esquisito.»

Y no se repitan aquí las enérgicas esclamaciones que el autor de *Los Misterios de París* pone en boca de Rodolfo cuando habla al dómine de su castigo..... «¡A presidio! (dice.) No, no, tu físico de acero desafia los trabajos y miserias que arredran á la chusma, se rie de los correctivos del cabo de vara. Además..... las cadenas se rompen..... las tapias se derriban..... los muros se escalan..... el mejor dia te fugarias del calabozo para arrojarte sobre la sociedad como una fiera sedienta de sangre, dejando en pos de tí las huellas de la rapiña y del asesinato.» No se apliquen, repetimos, las precedentes frases á

«La enfermería se encuentra cual pudiera desearse. ¡Qué consuelo sintió al verla nuestro corazon! Aquellos desgraciados tenian allí cuantos auxilios pudiera ofrecerles la caridad misma de sus familias: el que de ellos naciera en la opulencia no se veia precisado á sufrir un lecho de piedra, su cabeza descansaba sobre blandos reclinatorios, y á su cuerpo lo cubrian finísimas telas; el que siempre fué pobre, siquiera en aquellos amargos momentos disfrutaba el regalo posible á que sus dolencias le hacian acreedor. Por el aire que allí se respiraba, difícil seria conocer que era la mansion de los enfermos: ni el mas pequeño miasma se percibia en la atmósfera; unos conductos situados contra el suelo y á regular distancia la renovaban continuamente.»

«Tambien nos agradó mucho la música del establecimiento, y la creemos muy útil para en algun tanto distraer de sus justos pesares á los confinados. Se compone de estos, y á la mayor parte ha sido necesario enseñarlos. La oimos tocar durante la última lista, y por cierto que hasta en esta tenemos bastante que elogiar, pues para pasarla se usaron la misma formacion y movimientos que la táctica militar dispone para los batallones del ejército. Son muy notables el buen órden é instruccion que á los sargentos deben sus brigadas.»

«Tenemos por muy seguro que en el presidio de Sevilla se llena el objeto de la ley. En él se enseña á trabajar al que tuvo la desgracia de no haberlo aprendido, se le hace al holganza perder su hábito, se cultiva la inteligencia de los que concurren á sus aulas de primeras letras ó de dibujo, y se procura así moralizarlos á todos. Pero aun todavía se estienden mas allá sus beneficios, pues desquitando al presidiario solamente una pequeña parte del producto de sus trabajos, con la que se logra mantener al establecimiento sin gravar al Estado y hasta resultando un crecido sobrante, se le entrega el resto al darle la licencia, pudiendo servirle de auxilio para continuar viviendo despues en la sociedad.»

«Concluiremos recomendando á la nacion los importantes servicios que al frente de sus destinos la prestaran los actuales comandantes y demás jefes del presidio de Sevilla: creemos que el gobierno debe recompensarlos dignamente, y así lo pedimos con la opinion pública, por mas impotente que sea nuestro deseo.»

todos los malhechores, porque afortunadamente no abundan los malvados del temple feroz y de la diabólica astucia que la ardiente fantasía de Süe ha concedido al iracundo dómine; y aun cuando haya perversos de semejante fibra, no se crea imposible sujetarles. ¿Qué hombre, por execrable mónstruo que sea, competir puede con los tigres, los leones y las hienas? Y cuando se doma á estos animales carnívoros, ¿ha de ser tan difícil domar al hombre? A lo menos no hay en esto esa imposibilidad absoluta que existe en volver la vida á un inocente y darle un desagravio completo despues de haber espirado en el cadalso. Y si en todos casos hallamos nosotros injusta, desmoralizadora, bárbara é inícua la pena de muerte, nuestra indignacion sube de punto al verla con tanta frecuencia aplicada por causas políticas.

¿Puede leerse sin horror el inmenso catálogo de beneméritos y valientes españoles cuyo propio denuedo ha conducido al patíbulo en estos últimos años de civiles discordias? Esas escenas de sangre con que TODOS LOS PARTIDOS, pues desgraciadamente no podemos escluir ninguno, han contribuido á dar un carácter feroz á una revolucion no terminada, y que debiera ser regeneradora y benéfica, han perpetuado los odios y las venganzas.

Desde que los partidos, sin mas objeto que el de afianzar con el terror su dominacion, han apelado á los tribunales militares para conducir al patíbulo á hombres de relevante mérito, á héroes que habian derramado su sangre en defensa de la libertad de su patria, y que no tenian mas delito que seguir los impulsos de su conviccion y de su conciencia, levantándose contra un gobierno establecido por otra revolucion, la sangre de ilustres víctimas ha trazado una senda de catástrofes espantosas que mancillan las páginas de nuestra historia.

Por los nombres de los generales Porlier, el Empecinado, Laci, Riego, Torrijos, Iriarte, Borso, Leon, Zurbano y otros..... por el de la ilustre patricia doña Mariana Pineda y ese inmenso catálogo de varones distinguidos por su saber y

amor á la independencia y dignidad del pueblo, que han sufrido la muerte de los criminales, deducirse puede de cuántos héroes, de cuántos blasones gloriosos ha despojado á España la cuchilla de la ley.

¡Quiera Dios que llegue pronto el dia en que tanta obcecacion nos horrorice, y volviendo la sociedad de esa especie de delirio que la ofusca, conozca las inmensas ventajas que reportaria de la abolicion de la pena de muerte!

Empiécese al menos por suprimirla en los asuntos políticos. Destiérrense para siempre esos espectáculos sangrientos que nos han privado de tantos héroes. Dia vendrá en que maldeciremos nuestra obra, y mas avanzada y razonable la sociedad, verá á la España entera postrarse de hinojos ante un panteon que encerrará las cenizas de los esclarecidos mártires de todos los partidos, y regará con lágrimas sus restos, levantando obeliscos á la gloriosa memoria de tan valientes españoles.

. . . . . .

Anselmo *el Arrojado* oyó su sentencia de muerte con asombrosa calma, y fué conducido por los hermanos de la *Paz y Caridad* á una pieza, donde se practicó el acostumbrado registro que se hace á los reos para despojarles de todo instrumento con que puedan atentar á su existencia, y no encontrando en él cosa alguna, acompañáronle por fin á la capilla.

CAPITULO III.

Los alrededores de Madrid.

Mientras obcecado el gobierno trataba de afianzarse en Madrid por medio de la opresion y de la violencia (síntomas infalibles del delirio, de la agonía y de la desesperacion), triunfaba el partido liberal en San Ildefonso..... Pero antes de dar al lector cuenta de los notables acontecimientos de *la Granja*, toda vez que vamos á conducirle fuera de Madrid, permítasenos distraerle de las melancólicas escenas de nuestro drama, y acompañarle á un paseo rápido por sus alrededores, con el doble objeto de que, sirviéndole de solaz, pueda unir á la concisa descripcion que el curso de nuestra historia nos ha permitida ensayar de los primeros edificios de la capital de España, una idea exacta, aunque en bosquejo, de cuanto haya de notable en sus cercanías.

Dejemos por un momento á la tierna y fiel esposa de Anselmo llena de hermosas esperanzas, mientras su pobre marido recibe los últimos consuelos que ofrece la religion al que muere inocentemente en un cadalso. Dejemos á la desesperada María huyendo de la sociedad con su fiel negro, próxima á recaer á impulsos de sus tormentos en la horrible enfermedad

de que la habia salvado un generoso facultativo. Dejemos á don Luis de Mendoza en tenebrosa prision sin poder salvar á su patria ni al padre de su querida. Dejemos á fray Patricio urdiendo nuevas é infernales tramas para laurear su triunfo. No tardaremos en seguir el curso de tan deplorables acontecimientos; pero creemos justo dar treguas al fatigado lector llevándole á respirar el aire libre de la campiña.

Hé aquí las puertas de Madrid que dan salida al campo.

Cinco son las principales: la de Alcalá, la de Atocha, la de Toledo, la de Segovia y la de Bilbao.

La de Alcalá da paso al camino de Aragon y Cataluña. Forma un arco triunfal que inventó y dirigió Sabatini para perpetuar la memoria de la venida de Cárlos III á la córte de España. Tiene cinco entradas, las tres del centro arqueadas, y cuadradas las laterales. Los adornos esteriores son ocho columnas jónicas. Los modelos de los capiteles trajéronse de Roma, donde fueron inventados por Miguel Angel para la fábrica del Capitolio. Elévase un ático sobre su cornisa que remata en frontispicio, con las armas régias sobre trofeos sostenidas por la Fama. Por la parte interior hay pilastras en vez de columnas, cabezas de leones y otros ornamentos ejecutados por Roberto Michel. La elevacion de esta puerta, sin incluir las armas reales, tiene setenta piés, y los arcos diez y siete de ancho y treinta y cuatro de altura. La fábrica es de piedra berroqueña, y los adornos de la de Colmenar. Sus rejas son de hierro, y tiene en ambos lados la inscripcion siguiente: *Rege Carolo III. Anno MDCCLXXVIII.*

La de Atocha está al Mediodia y conduce al paseo de las Delicias. Fué fabricada en 1748 de tan estravagante gusto, que en 1828 y 29 hubo que reformarla bajo la direccion del arquitecto Mariátegui. Consta de tres arcos iguales, y corona el final de su ático, por la parte esterior, un escudo de las armas reales sostenido por genios y decorado de trofeos de guerra.

La de Toledo da salida al camino de Andalucía. Empezóse en 1813 por el arquitecto Aguado, y se terminó en 1827.

Forma un arco de treinta y seis piés de elevacion y diez y ocho de ancho, con columnas de órden jónico. Hay dos puertas cuadradas laterales. En la fachada esterior descuella la España colocada sobre dos hemisferios y otros adornos. En la interior vénse dos genios que sostienen el escudo de armas de la villa y varios trofeos militares, con una inscripcion latina dedicada al regreso de Fernando VII.

La de Segovia fué construida á principios del siglo XVII, y da paso al camino de Castilla y Galicia. Su fábrica es de tan mal gusto y tan pobre, que no ofrece aliciente á la descripcion.

La de Bilbao, construida en 1787, se reduce á un grande arco con dos puertas laterales de escelente arquitectura.

Además de estas puertas principales, hay otras de segundo órden, como la de Santa Bárbara, la de Santo Domingo, la del Conde-Duque, la de San Bernardino, la de San Vicente, la de la Vega, y los portillos de las Vistillas, de Gil Imon, de Embajadores y de Valencia.

Entre los muchos paseos que rodean á Madrid, son los

principales el de las Delicias, el de la Florida, el de la Vírgen del Puerto y el de la Fuente Castellana. Este último es el mas

hermoso por sus jardines, sus frondosos árboles y amenos bosques, su graciosa fuente del Cisne, y el suntuoso obelisco, que colocado en el centro de una gran plaza circular, termina este magnífico paseo; obra moderna y elegante que honra á los esclarecidos artistas que la han dirigido y ejecutado, y prueba que nuestros arquitectos, escultores y botánicos rayan á la altura de ilustracion que descuella en los mas avanzados países.

El Manzanares, ese célebre rio cuya europea nombradía contrasta con la escasez de sus aguas, tiene su orígen en el término del lugar del mismo nombre, siete leguas distante de Madrid, y deslizándose de N. O. á S. E., cruza el Pardo, deja á mano derecha la Casa de Campo y á la izquierda Madrid, y va á juntarse con el Jarama á las diez leguas de su nacimiento.

Procedente de las nieves de la Sierra, queda este rio casi enteramente en seco durante el verano.

Crúzale un puente á la salida de la puerta de Segovia, que lleva este mismo nombre. Fabricóse en el reinado de Felipe II bajo la direccion de Juan de Herrera, y presenta un aspecto suntuoso.

Otro puente llamado de Toledo construyóse en 1735, siendo corregidor el marqués de Vadillo. Tambien respiran grandeza sus pilares y sus arcos; pero adolece del mal gusto de la época en que floreció el estravagante Churriguera.

Cuatro puentes mas dan paso á San Fernando, á la Casa de Campo, á San Isidro y á San Antonio de la Florida.

En el reinado de Cárlos III obligóse la sociedad de Martinengo y compañía á hacer un canal navegable desde el puente de Toledo hasta el Jarama, y conducir la navegacion por las riberas de este rio, del Henares ó del Tajo, adonde conviniere.

Hé aquí el orígen del canal que existe actualmente, reducido á una longitud de dos leguas, y orillado de gigantescos árboles.

La campiña que circunda á Madrid es árida y montuosa, despues de haber sido fértil allá en la remota antigüedad, rica y poblada de frondosos bosques y de pastos abundantes. El copioso manantial que vivifica los campos, serpenteaba á raudales por entre el inmenso arbolado, haciendo templado y apacible el clima de Madrid; pero del orgullo de los reyes, orgullo criminal que tantos males acarrea á los pueblos, nació la desolacion de esta comarca. Taláronse los campos para edificar régios alcázares, desapareció la humedad que atraian las frondosas copas de los tronchados árboles, los rayos del sol abrasador secaron la tierra, y gracias á la ilustracion del gobierno de Cárlos III, no fué completa la ruina, porque afortunadamente se remediaron en parte estas desgracias, plantando dos millones de árboles en las praderas inmediatas al canal, y otros muchos en los reales sitios que vamos ligeramente á describir.

La real *Casa de Campo*, destinada desde el reinado de Cárlos III para sitio de caza, hállase situada á la parte O. de Madrid sobre la márgen de la derecha del Manzanares, frontera al real palacio, al cual da paso una senda de arcos subterráneos y un hermoso puente de piedra. Tiene tres leguas de circunferencia. Un gran lago y un estanque reciben las aguas de diferentes manantiales, y las prodigan á los bosques, huertas y jardines. Descuella entre suntuosos adornos la estátua de Felipe III á caballo, ejecutada en bronce por Juan de Bolonia. Frente á una magnífica fuente álzase la fachada principal del edificio.

La *Moncloa* es otra real casa de recreo que fué en otro tiempo quinta de los duques de Alba. Está situada á un cuarto de legua de Madrid al N. O., y entornada de viñas, olivares y jardines. En esta posesion estableciόse una fábrica de loza y porcelana.

Otro de los objetos mas preciosos de los alrededores de Madrid es la casa y jardin que posee en la *Alameda* el señor duque de Osuna.

Situada á siete cuartos de legua de la córte, á la izquierda del camino de Alcalá, ofrece con sus elegantes jardines una vista sorprendente.

Hay además otras quintas aisladas y huertas menos notables, que seria demasiado prolijo enumerar. Citaremos sin embargo las casas de recreo que hermosean los pueblos circunvecinos, como los Carabancheles, Pozuelo, Chamartin, Villaviciosa, Miraflores y algun otro. En Carabanchel Bajo está Vista-Alegre, casa de campo de doña María Cristina, y en el Carabanchel Alto la huerta y casa de los condes de Chinchon, los jardines del marqués de Bélgida y de la condesa de Montijo y otros; en Pozuelo la casa de baños de don Pedro Cano, la posesion de la baronesa viuda de Eroles; en Chamartin el palacio de los duques del Infantado, que ocupó Napoleon en diciembre de 1808, y en Villaviciosa el castillo. A dos leguas N. O. de Madrid está el Pardo, por cuyo bosque atraviesa el Manzanares. El palacio de este real sitio de invierno fué construido por el arquitecto don Luis de la Vega, de órden de Cárlos V. Aumentóse en el reinado de Cárlos III y recibió grandes mejoras en el de Fernando VII. Bellos salones de pinturas al fresco, ricos tapices, cuyos dibujos representan costumbres españolas, muebles elegantes, alhajas preciosas, un hermosísimo teatro, un jardin delicioso, y el inmenso bosque que rodea la poblacion, constituyen las principales bellezas del Pardo; pero á pesar de la suntuosidad de estas magníficas posesiones, no tienen punto de comparacion con el asombroso alarde de riqueza, fausto y ostentacion que por todas partes destellan los tres sitios reales que vamos á describir, dedicando un capítulo entero á cada uno, en gracia de su importancia inmensa, y para que sepa el mundo que hay en España bellezas de todas clases que son objeto de asombro de los viajeros, y descuellan en primera línea entre todo cuanto de mas sublime y maravilloso atesorar pueda la civilizacion de Europa. Unicamente nos aflige en este momento la triste reflexion de que tan admirables portentos se hayan consagrado al orgu-

llo de unos pocos nacidos en régia cuna, mientras se olvida el bienestar de millones de artesanos laboriosos.

Empezaremos por la descripcion de Aranjuez en el siguiente capítulo, é intercalaremos entre las pinturas de tanta magnificencia como encierran este sitio, *el Escorial* y *la Granja*, otros capítulos que sostengan el interés dramático de nuestra historia.

CAPITULO IV.

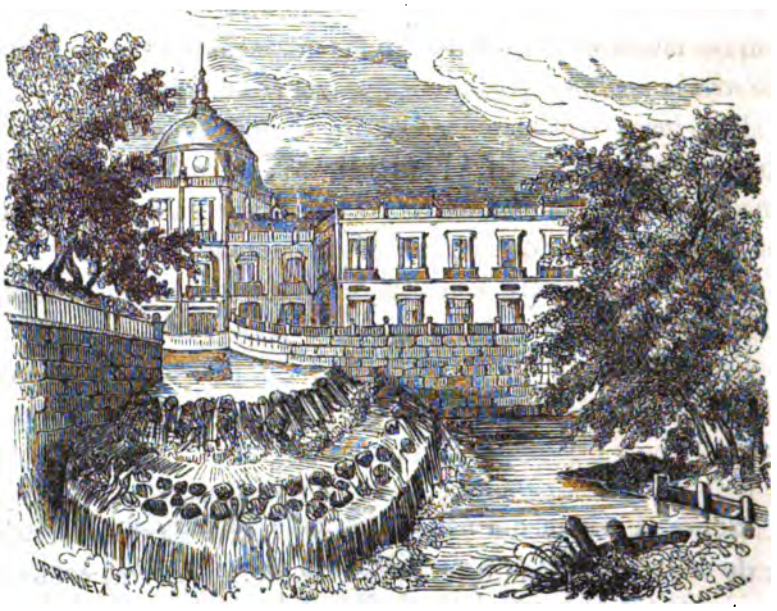
Real sitio de Aranjuez.

Sobre el orígen del nombre de este suntuosísimo conjunto de bellezas andan asaz discordes los cronistas. Aseguran unos, que fundado por los caballeros de Santiago de la inmediata AURELIA el pueblo de Aranjuez, en el valle donde tuvieron los romanos un templo llamado ARANJÓVIS, fué dominio suyo algun tiempo, hasta que prendados los Reyes Católicos de su bella situacion, tomáronle bajo su amparo é hicieron en él varios jardines. Otros suponen que proviene su nombre del de ARANZ, que se dió en la antigüedad á una villa que lindaba con el real palacio, y á la que sustituyó la pintoresca poblacion que nos ocupa.

Por la parte del jardin presenta el palacio un aspecto sumamente sencillo. Deslízase la ria por bajo de sus ventanas, y á muy corta distancia forma el Tajo una cascada encantadora. La fachada principal del palacio cae fuera del jardin, y es muy elegante y suntuosa, como todo el interior del edificio, obra del famoso Herrera en el reinado de Felipe II.

Árdua empresa es arrojarse á describir sus encantadores atractivos. La sorprendente estension de sus deliciosas cam-

piñas, sus magníficas fuentes, frondosos bosques y amenos jardines, su bello temperamento, especialmente desde abril á ju-



lio, la fragancia de inmensidad de flores, sus sabrosísimos frutos y plantas innumerables, el despejado cielo y radiante luz con que baña el sol tantos encantos, forma todo esto una combinacion fascinadora de cuanto el arte y la naturaleza pueden hermanar de mas sublime.

Entrando por la parte de oriente, hállase el parterre circundado de un imponente foso, cuyos muros coronan férreas barandillas y macetas de flores. Lo primero que cautiva la atencion es el espacioso estanque con la fuente del Tajo. Este rio está representado por la estátua de un viejo sentado en un haz de cardos, entre los cuales asoma una serpiente, cuya boca lanza con violencia un chorro de agua que se eleva hasta cincuenta y cinco piés. Cinco figuras alegóricas contribuyen á la elegancia del grupo.

A corta distancia está el estanque de los Peces. Hay en su

centro dos niños jugueteando con un pato, cuyo pico forma un surtidor que arroja el agua á cuarenta piés de elevacion, y forma simetría con otro grupo de dos niños asidos á un pez, cuya boca constituye otro surtidor igual. Hay luego otros estanques laterales con sendas ninfas abrazadas á una serpiente que arroja tambien por la boca un chorro de agua.

Hay luego tres alamedas en varias direcciones, cuyos álamos recortados simétricamente ofrecen hermosa perspectiva con los cuadros de matizadas flores y los zócalos de mármol que sostienen infinidad de macetas y jarrones.

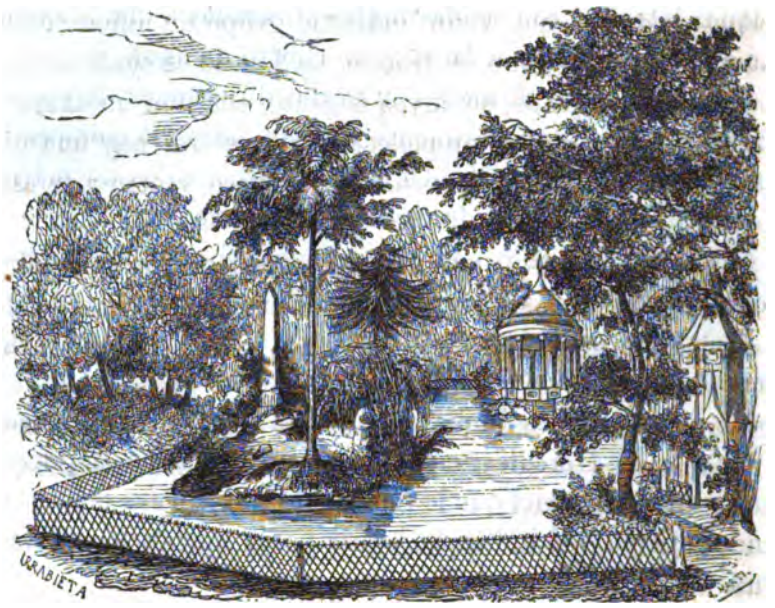
Sigue un jardinito con otra graciosa fuente, y se llega á á una plazuela que da paso al *jardin de la Isla.*

Entrando en él por la orilla del rio, hay un puente que conduce á la calle del Dique Alto y á varios cuadros de preciosas flores y calles de plátanos, escalinatas y fuentes, hasta llegar á la de Hércules, en cuyo centro descuella imponente una figura de mármol que le representa con la clava en la mano dando muerte á la hidra por cuyas bocas manan los caños de agua.

En una plazoleta llamada Puerta del Sol está la fuente de Apolo, que representa á este dios pisando un dragon que arroja el agua por la boca.

Despues de llegar á la lindísima fuente de Apolo, colocada al pié de una larga calle de chopos corolinos y lombardos, fácil le será ver á su visitador un delicioso sitio, donde millares de flores de todos los países y de todas las especies, rivalizan unas con otras en el mágico color de sus corolas y en el delicado perfume que dejan escapar. En medio de ellas se ve un estanque irregular imitando á un lago, en el cual hay tres isletas con un puentecito para pasar á ellas y admirar, ya una elegante y costosa rotonda de bruñidos jaspes y mármoles, ya un mausoleo de granito egipcio, y una fresca gruta coronada por un lloron y un árbol de amor, ceñida además de jazmines y rosales de Alejandría, entre los que aparecen porcion de siemprevivas, dejando apenas sitio á un colosal ababués, que

elevándose de entre los demás árboles que le rodean, cimbrea orgulloso sobre el sepulcro y cubre con su airosa copa toda



aquella isleta, ya en fin, saliendo de este hermoso punto puede pasar á un pabellon chino, desde donde sentado contemplará en toda su belleza el lago, y cómo sus aguas repiten cual un espejo sus orillas y sus islas.

Esta cascada artificial en el Tajo presenta una pintoresca vista con sus preciosos adyacentes, cuales son la complicada fábrica de harinas en el primer término, y el puente colgado que está cerca de ella, con los jardines del Príncipe y Parterre que se ven en último término, formando un bellísimo conjunto que encanta á la imaginacion mas apática.

Hay otras mil calles orilladas de frondosos árboles que se cruzan en todas direcciones intercaladas de graciosos cenadores, bosquecillos y glorietas con multitud de adornos de mármol y de jaspe, hasta que llama la atencion la fuente del Reloj

en forma de araña, que con la sombra de una columna de agua marca las horas en derredor.

La plazuela de la fuente de la Espina tiene cuatro entradas con ocho grandes bancos de piedra, varios cenadores, columnas y pilastras de mármol y un lindísimo grupo de niños con un canastillo de flores sobre el frontis. La fuente es cuadrada con pretil de piedra jaspe, en cuyos ángulos, con una columna de órden corintio descansa un pedestal sobre el que hay una ninfa que arroja un caño de agua por la boca y otro por cada pecho.

Otras mil fuentes, cuyo minucioso relato seria interminable, decoran los inmensos y variados cuadros de flores rodeados de adornos sorprendentes que por todas partes respiran fausto y magnificencia.

Las arboledas que se cruzan son innumerables. Las plazuelas están todas rodeadas de tilos negros, avellanos, castaños, lirones y dibujos de boj.

Es inútil encarecer los hechizos de este jardin, particularmente en la primavera, pues cuando el sol le hiere con toda su fuerza, hállase abundante sombra en todas direcciones, y el murmullo de las aguas y el canto de los ruiseñores le convierten en morada apacible y deliciosa.

El *jardin del Príncipe* no es menos encantador. Entrase por la puerta del *Embarcadero*, decorada con ocho columnas con sus correspondientes capiteles y cornisamento de órden jónico.

Una calle de plátanos, chopos lombardos, corolinos y álamos negros conduce á la huerta ó jardin de frutas y verduras y á las tres plazas de plátanos de occidente, olmos y acacias americanas.

Es notable el trozo de terreno poblado de mirtos, aceres, flores de amor, sauces de Babilonia y laureles teñidos.

El *jardin Anglo-chino*, compuesto de irregulares bosquetes que forman tortuosas calles, es ameno por su frondosidad. En una plazuela de plátanos de occidente y acacias de estraordi-

naria magnitud hay una especie de laguna donde estaba la fuente de Narciso. Es muy linda la fuente de mármol blanco llamada del *Cisne*. La principal calle de este jardin es de plátanos y lleva el nombre de la *Princesa*.

Hay otros hermosos jardines de toda clase de flores y frutales, criaderos y semilleros de árboles exóticos y anchurosos estanques.

El laberinto á la inglesa es un bosque de tan preciosos y escogidos árboles, que embalsaman el aire cuando llega la florescencia.

Seria nunca acabar si hubiésemos de enumerar todas las preciosidades de estos magníficos jardines, cuya circunferencia, como dijo ya la baronesa del Lago, es de mil novecientas cinco varas castellanas, por lo que, habiendo ya dado una idea de lo principal, pasaremos á describir el palacio que tiene el título de *Casa del labrador*.

Dióselo este nombre porque el primer pensamiento fue efectivamente construir una casa rural; pero los reyes tienen demasiado orgullo para buscar la hermosura en la sencillez de la naturaleza, y de semejante humildad no le quedó mas que el título, pues viene á ser un suntuosísimo alcázar.

Tres majestuosas entradas, dos laterales en forma de arcos almohadillados y otra céntrica con dos columnas y elegantes relieves en la fábrica de todas ellas, formando canastillos de flores y agrupados atributos de labranza y jardinería, dan paso á tres calles de plátanos que conducen al puente de la gran ria curva que forma isleta al palacio.

La arquitectura de la fachada es de esquisito gusto, con estátuas de los mas esclarecidos escultores españoles, representando personajes mitológicos y dos famas de escayola que con caractéres dorados ostentan la siguiente inscripcion: *Reinando Cárlos IV, año de* 1803.

Quince bustos y doce jarrones colosales de mármol blanco de Carrara coronan este regio edificio, en cuyo interior brillan maravillosamente los prodigios del arte.

Una escalera de mármoles, bronces y escayolas con columnas de órden corintio, cañas de mármol encarnado de Cabra, chapiteles de mármol blanco, antepechos de bronce y peldaños de caoba, conduce á veintidos magníficas piezas, dignas de particular mencion.

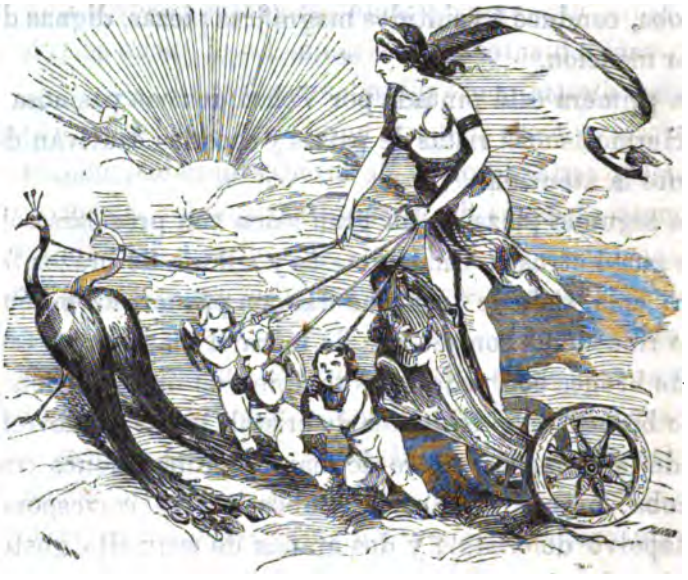
La primera está pintada por Velazquez con pasmosa maestría. Hermosísimas vistas de países y cacerías cautivan deliciosamente la atencion.

La segunda pieza es un gran salon con preciosas colgaduras de gusto etrusco. Cuatro mesas y sillería de brazos forrada de rica seda, todo de finas maderas con primorosos embutidos, cuatro rinconeras con piedras de mármol blanco, dos candelabros de bronce con pedestales tambien de mármol, seis jarrones de bronce, ocho tridentes de cristal, un soberbio reloj encima de la chimenea y otro de mayores dimensiones con caja de caoba, bronce y mármol, ambos con su correspondiente guardapolvo de cristal, y dos arañas de esquisito gusto, forman el regio ajuar de este suntuoso salon. Las pinturas del techo son de Velazquez y Maella. Representan las cuatro partes de Europa, los escudos de las armas de España, Parma y Austria, y varias figuras alegóricas.

La tercera pieza está decorada con vistosas colgaduras de seda floreada. Constituyen sus muebles tres mesas con mármoles tallados que ostentan siete grupos de china de Biscuí y graciosos candeleros chinescos de bronce, nueve cuadros que representan otras tantas vistas, ejecutadas por Brambila, y catorce sillas talladas. El techo está pintado por Velazquez y representa el carro de Neptuno, los Vientos, Venus, Cupidos y las Gracias.

La cuarta pieza lleva tambien colgaduras de finísima seda, y encima de una mesa vése un magnífico reloj que figura á una matrona de bronce, con dorados adornos y pedestal de mármol. Entre los ricos muebles de esta sala llaman particularmente la atencion dos jarros de china y unos cuadros en miniatura con graciosos pajaritos de mucho mérito. La pintura

del techo es de Perez, y representa la carroza de Venus tirada por dos pavos reales y tres cupidos.



La quinta pieza, adornada igualmente de sedosas colgaduras, contiene un reloj de Biscuí con dos jarros laterales y floreros de china de Sebe con sus correspondientes guardapolvos de cristal, sobre una mesa tallada. La sillería guarda uniformidad con la mesa, y entre otras preciosidades descuella un termómetro de distintas maderas labradas con primor. El techo representa cuatro medallas sostenidas por sirenas, en las cuales hay graciosas vistas, todo pintado por Perez.

La sesta pieza, con iguales colgaduras, ostenta sobre una mesa un reloj de mármol blanco con bronces dorados, con pedestal de mármol de varios matices y dos jarros de china. Decoran las paredes cuatro hermosos cuadros. Hay además una lámpara de cristal y ocho sillones dorados. El techo, pintado por Yapelli, figura los cuatro tiempos del año.

La sétima pieza sigue el mismo órden de lujosas colgaduras, y encima de dos mesas hay tridentes de cristal. Sobre una chimenea, cuyo tremol es tambien de cristal dorado á pan de

oro, sostiene un reloj, dos jarrones y dos floreros, todo con sus correspondientes guardapolvos. Hay tambien una mesa embutida de finísimas maderas con primorosos adornos de bronces dorados, una araña y siete escelentes cuadros que representan varias fuentes de la Granja. En el techo se ven varias alegorías, diestramente pintadas por Yapelli.

La octava pieza pudiera muy bien llamarse la *octava maravilla.* Cubierta de plata, de bronces dorados, maderas raras y preciosas, espejos de estraordinario valor, encierra diez y seis pinturas de mucho mérito, dos sillas y dos taburetes con costosísimos bordados y una hermosísima araña de bronce y de cristal.

La novena pieza lleva el nombre de *Retrete* y está hecha de escayola de adornos arabescos, embutidos y bajos relieves de órden etrusco. Un suntuoso retrete á la inglesa, de ricas maderas, forrado en parte de grodetur color de poncil y bordados de oro, hace juego con una rara mesa de escultura y cuatro rinconeras de bronce con sus tableros de mármol, y cuatro banquetas tambien de bronce á guisa de los antiguos asientos consulares con cabezas egipcias y flores de oro. La bóveda fué pintada por Velazquez, y son lindísimos los juguetes que representa alusivos á su objeto.

La décima, undécima, y duodécima piezas tienen colgaduras de seda, ricas sillerías, mesas, cuadros, arañas y relojes del mejor gusto, y sus techos fueron pintados por Perez, Brambila y Velazquez.

La décimatercia pieza está decorada de colgaduras bordadas y tejidas de oro. Encierra tres mesas talladas, pintadas y doradas, once banquetas con asientos de oro, ricos cortinajes de damasco blanco con fajas de oro, pabellones bordados como las colgaduras, cuatro magníficos relojes, dos jarros de china de Sajonia, otros dos de china de Sebe, otros dos de bronce sobre el cornisamento del tremol de la chimenea, y una araña de cristal con bronces dorados. Maella y Velazquez pintaron en el techo régios festines.

Las piezas décimacuarta, décimaquinta y décimasesta están engalanadas de colgaduras de seda de Pequin con flores y bordados de varios matices. Tienen mesas pintadas y talladas, ricas sillerías y otros adornos, entre los cuales descuellan varios grupos de china de Biscuí. Sus techos fueron pintados por Perez y Duque.

La décimasétima pieza tiene el título de *Galería*, y está hecha de escayolas imitando diversos mármoles. Decóranla cuatro mesas de órden etrusco, ocho estátuas de yeso, diez y seis bustos de mármol procedentes de Roma, cuatro hermosos candelabros y un suntuoso reloj de mármol y bronce que remata en una bella columna á imitacion de la de Trajano en Roma. Variados mármoles con recuadros de mosáicos forman el pavimento. La bóveda fué pintada por Velazquez, y representa el Alba, la Noche, la Agricultura y el Comercio.

La pieza décimaoctava está engalanada de seda de raso blanco con bordaduras de oro y de varios matices, diez y seis riquísimas cortinas, seis banquetas doradas, dos mesas con palmas y laureles tambien doradas y sus correspondientes mármoles, un escelente villar, una péndola de caoba con bronceados de bajos relieves y cristales grabados, un reloj sobre el cornisamento de la chimenea figurando un canastillo de flores sostenido por dos niños, y dos jarrones laterales de china de Sebe con floreros, completando toda esta magnificencia una preciosa araña. Los cuatro elementos y otros asuntos alegóricos están hábilmente pintados en el techo por Maella.

Las cuatro piezas restantes corresponden al piso segundo, y en obsequio de la brevedad diremos que compiten en lujoso fausto á las que llevamos descritas, tal vez con sobrado laconismo, siendo nuestro objeto únicamente dar una idea exacta aunque concisa de la suntuosa aglomeracion de preciosidades que atesoran estas régias habitaciones. Brillan tambien en el segundo piso finísimas colgaduras de raso, de damascos, de preciosas sedas tejidas de plata y oro, cortinajes de Pequin, doseles y pabellones de terciopelo, sillerías y mesas de es-

traordinario mérito, relojes, arañas, candelabros, tridentes, jarrones, espejos, bellos cuadros, y otros mil adornos de cristal, pórfido, marfil, porcelana, mármol, china, bronce, plata y oro, todo sorprendente por su elegancia, riqueza y buen gusto; por manera que, unido este asiático lujo deslumbrador, este fausto, esta pompa y magnificencia, no solo á la frondosidad y hermosas vistas de los pintorescos jardines, sino á sus aires puros, á sus escelentes aguas, esquisitas legumbres, delicadas carnes y sabrosos frutos, hacen del sitio de Aranjuez uno de los mas ricos y deliciosos del mundo.

Y para la fabricacion de estos mágicos jardines, de estos soberbios palacios, se han hecho sudar gotas de sangre al oprimido pueblo, á ese pueblo que es el único en quien la soberanía reside, á ese pueblo heróico para quien solo se reservan hambre, fatigas, opresion, calabozos y patíbulos.

Intercalemos con la pintura de los reales sitios, la de la desmantelada estancia en que se hallaba preso don Luis de Mendoza por delacion de fray Patricio.

CAPITULO V.

San Basilio.

Hay en Madrid una calle que se llama del *Desengaño*, y precisamente en esta calle está el centro de la mentira, sin que toque la codicia de los hombres el *desengaño*, hasta que en vez de adquirir los millones que en su frenesí ambicionaban, vénse muchos de ellos lastimosamente arruinados.

En un espacioso y antiguo edificio, cuyas hondas grietas amenazan ruina, como queriendo prevenir á los incautos que buscan la fortuna en él los riesgos á que se esponen, se ha establecido desde poco tiempo acá ese mercado inmoral del papel del Estado, conocido por el nombre de Bolsa. Y no hemos titubeado en calificarle de inmoral, en vista de las ambiciones que en aquel recinto germinan, y de los escándalos que la sed de oro produce.

Al ver aquel sitio rodeado de lujosos carruajes, al verle ocupado por los primeros capitalistas de la córte, imposible parece que las oscilaciones de alza ó baja no sean hijas de fundados motivos, que sujetándose al cálculo del comerciante ó banquero, den mejor resultado á quien con mas sagacidad penetre el porvenir de los negocios; pero lejos de ser así, de

nada sirve el talento mercantil, en donde la astucia y la falsía convierten en tahures á encopetados personajes, que por su brillante posicion social debieran ser los primeros en dar ejemplo de buena fé y moralidad.

No es por cierto nuestro ánimo ofender la delicadeza y bien adquirida reputacion de muchísimos de los capitalistas que de buena fé concurren á la Bolsa; pero estos mismos no pueden menos de confesar la desmoralizacion que en ella se ha difundido. Rara vez se oye la verdad en aquel recinto. Todas las afecciones del corazon ceden al descomedido impulso del sórdido interés. Allí no hay fraternidad ni consideracion de ninguna especie; todo se sacrifica al ánsia de atesorar riquezas, de saciar el mas desenfrenado egoismo, aunque sea labrando la ruina de los amigos y parientes. El objeto es improvisar una fortuna colosal, aunque sepulte en la miseria á honradas familias y cueste lágrimas de desesperacion á muchos incautos. Todo es lícito para lograr este resultado, y acaso con sobrada frecuencia habrá sacrificado un ministro la suerte de su nacion al fruto de una jugada de Bolsa [1]. No la-

[1] Nuestro digno amigo don Modesto Lafuente (fray Gerundio) ha hecho una bellísima descripcion de la Bolsa de Madrid en su *Teatro social del siglo XIX*. Para que vean nuestros lectores que si bien no hemos estado conformes con este erudito y célebre escritor con respecto á la cuestion de los *duelos*, que creemos en ciertos casos indispensables, lo estamos enteramente acerca de la inmoralidad de la Bolsa, reproduciremos los donosísimos trozos siguientes:

—«En la Bolsa no hay amigos, *Pelegrin;* y en cuanto á ir á la una, ya es otra cosa. Aquí todos van á la una, ó por mejor decir, al uno, que es á su negocio.

—Pero ellos parece que se hacen confianzas.

—Las confianzas de la Bolsa, *Pelegrin*, son como las de las máscaras y las de los juegos de prendas, con la diferencia que suelen costar mas caras. Por lo demás, aquí todo el mundo tiene alguna confianza que hacer: todo el mundo sabe algun secreto, siempre por buen conducto, se supone: estos secretos se comunican con aire misterioso, y como quien dispensa en ello un favor distinguido y singular, y nada mas que á medias, porque no se podria revelar todo sin comprometer y quebrantar lo sagrado del sigilo, dejando sin embargo traslucir lo bastante para que el que juega sepa por qué lado va á hacer un negocio loco. Pero ¡infeliz del que se fie de confianzas y secretitos de Bolsa!.

mentaríamos á buen seguro tan criminales escesos, si en vez de tomar parte en este escandaloso juego ciertos magnates, se hubiesen dedicado á fomentar el crédito de su patria. Hora es ya de que se afiance por medio de leyes sábias, pues es de todo punto imposible que un Estado prospere cuando no hay moralidad en los altos funcionarios. Se dice que el pueblo no merece libertad porque se compone de *asquerosa plebe*, de *ca-*

—Señor, allí hay uno á quien todos parece que miran y observan con mucha atencion y cuidado.

—Ese, *Pelegrin*, será alguno de los santones, jefes ó directores de esta orquesta, que son los que se cree dan el tono y la clave, y que tienen en su mano la llave y el cordon con que abren ó cierran, aprietan ó aflojan esta Bolsa á su placer. El que posee la confianza de uno de estos santones, aquel cree tener ya la fortuna sujeta por las agallas, compra ó vende con toda resolucion, se embarca sin miedo, se engolfa en alta mar, y navega á todo trapo. Los que no, le observan cuidadosamente, acechan, escuchan, á ver si por una palabra que suelte, por un gesto ó ademan que haga, conocen si compra ó vende, si está ó continúa á la alza ó á la baja, y seguir el rumbo y derrotero que él siga. Los santones que esto saben, dejan caer á manera de oráculos ó sibilas tal cual palabra misteriosa, que es cogida con avidez, ó hacen tal cual demostracion que saben cómo ha de ser interpretada. Pero sucede, *Pelegrin*, que cuando indican que están comprando, entonces es cuando están vendiendo, que en términos vulgares y bursátiles llaman *largar candela*, ó bien compran por un lado seis y venden por otro doce, y ellos hacen su negocio, y el que caiga caiga.

—Pero, señor, ¿y el octavo mandamiento?

—Los mandamientos de la Bolsa, *Pelegrin*, no tienen octavo, porque no son los mandamientos que se encierran en dos los que aquí rigen, sino otros que se encierran en uno, los cuales ni pertenecen al honor de Dios ni al provecho del prójimo, sino al provecho del individuo.

—Señor, diga usted lo que quiera; si yo fuera hombre de dinero jugaria hoy á la Bolsa, y pienso que con seguridad de ganar, porque al venir á este rincon en que estamos pesqué al paso una noticia muy gorda que uno estaba comunicando á otro al oido. «No tenga usted duda, le decia; lo sé originalmente; anoche les fué admitida la dimision; esto va á pegar un bajon terrible.» Yo supuse que seria la dimision de los ministros; y siendo así, ó yo soy muy lego ó esto ha de ir de baja, y se podia hacer hoy un buen negocio. ¿Quiere usted que nos animemos, mi amo?

—¡Desgraciado, *Tirabeque* mio, el que se fia de noticias de Bolsa! ¿Nó te he dicho que aquí nada es verdad, y que en este sitio no rige el octavo mandamiento? Has de tener entendido, *Pelegrin*, que la Bolsa es una fábrica de noticias, pero fábrica en que se miente al vapor. Aquí cada dia se forma un nuevo ministerio:

nalla sin virtudes. ¡Infames! Moralizaos vosotros, y no se rebelaran nunca las masas populares.

Este local, ex-convento de San Basilio, conserva aún recuerdos de haber sido nido de aquellas golondrinas machos que engordaban entre cilicios, pues subsisten en su cúpula cuatro santos padres que no dejan de formar contraste con el enjambre de judíos *bursátiles* que bulle por el entarimado pavimento.

la reina ha tenido ya cuatro ó cinco maridos en la Bolsa: en este sitio se han pronunciado casi todos los pueblos de España cuando ellos se hallaban mas tranquilos: aquí se han arreglado veinte veces los negocios con Roma á satisfaccion de ambas partes: en este lugar ha muerto Luis Felipe doce veces, mitad de enfermedad y mitad de muerte repentina: dentro de este recinto se han roto las hostilidades de la Inglaterra con la Francia en treinta ocasiones: aquí se mudan los gabinetes estranjeros á gusto de cada consumidor: alrededor de esa valla se han puesto en desacuerdo Narvaez y la reina Madre cincuenta y cinco veces, y sin salir de aquí los han reconciliado otras tantas: allí en aquel testero han andando al estricote los ministros unos con otros en sesenta ocasiones, pero en la capilla de enfrente estaban á partir un piñon, y en el cuerpo de la iglesia habian salido ya dos de ellos de resultas de la refriega que habian tenido: aquí se disuelven las Córtes á la una y media y á las dos se vuelven á prorogar; y á veces á una misma hora en la capilla izquierda están dando un voto de censura al gobierno, y en la derecha se le están dando de confianza: junto á aquella puerta han salido una docena de notas del gabinete inglés para nuestro gobierno, y en la de enfrente siempre hay correos estraordinarios que acaban de llegar de París con la definitiva: todas las noches hay en la Bolsa consejos de ministros que duran hasta el amanecer, y á los embajadores se los trae á deshora y á mal traer de casa en casa, cuando ellos duermen á descansa plenipotenciario: y todo esto, si pasa en Madrid, el que lo dice es porque lo ha visto, y si pasa fuera, ha visto cartas y documentos fehacientes, ó cuando menos, se remite al testimonio auténtico de autoridad irrecusable.

Aquí, *Pelegrin*, no hay noticia que no se invente, patraña que no se forje, novedad que no se urda, embuste que no se trame, y embrolla que no se teja: todo con el santo fin de que esto suba ó baje, se anime ó se desaliente, y hacer cada cual su juego á costa de la gente incauta y crédula, cándida y sencilla.

. . . . . .

—¿Eso tambien, señor?

—¿No te he dicho que aquí nada es verdad, ó que aunque la haya no es fácil distinguirla de la mentira?

Y volviendo á las causas influyentes en los cambios, todo depende, *Pelegrin* mio, de que cuatro, seis, ó diez capitalistas de estos que llamamos *gordos*, for-

A propósito de judíos: este templo religioso fué convertido en parque de artillería de la Milicia nacional en tiempo en que empuñaba las riendas del gobierno el célebre Mendizabal; y en 1836 el atrabiliario Quesada convirtióle en prision militar.

En uno de los aposentos de esta prision yacia incomunicado el valeroso patricio don Luis de Mendoza.

En su triste soledad, quedábale á este denodado jóven la esperanza de que, aun cuando él fuese víctima del encono del

men un complot poniéndose de acuerdo para elevar ó bajar los precios del papel, á cuyo fin, y bajo la direccion de un jefe, toman todas aquellas medidas y usan de todas las estrategias...

—Perdone usted que le interrumpa, mi amo; entonces ya sé yo el modo seguro de ganar en la Bolsa. No hay mas que ver de hacerse amigo de alguno de estos sacristanes mayores, pescarles el secreto, y en seguida arrojarse de bruces y echarse á nado, y tomar ó vender millonadas, segun convenga, y luego preparar los talegones para recibir las ganancias, que si es así como usted dice, ellas vendrán infaliblemente.

—Eso, *Pelegrin*, no tiene mas peligro que el de ir por lana y volver trasquilado; y ese argumento que tú haces es lo que ha producido que muchos, halagados por la golosina, se hayan encontrado luego avergonzados de verse desnudos como nuestro primer padre en el acto de probarla. Lo cual consiste en diferentes razones, de las cuales te esplicaré algunas para que tú no te dejes engolosinar.

En primer lugar, *Pelegrin*, que como te he dicho, en la Bolsa no hay mas amigos que uno. En cambio este merece las simpatías de todos; todos son sus apasionados, todos le buscan, todos desean estrechar relaciones con él; es el reverso de la medalla de Trápani. Este afortunado amigo es el *dinero*. De consiguiente, como en la Bolsa el octavo mandamiento no entra tampoco para nada, podria sucederte muy bien... no digo que te sucediera, pero podria sucederte, que cuando tú creyeras poseer de ese amigo el secreto de la jugada, te encontrarás con que tú marchabas por el lado que él te dijo, y él llevaba el rumbo que te calló en prueba de su amistad.

En segundo lugar, pudiera acontecer tambien que de esos mismos capitalistas que se habian, no diré conjurado, porque esta palabra dicen que no es parlamentaria, que se habian convenido para una jugada á la alza, por ejemplo, deserten con mucha frescura el dia menos pensado de las banderas alcistas, y se alisten muy marcialmente en las filas bajistas, si por el campo que antes era enemigo calculan que van mas derechos á tropezarse con el amigo de todos, dándoseles un ardite por la infraccion del tratado, con lo cual el negocio cambia enteramente de aspecto.

En tercer lugar, que al propio tiempo que por un lado se dispone un plan de

poder, no faltarian liberales que vengasen su muerte y salvasen la libertad española; pero los recuerdos de un anciano y querido padre que no tenia en el mundo mas consuelo que el amor de su hijo, laceraban su corazon; y no era esta la única idea que le atormentaba: cuanto mas reflexionaba, menos podia creer don Luis en la ingratitud de María. A fuerza de desearla inocente, habíase convencido de que no era posible tanta perfidia en una niña candorosa, cuyo tierno seno era albergue de angelicales virtudes.

campaña, no faltan guerreros del bando opuesto que preparen tambien el suyo, que es lo que se llama haber *una jugada fuerte*. Entonces cada jefe organiza su ejército, en que entran generales, oficiales, cabos y soldados. Cada cual arregla su plan de ataque y defensa. Cada cual pone en juego los medios estratégicos que le sugieren sus recursos. Empiezan las maniobras, se colocan las baterías, se preparan las municiones, se adelantan las guerrillas, se va empeñando la refriega, se hacen caminos cubiertos, se abren minas y contraminas, se fingen retiradas, y últimamente se empeña el combate general. Cada ejército sigue lleno de fé el pabellon de su general en jefe, y unos y otros se baten con entusiasmo. Y cuando se halla mas embravecida la pelea, cuando parece que no se va á dar cuartel, los generales y jefes de los dos encarnizados bandos, en la noche que ha de preceder á la decision de la batalla, se acercan, capitulan en secreto, se dan el abrazo de Vergara, y acuerdan entre sí las bases de indemnizacion por gastos de guerra. Entre tanto las masas, que ignoran la capitulacion, siguen batiéndose heróica y denodadamente, hasta que cuando menos lo piensan se encuentran unos y otros desordenados, los unos sin fuerzas para continuar la lucha, los otros prisioneros de guerra, otros heridos, y desangrados los mas, absolutamente sin gota de sangre en su cuerpo.

—¿En donde estoy yo, mi amo? ¿Adónde me ha traido usted? Y vámonos de aquí, si á usted le parece, que á mas de no saber lo que por mí pasa con esas cosas que usted me cuenta, debe ser ya bastante tarde.

—Aún no son las dos, *Pelegrin*. ¿No ves que no han tocado todavía la campana para avisar á la santa comunidad que queda cerrada la Bolsa de hoy?

—No puede ser eso, mi amo; debe ser mas tarde, porque veo por aquí muchos empleados del gobierno, y si fuera la hora que usted dice no estarian en este sitio, sino en sus oficinas.

—No te sorprenda eso, *Tirabeque* mio, porque dias hay que parece esto una secretaría del Estado, ó una fusion de oficinas de todos los ramos de la administracion, que es una cosa de las que entran por mas en la moralidad de la Bolsa. Lo cual debe consistir en que, segun dicen... cuidado, *Pelegrin*, segun dicen, porque yo no lo afirmo, y de consiguiente nadie tiene derecho á pedir que se escriban mis palabras como las del hermano Orense en la célebre sesion del 9 de

—¡Oh! sí..... María es inocente..... María es digna del amor que me devora,—esclamaba el enamorado jóven, cuya frenética pasion habíase acrecentado con el temor de no volver á ver á su amada.—He sido un insensato en sospechar de ella un solo instante. ¡Perdon, hermosa mia..... perdon! Pero no..... no le merezco..... es la segunda vez que mis locos celos ofen-

enero. Digo que, segun dicen, el gobierno, en lugar de fomentar el crédito del Estado con medidas sábias, útiles y justas, que son las que dan la verdadera confianza, suele tambien tomar parte en las jugadas de Bolsa, y entonces todos los que están en posicion de participar de los secretos del gobierno se lanzan á la arena bursátil, con la firme conviccion de hacerse poderosos en cuatro dias; y tanto es natural que suceda cuando el guardian juega á los náipes. Marchan pues decididamente como satélites por la senda que les marca el planeta luminoso. Pero como en España todo sucede por la regla de los *vice-versas*, cuando el gobierno se propone hacer subir un 5, entonces es cuando suelen bajar un 6 ó un 8. El carro del sol se precipita como el de Faeton, y los que fiados en su luz habian pensado subirse al cielo como Ícaro, sienten de repente derretírseles las alas, no solo las de cera, sino las del corazon, y caen y se zambullen y se ahogan, y lo estraño seria que estos pobres navegantes no naufragaran llevando al gobierno por piloto.

Y como la gente de tropa tiene que jugar á plazo y al descubierto, por no permitir otra cosa el tesoro privado, aunque la baja se pronuncie, siempre tienen una esperancilla; pero los plazos vencen, las liquidaciones llegan... «al freir de los huevos será el reir,» decia el posadero; á lo que el arriero contestaba: «al cobrar será el llorar.».

En efecto, al cobrar son los llantos y los suspiros y el *stridor dentium*. Llega el cobrador con las *pólizas*. El uno apura el ejército de reserva, producto de las economías de treinta años, para cubrir sus diferencias y quedar con honor. No es malo que se salve el honor aunque todo lo demás se pierda. El otro se ha anticipado al cobrador, y ha sacado otra póliza distinta, un billete en la Mala, y si no ha parado debe estar ya entre los neo-católicos de Alemania: el vendedor contaba con ocho mil duros de diferencias, y se encuentra con ocho hijos sin padre: ¡esta sí que es diferencia! Llueven en la junta sindical oficios de presentacion por insolvencia; pero lo que se presenta son oficios y no mas: en cuanto á los compradores, solo se encuentra de ellos el «*Dios guarde á usted muchos años.*» Cuatro se esconden, seis se largan, y veinte se declaran en quiebra.—Procédase al embargo.—Sí señor; aquí están todos mis bienes muebles, inmuebles y semovientes para responder.—Inventario: seis hijos, ocho sillas, dos levitas, y diez mil reales de sueldo, de los cuales cobro cinco. He jugado veinte millones; debo cuarenta mil duros; embarguen ustedes lo que quieran, inclusa mi mujer, que la doy por una lámina de deuda sin interés.» (*T. S.*, pág. 275.)

den el decoro de una vírgen pura..... de un ángel adorable..... ¡Dios mio! ¡Qué horrible ceguera es la de los celos!.... ¡Y voy á morir!.... ¡Y voy á bajar al sepulcro sin desvanecer su enojo!.... Me matarán..... sí..... porque los déspotas no perdonan. He conspirado contra ellos..... he caido en su poder..... ni he de mendigar clemencia..... ni debo esperarla. Muero por la libertad de mi patria..... Esta idea me consolaria..... me llenaria de orgullo..... si mi muerte no hubiese de costar acerbas lágrimas á mi adorado padre. La gloriosa muerte que me aguarda seria dulce para mí si pudiese al menos probar á la encantadora María cuánto la amo, salvando la vida de su padre. ¡La desesperacion es un tormento horroroso!..... Ni un solo destello de esperanza halaga mi deseo. Mis enemigos serán activos y severos..... Dentro de poco dejaré de existir..... Ya se preparan mis verdugos para conducirme al cadalso..... Me matarán..... matarán tambien al infortunado padre de María..... y María derramará sobre su tumba lágrimas de desconsuelo y de amor filial..... sin que una sola perla de su lloro caiga sobre la losa de un amante infortunado! ¡María!.... ¡hermosa María!.... ¡ídolo de mi alma!.... Acaso no está lejos el instante en que este desventurado exhale su último aliento, y mas enamorado que nunca de tus gracias y de tus virtudes..... porque mi corazon me asegura que no eres culpable..... la última palabra que pronuncie será tu nombre encantador..... ¡Y voy á morir sin alcanzar tu perdon!.... ¡sin merecerte una sola lágrima!.... ¡Hasta mi memoria te será odiosa tal vez!.... Si te acuerdas algun dia de tu infeliz amante..... «Me engañó, esclamarás; prometióme salvar á mi padre, y le abandonó al verdugo..... ¡maldito sea!....» ¡Oh! no, no, bien mio, no maldigas nunca al hombre que mas te ha amado en el mundo..... ¡Insensato! No parece sino que me huelgue en exacerbar mis sinsabores. ¿Tú, María, tú, ángel bello, que no puedes aborrecer á tus feroces enemigos, habias de ser tan injusta con quien te adora? ¡Imposible! El odio no cabe en tu hermoso corazon..... Sí, sí..... tambien tus lágrimas regarán la tumba de tu amante.

Mendoza se quedó como petrificado, clavada la vista en el suelo y sumido en las mas profundas reflexiones.

Despues de un largo rato de meditacion, alzó la frente de improviso, enjugóse el sudor, y como queriéndose hacer superior á su infortunio, paseóse con paso firme por lo largo de la estancia en que estaba, con la vista serena y la sonrisa en los labios.

—Seamos dignos del partido demócrata á que tengo la gloria de pertenecer,—murmuró con entereza.—Desechemos melancólicos pensamientos. Voy á morir por la libertad de mi patria..... mi conciencia está tranquila..... he llenado los deberes de todo corazon liberal. No he reconocido ni respetado nunca mas soberanía que la del pueblo, porque ella sola es la que todo lo legitima. Siéntense en buen hora los opresores en el dorado sólio..... con mas orgullo, con mas gloria me sentaré yo en la banqueta del patíbulo.

Esta última frase fué pronunciada con la solemne y altanera espresion que solo destella el verdadero heroismo.

. . . . . .

La soberanía del pueblo es la que todo lo legitima, decia don Luis de Mendoza. La exactitud de este aserto es de todo punto incuestionable.

Cualquiera que sea la forma de gobierno que rija á las naciones, llámanse *autoridades* los hombres á quienes desde el rey hasta el último funcionario público reciben salario del pueblo, y están por él autorizados para mandar con arreglo á sus atribuciones y en el círculo de las leyes. Los pueblos son árbitros de elegir á su antojo el sistema de gobierno que mejor cuadre á su soberana voluntad; pero cuando se ve esta ahogada por la violencia de un poder usurpador, el derecho divino con que pretende legitimarse es una farsa ridícula, un velo deslumbrador inventado para fascinar á los incautos y cubrir el orgullo, la ambicion y los crímenes de los magnates. La naturaleza ha hecho á los hombres iguales, y es un absurdo insufrible el imaginar siquiera que unos pocos de ellos hayan recibido de Dios la santificacion de su omnímodo poder para que, sumidos los demás en degradante humillacion, les sirvan y obedezcan como esclavos.

Publicistas hay de tan mezquinos alcances, cuando no de emponzoñada intencion, que califican de ilegítimo cualquier ataque á los sistemas establecidos. Podrá ser ilegal por ser contrario á las leyes existentes, pero no injusto si se considera á estas leyes emanadas de vicioso orígen, que no pueden hacer ostentacion del sello de la legitimidad, ínterin carecen de la soberana sancion de los pueblos. Y si un pueblo es el conjunto de cuantos ciudadanos han recibido el sér en su recinto, claro es que todos ellos tienen iguales derechos, y que solo escluirse deben los criminales de ejercer accion en las cosas públicas.

Verdad es que, etimológicamente hablando, la palabra *legitimidad* es lo que está arreglado á ley; pero esta definicion está muy lejos de satisfacer á ninguno de los partidos

políticos, porque si así fuera, solo seria legítimo lo que procediera de los gobiernos, por vicioso que fuese su orígen. Este absurdo nos conduciria inevitablemente á una cadena de contradicciones, pues resultando en todas épocas legítimo *lo existente*, hubiéralo sido lo mismo, y lo seria siempre, un poder intruso y usurpador, que el que está basado en la voluntad de los pueblos. De esto resultaria que todos los tronos, todos los gobiernos del mundo han sido legítimos, tanto los que llevan por norte la justicia, como los que no tienen mas elementos de existencia que el egoismo, la ambicion y la violencia. ¿Y es esto conciliable? Responda la historia por nosotros.

Sin recurrir á tiempos remotos ni á países estranjeros, el orígen del reinado de los Borbones en España nos suministra suficientes argumentos para probar que solo la soberana voluntad de los pueblos legitima al poder.

Cárlos II no tuvo presente al morir que á las Córtes del reino correspondia disponer de la corona de España despues de su muerte, y legó sus derechos á la casa de Borbon, infringiendo con su testamento las leyes fundamentales. De este vicioso orígen emanó el reinado de Felipe V, que estuvo á punto de ser derribado del trono español por los defensores de la casa de Austria. Y si esta hubiese vencido, ¿hubiera sido tambien legítimo su gobierno? Hé aquí como vosotros, los que os llamais *conservadores*, los que no quereis conceder al pueblo su incuestionable soberanía, los que teneis por *disolventes* los principios liberales, venís á ser, con toda vuestra original inteligencia y mentida moderacion, los verdaderos hombres de la inmoralidad y de la anarquía. Vosotros sancionais la usurpacion, vosotros acatais, no el derecho del mas justo, sino el del mas fuerte. Si José Bonaparte hubiese quedado rey de España, hubiera sido un rey legítimo para vosotros. Si mañana os conquista el Gran Turco, reconocereis humildes su legitimidad. ¡Qué vergüenza! ¡qué baldon!

¿Y qué diremos de la insolencia con que discurren sobre este particular los órganos del *Angel esterminador*?

Los periódicos absolutistas, los defensores de la inquisicion y de los frailes, hablan hoy con mayor avilantez que nunca, y para hacer triunfar la desacreditada causa que solo entes inmorales como fray Patricio abrazar pueden con calor, son los que mas predican el derecho divino de los reyes como orígen de la legitimidad. De la cuestion del casamiento de doña Isabel II pretenden hacer una cuestion dinástica, que suponen no está resuelta, y añaden que la coronacion de la reina fué un *acto revolucionario* que no puede ser legítimo sin que el hijo de don Cárlos sea llamado á compartir el cetro con su augusta prima, pues representado por el conde de Montemolin el derecho divino, purificará, dicen los *esterminadores*, el hecho popular á que la hija de Cristina debe su advenimiento.

El derecho monárquico, así como todos los demás derechos políticos, lo hemos dicho ya, no tiene mas orígen legítimo que la voluntad popular. Además de ser este un principio incuestionable, consignado está hoy en la ley fundamental de España; y el que ose poner en duda esta verdad, se rebela contra el espíritu de la Constitucion jurada.

Aspiran por este medio los *esterminadores* al enlace de doña Isabel II con el conde de farsa Montemolin, y como este matrimonio no puede efectuarse sin desquiciarlo todo y sembrar en el país horribles semillas de sangrientas discordias, de abominables venganzas, de ignorancia, degradacion ó infortunios sin término, lo advertimos á quien competa respetar la siempre inteligente y soberana voluntad de la nacion, y evitar así que vuelva á correr á torrentes la sangre española.

De todos modos serán siempre inútiles los esfuerzos del *Angel esterminador* y de cuantos defiendan el ya caducado absolutismo de los reyes, porque los pueblos conocen perfectamente lo que son y lo que valen, y los varones ilustres de todos los países, en vez de oponerse al espíritu regenerador de la época, dedícanse con empeño á que el cambio inevitable que reclama la ilustracion en las principales potencias de

Europa, se verifique sin guerras asoladoras, sin efusion de sangre humana.

El Constitucional de París, despues de hacer una reseña histórica y filosófica de la descomposicion del partido *tory* en Inglaterra y de las causas que prepararon la caida de *sir Roberto Peel*, corrobora nuestro aserto, espresándose en los términos siguientes:

"Con efecto, una especie de *solidaridad* tiende á estable-"cerse entre los Estados constitucionales de Europa. No por "eso queremos decir que la política de un Estado deba exis-"tir subordinada á la de los demás, de modo que cualquiera "cambio ministerial ocurrido en Francia ó en Inglaterra haya "precisamente de producir otro cambio igual en las demás na-"ciones, no; pero las ideas circulan y se cruzan con tanta rapi-"dez y reciprocidad en Europa, que es muy natural ver que "se reproduzcan en los países cuyo gobierno tiene analogía, "hechos semejantes dentro de un corto intervalo de tiempo. "Iguales esperanzas, iguales temores, iguales pensamientos "agitan simultáneamente á todos aquellos pueblos sujetos á "ciertas instituciones políticas parecidas; y no hay duda de "que la libertad y la reaccion esperimentan las mismas alter-"nativas en una gran parte de la Europa desde 1830."

"La mano de la revolucion conmovió hace algunos años al "mundo civilizado. Varias constituciones salieron de este sa-"cudimiento eléctrico. La España, la Bélgica y Portugal con-"quistaron un gobierno representativo: el Alemania fermen-"tó lentamente: la Inglaterra vió á los whigs suceder á los "torys."

"Pero despues de este período liberal vino un período de "reaccion. Los torys volvieron al poder en ocasion que un ga-"binete reaccionario lograba establecerse en Francia. Hoy la "reaccion llega á su término, y las ideas liberales van recon-"quistando la preponderancia perdida. La dictadura acaba de "caer en España: los liberales han adquirido una gran influen-"cia en Bélgica, y el dia de su triunfo parece próximo y segu-

»ro: el Alemania, hermanando la política con la religion, es»pera reformas útiles en la Iglesia y una Constitucion liberal »para los Estados de Prusia: en Inglaterra el partido tory des»aparece, entregando las riendas á los whigs. Las elecciones »van á verificarse en Francia en medio de este movimiento »regenerador, y todo nos hace abrigar la lisonjera esperanza »de que sus resultados responderán á las nuevas exigencias »de la época, lejos de contrariarlas.»

Perded pues toda confianza, vosotros, dignos alumnos de fray Patricio, y confesad á pesar vuestro que siempre en las masas populares están la virtud, la inteligencia, el poder, la razon, la justicia, la soberanía y la legitimidad, al paso que el móvil de reducidas pandillas y de orgullosos palaciegos suele ser comunmente criminal ambicion.

Pero el pueblo, víctima de vuestras groseras calumnias, ese pueblo que quiere ser libre y lo será á pesar de todos vuestros esfuerzos, solo respeta la legitimidad en la razon. No está en el derecho divino, no está en los tronos ni en las intrigas aristocráticas el orígen de la legitimidad, está únicamente en la voluntad del pueblo, está únicamente en la SOBERANÍA NACIONAL.

Así se respeta á Isabel II como reina legítima de España desde que la reconoció como tal el pueblo español por medio de sus representantes.

Y si no convencen los resultados de nuestra propia historia, demos solo un paso que nos traslade allende los Pirineos, y veremos á esa nacion vecina que tantos modelos de ilustracion pretende suministrarnos, gobernada por un rey *ciudadano*, hijo de la revolucion, que se llama rey legítimo de los franceses.

»Tended la vista por la Francia, ha dicho no hace mucho con talento otro periódico *progresista*, y en su historia contemperánea encontrareis un rey que se llamaba legítimo, destronado y decapitado por una revolucion que se llamó legítima tambien: vereis despues á un hombre sobreponerse á esa mis-

ma revolucion, ocupar el trono vacante por el derecho de la fuerza, y hacerse reconocer y ungir como emperador legítimo;

vereisle despues, desmoronado el gran edificio de su poder, devorar sus ilusiones en el mas duro ostracismo, y sucederle una restauracion que se llamó tambien legítima; vereis, por último, destronada la dinastía de la restauracion y elevado al sólio el actual rey de los franceses. Ahora bien: los que no buscais otra razon de la legitimidad que la *existencia*, ¿cómo podreis demostrar la legitimidad del que hoy ocupa el trono de la Francia? ¿Cómo podreis conciliar su legitimidad con los que le han precedido? ¿Quién será el rey legítimo de los franceses, Luis Felipe ó el sucesor de Cárlos X? ¿Quién tendrá mas derecho al trono de la Francia, los descendientes de Cárlos X ó los de Napoleon?»

Es de todo punto imposible responder satisfactoriamente á estos encontrados estremos sin hacer una concesion inevita-

ble, por mas que pese á los enemigos del pueblo. Conceded que la SOBERANÍA NACIONAL es la única fuente de la legitimidad, y vereis cuán naturalmente se esplican esos grandes arcanos que ponen en ridículo la *inteligencia sublime* de los que apellidan soberanos á los monarcas, y aspiran en su degradacion al vergonzoso título de vasallos.

. . . . . .

Lleno de conviccion, era don Luis de Mendoza uno de los mas fogosos entusiastas de la SOBERANÍA DEL PUEBLO, y al pensar que iba á ser sacrificado en sus aras, aguardaba con heróica resignacion el instante fatal. Ignoraba aún su sentencia.

De repente oyéronse resonar por todos los ángulos del edificio gritos espantosos..... vítores á la libertad.....

Las puertas de la estancia de don Luis saltaron de sus goznes, y cayeron al impulso de una fuerza irresistible. Multitud de soldados armados, precedidos del jefe de la guardia, se aproximaron á don Luis.

Pocos segundos despues entró de tropel en aquel sitio un grupo del pueblo armado, pidiendo con desaforados gritos la libertad del preso.

Los soldados de la guardia apuntaban con sus fusiles al indefenso patrício, que con la frente erguida aguardaba impertérrito la mortífera descarga.

El comandante del punto, para contener á los sublevados, amenazóles con que el preso no saldria de allí, ó tendrian que sacarle cadáver si no desistian de su temerario empeño.

En vez de apaciguar los ánimos esta horrible amenaza, hizo subir de punto la indignacion de los patriotas, que se abalanzaron iracundos contra el que la profirió; pero el imprudente militar no titubeó un instante, y para colmo de avilantez osó dar la voz de ¡FUEGO!!!

Suspendamos el relato de esta sangrienta escena, para dar lugar á una acerba reflexion.

¡Qué contraste presenta la suerte del ciudadano virtuoso con la del corrompido palaciego! El primero vaga de peligro

en peligro, de calabozo en calabozo, con la verdad en los labios, y en el corazon el afan de dar libertad á su patria, mientras el segundo inciensa torpemente á los opresores, y medra entre el fausto de esos marmóreos alcázares, de esos suntuosos jardines y magníficos templos, cuyos inmensos tesoros seguiremos poniendo en parangon de la pobreza que aflige á las masas del trabajo y de las virtudes.

A este efecto conduciremos al lector al real sitio de San Lorenzo.

CAPITULO VI.

Real sitio de San Lorenzo.

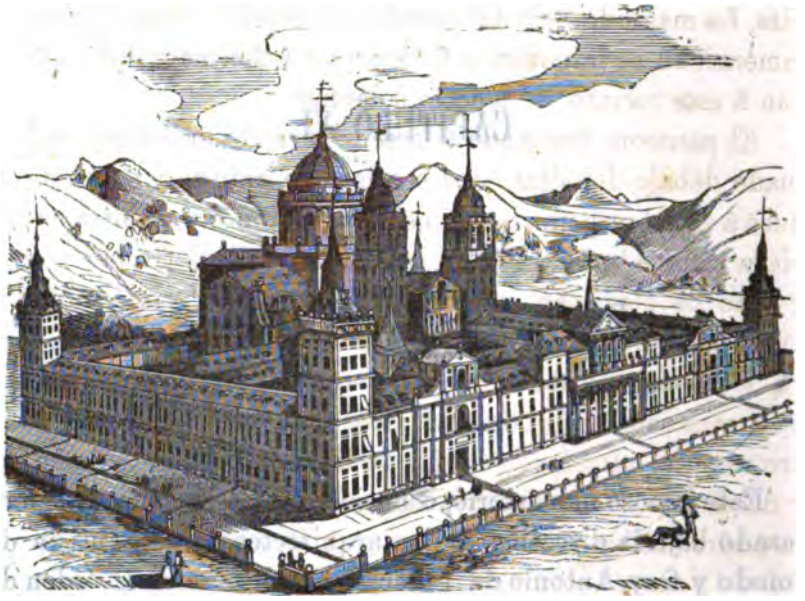
Este famoso monasterio, conocido por El Escorial, fué empezado bajo la direccion de los arquitectos Juan Bautista de Toledo y fray Antonio de Villacastin, religioso de la órden de San Gerénimo, por órden del rey Felipe II.

Diósele el título de San Lorenzo el real de la Victoria, en conmemoracion de la que alcanzó en el dia de este santo en 1557 en la gloriosa batalla de San Quintin.

Este inmenso edificio forma un paralelógramo rectángulo que se dilata de Norte á Mediodia setecientos cuarenta piés, y quinientos ochenta de Oriente á Poniente.

La fachada principal mira á Poniente. Tiene setecientos setenta y cuatro piés de longitud y setenta y dos de elevacion hasta la cornisa; hay en las esquinas laterales sendas torres de mas de doscientos piés de altura, y tres suntuosas portadas en el espacio intermedio. La fachada de Oriente tiene igual estension; la del Sur abarca quinientos ochenta piés de torre á torre, y presenta una hermosa vista por la no interrumpida continuacion de los cuatro órdenes de ventanas. La banda del Norte es paralela á la anterior y contiene tres

entradas. El cuadro de la casa consta de tres mil dos piés de circunferencia. Vénse en estos lienzos por la parte esterior quince puertas, diez y siete nichos y mil ciento diez ventanas.



La fábrica es de piedra berroqueña ó de granito, de órden dórico en su mayor parte, guardando la mas simétrica uniformidad puertas, ventanas, pirámides, cimborios, capiteles, remates y frontispicios.

Por el interior divídese el edificio en tres partes, á saber: la que forma el diámetro del cuadro de Poniente á Oriente abraza la entrada principal, el patio de los Reyes y el templo; la segunda, que es el lado del Mediodia, comprende cinco claustros; y la última, del otro costado del Norte, guarda proporcion con la anterior, conteniendo varios colegios y el palacio.

La entrada principal da inmediata comunicacion al gran *patio de los Reyes*, decorado por seis colosales estátuas que descuellan en el frontispicio del templo, representando á David, Salomon, Ezequías, Josías, Josafat y Manasés. Este patio

consta de doscientos treinta piés de longitud por ciento treinta y seis de latitud. El espacioso templo que le sigue abarca trescientos veinte piés de longitud por doscientos treinta de latitud. La elevacion del cimborio es de trescientos treinta piés. La magnificencia del interior del templo es asombrosa; su inmensidad es imponente. Cuarenta y ocho magníficos altares dan á este recinto un aspecto solemne.

El panteon, destinado á la sepultura de los reyes, está situado debajo del altar. Una escalera de granito y mármol conduce á él. Ábrese una bellísima reja de bronce y se entra en una pieza ochavada de treinta y seis piés de diámetro por treinta y ocho de elevacion, cubierta de ricos jaspes y mármoles de brillante pulimento, hermoseados de adornos de bronce dorado. Veintiseis nichos se ostentan en derredor, donde otras tantas urnas sepulcrales dan un aspecto melancólico á este fúnebre recinto, adonde, en medio de la suntuosidad, de la pompa y del fausto, viene á parar el orgullo de los reyes en asquerosa podredumbre [1].

[1] Están colocadas en veintiseis nichos otras tantas urnas sepulcrales, todas de siete piés de largo y tres de alto, labradas en mármol pardo y bronce dorado á fuego, sustentadas cada una por cuatro fuertes garras de leon, de bronce, con sendas tarjetas del mismo metal en que con letras negras de relieve se leen los nombres del rey ó reina cuyos cuerpos encierran, y son los siguientes:

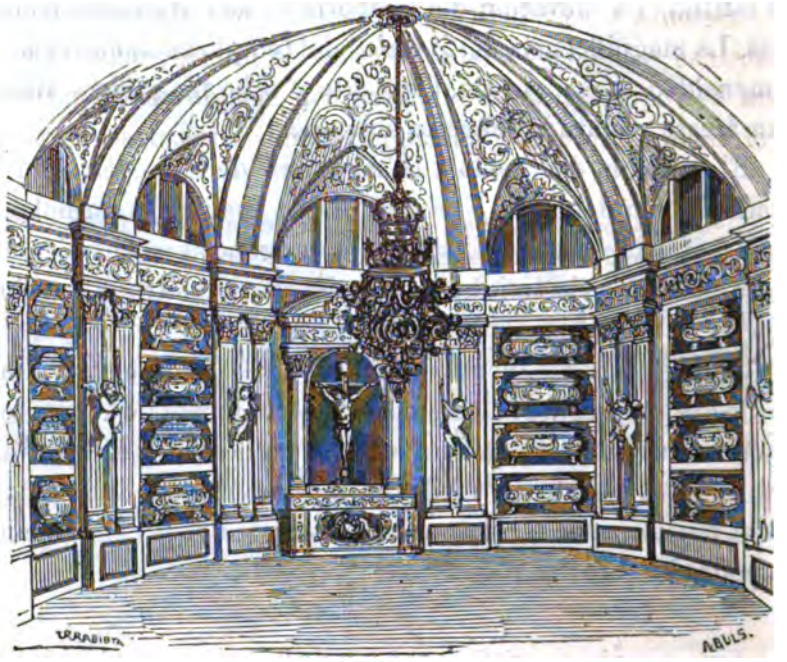
Á LA DERECHA DEL ALTAR.

El emperador Cárlos V, que murió en 21 de setiembre de 1558.
Don Felipe II, en 13 de setiembre de 1598.
Don Felipe III, en 31 de marzo de 1621.
Don Felipe IV, en 1665.
Don Cárlos II, en 1.° de noviembre de 1700.
Don Luis I, en 31 de agosto de 1724.
Don Cárlos III, en 14 de diciembre de 1788.
Don Cárlos IV, en 19 de enero de 1819.
Don Fernando VII, en 29 de setiembre de 1833.

Á LA IZQUIERDA DEL ALTAR.

La emperatriz doña Isabel, única mujer del emperador, que murió en 1.° de mayo de 1539.

El que acabamos de describir es el panteon principal donde solo yacen los reyes que hubiesen dejado sucesion; y en otro,



llamado *de los Infantes*, descansan los restos de multitud de personas de las régias familias [1].

La reina doña Ana, cuarta mujer de Felipe II, en 26 de octubre de 1580.

La reina doña Margarita, única mujer de Felipe III, en 3 de octubre de 1611.

Doña Isabel de Borbon, primera mujer de Felipe IV, en 16 de mayo de 1696.

Doña María Luisa de Saboya, primera mujer de Felipe V, en 14 de febrero de 1714.

Doña María Amalia de Sajonia, única mujer de Cárlos III, en 27 de setiembre de 1760.

Doña María Luisa de Borbon, única mujer de Cárlos IV, en 2 de enero de 1819.

En este panteon solo se entierran los reyes y reinas que hubieren dejado sucesion; y las demás reinas, y juntamente los príncipes é infantes, se depositan en otro entierro.

[1] Esta bóveda es poco notable en su forma, y contiene sesenta y cuatro cuerpos de personas reales, entre ellos doña Isabel, tercera mujer de Felipe II, que murió en Madrid el 3 de octubre de 1568.

Los límites á que nos vemos reducidos nos impiden enumerar minuciosamente las infinitas bellezas que encierra este suntuoso monasterio.

Setenta y seis bellísimas fuentes, once algibes, cuarenta cantinas, ochenta y cuatro estátuas de bronce, mármol y piedra berroqueña, dos bibliotecas con mas de veinticuatro mil volúmenes impresos y cuatro mil manuscritos, doscientos siete

El príncipe don Cárlos, hijo primogénito de Felipe II, el 24 de julio de 1568.
Doña Leonor, mujer de Francisco I, el 18 de febrero de 1558.
El infante don Fernando, hijo segundo del emperador Cárlos V, en 1559.
El infante don Juan, hijo tercero del mismo rey, el 29 de marzo de 1538.
Doña María de Portugal, primera mujer de Felipe II, el 12 de julio de 1545.
Doña María, hija de Felipe I, en 1558.
El infante don Cárlos Lorenzo, hijo de Felipe II, en 1575.
El archiduque Wenceslao, hijo del emperador Maximiliano II, en 1578.
El príncipe don Fernando, hijo de Felipe I, en 1578.
Don Juan de Austria, en 1578.
El príncipe don Diego, hijo de Felipe II, en 1582.
La infanta doña María, hija del mismo rey, en 1583.
La infanta doña María, hija de Felipe III, en 1603.
El príncipe don Felipe Manuel, hijo del duque de Savoya, en 1605.
El infante don Alonso Mauricio, hijo de Felipe III, en 1612.
La infanta doña Margarita Francisca, sétima hija de Felipe III, en 1617.
La infanta doña María Margarita, hija primera de Felipe IV, en 1621.
La infanta doña Margarita, hija segunda, en 1623.
El archiduque Cárlos de Austria, en 1624.
El príncipe Filiberto, en 1624.
La infanta doña María Margarita, hija tercera de Felipe IV, en 1627.
La infanta doña Isabel María Teresa de los Santos, hija cuarta de los mismos reyes, en 1607.
El infante don Cárlos, hijo cuarto de Felipe III, en 1632.
El infante don Francisco Fernando, hijo de Felipe IV, en 1624.
La infanta doña Ana Antonia, hija sesta de Felipe IV, en 1636.
El príncipe don Fernando de Savoya, en 1637.
El infante cardenal don Fernando, en 1641.
El príncipe don Baltasar Cárlos, en 1646.
La infanta doña María Ambrosia, hija de Felipe IV, en 1655.
El infante don Fernando, cuarto hijo de los mismos reyes, en 1659.
El príncipe don Felipe Próspero, hijo tambien de Felipe IV, en 1661.
Don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, en 1679.
Doña María Luisa de Orleans, primera mujer de Cárlos II, en 1689.

libros de coro, trece oratorios, ocho órganos, diez y seis patios, cinco refectorios, nueve torres, cincuenta y una campanas, catorce zaguanes, mas de diez mil ventanas, un tesoro en alhajas, reliquias y obras primorosas, como por ejemplo, cuatrocientas sesenta y cinco pinturas originales de los mas célebres pintores del universo, las bóvedas y paredes pintadas al fresco por los famosos Pelegrini, Cangiaso, Cincinato, Carducho y otros, que se estienden á un espacio de dos mil novecientos se-

El infante don Luis Felipe, hijo de Felipe V, en 1709.

Luis José, duque de Vendome, hijo natural de Luis XIV, en 1712.

El infante don Francisco, quinto hijo de Felipe V, en 1717.

El infante don Felipe Pedro, hijo de Felipe V, en 1719.

Doña María Ana de Nebourg, segunda mujer de Cárlos II, en 1740.

El infante don Francisco Javier, hijo de Cárlos III, en 1771.

El infante don Cárlos Clemente Antonio de Pádua, hijo primogénito de Cárlos IV, en 1774.

La infanta doña María Luisa, hija segunda del mismo rey, en 1782.

El infante don Cárlos Antonio, hijo tercero del mismo, en 1783.

El infante don Felipe Francisco, hijo cuarto, en 1784.

El infante don Cárlos, gemelo del anterior, en 1784.

La infanta doña María Carlota, hija segunda del infante don Gabriel, en 1787.

La infanta doña María Ana Victoria, hija del mismo, en 1788.

El infante don Cárlos José, hijo del mismo, en 1788.

El infante don Gabriel de Borbon, hijo de Cárlos III, en 1788.

El infante don Felipe María Francisco, hijo décimotercio de Cárlos IV, en 1794.

La infanta doña María Teresa, quinta hija de los mismos reyes, en 1794.

El feto estraido de la reina doña María Amalia, en 1798.

El infante don Luis Antonio Jaime de Borbon, hijo de Felipe V, en 1785.

Doña María Antonia de Borbon y Lorena, primera mujer de Fernando VII, en 1806.

El príncipe de Palma, don Luis de Borbon, en 1803.

El infante don Antonio Pascual de Borbon, hijo de Cárlos III, en 1817.

La infanta doña María Isabel Luisa, hija de Fernando VII, en 1818.

Doña María Isabel Francisca de Asís, segunda mujer del mismo rey, en 1818.

Doña María Amalia de Sajonia, tercera mujer del mismo rey, en 1829.

El infante don Francisco de Borbon, hijo del infante don Francisco, en 1821.

La infanta doña María Teresa Carolina, hija del mismo, en 1829.

El infante don Eduardo Felipe María, hijo del referido, en 1830.

La infanta doña María Luisa Carlota, mujer del infante don Francisco, en 1844.

tenta y dos piés de longitud, y otras mil bellezas artísticas y riquísimos tesoros, han causado siempre el mayor asombro á cuantos han visitado este recinto, calificado con razon de OCTAVA MARAVILLA.

Multitud de vastísimos departamentos y anchurosos salones dividen este inmenso edificio, como por ejemplo, el *Aula de moral*, el *Camarin*, la *Celda prioral*, el *Oratorio*, el *Noviciado*, la *Sala de capas*, las *Bibliotecas*, la *Sala de batalla* y el *Cuarto del rey* y el de la *infanta*, compuestos ambos de varios aposentos lujosamente amueblados.

Hay además *la Compañía*, nombre que se da á un edificio frontero al monasterio en la parte de Poniente y enlazado con él por una bellísima galería trazada por el arquitecto Mora, en el cual estaba el taller de carpintería, refectorios, confitería, panadería con su molino de agua y troges, fábrica de paños y grandes salas de enfermería con sus oratorios.

Concluiremos por dar una ligera idea de la *casa del Príncipe*.

Fabricado este edificio todo de piedra por disposicion de Cárlos IV cuando era príncipe de Asturias, hállase rodeado de espesos bosques y hermosos jardines. Mas de doscientos cuadros de Caraci, Rubens, Reni, Rafael y otros pintores todos de estraordinario mérito, decoran sus paredes. Los techos están pintados por Perez, Yapelli, Duran, Gomez y Maella.

Dos preciosas arañas de cristal y bronce dorado, la una con cuarenta y ocho mecheros, y la otra solo de bronce dorado con treinta y dos mecheros, adornan el comedor y otra pieza ovalada. Veintitres retratos de las familias reales de España y Nápoles cubren las paredes de otro aposento. En la tercera campean treinta y siete cuadros de marfil. Entre estas y otras muchas preciosidades, descuella una linda coleccion de porcelanas elaboradas en la fábrica del real Retiro, que consta de doscientos veintiseis ejemplares, y representan pasajes de la Mitología, cenefas, flores y otros graciosos caprichos. Por fin, una escelente coleccion de estampas iluminadas que reproducen las

Loggias de Rafael adorna las paredes de otro magnífico salon.

Solo falta ahora, para que sepa el pueblo trabajador adónde van á parar las riquezas nacionales, solo falta para que esas masas de infelices jornalerós comparen sus escaseces con el fausto de los palacios, solo falta, repetimos, que demos una leve idea de una parte de los millones invertidos únicamente en este real sitio que sucintamente acabamos de describir.

Por lo que aparece de las cuentas y libros de los oficiales de esta fábrica (dicen los historiadores), y de las cédulas y recibos de los pagadores y contadores, en los treinta y ocho años que duró la obra, se gastaron dos millones doscientos sesenta mil quinientos setenta ducados, é importaron seis millones doscientos mil ducados el coste de las sedas, brocados, plata, oro, holandas, lienzos y librerías, cuya cantidad abonó el guardajoyas, no incluyendo el valor de los cuadros, por ser tan escesivo.

La fábrica de la iglesia con todos sus adornos, retablo, custodia, oratorios, estátuas, pinturas, sillería de coro, órganos y bronce, costó un millon doscientos cuarenta mil ducados.

La sacristía con sus ornamentos y alhajas costó cuatrocientos mil ducados.

La pintura del claustro principal, al óleo y al temple, costó treinta y ocho mil ciento setenta y un ducados y dos reales.

La librería con cajones, estantes, libros y enlosado, cincuenta mil ochocientos noventa y dos ducados y diez reales.

Las seis estátuas de la fachada importaron diez mil novecientos cuarenta y cinco ducados, incluyéndose en esta suma el coste de los andamios para colocarlas.

En estas sumas tampoco se cuenta el valor de los relicarios, por ser cuenta aparte, ni el del *Panteon*, cuya obra se comenzó el 23 de abril de 1563 y se concluyó en 1584.

Quinientos son los crucifijos é imágenes de Nuestra Señora, San Gerónimo y San Juan Bautista que hay repartidas por la iglesia y demás celdas del convento, labradas en diferentes materias, y algunas en pórfido.

La cruz del cimborio de la capilla mayor pesa setenta y tres arrobas, y tiene treinta y un piés de largo: la bola, que es de bronce, peso ciento treinta y seis arrobas.

En la iglesia hay cinco rejas grandes de bronce y treinta y siete divisiones de balcones, corredores y nichos.

Los candeleros que hay para adorno de los altarés, las cruces y crucifijos, las lámparas y los blandones son en gran cantidad, habiendo desaparecido mucha de su principal riqueza.

De solo hierro y clavos se gastaron ciento veintinueve mil ochenta y tres arrobas, sin contar las rejas y antepechos.

Las llaves pesan unas cincuenta arrobas; el plomo que se empleó pasó de noventa y nueve mil trescientas arrobas, y el hilo de hierro para las alambreras pasa de cien arrobas; el vidrio no tiene cantidad, siendo innumerable el que está empleado en sus vidrieras.

El número de personas que trabajaron en esta fábrica no es posible decirlo con verdad, pudiendo asegurar que no habia parte ni nacion donde sus artistas no estuviesen construyendo algun objeto para esta obra colosal.

De las canteras del Burgo de Osma se estraian los mármoles; en Madrid se labraba la custodia y retablo; en Guadalajara y Cuenca las rejas; en Zaragoza se fundian las rejas y antepechos de bronce; de las sierras de Filabrés se sacaba el mármol blanco, y de las Navas, Estremoz, Granada, riberas del Genil, Aracena y otras, los mármoles pardos, verdes, colorados, negros y de otros colores. Los pinares de Cuenca, Balsain, Quejigal y las Navas prestaron sus frondosos pinos; en Florencia y Milan se fundian las figuras de bronce, y en Toledo se construian las lámparas, candeleros, ciriales, cruces, incensarios y navetas de plata. En Flandes los candeleros de bronce y las pinturas. En los conventos de monjas se labraban los paños preciosos y encajes; y de este modo todos se afanaban por presentar algun objeto en esta gran obra.

. . . . . .

. . . . . .

¡Cuán costosos han sido siempre los reyes al pobre pueblo! ¡Qué contraste entre la grandeza de holgazanes palaciegos y el hambre de los artesanos condenados á un trabajo continuo y penoso, á la par que insuficiente para remediar sus desgracias!

¡Y aún tiene defensores el absolutismo de los reyes! Solo entes corrompidos como fray Patricio abrazar pueden tan degradante causa. Por el próximo capítulo veremos en qué se ocupaba este indigno sacerdote, en tanto que toda la poblacion de Madrid ebullia en angustiosa ansiedad.

CAPITULO VII.

La conciencia de los malvados.

En aquellos dias de efervescencia popular en que, al paso que alarmados los liberales por la estraña y criminal conducta del gobierno, desplegaba este en sus arbitrariedades singular energía, fray Patricio habia agotado todos los recursos de su diabólico ingenio, ya que no para hacer triunfar á unos ministros de quienes esperaba mucho en favor de una transaccion con la faccion carlista, porque veia perdidas por entonces sus halagüeñas esperanzas, para enconar á lo menos las pasiones, comprometer el trono de Isabel II, y dividir mas y mas en pequeñas y enemistadas fracciones el gran partido liberal.

El *Angel esterminador* estaba en sesion permanente dia y noche, y fray Patricio abandonaba la presidencia de esta homicida sociedad, únicamente para visitar á los ministros ó concurrir á otras reuniones de personas influyentes en la voluntad del gabinete. Podia en consecuencia decirse que todo estaba sujeto á las disposiciones del *Angel esterminador.*

El ex-fraile, el hipócrita franciscano habia llegado á hacerse superior á los mas sagaces diplomáticos, y á pesar de su juventud y robustez, hallábase fatigado. Tres dias en incesante

TAYLOR INST. OXFORD

y activo movimiento, sin dormir apenas, habian debilitado su espíritu, que estaba además inquieto, porque miraba próxima una conmocion popular cuyos resultados era difícil prever.

Mucho habia adelantado con la prision de don Luis de Mendoza, tantó por haber privado á los conspiradores de su denodado y principal jefe, como por haberse libertado del furor de un temible rival; pero fray Patricio notaba que la indignacion del pueblo crecia por instantes, y atendido el estado de insurreccion que imperaba en toda España, conoció que era ya inútil trabajar en favor de un poder agonizante. Hizo sin embargo un nuevo esfuerzo, presentando á la deliberacion de los *esterminadores* una proposicion sangrienta, que fué unánimemente aprobada por los individuos del club apostólico. Decia así:

"PIDO Á LA SANTA Y RELIGIOSA HERMANDAD DEL ANGEL ESTERMINADOR QUE DESTINE UNA CRECIDA SUMA PARA CONMOVER LAS MASAS DE NUESTROS AUXILIARES. DÉSELES UN INOCENTE DESAHOGO. PÓNGANSE Á SU DISPOSICION LAS TABERNAS MEJOR ABASTECIDAS, PREDÍQUESELES EL ESTERMINIO DE LOS LIBERALES, ESCÍTESE POR TODOS CONCEPTOS SU RENCOR, Y EN MEDIO DE LA ANARQUÍA QUE REINA EN MADRID, EL SANTO FERVOR DE TAN DIGNOS DEFENSORES DEL ALTAR Y DEL TRONO HARÁ LO DEMÁS."

Así las cosas, retiróse fray Patricio á su casa para tomar alimento y descanso, y no pudo menos de estremecerse al ver por todas partes grupos hostiles del pueblo, que se cruzaban en todas direcciones victoreando á la libertad.

Unos cuantos nacionales bajaban entusiasmados por la calle de la Concepcion Gerónima en direccion á la de Toledo. Así que llegaron adonde estaba fray Patricio, cedióles este la acera, y quitándose el sombrero y agitándolo en el aire, esclamó con voz sonora:

—¡Patriotas! ¡Viva Riego! ¡Viva la Constitucion del año 12!

Estos vivas fueron repetidos por una inmensa multitud.

Luego añadió fray Patricio:

—¡Mueran los pasteleros!

—No, ciudadanos,—esclamó uno de los milicianos nacionales,—no se oigan entre nosotros mas que vítores. No manchemos con sangre el glorioso triunfo que nos aguarda.

En esto apareció de repente por la plazuela de Santa Cruz un piquete de caballería que cargó contra la multitud, repartiendo sablazos de plano; y como la obesidad de fray Patricio no le permitia correr con la ligereza que el peligro aconsejaba, íbale en zaga un inhumano coracero, que se hartó á las mil maravillas de calentar las reverendas espaldas del exfranciscano, hasta que, inmediato á su casa, cayóse en el duro suelo, y despues de rodar como una pelota, metióse á gatas en el portal de su domicilio, perdiendo en esta gloriosa retirada baston y sombrero, que quedaron en los campos del honor.

—¡Cuánto polvo trae usted!—esclamó la *tia Esperanza* al verle.

—Pues mire, hermana,—respondió fray Patricio,—no es porque no me le hayan sacudido de lo lindo.

—¡Y viene usted, padre mio, sin baston ni sombrero! ¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Una bicoca..... Venia una turba de bullangueros chillando, ha cargado contra ellos la caballería, y han pagado justos por pecadores.

Fray Patricio se quitó el frac y sentóse en una poltrona junto á una antigua mesa de la cocina, sin ánimos para pasar al inmediato comedor; tan malparado habíale dejado la reciente refriega.

La *tia Esperanza* sentóse enfrente, y ambos apoyando los brazos en la sexagenaria mesa, siguieron muy santamente en amistosa y familiar conversacion.

—¿Le han atropellado á usted, padre mio?—preguntó la *tia Esperanza.*

—Un soldado me ha acompañado hasta el portal,—respondió fray Patricio.

—Dios se lo pague. De ese modo nadie se habrá atrevido á insultar á usted.

—Es que precisamente mi compañero ha sido quien me ha molido la osamenta.

—¿Le ha pegado á usted?

—Algunos sablazos de plano..... nada mas que los suficientes para qué no me pueda mover en medio año.

—¡Válgame Dios, qué desgracia! ¿Quiere usted que vaya por el cirujano?

—No, hermana, no. Lo que mas necesito es reposo; pero antes quisiera un poco de alimento.

—La comida está ya lista. Si usted la quiere.....

—Sí, buena hermana; probaré un bocadito y me iré á ver si puedo descansar un rato. Aquí mismo: ponga usted los manteles en esta mesa, y no hay necesidad de pasar al comedor.

Un gran plato de macarrones, buena racion de puchero con un cuarto de gallina, ricos garbanzos del Saúco, patatas manchegas, jamon de Avilés, tocino y chorizo de Estremadura, un

pollo con pimientos y tomates, un trozo de cabrito asado, ensalada, media docena de albaricoques, varios dulces y el correspondiente pan y legítimo Valdepeñas, fueron el bocadito que probó fray Patricio para no desmayarse.

Tomó luego un solemne polvo, fumó su descomunal cigarro de papel, y con el auxilio de la *tia Esperanza* dirigióse á su cuarto y se tumbó en la cama á la bartola el pobrecito siervo de Dios.

Cinco minutos habian pasado apenas, cuando los estrepitosos ronquidos del repleto fraile hacian retemblar las vidrieras de los balcones.

La *tia Esperanza* profesaba demasiado afecto á su antiguo padre espiritual para que se alejase de él en la *lamentable* situacion que veia al pobrecillo.

Corrió pues precipitadamente, y sentóse en una silla de la sala inmediata á su dormitorio. Allí se entretuvo con algunos de sus acostumbrados rezos.

Hacia un calor insoportable, y para sentirle menos trasladóse la beata al balcon, en donde á poco rato quedó tambien dormida.

Repararon casualmente en ella unos estudiantes de buen humor que pasaban por la calle.

—Mirad, chicos, qué avechucho hay en ese balcon,—dijo uno soltando una burlona carcajada.

—Sí..... es una lechuza,—replicó otro.

—No es sino la imágen de la inquisicion,—añadió un tercero.

—Y lleva ya luto por la próxima muerte de los ministros.

—¡Vaya una tia asquerosa!

—Parece una estátua de alquitran. Pero ¡qué narices! No sé por qué tienen ahí ese adefesio, estando vacante en el Retiro la jaula de la elefanta.

—Oiga usted, doña Proserpina: ¿qué hace usted en este mundo?

—¡Si no te oye!.... ¡Si duerme como un liron!

—¡Eh! So. espantajo, diga usted que la pongan en alguna higuera para asustar á los gorriones.

—Mejor es que la archiven en el gabinete de historia natural. Es una preciosa mómia.

—Eso cuando se muera..... ahora puede servir aún para las procesiones del Corpus..... á falta de tarasca.....

—Chicos, èsa mujer no es sino una bruja. Cansada de volar por la noche, duerme de dia.

—Así es la verdad; pero ya vereis como yo despierto á esa vision.

Y diciendo esto uno de los mas traviesos estudiantes, tiró á la vieja una naranja, con tal tino, que dándole en medio de la joraba, la hizo levantar azorada, y notando la estrepitosa rechifla de una inmensa multitud que se habia reunido ya en la calle, metióse dentro y cerró precipitadamente el balcon; pero su espanto subió de punto cuando oyó alaridos horrorosos en la alcoba de fray Patricio.

—¡Ay!.... ¡ay!.... ¡que me ahogan ¡que me matan!

Era el acento de fray Patricio; pero este acento espresaba un martirio atroz. Salia comprimido como si efectivamente un dogal apretase su garganta. La *tia Esperanza* quedóse petrificada sin poder dar un solo paso. Una convulsion continua agitaba sus miembros, y al dirigir la vista hácia la alcoba de fray Patricio, vióle salir entre cortinas, pálido y sudoroso, los ojos desencajados, y todo su aspecto horrible y aterrador.

Fray Patricio dejóse caer en un sofá, y despues de algunos instantes de abatimiento, dirigió una mirada á su ama de gobierno, que permanecia en el mas profundo estupor.

—No es nada, hermana mia.....—le dijo;—una pesadilla..... soñaba que me ahorcaban.....

—¡Dios mio!—esclamó la vieja.

—¡Agua, hermana, agua!.... Me abraso de sed.

La *tia Esperanza* corrió por un vaso de agua, que fray Patricio bebió con avidez.

. . . . . .

Los malvados, rodeados de riquezas, de comodidades y placeres..... en medio de la ostentacion y de la magnificencia, apa-

rentan ser felices y son horriblemente desgraciados. No solo es imposible contener su insaciable ambicion, sino que el ánsia de goces, el afan de enaltecerse, turba incesantemente la paz de su alma y les arroja á estravíos lamentables, á crímenes espantosos. Su conciencia les acusa sin cesar, y aquellas horas en que el honrado trabajador encuentra en el dulce sueño el apacible solaz que todas sus fatigas compensa, son horas de tortura para los malvados, pues en vez de agradable reposo, sienten en su corrompido corazon el efecto desgarrador de atroces remordimientos.

. . . . . .

Mas sosegado fray Patricio, fuése de nuevo á presidir el abominable club del *Angel esterminador*.

Pocas horas despues fulminó el gobierno tan inhumanas, y aterradoras disposiciones, que los liberales de Madrid, como hemos insinuado anteriormente, por no dar un espectáculo de sangre á la Europa, resolvieron hacer la revolucion en la Granja, adonde es justo ya que conduzcamos al curioso lector.

CAPITULO VIII.

Real sitio de San Ildefonso.

Hemos llegado por fin al teatro en donde se representó la escena mas grandiosa de nuestra revolucion; escena que refluyó poderosamente sobre el porvenir de los personajes que figuran en la historia que relatamos. Pero antes de seguir el curso de los acontecimientos dramáticos, antes de volver á hablar de la virtuosa María, no podemos prescindir de dar una rápida aunque verídica pintura de *la Granja*, sitio encantador, que no tiene acaso rival en el orbe.

Al colocar á nuestra amada patria en la línea que le corresponde, al vindicarla de los ultrajes con que la ignorancia quiso zaherirla, al describir entre sus usos, costumbres y progresos de su civilizacion cuanto encierra de notable y rodea la capital de España, faltaríamos á nuestro propósito si pasásemos en silencio esos suntuosos edificios y mágicos verjeles que son el asombro de nacionales y estranjeros.

Réstanos pues llevar á cima la difícil empresa de bosquejar los encantos de *la Granja;* y para no desvirtuar la realidad, procuraremos ser historiadores primero que poetas. No tendrá nuestro relato los bellos atavíos de sublime elocuencia; pero el colorido de la verdad prestará algun interés á nuestras débiles pinceladas.

. . . . . .

Don Felipe V era muy bonachon, sin embargo de ser rey, y despues de la paz de Utrech, su tímida conciencia y religiosos sentimientos indujéronle á ofrecer en el silencio de la soledad holocaustos al Señor, tanto con el objeto de que se apiadase de sus culpas y pecados, como para que hiciese felices á sus muy amados súbditos los españoles.

Determinóse pues, cual otro Job, á echar cimientos al altar y casa dentro de la que, segun las disposiciones de su espíritu, pensó consagrarse enteramente á la oracion y penitencia y entregarse á Dios en perpetuo sacrificio.

Los sacrificios de los reyes seméjanse á los de los frailes, que al abandonarse á toda suerte de placeres, en medio del lujo, de la opulencia, de los tesoros y de las comodidades, solian esclamar compungidos: *Todo sea por amor de Dios.*

El buen Felipe V hizo el *doloroso* sacrificio de invertir muchos millones para la construccion de su real *Granja*, y rodearse en ella de cuantas comodidades y goces puede apetecer el ánsia de felicidad y el orgullo de la dominacion.

No es mal DESIERTO el que supo proporcionarse su devotísima majestad para dedicarse á la vida contemplativa y santa; ni es tampoco desacertada una VIDA PENITENTE que consistia en rodearse de goces, riquezas, perfumes, buenas vistas, esquisitos manjares y eternos aduladores. *Todo sea por amor de Dios.*

En 1450 hizo construir Enrique IV al pié de una montaña una ermita dedicada á San Ildefonso, que fué cedida con algun terreno á los pobrecitos monjes de San Gerónimo del monasterio del Parral, estramuros de la ciudad de Segovia.

Gustóle á Felipe V este terreno para encomendarse á Dios, y por convenio celebrado en 23 de marzo de 1720 quedó dueño de él por la renta anual de *mil ducados* y *cien fanegas de sal*, porque el bueno de don Felipe, como todos los monarcas, era un rey *muy salado*.

Compró igualmente á la muy noble junta de Linages de la ciudad de Segovia doscientas una fanegas de tierra por ochenta mil cuatrocientos reales, obligándose á pagar por se-

parado doscientos setenta y un mil novecientos veintiocho reales por el aprovechamiento de cincuenta y cinco mil cuatrocientos ochenta y dos pinos y arbustos que necesitó para sus obras. En una palabra, solo el coste del terreno que está hoy amurallado, y constituia el SANTO DESIERTO de Felipe V, ascendió á cuatrocientos quince mil setecientos noventa y ocho reales vellon.

En el mismo año se abrieron los cimientos del templo de la *real colegiata*, y en 1724 fué ya consagrado y dedicado á la Santísima Trinidad.

Cuatro columnas de mármol sanguíneo traido de las canteras de Cabra decoran el precioso retablo de jaspes. La mesa de altar y frontal son de precioso pórfido; el sagrario de lapislázuli pulimentado.

Todo el templo forma la figura de una cruz. El coro en la parte inferior compónese de dos órdenes de vistosa sillería, que costó cuarenta y nueve mil quinientos reales. Hay en él un reloj traido de Lóndres por veintidos mil reales, y cierra el coro una magnífica reja. Dos columnas de mármol venidas de Génova sostienen la tribuna principal, coronada por dos ángeles con las reales armas de España y Farnesio. Hay otras dos tribunas laterales para las régias personas.

Muerto Felipe V, fué sepultado en 1746 á espaldas del altar mayor, con arreglo á su testamento; pero su hijo el rey Fernando VI hizo trasladar el cadáver de su padre al nuevo panteon en 1758, y en 1766 falleció doña Isabel Farnesio, y sus despojos fueron depositados en la tumba de su esposo.

Esta fúnebre morada consiste en una pieza cuadrilonga de tres cuerpos.

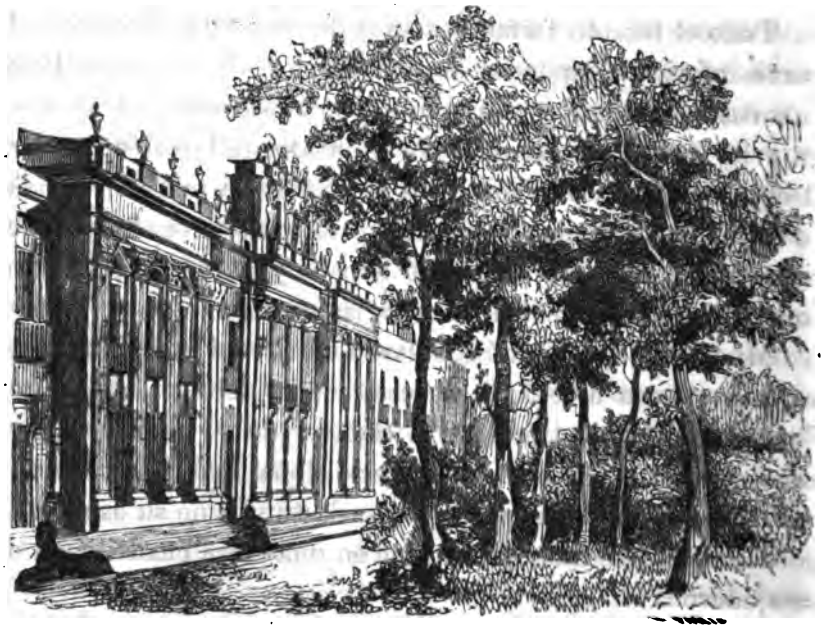
El primero de piedra azul con vetas blancas, sobre el cual pesa un grandioso zócalo de mármol sanguíneo con una inscripcion que dice: Á FELIPE V, REY DE ESPAÑA, PRÍNCIPE GRANDE, PADRE BUENO. SU HIJO FERNANDO VI OFRECE ESTE MONUMENTO.

El segundo cuerpo es una bellísima urna que descansa sobre cuatro garras de leon, de bronce dorado á fuego. Hay en

el hueco una almohada y en ella el cetro, la corona y el manto real, todo igualmente de bronce dorado. Una estátua de mármol blanco representa, á la derecha, una mujer llorosa con dos niños, uno en brazos y otro de pié. Este grupo es el emblema de la pobreza desamparada. Otra mujer, á la izquierda, representa á la España dolorida.

El tercer cuerpo ostenta los retratos de Felipe é Isabel, sobre los cuales campea la Fama con su bronceado clarin. Por la parte posterior descuella la pira, de un mármol idéntico al del zócalo cimental. El turíbulo figura despedir densísimo humo, y concluye este precioso monumento con los dos escudos de España y casa de Farnesio sostenidos por celestiales querubes.

La principal fachada del palacio está frontera á los jardi-



nes. Fué ejecutada por un tal Rics, vizcaino, en la cantidad de tres millones trescientos sesenta mil reales. Tiene doscientos sesenta piés de longitud por sesenta de elevacion, cuyo cuerpo céntrico, que es el principal, arreglado al órden corintio, compónese de piedra encarnada de las canteras de Se-

púlveda y berroqueña, con cuatro columnas istriadas, doce pilastras áticas y dos medias con su correspondiente capitel, siguiendo esta línea lateralmente cuarenta y seis pilastras y doce columnas. Entre otros mil adornos, descuellan cuatro figuras de cuerpo entero que simbolizan las estaciones. Tres balcones sobresalen unas dos varas. Bustos, estátuas, grupos de mármol, jarrones y trofeos ó armaduras de antiguos campeones, son los adornos de esta fábrica, que se ve coronada por una espaciosa balaustrada y antepecho de piedra berroqueña.

A unos quince pasos delante de esta suntuosa fachada vénse unas gradas de mármol, sobre las cuales hay doce grupos de sirenas, genios y cupidos. Estas gradas dan paso al parterre, que es un recinto plano con artificiosos dibujos de mirtos, bojes, flores, jarrones y estátuas.

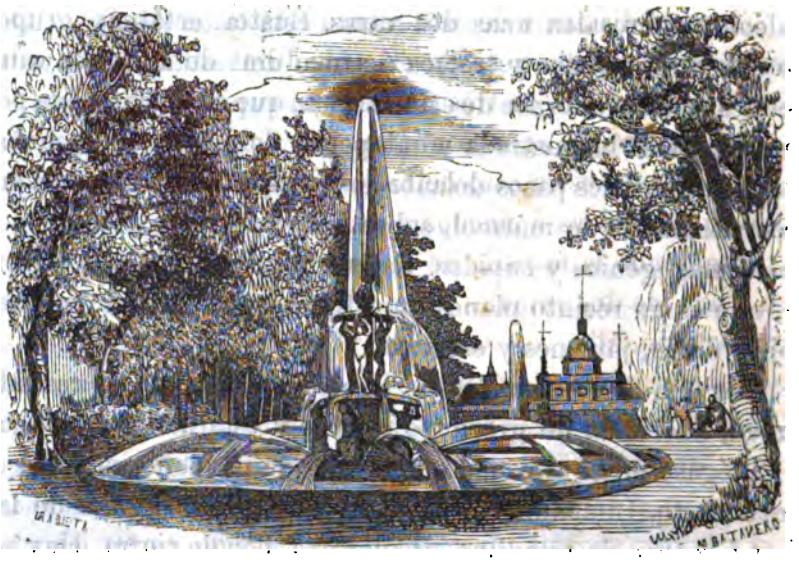
Por uno de los ramales de la escalera súbese á la cascada nueva, adornada de graciosos grupos y estátuas marmóreas.

Llégase luego al cenador, que aunque pequeño, es de escelente gusto. Inmediato al cenador descuella la fuente de las *Tres Gracias*. Su estanque circular es á flor de tierra. Hay en el centro una peña con dos sátiros y dos náyades que con las manos derechas sostienen una taza. Los sátiros tienen una bocina en la izquierda en actitud de tocarla. Entre estas cuatro figuras vénse otros tantos mascarones que arrojan agua por la boca verticalmente, lo mismo que otros cuatro que hay en el pedestal. En la primera taza están de pié las *Tres Gracias* [1]

[1] Toda vez que las figuras y demás objetos están detalladamente descritos, hemos preferido presentar la vista de algunas fuentes en el momento de arrojar el agua, á pesar de que la sorprendente abundancia que despiden los inmensos surtidores, formando vistosísimos juegos hidráulicos, ocultan la parte arquitectónica, cuyo asombroso mérito (del cual nos seria imposible dar exacta idea en los diminutos límites á que nos vemos reducidos) reaparece cuando el manantial suspende su curso. Aplíquese esta advertencia á cuantos grabados adornan el presente capítulo, para que no se juzguen en discordancia con el texto de las descripciones. Baste decir que se han copiado de la preciosa coleccion que bajo la direccion de don José Madrazo se litografió de órden de don Fernando VII.

(Nota del Editor.)

enlazadas, que sostienen con la mano y la cabeza otra taza de menores dimensiones, en cuyo centro se ve un cupido que abraza á un delfin que arroja un chorro de agua á la altura de cuarenta y siete piés.



Desde la plazoleta de esta fuente, bajando por la izquierda hácia la fachada del palacio por entre un bosquete de calles, encuéntrase la célebre fuente de *los Vientos*, que forma un vistoso juego de aguas, cuyos sacudimientos impetuosos causan un espeso rocío á semejanza de niebla. Su estanque es tambien circular y elévase media vara del suelo, y hay de trecho en trecho distribuidos en su circunferencia á distancias proporcionadas ocho mascarones que dirigen surtidores de agua aplastada al centro, en donde campea Eolo sobre un terrazo, sentado, con corona en la cabeza y cetro en la mano derecha, en cuya muñeca se ve asida una larga cadena que circuye repetidamente el peñasco, y sujeta diez y seis cabezas que representan otros tantos vientos agitados y desordenadamente esparcidos en derredor. La espresion de estos bustos indica el acto de soplar, y saliendo arqueada el agua de sus bocas, crú-

zase en distintas direcciones y presenta un conjunto vistosísimo. La boca de un delfin que tiene Eolo entre sus plantas forma un surtidor de diez y siete líneas de diametro, que se eleva cincuenta y siete piés. Inmediato á Eolo hay un cupido que le contempla con asombro [1].

A corta distancia de esta fuente está la de *Amfitrite*. Dentro de una concha vése en el centro del estanque sentada á esta diosa rodeada de tres ninfas y un cupido. Cuatro delfines á sus piés arrojan agua con direccion oblícua. La diosa tiene asido con su diestra otro delfin, cuya boca constituye un surtidor que se eleva á cincuenta y dos piés [2].

Siguiendo la fachada de palacio hácia el Oriente, vése en un plano de dos ramales de escalera de piedra, entornada de férrea barandilla, con seis canastillos de flores y frutas y dos leones marmóreos, la fuente de *Pomona*, que á guisa de cascada forma cuatro estancias en que el agua se detiene. Un grupo de dos figuras, la una de un anciano recostado sobre un tinajon, que arroja por la boca un chorro de agua achaflanada, y la otra de una jóven tendida figurando cortar las aguas con una paleta. Un niño arrodillado detrás del anciano ofrécele los frutos de las tierras regadas. Las dos figuras representan los rios Duero y Adaja. Nueve troncos como de espadaña arrojan desde la segunda estancia hasta la altura de diez toesas treinta y seis caños de agua del diámetro de nueve líneas. Hay en la estancia tercera un grupo de figuras, entre las cuales descuellan Vertumno y Pomona, ella á la derecha con aire de recato y admiracion, pero él sin mas abrigo que un manto que le cubre la cabeza y los hombros, en ademan de quitarse una máscara de vieja. Entre ellos se ven dos ni-

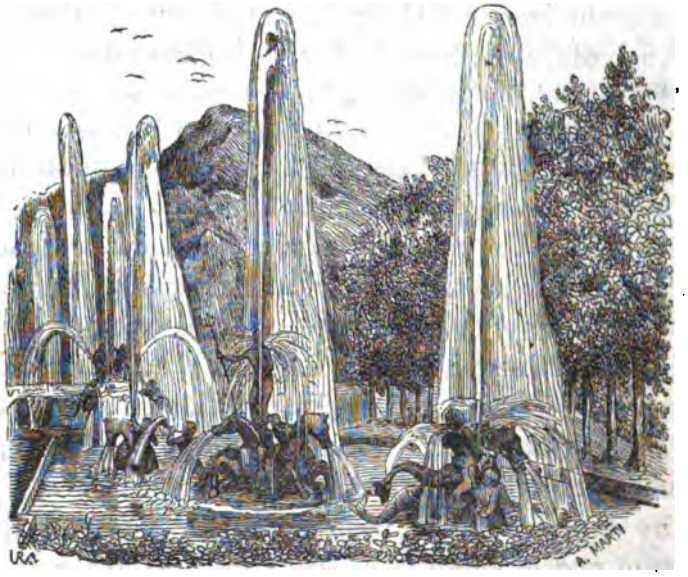
[1] Eolo, hijo de Júpiter y Acesta, vivió en las islas Eolias ó de Sicilia. Fué muy inteligente en la Astronomía y pronosticaba los temporales, por cuya razon los gentiles le veneraban como dios de los vientos, á los cuales sujetaba con cadenas en cuevas oscuras y les soltaba ó reprimia á su antojo.

[2] Amfitrite debió á un delfin el haberse desposado con Neptuno, y por esto fué tenida por diosa del mar y tutelar de los delfines.

ños que les ofrecen frutas de un canastillo. De este hermoso grupo salen apiñados cuarenta y cuatro caños que forman un solo chorro sorprendente. Cupido en actitud de asombro vése detrás de Vertumno. En la cuarta estancia lindísimos grupos de niños forman otros surtidores, y en sus inmediaciones se notan emblemas de agricultura [1].

Desde la esplanada de esta fuente vése el remate de la gran ria con su puente y barandilla de piedra encarnada, preciosos grupos y otros adornos magníficos.

Pasemos á la calle llamada *Carrera de los caballos.* Disfrútase desde ella de la deliciosa perspectiva de seis fuentes y ciento catorce surtidores de agua que se elevan y se deslizan en distintas direcciones, descollando entre estos manantiales



la grandiosa fuente de Neptuno, que vulgarmente se llama de los *Caballos.* Su estanque paralelógramo tiene treinta y siete

[1] Vertumno es, lo mismo que Proteo, dios marino del año *(ab anno vertente)*, de los pensamientos y de cuanto está propenso á fácil mudanza. Enamorado de Pomona, diosa de las huertas, no podia ser correspondido á pesar de ser gallardo mozo, y con el objeto de lograrla disfrazóse de vieja. De este modo rindió la voluntad de la diosa por medio de la persuasion, y Pomona quedó sorprendida al verle sin la careta de vieja que cubria su juventud y sus gracias.

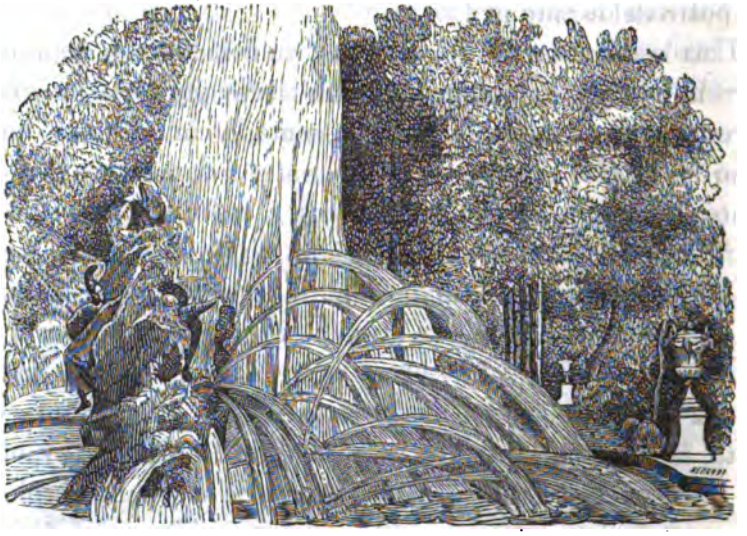
toesas de longitud por nueve y cuatro y medio piés de latitud, con cerco de piedra á flor de tierra. Tres cepones ó terrazos que hay en el centro contienen, los de los estremos, caballos marinos montados y guiados por robustos infantes. El uno abraza una cornucopia de la cual se eleva un chorro de agua. Viértenla tambien los caballos por boca y narices en tres caños oblícuos. En el terrazo del medio figura el casco de un buque, sobre el cual campea Neptuno con un delfin entre sus plantas que lanza el agua á cincuenta y cinco piés de elevacion. Otros delfines, ninfas y nereidas completan la bella composicion de este grupo [1].

Una escalinata de piedra conduce á la fuente de *Apolo*, que en ovalado estanque á flor de tierra presenta un grupo sobre un cepon en que está Apolo sentado con el harpa en la mano izquierda, el arco en la diestra, y á sus plantas la serpiente Piton, que arroja por la boca á sesenta y tres piés de altura un chorro de agua de trece líneas de diámetro. Cupido está á su espalda en ademan de alcanzarle flechas, é inclinada á su izquierda está Minerva armada, en cuyo escudo está escrito: *Nec sorte, nec fato.* Completan el grupo varios instrumentos de matemáticas, el globo terráqueo y una figura con careta, herida mortalmente á los piés de la diosa. Hay otras dos mesetas con sendos grupos de un niño y una serpiente que escupe el agua á sesenta piés de elevacion; y por último, la cuarta meseta contiene un mascaron que arroja un rio de agua.

Sin detenernos en el estanque semicircular de los dragones alados que arrojan el agua á cuarenta piés de altura, pasemos á describir la fuente de *Andrómeda*, cuyo estanque circular de veinte toesas de diámetro tiene el cerco á flor de tierra. Dos jarrones laterales con orlas de flores y cabezas de

[1] Neptuno, hijo de Saturno y de Opis, hermano de Júpiter y marido de Amfitrite, circunda la tierra con sus aguas. Los mónstruos marinos son sus vasallos. Empuña por cetro el *tridente*, como indicando sus tres dominios en fuentes, rios y mares.

sátiros cornudos por asas, forman simetría con el grupo del centro, que representa á Andrómeda encadenada, el cuerpo medio desnudo, suelto el cabello, mirando al cielo en actitud suplicante. En la parte superior del peñasco, un genio asido á las cadenas parece dispuesto á libertarla. Vése á Perseo con la cabeza de la encantadora Medusa asida por los cabellos con la mano izquierda, y un alfanje en la diestra alzada contra un soberbio dragon que arroja á ciento diez y seis piés de altura un surtidor de agua de veinte líneas de diámetro y setenta y



dos chorros oblícuos por otras tantas heridas que tiene en su cuerpo [1].

[1] Andrómeda, hija de Cefea y Caliope, fué condenada á vivir amarrada á un peñasco de Etiopía, abandonándola á discrecion de una serpiente por órden de Júpiter, á instancias de Juno su mujer, porque Andrómeda era mas bella. Los demás dioses declaráronse en su favor y se comprometieron á dar á Perseo los necesarios auxilios en estos términos: Mercurio los talares alados para la fuga, Marte la espada, Pluton el morrion que le hacia invencible, Palas la lanza y Minerva el escudo.

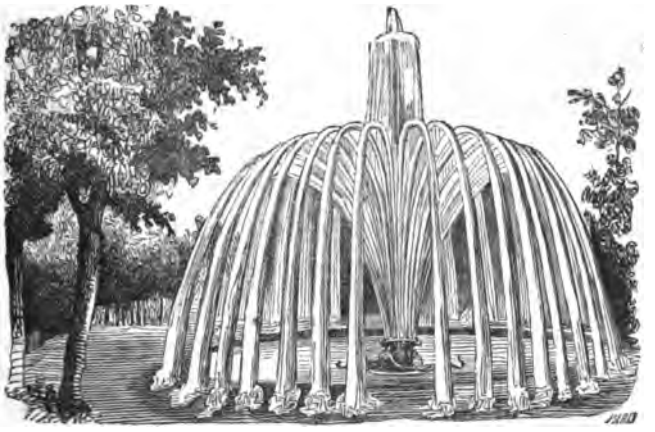
Estos esfuerzos dieron libertad á Andrómeda, y los dioses la acogieron benignamente y la consolaron de sus pasadas penas.

Hay en la plaza de esta fuente ocho hermosas estátuas de mármol que representan dos *Silenos*, el *Honor*, *Ganimedes*, *Amfitrite*, *Júpiter*, *Cibeles* y la *Música*.

Sigue luego el parterre de Andrómeda con otras cuatro estátuas y suntuosos jarrones, y subiendo por una rambla y escalera de yerba, preséntanse tres calles y dos fuentes.

A la derecha está la fuente de la *Taza* con cuatro mascarones en su zócalo, que arrojan agua por la boca verticalmente. Una grandiosa taza de mármol blanco sobre pedestad de lo mismo, con cuatro delfines que vierten agua por la boca, ocupa el centro del estanque. Cuatro náyades sostienen una concha, y hay otros grupos de niños tritones que tambien lanzan agua, y en lo mas elevado vése un triton abrazado á una náyade y esta á una cornucopia de la abundancia, de la cual sale un surtidor de diez y ocho líneas de diámetro que se eleva á veinte pasos.

Volviendo á la calle de en medio, hállase la hermosa fuente del *Canastillo*, colocada en una plazoleta circular. Tambien



lo es su estanque, cercado de piedra á flor de tierra, y tiene diez y siete toesas y media de diámetro. Campea en su centro un gran canasto con frutas y flores sostenido por cuatro cisnes con

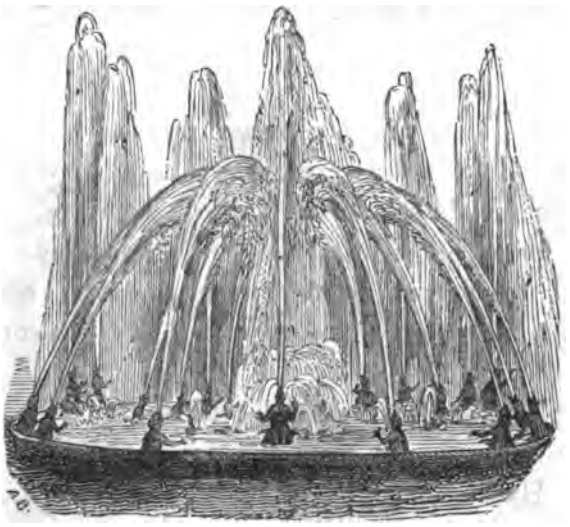
las alas tendidas. Circúndale una corona entretejida de espadañas, sobre la cual yacen recostadas cuatro náyades en accion de nadar, pero con la cabeza y manos levantadas como queriendo registrar el canastillo. Consta de cuarenta y un caños, treinta y dos oblícuos y nueve en elevacion, que ofrecen un conjunto sorprendente.

Desciéndese desde aquí á la plazuela de las *Ocho calles*, y se ven diez y seis fuentes que presentan una perspectiva encantadora. En medio de esta plaza hay un asombroso grupo de mármol en forma de pedestal, que es un octágono perfecto. Vénse en él tres figuras de plomo barnizadas de blanco, que representan á *Mercurio*, *Pandora* y al *Rencor* en combinadas y espresivas actitudes [1].

Bájase por una calle recta á la fuente de las *Ranas*, ó sea de *Latona*. Su estanque es circular á flor de tierra; su diámetro doce toesas. Hacen un bellísimo y admirable efecto las diez y seis ranas que arrojan por la boca oblícuamente al centro, donde está la diosa, sendos caños de agua que forman delicioso juego con los de ocho hombres semiranas con atributos de segadores que arrojan el agua en elevacion directa á una altura sorprendente. Hay mas adentro ocho ramos de espadaña, y en cuatro de ellos asoman pequeñas ranas que constituyen lindísimos surtidores Un peñasco de mármol blanco de tres cuerpos ostenta en el primero ocho mascarones que arrojan agua vertilcamente en forma aplastada y otras ocho ranas que arrojan arcos de agua que se cruzan y ofrecen un maravilloso efecto. Otros ocho mascarones ocupan el segundo cuerpo con cua-

[1] Comisionado Mercurio de la ejecucion de varias órdenes de Júpiter y otros dioses, llevaba sombrero y zapatos con alas, á fin de evacuarlas con mas celeridad. Hacia uso de una vara tambien con alas, y tocando con ella un dia á dos serpientes que reñian, enroscáronse en la vara, que tomó desde entonces el nombre de *Caduceo*. Pandora fué una mujer esperimentada por Vulcano en sus fraguas de órden de Júpiter, quien en union de Mercurio la envió con un pomo, encargándole que no le abriera hasta cierto tiempo; pero curiosa como mujer, abrióle sin aguardar el plazo, y salieron de él y se diseminaron por todas partes todos los males, dolencias é infortunios.

tro ranas de menor tamaño que escupen agua del mismo modo, siendo el total de surtidores sesenta y cuatro, los cuarenta

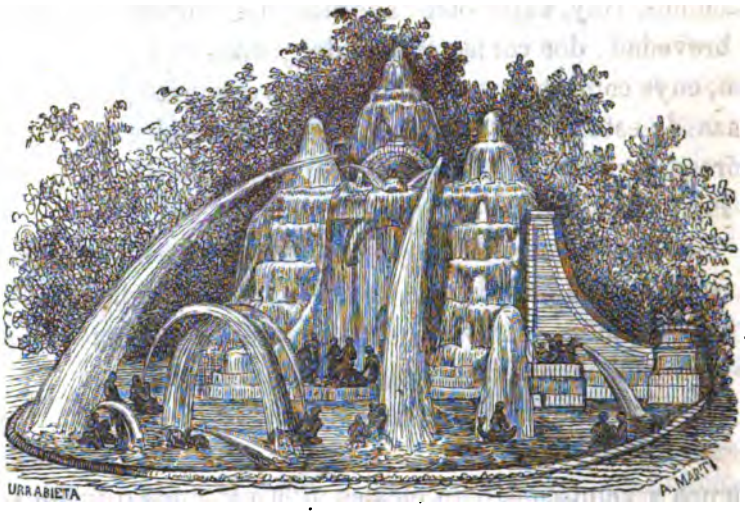


oblícuos y veinticuatro en elevacion. En la cima ó tercer cuerpo campea la diosa Latona mirando al Norte, graciosamente sentada, dirigiendo la vista y mano izquierda al cielo en actitud suplicante, mientras la derecha sostiene á uno de sus hijos, que la contempla en pié. Completa este bello grupo otro hijo tendido á su derecha, con la mano inclinada hácia su madre [1].

Desde esta fuente se pasa á la de los *Baños de Diana*, que está fija á un frontispicio de piedra berroqueña que tiene cincuenta piés de elevacion. Su estanque es de porciones circulares convexas y quebrantos rectos, cercado de piedra vetosa

[1] Latona, hija de Titan, fué arrojada del cielo por la envidiosa Juno, quien hizo jurar á la tierra que no le daria asilo, y la hizo perseguir por la serpiente Pyton; pero todo en vano, porque Latona parió á Diana y á Apolo en la isla de Delos. Caminando á Licia con sus hijos, fatigada y sedienta, pidió agua á unos segadores, y no solo se la negaron, sino que la enturbiaron para que no pudiese beberla. Júpiter oyó los clamores de Latona, y condenó á los segadores á convertirse en ranas y habitar charcos y aguas turbias.

hasta la altura de una tercia. Su mayor diámetro es de cincuenta toesas, y el menor de cuarenta y cinco y media. En lo mas alto del frontispicio campea un jarron blanco que despide un chorro de agua á seis piés. Forman simetría con él otros



dos colocados lateralmente un poco mas bajos, cuyos surtidores, de cuatro líneas de diámetro, se elevan á ocho piés. En los intermedios hay dos leones que sujetan con sus garras á dos dragones atados, y todos escupen agua. Los leones dirígenla al estanque, y los dragones á una taza que está encima del arco de una gruta. Estos manantiales forman juego con otro chorro aplastado que sale de la boca de un mascaron que hay sobre la espresada taza. Empotradas en la fábrica vénse debajo dos náyades con sendos delfines que tambien lanzan agua al estanque. En los elevados cantos hay canastillos y niños en actitud de derramar flores y frutas. Colateralmente vénse cuatro tazas por banda colocadas gradualmente, con surtidores que arrojan el agua de una á otra, sosteniendo todo su peso un bello grupo de cuatro náyades arrodilladas. La concavidad de la gruta está cubierta de preciosas conchas. Sentado en un pe-

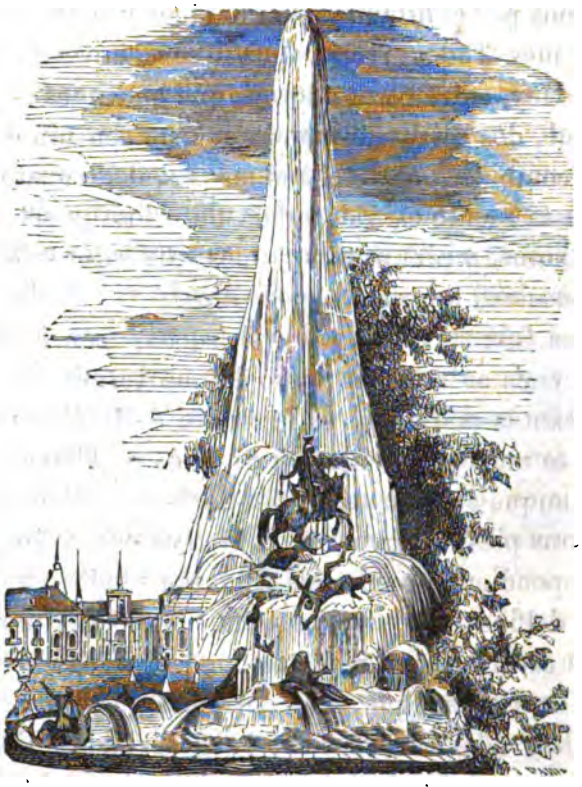
fiasco está Acteon tocanco la flauta [1]. Tres gradas de mármol sanguíneo conducen al baño de Diana, que tiene seis ninfas que la sirven, y hay además catorce ninfas divididas en graciosos grupos por el estanque con delfines y perros que hacen presa de cisnes. Todos arrojan agua, que se cruza en varias direcciones. Hay, entre otros adornos que omitimos en gracia de la brevedad, dos corzas formando grupos con niños que juegan, cuya combinacion destella el mas esquisito gusto. La gran plaza de esta fuente está decorada de colosales estátuas marmóreas, jarrones y pintorescos grupos, que hacen subir de punto la suntuosidad de estos régios sitios.

Las dos fuentes de los *Cuatro dragones* son iguales entre sí, y no menos asombrosas; pero la que termina el delicioso curso de tantas maravillas es la fuente de la *Fama*, á la cual no podemos menos de consagrar algunos renglones.

Su estanque circular está á flor de tierra, y tiene diez y seis toesas y tres piés de diámetro. Sobre sus cuatro ángulos, y en sus correspondientes pedestales, figuran sendos cupidos montados en delfines que arrojan agua por boca y narices. Elévase en el centro un gran peñasco, en cuya cumbre se ostenta el caballo Pegaso, que tiene entre sus piés dos figuras abatidas, y hay además otras dos ya despeñadas. Diseminados en derredor vénse arcos, morriones, escudos y flechas, un lagarto, troncos de árboles y flores. Montada en Pegaso está la Fama en ademan de saludar al sol, con el clarin en una mano, asiendo con la otra un surtidor de veinticuatro líneas de diámetro que arroja el agua á ciento treinta piés de altura. Las

[1] Acteon, jóven pastor de gallarda presencia, enamorado de Diana, andábase con sus ganados y perros por el valle Gargafia, regado por la fuente Parterío, donde tomaba baños la diosa. A fin de cautivarla, sentóse en un peñasco y tocó diestramente la flauta; pero Diana penetró la siniestra intencion de Acteon y le roció la cara con agua cenagosa, que le privó de la vista y le convirtió en ciervo. No contenta con esto, echóle perros para que le devorasen. Acteon huyó precipitadamente; pero enredándose sus astas en un matorral, fué alcanzado, sin que sus lamentos ni las palabras de Ovidio *ego sum dominum cognoscite vestrum*... contuviesen á los animales que le perseguian.

cuatro figuras atropelladas por el caballo de la Fama representan la Ignorancia, la Envidia, la Maledicencia y el Rencor.



Otras cuatro figuras que se notan en el zócalo del peñasco son emblemas de los rios Duero, Ebro, Guadiana y Pisuerga, de cuyas inmediaciones salen otros tantos chorros de agua que se elevan hasta la altura del caballo.

Se creerá acaso exagerada la descripcion de tamañas y tan repetidas bellezas; pero lejos de esto, juzgamos nosotros que es de todo punto imposible dar á comprender al lector todos los encantos de tantas maravillas. Al soltar las aguas, cambia todo de aspecto en estos deliciosos lugares. Verdad es que la mayor parte de los magníficos grupos, los lindísimos juegos de amores y delfines, las colosales estátuas, desaparecen bajo los

cristalinos y susurrantes raudales que todo lo inundan y vivifican; pero si desaparece por un lado el mérito arquitectónico, vése por otro hasta qué altura raya en España, ya desde remotos tiempos, la inteligencia de sus ilustrados hidráulicos. Mil y mil juegos sorprendentes cautivan la atencion y embelesan los sentidos. La vista asombrada gira vagorosa por do quiera, y en todas partes halla motivos de recreo, de admiracion, de deleite. Si vistosísimos son los juegos de agua cuando el sol riela entre espumosas linfas que salpican de perlas las hermosas flores, mientras saludan las aves con sus melodías al astro bienhechor, así que la noche tiende su estrellado manto de zafiro es mágico é indefinible el aspecto que presentan las inmensas y gigantescas fuentes que acabamos de describir. Sus colosales estátuas dibújanse en las blanquecinas nubes ó sobre un fondo rojizo jaspeado de negros, azulados y cenicientos celajes. El firmamento seméjase á la sazon á una hermosa techumbre que se apoya en la frondosa copa de elevadísimos y corpulentos árboles; pero estos hechizos adquieren nuevo y encantador realce cuando las aguas corren, bullen y serpentean entre vistosos faroles. Vénse grandes espejos de agua que trasparentan los mas bellos efectos de las luces. El arco Iris se reproduce con sus lindos colores en distintos sitios por efecto de las luces, en combinacion con los bellísimos juegos hidráulicos; por manera que forma todo un conjunto de delicias, que por mucho que se quiera ponderar, solo puede alcanzarse á dar una leve idea de su indescriptible hermosura.

Hubiera sido tarea interminable el enumerar todas las bellezas de tan preciosas fuentes, inmensos jardines, alamedas y plazuelas sombreadas de frondosos árboles, que convierten en los campos elíseos de la fábula tan deliciosos como opulentos lugares.

Bastará decir que únicamente los jardines comprenden un terreno de catorce millones setecientos sesenta y cuatro mil piés de superficie, medidos exactamente por el jardinero mayor don José María Lemmi. Tienen ocho grandes estanques,

de los cuales el mayor ha sido navegable, y se regula el total de árboles en tres millones ciento cuarenta mil, sin contar los arbustos no sujetos á línea, que son incalculables.

La magnificencia en lo interior del palacio es no menos sorprendente y asombrosa.

Este real sitio de San Ildefonso, conocido por *la Granja*, está situado en la falda de lo montes Carpetanos, cordillera de Guadarrama, á distancia de dos leguas de Segovia y doce de Madrid.

. . . . . .

Siguiendo el curso de nuestra historia, relataremos en el próximo capítulo los acontecimientos políticos que tuvieron orígen en este real sitio á mediados de agosto de 1836, por cuyos ángulos marmóreos resonó la voz de la verdad; y besando el polvo los opresores, la VOLUNTAD DEL PUEBLO fué acatada.

APÉNDICE AL CAPITULO ANTERIOR.

Para que el lector que no ha visto los portentos de la Granja, tenga una cabal idea de ellos y de su valor, añadiremos aquí una exacta relacion de las estátuas, figuras y demás ricos artefactos que se hallan en la GALERÍA BAJA DEL REAL PALACIO, con otras noticias tomadas de preciosos documentos y acreditados historiadores.

El señor don Felipe V (dice el doctor don Santos Martin Sedeño) quiso destinar para salon de Embajadores la primera pieza de la *Galería baja del real palacio*, que por su misma grandeza fué dividida en diferentes estancias ó mansiones. Con atencion á dicho objeto, se empleó en ella toda la magnificencia posible; y así es, que además de hallarse estucada en su bóveda, los cornisamentos de puertas, frisos y alfeylas de ventanas, estaban guarnecidos de los mejores mármoles de España, con columnas de los de Italia, y de otras varias y esquisitas piedras de la Península.

Cuantos restos ó monumentos de esta clase se ven por el pueblo, todos eran adornos de este magnífico salon; y de una de sus varias piezas lo son igualmente los que se hallan enterrados en el patio donde toman el coche SS. MM., á la pared del mismo edificio, á saber, varios trozos de capiteles ó

grupos de diferentes formas, y de dos á tres estátuas colosales que se hicieron para la gran fachada: tambien dentro del salon se hallarán subterráneos, columnas, jambas, dinteles y basamentos que eran de las dos puertas principales y otros parajes concernientes al dicho salon, el cual en distintas épocas ha servido para coliseo de óperas, despues para juego de raqueta, estando pintado de negro y los jugadores vestidos de blanco, y últimamente de picadero, que es el destino que tiene en el dia.

PIEZA SEGUNDA.

No contiene cosa particular.

PIEZA TERCERA.

Dos estátuas mayores del natural, que tienen cabezas, piernas y brazos de bronce, y lo demás de piedra ágata ó alabastro oriental, las cuales representan á *Julio César* y *Augusto*, emperadores.

Otra idem del jóven *Páris*, mayor que el natural (le falta un brazo), con un cupido que le alarga una manzana.

Otra idem, tambien algo mayor que el natural, representa á *Vénus*.

Una urna *cineracia* con medios relieves que representa un sacrificio á Baco; y es opinion comun que estuvieron en ella las cenizas de *Cayo Calígula*, de mármol, y su pedestal de madera con entrepaños de piedra jaspe.

Dos bustos de mármol que representan el Dia y el Fuego.

Dos idem de yeso que representan la Noche y *Medusa*.

Dos mas imitados á jaspe que representan emperadores ó Césares.

Cuatro pedazos de piedra berroqueña que fueron hallados en España cuando se hicieron las calzadas en tiempo del conde de Floridablanca.

PIEZA CUARTA.

Una estátua de cuerpo entero de mármol blanco que representa á *Narciso* con la cabeza inclinada al suelo, sobre su pedestal de piedra.

Otra que representa á *Flora*, con pedestal de madera y entrepaños de piedra.

Otras dos que representan á *Baco* y *Meleagro*, con pedestales de piedra.

Otra mas pequeña que representa á *Apolo*, con pedestal de idem.

Otra que representa á *Dafne* tendida en el suelo, sobre pedestal de madera.

Dos jabalíes, mas que de medio relieve, en respaldos de piedra azul.

Dos columnas chapeadas de piedras, estilo mosáico, con bustos encima.

Una estátua de yeso del natural que representa á *Vénus* con una sábana, en pedestal de madera y entrepaños de piedra.

PIEZA QUINTA.

Una estátua de piedra que representa á *Júpiter* con el rayo en la mano, sobre pedestal de madera.

Otra idem, mayor que el natural, de *Aradne*, con una lanzadera en la mano, sobre pedestal de idem.

Otra idem que representa á *Vénus* en el baño, con una rodilla sobre una tortuga, y en el brazo derecho un pomo sobre la cabeza en señal de manifestarle; está colocada en su pedestal de madera, con un hermoso relieve que representa á *Vénus* en el tocador.

Otra idem mayor que el natural que representa á *Flora*, sobre pedestal de madera.

Otra idem menor que el natural que representa á *Tolomeo*

siendo jóven, restauradas las piernas, sobre pedestal de madera.

Otra idem que representa al jóven *Antinoo*, sobre pedestal de idem.

Otra idem que representa á *Fauno* recostado sobre un tronco tocando la flauta, sobre pedestal de idem.

Otra idem que representa á *Hércules*, sobre pedestal de idem.

Un pedestal de madera con un bajo relieve de mármol que representa una batalla.

Cuatro pedestales de piedra con sús bustos de yeso.

Dos columnas de mármol istriadas en entorchado, con sus bustos encima.

Las dos estátuas de *Castor* y *Polux* con *Elena*, de yeso.

Una estátua de yeso que representa á *Fauno* con el cabrito al hombro, sobre pedestal de madera.

Dos bustos de piedra con sus pedestales.

PIEZA SESTA.

Una estátua de mármol colosal, colocada en un hornacina, guarnecido todo de espejon y almendrado, con su basamento, la cual representa á *Apolo*.

Ocho estátuas que representan ocho musas, *Euterpe*, *Urania*, *Thalía*, *Polyhimnia*, *Erato*, *Terpsícore*, *Clio*, *Caliope*, todas sobre pedestales de madera con fuentes y costados de mármol.

Cuatro grandes bustos de piedra que representan personajes, sobre pedestales de madera; seis idem de yeso, sobre pedestales de idem.

PIEZA SÉTIMA.

Toda esta pieza se halla guarnecida de los hermosos mármoles de España, que son el blanco de Granada, el verde de

Cabra, y el espejon, con adornos de bronce, y se compone de ocho columnas del mismo mármol, cuyos entrepaños están guarnecidos de unos preciosos espejos de cuerpo entero, ejecutados en Venecia, con sus marcos de madera tallados y dorados.

Dos bustos de niños, de mármol.

Doce pedestales de varios mármoles con clavos romanos y baquetas de realce, en los que se hallan colocados otros tantos bustos de emperadores, y son de yeso imitados á mármol.

Seis jarrones de yeso imitados á pórfido.

PIEZA OCTAVA.

Se halla en esta pieza la hermosa estátua colosal de *Cleopatra*, de la misma mano que la que estaba en el Vaticano, aunque esta es un poco mayor, y tiene el colchon mas hundido.

Una estátua de mármol que representa un Penates, sobre pedestal de espejon.

Otra idem que representa á una Sibila, sobre idem.

Otra idem que representa á *Páris*, sobre idem.

Otra idem que representa á *Fauno*, sobre idem.

Dos toros antiguos, menores que el natural, de mármol.

Seis bustos idem de hombres y mujeres, y entre ellos una *Vénus* y un viejo, de lo mejor.

PIEZA NOVENA.

Un bajo relieve de cuatro piés de largo por tres de alto, el que representa la prision de un personaje, y es de mármol, escuela romana.

Cuatro bustos de emperadores, de varios mármoles, sobre pedestales de madera.

Otro idem, tambien de mármol, colosal, que representa á la reina *Cristina* de Suecia, la cual vendió al embajador que se

hallaba en Roma por el señor don Felipe V todas estas preciosidades, y otras que han sido trasportadas de este palacio al de Aranjuez y Madrid, por órden de SS. MM., en distintas épocas.

Tres idem de yeso, colosales, sobre pedestales de madera.

Otra idem imitando á pórfido.

PIEZA DÉCIMA.

Dos bajos relieves, compañeros del anterior, diferentes en representacion.

Una estátua de mármol que representa la Abundancia marina, sobre pedestal de madera.

Otra idem que representa la Gloria mundana, sobre pedestal de idem.

Otra idem que representa la Abundancia terrestre, sobre pedestal de idem.

Otra que representa la Abundancia marina, sobre pedestal de idem.

Otra idem que representa á *Hércules*, sobre pedestal de idem.

Otra idem que representa á *Céres*, sobre pedestal de idem.

Un niño de mármol blanco, de un pié de alto por otro de largo, sentado, con una guirnalda de flores.

Dos bustos de mármol, el uno negro y el otro porcelana, representan cabezas de ídolos.

Una estátua colosal de yeso, copia de la *Cleopatra*, sobre pedestal de madera.

PIEZA DÉCIMAPRIMERA.

Una estátua de mármol blanco que representa la *Fé*, cubierta con un velo, escuela de Fermin ó de su mano.

Otra idem representa una mujer no conocida, sobre pedestal de madera.

Otra idem representa á *Vénus* que sale del baño embozada con una sábana; el medio cuerpo antiguo y el otro moderno, sobre pedestal de idem.

Otra que representa á *Hércules*, sobre pedestal de idem.

Otra idem colosal, de yeso, representa á *Apolo*.

PIEZA DÉCIMASEGUNDA.

Una estátua, mayor que el natural, de mármol blanco, representa á *Júpiter*, sobre pedestal de madera.

Otra idem representa á *Julio César*, sobre idem.

Otra idem representa á *Augusto César*, sobre idem.

Otra idem representa á *Julio César* con manto sacerdotal, sobre idem.

Cuatro ídolos egipcios de mármol de balastro ó granito de Egipto, originales de los de la gentilidad, sobre pedestales de idem.

Seis cabezas de mármol blanco colocadas sobre seis columnas de maderas imitadas á jaspe.

Cinco bustos de varios tamaños y representaciones.

Dos Faunos de yeso, sobre pedestal de lo mismo.

Ocho ídolos de yeso, imitando á los originales, sobre pedestales de madera.

Un busto de yeso que representa á *Vitello*.

Un grupo de idem que representa dos niños luchando por una palma, sobre pedestal de madera, el que tiene un tablero de mármol blanco, y representa á *Dafne* perseguida de un sátiro.

PIEZA DÉCIMATERCERA.

Una estátua, menor que el natural, de mármol blanco, que representa á *Ganimedes* arrebatado del águila. Véase bien esta estátua, pues en juicio de muchos inteligentes viajeros, es ori-

ginal del antiguo griego, y Pons declara por bien hecho el no haberla puesto el brazo que la falta.

Otra idem que representa á *Vénus*, con idem.

Otra idem que representa á *Leda* con el cisne, sobre idem.

Otra idem que representa á *Diana*, sobre idem.

PIEZA DÉCIMACUARTA.

Un bajo relieve de mármol blanco que representa el *Salvador*, con marco de madera.

Otro idem representa la cabeza de *Olimpia*.

Otro idem con marco de mármoles en forma de óvalo, representa un Santo elevado por los ángeles.

Otro idem representa trofeos de guerra, de cuatro piés de largo por tres de alto.

Otros dos idem que representan dos leones, de dos varas de largo por una de alto.

Un busto de idem sobre pedestal de mármol negro con sobrepuestos de bronce representa al rey *Felipe V*.

Otro idem sobre idem representa su esposa *doña Isabel*.

Otro idem sobre idem, sin adorno de bronce, representa á *Luis I*, hijo de aquellos.

Otro idem representa su esposa.

Dos estátuas de yeso representan á *Julio César* y *Augusto*, sobre pedestales de madera.

Otro idem representa á *Dafne*, sobre idem.

Dos idem representan musas, sobre idem.

PIEZA DÉCIMAQUINTA.—FUENTE DE LAS CONCHAS.

Dos jarrones de piedra, espejon de una vara de altos, con tapa.

Dos estátuas de yeso en sus hornacinas representan *Hércules* y *Júpiter*.

Cuatro bustos de yeso, imitados á mármoles, sobre pedestales de madera.

PIEZA DÉCIMASESTA.—GALERÍA DE ÍDOLOS.

Dos sátiros de mármol blanco con las colas enroscadas entre los brazos y piernas; figuras que servian para fuentes.

Dos leones sentados con una mano sobre un escudo, para el mismo uso que los anteriores.

Un bajo relieve de una vara de alto representa una batalla romana.

Otro idem representa un perro y un jabalí, moderno.

Otro idem representa un venado y una venada.

Otro idem representa la *Caridad.*

Otro idem representa á *Jesus y María.*

Otro idem representa á *San Sebastian* asaetado.

Otro idem representa la *Anunciacion de Nuestra Señora.*

Otro idem representa al rey *don Felipe V.*

Otro idem representa las jóvenes de Corinto, orígen del órden corintio.

Otro idem representa á *Diana* y *Vénus* con *Andimion* y mucho acompañamiento.

Otro idem representa *Laoconte* rodeado de serpientes, y *Cupido* llorando.

Cuatro urnas cinericias pequeñas, las dos en figura de medio punto, la otra redonda, y la otra triangular.

Dos bajos relieves tambien de mármol representan varias figuras y sátiros.

Dos idem de una vara de alto representan adornos de alquitrabes.

Dos idem colocados en dos pedestales, que el uno representa *Diana,* el otro tres figuras antiguas, un niño y un perro.

Otro idem de bronce representa el rapto de las Sabinas.

Treinta y tres bustos de varios tamaños, mármoles y representaciones, muchos de ellos estropeados.

Veintinueve cabezas de idem, de varias representaciones y edades.

Treinta y dos idem de idem, en relieves.

Una estátua pequeña de idem representa á *Baco.*

Tres figuras rotas, al natural, y se ignoran sus representaciones.

Una cabeza de vestal.

RELACION

DE LOS CUADROS PRINCIPALES QUE SE HALLAN EN EL REAL PALACIO DE ESTE SITIO.

PINTURAS DE LA GALERIA ALTA.

(Entrando por la parte del patio llamado de la Herradura).

PIEZA PRIMERA.

Un cuadro grande que representa varias clases de pescados, como salmon, langosta, etc., cuyo autor se ignora.

Otro que figura un venado muerto, y se cree es obra del famoso Sneider.

Varios cuadros de la vida de Cristo, y algunos de la escuela flamenca, que representan mesa de villar, taller de peluquería, etc.

PIEZA SEGUNDA.

Cuatro países grandes, como de tres varas en cuadro, que se cree sean del Pusino, y representan figuras, árboles, etc.

Un cuadro bastante grande que representa la mision de Eliecer, criado de Abraham, en actitud de ofrecer á Rebeca, que se destinaba para esposa de Isaac, las joyas y demás presentes que llevaba. Se juzga ser de la escuela francesa, y tiene algun mérito.

Otros muchos cuadros de la vida de Cristo.

PIEZA TERCERA.

Un cuadro del tamaño natural, que figura á Nuestra Señora de la Visitacion y á San Francisco de Sales como en el acto de aprobar el instituto monástico que San Francisco fundaba. Llama bastante la atencion. Escuela francesa.

Un Ecce homo de bastante mérito. Se conjetura sea del Greco.

Una orla de flores sostenida por unos niños, que se cree ser del Ticiano, ó al menos copia.

Dos retratos grandes de cuerpo entero del infante don Felipe, duque de Parma, y de su esposa María Teresa de Austria, hija de la famosa emperatriz María Teresa, montados sobre soberbios caballos, y á sus piés la vista de la ciudad de Parma, con el rio que le da el nombre.

PIEZA CUARTA.

Cuatro medallones al óleo que representan varios pasajes de la Sagrada Escritura: el uno á Nuestro Señor Jesucristo arrojando del átrio del templo de Jerusalen á los vendedores de géneros; otro en el acto en que los judíos le quisieron apedrear por haber profetizado la ruina del templo; tercero, á la Vírgen en el momento de encontrar en el templo disputando con los doctores al niño Jesus, despues de tres dias que le habia perdido; cuarto, al Paralítico en actitud de esperar la bajada del ángel á la piscina, y á Nuestro Señor Jesucristo mandándole tomar su lecho y marchar. Son de bastante mérito, con buena perspectiva, y se cree por su colorido ser de la escuela italiana.

En dos sobrepuertas dos cuadros apaisados que representan, el uno á la mujer cananea, y el otro la oracion del huerto, de bastante mérito. Se ignora su autor.

PATIO PRINCIPAL.—ANTESALA DE LAS PIEZAS COLGADAS DE SEDA.

Un cuadro que representa una canasta de varias frutas derribada en tierra por el pié de un muchacho, y una mujer airada que se arroja á él como para castigarle por el daño que habia causado derramando sus frutas. Es de la escuela flamenca.

Otro cuadro sobrepuerta que figura una despensa provista de varios comestibles, como aves, conejos, pescas y demás, y un repostero en actitud de cortar un pedazo de jamon.

Una copia de Pablo Veronés que representa el rapto de la Europa.

Una vista del asesinato de Julio César por Bruto y Casio á la salida del Senado.

Otra perspectiva del famoso templo de San Juan de Letran de Roma, con el célebre tabernáculo y sepulcro de los papas.

Otros dos cuadros al óleo, con cristal, que representan el nacimiento de Jesucristo y la adoracion de los Reyes. Son de bastante mérito, y de la escuela italiana.

Diversos cuadros flamencos que manifiestan lavanderas, cazadores y sitios de recreo.

Una pintura bastante grande que representa á Nuestra Señora, sentada.

(Entrando por el cuerpo de Guardias de la real persona).

PIEZA PRIMERA Y ÚNICA.

Sobre la puerta, el plano del paseo público de Méjico.

Un plano topográfico, dibujado, de los reales jardines de este sitio.

El retrato de la famosa Lucrecia en el acto de clavarse el puñal en el pecho, despues de haber sido violada por Tarquino. Se cree ser de la escuela italiana.

Retrato del cardenal Jimenez de Cisneros, de cuerpo entero.

Varios cuadros que cubren toda la pared y figuran la vida de Jesucristo, y entre ellos hay una cabeza que tiene bastante mérito. Segun se juzga, es retrato de un antiguo pintor.

En el oratorio de S. M., en el frontis del altar, hay un cuadro de la Sacra Familia, al óleo.

Dos urnas de cristal, en las que se contienen unas figuras de cera que representan á Nuestra Señora y al apóstol San Pedro en su penitencia.

En la pieza siguiente al salon de audiencia, una estampa que figura la traslacion fúnebre del cadáver de María Luisa, esposa de Cárlos IV, desde la basílica liberiana á la iglesia de San Pedro.

Honras que se hicieron en San Francisco el Grande de Madrid á María Isabel de Braganza, esposa de Fernando VII.

Otras honras hechas en la iglesia de San Ignacio de Roma por la embajada española á la espresada señora doña María Isabel de Braganza.

Una estampa del retrato de don Juan VI, rey de Portugal.

Varios cuadros pequeñitos que representan diferentes países.

EN LA GALERÍA QUE CONDUCE AL RETRETE.

Un cuadrito dibujado á pluma, de mucho mérito, que representa á Nuestra Señora.

PASADO EL RETRETE, EN LA PRIMERA PIEZA.

En el techo están pintados al temple por don Juan Galvez, pintor de cámara, en el año de 1832, varios trajes de la provincia de Segovia, y retratos de varias personas particulares que vivian en aquel año, como don Andrés Casaña, conserje

del real palacio, y don Jóse Amales, con sombrero de tres picos y capa negra, vestido á la antigua, un lechero de Otero Herreros, y algunos jóvenes de buena presencia.

EN LA PIEZA QUE CONDUCE Á LA ESCALERA DE LA GALERÍA BAJA.

Seis cuadros grandes apaisados que representan algunos pasos de la historia de Alejandro Magno. Son copias de Le-Brum.

Una copia del famoso cuadro de la *Perla*, del Escorial, sacada por fray José de los Santos, monje de aquel monasterio. Es de bastante mérito.

Un cuadro copiado del original de Rafael que representa la Visitacion de Nuestra Señora. De mérito.

Otro idem que representa á Nuestra Señora de la Silla, sentada, y al niño Jesus en pié. De mérito, y generalmente se opina ser obra del nominado fray José de los Santos.

Otros muchos cuadros, unos al pastel y otros en cobre, que figuran pasos de la vida de Jesucristo. Se cree son obra de los señores infantes y príncipes en sus lecciones de pintura.

BREVE NOTICIA

DE LAS REALES FÁBRICAS DE CRISTALES.

Poco tiempo despues de la fundacion del sitio, Felipe V, deseoso de embellecer mas y dar subsistencia y colocacion á los nuevos moradores de la poblacion que acababa de edificar, hizo la fundacion del suntuoso edificio de las fábricas de cristales, que ha pasado tambien diferentes vicisitudes y trastornos. Pasaremos rápidamente la vista por este bello establecimiento, haciendo una corta reseña de su primitivo estado, y altura en que se halla en la actualidad.

Los primeros maestros que vinieron para la fábrica de labrados fueron franceses; para la primera, de entrefinos, alemanes; y la segunda, mas ordinaria ó de todo género de piezas, fué dirigida por un inglés llamado Simon Brun. Despues de estos, y hasta el fallecimiento del señor don Fernando VII, cada fábrica fué dirigida por un maestro particular, y en ellas se trabajaba toda clase de cristal, aumentando sus productos los intereses del erario de S. M. En la sala de grabar, hasta el año de 1833, habia sobre ocho grabadores, cuatro talladores y multitud de fundidores, aprendices y demás operarios. Las horas que se trabajaba en labrados eran seis y media cada tanda, relevándose unos á otros; de modo que siempre habia elaboracion. En la fábrica de entrefinos se trabaja-

ba un dia sí y otro no. Habia varias oficinas para la preparacion de materiales, que aun hoy dia subsisten, contándose como ciento cincuenta operarios con sueldo fijo dentro del establecimiento.

En el dia hay tres fábricas ú hornos: uno para vidrieras, en que los operarios son esclusivamente franceses; otro para botellas, mitad españoles y mitad franceses, y otro para toda clase de piezas, lo mismo que el anterior. En esta última fábrica se elaboran obras preciosas del mejor cristal del reino, dispuesta toda la composicion del material por el inteligente director de la fábrica don Diego Fernandez Segura, de cuyo cargo y cuidado dependen todas las oficinas de este establecimiento. La sala de grabar está reducida en el dia á solos dos grabadores, porque el pulimento y tallado se ha colocado en fines de mayo de 1845 en una oficina aparte bajo el nombre de sala de tallar, en la que por medio de nuevos tornos, que entre todos serán como treinta, cuyo movimiento se hace por una sola rueda por agua, otros tantos operarios pulen y tallan toda clase de piezas con la mayor comodidad, curiosidad y primor. Con la citada grande rueda movida por un canal de agua se muelen toda clase de materiales, como son: greda, barrilla, cuarzo, etc., que con minio elaborado en oficina aparte, entran á hacer la composicion del cristal. Hay además otros molinos movidos por caballerías para diferentes materiales.

Tres son los depósitos ó almacenes dentro del establecimiento de obra concluida en él, y en los que se despacha por mayor y menor á los precios mas arreglados.

Desde el año de 1838 se han establecido unos hornos pequeños llamados *Las Carguesas*, en que se prepara la leña y se la seca á fuego lento para que sirva mejor de combustible á los hornos grandes.

Hay otra oficina llamada del *Candilon*, en que por medio de una llama de aceite encendida por un fuelle y un solo operario, se trabajan en pequeño labores preciosísimas, como son: barcos con sus velas, ovejas, perritos con faroles, patos, cupi-

dos, equilibrios, gamos, conejos, ratones; toda clase, en fin, de animales y figurines perfectamente imitados, para adorno de mesas y entretenimiento de niños; barómetros, termómetros, graduadores para licores, y otra porcion de bellezas útiles y de recreo.

En el horno de vidrieras se trabaja mientras dura el material contenido en tantos crisoles cuantos son los operarios, que son seis, tres á cada lado; pudiendo regularse sobre ocho horas diarias de trabajo. En el horno de botellas se pueden calcular once horas de trabajo. Siendo botellas comunes dura mas tiempo el crisol ó material en él contenido, y por consiguiente se aumentan las horas; y si las botellas son mas pequeñas, concluye en menos tiempo la elaboracion. En el horno general de toda clase de piezas se trabaja unas diez horas al dia ó noche.

Puede asegurarse que la fábrica de cristales de San Ildefonso es en el dia la mejor del reino, perfectamente montada, con un escelente director que tambien ejerce el cargo de administrador, con una innumerable multitud de operarios, que solo en el establecimiento (sin contar los que cortan la leña en el pinar y los que conducen el material desde el estranjero y de las minas del país) asciende su número á doscientas familias, con buenos sueldos y bien pagados, uno de los elementos que principalmente han contribuido á que este pueblo, que encierra tantas preciosidades, vaya recobrando el esplendor que tuvo en otro tiempo. Baste decir para complemento, que esta magnífica fábrica, con tantos gastos y consumos, está sostenida por la generosa bondad de los señores *Fagoaga, Ceriola* y *Carriquiri*, que no escasean ningun gasto y se desprenden gustosos de todo lo necesario, á fin de elevar el establecimiento á la mayor altura posible, para que en nuestra España haya una fábrica de cristales que compita y esceda, si ser puede, á las mejores de otras naciones.

TASACION

DE LAS ESTÁTUAS DEL JARDIN HECHAS EN LA TESTAMENTARÍA DE DON FELIPE V EN EL AÑO DE 1748.

FIGURAS DE MÁRMOL.

CASCADA.

	Rs. vn.
La estátua que representa el dios Baco	36.600
La estátua de la América.	36.600
La del Africa jóven	36.600
La de Milon Cortoniano, preso entre las garras de un leon.	36.600
La del Estío	36.600
La de la Fidelidad.	36.600
La de la Magnificencia	36.600
La de las glorias de los príncipes.	36.600
La de la diosa Palas.	36.600
La estátua del Asia	36.600
Una estátua que representa un Basto con un cabrito.	36.600
La del Invierno	36.600
La estátua de Diana.	36.600
La de la Primavera ó diosa Flora	36.600
Suma.	512.400

	Rs. vn.
Suma anterior.	512.400
CENADOR.	
Las cuatro estátuas que hay en él, á 27.300 reales cada una.	109.200
PARTERRE DE LA ANDRÓMEDA Ó TRILLAJE.	
La estátua de Neptuno.	36.600
La diosa Juno.	36.600
La de la Música.	36.600
Otra de Saturno, ó el Tiempo.	36.600
EN LA PLAZA DE LA ANDRÓMEDA.	
La estátua que figura el poema pastoral.	36.600
El poema lírico.	36.600
La de la Tierra.	36.600
El Fuego ó dios Júpiter.	36.600
La del Agua.	36.600
El Aire.	36.600
El poema heróico.	36.600
El poema sátiro, de estaño y plomo.	18.000
PLAZUELA PRIMERA, DESDE EL CENADOR Á LAS OCHO CALLES.	
Una estátua de mármol, de Clio, una de las nueve musas.	28.500
La del dios Apolo con la serpiente Piton.	28.500
PLAZUELA SEGUNDA.	
Una estátua de Urania.	28.500
La de Mefomena.	28.500
Suma.	1.156.200

	Rs. vn.
Suma anterior.	1.156.200
La de Apolimena.	28.500
La de Caliope.	28.500

PLAZUELA DESPUES DE LAS OCHO CALLES.

La estátua de Talía.	28.500
La de Terpsícore.	28.500
La de Euterpe.	28.500
La de Erato.	28.500

PLAZUELA ANTES DE LA FUENTE DE LAS RANAS.

Una Cazadora.	28.500
Otra Cazadora.	28.500
Otra Cazadora.	28.500
Otra Cazadora.	28.500
La estátua de Latona en la fuente de las Ranas, con sus dos hijos Apolo y Diana.	42.600

PARTERRE DE LA FAMA.

Una estátua que representa á Dafne huyendo de Apolo.	30.000
La del dios Apolo siguiendo á Dafne.	30.000
La del Atlante con la lanza en la mano.	30.000
Un grupo de estaño y plomo con tres figuras, que la principal es el dios Mercurio.	33,000

FUENTE DE LA SELVA Ó POMONA.

Los dos leones que hay en la bajada de la escalera.	6.000
Un Fauno.	15.600
Suma.	1.628.400

	Rs. vn.
Suma anterior.	1.628.400
Una Bacante.	15.600
Otra Bacante.	15.600
Un Sátiro.	15.600
SUMA TOTAL.	1.675.200

Para el surtido de las fuentes hay colocados cuatro mil diez y seis cañones de varias dimensiones, de hierro colocado; y además, de repuesto para las obras que faltaban al fallecimiento de don Felipe V, mil doscientos treinta y dos cañones de diferentes tamaños, que después se han ido empleando conforme han sido necesarios.

Con respecto al valor de todas las fuentes, no se puede saber cuál es, porque al fallecimiento del rey don Felipe V los peritos tasadores declararon no ser posible dar el valor que cada una tiene.

NOTICIA

DE LOS COSTOS QUE HAN TENIDO VARIAS DE LAS FUENTES Y FIGURAS

HECHAS DESDE 1.° DE SETIEMBRE DE 1728 HASTA FIN DE ENERO DE 1733.

Esto es solo las figuras de plomo y mármol, con los modelos en pequeño y grande, modelado en barro, moldado en yeso, fundido en plomo y estaño, soldado, reparado, cincelado y sentado en esta plaza.

VALOR DE ALGUNAS DE LAS FUENTES, PEDESTALES, JARRONES, BANCOS Y FIGURAS DE MÁRMOL Y PLOMO.

	Doblones.
La fuente de la Fama.	3.850
Las de Lucrecia y Athalanta, detrás de dicha fuente de la Fama.	1.000
Los pedestales, á 230.	460
Las de Dafne y Apolo, á 500.	1.000
Los ocho jarrones que están en las platabandas del parterre de la Fama, á 245.	1.960
Los ocho pedestales, á 50.	400
Los cuatro bancos de este parterre, á 79.	316

OCHO CALLES.

La fuente que representa á la Tierra con los leones. . .	1.950
La de Neptuno con caballos marinos.	1.950
Suma.	12.886

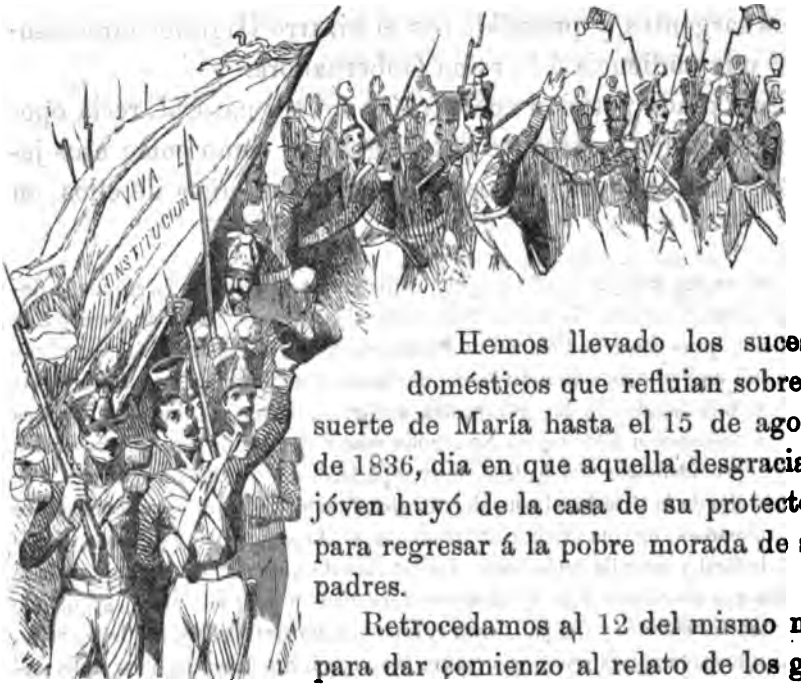
	Doblones.
Suma anterior.	12.886
La de Céres con dragones.	1.950
La de Saturno con venados alados.	1.950
La de la Victoria con sus atributos.	1.150
La de Minerva con sus atributos.	1.150
La de Marte con sus atributos.	1.150
La de Hércules con sus atributos.	1.150
El pedestal del grupo de figuras que ocupan el centro de la plaza.	226
El grupo de las tres figuras que representa á Mercurio llevando á los cielos de órden de Júpiter á Psichea despues de los muchos tormentos que padeció á impulsos de Vénus, y llevando en la mano la caja ó pomo de Pandora en que estaban los males, y un céfiro que los ayuda á subir.	850
TOTAL DE DOBLONES.	22.462

CONCLUSION DEL APÉNDICE.

Por las tasaciones que preceden de una pequeñísima parte de los gastos invertidos en estos régios lugares, inferirse puede que se ha enterrado en ellos un número inmenso de millones, imposible de sujetar á cálculo. No hay duda que cuando los estranjeros contemplan con asombro estas gigantescas obras, huélgase nuestro orgullo nacional en oirles confesar su admiracion; pero mayor seria nuestra gloria si en vez de campear en tan suntuosos jardines la idea de enaltecer á los reyes, si en vez de fabricar palacios y conventos, se hubiesen invertido esas cantidades inmensas QUE SALEN SIEMPRE DEL SUDOR DE LAS MASAS POPULARES, en erigir por toda España grandiosos establecimientos de beneficencia pública, casas de correccion, colegios de enseñanza gratuita, espaciosas calzadas, puentes sólidos, caminos, canales, y cuanto contribuye á la prosperidad de las naciones, sin descuidar la organizacion de una escuadra respetable, que hiciese recobrar á la marina española su antigua preponderancia y esplendor. De este modo hubiera prosperado la España, y no deplorarïamos ahora el acerbo contraste que ofrece la escasez del pueblo con la magnificencia de los reyes, que embriagados de goces, se adormecen al susurro de la lisonja como al de las suntuosas fuentes de sus magníficos pensiles, sin que haya mas fuentes para el pobre artesano que el perenne llanto que hace brotar de sus ojos el desprecio con que se galardonan sus virtudes, y el copioso sudor que arranca de su frente un asíduo y penoso trabajo que apenas le proporciona lo preciso para vivir; y aun este escaso fruto de sus afanes le es arrebatado con violencia por un *sistema tributario*, que sin duda concibiera el sagaz ministro á impulsos de los vapores de una orgía.

CAPITULO IX.

El sargento y la reina.



Hemos llevado los sucesos domésticos que refluian sobre la suerte de María hasta el 15 de agosto de 1836, dia en que aquella desgraciada jóven huyó de la casa de su protectora para regresar á la pobre morada de sus padres.

Retrocedamos al 12 del mismo mes para dar comienzo al relato de los graves acontecimientos políticos de la Granja, donde se hallaba á la sazon la reina Gobernadora.

La insurreccion habíase propagado ya por todo el ámbito

de la metrópoli, y solo faltaba que resonase imponente en el palacio real. Encontró por fin un eco en el marmóreo alcázar, y la libertad se salvó [1].

Eran las diez de la noche cuando la misma Guardia Real acuartelada en San Ildefonso proclamó la Constitucion de 1812. Llenos de ferviente entusiasmo, esparciéronse los soldados por las calles victoreando al código de Cádiz, acaudillados por sus sargentos.

Impelidos los jefes de la insurreccion por sentimientos nobles y generosos, lejos de mancillar aquel movimiento, acaso el mas glorioso de cuantos ha producido la revolucion española, pues sin él ocuparia probablemente el trono de España el príncipe proscripto, quisieron que la salvacion de su patria se debiese á la persuasion del jefe del Estado, y nunca á la violencia y desafuero. Nombróse pues una comision de los denodados sargentos, y presidida por el bizarro Higinio García, solicitó una audiencia á la reina Gobernadora.

Esta osada peticion encontró, como era natural, recia oposicion entre los cortesanos palaciegos, así como entre esos jefes ambiciosos cuyos grados han ganado, algunos de ellos, en

[1] «Si ese eco salió de donde no debió salir jamás, sin que en cierto modo llevase consigo el carácter de la violencia, nadie tiene derecho á culpar por ello á la revolucion, pues las revoluciones no reconocen leyes, ni clases, ni fueros, ni ordenanzas: no ven mas que individuos, ciudadanos sublevados; no reconocen las antiguas autoridades, ni las gerarquías antiguas; no hay militares; y á veces tambien desconocen á los reyes. No siguen mas regla que la que les prescriben las leyes providenciales del destino, muy superiores á todas las demás leyes. Por eso el hecho de la Granja, si considerado aisladamente y en el estado normal es un gran crímen, en una crísis revolucionaria, cual era aquella, es un efecto natural, de fácil y sencilla esplicacion. Lo diremos de una vez: los sargentos de la Guardia que abordaron á S. M. la reina Gobernadora y la hablaron esponiendo la opinion del ejército y del país, eran el eco fiel y natural del país y del ejército, puesto que estos aprobaron y ensalzaron y aun magnificaron despues aquel suceso. Olvidando que eran soldados, y teniendo entonces solo en cuenta que eran ciudadanos españoles, aquellos militares hicieron un gran servicio á la nacion, y no fué menor por cierto el que prestaron á la reina.» (Florez, *Historia de Espartero*, tomo I, pág. 339.)

punibles rebeliones, mientras calificaban de motin asqueroso aquel movimiento salvador, acaso únicamente por verle dirigido por un *miserable* sargento.

Lejos de nosotros la idea de abogar por la insurreccion del ejército; pero si alguna vez ha sido fiel espresion de la soberanía nacional, es incuestionable que fué cuando el patriota García tuvo el arrojo de acaudillarla.

¿Se ha olvidado acaso la célebre espresion de entonces de que *veia el gobierno limitado su poderío á lo que alcanza la vista desde la torre de Santa Cruz?*

Si tan aislado estaba pues el poder, si la España entera se habia pronunciado contra sus demasías, ¿por qué se ha de juzgar con severidad inaudita la conducta de un soldado valiente que se hizo intérprete de la voluntad de su patria?

El héroe García, el malogrado militar que ha fallecido en la indigencia, porque árbitro de su porvenir no tenia mas ambicion que salvar á su patria, ni quiso degradarse á mendigar el galardon que sus virtudes merecian, con la frente erguida y el corazon puro presentóse ante su reina y arrancó la máscara de los hipócritas.

—Señora,—dijo en tono firme y respetuoso á la par:—rodeada V. M. de falaces lisonjeros, no es fácil suene á vuestros oidos la voz de la verdad. Yo vengo á decírosla en nombre de mis compañeros, y en obsequio de mi patria.

—Habla,—contestó la reina, respirando destellos de comprimida indignacion.—¿Qué quieren los insurrectos?

—Señora, los insurrectos quieren hacer que el trono de vuestra augusta hija doña Isabel II se desquicie y se hunda en un abismo sin fondo.

—¡Atrevido!

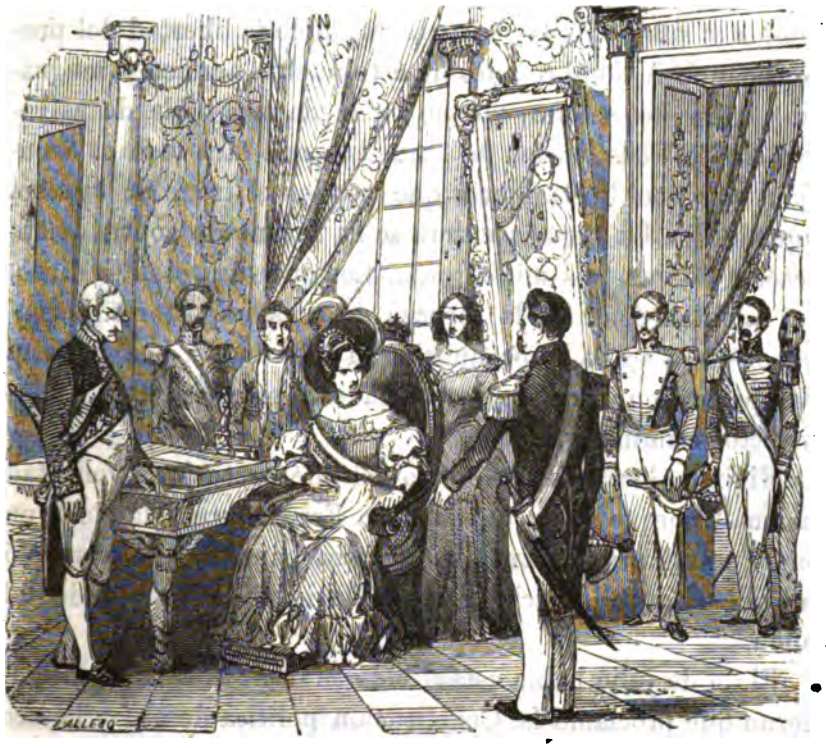
—Pero los insurrectos, señora, no somos nosotros. La voluntad de todo un pueblo nunca puede ser insurreccion. Unicamente los que se oponen á su soberanía son los verdaderos rebeldes.

—Esplícate.

—Digo que los insurrectos no somos nosotros, sino vuestros consejeros. La nacion en masa quiere ser libre, y es inútil oponer diques al torrente de su voluntad impetuosa. El ejército español quiere esa libertad que se le prometió en los campos de Navarra [1], y por la cual ha lidiado y lidiará con denuedo y constancia, sin que le arredren las fatigas, el hambre y la desnudez. En una palabra, señora, yo, que desde los primeros años de mi juventud solo he aprendido á derramar mi sangre en defensa de mi país, ignoro ese lenguaje fascinador con que saben los palaciegos granjearse vuestra sonrisa y engañaros con halagüeñas lisonjas; pero con la franqueza de un veterano en cuyo corazon late el amor de patria, vengo á deciros que si quereis salvar el trono de vuestra hija, es preciso que se proclame sin dilacion el código de Cádiz.

[1] «Al aproximarse los amotinados al palacio, quisieron los que le guarnecian defenderle y cerrar las puertas; mas la reina Gobernadora, que ya tenia circunstanciada noticia de lo que estaba ocurriendo, quiso saber lo que pedian los sublevados y enterarse por sí misma de sus votos, para lo cual mandó que la comision fuese introducida en su aposento. Entró la comision, y el sargento primero García, á nombre de ella y de todos los soldados de la guarnicion, habló á la reina en términos, al propio tiempo que respetuosos, enérgicos, asegurándole que las tropas no estarian tranquilas hasta que S. M. tuviese á bien jurar la Constitucion *que se les habia prometido en los campos de Navarra*. El sargento que así hablaba pertenecia al regimiento que mas se habia distinguido en los combates del Norte. Acogió la reina con sobresalto y disgusto esta proposicion, y tuvo la firmeza de oponer á ella sus objeciones. Mas fuéronla contestadas en animado diálogo, que acabó por convencerla de que, si jurar la Constitucion era un mal, el no jurarla era un mal todavía mucho mayor. Eran las trés de la mañana cuando la reina Cristina firmó su juramento, arrancado por unos á la violencia y á la fuerza, dado por otros con toda conviccion de que era aquel juramento la salvacion del país y del trono de su hija. El atrevido sargento se habia esplicado delante de S. M. con esa espansion simpática que caracteriza la llaneza del sentimiento, y habiendo hecho una pintura fiel del estado de las provincias, no le cupo á la reina la menor duda de que la prensa adicta al gobierno de su confianza la tenia mal informada del verdadero espíritu de los pueblos, y de que hechos juguete de una política bastarda y de intereses de bandería, estaba espuesta á perder, sobre aquella estimacion tan acendrada con que la nacion española la habia querido desde el decreto de amnistía, la paz de su familia y acaso el mismo trono de Isabel.» (*Crónica contemporánea*, tomo III, página 157.)

—¡Imposible!—dijo la reina con energía.—Y tú, militar osado, que así te atreves á producirte en presencia mia, ¿olvidaste los deberes que impone al soldado la ordenanza?



—Antes que soldado, señora, soy ciudadano español, y antes que soldado de un gobierno opresor, soy soldado de mi patria y defensor de su libertad. Si me atreví á dar este paso, no creais, señora, que me atraigan á estos reales sitios los alicientes del fausto y de la majestad. El asilo de la indigencia tiene para mí mas atractivos que los fascinadores oropeles que estos recintos circundan, ni conozco otra ambicion que la de contemplar á mi patria libre y feliz. Pero la idea de que iba á pronunciar la verdad..... la verdad sin esos estudiados y pomposos atavíos con que la falaz hipocresía se engalana..... la idea, re-

pito, de que iba á pronunciarla ante una escelsa señora que supo desde el regio trono tender una mano benévola al desvalido espatriado, ha vencido mi repugnancia en pisar estos marmóreos pavimentos..... porque mis palacios, señora, son los campos del honor..... mis espectáculos los combates..... mis lisonjas el silbido de las balas..... mi ídolo la libertad del pueblo español. A nombre pues de este pueblo heróico y magnánimo, os repito, señora, que no os queda mas tabla de salvacion que la Constitucion de 1812. Los que otra cosa os aconsejan, esos son los traidores que venden el trono de vuestra augusta hija. La España entera se ha levantado contra la obcecacion de vuestros ministros..... Los que otra cosa os dicen, esos mienten con toda la torpeza de viles impostores. La nacion en masa acaba de pronunciar su voluntad..... Los que otra cosa pretenden, esos son los verdaderos rebeldes, esos los insurrectos criminales.

Higinio García fué en efecto fiel intérprete de la voluntad nacional, porque ya no quedaba en España una sola aldea en donde no agitara el viento la hermosa bandera que enarboló en Cádiz el orgullo nacional al arrullo del bélico estampido del cañon.

El 26 de julio habia establecido Málaga una junta de gobierno que proclamó la Constitucion política de 1812. El eco de su grito salvador resonó en Cádiz el 29, y el 30 en Sevilla y Granada. El 31 sublevóse Córdoba, y el 1.º de agosto alzóse el Aragon entero á impulsos de la inmortal Zaragoza. Pronunciόse el 3 Badajoz, y siguió su ejemplo toda la Estremadura. Valencia sacudió el yugo el 8. Alicante, Murcia, Castellon de la Plana y Cartajena el 11, y á la voz de Barcelona levantóse en masa el Principado el 13, á cuya fecha no quedaba ya en España capital, pueblo ni aldea que no se hubiese emancipado del gobierno.

Las enérgicas palabras de García, si bien desnudas de las filigranas de la oratoria, destellaban en cambio la elocuencia de la sinceridad.

Horas enteras duró el solemne coloquio entre el bravo sargento y la reina Madre, que por consejo de las personas que la rodeaban, oponíase con entereza á la grave exigencia de un soldado atrevido; pero tales fueron los argumentos con que apoyó García la necesidad imperiosa de que sancionase S. M. en aquel mismo instante como ley fundamental del Estado la Constitucion del año de 1812, que la reina Cristina manifestóse por fin convencida, y á las tres de la madrugada del 13 firmó un decreto concebido en los términos siguientes:

COMO REINA GOBERNADORA DE ESPAÑA, ORDENO Y MANDO: QUE SE PUBLIQUE LA CONSTITUCION POLÍTICA DEL AÑO 12, EN EL ÍNTERIN QUE REUNIDA LA NACION EN CÓRTES, MANIFIESTE ESPRESAMENTE SU VOLUNTAD, Ó DÉ OTRA CONSTITUCION CONFORME Á LAS NECESIDADES DE LA MISMA.

Este decreto completó el triunfo de la SOBERANÍA NACIONAL.

FIN DE LA PARTE SESTA.

PARTE SÉTIMA.

TODA PROMESA ES SAGRADA.

CAPITULO PRIMERO.

El reo en capilla.

En una pobre y reducida habitacion veíase un altar con un crucifijo alumbrado por dos velas verdes.

Un hombre macilento escuchaba inmóvil las palabras de consuelo que un celoso sacerdote le dirigia.

Dos hermanos de la *Paz y Caridad* contemplaban con los ojos arrasados de lágrimas esta escena desgarradora.

Anselmo *el Arrojado* habia pasado ya cerca de setenta y dos horas en esta mansion de dolor y de arrepentimiento; pero estas horas de agonía viólas deslizar sin proferir una queja ni dar el menor indicio de sufrimiento.

Aunque es costumbre servir á los reos cuanto apetezcan en aquellos aciagos instantes, fué muy escaso el alimento que á fuerza de ruegos y consoladoras palabras lograron hacer tomar al infortunado Anselmo los her-

manos de la *Paz y Caridad* y el digno confesor, que no le desamparaba un momento.

En medio de tan fúnebres aparatos, el espíritu del reo no desfallecia. Su rostro estaba pálido y descarnado; de sus cárdenos labios habia desaparecido enteramente la sonrisa, y una mirada vagarosa y sin objeto indicaba la impasibilidad de su corazon.

Habia hecho una confesion general, y aguardaba tranquilo y resignado su última hora.

. . . . . .

¡La última hora! La idea de que nadie puede evadirse de llegar al término fatal de su existencia, es verdaderamente aterradora, y á pesar del breve espacio que media de la cuna al sepulcro, nos abandonamos en este mundo á nuestras locas pasiones como si hubiese de ser eterna la vida, y llega nuestro frenesí hasta el estremo de crear ambiciones insaciables que conducen á los mortales por escabrosas vias de perdicion, sin que haya suerte, por halagüeña que en lontananza nos fascine, que al llegar á alcanzarla satisfaga nuestros deseos. El huérfano desvalido envidia la imponderable felicidad del que recibe las caricias paternales. «¡Oh!—dice candorosamente en su desamparo.—Si conociese yo á los autores de mi existencia, si hubiese en el mundo quien enjugase mis lágrimas con paternal cariño, cuán feliz seria á pesar de la miseria que me agobia! El dulce consuelo de llorar en los brazos de una madre ha de ser una felicidad suprema, capaz de hacer olvidar los mas crudos sufrimientos. Bien sabe Dios que no tengo en este mundo mas anhelo que el de abrazar un dia á los autores de mi existencia; y si este feliz momento apareciese, no trocaria mi destino con el mas dichoso mortal, porque la bendicion de mis padres colmaria mi ventura, y me haria mirar con desprecio los rigores de la indigencia.»

El mendigo maldice el síno que le trajo al mundo, en el cual está condenado á todo género de privaciones. Este infortunado se contentaria con el humilde abrigo de su escuálido

cuerpo y el preciso alimento que libertarle pudiese de los horrores del hambre. Una pobre choza que le cobijase en invierno, y un modesto trabajo que le produjese lo suficiente para no depender de la caridad ajena, parécele que colmarian su ambicion, y tiene por felices á cuantos viven en humilde medianía. ¡Cómo se engaña! El que vive de un trabajo honesto que le sujeta á las órdenes y mandatos de un superior, siente siempre el escozor de un natural deseo que le impele á proporcionarse la venturosa independencia, sin la cual no hay para él cumplida felicidad; y no obstante de que nada le falta para vivir tranquilo, se agita sin cesar, se atormenta y afana por adquirir la posicion que envidia en otros y que le parece la cima de la ventura. Concededle ese colmo de fortuna que apetece, hacedle dueño de su casa, dadle las comodidades é independencia que deseaba, y no tardará en codiciar mayores bienes. El lujo ajeno, los trenes de un rico vecino, los magníficos bailes con que obsequian otros á sus relacionados, despiertan en él cierto deseo de brillar en la sociedad, que fomentándose en sus crueles insomnios, conviértese al fin en necesidad imperiosa, que es preciso satisfacer para evitar un eterno suplicio. Sea en buen hora ese hombre el *niño mimado* de la fortuna. Colmadle de riquezas, decoradle de títulos, rodeadle de goces y de placeres..... ¿Creeis que habrá alcanzado su sosiego, su felicidad? ¡Delirio! Ese hombre es mil veces mas infeliz que el pobre huérfano que busca á sus padres y el desamparado pordiosero sin alimento, sin abrigo ni hogar, porque es condicion de la fragilidad humana no contentarse nunca con la propia suerte, y cuanto mas se enaltece el hombre, mas le ofusca su insensato orgullo, y agítanse las pasiones con tanta mayor violencia cuanto mas frenética es la ambicion que las produce.

Y si los resortes que toca el ambicioso para encumbrarse son, como generalmente sucede, de índole viciosa..... si el dolo, la dilapidacion y otros recursos, hijos de criminal inmoralidad, constituyen el zócalo de su grandeza..... ¡cuán digno es de compasion el magnate! ¿No veis esos oropeles que os deslum-

bran? ¿No le veis nadando al parecer en un mar de interminables deleites? Poned la mano en su corazon..... las pulsaciones que le agitan son hijas de atosigadores remordimientos.

Resulta pues que no hay en el mundo felicidad completa; pero hay sin embargo una tabla, única en medio del general naufragio, que conducirnos puede á puerto de seguridad.....

EL EJERCICIO DE LA VIRTUD.

Desgraciadamente no podemos decir que la virtud vaya siempre acompañada de la felicidad. Los infortunios del jornalero Anselmo y de su familia toda, los incesantes sinsabores de María, nos prueban que tambien es desgraciada la honradez; pero esta al menos lleva en la tranquilidad de su conciencia el benéfico bálsamo que dulcifica sus acerbos afanes.

El hombre que, olvidado del espacio brevísimo que le separa de SU ÚLTIMA HORA, suelta la rienda á desordenados apetitos, debe padecer inauditos tormentos al contemplar un cadalso ante sus ojos.

Cruel debe ser tambien para el inocente este horroroso espectáculo; pero cuando en él ve el término de sus desgracias, pura y tranquila su conciencia le da resignacion heróica que le hace olvidar á una sociedad ingrata, y ansiar la recompensa que Dios concede al justo.

. . . . . .

Anunciaron á Anselmo que debia hacer testamento.

—Nada poseo,—respondió con serenidad.

—Sí, hijo mio,—le dijo el confesor;—puede usted disponer de la tercera parte de la limosna que se está recogiendo para su alma.

—¿Y por qué no he de disponer de todo?—dijo inocentemente Anselmo.—Con esa suma podrian acaso mis hijos pasarlo sin necesidad de deshonrosos auxilios. La pobre ciega lo necesita seguramente mas que mi alma. Las almas no necesitan dinero.

—Pero es preciso para las misas que se dicen en su sufragio.

—Las misas..... es verdad..... cuestan dinero..... y este dinero engorda á los curas..... mientras se mueren tal vez de hambre los hijos de un ajusticiado. Perdone usted, padre; conozco que en estos momentos no me toca á mí entrometerme en semejantes laberintos. Yo hubiera querido dejar á la pobre ciega todo el producto de las limosnas..... No puede ser..... paciencia..... Es para los curas..... para que digan misas en sufragio de mi alma..... muy bien..... pues entonces dejo á mi pobre Luisa la tercera parte de mi limosna; pero antes de ir al cadalso, padre, necesito hablar con ella..... quiero verla..... quiero abrazarla por la última vez..... quiero que se quede en el mundo tan tranquila y resignada como yo voy á abandonarle para siempre. ¡Tengo tan poco que agradecer á este mundo infame!....

—No piense usted en él, hijo mio..... Dios le aguarda á usted en el cielo para recompensar los padecimientos de la vida.

. . . . . .

¡Con cuánta razon se quejaba Anselmo de no poder socorrer á su pobre familia con todo el fruto de las limosnas! *Es para misas..... es para engordar á los curas,* decia el infeliz, y su desventurada esposa, sus pobres hijos, además de llevar una mancha infamatoria en la frente, quedaban abandonados al desprecio y á la indigencia.

A tal estremo llega la obcecacion é injusticia de los hombres, que no contentos con establecer en el mundo execrables privilegios contrarios á la sana moral, llevan la osadía hasta el punto de querer hacer cómplice de ellos al mismo Redentor. ¡Insensatos! ¿Cómo no conoceis que vuestras pretenciones son sacrílegas? Dios, que es todo mansedumbre y generosidad, ¿habia de tender su mano salvadora al que falleció poderoso, porque pudo disponer de crecidas sumas en sufragio de su alma, y retirar su divina gracia al que muere pobre, porque los ministros del altar no rezan por su alma? ¿Creeis que así como en este mundo corrompido se gradúan el mérito y las virtùdes por las riquezas que se poseen, será Dios tan injusto como

vosotros, que se haga sordo á los gemidos de la pobreza? ¿Podeis llevar vuestra ceguedad hasta el delirio de figuraros que así como todo se alcanza en la tierra con el oro, pueda este metal fascinador proporcionar tambien la salvacion de las almas? Esto seria pretender que el Ser Supremo estuviese dotado de un corazon mezquino como el vuestro, albergue de ruines pasiones y de intenciones egoistas. El Divino Hacedor es todo bondad y misericordia, y la humildad y la pobreza son títulos honrosos para merecer su amor. ¿Y por qué no decís misas en sufragio de las almas de los pobres? ¿Porque no tienen con qué pagarlas? ¿Y por haber sufrido en este mundo los horrores de la indigencia, quereis que se prolongue la expiacion de sus culpas en el purgatorio, ó se hundan para siempre en el infierno? ¿Luego reservais tambien el cielo para los ricos? ¡Sacrilegio inaudito! ¡Horrible prevaricacion!

¿Y qué diremos de la espantosa orfandad en que dejan los tribunales á los hijos de un ajusticiado? ¿Qué senda les queda que andar en este mundo mas que la del crímen? ¿No les basta llorar eternamente un delito ajeno, y con el sello de la infamia en la frente clavar en el polvo la ruborizada vista al encontrarse con la mirada de otros, sino que se han de ver obligados, á pesar de su inocencia, á sufrir el castigo de las culpas de su padre? Sean en buen hora modelos de honradez y de virtud, ¿dejarán de ser para la sociedad los hijos de un ajusticiado? Y cuando á pesar de sus virtudes se miren desamparados, despreciados y hasta escupidos por sus semejantes, sin que nadie les proteja ni socorra, sin que se les confie trabajo, y sin que se les dé acaso una limosna con que saciar el hambre que les consume, ¿será maravilla que se dediquen al robo? Y cometido el primer delito, perdido ya el rubor y la vergüenza, ¿será estraño que se encarnicen como fieras contra una sociedad que tan injustamente les ha repudiado? Hé aquí otra de las consecuencias fatales de la pena de muerte.....

Pero ya que la ilustracion de los hombres no ha llegado á la conveniente altura para que se juzgue la abolicion de la

pena de muerte como la mas imperiosa y urgente de las reformas, establézcanse á lo menos asilos de beneficencia para el amparo de las familias de los ajusticiados. Toda vez que la ley les hace *huérfanos,* á la ley toca prodigarles *paternal* apoyo.

Volviendo á las limosnas y derechos del clero, dos son los puntos de vista bajo las cuales concebirse puede la existencia y situacion del clero en el Estado: el régimen del *derecho comun* y el de la *proteccion.*

Bajo el régimen del derecho comun, el clero no constituye una corporacion reconocida por la ley: sus individuos no se distinguen de los demás ciudadanos por prerogativa alguna, ni el Estado les proporciona templos, ni salario, quedando á la generosidad de los fieles el cuidado de atender á las necesidades del culto. En este caso, y solo en este caso, debiera serles permitido á los eclesiásticos implorar la caridad de los fieles para su manutencion, y aun exigir de ellos el pago de sus piadosos ejercicios. Entonces no estaria el clero sometido para con el Estado á ninguna obligacion, á ningun deber especial. Todo cuanto es permitido á los ciudadanos legos, debiera ser lícito á los eclesiásticos. Este es el sistema que rige en los Estados Unidos de América, y el que han preconizado Lamennais y Nachet [1].

[1] «Il ne faut pas que l'Église dans l'Etat... il faut encore moins que l'Etat soit dans l'Église... il ne faut pas davantage que l'Église soit comme une puissance qui se dresse rivale de l'Etat... Ce qu'il faut aux croyances, ce qu'il faut aux cultes qui les expriment, c'est la liberté du *droit commun*, avec la responsabilité devant la loi civile por tous les actes qui constituent une infraction à ses commandemens... Ramenée ainsi dans les limites d'une faculté naturelle garantie par la loi, et soumise, dans ses écarts, à l'pplication des lois, la religion cesse d'être un instrument de servitude dans les mains de l'Etat, ou une arme offensive dans les mains de l'Église... Voilà quelle est la véritable loi des rapports des cultes envers l'Etat... Mais, pour être en droit d'en réclamer le bénéfice, on doit la vouloir entiére, sans restriction, avec ses profits et ses charges... Agir autrement, ce ne serait pas faire effort pour rentrer dans le droit commun; ce serait constituer le privilége dans la liberté; attenter directement á l'égalité, organiser les moyens d'une domination plus odieuse que celle de l'Etat, et faire préparer le despotisme par les mains de la liberté.»—NACHET.

Pero como en España rige el sistema de *proteccion*, y pesa sobre los pueblos un crecido impuesto con el que se atiende á las necesidades del culto, manutencion y decoro de sus ministros, obligacion es de estos desempeñar sus sagradas funciones en obsequio de los fieles con justa igualdad, sin exigir otra remuneracion alguna, porque para ello tiene tambien el Estado obligacion de pagarles puntualmente sus haberes. Además de este pago, se les conceden ciertas prerogativas ó inmunidades, y se les imponen á la vez especiales deberes.

Elijan las naciones entre estos dos sistemas. El de *derecho comun* parece mas lógico, y sobre todo mas conveniente á los tiempos de religioso fervor. El de *proteccion* garantiza mejor la paz social, es el mas á propósito en estos tiempos de lamentable incredulidad, y es el que con efecto ha preferido el jefe de la Iglesia.

Hemos dicho que se puede elegir uno de estos dos régimenes; pero seria intolerable absurdo confundirlos. No faltaba mas sino que se permitiese al clero amalgamar sus privilegios con la independencia de los ciudadanos que no disfrutan de ellos. Las ventajas que tienen en corporacion, las prerogativas de que gozan individualmente, recibiendo sueldo del Erario y no estando sujetos al servicio militar y otras penalidades que afligen á los demás ciudadanos, no pueden en justicia hermanarse con su absoluta independencia ni con el ejercicio de un poder omnímodo. Esto seria retroceder á los fanáticos tiempos del despotismo teocrático.

Es una necesidad de la época, una exigencia de la actual ilustracion la separacion entera, absoluta, del órden civil y del órden religioso. Do quiera que la Iglesia haya llegado á erigirse en poder temporal, han estallado los mas estrepitosos abusos, los escándalos mas graves, los desórdenes mas inauditos. Hablen, si no, las devastadoras guerras de religion; hablen, si no, esas escenas de sangre con que los tribunales del SANTO OFICIO salpicaban las aras del Salvador. Nada de esto sucede en los estados en que se reconcentra el poder espiritual dentro

de sus límites. Esta es una verdad harto sabida, es una verdad popular, es una verdad de nuestros dias, en que se quiere que la religion sea acatada y sus ministros honrados y protegidos, en tanto que no se curen del gobierno de las cosas terrenales, ni aspiren á un mando que no les compete, ni ambicionen bienes perecederos, ni tesoros que contrastan con la humildad y pobreza que encarecian los apóstoles.

Desgraciadamente parece que existen aún en España malos sacerdotes, agentes del *Angel esterminador*, que aspiran á entronizarse para saciar su vengativa saña. Estos malévolos ven en el matrimonio de Isabel II con su *rey de comedia*, que con avilantez preconizan, el escabel de su ambicion. Bien saben ellos que este enlace haria correr nuevos rios de sangre española; bien saben ellos que se renovarian las espantosas escenas de muerte y desolacion que otra vez provocaron; pero esto no les detiene ni desalienta..... Su intencion es dominar el mundo á toda costa..... ¡Imbéciles!.... ya los pueblos conocen vuestra hipocresía [1].

. . . . . .

[1] Nadie nos aventaja en amor á la religion y respeto á los dignos ministros del altar; pero hace años que estamos convencidos de la mala índole de ciertos hipócritas, contra los cuales escribimos en otro tiempo los siguientes versos:

Á LOS MALOS SACERDOTES.

Sacerdotes, que so capa
de religion, todo en vos
crímenes son y solapa,
. . . . . .
nuestro capitan es Dios.

—

Fuera esos anacoretas
que contra el liberalismo
aguzan las bayonetas,
y visten toscas bayetas
para ocultar su egoismo.

—

Ellos con descaro audaz
y con sacrílegos labios,
fingiendo un celo eficaz

—Mi esposa..... mi esposa..... quiero ver á mi esposa,—repetia Anselmo.

Ni una sola lágrima humedecia los ojos de Anselmo; pero su calma era horrible..... era la tranquilidad de un estúpido. Anselmo llamaba á su esposa por instinto..... Su corazon era insensible..... Hay desgracias tan horrendas que agotan el sufrimiento.

—Hijo mio,—díjole el confesor con afectuosa dulzura,—reflexione usted bien el disgusto que va á ocasionar á su esposa la entrevista que usted desea. ¿No seria mejor que depositase usted en mí su confianza, y fuese yo quien manifestase á la infeliz la última voluntad de su marido?

—¡Oh! no, padre, no,—repuso Anselmo.—Quiero verla..... quiero darle el último adios.

—Siendo así, no debo replicar. Se pedirá el consentimiento al señor juez.

El confesor se aproximó á uno de los hermanos de la

invocan al Dios de paz
para fomentar agravios.

—

No mas sea el pestilente
tribunal donde se ha visto
incendiar al inocente,
y el incendio atroz, pendiente
de la cruz presidir Cristo!!!

—

Nunca al Ser Eterno plugo
esa caverna cruenta,
do el crímen su trono asienta,
do el oficio de verdugo
un vil religioso ostenta.

—

Do el sacerdote inhumano
mil delitos acumula;
y atroz puñal en su hermano
clava con la misma mano
que el sacro incensario undula.

—

Llámase *manso cordero*,
y á los escesos se lanza
por el criminal sendero

Paz y Caridad, hablóle por lo bajo, y desapareció el hermano.

Reconciliado con Dios y sinceramente arrepentido de sus culpas, oyó el desventurado Anselmo una misa con ejemplar devocion, y recibió los Santos Sacramentos, encomendándose particularmente á la inmaculada Vírgen.

Esto dió tiempo á la llegada de su esposa, á quien no se habia juzgado conveniente declarar el desastroso fin que aguardaba á su marido, por recelo de que tan infausta nueva la imposibilitase de satisfacer la voluntad del reo. Así es que,

del vicio y de la venganza
hecho un *lobo carnicero*.

—

Y levanta criminal
las manos que Dios maldijo,
y en su furor infernal
la una ostenta el Crucifijo,
la otra descarga el puñal.

—

Sacerdotes, que so capa
de religion, todo en vos
crímenes son y solapa,
. . . . . .
nuestro capitan es Dios.

—

Dios que adora la virtud,
Dios que hizo á todos hermanos,
Dios que odia la esclavitud
Dios que da por ataud
el infierno á los tiranos.

lejos Luisa de creer que iba á dar el último abrazo á su marido, recibió la noticia de que podia ir á visitarle, como precursora de su entera libertad. Rebosando de júbilo, atavióse con su mejor ropa, deseosa de parecer bien á su adorado Anselmo, como en los primeros y felices dias de su amor.

—Voy á abrazarle,—decia la fiel esposa con indefinible arrobamiento;—voy á abrazarle despues de tan larga y penosa ausencia. Dicen que hay placeres que matan..... ¡Oh! Eso es mentira, porque es imposible que nadie haya esperimentado gozo mas profundo y verdadero que el que en este momento embarga mis sentidos.... Es el colmo de las satisfacciones..... Embriagado el corazon de júbilo, palpita aceleradamente; pero esta calenturienta celeridad, esta inquietud febril..... no mata, no..... al contrario..... me hace olvidar todos mis infortunios y pesares..... es un bálsamo celestial que reanima mi espíritu, y propagándose de fibra en fibra, me rejuvenece y alienta, como á la flor que empieza á marchitarse le da nueva lozanía el riego bienhechor. Paréceme haber retrocedido á mis juveniles años..... Siento ahora la misma emocion que embriagaba entonces de gozo mi alma, cuando se aproximaba el momento de ver á mi adorado Anselmo. ¡Qué galan se presentaba á mi vista!.... Sudoroso á veces, y cubierto de polvo, venia á rendir á mis plantas los laureles adquiridos en las batallas. Esto me llenaba de orgullo, porque nada hay tan grato y halagüeño para una jóven, como merecer la predileccion de un indomable guerrero y ver *esclavo* de su amor al bizarro doncel que se proclama *libre*, al que lidia por la *libertad* de su país y ostenta en sus atezadas sienes el lauro inmarcesible de la victoria. Siento hervir en mi pecho todo el entusiasmo de aquellos felices dias. Voy á ver á mi Anselmo..... ¡á verle! ¡á verle despues de tan dolorosa y prolongada oscuridad!.... ¡Qué alegría será la suya al estrecharme contra su corazon! Cuando observe que he recobrado la vista, se va á volver loco de contento..... ¡Qué felices vamos á ser!.... porque..... no hay duda..... me permiten verle..... y dentro de breves dias le darán libertad..... Acaso me

llaman para que hoy mismo..... en este mismo instante me le lleve conmigo..... Ya se ve que sí..... Su inocencia debia al fin triunfar..... y ahora me devuelven á mi Anselmo para que nunca se separe de mi lado y del lado de sus hijos..... ¡Hijos de mis entrañas! vuestro júbilo será inmenso..... Yo me temo que vamos á perder todos el juicio en vista de tanta felicidad..... porque..... porque..... ¡Válgame Dios!.... no sé lo que me hago..... Hubiera querido ponerme muy elegante..... Quisiera parecer bien á mi granadero..... pero..... no debo entretenerme..... ¡Pobre Anselmo! Estará anhelando salir de la prision..... Corramos.

Lanzóse presurosa á la calle..... llegó á la capilla..... ¡Poder de Dios! La pobre mujer quedóse petrificada á la inesperada vista del fúnebre aparato que rodeaba á su marido.

A pesar de la ansiedad con que aguardaba el momento de abrazarle, permaneció un segundo inmóvil al fijar su vista en el demudado rostro de su marido.

Aquel hombre de aspecto horrible no era ya el bizarro Anselmo..... era el cadáver de un anciano moribundo.

En vez del naturalmente rizado, negro y lustroso cabello que adornó un dia la majestuosa frente del honrado jornalero, largos mechones de canoso pelo caian en desórden sobre el descarnado rostro de aquel desventurado, cuya vista azorada parecia desconocer á la mujer que le contemplaba atónita.

Vuelta en sí Luisa de su primera sorpresa, lanzó un ¡ay! lastimero, corrió hácia su marido, y estrechándole en sus brazos, prorumpió en prolongado y amargo lloro.

Luisa no podia articular una sola palabra: el dolor ahogaba su acento.

—¡Llora..... llora..... infeliz mujer!—murmuraba Anselmo clavando sus azorados ojos en Luisa.—Tu corazon es aún sensible á las desgracias de este mundo..... El mio está frio como la losa del sepulcro. Estréchale, Luisa mia, entre tus brazos. Yo..... ya ves..... no puedo abrazarte..... no me lo permiten estos pesados hierros que sujetan mis manos; pero puedo bendecirte..... Luisa..... esposa mia..... yo te bendigo.

—¡Anselmo de mi vida!—pudo por fin esclamar la virtuosa mujer.

Y al decir esto, enjugóse los ojos y miró afectuosamente á su marido.

—¿Qué es esto, querida mia? ¿No estás ya ciega?

—No, Anselmo, no. Y no solo he recobrado la vista, sino que puedo proporcionarte un porvenir dichoso, gracias á la generosidad de ciertas almas caritativas. Pero, amigo, el aspecto de este sitio me estremece..... el estado de tu salud me horroriza..... ¿Cuándo vendrás al seno de tu familia?

Durante este triste coloquio, el confeser y los hermanos de la *Paz y Caridad* se habian retirado á un estremo del aposento.

—¡Pobre Luisa!—murmuró Anselmo con espantosa frialdad.—Crees haber recobrado la vista, y estás mas ciega que nunca.

—El tono con que pronuncias tus misteriosas palabras..... la calma horrorosa que advierto en tus facciones hiela la sangre de mis venas.

—Sí..... estás mas ciega que nunca..... Lo veo por los adornos que te cubren..... lo conozco por tus mismas espresiones..... Luisa, es preciso desechar esos beneficios que dices te prodigan ciertas almas caritativas..... ¡Caritativas!.... ¡Hay en el mundo tan poca caridad! Luisa..... no creas nunca en la caridad de los hombres..... El egoismo es el único móvil de todas sus acciones..... Desconfia siempre de las apariencias, porque ya nadie hace bien á los demás si no le resulta alguna compensacion de su desprendimiento. Todo lo que parece generosidad es siempre especulacion..... A la conducta de mas bellas apariencias precede siempre el cálculo y el propio interés. Nada se hace por sentimientos de humanidad; y si por rara casualidad hay aún en el mundo corazones generosos, les es imposible ostentar beneficencia, porque la sociedad traduce por simpleza la virtud, y hace mofa del que la ejerce. Luisa, esas dádivas son deshonrosas..... A tu cuidado maternal encargo la

salvacion de María..... Han seducido su candor..... Aún puedes volverla á la senda de la virtud.

—¿Qué pronuncias, amigo mio? María no ha faltado nunca á sus deberes..... es digna como siempre de nuestro amor..... Las comodidades que en el dia nos rodean no tienen el menor orígen deshonroso. Tú te convencerás de ello, querido, cuando conozcas á nuestros bienhechores; tú les amarás como yo cuando vengas al seno de tu familia.

—¡Al seno de mi familia!.... ¡Desgraciada! ¿No sabes aún que no volveré ya á vuestro lado?

—¡Qué dices! Cada palabra tuya me llena de estupor.

—¿Ignoras adónde iré desde aquí?—preguntó Anselmo con aterradora impasibilidad.

—¿Adónde?—gritó Luisa con dolorosa impaciencia.

—Hoy mismo saldré de aquí..... para ir al patíbulo.

—¡Al patíbulo!!... ¡Ay!... no.... no....—gritó frenética Luisa.

Y cayó sin sentidos, como herida por una centella desgajada del firmamento.

Acudieron los hermanos de la *Paz y Caridad* y la sacaron exánime de aquella fúnebre estancia, sin que esta dolorosa escena, que en otro tiempo hubiera destrozado el alma del virtuoso jornalero, inmutase en lo mas mínimo su empedernido corazon. Solo se le oyó esclamar con estúpida indiferencia:

—¡Pobre mujer! ¡Todavía siente!.... ¡No ha apurado aún como yo la copa de la amargura!.... ¡No ha agotado aún el sufrimiento!....

En este momento presentóse el verdugo acompañado de los hermanos de la *Paz y Caridad* con hachas encendidas y una bandeja en que estaba la túnica y el birrete que llevan los reos al cadalso. Púsose el reo estos funerarios atavíos, y el ejecutor de la justicia, despues de haberle atado con la misma cuerda con que debia amarrarle al palo del patíbulo, postróse de rodillas ante el reo y le pidió conmovido un generoso perdon.

Imposible parece que haya hombres capaces de ejercer tan bárbara profesion. ¡Matar á sangre fria, cobarde é impunemente á sus semejantes! Esta infame degradacion, ejercida á nombre de las leyes, es acaso tan repugnante como los crímenes mas atroces de los reos.

Sonaron las once y media, y empuñando el sacerdote un crucifijo.....

—Vamos, hijo mio,—dijo al infeliz Anselmo.

—Vamos, padre,—contestó con entereza el reo.

Y salió de la capilla.

Al atravesar las galerías de la cárcel de Córte, asomóse Anselmo á una de las ventanas que dan al patio donde se reunen multitud de presos, y con voz firme les dijo:

—Adios, amigos; escarmentad en mi ejemplo, y rogad á Dios por el alma de este desventurado.

Hizo en seguida su última oracion ante el cuadro de una Vírgen que hay en el pórtico, y emprendió la triste marcha, respondiendo con serenidad y resignacion á las exhortaciones de los sacerdotes que le acompañaban.

Llegó la fúnebre comitiva á la plazuela de la Cebada, en donde estaba levantado el patíbulo, rodeado de un batallon de infantería de la Reina Gobernadora al mando del comandante don Juan Calvet.

¡Ya está por fin el reo junto al cadalso!.... Levanta con orgullo la cabeza, fija los ojos en el lugar donde iba á exhalar el último aliento, y sube por su pié la escalera fatal. Siéntase con serenidad en el terrible banquillo, y con voz sonora esclama:

—Ciudadanos: amad á vuestra patria, defended con denuedo su libertad, y ahora..... ¡perdon!.... ¡perdon!..,. y rogad á Dios por mi alma.

Suspendamos la conclusion de este horrible espectáculo para ver lo que pasa en casa de Anselmo desde que iba á salir de la cárcel con direccion al patíbulo.

CAPITULO II.

Luisa y Manuel.

Tan pronto como Luisa, al oir de la propia boca de su adorado Anselmo la inesperada nueva de que iba á perecer en público cadalso, cayó sin sentidos como si de repente hubiese tronchado un rayo el curso de sus dias, fué esmeradamente socorrida por los hermanos de la *Paz y Caridad;* y apenas volvió en sí, se la condujo á su casa y se confió al cuidado de sus hijos, que llenos de angustia contemplaban el lastimoso estado de su desventurada madre.

Cuando quedó sola con ellos, paseó la azorada vista en torno suyo, quiso hablar..... pero movió convulsivamente los labios sin poder articular una sola palabra, y cayó de nuevo en un profundo letargo.

Renunciemos á la pintura de aquel interesante grupo, porque hay sensaciones que no pueden describirse. La desesperacion de Rosa y Joaquin en aquel momento en que creian haber perdido para siempre á su cariñosa madre, era desgarradora. Su llanto no era estrepitoso, como suele serlo generalmente el de los niños. Veíase el dolor pintado en su rostro descolorido. El espanto teníales inmóviles; pero todos sus

miembros temblaban horrorosamente, y de sus hinchados ojos manaban copiosas lágrimas.

Este silencio duró pocos instantes, pues pasado el primer golpe, siempre aterrador en semejantes desventuras, la reflexion hízoles conocer el verdadero peligro de su madre, y entonces fué cuando al mudo espanto sucedieron los mas desgarradores lamentos.

En este apurado trance, solo Manuel, que por estar la imprenta cerrada á consecuencia de la efervescencia popular hallábase afortunadamente en casa, aunque con deseos de unirse á otros nacionales para seguir la suerte de los comprometidos, sin dejar de sentir el mismo grado de amargura que sus hermanos, conservaba una fortaleza de espíritu muy superior á la que de su tierna edad esperarse pudiera.

—¡Rosa! ¡Joaquin!—esclamó este adorable jóven:—no lloreis de ese modo..... esto no es mas que un desmayo..... Nuestra buena madre volverá pronto en sí..... y es preciso que no os vea llorar..... porque se afligiria tambien ella..... y lo echaríamos todo á perder. Abre esa ventana, Joaquin..... que pase libremente el aire. ¡Rosa!.... ¡pronto!.... empapa en vinagre la punta de este pañuelo.

Los dos niños obedecieron á su hermano mayor, y Manuel, despues de haber frotado las sienes de su madre con la parte húmeda del pañuelo, aproximóle á su nariz.

No quedaron defraudadas las esperanzas de Manuel, pues inmediatamente dió Luisa señales de vida. Abrió los ojos, y en voz apagada esclamó:

—¿Dónde estoy? ¿Sois vosotros, hijos mios? ¡Qué horrible pesadilla acaba de atormentarme! Hijos de mi alma, he soñado que me habian conducido á la prision de vuestro padre.

—Nó lo ha soñado usted, madre mia, no,—dijo sencillamente Manuel.—Ahora mismo viene usted de ver á mi padre, y estamos impacientes por saber de su salud.....

—¿Qué dices, hijo mio? ¿Es verdad que he estado yo en la prision de mi pobre Anselmo?

—Sí, madre mia..... ¿Y no le ha dicho á usted cuándo le pondrán en libertad?

—¿En libertad?.... ¡Dios mio, dame fortaleza!.... ¿Conque es cierto cuanto he presenciado? Sí..... sí..... lo es sin duda.....

—Madre..... ¿qué significan esas misteriosas palabras? ¿No responde usted á mi anterior pregunta? ¿Cuándo pondrán en libertad á mi padre? ¿Cuándo saldrá de su calabozo?

—Manuel..... tú eres hombre..... tú no te desmayarás como yo, miserable y débil mujer..... He de satisfacer tu curiosidad con las mismas palabras con que tu padre ha desgarrado mi corazon. «Voy á salir hoy mismo de aquí.....» me ha dicho.

—¿Hoy mismo quedará mi padre libre?—esclamó Manuel con alegría interrumpiendo á su madre.—Dice usted bien, madre mia; hay satisfacciones tan grandes, que desgarran el corazon como un pesar.

—No, hijo mio, no..... Las satisfacciones no son para nosotros. Prepárate á oir el mas atroz infortunio que pudiera deparanos el destino. Hijos de mi vida, abrazadme los tres, y perdonadme el disgusto que voy á daros.

—Esas palabras..... el tono con que usted las pronuncia..... las lágrimas que veo deslizarse por sus mejillas, me hacen estremecer.....

—Es verdad.....—esclamó Luisa recogiendo con las yemas de los dedos las lágrimas que vertia.—No se ha agotado aún mi llanto; pero este llanto es estéril..... Tú, que eres hombre, Manuel, no debes llorar como tu pobre madre..... pero..... Manuel, mírame ahora..... mis ojos están ya secos..... ten valor, como le tengo yo en este instante..... Sé digno hijo de tu padre..... No son lágrimas lo que necesitamos, sino resolucion.

—Hable usted.

—Pues bien,—añadió Luisa en tono solemne,—escucha las terribles palabras de tu padre: «Voy á salir de aquí..... para subir al cadalso.»

—¡Al cadalso!—gritaron aterradas aquellas inocentes criaturas.

Y Rosa y Joaquin prorumpieron en desesperado lloro.

—¡Al cadalso!—repitió Manuel.

Y quedóse como petrificado, sumido en profundas meditaciones por algunos momentos.

Luisa, con los ojos desencajados y las pupilas clavadas en Manuel, contemplábale entre tanto con cierta sonrisa indefinible que contrastaba con el dolor de su pecho lacerado. Tenia la boca cerrada, y oíanse rechinar sus dientes.

De repente alzó Manuel la cabeza, y esclamó con fogosa conviccion:

—No..... no, madre mia..... no morirá. Yo sabré salvarle..... y si no hay quien me siga..... me lanzaré solo contra sus asesinos..... y..... pereceré á su lado.

—¡Bien, hijo mio, bien!....—esclamó Luisa abrazando á su hijo.

Y luego, poniéndole el tahalí, añadió:

—No pierdas tiempo, hijo querido..... Acuérdate de que los verdugos que quieren matar á tu padre se holgaron en el asesinato de tu hermano..... y mañana clavarán su homicida puñal en nuestros pechos..... porque esos mónstruos quieren el esterminio de los pobres. Y si no..... mira que rara vez se castiga á los ricos, aunque sean culpables, mientras á los pobres se les persigue en su inocencia. Tu padre, con ser todo bondad, decia siempre: «Las cosas de España no se arreglarán nunca como no vayan al palo media docena de ministros.» Tu padre tenia razon..... ahora lo conozco..... ahora que veo que quieren asesinar á mi esposo..... al hombre mas honrado del mundo..... ¡Verdugos! deteneos..... Corre, vuela, hijo mio..... quieren matar á tu padre..... ¿lo oyes? ¡Oh!.... si yo misma pudiese defenderle..... Vamos, Manuel, vamos..... Tambien quiero yo verter la sangre de los perversos.

Los ademanes de Luisa semejábanse á los de una furiosa. La espresion de su lívido semblante era aterradora. Su larga

cabellera fluctuaba en desórden por su pecho y sus espaldas. La mujer mas angelical del mundo habíase convertido en iracunda hiena.

—¡Vamos!....—gritaba con frenético rencor.—Manuel, Manuel..... corramos..... iban á llevarle al patíbulo..... si nos detenemos un momento, será tarde tal vez..... ¡Quién sabe si el verdugo ha cometido ya el asesinato!.... Este recelo me martiriza..... ¡Ay!.... Manuel..... Manuel..... yo me ahogo..... asesinos..... de..... te..... neos.....

A estas palabras, cayó Luisa en el suelo acometida de una horrible convulsion nerviosa.

Asustados Rosa y Joaquin empezaron á gritar desaforadamente. A los pocos instantes llenóse de vecinos la habitacion de Anselmo, atraidos por las voces que habia dado anteriormente la desesperada Luisa y los gritos de espanto que daban Rosa y Joaquin al ver á su buena madre revolcarse por el suelo con estremecimientos horrorosos.

TAYLOR INST. OXFORD

No sin gran dificultad pudieron por fin entre una multitud de hombres forzudos sujetar á la desventurada Luisa, que arrojando espumarajos por la boca, dominada por una fiebre abrasadora, esclamaba en su delirio:

—¿No veis ese charco horrible?.... Es de sangre..... sangre del hombre mas honrado....., y ese hombre..... era mi esposo..... ¡Manuel! ¡Manuel!.... tu padre pide venganza..... Yo tambien tengo sed de sangre.

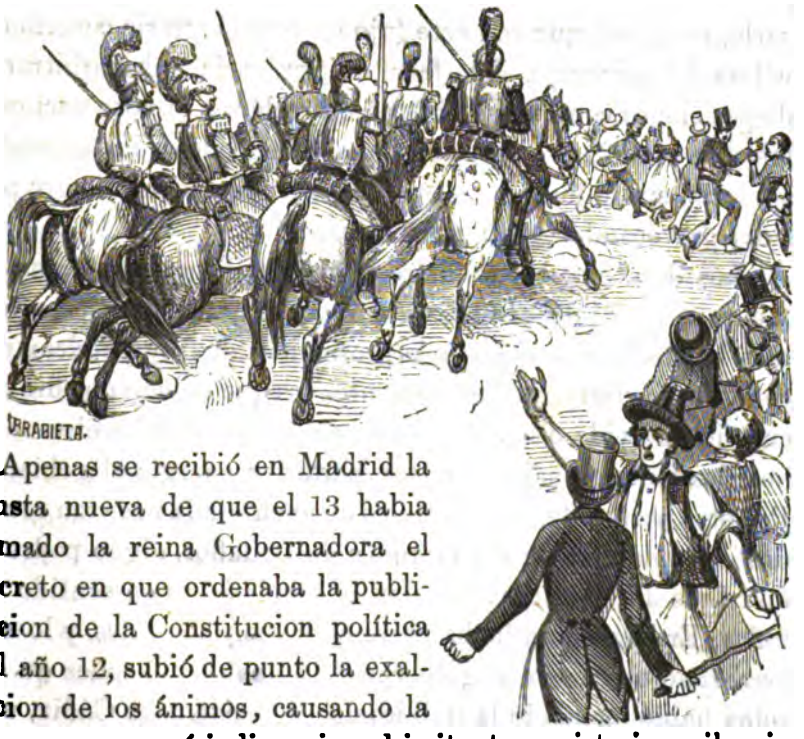
Estas horribles palabras hicieron una impresion profunda en el corazon de Manuel, y como si le asaltase de improviso el temor de no llegar á tiempo para salvar á su padre, esclamó:

—Cuidad de mi querida madre, buenas gentes..... Yo no puedo detenerme un momento..... Mi padre me llama desde el patíbulo..... ¡Madre mia!.... ¡adios!.... Voy á obedecerte.

Besó la frente de su madre, y con el sable en mano lanzóse á la calle, rebosando la rabia y desesperacion de un tigre herido.

CAPITULO III.

La virtud en el patíbulo.



Apenas se recibió en Madrid la fausta nueva de que el 13 habia firmado la reina Gobernadora el decreto en que ordenaba la publicacion de la Constitucion política del año 12, subió de punto la exaltacion de los ánimos, causando la mayor sorpresa ó indignacion el irritante y misterioso silencio de las autoridades.

Tan inconcebible conducta, que solo servia para aumentar la angustiosa espectativa y natural zozobra de los liberales, y originar lamentables desgracias, agotó la paciencia de los beneméritos individuos de la disuelta Guardia nacional; y no obstante de haber sido anteriormente desarmada, proporcionáronse armas muchos de ellos y se dispusieron á hacer frente á la criminal obstinacion de los ministros y del capitan general Quesada.

Era el 14 de agosto, y desde el amanecer divagaba por las calles un gentío inmenso, habiendo llegado á hacerse temibles los grupos que se apiñaron en la Puerta del Sol; pero el gobierno, en lugar de ceder ante la soberana voluntad del pueblo y de la reina, llevó su avilantez hasta el estremo de hacer alarde de una fuerza que no tenia, y en vez de mandar suspender la ejecucion del infortunado Anselmo, ordenó apresurarla, creyendo que con este lujo de teson lograria contener la cólera del paisanaje. Esta falta de prudencia, y las arbitrarias disposiciones con que se obstinó en rechazar el voto nacional, lejos de producir el resultado que en su obcecada terquedad apetecia, sirvió únicamente para que se derramase sangre preciosa provocando venganzas y desafueros.

Los desatentados ministros eran el vil juguete, el instrumento infernal del *Angel esterminador*. Esta homicida asamblea hallábase reunida bajo la presidencia de fray Patricio, que conociendo eran aquellos momentos los que debian decidir una cuestion de vida ó muerte, ponia en juego todos los elementos hostiles de que podia disponer para dar energía al gobierno. Por otra parte, algunos liberales de aventajada posicion reunidos en la habitacion del marqués de Bellaflor, digno padre de don Luis de Mendoza, dirigian el movimiento en sentido popular. Era pues una lucha entre carlistas y liberales, y lo mas escandaloso era ver al gobierno de Isabel II, despues que su reina habia mandado la publicacion del código de Cádiz, permanecer al frente de los enemigos de la libertad, rebelado contra las órdenes emanadas del trono.

En medio de la general efervescencia que reinaba entre los inmensos grupos de la Puerta del Sol, un jóven osado, rubio como el oro, cuyas encendidas mejillas veíanse apenas sombreadas por el bozo de la mas tierna juventud, despreciando la pena de muerte establecida contra los que profiriesen voces alarmantes, dió con denuedo y energía el grito salvador de ¡VIVA LA CONSTITUCION! Esta voz sonora que acababa de exhalar el corazon demócrata del hijo de Anselmo *el Arrojado*, fué repetida con ardiente entusiasmo por todos los concurrentes.

El piquete de la casa de Correos era de la Guardia real de infantería, y estaba reforzado por otro piquete de coraceros.

A los gritos del pueblo avanzó espada en mano el oficial con parte de su tropa; pero los grupos permanecieron firmes, y encarándose Manuel con el oficial, manifestóle con entereza que era singular su conducta contra los que victoreaban el código que acababa de jurar la reina.

A esta y otras reflexiones del pueblo acató el oficial su voluntad, y envainando el acero, mostrábase inofensivo, cuando apareció de repente el general Quesada con su escolta, y acuchilló como un frenético á la multitud, repartiendo sablazos de plano que acrecentaron la indignacion de los grupos.

La resistencia con que sufrieron estos el brusco ataque, y un tiro que se le disparó muy de cerca, sin acertarle, hiciéronle ver que su vida peligraba, y tuvo á bien replegarse sobre la casa de Correos, desde cuyo punto mandó destacar fuerzas imponentes de todas armas para disipar la multitud, y cubrir con cañones todas las avenidas de la Puerta del Sol.

. . . . . .

No es nuestro ánimo revolver las cenizas de un desgraciado para censurar la imprudente conducta de los que yacen en el sepulcro. Respetamos el sagrado asilo de sus manes, y maldecimos la mano asesina que les hundió en el polvo. Nuestra voz enérgica, como órgano de mas noble y generosa mision, no

resonará nunca vengativa por las bóvedas sepulcrales, ni perturbará el sagrado sosiego de una tumba.

A vosotros, militares de alta graduacion, á los que vivís ejerciendo el poder, á los que pretendeis orgullosos entronizar el imperio de vuestro sable sobre las aras de la ley, á vosotros dirigimos sin rebozo el libre acento de un corazon que execra vuestra altivez, que desprecia vuestras locas amenazas.

Desgraciadamente todos los partidos que han alcanzado hasta ahora el poder, han cometido espantosas arbitrariedades; desgraciadamente hemos visto siempre generales imprudentes, cuyos gloriosos actos de valor en las batallas de nadie son conocidos, hacer alarde de su denuedo contra indefensos grupos del pacífico paisanaje.

En todos tiempos hemos levantado nuestra voz contra los escesos de la autoridad militar; y cuando en noviembre de 1842 dieron márgen á los gravísimos acontecimientos de Barcelona [1], fuimos los primeros en anatematizar la despótica conducta de sus opresores.

[1] El gobierno y solamente el gobierno fué el criminal causante de los graves acontecimientos de Barcelona. Así se desprendia de todos los antecedentes, de todas las noticias y hasta de los mismos partes de aquellas autoridades, y así lo comprendieron los diputados de la nacion si atendemos á los enérgicos y gravísimos cargos que en la sesion del lunes 21 dirigieron á los ministros cuantos hicieron uso de la palabra, cualquiera que haya sido el sentido en que la hayan pedido.

Ocupó el Sr. Rodil la tribuna, y en medio de generales risotadas deletreó torpemente los partes que habia recibido hasta entonces del capitan general del Principado, por los que se venia á declarar que la posicion del Sr. Van-Halen era insostenible, porque alentados con el triunfo los sublevados, eran absolutos dueños de la ciudad y de los pueblos comarcanos. El presidente del gabinete añadió que á las dos de la tarde del 21 saldria de la córte el duque de la Victoria á *fin de castigar á los revolucionarios*.

Presentóse en consecuencia á la mesa una proposicion á fin de que se enviase un mensaje al gobierno, ofreciéndole su cooperacion para restablecer la tranquilidad alterada.

Muchos diputados pidieron la palabra en pro y en contra de la proposicion; pero tan solo la usaron seis, y todos ellos dirigieron severísimas acusaciones al gobierno.

La generosidad suele ser siempre compañera inseparable del verdadero valor, dijimos entonces y repetiremos siempre. El hombre valiente se arroja denodado al peligro, combate con bizarría mientras ve armado y vigoroso en la liza á su contra-

El Sr. Prim fué el primero que atribuyó aquel movimiento á las provocaciones del gabinete. Copiaremos algunas de sus palabras. «Es preciso, dijo, que sepamos sobre quién debe recaer la responsabilidad, y por ello yo suplicaré á los señores diputados que suspendan el juicio sobre los sucesos de la capital de Cataluña, porque creo que la culpa toda tiénela el gobierno, que está hacinando materiales en ella para que á la menor chispa estallen, porque se ha propuesto subyugarla y ponerla encima la mano de hierro, como se hizo en otro tiempo. Repito, señores, que la culpa toda es del gobierno, que no tiene prestigio, que no tiene fuerza moral, y todos sabemos muy bien que á los pueblos no se los debe gobernar con las bayonetas, sino con el prestigio de las autoridades. Al pueblo catalan se le manda con la ley, pero jamás tratándolo como esclavo, y esto último es lo que se quiere.»

Su señoría justifica sus asertos con multitud de hechos y razones incontestables.

El señor conde de las Navas dijo entre otras cosas: «Yo no hubiera tomado la palabra, á no ser por la adicion que el señor ministro de la Guerra ha hecho á los partes de que ha dado cuenta al Congreso. Despues de su lectura añadió: *Deseando el regente del reino que se conserve pura la Constitucion, va á salir para Cataluña, y á hacer entrar á los revolucionarios en el órden.* Estas son sus palabras, las he apuntado, y de estas palabras es de donde ha deducido el Sr. Prim que la cuestion se prejuzgaba. *A hacer entrar á los revolucionarios en el órden.* ¿Y quiénes son esos revolucionarios? Yo no los conozco. El Sr. Prim ha dicho que el gobierno tiene la culpa de todo, Y ESO SÍ LO CONOZCO YO.»

. . . . . .

«Pero sigamos al jefe político con su fuerza armada. Llega á la casa de uno á quien se habia designado con el nombre de *republicano*, de uno de ese partido á quien no se quiere dejar discutir sus doctrinas, porque no se quiere que esa juventud de corazon ardiente marche á la regeneracion que se propone, y se la quiere precipitar: esto es lo que se quiere. ¡Que se encontraron armas! Si esos jóvenes son nacionales, ¿no habian de tener armas? ¡Que encontraron una carabina!... La carabina de Ambrosio seria acaso la que encontraron. Ya dije que estaba con el Sr. Prim, y esto basta para que convenga en que el gobierno tiene la culpa de todo.

El Sr. MATA: «Yo no puedo decir exactamente lo que ha pasado, pues necesito para hacerlo noticias que espero; mas si queremos referirnos á los accidentes de que se nos ha dado cuenta, pudiéramos decir que ha sido alguna provocacion de parte de la autoridad, teniendo en cuenta que se nos habla de cargas de caballería; esto es un ultraje al pueblo de Barcelona, pacífico por carácter y por

rio; pero una vez ciñe sus gloriosas sienes el lauro inmarcesible de la victoria, queda su ambicion satisfecha, y se huelga en completar su heroismo prodigando á los vencidos todo linaje de consideraciones; y aquel que de mayor arrojo hiciera alar-

las particulares circunstancias de su aplicacion y civilizacion; y no queda duda de que ha tenido gravísimos motivos para que la mayor parte de sus habitantes se lancen á tal contienda.»

«No me detendré á probar lo que ha manifestado el Sr. Prim, y que algunos creerán exagerado; pero sí observaré que nadie escede á los catalanes en amor á la Constitucion, al trono constitucional, como con repetidas pruebas lo han demostrado. Me limitaré á manifestar que las instituciones están amenazadas, y que hace mucho tiempo que el gobierno busca un apoyo sin saber dónde encontrarle. Constaba ya que el dia 14 debia haber aquí un movimiento: tambien se dijo que en Zaragoza lo hubo ese dia. ¿Y quién sabe si la desgraciada Cataluña ha sido la única á quien han comprometido? Se dice que se quieren aprovechar los barullos. ¿Y quién sabe cuál será el móvil de ellos? Sabidas son las cuestiones que están para agitarse, entre ellas las de algodones, en que tan singularmente se interesa Cataluña. ¿Y quién sabe si pretenderá inutilizarse ahora á aquella provincia, haciendo de modo que no pueda tomar en ella la parte necesaria? ¿Y qué interés y de qué modo podria tenerlo en este asunto la nacion vecina? Suelto estas observaciones para que individuos mas entendidos que yo las aprovechen. Creo haber manifestado que no hay necesidad ni es tiempo oportuno de que el Congreso apruebe la proposicion que se discute.»

El Sr. MENDEZ VIGO (Don Pedro): «Señores, he propuesto al señor presidente, y ha tenido la dignacion de acordarlo, que se lea el último párrafo de la interpelacion que yo hice al gobierno en el año de 1840, en medio de un Congreso que V. SS. recordarán muy bien, de retrógrados, que se llamaban así. *(Se leyó.)*»

«En medio de aquel Congreso, que era como he dicho, dije lo que corresponde á un hombre que quiere todo para el pueblo y por el pueblo, es decir, republicano.»

«Pero consiguiente á la proposicion del Sr. Serrano, veo que al momento se llama la atencion, porque el trono está en peligro, porque las leyes no son respetadas; y nadie se acuerda de defender á aquel pueblo que se halla en ese compromiso, acaso sin culpa suya. Señores, es muy séria la situacion en que nos encontramos; yo veo este negocio de una manera mas grave que lo que aparece á primera vista. Las autoridades han faltado allí, y han conducido la situacion en que se encuentra aquel general con respecto á un pueblo de 150.000 almas, y no un pueblo salvaje, sino el pueblo mas civilizado de España. Y con un pueblo civilizado, con un pueblo á quien se pone en necesidad de hacer lo que el de Barcelona, ¿se toma una actitud guerrera? Yo desapruebo la conducta de ese general: la situacion es muy séria; aquel es un pueblo muy respetable, y antes de que

de en la refriega, es el que mas justamente merece y obtiene un lugar distinguido en el aprecio de todo vencedor animado de sentimientos nobles y caballerosos. Hé aquí la generosidad de que hizo alarde el heróico pueblo barcelonés en pos de un triunfo hermoso, al lanzar de su seno á los criminales tiranos que hollando las leyes intentaron esclavizarle.

nada sucediese se hubieran podido evitar todos esos desórdenes, si antes no se hubiera faltado á la ley, si antes no se hubiera puesto presos á ciudadanos en su casa ó en su imprenta, donde se les atacó. Otras imprentas podian atacarse tambien, sin embargo de que yo reprobaré siempre eso; pero precisamente habia de hacerse en contra de esos hombres, que no pueden menos de considerarse como las atalayas del partido progresista, porque son los que han estado siempre en los peligros batiéndose con los carlistas, con los retrógrados y con toda clase de enemigos de la libertad; hombres que lo quieren todo por el pueblo y para el pueblo, y que siempre han sido leales á la causa de la libertad. ¿Por qué ha de haber esta prevencion contra esos hombres?»

«Señores, yo, vuelvo á repetir, daré mi voto para que se concedan al gobierno todos los auxilios necesarios, pero siempre que tenga la circunspeccion conveniente en este negocio, porque no se trata de ir á batir á un pueblo salvaje, sino al primer pueblo de España, al mas civilizado, á un pueblo industrioso y recomendable. ¿Será posible que se le vaya á buscar en actitud de guerra, y que el general diga que tiene esa actitud con respecto al pueblo? Yo, señores, soy severísimo y lo he sido siempre, y en donde yo mando, solo sobre mi cadáver se cometen desórdenes; pero nunca se han cometido, porque he tenido vigilancia y prevision suficiente para evitarlos, y he tenido situaciones muy difíciles, que acaso pocos hombres hayan tenido; pero los hombres que representan el gobierno, y el gobierno mismo, deben prevenir estas situaciones, y si no, no es gobierno. Así pues, sin que este negocio se mire con toda detencion, yo nunca estaré de acuerdo con que se quiera dar fuerza al gobierno de una manera ciega, porque al momento se trae á relucir las leyes y el trono; pero la situacion del pueblo no se ve nunca, y cuando las leyes se infringen contra el pueblo no se reclama su observancia, y eso no lo debo yo permitir. Yo tengo mis derechos como ciudadano y como español, y como diputado tengo un deber de decir aquí lo que me parece justo. Yo recomiendo muy particularmente que se mire con la atencion que corresponde esa situacion, que es terrible, porque no es un pueblo cualquiera seducido el que ha tomado esa actitud; y cuando la ha tomado, ha debido tener grandes motivos para ello. No son doscientos republicanos los que han movido á ese pueblo; otras razones debe haber sin duda; y si han sido doscientos republicanos, dejo al Congreso el considerar la fuerza que hay en ellos cuando han podido llevar así ese pueblo, como llevarian acaso el resto de la nacion.»—

En una palabra, no habló un solo diputado que no se manifestase contrario al ministerio.

Pero así como estos sentimientos sublimes acompañan siempre al heroismo, los cobardes son en todos tiempos amigos de la tiranía, son en todos tiempos rencorosos, en todos tiempos vengativos é ingratos. En su ruin corazon no cabe la generosidad, porque está ya lleno de perfidia y encono; encono reconcentrado que jamás se estingue, pero que solo estalla á traicion contra sus adversarios cuando los ven rendidos, bien sea á la imperiosa fuerza de las circunstancias, bien sea al halago de fementidas promesas, ó bajo el inmenso peso de aglomerados é irresistibles elementos despues de haber luchado con bravura. Entonces son valientes los tiranos. Dueños de la fuerza bruta, la emplean iracundos contra ciudadanos inermes; y así como el feroz gavilan se ceba en la cándida paloma, sacian los cobardes su sed de estragos y de venganzas con la sangre del rendido.

La España, la Europa entera vió con escándalo y asombro las inauditas violencias con que el gobierno provocó los lamentables sucesos de Barcelona. Con escándalo y asombro vió la Europa esos encarcelamientos despóticos, esas sangrientas cargas de caballería, esos saqueos y metrallas horrorosas con que los viles instrumentos de la tiranía quisieron avasallar á un vecindario de ciento cincuenta mil almas, al segundo de España, el mas laborioso y rico. Y cuando el mismo regente dijo á la faz del mundo en su mas solenme juramento, que en cuanto mandare contrario á las leyes no debia ser obedecido, ¿debia la gran Barcelona permitir que unos generales imprudentes, no solo se hiciesen superiores con mandatos arbitrarios á la Constitucion vigente, sino que, rasgándola hoja por hoja, entronizasen en su lugar el imperio de las bayonetas? Lo he dicho ya y lo repetiré otra y mil veces: Barcelona estuvo en su derecho al repeler la fuerza con la fuerza; Barcelona no se sublevó contra la Constitucion, contra los tiranos que la hollaban sí. Todo aquel vecindario en masa se levantó como un gigante, y de una majestuosa sacudida lanzó de sus muros al feroz despotismo como á la débil agramiza el viento bramador. Despues

de un horrible bombardeo que escandalizó á la Europa, fué Barcelona bárbaramente saqueada [1].

¡Pueblos! ¿no os estremece la bárbara conducta de los déspotas? La Constitucion prohibe toda exaccion que no esté votada por las Córtes. ¡Y esos hombres que se llaman constitucionales hacen uso de las bayonetas para saquear al pueblo el fruto de sus sudores! Con estos actos de horror y arbitrariedad, no solo convierten en verdugos del pueblo á los beneméritos soldados de la patria, no solo se sirven de los héroes del ejército para trocarlos en serviles instrumentos de la mas degradante tiranía, sino que á esa fuerza armada que paga la

[1] Los siguientes partes oficiales justifican nuestro aserto:

Ejército de Cataluña.—Excmo. Sr.—Viendo ineficaces las contemplaciones y plazos concedidos para la recaudacion de las cantidades impuestas al comercio, industria y propiedad de esta capital, y muy particularmente á la última, me veo, con grande repugnancia, en la precision de adoptar medidas capaces de producir el cumplimiento de las órdenes del gobierno.—A este efecto pasaré á manos de V. E. el dia de mañana y subsiguientes, listas nominales comprensivas de los nombres de los morosos, contra quienes espedirá V. E. el apremio militar correspondiente, destinando á la casa de cada uno la fuerza de un cabo y cinco hombres que se alojarán en ella, devengando los auxilios de ordenanza, y á mas diez y seis reales el cabo y doce los soldados el primer dia, el duplo el segundo, triplicado el tercero, y así sucesivamente.—Este apremio subsistirá en los mismos términos, hasta que por el dueño de la casa ó inquilino se presente al sargento mayor de la plaza, recibo en forma espedido por el Ayuntamiento ó Junta de comercio que acredite estar solvente del cupo que le haya tocado, cuyo documento confrontará dicho mayor con las listas que diariamente publiquen ambas corporaciones.—Cada uno de los destacamentos será conducido á la respectiva casa por un ayudante de plaza, con una papeleta firmada por el sargento mayor, que esprese el contenido de esta órden.—Si trascurriesen los cinco primeros dias de apremio sin que se hubiese verificado el pago, sin levantarse aquel me dará V. E. parte para en su vista tomar nuevas providencias. Dios guarde á vuecencia muchos años. Barcelona 15 de enero de 1843.—*Antonio Seoane.*—Excelentísimo señor general gobernador de esta plaza.

De esta órden se ha dado traslado en el mismo dia al excelentísimo Ayuntamiento y Junta de comercio de esta capital para su conocimiento, y puede que desde el lunes 15 del presente mes remita al excelentísimo señor capitan general listas sucesivas que comprendan los nombres de los que hasta la fecha en que se formen no hayan satisfecho el cupo que les ha correspondido, empezando por los mayores contribuyentes.—El general jefe de E. M. G., *Domingo de Aristizabal.*

nacion para que defienda su libertad, y proteja los derechos y seguridad de todos los ciudadanos, y que hermanada con la Milicia nacional contenga y castigue los escesos de la ambicion y las maldades de los opresores; á esa fuerza armada, repetimos, que tantos dias de gloria ha dado al pueblo, su único soberano, se la envilece haciendo que sus gloriosas bayonetas se agucen contra la inocencia y perpetren actos de ignominia y degradacion, prestando ciega obediencia á los mandatos de insolentes dictadores.

Y estos abusos, estos atentados se cometen y han cometido en todos tiempos y por los militares de todos los partidos [1].

[1] El atentado recientemente cometido en la persona del juez de primera instancia de Pamplona, prueba hasta la evidencia que las autoridades militares se creen superiores á todo, y lo son en efecto, cuando la ineptitud del gobierno consiente sus desmanes, sus escandalosos abusos. Hé aquí una manifestacion de la misma víctima, que se ha publicado en varios periódicos de esta córte:

«Señores redactores de *El Tiempo*.—Muy señores mios: Por si ustedes tuviesen á bien dar cabida en su apreciable periódico al atentado sin igual que acaba de cometerse en mi persona y funciones por el capitan general de Pamplona, me voy á tomar la libertad de referirlo con todas sus circunstancias. Hallábame yo de juez de primera instancia de aquella capital, y á mi noticia llegó extrajudicialmente y como cosa pública que el capitan general habia procedido á la prision de algunos individuos de la clase de paisanos, vecinos de ella, y otros militares de la guarnicion, á consecuencia, segun se decia, de cierto plan de conspiracion y pronunciamento contra el Estado, y que sobre ello estaba instruyendo causa criminal. Estas voces fueron cundiendo cada vez mas, en términos que ya ese hecho llegó á hacerse notorio; y en tal estado, consultando á la ley de 17 de abril de 1821 y la respetable opinion de sus comentadores en el *Boletin de jurisprudencia y legislacion*, no dudé un momento en persuadirme que el conocimiento de la tal causa tocaba esclusivamente á la jurisdiccion real ordinaria que en primera instancia me estaba encomendada, máxime cuando la capital subsistia en su estado normal, pues no se la habia declarado en el de escepcion.»

«Bajo tal convencimiento me puse tambien en el de que mi estrecho deber en defensa de la jurisdiccion ordinaria exigia formarle la oportuna competencia, y al efecto alcé el dia 19 del corriente auto sobre ello y le dirigí un atento oficio, reducido á decirle que extraoficialmente y como una cosa pública habia llegado á entender que por su autoridad se estaba procediendo á la instruccion de causa criminal por aquella clase de crímen; y como si así era, por su naturaleza y segun la ley de 17 de abril de 1821, tocaba esclusivamente su conocimiento á la jurisdiccion real ordinaria, habia acordado oficiarle, cual lo hacia, á fin de que,

Un capitan general está ejerciendo mando actualmente, que pretende ser acatado y venerado como la Divinidad, llevando su ESTUPIDEZ Y COBARDÍA hasta el estremo de abofetear á cuantos cometen el enorme crímen de no saludarle con el sombrero en la mano. Su escelencia quisiera sin duda que el pueblo español se postrase de hinojos y lamiese los piés de sus

y bajo tal hipótesis, se sirviera inhibirse de él y me remitiese lo obrado con el reo ó reos que resultasen; ó en otro caso, me manifestase las razones y fundamentos que tuviese para creerse competente, omitiendo todo procedimiento ínterin se orillaba la competencia, que desde entonces le anunciaba, y que á la vez tuviese á bien acompañarme testimonio de la criminalidad que en la causa resultaba para mi mayor acierto en el asunto, que era lo que deseaba, y poder tal vez ceder á sus razonamientos.»

«Esta comunicacion se la pasé á las ocho de la tarde, elevando tambien parte de ella con testimonio á la audiencia territorial; y en vez de la contestacion que debiera haberme dado accediendo ó negándose á la inhibicion, conforme lo previene la instruccion restablecida en 1836 sobre el modo y órden de entablar y dirimir las competencias, sin duda se ocupó en fraguar el de ejecutar conmigo la mayor de las tropelías y el atentado mas enorme que hasta nuestros tiempos se ha cometido con un funcionario público de mi clase.»

«A la una de aquella noche fué bruscamente allanada mi casa habitacion, sin siquiera pasárseme recado atento, por el comisario de proteccion y seguridad pública, acompañado de alguna fuerza armada de la Guardia Civil, y previniéndome que de órden del jefe político me presentase inmediatamente con él á disposicion del capitan general. Esta inesperada determinacion, tanto en su esencia como en el modo, hizo que entrase en contestaciones con aquel sobre sus causales, y en el acto se presentaron otros dos emisarios, oficiales del gobierno político, reformando la intimacion en términos de que compareciese ante su jefe, de órden del capitan general. Les rogué que al menos se me permitiese pasar á ver antes á mi único é inmediato superior, que era el señor regente de la audiencia, y se sirvieran orientarme de la causa de tamaña tropelía; pero ni uno ni otro pude conseguir, limitándose á decirme en términos misteriosos, que tuviese entendido iba á sacárseme de la capital en una silla de postas dentro de media hora.»

«Bien sabia yo que ni el jefe militar ni el político tenian sobre mí, como tal juez, autoridad de ninguna especie; pero hostigado así por una fuerza irresistible, preciso me fué sucumbir y marchar entre aquella turba á casa del segundo, quien afectando cierto pesar é ignorancia, me manifestó tenia órden del primero para ponerme á disposicion del ayudante de E. M. que se hallaba presente, y que con él pasase á la del gobernador de la plaza, reiterándoseme allí que á la una y media habia de salir para Estella en una silla de posta.»

opresores. ¡Delirio! ¡torpeza sin igual! ¿Os figurais acaso, ridículos Quijotes, que el virtuoso pueblo español es una despreciable grey de esclavos nacida para besar las cadenas con que trata vuestra insolencia de aherrojarle? ¡Imbéciles! Salid de vuestro error; y si nuestras palabras no os conmueven, volved la vista á esas losas sepulcrales...., los frios restos que en ellas

«El ayudante ejecutó aquella órden, trasladándome á casa del gobernador, á quien advirtió del objeto de mi comparendo, y sin habérseme permitido volver un instante á mi casa para proveerme de lo indispensable, para hacer entrega á los escribanos de las causas, pleitos y otros documentos interesantes del juzgado que tenia en ella, y menos ver al señor regente, por mas que lo supliqué. Luego que se proporcionó una silla, que fué entre dos y tres de la madrugada del 20, se me sacó en ella para esta ciudad como á un malhechor, escoltado por fuerza de caballería, y así se me condujo á las órdenes del gobernador militar de ella, segun parece, en clase de detenido, sin habérseme pasado un simple oficio por nadie ni díchoseme la causa de atentado tan remarcable; y aunque un momento antes de mi salida dirigí una lacónica comunicacion al señor regente sobre la violencia que se me causaba, tampoco he recibido contestacion alguna, ni sé qué medidas habrá adoptado la audiencia cuando la mañana de aquel dia supiese la demasía cometida con el juez de la capital.»

«Esta es la verdad pura y desnuda, por mas que acaso el autor y cooperadores de ese plan inícuo contra mí traten de disfrazarlo, tergiversando los hechos para cohonestar su conducta tortuosa é irregular; pero si tal sucediese, desde ahora les aseguro que faltarian audazmente á ella, y así les faculto para que puedan decírselo bajo mi responsabilidad.».

«El público entero de Pamplona, todo el país está escandalizado con tan estraño proceder, de que hasta ahora no habia ejemplo; y para ello baste recordar lo que en iguales casos y circunstancias de mas bulto que las que aquí mediaban ha sucedido al contender las jurisdicciones ordinaria y militar, cual, entre otros, puede citarse el que ocurrió en esa córte en 1843 á consecuencia de la tentativa contra el general Narvaez. Una y otra sostuvieron con dignidad y decoro su derecho á conocer de la causa, no lograron avenirse, se elevó el asunto al tribunal superior competente, y él decidió la competencia á favor del juzgado militar. ¿Qué se habria dicho si entonces ese capitan general la hubiera resuelto desterrando al juez de primera instancia que la sostenia? Pues eso es lo que el de Pamplona ha ejecutado con el de ella, tratándole con la misma crueldad, inconsideracion y falta de decoro que si fuese un ladron famoso, y usurpando atribuciones que en su caso residian solo en el tribunal supremo de Justicia y en la audiencia territorial.»

«Ha creido tambien sin duda, que deshaciéndose de mí por ese medio reprobado, quedaba ya libre, espedito y en actitud legal de continuar los procedimien-

descansan..... las cenizas de San Just, Donadío y Quesada os dirán con muda elocuencia el desastroso fin que aguarda á los opresores del pueblo..... del pueblo que paga á sus soldados PARA QUE LE SIRVAN ¿lo entendeis? pero de ningun modo para que le insulten y atropellen.

tos criminales de que se trataba, y este es otro absurdo y heregía legal, porque quien le entabló la competencia, bajo supuesto de ser ciertas las voces que corrian, fué el juzgado de primera instancia, su persona moral, y esa allí ha quedado, por mas que la mia física y material haya sido lanzada de aquel punto y despojada arbitraria y violentamente del ejercicio de sus funciones. Si les ha seguido, siempre se resentirán de una notoria nulidad, y sobre su autor pesará en todos tiempos esa responsabilidad. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Desde este punto he dirigido una esposicion al gobierno de S. M. y otra á la audiencia territorial sobre tales y tan enormes atropellamientos contra mi persona, contra mi autoridad y contra toda la magistratura española, cuya respetable clase es quien en realidad ha recibido la ofensa. Tranquilo yo en la justicia de mi proceder, y satisfecho de haber llenado una obligacion que me imponian mi deber y mi conciencia legal, veo y sufro con orgullo las persecuciones que de sus resultas se me hacen esperimentar por un hombre desnudo de toda autoridad para ello, y lo prefiero á la humillacion, á la vergüenza y hasta á la responsabilidad que de otro modo me atormentarian y pudiera habérseme exigido por la audiencia del territorio, de no haber tratado de sostener con dignidad y firmeza los derechos de la real jurisdiccion ordinaria. Lo demás importa poco, y siempre me consolaré con aquella máxima de que no es lo sensible sufrir la pena, sino haberla merecido.»

«Lleno de confianza con mi noble y justa causa, la tengo tambien de que la resolucion del gobierno me será propicia y reparadora de los insultos que se me han irrogado y están irrogando, no menos que de la proteccion de la audiencia, cuya honra, decoro y buen nombre se interesa en ello; y por último, cuento tambien con que la opinion pública, que es el mejor censor de los actos públicos y privados del hombre, la de toda la distinguida é ilustrada magistratura, y de cuantos se dignen escucharme, habrá de ponerse de mi parte y reprobar la conducta del adversario. De otro modo, y si esa se canonizase, ¡desgraciada administracion de justicia! Ella quedaria minada por sus cimientos, holladas las leyes, desautorizados de todo punto los funcionarios del poder judicial, y sin ningun género del prestigio que tan preciso es conservales, y que tan inícua, brusca é ilegalmente se ha atacado, respecto de este su afectísimo S. S. Q. B. S. M.»

«En este mi destierro de Estella á 23 de julio de 1846.—*Fernando de Galarza.*»

Y no se crea que porque reprobamos el despotismo militar apadrinemos innobles venganzas, no por cierto. Hablaremos mas adelante del asesinato horrible que terminó los dias del infortunado Quesada, y espondremos el odio que sus execrables matadores nos inspiran; pero ellos son á veces el instrumento de que se vale la Providencia para no dejar impunes á los tiranos.

. . . . . .

. . . . . .

Los grupos de la Puerta del Sol, ahuyentados por la fuerza armada, esparciéronse por todas las calles de Madrid, siendo no pequeño el que, acaudillado por el intrépito Manuel, se encaminó á la plazuela de la Cebada en el crítico momento en que el infeliz Anselmo iba á perecer á manos del verdugo.

Ya iba este severo ejecutor de la justicia á ejercer el acto mas horrible de su fatal ministerio, cuando atropellando por todo presentóse en medio del cuadro que formaba el batallon de la Reina Gobernadora, un bizarro ginete montado en un brioso alazan, agitando en el aire un pañuelo blanco. Era un comandante de la Guardia nacional, rubio como el oro. Es inútil añadir que este gallardo jóven era don Luis de Mendoza, á quien el pueblo habia dado libertad. En vez de obedecer á la voz de *¡fuego!* que habia dado el comandante de la guardia de San Basilio, habíase unido la tropa á los sublevados.

—¡Españoles!—esclamó don Luis con voz sonora:—¡viva la Constitucion!

Al resonar este grito, que fué repetido por una multitud inmensa, empezóse una sangrienta lucha entre la tropa y el paisanaje, de la cual fué una de las víctimas el comandante del batallon de la Reina Gobernadora don Juan Calvet [1], va-

[1] «Agrupáronse otros nacionales armados en la plaza de la Cebada; y habiendo recibido órden de dispersarlos una partida del regimiento Reina Gobernadora, mandada por el comandante de batallon Calvet, empeñóse un tiroteo, del cual resultaron muertos y heridos por una y otra parte, siendo de los primeros el jefe de la tropa.» (FLOREZ, *Historia de Espartero*, tomo I, página 342.)

liente militar que habia hecho con gloria la campaña de Cataluña.

Entre tanto, habia desaparecido el verdugo del fúnebre catafalco, y en medio de él veíase un grupo de tres hombres:

Manuel abrazaba á su padre, mientras don Luis cortaba con su sable la cuerda que sujetaba el cuerpo de Anselmo al palo del patíbulo.

. . . . . .

El dia siguiente veíase Anselmo rodeado de su esposa y de sus hijos, á escepcion de María, de quien ni siquiera queria que le hablasen, porque el decente ajuar que le cercaba, los aseados trajes de sus hijos y de su esposa, y mas que todo el anónimo de fray Patricio, habian hecho tal impresion en su ánimo, que hallábase plenamente convencido de la prostitucion de María.

—Luisa,—dijo á su mujer,—ya que me habeis vuelto á una vida que no tiene para mí atractivo ninguno, quiero que me volvais á mi honrada miseria, porque..... cualquiera que sea mi libertador, me habrá hecho un fatal presente si he de ser testigo de nuestro vilipendio, viviendo á espensas del deshonor de una hija. No me hableis pues ni una sola palabra de María ni de sus protectores..... ¿lo oís? Que no tenga que repetir este irrevocable mandato. Esposa, hijos mios, mas vale pedir limosna, que llevar en la frente el sello de la infamia.

CAPITULO IV.

El suicidio.

Amaneció el 15 de agosto de 1836, y la fausta noticia de que el dia antes habia alzado S. M. el estado de sitio de Madrid nombrando nuevo ministerio, disponiendo la reorganizacion de la Guardia nacional y separando á Quesada del mando, fué el iris de paz y de esperanza que hermoseaba el horizonte político.

Componíase el nuevo gabinete de don José María Calatrava, ministro de Estado y presidente del Consejo; don Joaquin Ferrer, de Hacienda; don Ramon Gil de la Cuadra, de Gobernacion; quedando á discrecion del presidente proponer los tres restantes.

Confirióse la capitanía general á don Antonio Seoane, quien al transitar con sus ayudantes por la Puerta del Sol, anunció el triunfo del pueblo y fué saludado por la multitud con entusiastas vítores.

El decreto en que mandaba la reina Gobernadora la publicacion del código de Cádiz estaba efectivamente fechado

el 13, y claro es que el gobierno que no le dió cumplimiento habíase erigido en rebeldía, siendo criminal causante de las desgracias que por tan funesto retraso acontecieron.

El jefe político interino, don Fernando Rubin de Celis, mandó fijar por las esquinas un bando manuscrito, invitando al vecindario para las cinco de la tarde, hora en que debia promulgarse la Constitucion de 1812.

Escoltado el ayuntamiento por un brillante escuadron de la Guardia nacional, celebró este acto solemne con toda pompa; y fué tan general el júbilo en Madrid, fué tan ardiente el entusiasmo, que bien pudo conocer el partido retrógrado que jamás su bandera ha representado la opinion nacional.

¡Lástima es por cierto que una de las mas bellas páginas de la historia contemporánea lleve una horrible mancilla de sangre ilustre!

El malogrado general Quesada, despreciando los unánimes consejos de sus amigos, que anhelaban evitar el inminente riesgo que amagaba su vida, empeñóse en salir de Madrid sin mas custodia que un asistente, á la luz del dia y precisamente en los momentos en que el pueblo vencedor saboreaba todo el placer de su triunfo.

Llegó no obstante sin contratiempo alguno á Hortaleza el honrado fugitivo, en donde quiso el destino fatal que, conocido por el alcalde, le intimara su arresto. ¿Lo creyérais, lectores? Sometido á la autoridad, bajo el amparo de las leyes, fué aquel infeliz despedazado por una horda de cobardes asesinos, cuya barbarie rechaza todo hombre de bien que siente circular por sus venas sangre liberal. Corramos un velo sobre tan horrenda catástrofe, que contrasta singularmente con el público regocijo y general alegría que un gentío inmenso y bullicioso respiraba por do quiera, inundando las anchurosas calles y plazas de la capital.

Riquísimas y vistosas colgaduras ornaban todos los balcones, que coronados de elegantes bellezas, cuyos espresivos rostros lanzaban destellos de la general animacion, eran otra

prueba de que el amor de patria y libertad es en España un fuego inestinguible.

Don Luis de Mendoza estaba desempeñando en estos graves acontecimientos un papel tan principal, que á pesar de los ardientes deseos que alimentaba de ver á María para confundirla con su noble proceder si ella habia sido perjura, ó consolarla si era inocente, no pudo ir á casa del baron del Lago para hacer ver á su amada que un enamorado español jamás falta á las promesas que hace á su dama. El rubio jóven anhelaba este feliz momento con tanta mayor ansiedad, cuanto que los dias que habia estado en su prision privado de ver al tierno objeto de su cariño, habíalos pasado en lisonjeras reflexiones que enardecieron su pasion y le hicieron concebir esperanzas de que María no le era infiel.

Otro motivo de felicidad halagaba su alma generosa. Despues de haber salvado al virtuoso Anselmo, llegó libre y vencedor á los brazos de su adorado padre. Contóle la historia de sus amores, y no solo alcanzó ser escuchado con afectuosa bondad, sino que notó en el respetable marqués de Bellaflor una emocion sobrenatural; dejaba traslucir al través del gozo y la sorpresa un misterio de alta importancia, cuya revelacion sabrá el lector á su tiempo.

Esta observacion habíala hecho ya don Luis cuando Manuel, el dia que fué á alistarse en las honrosas filas de la Guardia nacional, pronunció el nombre del *Arrojado* delante del marqués de Bellaflor.

La paternal cordialidad con que abrazó al hijo de Anselmo era hija de una particular circunstancia que el generoso marqués no podia nunca olvidar.

Así pues, no solo dió á su hijo su consentimiento para que contrajese matrimonio con la hija del jornalero, sino que quiso acompañarle aquella misma mañana á casa del padre para pedirle la hija con toda formalidad.

Así pensaban padre é hijo, mientras que abrumada la imaginacion de María por mil apariencias engañosas, lacerado el

corazon por sus incesantes infortunios, trastornado su juicio por terribles desengaños, habia adquirido una especie de certeza de que no habia en el mundo buena fé, y que todos, empezando por su amante y por su mejor amiga, todos la engañaban. Solo el pobre Tomas mostrábale una fidelidad que la enternecia, y como sabe ya el lector, no titubeó en que la acompañase al hogar paterno, en donde preferia sufrir todo linaje de privaciones, á la vergüenza de ser el ludibrio de una sociedad corrompida.

María, aunque vestida con suma sencillez, llevaba un elegante traje, y conservaba el medallon con el retrato del hombre á quien no podia dejar de amar.

Llegó á su casa precisamente en el instante en que su padre proferia el terrible mandato de que nunca se le hablase de ella.

Entró María precipitadamente en la humilde habitacion donde estaba su padre..... ¡Desgraciada!.... En el momonto en que iba á arrojarse en sus brazos, una mirada de indignacion que dirigió á la infeliz el no menos desventurado padre, la dejó petrificada.

—¿Quién es usted?—murmuró Anselmo temblando convulsivamente.—No, no..... usted no es mi hija..... Mi hija era una pobre niña llena de rubor y de inocencia. Usted, señora, tendrá en la sociedad buenos protectores..... Ellos recibirán á usted como se merece una gran señora. En la casa de un pobre jornalero no tiene cabida la prostitucion.

Era esta palabra demasiado severa para que dejase de hacer una profunda herida en el sensible corazon de la inocente jóven.

El rostro lívido de Anselmo, aviejado por las canas, hijas del dolor mas que de los años..... el tono solemne con que manifestaba su cólera en aquellas palabras acusadoras, hicieron retroceder á María. Toda la sangre de sus venas se le aglomeró en la cabeza, y como impulsada por un acceso de desesperacion, huyó precipitadamente.

El negro Tomas no pudo contener su despecho, y llorando con amargura, esclamó:

—¡Padre cruel! La naturaleza no te da derecho para tratar así á la mas virtuosa de las hijas. Cuando la desgraciada ha sabido conservar puro é ileso su honor en medio de mil infortunios..... cuando resuelve abandonar el gran mundo para no ser víctima de los lazos que tiende la seduccion á su hermosura..... cuando viene sin mancilla á buscar su puerto de salvacion en los brazos de su padre..... se ve lanzada ignominiosamente de ellos! Así sois los que os llamais civilizados..... No importa..... Yo..... pobre negro..... yo..... estúpido salvaje..... trabajaré sin cesar..... mendigaré la caridad ajena para proporcionar un pedazo de pan á esa virtuosa niña..... Mucho será que no encuentre almas caritativas..... No todos los blancos han de tener un corazon de tigre como su padre.

Estas sentidas palabras llenaron de estupor al desventurado Anselmo.

Luisa, que habia conocido en casa de la baronesa al negro Tomas, díjole llena de afliccion:

—¡Corre, buen hombre, corre por Dios y haz que vuelva María!.... Su padre la ama como siempre, y espero que se convencerá de su inocencia. Tú ignoras el estado de mi pobre esposo..... Perdona á su dolor lo que acaba de hacer..... Pero no pierdas tiempo..... corre en busca de la hija de mis entrañas.

Un estremecimiento espantoso agitaba todos lòs miembros del *Arrojado*.

Temeroso Manuel de que fuese víctima de una convulsion, no se atrevió á ir en pos de María. Él y su madre procuraban apaciguar con palabras de dulzura al infeliz Anselmo.

A la invitacion de la bondadosa Luisa, salió el negro Tomas en busca de María.

Ya no la vió en la calle. Un recelo espantoso hízole correr hácia la puerta de Toledo.

El temor de Tomas no salió infundado. María atravesaba los campos como una loca..... Ningun obstáculo la detenia.....

Llegó por fin al Canal..... ¡Ira de Dios! ¡la desgraciada se arrojó en él!!!

. . . . . .

¡Y esto se califica de suicidio! No, no. Esto es un asesinato horrible..... un asesinato que comete la injusticia de los hombres al mirar con indiferencia las desgracias de las clases menesterosas. María, hija de padres honrados, tuvo que abandonar su casa en virtud de los paternales consejos de un jornalero, que en premio de los servicios prestados á su patria en las honrosas filas del ejército, y en recompensa de su honradez como ciudadano pacífico y laborioso, veíase con su esposa y sus hijos sumergido en la mas espantosa indigencia. María, tan jóven y hermosa como desgraciada, supo vencer con he-

róica virtud todo género de seducciones. La hipocresía mas refinada, los halagos de la opulencia, las promesas mas fascinadoras, no alcanzaron á hacer titubear un solo momento á la pobre hija del pueblo, mas grande, mas sublime en su misma pobreza, que sus opulentos y temibles enemigos. Todos los esfuerzos de la maldad, todas las intrigas del engaño y de la seduccion estrélláronse contra la entereza de su virtud cual se estrella el orgullo de las olas irascibles contra la firmeza de una roca. Pero los esfuerzos de una niña debian agotarse al fin en la deshecha borrasca que amagaba incesantemente sepultarla en un abismo. Aislada en una sociedad corrompida cual navecilla sin brújula en la anchurosa y alta mar, combatida por mil furiosos elementos, no vió por último mas áncora de salvacion que el amor paternal, y con la ansiosa esperanza con que se arroja el náufrago al puerto de seguridad, y arrebatado por el torbellino de las aguas pierde hasta el consuelo de sus últimas ilusiones, lanzóse María en el seno de su padre, de donde fué rechazada con inesperada crueldad. Huérfana ya en el mundo, solo dos sendas presentábanse ante sus pasos: la *prostitucion* y la *muerte*. La eleccion no podia ser dudosa, y al arrojarse al Canal no hizo la infeliz María mas que obedecer los impulsos de su heroismo. Vendida por su amiga, engañada por su amante, repudiada por su padre mismo, no le quedaba ya mas amparo que el de Dios, y quiso comparecer sin mancilla ante su presencia, abandonando un mundo injusto y corrompido, que lejos de tener para la desesperada jóven aliciente alguno, desechaba su virtud cual escupe el mar los inanimados restos del que se ahoga en su seno.

No es nuestra idea ni por asomo abogar en pro del suicidio. Quisiéramos que todos los desgraciados á quienes su desesperacion conduce á tan lamentable estremo, se convencieran de la volubilidad de la suerte, y mitigasen sus acerbos males con el bálsamo consolador de la dulce esperanza. Quisiéramos que se convencieran los infelices de que nada hay en efecto mas caprichoso que el destino, y de que el que llora

hoy un infortunio horrible, se ve mañana halagado por los inmensos favores de la fortuna. Pero esos filósofos de singular calaña, esos charlatanes que se acaloran en vanas disputas sobre si el acto del suicidio es un acto de valor ó cobardía, cesen ya de dilucidar una cuestion inútil y que solo es susceptible de una solucion condicional. El modo de verificar un suicidio y las causas que le produzcan pueden hacerle á su vez hijo de la cobardía como del valor, fruto del crímen lo mismo que de la virtud.

María no debió suicidarse, dirán los pedantes de oficio, porque una jóven á quien el autor nos presenta como tipo de honradez y dechado de heróicas virtudes, decae de su elevacion al terminar con tan horrendo crímen su gloriosa carrera. Compadecemos á los que de semejante modo puedan raciocinar, pues además de dar al acto desesperado de la heroina de nuestra novela una calificacion enteramente contraria á la que en nuestro concepto merece, nótase palpablemente cuán lejos están de haber comprendido nuestro pensamiento. Cuando la criminal indiferencia con que mira el gobierno á las clases menesterosas llega á producir el suicidio de una jóven tan virtuosa como María, muy culpable debe ser el gobierno..... muy graves deben ser las medidas de proteccion que el miserable estado de las masas trabajadoras reclama con urgencia.

Hemos presentado en escena un bondadoso jornalero, una familia tan pobre como honrada, tenazmente perseguida á causa del abandono en que tiene la sociedad á los infelices artesanos condenados á un trabajo eterno ó á sufrir todos los horrores de la indigencia. Al poner en evidencia este criminal abandono, nuestro objeto ha sido patentizar los males que á la misma sociedad acarrea semejante desprecio de la probidad y honradez, cuando estas bellas prendas adornan á los pobres.

No parece sino que para moralizar al pueblo no haya mas que prisiones, calabozos, cadalsos, espectáculos sangrientos, que contrastan con los progresos de civilizacion que tanto se ponderan. No solo es ineficaz para la correccion de los malva-

dos el siniestro rumor de los cerrojos de las cárceles, de las cadenas y de los grillos; no solo es ineficaz la tremenda vista del hacha del verdugo, sino esos castigos y venganzas divinas con que se trata de amedrentar á la ignorante chusma de hombres pervertidos. Ineficaces son estos medios, repetimos, si junto al castigo del malo no se prodiga al bueno el merecido galardon.

Así como se castiga el crímen, ¿por qué no se premia la virtud con gloriosas y honoríficas distinciones?

Hay un patíbulo adonde sube el reo y entrega al verdugo su criminal cabeza, pero no hay un catafalco cubierto de laureles donde el hombre de bien reciba el premio de su probidad.

El Divino Criador castiga al malo con justa severidad, pero premia al bueno con todo el esplendor de su divina gracia; y los hombres, despreciando el ejemplo del Supremo Hacedor, hemos pintado á la justicia con los ojos vendados y una espada en la mano, como en actitud de entregarse ciegamente al esterminio y á la venganza. La balanza que lleva en la otra mano no parece destinada á pesar la acusacion con la defensa, sino con el oro, los títulos, la posicion social ó valimiento del reo.

En la opinion del humanitario Sūe, debiera simbolizarse la JUSTICIA con una espada en la mano y una corona en la otra; pero nosotros solo desearíamos ver la corona en la diestra de la JUSTICIA y una llave en la izquierda, como signo de reclusion, porque no quisiéramos que la diosa Astrea vibrase nunca un instrumento homicida. Por lo demás, estamos perfectamente de acuerdo con nuestro digno amigo el estimable autor de *Los Misterios de París*.

«El pueblo veria entonces (dice) que si hay castigos terribles para los malos, hay tambien triunfos gloriosos para los buenos; mientras que ahora busca en vano el reverso de los calabozos, de los presidios y de los cadalsos.

El pueblo ve una *justicia criminal* compuesta de hombres íntegros, puros é ilustrados, ocupados en indagar, en descu-

brir y en castigar á los malvados; pero no ve una *justicia virtuosa* [1] compuesta de hombres íntegros, puros é ilustrados, ocupados en indagar y en recompensar á los hombres de bien.

Todo le dice: ¡tiembla!

Nada le dice: ¡espera!

Todo le amenaza.....

Nada le consuela.

El Estado gasta anualmente muchos millones para el estéril castigo de los criminales. Con esa enorme suma tiene cárceles y presidios, galeras y calabozos, patíbulos y verdugos.

Eso es muy necesario, concedido.

Pero ¿cuánto gasta el Estado para la recompensa saludable y fecunda de los hombres de bien?

Nada.....

Cuando el curso de esta novela nos conduzca á las cárceles de hombres, veremos infinidad de artesanos de irreprensible conducta que tendrian satisfecha su ambicion si esperasen salir algun dia de la miserable condicion de prisioneros, seguros de hallar un buen alimento, una buena cama y un buen albergue.

Y los artesanos como Morel, que hubiesen vivido veinte

[1] Algunos dias despues de haber escrito estas líneas, repasamos el *Memorial de Santa Elena*, ese libro inmortal que nos parece un sublime tratado de filosofía práctica, y vimos este trozo, en el cual no habíamos fijado la atencion antes de ahora.

«Uno de mis sueños (habla el emperador), para cuando terminada nuestra campaña gozásemos las delicias de la paz en el seno de la nacion, hubiese sido buscar una docena de verdaderos filántropos, de hombres honrados, que no viviendo mas que para proyectar buenas obras, no hiciesen otra cosa que ponerlas en práctica. Yo los hubiese diseminado en el imperio para que le recorriesen en secreto, dándome cuenta á mí mismo de sus espediciones; hubiesen ejercido el ESPIONAJE DE LA VIRTUD, hubiesen sido mis confesores, mis directores espirituales, y mis decisiones con ellos hubiesen sido mis buenas obras secretas. Mi primera ocupacion hubiese sido trabajar con todas mis fuerzas en mejorar de raíz la organizacion de toda la sociedad, hubiese descendido, si era posible, hasta los *goces individuales*.» (*Memorial*, tomo V, pág. 109, edicion de 1824.)

(Nota de Süe.)

años con probidad y resignacion en medio de la miseria y de las seducciones, ¿no tienen derecho á desear ser felices como lo son los malvados?

¿No merecen que la sociedad se tome la pena, ya que no de recompensarles, de alentarles al menos en el camino difícil y terrible que atraviesan con tanto valor?

Por modesto que sea el hombre de bien, ¿se oculta tanto como el ladron y el asesino?.... Y á estos ¿no les descubre la justicia criminal siempre que quiere?

Esta es una utopia que no tiene nada de consoladora.

Imaginaos por un momento una sociedad organizada de tal suerte que tenga, por decirlo así, *tribunales de virtud* como los tiene *del crímen.*

Un ministerio público señalando las acciones nobles y denunciándolas al reconocimiento general como se denuncian hoy dia los crímenes á la vindicta de las leyes.

Hé aquí dos ejemplos, dos *justicias:* dígase cuál es mas fecunda en consecuencias y en resultados positivos.

Un hombre asesina á otro para robarle; al amanecer se coloca sordamente la guillotina en un estremo de París, y cortan la cabeza al asesino en presencia del populacho, que se rie de los jueces, del paciente y del verdugo.

Hé ahí la última palabra de la sociedad; hé ahí su mayor castigo; hé ahí el ejemplo mas terrible y mas saludable que puede dar al pueblo.

El único..... porque nada sirve de contrapeso al golpe que está destilando sangre.

No..... la sociedad no tiene ningun espectáculo dulce y bienhechor que oponer á ese otro fúnebre espectáculo.

¿No seria otro castigo hacer que el pueblo tuviera diariamente ante sus ojos el ejemplo de las grandes virtudes noblemente ensalzadas, y MATERIALMENTE remuneradas por el ESTADO?

Lo seria, y seria tambien una exhortacion continua á la honradez y á la probidad ver con frecuencia un tribunal augus-

to, imponente y venerando, ofreciendo á los ojos de la muchedumbre un artesano pobre y honrado, de una vida laboriosa y ejemplar, y al cual le pudieran decir estas palabras:

"Habeis trabajado como ninguno por espacio de veinte años, luchando abiertamente contra el infortunio; habeis educado á vuestra familia en los principios de delicadeza y honor..... y vuestras virtudes superiores os han distinguido altamente: recibid pues la recompensa y la gloria. La sociedad vigilante, justa y bienhechora, no deja nunca en el olvido ni el mal ni el bien..... A cada cual le paga segun sus obras..... El Estado os asegura una pension bastante á cubrir vuestras necesidades. Apreciado de todos, terminareis tranquila y reposadamente una vida que debe servir de modelo á la sociedad..... y así son y serán premiados siempre los que hayan perseverado por muchos años en la probidad y la virtud, dando ejemplo de raras y nobles cualidades morales. Vuestro ejemplo traerá consigo la imitacion..... la esperanza aligerará el peso opresor que la suerte impone á los infelices en su larga carrera. Animados de una saludable emulacion, lucharán con energía en el cumplimiento de los deberes mas difíciles, á fin de verse un dia distinguidos y remunerados como vos....."

Nosotros preguntamos ahora: ¿cuál de los dos espectáculos, el del criminal guillotinado, ó el del hombre de bien recompensado, hará una impresion mas saludable y mas fecunda en el pueblo?

No hay duda de que muchas personas *delicadas* se indignarán con solo pensar en esas innobles recompensas *materiales* otorgadas á lo que el mundo tiene mas volátil: ¡LA VIRTUD!

Hallarán contra estas tendencias toda clase de razones mas ó menos filosóficas, platónicas, teológicas, y sobre todo *económicas*, como por ejemplo:

"La honradez lleva en sí misma su recompensa....."

"La virtud no tiene precio....."

"La conciencia satisfecha es la mas noble de las recompensas."

Y finalmente, esta objecion triunfante y sin réplica:

"LA FELICIDAD ETERNA QUE ESPERA Á LOS JUSTOS EN LA OTRA VIDA DEBE BASTAR PARA ALENTARLES Á QUE SEAN BUENOS."

A eso responderemos que la sociedad no se fia esclusivamente en la venganza divina para intimidar y castigar á los criminales.

La sociedad preludia el juicio final con los juicios humanos.....

Y mientras llega la hora inexorable de los arcángeles, de las trompetas y de los lagos de fuego, se contenta modestamente..... con los gendarmes.

Repetimos que para amedrentar á los malvados han materializado ó reducido mas bien á proporciones humanas y visibles los efectos anticipados de la cólera divina.

¿Por qué no habrán hecho lo mismo con los efectos de la recompensa celeste que espera á las gentes honradas?"

Así se esplicaba el demócrata escritor, y la ilustrada Francia no pudo menos de atender á tan sábia como filantrópica peticion. El acento de Süe fue oido, y acaba de crearse en París un *Jurado de recompensas para los artesanos*, que es de una utilidad asombrosa. El célebre Victor Hugo escribióle con fecha de 16 de mayo del corriente año la notable carta siguiente:

"*Señores.*—Llegará un dia en que los poderes públicos comprendan que en el estado actual de la Europa y de la civilizacion, debe haber y hay asimilacion perfecta entre el soldado y el obrero. El soldado es el obrero de la guerra: el obrero es el soldado de la paz. El primero arriesga su vida por el país en su lucha con el estranjero; el segundo da su vida, la usa, la gasta todos los dias en provecho de todos en su lucha con la materia. Hay mas heroismo en la labor del soldado, lo cual implica la disciplina. Hay mas inteligencia en el trabajo del obrero, lo cual reclama la libertad; pero tanto el obrero como el soldado trabajan en la civilizacion, el uno protegiendo y aumentando el territorio nacional, el otro fecundándole,

cultivándole, dotándole con todas las riquezas de la agricultura y de la industria.»

»Permitid que añada aquí que esta asimilacion me llama la atencion de un modo particular y sumamente vivo; á mí, que soy hijo de un soldado y obrero del pensamiento.»

»El dia en que estas verdades sean admitidas, los mismos cuidados sociales, las mismas recompensas sostendrán, animarán y glorificarán al soldado que al obrero, al obrero que al soldado. El Estado, representante de la nacion, honrará con las muestras públicas y visibles de estimacion de que dispone, al obrero honrado, laborioso, inteligente y distinguido, del mismo modo que al soldado valiente. El Estado amparará y abrigará en su vejez al hombre de la paz, como ampara y abriga al hombre de la guerra; y al fin se comprenderá cuanto hay de social y de profundo en ese gran pensamiento de Luis XIV que llamamos *Hotel de los inválidos*, y en ese gran pensamiento de Bonaparte que llamamos la *Legion de Honor*.»

»Vuestro proyecto, señores, es un paso dado hácia ese hermoso y deseable resultado; es tambien un ejemplo que dais á la sociedad entera: la idea que debiera tener el Estado, vosotros la teneis; lo que el Estado hará mañana, vosotros lo haceis hoy.»

»Hé aquí, señores, lo que apruebo y lo que honro particularmente en el proyecto que habeis tenido á bien comunicarme. Es un paso que dais, y por él os felicito; pero es preciso que no nos lo disimulemos; no es mas que un paso, y es necesario dar otros é ir mas lejos. La Francia ha hecho alto hace mucho tiempo, y ya es hora de que los pensadores y los trabajadores den la señal y se pongan en marcha sobre toda línea con las ideas del porvenir.»

Ya que hemos dado en la manía de imitar á los estranjeros, hagámoslo siquiera en los adelantamientos de la ilustracion.

CAPITULO V.

Era inocente.

Las cariñosas frases de consuelo que los hijos y la esposa tributaron al pundonoroso jornalero, empezaban á surtir ya el mágico efecto que era de esperar.

—¿Me asegurais que María es inocente?—preguntaba el afligido padre en su dolorosa ansiedad.

—Sí, esposo mio,—le respondió Luisa.—Las personas que protegen á nuestra hija y á todos nosotros, por ningun concepto pueden albergar siniestras intenciones. Son dos hermanos generosos, sumamente ricos al parecer, que cifran todo su afan y su gloria en prodigar beneficios á los menesterosos. El uno es una señorita casada, muy amable, en cuya casa está María, querida y respetada como si fuese hermana de su protectora. Esto no tiene nada de particular, Anselmo; y aun me acuerdo que cuando se separó María de nuestro lado, decíamos nosotros: Es tan buena, que adonde quiera que vaya la han de querer luego como hija.

—Es verdad,—contestó Anselmo profundamente conmovido.

—Pues bien, querido, nuestras esperanzas se han realiza-

do. El otro hermano es uno de los facultativos del hospital, á cuya habilidad debo el haber recobrado la vista.....

—¡La vista!—dijo Anselmo asombrado.

Y besó los ojos de su esposa.

—Es verdad..... el benéfico mortal que te ha hecho recobrar la vista debe ser un ángel..... porque semejante beneficio es inmenso..... Esposa mia, ¡cuánto habrás sufrido sumergida en dolorosas tinieblas! La existencia ha de ser un peso insoportable para los infelices que se hallan privados del mayor beneficio que ha dispensado el Criador á los mortales. Debe ser un tormento horrible la ceguera..... Oir hablar de los encantos de la naturaleza, de los hermosos rayos del sol, y estar eternamente condenado á no ver..... oir la voz de las personas á quienes se ama, sin poder recrearse en su contemplacion, debe ser un martirio horroroso..... Yo te confieso, amada mia, que si me viese privado de ver tus gracias, que si oyese en rededor mio el cariñoso acento de mis hijos sin tener la dicha de contemplar sus angelicales facciones, me moriria de dolor. Has tenido una resignacion heróica, Luisa mia..... ¡Pobre Luisa! ¡cuánto habrá padecido tu espíritu!

—Tienes razon, Anselmo, he padecido mucho; pero el placer de volver á verte ha compensado todas mis amarguras; y este placer, esta felicidad imponderable la debo al protector de María.

—En efecto, á ese generoso mortal debes toda tu dicha..... y yo tambien se la debo, porque tu dicha es mi propia ventura. Dios bendiga á nuestro salvador.

—Dices bien, nuestro salvador, porque tambien á su sabiduría, á su bondad y á sus desvelos, debemos la conservacion de una hija virtuosa.

—¿Será cierto?

—Sí, amado esposo; el hombre benéfico de quien hablamos ha libertado á María de un inminente peligro. María se habia vuelto loca á consecuencia de sus continuos sinsabores, y el celo de nuestro ángel tutelar logró restablecer su salud.

Convaleciente apenas, fué trasladada del hospital á casa de su adorable hermana, en quien halló María una generosa protectora que le prodigó todo linaje de cuidados, con el mismo esmero que pudiera haberlo hecho la mas afectuosa de las madres. Pero..... ¿qué tienes, Anselmo? ¿Lloras?

—Sí, Luisa, lloro de dolor y de arrepentimiento. Déjame verter copiosas lágrimas..... ¡Está mi corazon tan oprimido!.... He sido un ingrato para con mis bienhechores..... he sido un padre desnaturalizado para con la mas adorable de las hijas. Luisa..... ¿dónde está María? ¿dónde está?.... Quiero abrazarla..... ¡María!.... ¡María!.... Quiero arrodillarme á sus piés..... pedirle perdon..... y..... Lu..... Luisa..... yo..... ¡ay!.... yo me..... aho..... go..... No puedo hablar.....

A estas palabras sucedieron prolongados sollozos, y en pos de un profundo suspiro, el veterano indomable conocido por *el Arrojado*, el que no habia vertido una sola lágrima ante la muerte al pisar con pié firme el cadalso..... el aguerrido granadero..... lloraba como un niño.

—Anselmo,—le decia su cariñosa mujer enjugándole las lágrimas,—no te desesperes. María no puede estar lejos de aquí.

—Sí, padre mio,—añadió Manuel con alegría;—voy yo tambien por ella, y volveremos todos para ser ya siempre felices. ¡Ánimo, mi querido padre! Pronto estrechará usted en sus brazos á la inocente María.

Los desdichados ignoraban la desastrosa resolucion que habia tomado aquella desesperada criatura.

Manuel desapareció corriendo.

Por uno de aquellos prodigios impenetrables que obra la naturaleza, habia recobrado Anselmo su sensibilidad, como ha visto ya el lector. Lloró largo rato, y su corazon oprimido recibió con el llanto un consuelo que solo pueden concebir las almas susceptibles de afectuosas sensaciones.

—¡Válgame Dios! ¡Lo que tardan!—esclamaba Anselmo con impaciencia:—¡lo que tardan!

Y el desdichado padre se paseaba como un loco por el reducido espacio del aposento. Sentábase de improviso, y poniendo una mano en cada rodilla, clavaba sus azorados ojos en el suelo y permanecia algunos segundos inmóvil y meditabundo. De repente levantaba la cabeza y la volvia con inquietud hácia la puerta. El copioso sudor que de su ancha frente manaba, confundíase con sus lágrimas acerbas.

—Ya no la veré mas..... soy un mónstruo,—esclamaba con desesperacion el infortunado padre.

Y ocultaba el rostro entre sus callosas palmas.

En este momento sonaron pasos.

Estremecióse Anselmo de alegría y de rubor, y voló con sorprendente agilidad hácia la puerta.

Eran la baronesa del Lago y su hermano el facultativo don Antonio de Aguilar.

Anselmo se quedó como petrificado, hasta que corriendo Luisa á besar la mano de la baronesa, esclamó con júbilo la buena mujer:

—¡Nuestros bienhechores!

La baronesa recibió á Luisa en sus brazos.

—Este caballero,—dijo Luisa á Anselmo señalando á don Antonio de Aguilar,—es el facultativo que me ha vuelto la salud y la vista.

Y volviendo el rostro hácia la baronesa, añadió:

—Y esta hermosa señorita es la protectora de María.

Los dos hermanos permanecieron juntos.

Anselmo se arrojó á sus piés, y los besó como un miserable esclavo. Anselmo *el Arrojado*, el veterano valiente, el indomable republicano que en su vida se habia postrado ante el poder, que jamás habia cometido bajeza alguna, que hasta agobiado por todos los horrores de la indigencia no habia querido mendigar la caridad ajena, que orgulloso en su pobreza

considerábase superior al opulento palaciego..... este hombre incorruptible, este liberal á toda prueba, cuya altivez era hija de la virtud, y que hubiera preferido la muerte á la mas ligera humillacion, arrastrábase por el suelo y bañaba con su amargo llanto los piés de sus semejantes, y esta humillacion, lo mismo que su altanería, era tambien hija de la virtud.

No sin gran dificultad consiguió por fin don Antonio levantar al afligido padre, y recibiéndole en sus brazos, díjole con dulzura:

—Aquí, aquí, junto á mi corazon quiero yo á los hombres que honran por sus virtudes al género humano.

—Yo no soy digno de tanta bondad. He ultrajado con indignas sospechas la generosidad de ustedes, y no sé si merezco perdon.

—Sí, mi querido amigo,—dijo sónriendo con amabilidad la baronesa,—queda usted perdonado; pero ha de ser bajo una condicion.

—Hable usted, señorita,—repuso Anselmo enjugándose las lágrimas que surcaban sus mejillas y el sudor que brotaba en su frente.—¿Qué condicion exige usted?

—Que ese llanto y esa afliccion han de convertirse en júbilo y alegría.

—¡Alegría!.... No puede haberla para mí sin el amor de mi hija. La he ofendido villanamente, y he ofendido tambien á usted, á su benéfica protectora!....

—Su protectora..... su protectora..... No me gusta este título, amigo mio,—dijo la baronesa;—prefiero el de amiga, porque en efecto, soy la mejor amiga de María, y vengo ahora en su busca..... Ha desaparecido repentinamente de mi casa sin despedirse, porque se cree ofendida, y quiero desengañarla y darle una completa satisfaccion. Pero ¿dónde está María?

—Yo no lo sé.....—dijo Anselmo impaciente;—yo tambien la aguardo con ansiedad, siento una necesidad imperiosa de estrecharla contra mi corazon. Yo espero que volverá..... ¿No es verdad que volverá pronto?

—Sí, Anselmo, tranquilízate,—esclamó Luisa.—María no puede tardar, señorita,—dijo luego á la baronesa.—Han ido en su busca, y pronto estará aquí.

—¡Ánimo, virtuoso Anselmo!—esclamó don Antonio dando la mano al jornalero, que estaba asombrado de cuanto pasaba, y en estremo pesaroso por la tardanza de su hija.—¡Ánimo, amigo mio! Se acabaron ya todos los infortunios de ustedes, y el abominable autor de ellos acaba de caer en poder de la justicia.

—¿El autor de nuestros infortunios?—preguntó Anselmo cada vez mas aturdido.

—Sí,—continuó el médico.—Usted se acordará sin duda de que el 17 de julio de 1834 salvó la vida á un padre franciscano.

—Es verdad,—respondió Anselmo;—y por cierto que en pago de mi accion trató el malvado de seducir á mi hija.

—Pues esa idea no se ha separado un momento de su imaginacion. Es larga de contar la historia de sus maldades, que yo he sabido por su cómplice. Una infeliz que habia servido de instrumento á los torpes deseos de aquel mónstruo, obtuvo en premio ser encerrada, á instancias del impúdico fraile, en la Casa galera, despues de haber representado un papel brillante entre la aristocracia de la córte. La desgraciada no ha podido sobrevivir á tan atroz degradacion, y en pos de una breve pero aguda enfermedad murió ayer en mis brazos, revelándome secretos importantes. Una desdichada jóven que en sus buenos tiempos hacia pasar por hija suya, se ha quedado en un estado de alelamiento que da compasion.

—Pero ¿de qué medios se ha valido el maldito fraile para causar tantas desgracias?—preguntó Luisa.

—Repito que seria largo de contar,—dijo el facultativo.—Baste saber que sus crímenes están plenamente justificados por confesion de otra cómplice que tenia en su casa, y está tambien en poder de la justicia. Además, se han encontrado en su casa documentos importantísimos relativos á una vasta cons-

piracion en sentido carlista, de la que aparece jefe principal.

—¡Infame!—gritó Anselmo con ira.

—Pues ese traidor á su patria,—continuó don Antonio,—no solo pretendió seducir á María, sino que ha sido su implacable verdugo, cobarde calumniador, delator del hombre á quien debia la vida, y autor de villanos anónimos con que logró introducir la discordia en el seno de una familia honrada.

—¿Y cómo sufre el cielo tanta maldad?—esclamó Anselmo lleno de asombro.

—El cielo no la sufre ya.....—repuso el facultativo.—Se han descubierto las tramas de ese mónstruo por un prodigio de la Providencia..... está en poder de los tribunales..... es de esperar que tambien los hombres harán justicia. En este caso declararán la inocencia de usted, amigo mio, y María, que ha sido hasta ahora LA VÍCTIMA DE UN FRAILE, vivirá feliz para ser el consuelo de sus amados padres.

—¡María! ¡María!....—empezó á gritar Anselmo como fuera de sí.—¡Hija de mi corazon! ¿Dónde estás? Ven á los brazos de un padre que te adora. ¡Cuánto tarda!.... ¡Dios mio! ¿Adónde habrá ido? Me siento desfallecer..... Cuando debia esperimentar la mas dulce satisfaccion al saber que mi hija es inocente..... que merece mi amor..... yo no sé lo que pasa por mí..... siento un pesar que me agobia..... Un fatal presentimiento me dice que no he de ver mas á la hija de mis entrañas. ¡Y yo la he maltratado!.... ¡Perdon, hija mia, perdon!

Al decir esto, el afligido padre lloraba amargamente.

—¿A qué vienen esos estremos, esposo mio?—le dijo con angelical dulzura su digna mujer.—María volverá pronto. ¿No ves que tu afliccion nos hace padecer á todos?

—¡Volverá!.... ¿Dices que volverá?.... Dios lo quiera así..... porque yo no puedo vivir sin mi adorada hija. Este atróz presentimiento que me está destrozando el corazon..... este presentimiento fatal, precursor sin duda de alguna nueva desgracia, me anuncia que no he de ver mas á María, y hé aquí la idea horrible que me anonada. ¡No ver mas á la hija de mi

amor, y haberla yo apartado bárbaramente de mi presencia.... haber ofendido su virtud..... haberla insultado como á la mas estúpida meretriz!.... Esto es abominable..... María no debe volver á los brazos de un padre tan cruel y desnaturalizado..... ¡Ay! ¡Si ella supiese cuánto sufre este padre arrepentido!.... ¡María!.... ¡María!....

Anselmo gritaba como un frenético.

—Cálmate, esposo mio,—repetia la dolorida madre.—María no es rencorosa, y olvidará tu severidad en el momento en que se vea entre tus amantes brazos..... y este momento dichoso..... créelo, Anselmo, no puede tardar.

Nuevo rumor de pisadas interrumpió esta escena. Corrió Anselmo hácia la puerta..... ¡Tampoco era María! Sin embargo, á la vista del primero de los dos personajes que aparecieron, quedóse Anselmo estupefacto, contemplóle un momento con indefinible sorpresa, y lanzando un penetrante grito, se arrojó en sus brazos.

CAPITULO VI.

El resucitado.

—¡Mi coronel!.... ¡mi coronel!—gritaba Anselmo con ademanes de loco.—¿Será posible?.... ¿ó es esto una cruel pesadilla que hará luego mas acerba mi desgracia?

El hombre que estaba delante de Anselmo era el antiguo camarada cuya memoria jamás habia olvidado el agradecido jornalero. En todas sus desgracias, en los mas angustiosos apuros decia siempre *el Arrojado:* "Esto no me sucederia si mi coronel viviese." Y el protector de Anselmo vivia, mientras lloraba su muerte el digno compañero de sus bélicas fatigas. Figúrese pues el lector cuán grande seria la sorpresa del pobre jornalero á tan inesperada visita.

—¡Por Dios, por Dios, decidme que no es esto un sueño!...—repetia con ansiedad;—¡decidme que no me engaño!....

—No, querido Anselmo, no te engañas..... soy tu coronel..... ó por mejor decir, tu antiguo camarada, tu hermano,—esclamó profundamente conmovido el marqués de Bellaflor, que era el que con su hijo don Luis acababa de presentarse en aquella casa.

—¡Qué felicidad!—dijo Luisa besando la mano del marqués deBellaflor.—¡Nosotros que habíamos llorado tanto por la muerte de usted!....

—Es verdad, hija mia,—repuso el marqués dando cariño-

samente palmadas en la mano de Luisa;—tuve la desgracia de morir en los papeles públicos. Los señores periodistas me mataron de un rasguño, de una sola plumada: hay plumas mas terribles que la lanza de un guerrero; pero lo que es en el campo, solo quedé herido, aunque de bastante gravedad, y el resultado ha sido imposibilitarme para el servicio militar. Es un milagro que pueda contarlo hoy..... porque la herida fué muy cerca del corazon, y para estraer la bala tuvieron que hacer una carnicería en mi cuerpo. No hay mal que por bien no venga..... ahora tengo un escelente barómetro que me anuncia todas las alteraciones del tiempo; pero lo hace á menudo con tanta espresion, que no deja de atormentarme mucho, y varias veces ha puesto nuevamente en peligro mi existencia.

—Pues la *Gaceta*,—replicó Anselmo,—decia terminantemente que habia usted muerto.

—Esa es la prueba mas evidente de que era mentira,—contestó riéndose el marqués.

Y mirando luego afectuosamente á la mujer de Anselmo, añadió:

—Querida Luisa, venga un abrazo..... Yo supongo que tu marido no ha de tener celos de este pobre viejo..... Y estos señores que se hallan presentes me disimularán mi franqueza..... Los viejos tenemos privilegio esclusivo para estas libertades.

La baronesa y su hermano se inclinaron con amabilidad, como aprobando la proposicion del marqués, cuyo buen humor cautivó desde luego las mas dulces simpatías.

Luisa y el marqués se abrazaron afectuosamente.

—¿Sabes, Anselmo,—dijo el coronel,—que tienes una linda alhaja? Dicen que el matrimonio es una pesada cruz; pero yo creo que hay de todo en la viña del Señor, y á los apasionados de este estado suele acontecerles como á los aficionados á los melones. Todo está en saber acertar en la eleccion para no llevarse calabazas. Yo apuesto que á tí, Anselmo, no te será tan pesada esta carga como el chopo y la mochila. ¿Y son vuestros estos niños tan guapos?

Rosa y Joaquin corrieron á besar la mano del marqués.

—Tan lindos y amables como su madre,—dijo este dando un beso á cada uno.—¿Cuántos tienes?

—Ahora cuatro,—respondió Anselmo,—y tres que he tenido la desgracia de perder.

—¡Cáspita! ¿Sabes que has aprovechado lindamente el tiempo? Buena puntería tenias en las batallas, pero veo que no has perdido esta habilidad en tu nuevo estado.

El marqués notó que su chanzoneta era un poco atrevida habiendo una jóven delante, y queriendo disculparse, añadió sonriéndose:

—Disimulen ustedes mi franqueza..... Hoy estoy loco de contento..... es uno de los dias mas felices de mi vida..... y además, reclamo los derechos que me da el privilegio de que hemos hablado anteriormente. Disimule usted, señorita,—añadió saludando á la baronesa;—las chanzonetas de un viejo militar respiran siempre cierto sabor á cuerpo de guardia, que no está en su mano desvanecer.

—No me asustan á mí estas cosas, señor marqués,—respondió la baronesa;—y prefiero yo el buen humor á todo.

—Padre mio,—dijo don Luis de Mendoza,—esta señora es la baronesa del Lago, y este caballero su hermano don Antonio de Aguilar, uno de los mas acreditados facultativos de Madrid.

Don Antonio se inclinó.

—No ha mentido esta vez la fama,—repuso el marqués,—si el talento y las bondades de esta amable señora corresponden á su singular belleza.

—Gracias por el galanteo, señor marqués,—respondió la baronesa haciendo una graciosa cortesía.

El marqués de Bellaflor tendió la mano al facultativo, y dijo con elegante finura:

—Cuento con la amistad de una persona tan distinguida como apreciable.

—Me honra sobremanera ese deseo, y me considero dichoso

en ser amigo del digno padre de don Luis de Mendoza,—contestó el facultativo apretando con cariño la mano del marqués.

—Ahora, amigos mios,—continuó el marqués dirigiendo la palabra á Luisa y Anselmo,—quiero, como he dicho antes, pagar una deuda antigua. TODA PROMESA ES SAGRADA entre personas de honor..... No puedo en consecuencia faltar por ningun concepto á la mia, y ya veis, solo para cumplirla *he resucitado.*

—¿Una deuda?—repuso Anselmo.

—¡Pues qué! ¿has olvidado tan pronto tu heróica accion?

El lector nos permitirá reproducir lo que dijimos en el capítulo primero de la presente historia hablando de Anselmo *el Arrojado.*

«Habia servido en el ejército liberal bajo las órdenes de un coronel, á quien en una accion salvó la vida. Su jefe quiso recompensar los servicios de su libertador, y le proporcionó el retiro, que Anselmo deseaba desde que se habia enamorado de la mujer con quien casó despues.»

«El bizarro coronel hacia poco que lloraba la pérdida de su adorada esposa, y no parecia sino que buscase el peligro para librarse de un pesar desgarrador; pero reflexionando que debia vivir y cuidar del fruto de amor que le habia dejado su esposa, todo le parecia poco para mostrar su gratitud al valiente jóven que le habia salvado. Ofrecióle oro en abundancia; pero esta oferta ruborizó al pundonoroso militar, que solo admitió en recompensa la amistad de su jefe. PUES BIEN,—dijo el coronel abrazando á su salvador,—DESDE HOY, BIZARRO JÓVEN, DESEO SER TU HERMANO..... CÁSATE Y SÉ MAS FELIZ QUE YO..... PERO SI TIENES UNA HIJA, QUIERO SER SU PADRINO, ¿LO OYES? QUIERO QUE SE LLAME MARÍA, PORQUE ES EL DULCE NOMBRE DE LA ESPOSA Á QUIEN YO ADORABA TANTO; Y UNA VEZ QUE NO QUIERES MAS RECOMPENSA QUE MI AFECTO, JURO POR LA MEMORIA DEL ÁNGEL QUE DIOS ME ARREBATÓ, NO SER JAMÁS INGRATO AL BENEFICIO QUE TE DEBO.»

—DESEO SER TU HERMANO, dije entonces,—añadió el marqués de Bellaflor.—Pues bien, este perillan (y dió una palmada en el hombro derecho de don Luis de Mendoza que estaba á su

lado) aquí donde tú le ves, hecho todo un hombre de provecho, es mi hijo, ama á tu hija..... y es preciso casarles.

—¡Señor!—dijo Anselmo con humilde confusion.

—No hay que darle vueltas..... prometí ser tu hermano..... afuera cumplimientos..... y vengan esos cinco.

La baronesa y su hermano contemplaban atónitos y conmovidos esta singular escena.

En el momento en que el marqués de Bellaflor estrechaba la mano del pobre jornalero, un interesante grupo apareció en el dintel de la puerta.

—¡Mi hija!....—gritó Anselmo.

Era efectivamente María, apoyada en los brazos de su hermano y del negro Tomas.

Don Luis, sorprendido y azorado, aproximó una silla á su amada, y la infeliz dejóse caer en ella casi desfallecida.

Anselmo se arrojó á sus piés, asióla de las manos, las colmó de besos de amor y de arrepentimiento, y las inundó de lágrimas de alegría y de gratitud.

El negro Tomas salva por segunda vez á María.

CAPITULO VII.

Las esplicaciones.

Cuando María, frenética por la brusca é inesperada acogida que su padre le dispensó, creyó que no habia para ella mas medio de poner breve término á sus sinsabores que arrojarse al Canal, precisamente al verificar aquel acto horrible de desesperacion estaba no muy distante de ella el negro que la seguia.

Se acordará el lector que en el capítulo xx de la parte segunda del tomo primero, al contar el negro Tomas su historia, hace alarde de haber sido el mejor nadador de la tripulacion del buque en que servia; circunstancia que le favoreció en gran manera para salvar á María.

—Es la segunda vez que me debe la vida,—dijo con orgullo el africano,—y mientras conserve yo la mia, la dedicaré á guardar á mi señorita de toda suerte de peligros.

—Sí, buen Tomas, dijo don Luis abrazando afectuosamente al negro;—tú serás siempre su fiel vigilante..... Nunca, nunca te separarás de su lado.

—Este hombre se ha portado como un héroe, mi comandante,—esclamó Manuel dirigiendo la palabra á don Luis.

Y asiendo luego á su padre de la mano, añadió:

—Padre mio, este caballero es el digno jefe de mi batallon..... Todos los nacionales estamos dispuestos á derramar nuestra sangre en su defensa; pero desde hoy tenemos nosotros

mas motivos que nadie para adorar sus virtudes. Es preciso que usted lo sepa, mi querido padre; este caballero, arrostrando con valor mil peligros, ha libertado á usted de las garras del verdugo.

Decir esto Manuel y arrojarse Luisa á los piés de don Luis, abrazarle Rosa y Joaquin las rodillas, y contemplar todos esta tierna escena con lágrimas en los ojos, fué operacion tan rápida como simultánea, pero que ofrecia un bello cuadro lleno de animacion y de ternura.

—¿Qué es esto?—dijo enternecido don Luis levantando á la sensible Luisa.—Yo no merezco esos estremos, señora..... Espuse mi vida por salvar á un hombre honrado..... al padre de la virtuosa jóven á quien adoro.....

María sonrióse con una dulzura que espresaba perfectamente su amor y su felicidad.

Don Luis continuó:

—Cumplí con mi deber, y nada mas.

—¡Bien, hijo mio, muy bien!....—esclamó abrazando con entusiasmo á su hijo el marqués de Bellaflor.

Y mirando jovialmente á Anselmo, añadió:

—¿Qué dices tú á todo esto?

—Que estoy asombrado de tanta generosidad, de tantas virtudes,—respondió *el Arrojado* profundamente conmovido.—Todos, mi coronel..... todos son aquí héroes..... menos yo..... ¡infeliz de mí!.... Confieso que he sido un torpe..... un ingrato.....

Y besando la mano de María, le preguntó con los ojos preñados de lágrimas:

—¿Me perdonas, hija mia?

—¡Padre! ¡padre de mi corazon!—gritó María exhalando un suspiro.

Los auxilios que por disposicion del médico don Antonio de Aguilar se habian prodigado á María desde que fué conducida á la habitacion en que pasaba esta escena, habian producido ya el buen efecto que era de esperar. Tambien habíanla enterado el facultativo y su hermana de la inocencia de don Luis, esplicando lo de la misteriosa carta hallada en el tocador, y las intrigas de fray Patricio.

María y su padre se abrazaron y colmaron de besos, y esta reconciliacion, si puede decirse así, de dos almas que no habian dejado un momento de amarse, completó el júbilo que destellaban los semblantes de todos.

—Anselmo,—dijo el marqués,—yo me contemplo hoy muy feliz y creo que tú tambien lo eres.

—Sí señor,—respondió Anselmo.—Rodeado de corazones generosos..... breves instantes han bastado para hacerme olvidar mis pasados tormentos.

—Lo celebro mucho, camarada,—replicó el marqués;—pero es preciso que no seamos egoistas, y toda vez que nosotros somos felices, debemos hacer tambien la dicha de este buen par de alhajas.

Y dirigió una mirada á don Luis y á María, que estaban juntos dándose amorosas esplicaciones.

—Mi coronel,—respondió Anselmo recobrando su genial buen humor,—la ordenanza impone al soldado la obligacion de obedecer ciegamente á su jefe. Disponga usted lo que guste.

—Pues entonces,—repuso el marqués,—venga usted acá, María, ó mejor diré..... ven acá, hija de mi alma..... el primer abrazo ha de ser para tu nuevo padre..... despues te sobrará tiempo para abrazar á tu esposo.

María no se hizo de rogar. Apenas abrió el marqués de Bellaflor sus brazos, ya estaba en ellos la candorosa jóven.

Manuel se cuadró muy formal delante de don Luis de Mendoza y llevando la diestra á la altura de su frente con la palma hácia fuera, esclamó con donosa gravedad:

—Sea el parabien, mi comandante.

—Hermano mio,—dijo don Luis sonriéndose dulcemente,—ven á mis brazos.

Y se abrazaron tambien.

—Hijos mios,—esclamó Luisa asiendo á don Luis y á María de las manos y juntándolas con ademan solemne,—amaos siempre, y recibid con la bendicion de vuestros padres la bendicion de Dios.

—¡Viva! ¡viva!—gritó don Antonio de Aguilar.

—Señores,—dijo con graciosa amabilidad la baronesa del Lago,—yo soy la mujer mas envidiosa que hay en el mundo, y espero que se me concederá una parte en el general regocijo. Ya que he aparecido rival de María ante un fraile, espero ser su madrina ante un cura.

—Y yo su padrino,—añadió el médico.

—Perfectamente,—esclamó el marqués de Bellaflor.—Concedido.

María corrió á los brazos de la baronesa del Lago, y entrambas conmovidas, prodigáronse mútuamente afectuosos besos.

. . . . . .

¿Se celebrará el deseado enlace de María con su digno amante? ¿No habrá ningun contratiempo que lo impida? Pronto lo sabrá el lector.

CAPITULO VIII.

El Carnaval.

Habíanse deslizado algunos meses desde las satisfactorias escenas descritas en el capítulo anterior, y en este tiempo, no solo acabó de justificarse ante el tribunal competente la inocencia de Anselmo, sino que en consideracion á sus largos padecimientos, á sus relevantes méritos y buenos servicios, y atendidos los poderosos y disculpables motivos que le impulsaron á vengar el asesinato de uno de sus hijos

con la provocada muerte del *Desalmao*, fué del todo absuelto, y su honor ultrajado recibió un desagravio público por medio de una declaracion judicial que de órden superior salió inserta en la *Gaceta*, en que se hacia justicia al mérito y á la virtud.

Por otra parte, habíanse probado hasta la evidencia todos los crímenes de fray Patricio, y no podia tardar la hora de la expiacion.

Pero el triunfo de la virtud no era aún completo. Don Luis y María se amaban con adoracion, y su amor no habia recibido aún la bendicion sacerdotal ante los altares del Todopoderoso.

Érase el primero de los tres dias de Carnaval de 1837.

Acerca del orígen de esta locura universal, dimos en otra ocasion los detalles siguientes:

"Confesemos que es una singularísima cosa el Carnaval. No hay formalidad posible en cuanto él aparece. No hay gravedad que no vacile, ni prudencia que no titubee. Grandes y pequeños, hombres y mujeres, imbéciles y sabios, varones de reflexion y mozalvetes evaporados, todos se interesan con mas ó menos ardor en su efímero tránsito; nadie se le muestra completamente abyecto. El Carnaval es un período de disipacion y de locura: atesora placeres para todas las edades, diversiones para todos los gustos, distracciones para todas las clases. Las máscaras, los bailes, los festines, son los primeros elementos que satisfacen en estos dias toda suerte de exigencias.

La vida del hombre es un donoso mosáico, pero compuesto de piedras falsas: toda ella es una farsa ridícula que mientras haya hombres seguirá representándose en este pícaro mundo. Ahí, sin ir mas lejos, tiene usted gentes que durante once meses y medio del año cifran toda su atencion y conato en parecer prudentes, discretos, reservados, sensatos y juiciosos en fin; que se martirizan acaso para ostentar un esterior que jamás pueda dejar concebir de ellos ni una idea de atolondramiento, de ligereza ó estravagancia. Cuando hablan, cuando hablais vosotros mismos, lectores queridos, sin que

sea esto un agravio, cuando hablamos nosotros, en una palabra, procuramos hacerlo con moderacion, con toda la reflexion posible para que no se nos tenga por tontos ó por escapados de alguna casa de Orates; pero héte aquí que llega el mes de febrero repartiendo á todo bicho viviente mascarillas y dominós, y..... ¡patatrás! ¡Dios nos tenga de su santa mano! Todos los andamios de las bellas apariencias esteriores de prudencia y circunspeccion se desploman.

Bien conozco que la gràvedad de la vida reclama algun intermedio de desahogo. Es una necesidad confesada y atendida en todos tiempos y por todos los siglos. Un corto período de locura alarga la existencia del hombre: todos los pueblos han reconocido esta verdad. Los antiguos judíos tenian su *goral*, los persas y los babilonios sus *saceas*, los griegos sus *kronias*, los romanos, mas ardientes en todo, tenian no solo sus *saturnales* como los griegos, sino tambien sus *bacanales* y *lupercales*. Los judíos modernos tienen su *purim*, los musulmanes su *beiram*, los ingleses su *christ-mas* y los demás pueblos el *Carnaval;* pero observad bien, mis amados lectores, que la esencia de todas estas fiestas antiguas y modernas ha sido siempre la mesa, el baile, las máscaras, las diversiones, la risa.

Celebrad el Carnaval en gracia de Dios; pero ¿sàbeis bien lo que es el Carnaval? El Carnaval es una licencia para que toda persona decente pueda correr como un loco por esas calles de Dios con un rabo mas largo que el de Luzbel y un pedazo de carton en la cara, haciendo el oso delante de todo el mundo.

Los primeros sacerdotes cristianos se desgañitaban declamando contra sus bacanales; pero las locuras de aquella época habian echado demasiado hondas raíces en las costumbres para que las gentes renunciasen á ellas. Los catecúmenos no tenian inconveniente en someterse al bautismo y adoptar la nueva ley, con la condicion de que no se les privasen aquellas diversiones favoritas. El hombre era inseparable del neófito,

y el neófito apasionado de aquellos placeres, á los cuales queria hacerles renunciar el bautismo. En esta lucha entre el ente positivo y el ente de razon, no siempre se llevaba el último la victoria. Se apetecia el bautismo sin renunciar á las máscaras. Tertuliano se queja de esto amargamente; pero hubo que ceder á la fuerza de la costumbre y transigir. Así es que la institucion del ayuno preparatorio á la fiesta de la resurreccion, ó la pascua cristiana, imponiendo una dura penitencia de cuarenta dias de austeras privaciones, dió motivo á que antes de entrar en esta rigurosa cuarentena permitiese el cristianismo todas las locuras del Carnaval. Pero no solo eran permitidas en esta época. Los ministros de la religion eran los que mas se aprovechaban de semejante tolerancia para solazarse en cambio de sus privaciones, y llevaron el delirio hasta el estremo de disfrazarse en muchas circunstancias solemnes y hasta en las pompas fúnebres y entierros. Si no me creeis, consultar podeis los estatutos sinodales que Hinemar, arzobispo de Reims, dió en 853 á su iglesia. Este prelado prohibió á los religiosos de su diócesis el emborracharse (perdónesenos la espresion) la víspera del dia de los difuntos; de lo que puede lógicamente deducirse que aquellos santos varones tenian la costumbre de coger un lobo como un templo en aquel dia. Prohibiólés, como digo, comer, beber, cantar y bailar la danza del oso. El Carnaval, jamás autorizado y siempre tolerado por la Iglesia, se celebraba en las comunidades religiosas. Hace ya algunos siglos que en el último domingo de Carnaval se solemnizaba en Roma una fiesta á la que asistia el Papa á caballo, rodeado de todos los cardenales. Las gentes, á pié los pobres, y los ricos á caballo (esta es costumbre de todas las épocas), iban en procesion al monte Testacio, donde se hacia un sacrificio solemne. Empezábase la funcion por inmolar un oso: era el símbolo del diablo tentador de nuestra carne. Mataban en seguida unos becerrillos, que decian significaban el orgullo de nuestros placeres. Que el diablo fuese representado por un oso, fácilmente se concibe; su fealdad podia justificar

la comparacion; pero que los inocentes becerritos fuesen el símbolo de la voluptuosidad y el orgullo, es difícil de concebir.

En el siglo XV tenian tambien los cardenales la costumbre de disfrazarse y pasearse por las calles de Roma en carrozas triunfales con la cara tiznada, precedidos de trompetas y clarines; y como se disfrazaban en las iglesias, lo prohibió en 1456 el concilio de Soissons; y por último, el concilio de Toledo prohibió en 1565 que los eclesiásticos se disfrazasen; pero como los frailes de España han sido siempre alegres y aficionados á la zambra y gresca, fueron los únicos que continuaron en ciertas solemnidades disfrazándose y bailando en el coro.»

A las precedentes noticias acerca del orígen del Carnaval, tenemos que añadir ahora la descripcion de algunas escenas que en uno de estos dias de locura ocurrian en Madrid en 1837.

Dejaremos en el silencio las vulgares ocurrencias de ciertos entes, que despues de pasar todo el año devanándose los sesos para combinar un disfraz que llame la general atencion por la aguda originalidad de la idea, sacan á relucir su ingenio paseándose muy serios por las calles de Madrid vestidos de moros, ó cubiertos de esteras; trajes socorridos que consideran como un permiso para encajar una desvergüenza al lucero del alba.

A las cuatro de la tarde estaba Madrid animadísimo. Cruzábanse en todas direcciones alegres comparsas de máscaras, cuya diversidad de caprichosos atavíos es imposible describir.

Todas las raras antigüedades de las prenderías, los apolillados trajes que deslumbraron algun dia á los espectadores en los teatros de óperas ó comedias de grande espectáculo, alternaban con los airosos vestidos de majo, con los negros guiñapos del travieso estudiante, y con esos casacones y empolvadas pelucas, símbolo de la gravedad de nuestros antepasados.

No parecia sino que todos los países y las generaciones todas habíanse reunido en Madrid.

Aquí un ridículo jorobado veíase precedido de una multitud de chiquillos ansiosos por coger con la boca un miserable higo seco que aquel llevaba pendiente por medio de un bramante de una larga caña, á la cual daba golpes con un palo para que, agitándose el babeado fruto, no fuese tan fácilmente presa de la infantil gazuza.

Allí otro en traje de arlequin, sudando á mares, corria detrás de una naranja que arrojaba él mismo y volvia á coger si algun diestro muchacho no andaba mas listo en apoderarse de ella.

Mas allá divertíanse otros dos, vestidos de marineros ingleses, en darse de *trompis* con la mas brutal propiedad, parodiando la civilizacion de la Gran Bretaña.

Multitud de corpulentos asturianos disfrazados de lavanderas andaban á la greña á lo mejor y acababan por zurrarse la badana, imitando las poéticas escenas que suelen acontecer entre las encantadoras ninfas que concurren á orillas del famoso Manzanares.

No faltó en esta bulliciosa y animada enciclopedia el macareno contrabandista montado en su brioso jaco, ostentando

el puro en la boca, su indispensable trabuco en la diestra, y en la grupa su peregrino pimpollo, que equivale á decir una de esas *jembras* rumbosas, de ojos homicidas, que solo germinan en el suelo español, con mas gracias que una amnistía y mas sal que un alfolí.

Veíanse algunos grupos alegóricos; y si bien es verdad que en la mayor parte de las mascaradas escaseaba el ingenio, las habia de gran *chispa*, particularmente en la multitud de tiznados, cuya diversion consistia en visitar una tras otra todas las tabernas de Madrid y libar en cada una de ellas el delicioso néctar de Lieo.

Otras cuadrillas de corpulentas y nauseabundas sílfides, ligeras como el plomo, profanaban los respetables nombres del bolero, de la jota y del fandango, agitándose al compás de una destemplada bandurria y del canto chillon de aguardentosas sirenas.

Aunque la mayor parte de estos elementos de hilaridad solian dirigirse con preferencia al Prado, al baile de la plaza de Toros y á las cucañas de las Delicias, no por eso dejaba de participar todo Madrid de esta locura inmensa, de esta alegría universal.

Con todo, de una mansion oscura, de un subterráneo espantoso, salian hondos gemidos que venian á perderse en la comun algazara. Embriagada la sociedad entera de placer, curábase poco de que pudiese haber en el mundo quien derramase lágrimas de amargura apurando hasta las heces la ponzoña del dolor.

Un miserable mortal, abandonado de todos, víctima de agudos remordimientos, alternaba los lamentos de la desesperacion y el estéril llanto de la cobardía con sacrílegas blasfemias é iracundas imprecaciones. Cargado de pesadas cadenas, movíase convulsivamente y se arrastraba por el suelo como queriendo apresurar el término de sus padecimientos. Quedábase de repente inmóvil, y lloraba como una débil mujer; pero lejos de proporcionar estas lágrimas un consuelo al

desdichado que las vertia, debilitaban su espíritu y daban orígen á delirios espantosos.

El hombre de este calabozo oscuro y subterráneo, el que tan atroces tormentos esperimentaba, era fray Patricio.

Y en medio de los martirios que desgarraban su corazon, oia los gritos del gozo universal á que se entregaban todas las clases de la sociedad, de esa sociedad en la que se vió rodeado de fausto y de placeres. Este contraste acibaraba su horrendo padecer. Todos sus amigos habíanle abandonado; y hasta la *tia Esperanza*, en vez de prodigarle consuelos de amistad, convirtióse en su mas encarnizada enemiga. Para granjearse esta maldita vieja la benevolencia de los tribunales por medio de importantes revelaciones, descubrió y justificó todos los crímenes de su antiguo padre espiritual; pero este medio no evitó que la abominable beata fuese condenada á reclusion perpétua.

Precisamente junto á una reja que daba escasa luz al calabozo de fray Patricio, estaba moviendo estrepitosa algazara

una cuadrilla de máscaras, que vestidas de estudiantes y provistas de sus correspondientes instrumentos entonaban alegres cantares al compás de la jota aragonesa. Cada una de estas coplas, seguidas del popular aplauso y de las soberanas risotadas de una multitud zambrera, resonaba por el fétido vacío de la húmeda mansion del reo, y lo que era para los demás una escitacion de jovialidad sin límites, era para el malhadado fraile una gritería infernal que desgarraba su corrompido corazon.

Mientras el malvado blasfemaba horriblemente de Dios, y maldecia á los hombres que con tanta severidad castigaban sus escesos, los bulliciosos estudiantes entonaban los siguientes trovos:

Vaya, afuera el mal humor
en este dia jovial;
viva el gozo bienhechor
del festivo Carnaval.

—

Ya que estos ratos de holgura
dan solaz, fuerza y vigor
al pueblo trabajador,
para aumentar su ventura
vaya afuera el mal humor.

—

Hoy proclama la costumbre
libertad universal;
y la honrada muchedumbre
sacude su servidumbre
en este dia jovial.

—

Prodigue el vil lisonjero
vítores á un opresor;
que el honrado jornalero
solo grita placentero
viva el gozo bienhechor.

—

En tanto que el ambicioso
se convierte en criminal,
goza el pueblo laborioso
el júbilo bullicioso
del festivo Carnaval.

Al oir la última estrofa, lanzó fray Patricio un grito de rabia semejante al aullido de una fiera en el momento en que siente traspasado su pecho por la saeta del certero cazador. Este grito de dolorosa desesperacion quedó ahogado por los estrepitosos aplausos de una multitud llena de alegría y de honradez.

. . . . . .

Fray Patricio, el furibundo carlista, el conspirador sagaz, el insaciable codicioso, el hipócrita feroz, el seductor infame, el corrompido palaciego, el ex-fraile en fin, que aspiraba á ser consejero de don Cárlos, llora ya en oscuro calabozo las consecuencias de sus horrendos crímenes. Así vendrá tambien un dia de justicia y de expiacion para los malvados que se empeñan en arrebatarnos las instituciones liberales.

Retratar en fray Patricio á la inmunda pandilla inquisitorial que aún aspira al dominio de España, presentarla á la faz del mundo con todos los horrores de su deformidad, hé aquí el objeto primordial de nuestro trabajo; hé aquí el gran pensamiento para cuyo desarrollo hemos apelado á todos los recursos, á todas las fuerzas de nuestra escasa inteligencia, porque si en toda ocasion es útil y conveniente que conozca el pueblo los medios de que se vale la astuta hipocresía para ocultar sus infames designios, sus miras de absoluto predominio, nunca mas que ahora es deber de los amantes de la ilustracion y de la dignidad española hacer resonar por do quiera con enérgica valentía el acento del honor, la voz de la justicia, el eco potente de la verdad, para confundir y anonadar á esos frenéticos apóstoles del absolutismo, que merced al sistema reaccionario que desde el entronizamiento de las *sublimes inteligencias* domina en España, han tomado tales brios en el palenque de la discusion, que osan presentarse como los únicos adalides dignos de ceñir el lauro de la victoria.

Con arrogancia inaudita proclaman hoy los órganos del príncipe proscripto que solo el furibundo partido de don Cárlos es el predestinado para redimir los prolongados males de

esta nacion magnánima. Envalentonados con el sendero que á sus emponzoñadas y degradantes doctrinas abriera la ineptitud del gobierno, y viendo ejercido el poder ó mas bien la tiranía bajo fórmulas falaces, creen en su delirio que la hora de su resurreccion ha sonado, y agítanse en todos sentidos para coronar su empresa por medio de un escándalo.

De un escándalo, sí, porque un escándalo horroroso fuera el enlace de Isabel II con el conde de Montemolin, despues de tantos años de encarnizada lucha, despues de tantos afanes, despues de tantos sacrificios de oro y de sangre como ha derramado el pueblo para reconquistar su incuestionable SOBERANÍA, su adorada LIBERTAD; esa libertad emanada de la infalible justicia de Dios; libertad que de ningun modo es conciliable con el advenimiento de un desterrado que simbolizar pretende el ya caducado derecho divino [1].

Los amigos de la inquisicion, de las horcas y de los frailes, han apelado á estravagantes sofismás, y haciendo de la cuestion del matrimonio una *cuestion dinástica* (como dijimos ya en otro capítulo), ponderan su gravedad, y añaden que el advenimiento de la reina es un acto de la revolucion que no puede ser legítimo sin que le purifique el indicado enlace. Además de absurdo es altamente rebelde este peregrino modo de argüir, porque es contrario á la Constitucion vigente, y porque los actos de la soberanía del pueblo son siempre puros, siempre válidos, siempre legales, y es el mas punible de los atentados no rendirles todo respeto y veneracion.

Hoy mas que nunca levantan los absolutistas su hace poco abatida cerviz y exageran las grandes ventajas de su posicion, encomian sus elementos de triunfo y se califican de partido nacional único fuerte y poderoso para restablecer el órden y el sosiego público; pero esta suposicion temeraria queda desva-

[1] Despues de escrito esto, en decreto de 28 de agosto de 1846, declara la reina haber determinado contraer matrimonio con su primo el infante don Francisco de Asís María, y esta declaracion acaba de anonadar al feroz bando carlista.

necida por su estraña conducta en el momento en que para recomendar á los pueblos su desesperada causa, fingen modificacion en sus principios, disfrazan con los atavíos del sistema representativo sus vetustos dogmas, esos dogmas del fanatismo y esclavitud incompatibles con la dignidad del hombre, combatidos por la ilustracion y lanzados para siempre del seno de las naciones civilizadas, porque no puede haber independencia, libertad, prosperidad ni honor, donde se anteponga el capricho del rey á la soberana voluntad del pueblo.

¡Elementos de triunfo!.... ¡Insensatos! ¿Fundais acaso estos elementos en la preponderancia de vuestros intereses? ¿Los fundais en vuestros recursos pecuniarios?.... ¿en la opinion pública?.... ¿en la ignorancia del pueblo?.... ¿en la ventaja de vuestras armas?.... ¿en la bondad de vuestras doctrinas?.... ¿en el auxilio de las potencias estrañas?.... ¡Cuán miserables sois! ¿Tan alucinados estais que no conoceis los nuevos intereses creados por la revolucion, intereses mas sólidos ya y robustos que los que llorais, intereses hondamente arraigados que os es de todo punto imposible derribar? ¿No agotásteis ya en la pasada lucha todos vuestros recursos? ¿No estais aún convencidos de que los pueblos conocen perfectamente vuestra hipocresía, y no puede seros jamás favorable su opinion? ¿No veis que pasaron ya los tiempos de imbécil credulidad y de bárbaro fanatismo? ¿No quedásteis aún escarmentados en la pasada liza, en que midiendo vuestras fuerzas con los liberales, tuvísteis que besar el polvo de la humillacion? ¿Aguardais acaso triunfar por medio de los socorros vergonzantes del estranjero, que vendrán á reducirse á ineficaces simpatías? Desistid ya de vuestro loco empeño, y no hagais alarde de vuestra ventajosa posicion, si no quereis añadir el ridículo á vuestra miserable impotencia.

Demasiado sabeis vosotros, que lejos de ser el casamiento de Isabel II con vuestro adorado conde la piedra fundamental de la paz de España, lejos de conseguirse una reconciliacion que empezando en el seno de la familia real se propagase á la

nacion toda, trabajais hipócritamente en favor de una restauracion completa del régimen absoluto, y esta restauracion no podria verificarse sin destruir el gobierno representativo, los intereses creados, la libertad de imprenta, en una palabra, sin *esterminar* al partido liberal.

Esta es, españoles, la reconciliacion que nos ofrece el partido carlista. Este es el órden, la paz, el sosiego y prosperidad que nos proporcionaria el enlace de Isabel II con el conde de Montemolin. Estas son las glorias que traeria á nuestra amada patria el triunfo del *Angel esterminador*.

Fray Patricio no tiene de fabuloso mas que su nombre: su carácter, sus crímenes, su ambicion, su hipocresía, forman el tipo histórico de la mayor parte de los enemigos de nuestra prosperidad, que so capa de caridad evangélica, de mansedumbre apostólica, y de anhelos de fraternidad, pretenden ahogarnos en un lago de sangre para entronizarse sobre nuestros restos y erigirse en árbitros del pueblo.

Esta verdad es bien conocida de todo el país, que ha presenciado la feroz conducta de los Merino, Tristany y otros cien

tigres con hopalandas, que trocaron el hisopo por el trabuco del salteador.

Y para que se vea que nada les detiene cuando se trata del triunfo de sus abominables doctrinas, tiéndase la vista hácia los fértiles valles intercalados de montañoso terreno que constituyen las tres provincias de Vizcaya, Álava y Guipúzcoa, unidas á la Navarra, léase la historia de la reciente lucha, y se verá que para entronizar esos mónstruos el despotismo teocrático en España, no titubearon en hacerse defensores de una verdadera república, porque no venia á ser otra cosa la emancipacion de aquellas provincias, su particular legislacion, que las excluia de contribuir con sus hijos en defensa del Estado y de otras cargas y tributos que gravitaban sobre los demás españoles, disfrutando los beneficios y libertades que completaban sus decantados *fueros*.

Pero no eran los *fueros* de aquellos habitantes lo que sacaba del sagrado templo á los sacerdotes de un Dios de paz para lanzarlos al campo de la guerra; no eran los *fueros* los que impelian á estas indomables furias á blandir el homicida acero y agitar la tea incendiaria en vez de predicar evangélicos principios de caridad y de mansedumbre; no eran los *fueros* los que arrancándoles del púlpito y del confesonario conducíanles á los espectáculos de sangre, de robo y de violacion, donde figuraban siempre como insaciables caudillos; no eran los *fueros* por fin el móvil de su escandalosa y criminal conducta, sino el deseo de entronizar á don Cárlos para subyugar ellos despues trono y pueblo, y enseñorearse sobre los escombros de la libertad.

Al fallecimiento de Fernando VII contaban las provincias en cuestion quinientos mil habitantes de carácter hosco, de proverbial fiereza, de sentimientos religiosos hasta el fanatismo, de rígidas costumbres, y de un espíritu de provincialismo que raya en exaltacion.

Estos fueron entonces los elementos que el bando apostólico trató de esplotar para el logro de su ambicion desenfre-

nada, así como utilizar quiere ahora el soñado enlace de su MANIQUÍ con la reina de España.

El interés de los *fueros* y el fanatismo religioso en un país á propósito para la guerra, no solo por su situacion topográfica, sino por la escasa civilizacion de sus naturales, fueron hábilmente atizados por aquellos agitadores homicidas. Sabian muy bien que no les era dable proclamar lo que la nacion entera rechazaba, sabian muy bien que donde doce millones de habitantes oponíanse decididamente á sus criminales proyectos, érales imposible tremolar con éxito el negro estandarte de la inquisicion, y alzaron en consecuencia la bandera de los *fueros* en las provincias Vascongadas, cuando el gobierno superior no habia pensado siquiera en alterar tales franquicias é inmunidades.

Tan cierto es esto, como que el poder miraba aún como un crímen inmiscuirse en las cosas de la Iglesia, y odiaba ciertas reformas que la ilustracion del siglo reclamaba con imperio. Entre los cortesanos que rodeaban á Cristina, entre los individuos del gobierno, habia relaciones reservadas con los agentes de don Cárlos. Deseoso Zumalacárregui de atraerse al bando rebelde á uno de los generales del ejército liberal, hizo uso para convencerle de uno de los documentos de tan criminal correspondencia; y este hecho escandaloso, cuya revelacion debemos al celo y amistad del ilustrado jóven don Blas Araque, es positivo, aunque seamos los primeros en publicarlo. Y no valga decir que tales inteligencias serian supuestas por el caudillo rebelde para mejor lograr su intento, porque el general á quien aludimos ha dado sobradas pruebas de astucia y de sagacidad, y el mismo Zumalacárregui, que era su amigo social y *le conocia y apreciaba mucho*, y por esto sin duda le deseaba para su *jefe*, no se hubiera atrevido jamás á decirle otra cosa que la verdad.

A pesar de todo esto y de la ninguna disposicion que habia en el gobierno para marchar por la senda de las reformas, empezaron los apóstoles de la anarquía á recorrer aquel país

y á sublevar á sus naturales, diciéndoles que los *fueros* iban á serles arrebatados, que iba á reproducirse en España la revolucion francesa con todos los horrores de la nivelacion de fortunas y de la guillotina, y que las inmorales máximas de libertinaje de los francmasones reemplazarian el dogma venerando de nuestra santa religion. Estas alarmantes palabras, pronunciadas con diabólico entusiasmo por multitud de sacerdotes que á guisa de frenéticos energúmenos se agitaban por todas partes, lograron por fin dar cima á la desastrosa sublevacion que hizo correr á raudales la sangre preciosa de los hijos de España, enconados entre sí en fratricida lucha, promovida y alimentada por los ministros del Dios de las misericordias.

Varios hechos nos refieren las historias que podríamos citar en corroboracion de esta verdad; pero por si hay quien dude aún de que el bando apostólico fué el que sublevó el país y el motor en consecuencia de todas estas catástrofes, que con el casamiento de Montemolin quiere ahora renovar con mayor encono, citaremos un solo hecho, por ser menos sabido, si bien no menos cierto que los infinitos que la historia contemporánea nos presenta, y de los cuales la España entera ha sido víctima y testigo. Tambien nos ha demostrado la veracidad de este hecho el señor Araque, en términos que no dejan lugar á la menor duda.

Cierto prelado reunió, pocos dias antes del fallecimiento de Fernando VII, á los curas de su diócesis, y dirigiéndoles la palabra, concluyó su discurso con estas notables espresiones: «UN GRAVE ACONTECIMIENTO NOS AMENAZA; PERO LO PRIMERO ES SALVARNOS, AUNQUE PARA ELLO SEA PRECISO VERTER Á MARES LA SANGRE DE CIERTOS HOMBRES.» Uno de los concurrentes, hermano de cierto general carlista, preguntóle cuáles eran los CIERTOS HOMBRES y el GRAVE ACONTECIMIENTO de que se trataba; y el prelado contestó: «*No tardará en verificarse el acontecimiento, y entonces se os darán instrucciones contra esos hombres* SIN CUYO ESTERMINIO NO PUEDE HABER SALVACION PARA NOSOTROS.»

Ahora bien, sepan nuestros lectores que todos los que com-

pusieron aquella asamblea no tardaron en engrosar las filas de don Cárlos, conduciendo á ellas la mas florida juventud de sus feligresías, y es de presumir que el ACONTECIMIENTO en cuestion fuese la muerte del monarca, y los HOMBRES CUYA SANGRE ERA PRECISO VERTER Á MARES los defensores de la libertad.

El buen prelado conoció los perjuicios que iba á irrogar á ciertos zánganos de alzacuello y estolon todo sistema de progreso y de saludables reformas, y que el medio de salvar los tesoros que ciertos abusos producian á los que dicen que renuncian en este valle de lágrimas á todo género de riquezas y bienes perecederos, era la guerra, el esterminio del partido liberal, y guerra y esterminio predicóse entonces, y guerra y esterminio es lo que envuelve esa reconciliacion á que nos brindan con su pretendido enlace. Hemos dicho que todos los que compusieron aquella asamblea volaron á la faccion, y en esto hemos faltado á la exactitud, porque es preciso escluir al caritativo prelado, que á manera de fray Patricio vivia entre los liberales. Este santo varon mantúvose quieto en su destino, desde el cuál fué mas útil á la causa de don Cárlos.

Cuando á principios de 1834 confirióse el mando en jefe del ejército de las tropas liberales al general Quesada, en la Memoria que dirigió al gobierno manifestándole cuál iba á ser su plan de campaña, se leen estos renglones: "Si fuera posible separar de este país á todos los malos curas y frailes, seria un medio seguro de que mejorase el espíritu público, y por consiguiente que se disminuyese la faccion; pero conozco que esto es imposible, pues SERIAN MUY POCAS LAS ESCEPCIONES QUE SE PUDIERAN HACER, EMPEZANDO POR EL ALTO CLERO DE LA CAPITAL."

Mucho pudiéramos añadir para probar el sanguinario instinto de los que en vez de seguir los preceptos sublimes del Evangelio, han originado las desgracias todas que de algunos años á esta parte pesan sobre nuestra desventurada España; pero basta lo que llevamos espuesto, basta lo que ha presenciado la nacion entera para que no se nos culpe de exagerados en el desarrollo del carácter feroz de fray Patricio, tipo de esos hi-

pócritas que tan envalentonados se presentan en el dia, de cuyo rostro soez hemos arrebatado la risueña máscara para que el pueblo español no se deje fascinar de sus ponzoñosos halagos.

Afortunadamente hay tambien dignos ministros del altar que practican las verdaderas máximas del Evangelio. Estos respetables sacerdotes conocen como nosotros los abusos que deploramos; y no hace mucho que un ilustrado religioso nos dirigió, entre otras cláusulas llenas de luminosas verdades, las notables líneas siguientes:

"……todos los vicios que en la constitucion secundaria de su esterior disciplina ha tenido la Iglesia, y por cuyos flancos tantas brechas ha abierto en sus baluartes el ariete enemigo, vienen de haberse alejado de sus sencillos principios, y enaltecídose con el orgullo y los atavíos de los déspotas mundanos. Fuera ella en sus formas popular y patriarcal, como su fundador divino la queria, sin violencia, sin sangre, absteniéndose del juego impuro de las intrigas por levantar un trono sobre los tronos del mundo, y fijar en su cetro el dominio temporal y absoluto de todos los pueblos de la tierra, y el lábaro de la cruz ondearia hoy con respeto desde Roma á los opuestos polos. Hubieran sus ministros tenido siempre presente el santo dogma de la igualdad que los apóstoles predicaron y recomendaron á sus sucesores, sin estraviarse del verdadero rumbo de su doctrina para satisfacer pasiones reprobadas y usurpar la posesion de unas atribuciones que no les pertenecian, y la regeneracion del mundo y la paz y ventura de los pueblos y las sanas costumbres se encontrarian hoy en su mayor desarrollo. Fueran generosos y humanos con sus enemigos, atrayéndolos á su gremio por los medios que la dulce persuasion ofrece, como encarecia el grande Gregorio, cuyo nombre hicieron odioso algunos de sus sucesores; hubieran dado por sí mismos el ejemplo de esa caridad divina, que es la piedra angular de su moral, y las naciones todas se reunirian hoy en derredor de sus tabernáculos."

CAPITULO IX.

El dormitorio blanco

Una de las calles de Madrid que por su estraordinario bullicio rivaliza en celebridad con la famosa Puerta del Sol, es sin duda alguna la dilatadísima calle de Toledo. Mejor que en el Congreso de los padres de la patria, vénse en ella representadas todas las provincias que constituyen la nacion española.

Por ella aparecen el macareno hijo de la tierra de *María Zanticima* con la rica aceituna sevillana; el indomable carromato catalan con su escitante salchichon de Vich; el estremeño con sus picantes chorizos, que tan ricamente condimentan la sabrosa y nunca bien ponderada olla nacional, y enardecen la sangre de los descendientes de Atanarico; el cartaginés y el murciano con sus carros atestados de naranjas y granadas, como deseosos de templar con ellas los efectos del comestible anterior; el hijo de Pelayo con su enorme calzado á guisa de *Judío errante*, que aunque no entra por la puerta de Toledo, sino por la de Segovia ó portillo de San Vicente, se enseñorea de todas las calles de Madrid con su cuba de *horchata de ranas* acuestas, ejerciendo sus sansónicos brios y luciendo su *dulcísimo* dialecto en la cuna de los Vargas y de los Cisneros. Tampo-

co dejan de cruzarse algunos devotos de la vírgen del Pilar, aunque el terco y franco aragonés suele introducir en la córte los estomacales melocotones de su país por la puerta de Alcalá; el honrado nieto de Sancho Panza, precedido de una récua de jumentos mas retozones que calaverillas de buen tono ó literatos en ciernes, ó entronizado en algun carro cargado de pellejos del famoso Valdepeñas.....

del néctar que sabe
la pena mas grave
en gozo tornar,

segun opinion de nuestro lírico Melendez; y por último, la galera del alegre valenciano, que con sus blancos y holgados zaragüelles en verano, y sus calzones de pana azul en invierno, sin ser jugador de manos ni valerse en consecuencia del arte de birlibirloque, sabe, por medio de su inteligencia mercantil, convertir esteras en horchata de chufas y cacharros en melones, con cuyos géneros especula á las mil maravillas durante las cuatro estaciones del año, y así pasa la vida jovialmente cantando su cancion favorita:

Vendo en otoño sandía,
durante el invierno esteras,
loza por las primaveras,
y en verano horchata fria.
¿Quién la bebe?
¡Fresquita como la nieve!

En una palabra, por la calle de Toledo suelen transitar cuantos se descuelgan de las provincias todas, con intento de abastecer á Madrid de todos los regalos *manducables* que produce el fértil suelo español, fruto de los afanes y sudores del honrado y pobre labriego, para que se refocile acaso en su sabor el haragan de los palacios.

La reunion de todos estos transeuntes ante el parador de

Cádiz ó de la posada del *tio Berrinche*, forma un bellísimo cuadro lleno de animacion.

La diversidad de trajes que se ofrecen á la vista, los distintos dialectos que se oyen por todas partes, y la concurrencia de los madrileños de aquel barrio, que es indudablemente el mas populoso de la capital, presentan un espectáculo asombroso; y este indefinible bullicio cobra mayor vida y agitacion conforme va introduciéndose el forastero en la coronada villa. Infinidad de zapaterías, hojalaterías, tabernas, posadas y mil tiendas de todos géneros, trasforman esta calle en un verdadero mercado, que hace mas concurrido la proximidad del Rastro, célebre zacatin ó reunion de prenderías, en donde se venden ropas de uso y toda especie de trastos inútiles, desde la espada del rey Wamba y el dedal de Clitemnestra hasta el cetro de Montemolin, desde la lanza de don Quijote hasta los espolines de don Cárlos y los algodonos del tintero de don Jaime Balmes [1].

En 1567 empezaron en esta calle su huronera los *pobrecitos* padres de la Compañía de Jesus, y bajo el patronato de doña María de Austria construyóse en 1651 la actual iglesia de San Isidro, templo grandioso y riquísimo de magnificencia, como cosa de los *benditos* jesuitas. Cuando, conocida la hipocresía de estos hurones, fueron estrañados del reino por Cárlos III, con cajas destempladas como suele decirse, destinóse este templo para iglesia real colegiata, adonde fueron trasladados con religiosa pompa el 4 de febrero de 1769 los cuerpos de los santos esposos Isidro y María de la Cabeza, cuyas urnas fueron colocadas en el altar mayor. El cuerpo del glorioso patron de Madrid se conserva ileso, á escepcion de una pequeña avería en los piés, dentro de dos magníficas cajas. La interior es de filigrana argentina, donativo de la reina doña Mariana de Neobourg, y la esterior de bronce, plata y oro, regalada por el colegio de plateros de Madrid. Sobre un grupo de nubes

[1] Escritor carlista.

campea entronizada la estátua del santo, obra de don Juan de Mena, y colocadas lateralmente en simetría están las de la Fé y Humildad, debidas á la destreza de don Manuel Alvarez y don Francisco Gutierrez. En el segundo cuerpo hay un gran cuadro pintado por don Antonio Rafael de Mengs, que representa la Santísima Trinidad. Otras pinturas de Ricci, de Jordan, de Alonso Cano, de Morales, de Donoso, de Coello, de Carducho, de Palomino y de Herrera, contribuyen á la decoracion de este altar, de la capilla de la Soledad, de la de San Ignacio, sacristía y demás puntos de la iglesia, cuya magnificencia es por todos conceptos asombrosa.

La fachada de este suntuoso templo es acaso por su aspecto majestuoso la mas imponente de todas las de las iglesias de

la córte. Consta de tres puertas entre cuadruplicadas semi-columnas con pedestales y una pilastra á cada lado. La cornisa que termina sobre las columnas ostenta una hermosa balaustrada, y completan la obra dos torres laterales no terminadas aún.

Este es el edificio mas notable de la calle de Toledo. Las casas particulares no son de estremada elegancia.

En una de ellas, situada á lo último de la calle, muy inmediata á la puerta del mismo nombre, habíase hospedado el marqués de Bellaflor con su hijo don Luis de Mendoza; y aunque no era uno de esos marmóreos palacios que tanto abundan en Madrid, amueblada con esquisito gusto bajo la direccion de la inteligente baronesa del Lago, con todo el lujo y elegancia con que un amor puro y apasionado hubiera querido convertir en paraíso lo que iba á ser morada de la mas virtuosa beldad, ofrecia en su interior un aspecto delicioso.

Las paredes de la sala principal estaban cubiertas de raso color de lila. Preciosos cortinajes ondeaban en torno de los dinteles de las lustrosas puertas de nogal. Grandes y costosas pinturas con marcos dorados alternaban entre magníficos espejos. Las butacas y sofás que rodeaban el salon estaban cubiertas de lindas sedas floreadas de vivísimos y bien combinados colores. Entre los dos balcones que daban vista á la calle habia una elegante mesa de caoba con bellos adornos de bronce dorado, y encima de la superficie de mármol campeaba un magnífico reloj que representaba la carroza de Cibeles puesta de perfil, viéndose en una de las ruedas, que ocupaba el centro de este grupo, el círculo de las horas de oro embutidas en blanquísima porcelana. Dos preciosos jarros de china con flores artificiales, colocados lateralmente, completaban la simetría de estos adornos. Cuatro graciosas rinconeras sostenian sendos globos de cristal con hermosísimos peces de colores. Una mesa redonda de graciosísima hechura ostentaba en medio del salon un precioso juego de café de loza inglesa. Colgaban del techo cinco arañas de cristal con su corona dorada. Las cuatro laterales eran

mas pequeñas y á propósito para bujías; la del centro tenia tres órdenes de magníficos globos. La alfombra de esta sala correspondia por su finura y graciosos dibujos á la elegancia y esquisito gusto de los demás adornos.

Esta sala daba paso por un lado á otras piezas, cuya descripcion omitiremos para no ser demasiado prolijos, y por otro á un lindísimo gabinete con su correspondiente alcoba, que por estar destinado á ser la sagrada morada de dos tiernos y felices esposos que por sus virtudes y desgracias han obtenido las simpatías de los lectores, no podemos prescindir de ensayarnos en hacer de ella una ligera pintura.

Las paredes del gabinete estaban cubiertas de una riquísima seda azul zafiro con ramos de flores de terciopelo turquí. Este azul oscuro sobre fondo claro hacia muy bello efecto. Dos grandes espejos de cuerpo entero, cuyas ovaladas lunas, rodeadas de caoba, girables entre dos pequeñas columnas de ébano con capiteles de plata hábilmente cincelada, que descansaban sobre un pedestal de ébano con cuatro leones de plata, alternaban con una preciosa sillería de bambúes y un tocador, maravilla del arte, construido de varias y finas maderas, tan raras como prodigiosamente labradas y embutidas, con ricos adornos, entre los cuales descollaba sobre la límpida luna de cristal un donoso grupo de oro que representaba á Vénus acariciando á Cupido, que desde el regazo de su madre sostenia con la mano izquierda un canastillo, del cual sacaba con la diestra hermosas flores que derramaba sobre un lecho nupcial. Pendia del techo una jaula que contenia un bellísimo canario. El pavimento estaba no menos ricamente entapizado que la sala anterior; pero lo que presentaba una vista encantadora por su elegante sencillez era el dormitorio. Bajo un hermoso pabellon de costosos encajes estaba el lecho de los futuros esposos. Todo respiraba candor. La cama y sillería eran de marfil, las paredes estaban cubiertas de raso blanco, y sobre la fina holanda que cubria los colchones y almohadas de mullida pluma veíase una colcha de damasco, blanca tambien

como la espuna del mar. Solo el tapiz de esta nevada alcoba era de casimiro pajizo, y este color delicado daba mayor realce á la hermosa blancura del que iba á ser en breve sagrado recinto de amor y de pureza.

Tenia este dormitorio dos puertas laterales. La de la izquierda daba paso al baño, y la de la derecha á un alegre comedor con vistas y comunicacion al jardin por medio de una galería y escalinata de marmol.

Como el mes de marzo no es el mas á propósito para que ostente Flora el lucimiento de sus galas, y además hacia poco tiempo que este jardin habíase terminado, próvida naturaleza no habia aún tenido el tiempo suficiente para derramar sobre él sus inagotables hechizos. Veíanse no obstante los primores del arte en la simetría y esquisita inteligencia con que estaban repartidos los diversos cuadros de plantíos, los preciosos surtidores, las estátuas, los estanques, encrucijadas, verjas, callejuelas, escogidas plantas nacientes y últimas flores de invierno, entre las cuales andaba el negro Tomas muy afanoso escogiendo las mas bonitas, y con el auxilio de dos jóvenes y apuestas doncellas formaba graciosos ramos y lindas guirnaldas con que engalanaba una hermosa capilla cuya puerta principal daba al jardin.

Eran las diez de la mañana.

Un matrimonio acababa de verificarse en el sagrado oratorio del cual hemos hecho mencion.

La hija de un pobre jornalero y el hijo de un rico marqués, María y don Luis de Mendoza acababan de recibir la bendicion de un sacerdote, y salian rebosando júbilo, rodeados de una alegre aunque reducida comitiva, que no cesaba de dar parabienes á los afortunados esposos, que abrian el paso amorosamente unidos de las manos en ademan de subir la escalinata del jardin con direccion al comedor.

Seguíanles el respetable Bellaflor asido del brazo del honrado jornalero Anselmo, á quien el demócrata marqués cedia la derecha. El *Arrojado* parecia haber rejuvenecido, y estaba

sumamente interesante con su aire marcial, su chaqueta de paño azul y su pantalon ceniciento con tira encarnada.

Luisa y la baronesa del Lago iban tambien de bracero, y en pos de ellas el intrépido Manuel, dando el brazo derecho á Rosa y la mano izquierda á Joaquin.

Terminaba este lucido séquito el cura en medio de don Antonio de Aguilar y del baron del Lago y otros amigos de confianza del marqués de Bellaflor y de don Luis de Mendoza.

Al llegar al comedor, donde habia un espléndido almuerzo prevenido, hizo el marqués sentar en uno de los dos sitios principales al padre de María, colocando á su izquierda á su digna esposa y á su derecha á la baronesa del Lago. En las tres sillas del otro estremo colocó al señor cura en medio del baron y del facultativo. Sentóse él en el centro de uno de los lados entre Rosa y Manuel, y en el del frente hizo sentar á los recien desposados. Los demás concurrentes sentáronse á discrecion.

No nos entretendremos en dar minuciosos detalles de los diversos trajes que vestian los personajes de esta escena. Baste decir que si bien el lujo no era tan deslumbrador como en los festines de la elevada aristocracia, veíase la sencillez unida á la finura y elegancia.

María estaba seductora. Un velo de modesta dulzura ó indefinible bondad daba mayor realce á la perfeccion de sus agraciadas facciones. Una lindísima diadema de hojas artificiales de verde esmeralda, embellecidas de diamantes que imitaban el matinal rocío, ceñia su cabeza, sujetando con graciosa coquetería los largos, negros y lustrosos bucles que deslizándose por las mejillas ondeaban en torno del sedoso y enhiesto cuello. Es imposible pintar la española espresion de sus grandes y rasgados ojos negros, cuyas pobladas cejas y largas pestañas aumentaban su hermosura. Sus labios de carmin, contraidos por una sonrisa encantadora, descubrian la igual, blanca y luciente dentadura. Será fuerza renunciar á la descripcion de la esbeltez de su reducísimo talle y esquisitas

proporciones de su aventajado cuerpo. Un vestido de *moiré* pajizo, bajo otro de crespon blanco guarnecido de camelias, cuyas flores y follaje formaban bellísimas undulaciones, desprendíase de un gracioso corpiño de terciopelo negro tachonado de preciosos diamantes iguales á los de la diadema, y de unos riquísimos pendientes, cuyos destellos se perdian entre las sombras de los rizos. De una gruesa cadena de oro y esmalte que rodeaba su cuello, y cayendo sobre el corpiño terminaba en el corazon, pendia el medallon adorado, inseparable compañero de sus ya olvidados infortunios. No queremos proseguir la pintura de tantos hechizos, porque hay beldades superiores á la habilidad del mas diestro pincel, y es una profanacion el retratarlas.

Creemos inútil decir que durante el almuerzo reinó la mas pura alegría, la franqueza mas cordial, entre brindis de verdadera amistad.

—¿Conque no hay remedio?—decia el marqués de Bellaflor á Anselmo el *Arrojado*.—¿No quieres venirte con tu familia á habitar con nosotros esta casa?

—No, mi coronel,—respondió Anselmo;—no quiero acostumbrarme á malos vicios. A Luisa y á mí nos va perfectamente en nuestra humilde choza. Rosa se quedará aquí con su hermana; pero los demás lo vamos á pasar muy en grande con lo que gana ya Manuel en la imprenta, y lo que voy á ganar yo, que me encuentro con todas las fuerzas de mi juventud, y no quiero abandonar la honrada profesion de albañil. Quiero ser siempre jornalero, y solo cuando me falte trabajo acudiré á mi hija, á mi protector, á mi antiguo coronel.

—¡Siempre coronel!—esclamó el marqués.—¿Cuándo habrá igualdad entre nosotros, señor republicano?

—Pues bien,—repuso Anselmo poniéndose en pié con la copa en la mano,—he oido ya varios brindis, y quiero tambien echar mi cuartillo á espadas.

Y mirando con resolucion al marqués, añadió con adorable franqueza:

—¡Hermano mio, á tu salud!

Mientras una salva de bravos, vítores y palmadas seguian á este brindis, cubriéronse de rubor las mejillas de la virtuosa Luisa. Una lágrima cayó de sus ojos; pero era una lágrima de satisfaccion y de regocijo.

El marqués no pudo contenerse, y abandonando su asiento, corrió hácia Anselmo y le estrechó contra su corazon, conmovido de orgullo y de placer.

. . . . . .

El marqués, cuya hereditaria nobleza tenia su orígen en la mas remota antigüedad, cifraba SU ORGULLO, repetimos, en adquirir vínculos de parentesco y de amor con la familia de un pobre albañil, solo porque atesoraba virtudes mas apreciables que la necia vanidad de algunos aristócratas improvisados, que en medio de su opulencia y suntuosidad ruborízanse de haber nacido en humilde cuna, y desconocen á sus mismos parientes..... tal vêz á sus propios padres ó hermanos, porque en vez de esos trajes de Carnaval, llenos de bordados de oro, con que suelen ponerse en ridículo los títulos novatos, visten la honrosa chaqueta del artesano. Dignos son verdade-

ramente de lástima esos imbéciles que se creen que no hay mas riqueza que la del dinero ni mas nobleza que la de los pergaminos. Un rico sin dignidad, sin prudencia ni amor ni respeto á las masas trabajadoras, es un ente despreciable, es un *pobre* hombre que merece compasion. El aristócrata que se aisla por no rozarse con una sociedad de la que se juzga distante por su elevada alcurnia, es otro *miserable* cuya fragilidad divierte al pueblo, como la manía de un insensato, que solo en su jaula, cree ser árbitro de los destinos ajenos. ¿Hay todavía quien imaginarse pueda que esos títulos inventados por la vanidad de los tontos engendran por sí solos nobleza, cuando apenas pasa dia sin que en los diarios de avisos se anuncie la venta de alguno de ellos como suele anunciarse la cosa mas despreciable y *vulgar*? ¿No es una nobleza que cualquiera de esos á quienes se califica de *pobres y ruines pelafustanes de la plebe* adquirir puede con poco dinero, supuesto que casi siempre es el hambre quien obliga á poner ejecutorias en pública subasta? Y si por una cantidad insignificante le es fácil á cualquiera decorarse con el título de marqués ó de conde, ¿es posible que haya en el mundo gente záfia hasta el punto de creer en semejante nobleza de farsa? El marqués de Bellaflor conocia muy bien que la verdadera nobleza es hija de las grandes acciones, y al ver que emparentaba con una familia cuyos individuos eran todos modelos de virtud, su corazon latia de placer cuando estrechaba la mano del jornalero que acababa de honrarle y ennoblecerle dándole el título de hermano. De honrarle y ennoblecerle, sí, porque un pobre obrero que jamás ha transigido con la infamia, que pasando por las mas terribles vicisitudes ha sabido hacerse superior á ellas y no abandonar nunca la senda del honor, es mil veces mas noble hasta en su indigencia, que esos elevados personajes de la aristocracia que respiran por todas partes ineptitud y orgullo, sin que puedan alegar en su favor mas mérito que el de ser hijos de otro tonto encopetado, ó el haber comprado una rancia ejecutoria á algun noble mendruguista. Son estos argu-

mentos tan lógicos, son verdades tan patentes, que en la misma aristocracia hay personas dignas por sus talentos de respeto y estimacion, y ellas son las primeras que reconocen el ningun valor de semejantes títulos, cuando no hay moralidad en las costumbres de los que de ellos hacen empalagosa ostentacion.

Y si por sí solos nada valen los viejos pergaminos, ¿qué diremos de los que compran nobleza con el oro, con la adulacion, con el servilismo, con la infamia y hasta con el crímen? Confesemos pues, que así como hay nobleza que mancilla y degrada, hay tambien pobreza que honra y ennoblece; y de esta clase era la del plebeyo albañil, en cuya diestra, encallecida por el trabajo, juzgábase honrada la mano del opulento marqués de Bellaflor.

. . . . . .

—Señores,—dijo el baron del Lago ostentando una copa en la diestra:—¡que la felicidad de los nuevos esposos no se vea nunca interrumpida por el emponzoñado aliento de la seduccion!

Una ligera sonrisa de María dió á entender al baron que comprendia su arrepentimiento.

Habíase ya terminado el almuerzo, y los dos esposos, embebidos en amorosas pláticas, no habian reparado en que los concurrentes se habian ido poco á poco diseminando por el jardin.

Al verse solos, levantáronse tambien; pero en vez de seguir las huellas de los demás, enlazó don Luis su brazo por la delgadísima cintura de su esposa, y en esta amorosa posicion se dirigieron ambos maquinalmentes al *dormitorio blanco*, que como hemos dicho antes, estaba contíguo al comedor.

Abrió don Luis la puerta, y la candorosa vírgen sintió un estremecimiento indefinible al ver el lecho nupcial.

Pocos momentos despues resonaban en aquel recinto de celestial pureza, á manera del suave murmullo de las flores mecidas por las brisas de la aurora, los suspiros de amor, que se confundian con los melodiosos trinos de un canario.

¡Amor! ¡sublime amor! tus votos están satisfechos.

En este momento una estrepitosa detonacion resonó por todos los ángulos del edificio. Era una descarga que envió á fray Patricio á los profundos infiernos.

Sentenciado como traidor á ser pasado por las armas, murió sin dar muestras de arrepentimiento ni querer recibir los auxilios espirituales; pero al mismo tiempo mostró una cobardía sin igual.

Al disparar el piquete los fusiles, dejóse caer, y solo una bala le acertó en la frente y le destrozó parte del cráneo, pero sin acabarle de matar.

A consecuencia de esta horrible herida, estuvo largo rato lanzando aullidos.y retorciéndose en violentos estremecimientos de dolorosa agonía.

Varios tiros mal dirigidos aumentaron sus tormentos y lograron por fin reducirle á cadáver, despues de haberse revolcado por su sangre inmunda, de la cual, en el declive de una cuesta que hay á la izquierda de la parte esterior de la puerta de Toledo, dejó un charco asqueroso para escarmiento de hipócritas y de traidores.

FIN DE LA PRIMERA ÉPOCA DE MARÍA.

EPÍLOGO.

Al dar cima á la primera época de María, lejos de creer que nuestra humilde produccion esté exenta de grandes defectos, no le damos mas importancia que la que por su objeto humanitario y sublime, y por las sanas tendencias que á escribirla nos han impelido, pueda acaso merecer. Sabemos perfectamente que el censor de torvo ceño no se cura de intenciones, y descarga la inexorable penca de su crítica mordaz contra todo mísero profano, por laudable que sea el celo de una voluntad pura y benéfica.

Si al colocar á la España en la avanzada línea que en la civilizacion universal le corresponde, se reconoce amor de patria en nuestros sentimientos; si brillan por ventura en nues-

tro humilde trabajo destellos del ardiente deseo que nos anima en pro de las clases menesterosas; si hemos logrado despertar la vigilancia y atizar el odio contra la infame hipocresía; si hemos alcanzado de nuestros lectores una sola lágrima en tributo de respeto y de amor á las virtudes de una infortunada hija del pueblo, habremos logrado un éxito superior á nuestras esperanzas.

Hemos vindicado á la Milicia nacional de los calumniosos ultrajes de sus cobardes enemigos; y sentimos habernos visto reducidos á relatar las glorias de la Milicia madrileña, porque en toda España, lo mismo que en su capital, ha sido un dechado de valor, de subordinacion, de heroismo.

Nosotros hemos tenido ocasion de admirar de cerca estas sublimes virtudes, porque durante lo mas encarnizado de la guerra civil hemos estado al frente de uno de los batallones que mas ocasiones tuvieron de distinguirse en tan sangrienta lucha. Hablamos de la Milicia nacional de Vinaroz. Permítasenos dejar aquí consignado un público testimonio de gratitud á la confianza sin límites con que nos han honrado siempre los liberales de la heróica villa que meció nuestra cuna, los denodados patricios que con la preciosa sangre de sesenta y tres valientes sellaron en los campos del honor el juramento de morir con gloria primero que doblar el cuello á una vergonzosa coyunda, los héroes invencibles, que sin mas muros que sus nobles pechos, bastaron, en número de setecientos, unidos con trescientos valientes del ejército, para intimidar á diez y siete mil hombres aguerridos, que con su rey don Cárlos al frente, no osaron invadir aquel recinto de honor y de bravura [1].

[1] En el *Eco del Comercio* del 15 de julio de 1837 se lée lo que sigue:

«Con la mas cumplida satisfaccion damos lugar á la siguiente carta que se nos ha dirigido desde el liberalísimo y valiente pueblo de Vinaroz. Su contenido es el mejor agüero sobre el resultado de la espedicion del imbécil tirano. Que todos los pueblos imiten tan patriótica conducta, y la patria se salva pronto.

«*Vinaroz 6 de julio.*—El 30 del próximo pasado tuvimos noticia de que la faccion navarra, con el príncipe tonto á su cabeza, acababa de pasar el Ebro para reunirse á los vándalos de Cabrera. Esto acrecentó el entusiasmo de los decidi-

Heróica ha sido la Milicia nacional de Vinaroz como la de toda España; pero no podemos pasar en silencio un hecho que por sí solo inmortaliza á los habitantes de aquella benemérita villa; y para que no se crea que un escesivo amor al pueblo que nos dió el sér, nos ciegue hasta el estremo de exagerar sus glorias, callaremos nosotros á fin de hacer oir la voz de

dos habitantes de esta villa, y llegó á su colmo cuando leyeron una alocucion de las autoridades, en que manifestaban su invariable resolucion de perecer antes entre las ruinas del pueblo que sujetarse al yugo de un príncipe traidor tan imbécil como tirano.

»Es digna del mayor elogio la energía y sábia conducta que han desplegado las autoridades de esta villa durante el peligro. Convocaron á las personas mas distinguidas por su posicion social, patriotismo y saber, con el objeto de oir consejos de honor y salvacion. En esta entusiasmada asamblea descolló la decision del patriota don Wenceslao Ayguals de Izco con proposiciones de medidas estraordinarias, que recibidas unánimemente con aplauso y puestas en ejecucion con la mayor energía por el ayuntamiento constitucional, han contribuido en alto grado al aspecto imponente de los fuertes que guarnecen esta villa, á la exaltacion del espíritu público y demás ventajas consiguientes.

»No puede hacerse una descripcion exacta del estremo á que llegó el entusiasmo al recibirse la noticia (la noche del 2 del corriente) de que el Pretendiente acababa de llegar á Ulldecona con todos sus esclavos, inclusas las facciones de por acá, acampados á tres horas de distancia de esta villa, cuyos arrabales atraviesa la carretera, por la que probablemente se habia propuesto pasar el señor rey absoluto. Era en consecuencia de presumir que seríamos atacados aquella noche; recelo que confirmó la llegada de un comprometido que vino á refugiarse en esta villa. Oyéronse algunos tiros á las nueve, y al toque de generala se iluminó el pueblo y acudió cada cual á su puesto con un valor estraordinario, anhelando el momento de vengar á las sesenta y tres víctimas del 18 de octubre de 1835.

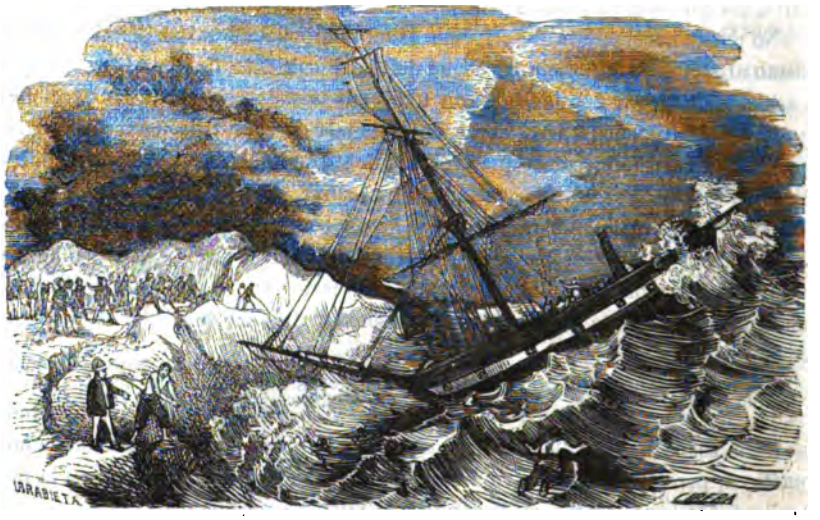
»A media noche se oyeron por todas las afueras del pueblo los feroces aullidos de *¡viva la inquisicion! ¡viva el rey absoluto!* y se avivó el tiroteo en términos que hacia sospechar era llegado el momento del ataque, que todos anhelábamos frenéticos; pero el enemigo tuvo á bien abandonar el campo y repetir en la noche siguiente igual tentativa, llevándose el mismo escarmiento.

»No solo los trescientos hombres del ejército y setecientos nacionales armados que componen la escasa fuerza de esta villa han hecho prodigios á la vista de diez y siete mil esclavos, sino los paisanos legalmente exentos del servicio, los mismos ancianos corrieron al peligro, y los niños entonaban himnos á la libertad, mientras sus madres y hermanas, sentadas en corro á la puerta de la calle, oian los tiros con la mayor indiferencia, y con mil chistes y ocurrencias graciosas ridiculizaban las pretensiones del rey de los frailes.»

un representante de la nacion (el señor Medrano) que en la sesion del 25 de abril de 1840 le refirió en el seno de las Córtes del modo siguiente:

«Valientes han sido todos los pueblos de España: dentro de esa provincia están Lucena, Castellon, Villafamés, Villamalefa y otros; en la misma provincia que me dió el sér tambien los ha habido; pero hay un hecho privativo, propio del carácter de ese pueblo, que prueba su heroicidad.»

«El dia 11 de noviembre, despues de ese suceso lamentable en que fueron sacrificados tantos beneméritos nacionales, se presentaron unos barcos que conducian facciosos desde Cartagena á Barcelona: la mar estaba borrascosa; pasó uno de los barcos que no tuvo necesidad de acercarse demasiado á la costa, pero se presentó otro cargado con ciento cuarenta y siete facciosos con su escolta; el temporal empezaba á inspirar temores, y el barco no tardó en hacer señales de peligro.»



«Los vecinos de Vinaroz, como siempre han estado en disposicion de temer ataques, han permanecido en alarma continua, y creyendo que pudiese ser un ataque simulado, ocuparon sus puestos. Pero pronto cesó la alarma, y todo el pueblo en masa acudió al muelle: las señales de peligro se repitieron y

contestaron por los vecinos, que indicaron el punto por donde podia embestir el buque á tierra: embistió en efecto, estrellándose en el momento, y se arrojó todo el pueblo á la mar, y salvó ciento cuarenta y siete facciosos, toda la escolta y la tripulacion.»

«No pereció ni un hombre siquiera; pero los infelices, que infeliz es todo el que padece, que acababan de salir del inminente peligro de perder la vida en el mar, se vieron en otro no menor, porque creian ser sacrificados por aquel pueblo, justamente resentido; y así es que empiezan á gritar: «Señores, que nosotros no somos de Cabrera.» La contestacion fué unánime, un grito general: «No tengais cuidado; os salvaremos: nosotros tenemos gobierno, tenemos jefes, y pertenecemos á un pueblo valiente que no ataca á enemigos indefensos.» Esto hicieron, y este comportamiento tuvieron á pesar de estar justamente resentidos; y á mi modo de ver, entonces fué Vinaroz mas grande y sublime que en todas las defensas que ha hecho.»

«Me he aprovechado de esta ocasion para presentar este testimonio de mi respeto y admiracion á ese pueblo.»

Ya anteriormente el *Diario mercantil* de Valencia del 24 de noviembre de 1838 habíase espresado sobre este particular en los términos siguientes:

«La relacion que insertamos en el número de anteayer de lo ocurrido en Vinaroz, copiando el parte [1] de aquel coman-

[1] Este parte estaba concebido del modo siguiente:

Comandancia militar del canton de Vinaroz.—Excmo. Sr.—Como á las diez de la mañana de este dia, habiendo un fuerte temporal, se me dió aviso hallarse un buque á la vista con direccion á esta costa, pidiendo auxilio y en derrota de perderse. Inmediatamente di mis disposiciones para socorrerlo; pero siendo imposible el tirar ninguna lancha al agua, no pudo hacerse mas que hacerle señales para que se dirigiese sobre la playa de la Magdalena, que baña á esta poblacion; mas al llegar próximo de tierra se observó conducia facciosos prisioneros, y acudiendo toda la marina y tropa que puse sobre las armas, se consiguió varar el buque sobre dicha playa, y reconocido resultó ser la polacra *Nuestra Señora del Mar*, su capitan don Estanislao Perez, procedente de Cartagena, que conducia ciento cuarenta y siete prisioneros á Barcelona, los cuales venian escoltados por un sargento, un cabo y ocho nacionales de la espresada plaza de

dante militar, desearíamos la reprodujesen todos los periódicos de la nacion, y los estranjeros á cuyos editores llegase, porque ella es el mas terrible cargo contra los jefes sanguinarios de esa manada de lobos carnívoros, cuyo instinto, perfeccionado con las diarias carnicerías de que son ejecutores y testigos, es una consecuencia del principio de intolerancia que dirige su sistema, y un ensayo de lo que harian si triunfasen. No hay que formarse ilusiones: la reaccion del año 1823 tuvo por distintivo calabozos, estrañamientos, confinamientos, suplicios. La presente, si por desgracia se verificase, careceria de los tres primeros: no habria cárceles, á nadie se estrañaria, á nadie se confinaria. Todos los liberales sin distincion de edad

Cartagena. Dicho buque, en el mismo acto de varar, fué destrozado por las olas; pero la humanidad de este leal y patriótico vecindario y guarnicion, dando pruebas de aquella y de su cordura, trabajaron hasta conseguir la salvacion de todos. Prisioneros, escolta y tripulacion, todo se salvó á fuerza de fatigas, que duraron la mayor parte del dia, saliendo aquellos del naufragio sin ropa alguna y casi todos sin camisa, aunque despues se ha sacado de los fragmentos del buque alguna ropa que se les ha entregado. La desnudez de todos, la penosa navegacion que han sufrido desde el 30 del anterior octubre hasta la fecha, los ha puesto en un estado deplorable, y en particular á los prisioneros, entre los que resultan algunos enfermos; á aquellos les tengo en un local provisionalmente, pero custodiados, y he dado las órdenes correspondientes para que se les socorra con la racion de pan y etapa hasta tanto que V. E. disponga lo que tenga por conveniente.

No puedo menos de manifestar á V. E. lo satisfecho que he quedado del buen comportamiento y órden de este vecindario y de la guarnicion, pues todos á porfía no deseaban mas que salvar del naufragio á unos enemigos que tantos motivos tienen para odiarlos, manifestando siempre los sentimientos de sus corazones, como verdaderos liberales, no haciéndoles el menor daño en situacion tan crítica, y sujetándose á que sea la ley y no otro el que los castigue, cuyo resultado confieso á V. E. no esperaba con la efervescencia que observé el dia 10 del actual cuando la llegada de la bombarda *Flora*, de que di á V. E. cuenta en el mismo dia, manteniéndose el pueblo tranquilo, sin la menor sospecha de alteracion.

Todo lo cual pongo en el superior conocimiento de V. E., esperando se sirva darme sus órdenes de lo que deba hacerse con dichos prisioneros, los cuales conceptúo no conviene permanezcan en este punto. Dios guarde á V. E. muchos años. Vinaroz 13 de noviembre de 1838.—Excmo. Sr.—*Ignacio Courtois*.—Excelentísimo señor capitan general interino, segundo cabo de estos reinos.

ni sexo, ¿qué decimos liberales? los indiferentes, los neutrales; aún mas, los carlistas moderados y de pura opinion serian degollados, ahorcados, descuartizados, sus casas quemadas, sus bienes confiscados; y no descansarian los carlistas hasta que, física y materialmente hablando, no quedase con vida un solo liberal. Parecerá exageracion; pero el censo de la poblacion española disminuiria en cerca de dos millones de personas ejecutadas en los suplicios, sin incluir en dicho número los que lograsen sustraerse con la emigracion á una muerte cierta. A lo que vamos viendo, se organizarian cámaras ardientes y consejos de sangre, y volverian los aciagos dias de la Convencion y asesinatos en masa, reproduciéndose en escala mas vasta é incomparablemente mas atroz las escenas de destruccion que señalaron de un modo tan único y terrible la dictadura de Robespierre. No es una exaltacion de fibra, un enardecimiento de sangre el que nos inspira tan espantosas profecías; es la íntima conviccion de que así debe suceder, fortalecida con el escrupuloso análisis de los elementos que entran en la confeccion del sistema carlista. ¡Necio, desgraciado del que crea que una reaccion en la actualidad tendria ni siquiera un punto de contacto, de semejanza remota con la reaccion de 1823! ¡Infeliz del que se prometiese otra alternativa que la emigracion ó el cadalso! ¡Desventurado del que esperase olvido, y mucho menos compasion!»

«El deseo de que estas terribles verdades ahonden en los ánimos de todos los españoles que no sean esclavos de la tiranía rebelde, nos ha estraviado algun tanto del objeto principal de este artículo. Decíamos que la conducta observada por los habitantes de Vinaroz es el cargo mas terrible que se puede hacer al estúpido Pretendiente y á los jefes que en nombre suyo insultan á la humanidad y á la naturaleza. Acompáñenos el hombre reflexivo é imparcial y colóquese con nosotros en Vinaroz, donde manan sangre todavía los cadáveres de la flor de la juventud de aquella hermosa villa, despedazados por los rebeldes; donde casi resonaron las descargas del

Forcall y los alaridos de las víctimas de Cabrera; donde llegó el eco de los tiros que asesinaron á los desgraciados nacionales del castillo, y donde incesantemente se repiten noticias de las crueldades del tigre. Presente pues á la vista de estos habitantes un crecido número de prisioneros pertenecientes á las hordas de los vándalos, y muchos de los cuales tendrán quizás sus manos manchadas con la sangre de alguno de los hijos de aquel pueblo; preséntelos en momentos de efervescencia, de furor, de frenesí justo, aunque terrible, y díganos si creerá en la virtud, en el heroismo de aquel pueblo; díganos si escusaria cualquier esceso, cualquier arrebato. Pues ese pueblo furibundo, frenético, no asesinó á sus asesinos, no; fué mas héroe que todo eso: los salvó de una muerte cierta. ¿Qué decimos los salvó? Se espuso á la muerte por salvar las vidas de los que las aprovecharán para destruirlo y aniquilarlo á él; y esto en ocasion en que ningun interés le resultaba, ni temor ó respeto alguno podia influir en su conducta. ¡Gracias por tu heroismo, pueblo de Vinaroz! Si los bárbaros que salvaste, si los indignos á quienes sirven fueran capaces de sentir, de aprender, de tí debian tomar lecciones, de tu virtud, de tu magnanimidad. Pero no, son incorregibles. Constituyamos á Cabrera en caso semejante, y pongamos á su disposicion doscientos náufragos liberales..... ¡Horror causa solo imaginar la acogida que les daria en su infortunio! Y nosotros, á pesar del sistema de represalias establecido, no podemos renunciar á los sentimientos que nos caracterizan, y aun recibimos á los enemigos, y les cuidamos y alimentamos como en Vinaroz, donde la bondad del trato que los facciosos recibieron escede á toda ponderacion.»

«Pero como quiera que sea, nuestra noble conducta en esta parte hace resaltar mas la indigna de los rebeldes, y justifica victoriosamente las represalias que hemos adoptado. Inútiles serán las medidas de rigor para contener á Cabrera, pero no lo serán para estimular á los facciosos á forzar á Cabrera á contenerse por su propio interés, ó para determinar una reac-

cion que le haga expiar los enormes crímenes que pesan sobre su alma emponzoñada. Duro es que un siglo de ilustracion presencie escenas dignas de los siglos mas bárbaros; pero échese la culpa á los que son orígen de tantos males, y caiga la maldicion y execracion de las edades presentes y futuras sobre sus cabezas.»

Y en presencia de estos y semejantes hechos históricos con que la Milicia nacional de toda España dió pruebas de su generosidad y prestó á la libertad gloriosísimos servicios de una importancia inmensa, ¿hay quien ose calumniarla? ¿Hay quien diga que no puede haber sosiego público donde tenga armas el pueblo? Lo que no consiente el pueblo armado son los abusos del poder, y claro es que los que viven de ellos, los que medran en medio de escandalosas arbitrariedades, jamás reconocerán la utilidad de esa fuerza ciudadana, mas interesada que nadie en la conservacion del órden público, porque sin él no puede haber prosperidad para la industria, para las artes ni el comercio, de cuyas fuentes mana la dicha de las clases del Estado, llamadas por la ley á la defensa de sus propios intereses. Pero estas clases honradas y trabajadoras serian hordas de imbéciles siervos si las armas que deben blandir con denuedo contra toda clase de enemigos de su libertad dejáranlas enmohecer en el fango de la degradacion, y sucumbiendo á la estúpida molicie de miserables autómatas, besasen la mano opresora que forja su dogal. Por esta misma razon que el baluarte mas inexpugnable de la libertad del pueblo es la Milicia nacional, no conviene que esta exista donde no se quiere que el pueblo tenga libertad.

Creemos haber cumplido con lo mas sagrado de nuestra mision al abogar por la mejora de cárceles y de hospitales.

Dios quiera que la Junta municipal de Beneficencia pueda llevar á efecto cuanto antes su grandioso proyecto de reformas en favor de los pobres dementes y de las infelices que adquieren el sagrado título de madres; pero dudamos mucho que realizarse puedan los filantrópicos deseos de la Junta en

el triste aislamiento á que se la ve en el dia condenada, y la ninguna proteccion que el gobierno le dispensa.

Desde su fundacion hasta el reinado de Isabel II, el Hospital General de Madrid estuvo exento del pago de contribuciones por las fincas de su pertenencia, sin que pagasen derecho cuantos géneros y especies entraban en Madrid para consumo de los enfermos. En el dia de hoy paga su cuota como otro cualquiera propietario de fincas, y solo se le permite la libre entrada del vino y la carne. Aunque los monarcas, en medio del fausto deslumbrador que les rodea, suelen curarse poco de los ayes de la humanidad doliente, preciso es consignar aquí un acto histórico de régia caridad. Desde Cárlos III han hecho donativos de importancia al Hospital General cuantos reyes le han sucedido, y hasta Fernando VII hízole el de los sobrantes de su mesa, que vendidos en la misma cocina de Palacio, producian algunos miles de reales. Con ninguno de estos beneficios cuenta actualmente el Hospital General de Madrid.

Hemos levantado nuestra humilde voz en pro de esas asociaciones humanitarias que pudieran moralizar á las masas populares prestando auxilios á los jornaleros necesitados, sin que tengan estos que acudir en sus conflictos á la codicia de un insaciable usurero, á la cual sacrifican su porvenir, y lloran despues en el seno de sus desgraciadas familias la esterilidad de sus afanes, ó acaban por recurrir al SUICIDIO.

El suicidio ha sido en todos tiempos asunto de graves meditaciones entre los moralistas; pero ahora mas que nunca debe llamar muy particularmente su atencion, en vista de la progresion ascendente de semejante catástrofe.

Varias son las opiniones emitidas sobre el suicidio. Unos le juzgan como acto libre sujeto á responsabilidad, otros como resultado de la demencia, quiénes le elogian como un acto de valor, quiénes le califican de vergonzosa cobardía; la religion le mira como un crímen, la moral como una accion culpable.

Estas opiniones tienen todas ellas un aspecto de verdad en

ciertos casos; pero en el momento en que se trate de hacerlas esclusivas, se las convierte en erróneas.

El medio de aclarar la cuestion está en el orígen de las causas que producen el suicidio, que son generalmente:

La vergüenza de algun crímen.

Los padecimientos físicos.

La embriaguez.

Las enfermedades cerebrales.

El amor.

Los celos.

Los disgustos de familia.

La indigencia.

Los reveses en fin producidos por el juego, por la ambicion, y á veces por motivos laudables ó por la injusticia de los hombres.

En una palabra, el suicidio no tiene mas orígen en nuestro concepto que *los padecimientos físicos* y *morales;* pero no por esto se ha de deducir que es siempre una enfermedad ó un acto de locura.

Verdad es que es muy cómodo para tranquilizar la conciencia de los causantes de ajenos infortunios, cuando la miseria y la desesperacion arrojan á un viviente al suicidio, poder esclamar, ERA UN INSENSATO; pero la mas ligera observacion de los hechos perturbará esta aparente tranquilidad. Las pruebas sobran; pero entre los muchos casos históricos de que podríamos valernos para justificar nuestra opinion de que no puede haberla esclusiva en materias de suicidio, seguiremos los ejemplos publicados por Mr. Brierre de Boismont.

Hé aquí cómo se espresaba un padre que se asfixiaba durante la ausencia de su hija:

"Mi querida hija: Tengo sesenta y nueve años, estoy enfermo, paralítico, casi ciego; lo he probado todo para no serte una carga, pero infructuosamente. Cuando he pedido hospitalidad en las casas de beneficencia, se me ha contestado que no tenia la edad! Hace seis meses que agotas tus recursos; no se pasa

una semana sin que lleves alguna prenda al Monte de Piedad; el resultado de esto será la indigencia..... mas vale que termine yo mi vida. Aprovecho el momento de tu ausencia..... Cuando vuelvas habrán acabado ya todos mis males, y tú no tendrás que trabajar mas que para tí.»

El segundo ejemplo es de un hombre á quien el deseo de

enriquecerse con prontitud condujo á su completa ruina.

Hé aquí la carta en que esplica los motivos de su suicidio:

«Mi querida esposa: Es preciso separarnos; hace medio año que lucho contra esta resolucion; ¡tan fuerte es el instinto de la vida! Pero no obstante, cediendo á mi idea, hubiera sido el mal menos grave. Sufrí tanto en mi juventud, que juré poner término á mi existencia si la miseria me asaltaba por segunda vez. A los diez y ocho años, para evitar toda suerte de privaciones, busqué la muerte en los combates; ahora no tengo ya este recurso. Tú me maldecirás, mi tierna amiga, pues te dejo en un estado deplorable; sin embargo, no todo está perdido: si nuestro hijo sabe apreciar los sacrificios que hemos hecho por él, no abandonará á su madre.»

«Despues de las angustias de mi juventud, héme dejado

llevar á las especulaciones de la Bolsa, sin tener presente que jamás fuí afortunado en los juegos de azar. Ya que la Providencia habíame concedido algunos bienes, debí permanecer tranquilo; pero la codicia y los malos consejos me han arruinado.»

«Maldito sea el que me arrastró á tan perniciosa senda; sin él seríamos aún dichosos; pero elogiando las operaciones de la Bolsa, escitando mi amor propio, mofándose de mi incapacidad, hundióme en este peligroso caos. Tú tambien, mi querida esposa, aprobando sus pérfidos consejos (no lo digo para reprenderte), escitaste mi ambicion. Pero yo solo me tengo la culpa de todo, pues no me faltaron buenos consejeros.»

«Me quedaban aún algunos débiles recursos, con los cuales hubiese podido prolongar mi existencia; pero no he podido resistir al pensamiento de verte en la miseria. Yo, que desde nuestro casamiento no he tenido mas deseo que el de crearte una posicion segura, he quedado sin fuerzas ante un resultado tan triste.»

«Y tú, mi querido hijo, que despues de tu madre eres el objeto de todos mis afanes, sírvate de leccion el ejemplo de tu desventurado padre. Con placer y orgullo te he visto crecer en los principios del honor; tu buena conducta te ha granjeado una escelente reputacion entre nuestros conocidos. Ya no me tendrás mas para guiarte..... sé el protector, el apoyo de tu madre. Hacia medio año que deseaba confiarte mis penas, entenderme contigo para reparar nuestras desgracias; pero la vergüenza de la confesion ha sido mayor que mi voluntad.»

«Hijo querido, soy una víctima de la miseria; luché contra ella y creia haberla vencido; pero una ambicion *sugerida* todo lo ha desvanecido, y hoy he caido en el abismo con treinta años mas. Soy feliz de haberte dado una educacion; ella te ayudará á salir de la desgraciada posicion en que va á colocaros mi muerte. Cuando estés en edad de casarte, busca una mujer que te proporcione alguna fortuna, porque nada rompe los lazos conyugales como los apuros de la pobreza.»

"Adios, mis queridos amigos; os abrazo con la desesperacion en el alma: mi último suspiro es para vosotros."

¿Hay en esta carta el menor síntoma de locura? Sin vanas declamaciones, sin oropeladas frases de teatro, todas sus líneas destellan verdad y pintan perfectamente la desesperacion de un hombre, que viéndose arruinado al fin de su carrera, y no teniendo la energía de la juventud, no puede soportar la vista del espantoso espectro de la indigencia.

Este ejemplo que hemos tomado entre cien otros prueba que el suicidio puede muy bien ser resultado de esa sed insaciable de riquezas, de esa necesidad de atesorar en breves dias que se apodera del espíritu de los codiciosos, así como puede serlo de otras mil causas, sin que la demencia medie para nada, aunque tambien por sí sola pueda ser una de ellas.

Pero siendo generalmente el suicidio un acto libre y premeditado como otra cualquiera de las acciones del hombre, está sujeto á influencias mas ó menos poderosas, entre las cuales figuran en primera línea las costumbres, las instituciones, las leyes, las creencias, la desmoralizacion, y no pocas veces la virtud, el valor y el heroismo. Solo así se esplican los suicidios de la Grecia y de Roma, de la India, de Sagunto, de Numancia, y de tantos personajes célebres.

Ha dicho un gran filósofo satírico:

> El mundo es baile de máscaras
> y el hombre con vanos títulos
> pone á sus locuras cáscaras [1].

Nosotros no creemos, como Voltaire, que el Universo sea una casa de locos: opinamos, sí, con Brierre de Boismont que la razon es la regla, y la locura la escepcion. Pero así como estamos plenamente convencidos de que el hombre, en el suici-

[1] Ce monde est un grand bal, où des fous déguisés
Sous les risibles noms d'Eminence et d'Altesse,
Pensent enfler leur être et hausser leur bassesse.
VOLTAIRE.

dio, tiene generalmente conciencia de lo que hace, tenemos igual persuasion de que con semejante acto se hace culpable á los ojos de Dios, cuyas leyes viola, lo mismo que ante la sociedad, á la cual arrebata un miembro mas ó menos útil; pero tambien es preciso confesar con dolor que esta misma sociedad, con su ingratitud, su desprecio y sus injusticias, es con mucha frecuencia culpable de lamentables suicidios.

A la sociedad corresponde dar una educacion moral á las masas populares para estirpar las malas costumbres. La miseria es indudablemente el mas eficaz elemento de cuantos conducen el hombre al suicidio. ¿Y tan difícil es atenuar considerablemente esta causa, disminuyendo las tarifas que hieren de un modo exorbitante los géneros de primera necesidad para el alimento de las clases menesterosas? Creemos haber indicado en el curso de nuestra historia los medios que tiene un gobierno ilustrado para moralizar al pueblo. No se persiga á la inocencia, no se deje en cruel abandono á los pobres artesanos, á los honrados jornaleros; protéjase la agricultura y el comercio aligerando los insoportables impuestos que les abruman, alién tense las ciencias y las artes, prodíguense recompensas al mérito y á la virtud, y desaparecerá de este modo la miseria, semillero de vicios y de crímenes, causa de la desesperacion que conduce muchos infelices al suicidio.

Impelidos por el deseo de despertar en España ese humanitario espíritu de fraternidad que moraliza las naciones, nos lamentábamos en las primeras páginas de nuestra historia de la casi absoluta falta de empresas filantrópicas, que conciliando el interés de sus individuos, proporcionase beneficios á las masas populares. Con satisfaccion imponderable vimos aparecer la Caja de socorros agrícolas de Castilla la Vieja, á la que sucedieron en poco tiempo la Sociedad amiga de la juventud, la Isabela y otras de cuyas benéficas miras hemos hablado con la suficiente estension en el curso de nuestra obra; pero por mucho que nos lisonjeasen los generosos sentimientos que se albergan en el pecho de todo buen español, no esperábamos

que el espíritu de asociacion llegase á tomar en pocos meses un vuelo estraordinario que no podrá menos de producir opimos frutos para las clases trabajadoras, que refluirán igualmente en beneficio de todas las demás, si el dolo y la falsía no se presentan bajo los hermosos atavíos de la humanidad.

De ningun modo podemos nosotros creer que haya intenciones siniestras en esas empresas que con el halagüeño título de humanitarias se multiplican diariamente. Los respetables nombres que hemos leido al frente de las mas de ellas, son para nosotros una garantía de probidad; y aunque estamos muy lejos de atribuirnos la gloria de haber despertado en nuestra patria el afan de asociarse, que de un modo asombroso germina y se desarrolla por todas partes, nos congratulamos de haber sido de los primeros que han señalado esta senda como la mas á propósito para labrar la felicidad del pueblo español.

Hablamos en la hipótesis de que, como no dudamos, cumplan estas sociedades religiosamente sus deberes, pues no presidiendo el fraude en su conducta, por sus propios anuncios puede sacarse en consecuencia cuántos beneficios han de proporcionar al fatigado pueblo.

Grato y consolador es ver que hay españoles que se interesan por la prosperidad de sus semejantes, así como es doloroso é irritante el contraste que ofrece esta generosa conducta con el abandono en que tiene el gobierno á los pueblos confiados á su opresora tutela.

Nada diremos del humanitario objeto de las sociedades ya citadas, por haberlo hecho anteriormente; nos limitaremos en consecuencia á reproducir los filantrópicos términos en que se anuncian contínuamente las que van apareciendo solo en la capital de España.

LA ESPERANZA.—Compañía española para elevar la industria fabril á su mayor grado de perfeccion y baratura.—Capital: reales vellon cien millones, con la facultad de aumentarlo hasta doscientos millones. Acciones: veinticinco mil de á cuatro mil reales cada una. Desembolso: 10 por 100.

En un tiempo en que el espíritu de asociacion ha tomado en nuestro país un desarrollo desconocido hasta ahora, natural era que el objeto de las sociedades fuese tan vario cuantas son las operaciones que podian ofrecerles un resultado ventajoso. Ninguna sin embargo habia fijado su atencion en la primera de nuestras necesidades, que es elevar la abatida industria fabril al alto grado de que es susceptible en un país que une á su feracidad puertos seguros en ambos mares. *La Esperanza* se propone llenar este vacío. Para ello ha empezado por calcular los consumos, comparándolos con los productos de nuestras fábricas, y se ha convencido de que estos, ni en cantidad pueden bastar á lo que para el consumo se necesita, ni en su calidad y baratura competir con los que se elaboran en el estranjero.

El resultado de los cálculos que la compañía ha formado antes de decidirse á tan colosal empresa, le ha hecho presente, no solo aquella verdad que está al alcance del menos entendido, sino algunas de las causas que se han opuesto hasta ahora al completo desarrollo de nuestras fábricas, y el campo inmenso

que se abre á quien con ánimo resuelto y capital suficiente se dedique á este ramo de industria, tan floreciente en otro tiempo y en el dia tan abatido ó ignorado.

Cataluña, la industriosa Cataluña, que al través de tantas dificultades y penosas alternativas ha mejorado sus productos de una manera altamente satisfactoria para aquella laboriosa provincia, no ha podido sin embargo presentar en sus géneros las infinitas diferencias que el lujo hace ya indispensables, ni tal abundancia que bastase á la tercera parte del consumo, ni unos precios que puedan competir con los del estranjero.

La Esperanza se propone elevar nuestra industria fabril á la altura de las naciones mas adelantadas en manufacturas, aprovechando las primeras materias que con tanta abundancia rinde nuestro privilegiado suelo, sirviéndose al mismo tiempo de las que produzcan otros países, haciendo sus importaciones en la cantidad necesaria para sus fábricas y para el surtido de las demás que quieran proveerse en sus almacenes.

Nuestras lanas, en cuanto sean capaces de produccion, ya solas, ya con sus estambres, ya con mezcla de otras materias, son objeto privilegiado de su atencion, introduciendo máquinas para hilados y tejidos de todas especies, con arreglo á los métodos mas adelantados y reconocidos por mas beneficiosos hasta el dia.

Para llenar cumplidamente estos objetos cuenta con un capital de cien millones de reales, habiéndose reservado por la escritura social la facultad de aumentarlo hasta doscientos, si la estension que logre dar á sus operaciones así lo exigiere.

En tal concepto, los objetos de la sociedad serán:

1.º Crear establecimientos fabriles en los puntos de la Península que considere mas conveniente á sus intereses y á los generales del país.

2.º Facilitar á los ya existentes los fondos ó primeras materias necesarias para que sus productos puedan competir con los estranjeros.

3.º Tomar participacion en cualquiera de los estableci-

mientos fabriles ó industriales ya creados, ó adquirirlos por compra si lo considera útil.

4.° Proteger los establecimientos industriales que necesiten el auxilio de la compañía.

5.° Dedicar los fondos sobrantes á cuanto tenga analogía con el objeto propuesto y á lo demás prevenido en la escritura social.

La sociedad dará principio á sus trabajos con el establecimiento de una fábrica de estambres y sus combinaciones con otras materias, otra de hilados y tejidos de algodon y otra de paños.

LA PROSPERIDAD.—Sociedad de riego, canalizacion y fomento de las provincias de España.—Aprobados por el Tribunal de Comercio los estatutos de esta sociedad, tuvo lugar su instalacion el dia 27 de julio último.

Los objetos que se propone realizar esta compañía son los siguientes:

1.° Abrir canales de riego y de navegacion.

2.° Proporcionar riego por otros medios á las tierras que sean capaces de recibirlo.

3.° Adquirir, cuando lo juzgue conveniente, los terrenos que por sus circunstancias topográficas sean susceptibles de aumento en sus valores, reservándose hacer luego de aquellos el uso mas conforme á sus intereses.

4.° Desecar, bajo iguales condiciones, lagunas y pantanos, y hacer las obras necesarias en las tierras espuestas á inundarse.

5.° Establecer depósitos de agua á fin de atender con ellos á los campos, á los molinos y demás industrias, y surtir á los pueblos que lo soliciten.

6.° Aprovechar los saltos de agua para construir toda clase de artefactos.

7.° Reducir á poblacion y cultivo terrenos abandonados ó eriales, estableciendo en ellos nuevos pobladores, á quienes se

distribuirán casas, tierras, ganados y utensilios necesarios á dicho objeto. La sociedad hará estas cesiones bajo los pactos masconducentes á la prosperidad del país, al bienestar de los colonos y á los intereses de la misma, teniendo presente la urgente necesidad de impedir la emigracion de nuestros habitantes á países estranjeros.

8.° Por fin, facilitar á los particulares el capital necesario para ejecutar las obras por sí mismos, bajo las condiciones y con las garantías que se estipulen.

Además tomará parte en todas las especulaciones que ofreciendo garantías de buen éxito sean favorables á los intereses de la sociedad.

Para realizar estos objetos se ha fijado el capital social en cuatrocientos millones, representados por cien mil acciones nominativas de cuatro mil reales cada una.

LA URBANA.—Sociedad anónima.—Reconocida generalmente la necesidad de las ampliaciones y mejoras que Madrid reclama á consecuencia del notorio aumento de su vecindario, acordadas unas por la corporacion municipal, otras por el gobierno, y debatidas y reclamadas todas por la opinion, solo falta que el interés privado, conducido por el espíritu de asociacion, convierta hácia este objeto sus miras, y emprenda y realice aquellas obras que por su magnitud no es dado acometer á ningun individvo aislado, ni tampoco á los fondos públicos.

Tan grandioso pensamiento ha dado orígen á esta sociedad ofrecer con sus capitales y con su activa cooperacion un centro comun de trabajos y medios para poner en práctica todas las ideas de mejora propuestas ya, ó que pueden ser convenientes; conducir dichas mejoras bajo un sistema general, que al mismo tiempo que contribuya al engrandecimiento y belleza de la capital del reino, ofrezca un seguro y ventajoso premio á los desembolsos y sacrificios de la sociedad; prestar al interés privado la mas oportuna ocasion de emplear sus

capitales en beneficio propio y público; á las artes industriales, trabajo y medios de perfeccionamiento; á las arcas públicas, notorias ventajas, y al pueblo de Madrid, aumento de riqueza, comodidad y hermosura. Tales son los objetos que se propone cumplir la sociedad anónima que se anuncia con el título de *La Urbana*.

El artículo de sus estatutos en que se señalan estos objetos abraza los siguientes:

Construccion de edificios de utilidad pública en esta capital y sus inmediaciones, como calles, pasajes, teatros, mercados, casas, etc., reedificando las existentes ó construyéndolas de nuevo.

Compra de terrenos, y haciendo en ellos las nivelaciones y mejoras necesarias, enajenarlos ó darlos á censo para su edificacion.

Alquiler á precios módicos de las casas ó edificios públicos que le pertenezcan y no le convenga enajenar.

Establecimiento de varios depósitos de materiales de construccion para espenderlos á precios moderados en beneficio del público.

Anticipo á los dueños de solares que por falta de fondos no puedan edificar, del dinero necesario al efecto, bajo las cláusulas y condiciones que para su reintegro establezca la misma sociedad.

Celebracion de contratas con el gobierno y con el escelentísimo Ayuntamiento para llevar á cabo cuantas empresas tengan por objeto la mejora de la capital ó sus inmediaciones.

Creacion de una Caja de ahorros para los empleados y operarios de la sociedad, á fin de asegurarles á ellos y á sus familias la subsistencia necesaria cuando se imposibiliten para el trabajo.

El capital social es de doscientos millones de reales, y está representado por cien mil acciones nominativas de á dos mil reales cada una.

LA AURORA DE ESPAÑA.—Sociedad agrícola de ganadería y proteccion rural.—Los objetos principales de esta sociedad son:

1.° La creacion de una Caja de socorros agrícolas que proporcione á los labradores y ganaderos las cantidades que necesiten en metálico ó en especie; ya sea á los primeros para el cultivo de sus heredades ó recoleccion de frutos en sus respectivas épocas, así como las semillas, aperos de labranza, caballerías y demás objetos particulares de ella, y á estos y á los ganaderos cuanto sea necesario para la conservacion y fomento de sus ganados.

2.° Crear un Banco para asegurar las cosechas de toda clase de sementeras y arbolados del granizo, piedra, langosta y demás plagas, así como las caballerías y ganados, en sus diversas especies, de las enfermedades epidémicas ó contagiosas.

3.° Establecer una Caja de depósitos para todo género de cereales, abonándose á los labradores al hacerlo por tiempo determinado una cantidad proporcionada en concepto de préstamo.

4.° Crear un Banco de ahorros en donde puedan depositarse los capitales que desee cualquier imponente, en grande ó pequeña suma; y él mismo proporcionará los medios de formarse un capital en el número de años que se prefije, mediante una corta cuota pagada periódicamente, que asegurará el porvenir del imponente y el de su familia; y tambien se podrá asegurar el importe de alguna finca, efectos ó bienes que por cualquier accidente tema el poseedor que puede desaparecer, ségun se esplicará en la instruccion que se publique al efecto; y estos beneficios, no solo son para los labradores y ganaderos, sino tambien para la clase obrera, para los propietarios y todas las demás de la nacion. El modo y forma de realizar las operaciones que quedan indicadas, las seguridades y condiciones que hayan de exigirse á los asegurados, y los beneficios que haya de reportar la sociedad, serán objeto de una instruc-

cion particular que para cada ramo se publicará al principiar la sociedad sus operaciones.

LA PENINSULAR-MINERA.—Capital social: doscientos millones de reales, divididos en cien mil acciones de á dos mil reales cada una. Primer desembolso: 10 por 100.

La industria minera es de todas las especulaciones la que mas necesita de las ventajas que proporciona la asociacion. Por mas inagotables que sean las riquezas que la Península encierra en su seno, cuantos esfuerzos se empleen para estraerlas serán inútiles si no están dirigidos con inteligencia y auxiliados con medios suficientes. De la falta de conocimiento ó de capitales se resienten la mayor parte de las empresas de esta clase. La unas, ni pueden buscar hombres especiales que allanen dificultades insuperables para el espíritu de rutina, ni nombrar comisiones científicas que examinen terrenos aún no reconocidos, mientras que otras agotan sus escasos recursos en ensayos poco felices, y abandonan en el momento crítico sus trabajos por la imposibilidad de emplear máquinas costosas ó de acometer obras de grande importancia.

Los fundadores de esta sociedad han calculado que la especulacion minera, la mas lucrativa sin disputa de todas las especulaciones, lo será mas aplicando á ella hombres de conocimientos y grandes capitales, y que los azares que la acompañan son nulos para una empresa de tanta importancia. Una compañía de doscientos millones sujeta la suerte, y no aventura á sus caprichos sino cantidades insignificantes comparadas con el capital social.

Movidos por estas consideraciones, no han titubeado los individuos de la actual junta de gobierno en asociarse para estraer los tesoros metálicos que nuestra nacion abriga en sus entrañas, y han pensado tambien que seria conveniente interesar, no solo al público de Madrid, sino tambien al de las provincias, á fin de que cunda y dé resultados felices ese espíritu de asociacion que entre nosotros se va desenvolviendo;

poderoso elemento de órden y prosperidad para las naciones.

Los objetos que principalmente se propone realizar *La Peninsular-Minera* son los siguientes:

1.° Contribuir por cuantos medios estén á sus alcances á la prosperidad de la industria minera en España.

2.° Beneficiar las minas cuya propiedad adquiera.

3.° Reconocer y estudiar los terrenos que aún no estén examinados.

4.° Introducir del estranjero los descubrimientos científicos y prácticos desconocidos entre nosotros.

5.° Construir fundiciones y fábricas para dar mas valor á los minerales que estraiga de sus minas ó compre á otras empresas.

6.° Ejecutar todas las obras que se consideren convenientes para facilitar sus trabajos, ó para conducir al mercado sus productos.

7.° Auxiliar con sus fondos á todas las demás empresas mineras que acudan á la compañía.

LA GRAN ANTILLA.—Sociedad anónima mercantil.—Su capital es de veinticinco millones de duros, distribuidos en esta forma: diez millones en acciones nominativas á metálico de á quinientos pesos cada una; otros diez en acciones hipotecarias de igual valor sobre bienes raíces productivos, y los cinco restantes en acciones al portador de á cien pesos cada una.

Sus objetos son asegurar en las islas de Cuba y Puerto Rico los buques y mercancías, el valor de los esclavos existentes en la actualidad, hacer préstamos y descuentos de letras y pagarés, el giro y compra de letras, admitir depósitos, prestar garantías, y todas las demás operaciones y negocios lícitos que ya en estos puntos, ya en otros de Ultramar y la Península, convengan á la sociedad.

LA ACTIVIDAD.—Sociedad mercantil anónima.—Sus operaciones serán:

1.ª Administrar bienes por la módica retribucion á que dará lugar la estension de este negociado.

2.ª Hacer adelantos de dinero sobre las rentas de las propiedades que la compañía administre, á precios convencionales.

3.ª Afianzar en casos dados las obligaciones de los propietarios sobre la hipoteca de sus fincas, en la forma que prescribirá un reglamento.

4.ª Podrá crear vitalicios sobre cesion de predios rústicos y urbanos, sobre las bases y tarifas que se formarán.

5.ª Abrir créditos en otras plazas sobre depósito en Madrid de acciones industriales ú otros valores.

6.ª Descontar papel sobre la plaza, las provincias y el estranjero, á plazos que no escedan de cuatro meses, y con dos firmas de conocida reputacion.

7.ª Abrir cuentas corrientes á particulares y establecimientos públicos, con abono de interés y conforme á bases condicionales.

8.ª Hacer anticipaciones sobre depósito de fondos públicos y otros valores, á los tipos que se señalarán mensualmente.

9.ª Desempeñar comisiones para cobranzas, pagos, compras y ventas de propiedades, deuda del Estado, acciones y otros efectos análogos.

SOCIEDAD METALÚRGICA DE SAN JUAN DE ALCARÁZ.—La sociedad metalúrgica de San Juan de Alcaráz no está ya en el caso de inquirir tesoros, denunciar terrenos y empezar el laboreo de minas cuyos resultados sean desconocidos ni dudosos. Las célebres de Riopar y Alcaráz son propiedad suya, y su objeto no es otro que el de atender con mayores esfuerzos á beneficiar la riqueza, siempre creciente en aquel hermoso país, aumentar los medios de esplotar el mineral, que parece multiplicar sus variedades y ensanchar sus filones á la vista de los operarios, y fomentar en fin por cuantos medios estén al alcance de los grandes recursos con que cuen-

ta, los trabajos de las fábricas, sirviendo de ese modo los muchos pedidos que habia de desatender sin esa indispensable actividad.

El objeto de la sociedad es:

1.° La esplotacion de la gran mina de San Juan de Riopar.

2.° La esplotacion de otras minas inmediatas de calamina, cobre y carbon.

3.° La fabricacion de laton en sus diferentes formas.

4.° La fabricacion de zinc y cobre, su laminacion y construccion de objetos de estos metales.

5.° El beneficio de montes en los términos de Alcaráz, ya para leña y carbon, ya para maderas de construccion.

6.° y último. Ocuparse de todos los objetos análogos á los anteriores, ó que sirvan para su desarrollo é incremento.

SOCIEDAD BENÉFICA DE MEDICINA Y CIRUJÍA.—Se ha creado con este título, bajo la proteccion del excelentísimo señor conde de Villalobos y permiso del gobierno, una sociedad cuyo objeto es *asistir con el mayor esmero y exactitud*, tal como lo acreditará la esperiencia, *á toda clase de enfermedades, inclusas las sifilíticas y los partos*. La retribucion que se exige, así por la asistencia facultativa como por facilitar los medicamentos necesarios, es la de cuatro reales por suscricion mensual. Tambien se admiten gratis pobres de solemnidad, en número proporcionado á las suscriciones de pago.

Cuenta la sociedad por ahora, para su servicio, con una casa de baños, seis boticas, suficiente número de practicantes y diez profesores médico-cirujanos y cirujanos de cinco años académicos. Además, son *consultores* de la misma los doctores catedráticos de la Facultad, antes Colegio de San Cárlos, don Francisco Alonso y don Ramon Altés.

. . . . . .

Otras varias sociedades podríamos citar, que omitimos para no ser prolijos en demasía. Solo añadiremos, que como haya

buena fé en estas asociaciones, no cabe la menor duda que el pueblo recogerá de ellas los mas opimos frutos; pero si contra nuestras creencias, presidiese en estas reuniones un mezquino espíritu de especulacion, hijo del egoismo y del ánsia de atesorar; si bajo una aparente filantropía se envolviese un lazo para despojar á los pobres del escasísimo fruto de sus afanes que el malhadado sistema tributario no acaba de arrancarles, fueran semejantes empresas comparables solo á las cavernas de salteadores, y esos señores acaudalados que se anuncian con los pomposos títulos de filántropos y benéficos, convertiríanse en abominables usureros.

Estamos muy lejos de imaginar que se abuse de la creencia del pueblo, é invitamos á este pueblo por quien abogamos, á que se aproveche con confianza de los infinitos beneficios que han de resultarle de semejantes asociaciones. Ellas estirparán para siempre la miseria pública, y lejos de erigirse en escandalosa usura, harán que desaparezca de España ese oficio criminal con que los malvados se alimentan de la sangre de los pobres.

No hay en el mundo oficio mas degradante y villano que el del inícuo usurero. Se necesita un corazon de tigre para utilizar en provecho propio el hambre de los demás' enriquecerse haciendo desgraciados, y especular con las lágrimas de los indigentes. Es una inmoralidad de las mas horribles, una profesion mas repugnante que la del verdugo, porque el verdugo mata, á nombre de la justicia, á hombres calificados de reos por los tribunales, mientras el execrable usurero se goza en asesinar lentamente á inocentes desvalidos.

Si el gobierno quiere dar una prueba siquiera de humanidad, proteja ese espíritu bienhechor de fraternidad que destella por todas partes, y complete la obra estableciendo en España un JURADO DE RECOMPENSAS PARA LOS ARTESANOS, de cuyas ventajas hemos hablado estensamente..... Pero ¡qué insensatos somos! Nos dirigimos al gobierno, como si sus individuos pensasen en otra cosa mas que en aglomerar intrigas, despilfarrar el oro y repartir empleos para acrecentar el número de

sus amigos y poder con su apoyo permanecer en las doradas poltronas, sordos á los gemidos de los pueblos.

Al abogar por la abolicion de la pena capital, de ese espectáculo tan inmoral como asqueroso, hemos obedecido fielmente á los impulsos de nuestras mas íntimas convicciones, y no nos cabe la menor duda de que esta es acaso la mas urgente y su-

blime reforma que la civilizacion europea reclama. Hora es ya de que los hombres benéficos, los amantes de la humanidad, los filósofos todos levanten su voz imponente contra esta mancha de sangre que afea las páginas de todos los países.

Hemos colocado á nuestra amada España en el lugar que le corresponde, para confusion y vergüenza de los que, groseros como Guizot, además de ignorantes, la critican injustamente, llevados por un *brutal instinto.*

Se dirá, á buen seguro, que no es atinado medio para ensalzar á una nacion borrajear con repugnantes pinceladas las asquerosas costumbres de hediondos lupanares y el desenfreno de oropeladas orgías. Pero precisamente para dar realce á la virtud hemos presentado al vicio con toda su deformidad; así era indispensable hacerlo para lograr ese contraste moraliza-

dor que forma el claro oscuro de los bellos cuadros de Walter Scott, Cooper, Balzac, Hugo, Dumas, Sūe y otros famosos novelistas; y le apedillamos moralizador, porque los atractivos de las buenas costumbres seducen y cautivan á cuantos conocen sus encantos, del mismo modo que la fealdad del crímen ahuyenta y horroriza á los que llegan á penetrarse de sus desastrosas consecuencias.

Es además de todo punto imprescindible dar una idea exacta de todo linaje de abusos para indicar su orígen, sus efectos, y los medios asequibles que tiene en su mano el gobierno para lograr su completa estirpacion.

Y no se diga que hemos vituperado sin fé ni conciencia á las clases ricas para halagar á los pobres y alcanzar por este medio un aura popular mal entendida. No se nos acuse tampoco de haber vilipendiado á los honrados artesanos con el objeto de rendir vergonzoso homenaje de adulacion al poderoso.

Hemos procurado ser justos, y nada mas. Desde los miserables bodegones de los barrios bajos hasta los dorados salones de la mas elevada aristocracia, lo hemos recorrido y escudriñado todo, sin omitir el marmóreo alcázar de los reyes de Castilla, y do quiera que la inmoralidad nos haya salido al encuentro, la hemos retratado sin reticencia alguna que desvirtuar pudiese el colorido de la realidad.

Si en la aseada taberna del *tio Gazpacho* y en el asqueroso bodegon de la *tia Marciana* hemos descrito escenas repugnantes de crápula y desmoralizacion, creemos que las sublimes virtudes de la honrada familia de Anselmo *el Arrojado* dejan en buen lugar á esas masas de artesanos infelices, que en medio del hambre y de las privaciones, perecen de indigencia primero que sucumbir á la infamia.

Si en el palacio de la marquesa de Turbias-aguas hemos presentado tipos de horrible degradacion, el marqués de Bellaflor, don Luis de Mendoza y la baronesa del Lago son irrefragables testimonios de que no creemos exenta de almas generosas á la aristocracia madrileña.

Nuestros lectores habrán reconocido seguramente en el execrable fray Patricio, no solo un fiel retrato de lo que eran los ridículos holgazanes á quienes los progresos de la civilizacion han espulsado de las naciones cultas, sino el verdadero símbolo de los defensores del trono absoluto y de la abominable inquisicion.

En el enlace y desarrollo de la fábula dramática hemos seguido los principios de la escuela mas sublime..... la escuela de la naturaleza, la escuela de la verdad. Ni nos hemos dejado alucinar por ciertas monstruosidades de grande efecto por mas que novelistas insignes cuyo nombre acatamos las hayan prohijado, ni hemos querido pisar trilladas veredas. Nos hemos ensayado en crear un nuevo género que puede calificarse de HISTORIA-NOVELA. Tampoco hemos adoptado el lenguaje campanudo y de gusto estragado que tanto seduce y fascina á literatos noveles. Hemos buscado elocuencia en la realidad y en la sencillez. No dudamos que adolece nuestra obra de mil imperfecciones; pero á lo menos es puramente española.

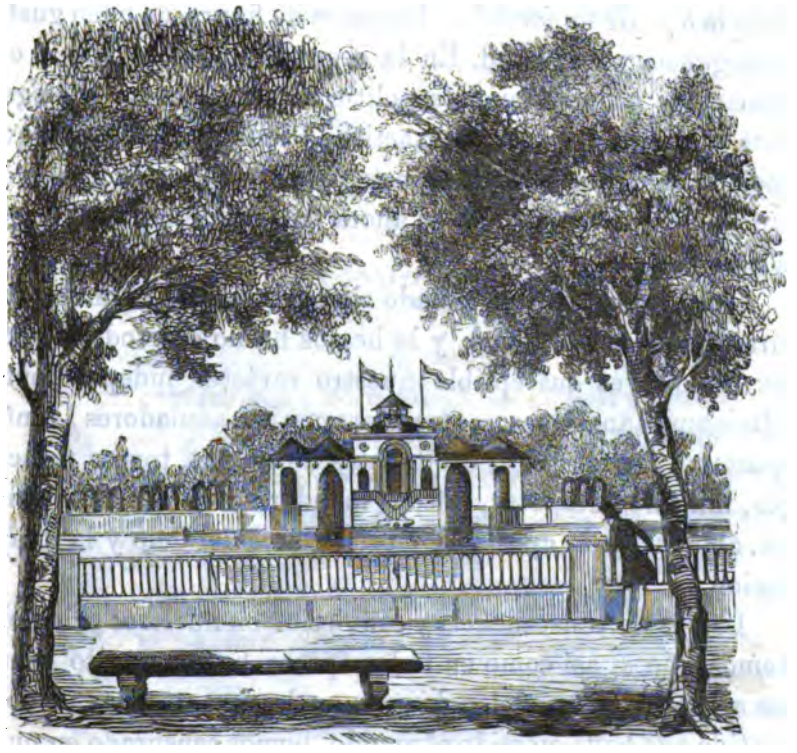
Por lo que hace á la parte histórica, creemos no haber olvidado ninguno de los grandes sucesos ocurridos en Madrid durante el período del Estatuto real, y hasta nos hemos esmerado en detallar sus minuciosidades por órden de fechas, de dias y de horas como el mas escrupuloso historiador, haciendo revelaciones importantes que no hemos leido en ninguna de las crónicas contemporáneas.

Tanto en el exámen de los usos y costumbres de Madrid, como en la historia de las corridas de toros y descripcion de edificios notables y reales sitios y paseos, hemos procurado conciliar el laconismo con la exactitud.

No hemos querido convertir nuestra obra en *Guia de forasteros* dando noticia de todas las calles, plazas, jardines, casas, palacios y demás edificios públicos y privados que constituyen la hermosa capital de España.

Nuestra tarea hubiera sido interminable si hubiésemos tratado de presentar á nuestros lectores un minucioso y fiel tra-

sunto de Madrid y de todos sus progresos, tanto en la parte artística, científica y literaria, como en la filantrópica, mercantil é industrial, que colocan su ilustracion al nivel de la de las primeras capitales de Europa. Hemos pasado en silencio el magnífico Museo de Escultura, el Museo Naval, el de Ingenieros, el de Artillería, el Gabinete Topográfico, el de Historia Natural, el Depósito Hidrográfico, la Imprenta Nacional, el Observatorio Meteorológico, la Armería Real, la Biblioteca Nacional y la de San Isidro, las Casas Consistoriales, los Consejos, la Audiencia, la Aduana, los Ministerios, los palacios de Liria y de Buena-Vista, las diferentes academias, universidades, colegios y escuelas, el delicioso Jardin Botánico, y otras mil preciosidades que pueden competir con cuanto haya de mas suntuoso, de mas culto y sorprendente en otros países. Nada hemos dicho tampoco del famoso RETIRO, de ese sitio



encantador debido á la caballeresca y galante córte de Felipe IV, ó mejor dicho al conde-duque de Olivares. Este poderoso valido quiso hacer alarde de la magnificencia propia de un poder que no solo dictaba leyes á la España, sino al Portugal, á Italia, á Flandes y al Nuevo Mundo, al paso que florecian en la córte del BUEN RETIRO poetas insignes como Lope de Vega, Calderon, Tirso y Quevedo, y admirables pintores como Murillo y Velazquez.

Algo debíamos dejar para la segunda época de la historia de MARÍA, que con el título de LA MARQUESA DE BELLAFLOR Ó EL NIÑO DE LA INCLUSA, publicaremos sin dilacion con igual esmero, el mismo lujo é idénticas dimensiones. Si en la presente humilde produccion ha sido MARÍA un modelo de virtud para las clases menesterosas, la misma MARÍA, elevada á la altura de la aristocracia de Madrid, será el tipo de la verdadera nobleza, y algunas de las que se apellidan *señoras* podrán admitir de la *hija de un jornalero* lecciones de finura, de buen gusto, de elegancia y de virtud. En la segunda época de MARÍA enlázanse los acontecimientos políticos de la primera y llegan hasta el dia de hoy, con la exactitud é independencia con que creemos haberlos relatado en esta primera época de *la hija de un jornalero*. Pero esto no es ahora del caso; el público juzgará á su tiempo.

La imparcialidad ha guiado siempre nuestra pluma al censurar los actos del poder, y lo hemos hecho con toda la energía de que es susceptible nuestro carácter independiente, fulminando anatemas contra mercenarios aduladores, contra apóstatas corrompidos, capitalistas inmorales, torpes palaciegos, militares déspotas, inícuos mandarines y ministros venales, abortos de la apostasía y protectores del dolo y la dilapidacion.

Llenos de consecuencia y conviccion en nuestros principios democráticos, así como en todas épocas hemos escrito contra las arbitrariedades del gobierno, cualquiera que haya sido el partido que haya ejercido el mando, hemos censurado en nues-

tra obra las faltas de todos ellos, porque no somos hombres de pandilla, y escribimos siempre de buena fé en pro del pueblo, inocente víctima de los ambiciosos que EN TODAS ÉPOCAS han estado al frente de los negocios públicos.

En una palabra, hemos atacado el vicio por todas sus fases; hemos indicado todo linaje de abusos y los remedios que les son aplicables..... hemos presentado por fin radiosa y triunfante la virtud y castigado el crímen. Si no hemos sabido engalanar nuestro humilde trabajo con las brillantes galas de la elocuencia, con los oropeles de la elegancia, con las filigranas del buen gusto y las flores de la dulce poesía, dígase en buen hora que somos MALOS LITERATOS; pero al ver nuestra sana intencion, no se nos niegue al menos el título de BUENOS ESPAÑOLES, y quedará nuestra ambicion satisfecha.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

Madrid 19 de setiembre de 1846.

INDICE.

PARTE CUARTA.

TAMBIEN LA VIRTUD ES NOBLEZA.

	Págs.
Capitulo primero.—Las sorpresas.	7
Cap. II.—El amor.	17
Cap. III.—Nuevas maquinaciones	29
Cap. IV—El Museo de Pinturas	37
Cap. V.—El baile de candil.	47
Cap. VI.—El café Nuevo.	59
Cap. VII.—La petaca.	65
Cap. VIII.—El asesinato.	71
Cap. IX.—Un recien llegado.	79
Cap. X.—El regreso del marido.	87

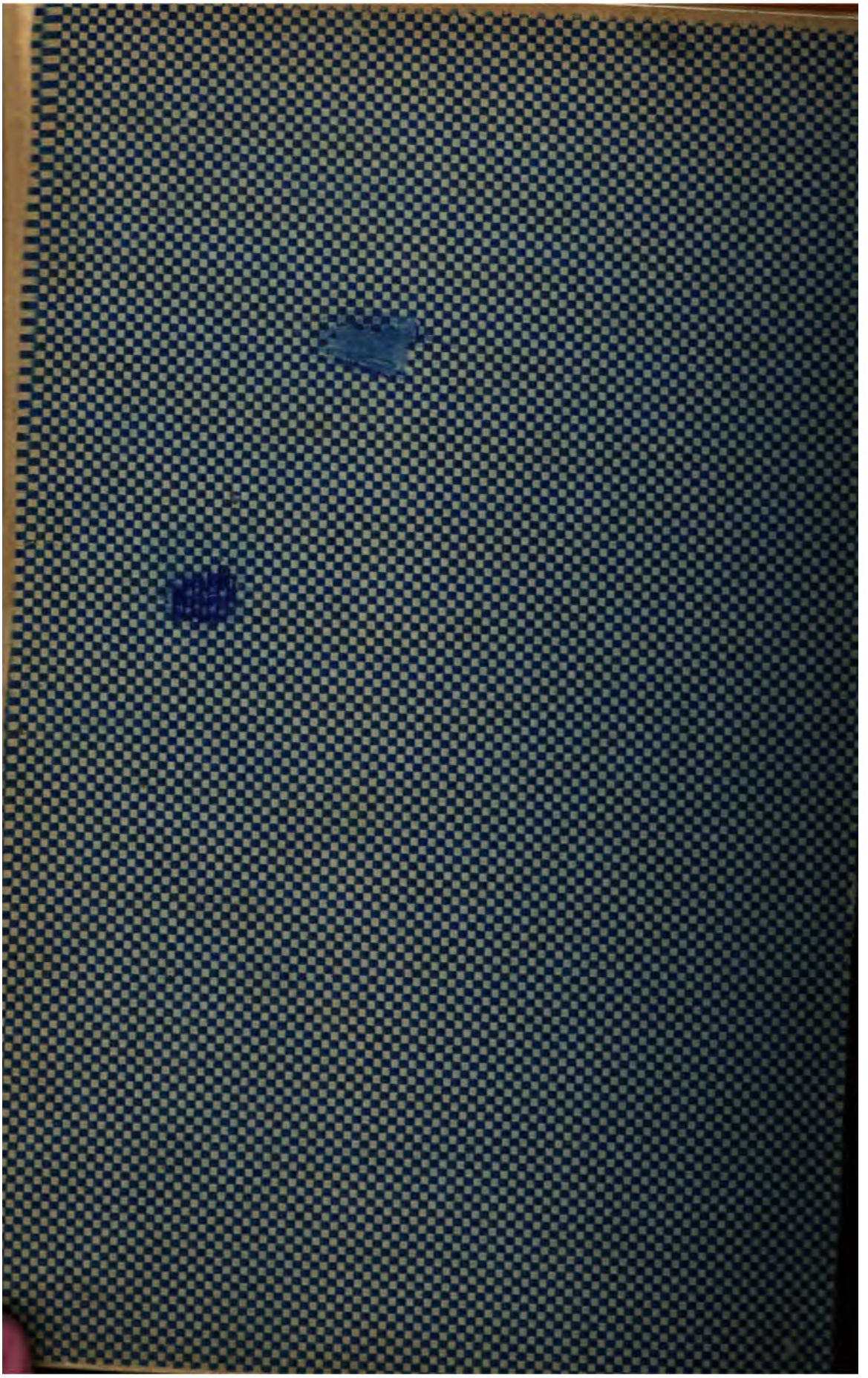
PARTE QUINTA.

LOS CELOS.

Capitulo primero.—El orígen de la anarquía.	97
Cap. II.—La libertad bien entendida.	105
Cap. III.—El permiso.	115
Cap. IV.—El voluntario.	123
Cap. V.—Todos con celos.	129
Cap. VI.—Los anónimos.	133
Cap. VII.—Don Luis y fray Patricio.	139
Cap. VIII.—La serenata.	145
Cap. IX.—Una revelacion involuntaria	153
Cap. X.—Los dos hermanos.	161

Sousa & Almeida

15.9.87

£17.09

871763